

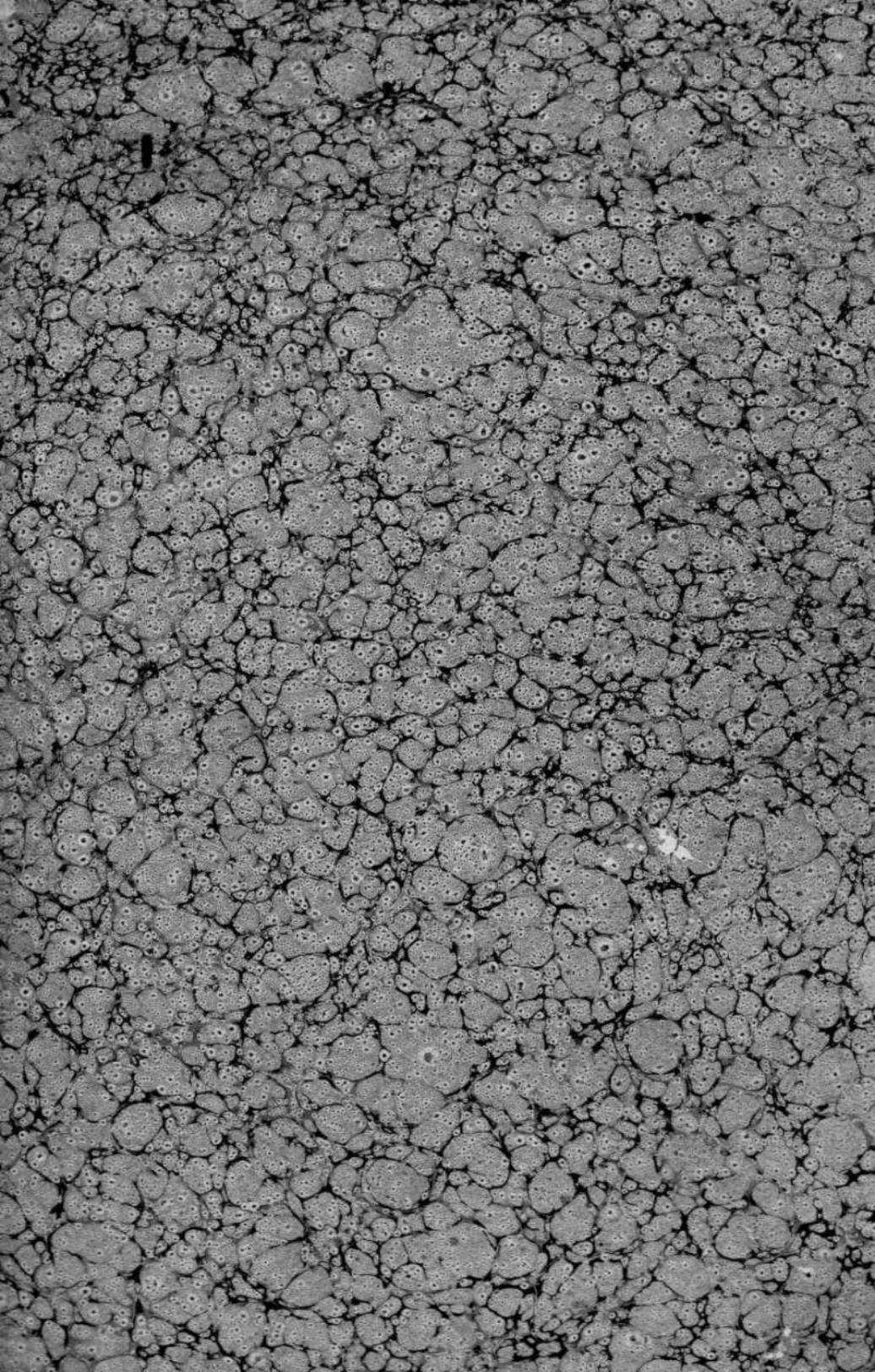


Imp. y Librería de Mayo

Plaza de Monserrat.

Gran surtido de obras de
Ciencias, Literatura, Dere-
Religion, etc.

Utiles de Escritorio.



LIBRERIAS DE MAYO
de C. Casavalle.
MORENO 337 Y POTOSI 189
Buenos Aires.

60/12

253

T. 1132404
C.



PRÓLOGO.

Ahí te envío, lector hermano, esta última página del tomo primero de mi VIAJE... y no te asombre el vice-versa de llamar ÚLTIMA PÁGINA á la que para ti aparecerá la PRIMERA, y así se presenta en efecto en el orden de foliacion; pues para mí ha sido la última, puesto que te la escribo despues de terminado el tomo, y como no se trataba de adjudicacion de mayorazgo por derecho de primogenitura, no he tenido reparo, yo Fray Gerundio, en dar la primacía de lugar á la que ha sido la postrera en nacer.

Digo que te envío, lector amado, esta primera y última página, para preparar tu ánimo á que mires con indulgencia esta serie de artículos de viaje que no sé cómo llamar, si relacion, ó reseña, ó apuntes, ó memorias, ú observaciones, ó recuerdos, que no sé en verdad qué nombre merezcan, y tú les darás el que en tu discrecion y buen juicio te parezca mas acomodado, ó bien los dejarás sin nombre, que por eso ni ellos ni yo nos habremos de querellar.

Ellos han sido escritos para amenizar algun tanto un periódico diario, y de consiguiente con la precipitacion que exige esta clase de publicaciones. Por tanto no podrán ménos de resentirse del desaliño que es consecuencia natural de la premura y de la falta de espacio para poderlos exornar y pulimentar. Pero júrote por mí santo hábito que no quisiera verte á ti tan desnudo de numerario como yo lo estoy de pretensiones de ningun género. Yo no me he propuesto mas que dar á conocer á mis compatriotas llana y sencillamente algunas cosas y costumbres de los pueblos y paises que he recorrido, y de que no habia visto ocuparse otras plumas, que á haber querido tomarse trabajo, lo hubieran desempeñado tanto mejor que yo.

Lo que si te protesto es que he procurado decir verdad, y presentar las cosas talles como ellas se presentaron á mi pobre gerundiana investigación. Si no las conocí bien, habrá habido error, no falsedad. Esto no sé si admite indulgencia; á tu generosidad lo dejo, hermano lector.

El segundo tomo deberá comprender el paseo por Bélgica, Países-Bajos, y márgenes del Rhin hasta la vuelta á España. Algo ménos conocidos son estos países para la generalidad de los españoles que la Francia, y de consiguiente algo mas curiosa podrá ser tambien su descripción. Si Dios me permite escribir este segundo volúmen, y si me concede poderlo hacer con ménos precipitacion y mas aplomo, quizá consiga que salga tambien algo ménos desaliñado. Así lo quisiera, lector carísimo, tu reconocido y devoto hermano

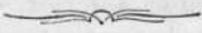
FRAY GERUNDIO.



VIAJES

DE

FRAY GERUNDIO.



LA SALIDA DE MADRID.

Era la noche del 16 al 17 de Agosto de 1841; el sol y la ley habian sufrido eclipse aquel dia; parcial é invisible el uno, total y visible la otra. La luna nueva habia entrado á las nueve y cuarto de la noche, y á la misma hora habia salido Tirabeque de la celda con los aprestos de viajar; el equipaje y la Capillada 363 quedaban en prensa, el uno en la vaca de la silla de posta y la otra en la imprenta de la calle del Sordo; hacia una hora que San Roque y San Jacinto, que estuvieron de guardia el dia 16, habian dejado la consigna á San Pablo y Santa Juliana que entraban el 17; los latigazos y voces del mayoral José María interrumpieron las campanadas del reloj del Buen Suceso que sonaban la una, y á esta hora en punto arrancó el coche de la MALA de la casa de Correos con la redaccion de Fray Gerundio junta y entera via torcida de Francia.

Las causas de esta salida pertenecen ya á la historia, y punto redondo.

Fumando el conductor, voceando el mayoral, durmiendo Tirabeque, y envuelto yo en mi capote y en mis pensamientos, llegámos á Alcobéndas á la hora en que se levantan los aldeanos y se acuestan los de la Corte, sin haber despertado Tirabeque hasta que extrañó la falta de movimiento del coche que paró cerca de una especie de venta. — «¿Qué es esto, señor?» preguntó bostezando. — ¿Qué ha de ser? le dije; que en atencion á haber sido robado hácia este sitio el último correo, parece que aquí nos

paramos á tomar escolta de un destacamento de infantería que de resultas ha dispuesto el Gobierno establecer aquí. — Señor, segun esto todavía estamos en España. Y diga Vd., mi amo; el robar una vez el correo en un sitio ¿ es señal de que en aquel sitio y no mas estará el peligro siempre?

El ruido del carruaje que volvió á rodar me impidió darle la respuesta. Un cabo y un soldado á pié que se volvió á los cien pasos, en lo cual obró con la prudencia de un general, constituian nuestra nueva escolta. Yo le pregunté á Tirabeque si un tal refuerzo de infantería no le parecia oportunísimo para quien va corriendo la posta; pero él, picado sin duda de que no hubiera contestado yo á su pregunta anterior, calló como un cartujo, ó bien creyó prudente dejar la respuesta al gobierno.

Las siete nos dieron en la aldea de Venturada á los 33 años justos de haber sido quemada por los paisanos de M. Salvandy en su retirada de Madrid. Entrámos en las ásperas sierras de la Cabrera; enseñé á Tirabeque el ex-convento de franciscanos que se deja á la izquierda, de no muy grata recordacion para cierto título de Castilla, que probó allí las delicias del claustro y las dulzuras del gobierno absoluto; dimos vista al famoso *Pico de la Miel*, que en lo del *pico* pudiera bien apostárselas al mas charlatan sacamuélas ó al mas palabrero diptado, pero en lo de *la miel*, por mi padre San Francisco que así tiene usurpado el atributivo como esos que se suelen decir *pico de oro*, y no le tienen sino de muy mediano ó infimo metal. Pasámos por entre aquellos inmensos montones de sueltas piedras, tan desordenadamente por la naturaleza unas sobre otras colocadas, como yacen en nuestros interminables fárragos hacinadas al desgaire nuestras leyes; y llegámos á desayunarnos á Buitrago.

Modelo de Administracion.

La calle por que teníamos que entrar en aquella antigua y sonora villa estaba en reparacion, y tres maderos colocados á su embocadura en forma de horca caudina intimaban la prohibicion de entrar por allí los carruajes. Sin embargo, el intrépido zagal, que en su escrupulosidad por la observancia de las leyes parecia un subdelegado del gobierno, comunicando á las mulas sus enérgicas órdenes acompañadas de interjecciones expresivas, se entró de rondon, y conquistámos á Buitrago en Agosto de 1841 con mas decision y en ménos tiempo que pudo conquistarla de los

moros D. Alonso VI de Castilla en 1083. Nadie se metió con el atropellador : en España el que acomete vence, aunque sea un zagal.

Allí manifestaron el mayoral y Tirabeque su deseo de desayunarse, en cuya virtud entramos en la posada de Presas, y echando mano Pelegrin al chocolate que iba de repuesto mandó hacer dos pocillos. Tomados estos y pedida la cuenta, resultó importar cuatro reales, lo cual escandalizó á Tirabeque y dió ocasion á serias contestaciones entre el posadero y él. — « ¿ Cómo qué? decía Pelegrin rebosando de ira; ¿ con que aquí la administración cuesta largas dos terceras partes mas del valor del capital? — Sí señor, respondió Presas, y en esto no hago mas que acomodarme al sistema de administracion que felizmente nos rige.

Á tal contestacion nada tuvo Tirabeque que replicar, convencido de que aquel Presas no era sino uno de tantos Presas de nuestra administracion; satisfizo el pedido, y continuamos nuestro viaje.

Somosierra.

Creo que ningun español que tenga entrañas de sentir y alma española podrá ver sin dolor y sin compasion el triste y miserable cuadro que ofrecen á su vista los infelices pueblos y los no ménos infelices habitantes del país y puerto de Somosierra. Aquellas ahumadas cabañas, aquellas chozas ó tugurios que llaman casas, aquellas mujeres envueltas en toscos sayales, aquellos niños desnudos, aquellas abarcas de cuero á medio adobar que los hombres se ajustan á las piernas con correas del mismo género, aquellos pálidos y macilentos semblantes en que sin necesidad de inscripciones se leen el hambre y la miseria, no pueden ménos de excitar sensaciones dolorosas é impresiones de amargura y compasion.

Lamentábame, yo Fray Gerundio, de aquellos desgraciados, y oyéndome Tirabeque repuso : « la verdad, señor, yo no sé por qué estos ciudadanos han de estar así, porque ellos han tenido Estatuto, ellos han tenido Constitucion del 12, ellos tienen ahora Constitucion del 37, ellos han tenido gobiernos moderados, ellos han tenido gobiernos exaltados... Señor, yo no sé que les puede faltar ni que mas pueden apetecer. — Ay, Pelegrin, Pelegrin ! exclamé : eso prueba bien lo poco que se han ocupado, lo nada que han cuidado unos y otros de mejorar la suerte de los infelices pueblos, que ¡ ojalá en esto y no en fatigosas é interminables cuestiones y quisquillas de partido hubieran pensado alguna vez ! — Ande

Vd., señor, que estas gentes no van á los Ministerios ni se dejan ver en los salones de las Córtes. — ¿Pero no los ve alguna vez el Ministro que pasa por aquí, ó el diputado que viaja por estos lugares? — Sí señor, pero los ven de prisa y paran poco la atención; y aunque los vean, llegan luego á Madrid y..... ya sabe Vd., la virtud del agua de la Cibéles.

Distrayéronnos algun tanto de estas reflexiones las cristalinas aguas que se deslizan de aquellas tierras, que en otra parte servirian para fábricas y manufacturas y allí sirven para cristalizar é inutilizar el camino en tiempo de invierno, y tropezando con la venta de Juanilla advertimos que habíamos salido ya de la provincia de Guadalajara y entrado en la de Segovia.

Y prosigue su camino.

Á nadie le importará mucho saber si comimos bien ó mal en Castillejo, sino á la empresa de postas, y á esta supongo yo que le bastará saber que se podia comer mejor. Ni el viajero tiene gran cosa que observar en Boceguillas, Fresnillo, Serezuela, Carávias, Honrubia y Milágnos, sino los pocos milagros que nosotros hemos hecho con tantos y tan limpios riachuelos y torrentes como de aquellas colinas se desgajan, y cuyos caudales, nosotros los españoles como bastante acaudalados ya, dejámos correr en plena libertad sin coartársela de modo alguno con esos estorbillos que llaman fábricas con que suelen tiranizar las aguas los tontos de los extranjeros.

Al mismo tiempo que nos alcanzó á nosotros la noche alcanzámos nosotros á Aranda de Duero. Si como era Fr. Gerundio hubiera sido Cervántes, me hubiera alegrado mas de entrar en aquella antigua villa, bastara que hubiese nacido en ella su casi único protector el arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rójas. No me pesó sin embargo el verla, aunque á média luz, y mucho ménos el que se nos agregaran allí dos hermanos Arandinos con el niño Moisés (1), los cuales cenando juntos en Bahabon tuvieron la bondad de ocuparse en hablar de Fr. Gerundio y Tirabeque recordando algunas de sus capilladas, sin que ellos supiesen, ni por la imaginacion se les pasara, ni nosotros nos diéramos por entendidos de que Fr. Gerundio era el que les es-

(1) Hago aquí mencion de este Moisés, porque como verán mis lectores en el discurso de estos viajes, parece que estoy destinado á viajar con nombres del antiguo testamento.

taba haciendo plato, y Tirabeque el que cuidaba de suministrar el vino.

La noche me impidió ver, al pasar por Lerma, el palacio de los Duques, y por consecuencia el sitio en que Felipe V en 1722 entregó á la infanta D.^a Mariana para esposa del rey Luis XV de Francia; justamente de aquel reyecito dichoso, cuyos papeles nos trae ahora el Sr. Salvandy para dorarnos su tenacidad en no querer presentar sus credenciales de embajador al regente de España sino precisamente á la reina Isabel, pues dice que así lo hizo entónces el embajador español con el susodicho niño Luis XV, siendo regente del reino el duque de Orleans, que por cierto que el tal antecesor del amigo Luis Felipe tuvo ingeniatura para acomodar sus dos hijas con los dos Infantes hijos de nuestro Rey, á la manera que su descendiente mi amigo habrá calculado mas de una vez, y acaso estará calculando ahora mismo, endosarnos algunos de sus hijos (libranos, señor, de todo mal, por mas que ellos sean unos guapos muchachos) con nuestra Reinita, que por lo visto le viene de familia la tendencia á estos enlaces y conyugios. Y volviendo al Sr. Salvandy..... pero volvamos á nuestro camino, que no es este el lugar de ocuparnos de Salvandy, y capilladas tiene nuestra reverencia que sabrán ocuparse de él.

Fuimos pues dejando atras á la antigua Térmes, y la salida del sol nos proporcionó ver á lo léjos las torres de Búrgos, pero aquí me permitirán mis lectores descansar un poco, porque llevo andadas cuarenta y una leguas mortales, que me parece una jornada regular.

Entrada y salida de Búrgos.

Yo te saludo, patria del Cid y de Fernan González, cuna de Pedro el Cruel y del tercer Enrique, de Lain Calvo y Nuño Rasura, de la primera Leonor, y de san Julian, obispo de Cuenca..... — Y de san Lésmes su limosnero, señor, que si santo fué el amo, no lo fué ménos su Tirabeque, y tan burgales fué el uno como el otro, y sin quitar la gracia de la santidad al obispo, mas gracia encuentro yo en que llegara á ser santo el que le administraba la hacienda, que tengo para mí que no se aviene muy bien la santidad con el oficio de administrador de la hacienda de otro, á lo ménos en estos tiempos que nosotros tocamos.

Así interrumpió Tirabeque el saludo que al divisar las agujas de la catedral de Búrgos dirigía yo Fr. Gerundio lleno de emocion, á la antigua capital de Castilla la Vieja. Sin embargo, des-

pues de la competente reprehension por su impertinencia, proseguí. — « Yo te saludo, ciudad de recuerdos y de glorias, rival de la imperial Toledo, que mereciste que en las Cortes de Alcalá te otorgara el rey D. Alonso XII la primacia en hablar cuando dijo : *« Hable Burgos, que yo lo haré por Toledo : »* á ti, ciudad de los concilios y de las Cortes, de los Alonsos y de los Fernandos, de los Mendozas y los Pachecos : á ti patria de los valientes y sobrios castellanos que armados de carabinas y de chuzos, y vestidos de calzon corto y media de seda salieron á batir y domeñar el año ocho de este siglo las formidables huestes napoleónicas, orgullosas con los laureles de Ansterlitz, Jena y Friedland, cuya noble arrogancia si no fué coronada por el éxito, demostró al ménos el ciego ardor de los castellanos por la independencia de su patria ; á ti, que lo mismo diste en los siglos pasados campeones y adalides en las guerras que has dado en este siglo Diezes y Collantes en los pronunciamientos. »

De esta manera saludaba yo Fr. Gerundio á aquella ciudad de memorias históricas desde las orillas del espeso monte que poco ántes de llegar se encuentra, cuando el buen Pelegrin me llamó de repente la atencion diciendo : — « Señor, señor, mire Vd. como corre y como brinca por allí un conejito ; viva la libertad absoluta ! Si tuviera aquí una escopeta, desde aquí mismo le alumbraba un tiro que le hacia caer dando vueltas. » — « Bravisimo, señor lego, bravisimo ! Con que « viva la libertad, y si tuviera aquí una escopeta desde aquí mismo le alumbraba un tiro ? » — ¿ Así entienden muchos la libertad, Pelegrin ; libertad para perseguir al inocente cuando bien les venga, y para tirarle un tiro cuando de su destruccion les pueda resultar provecho. Y sobre todo, ¿ te parece que un miserable conejito es cosa para llamar la atencion de un viajero observador y reverendo que va buscando cosas de bulto y de sustancia ? — Señor, esta de mucho bulto no es, pero de sustancia debe serlo, que los conejos de esta tierra tienen fama de muy sustanciosos ; ademas que un viajero pienso que no debe despreciar nada de cuanto vea, aunque parezcan cosas menudas, que todo podrá venirle bien, y de cosas me nudas se sirve Dios, y á veces hace con ellas mas que con los grandes.

En esto observó un gran edificio que á la derecha en una colina se veía. ¿ Qué es aquello de la derecha, mi amo ? me preguntó. — Aquella, le contesté, debe ser la famosa Cartuja de Burgos, ó sea de Miraflores, que este nombre la dió D. Enrique III su fundador, mientras que fué palacio de recreo suyo, pues monasterio

no fué hasta que el rey D. Juan el II lo cedió á la órden de Cartujos. — Y diga Vd., mi amo :

¿Qué se hizo el Rey Don Juan?

Los infantes de Aragon

¿Qué se hicieron?

— ¡Válgame Dios, Pelegrin, y qué importunamente has traído esos versos de Juan de Mena! Si preguntaras :

¿Qué se hicieron los Cartujos?

Los bienes que poseian

¿Qué se hicieron?

Y sus cuadros y dibujos,

Y las rentas que tenian,

¿Dónde fueron?

Por lo demas ese rey Don Juan y su hijo el infante Don Juan ahí deben estar en dos magníficos sepuleros que poseia la Cartuja, y de los cuales no sé qué habrá hecho el gobierno. — Señor, yo no pregunté á Vd. lo que habia sido de esas rentas y demas, porque supongo habrán pasado á la *Mortificacion* como las de todos los conventos. — Así lo creo, Pelegrin, aunque en eso pudiera haber sus mas y sus ménos, pues ahí tienes bien cerca el monasterio de las famosas Huélgas, que es ese que está ahí á la izquierda..... — ¿Cuál, mi amo? ¿Ese que se ve allí abajo? — El mismo : las cuales, segun me han informado, todavía están en posesion de sus bienes y sus rentas lo mismo que ántes del decreto de su aplicacion al Estado. — Señor, ¡Vd. qué dice! Y qué privilegio tienen estas señoras Huélgas sobre todas las otras religiosas que no huelgan para que á todas las demas se les haya echado la nacion sobre sus bienes y á estas no? ¿Porque sean señoras acaso? Pues tan señora pienso yo que era una monja ricoleta de lo poco que tuviese como estas Huélgas de lo mucho que puedan tener. — Ya ves, hombre; como estas señoras tuvieron por abadesas allá en tiempos antiguos, nada ménos que á una Doña Sol, á una Doña Leonor de Castilla, y otras infantas de Castilla y de Leon : como en su iglesia se coronó el rey D. Alonso el Onceno; como en ella D. Juan el I armó de caballeros nada ménos que á cien señores, etc. etc. — Sí señor, pero con todas esas *etcéteras* y esas armaduras, al cabo por eso no dejan de ser unas religiosas como las demas, y si á las otras les han quitado sus bienes, no veo yo razon para que se los conserven á estas, si es cierto lo que á Vd. le han informado. Y vaya Vd. tomando

apuntes de viajes, señor, que esta no dirá Vd. que no es cosa de bulto y de sustancia.

En esto advertí que estábamos pasando el puente que da entrada á la ciudad, y por bajo de cuyos arcos se deslizan las aguas del rio Arlanzon que bañan los bordes del afamado ESPOLON de Búrgos. Á lo largo de este y á nuestra izquierda avistámos cuatro estatuas de piedra que mirán hácia la ciudad, y las cuales, si no me engaño, han de representar á los reyes Don Alonso XI y Don Enrique III, á Rodrigo Díaz de Vivar, y Fernan González. Las unas con el cetro y las otras con la espada en la mano, todas están en una actitud amenazadora y como apostándolas al pueblo y diciendo : « yo os sujetaré, fieros y orgullosos castellanos. » Cuya aplicacion, que parece deducirse naturalmente de la actitud, no sé hasta qué punto y con que justicia pudiera entrar en la mente del escultor.

Apénas pudimos llegar á divisar el elegante arco de triunfo erigido al emperador Cárlos V en memoria y al poco tiempo de haber destruido las comunidades de Castilla; el cual artísticamente considerado es de un relevante mérito por su grandiosidad y belleza, pero mirado políticamente, no deja de ser un perdurable padron del despotismo con que el hermano aquel tuvo el gusto de empañar las proezas suyas y las grandezas nuestras de aquella era. De sentir es que los hermanos burgaleses no puedan enseñar al viajero aquella lámina hermosa de piedra, sin obligarle á leer una página de la historia de España grabada con el hierro del despotismo y la opresion.

En las dos horas que allí tenia que detenerse el correo, Tira-beque era de sentir que lo primero que debíamos hacer era almorzar, pero yo le obligué á que diéramos ántes un ligero repaso á la gran notabilidad de Búrgos, á la catedral. Y siendo como fué y no podia ménos de ser un ligero repaso, ya se supondrá que no voy á hacer aquí una descripcion artística y facultativa de ella; que si la desea el gerundiano lector, autores tiene á quienes poder consultar y que lo han hecho con mas inteligencia que lo podria yo hacer. Guiábanos un sacristan, al parecer de la escala mayor de los sacristanes, con permiso sea dicho del hermano D. Joaquín María López, que como no reconoce escala alguna en los empleos del gobierno, no sé si la reconocerá en los empleos de los cabildos. Entre las curiosidades que nos enseñó aquel conductor sacro-profano (pues si bien por un concepto pertenecia á la iglesia, por otro era del estado civil, puesto que tuvimos ocasion

de conocer á su cónyuge, ó como quien dice, hombre de disciplina exterior eclesiástica como los arreglos y disposiciones que con tanto *beneplácito* del clero está dando á toda prisa y á rajatabla el ministro de gracia y justicia) una de ellas fué *el cofre del Cid*, que se conserva colgado en la pared de una de las capillas laterales de la entrada, y del cual parece que aprecian mucho los extranjeros cada astilla que de él pueden llevar, por llevarnos hasta las astillas de los cofres viejos de nuestros héroes. Y esto no hay que extrañar, porque no solo las astillas, sino los huesos mismos de los cadáveres de nuestros insignes varones nos arrebatan de los sepulcros, si nos descuidamos, como sucedió con los restos del Gran Capitan, que yacian en el ex-monasterio de San Gerónimo de Granada, que cuando fueron el año pasado los académicos comisionados á exhumarlos, se encontraron solamente con medio capitan, y creíase con fundamento que la otra mitad habian hallado algunos extranjeros el medio de extraerla y apropiársela. Con que si los huesos no están seguros en los sepulcros, ¿qué harán los cofres colgados? Y si los cofres viejos corren peligro, ¿qué hará lo que se guarda en los cofres nuevos?

Contemplaba yo embebecido aquel monumento de nuestras glorias, cuando advertí que faltaba Tirabeque de mi lado. Dimonos á buscarle por toda la Catedral, y al tal niño perdido le hallámos en el templo; pero ¿cómo y en qué lugar? Frente por frente del *Papamóscas* y mirándole de hito en hito con un palmo de boca abierta; que no sé quién de los dos estaba hecho mas *Papamóscas*. Aguardaba Pelegrin á verle mover las mandíbulas y dar las bocadas al tiempo de sonar la hora del reloj, pero en vano; habíánle los canónigos impedido el ejercicio mandibular para que no sirviese de entretenimiento á los aldeanos y bobalicones, y de estorbo al recogimiento de los devotos. Valiérale mas al diputado electo de cuya admision se trató en el congreso ayer haberse interceptado espontáneamente el uso de la palabra como el ciudadano de la Catedral de Búrgos, y ahorrárase el bochorno de las contestaciones que tan desgraciado resultado le dieron.

Recobrado Tirabeque de su embaucamiento, nos volvimos hácia la capilla del célebre *Santo Cristo de Búrgos*, al cual vimos de léjos, absteniéndonos de acercarnos en razon á estarse celebrando en ella el sacrificio. Tirabeque le rezó muy devotamente un *Credo*, aplicándole, segun me dijo, por el buen resultado de la ley de culto y clero, y levantándonos los dos, y entablando relaciones inmediatas entre el bolsillo gerundiano, mi mano izquierda, y la

derecha del sacristan conductor, que se extendieron en silencio, salimos de la Catedral, tomámos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel día, ¡ cosa rara! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianísima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputacion religiosa y española de aquel pueblo), aquel día no se recibió en Búrgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos y desengaño á Gerundios periodistas.

« Al coche, señores, » dijo el mayoral; obedecimosle como doctrinos, y salimos de Búrgos.

Vamos andando.

Mucho me detuve ayer en Búrgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡ Ah! las intenciones buenas son, ¿ pero como he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tuvimos que apearnos todos, y usar de martillos y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del *gato*, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruajes, y trabajámos todos como *negros* (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contráριο á su sistema de emancipacion), y nos llevó la operacion larga média hora?

Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruajes la empresa de postas; porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en tercero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi ningun peso: circunstancias todas que prueban que el carruaje iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse, y el mayoral, siguiendo el ejemplo de las Córtes del año pasado que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por día, cuando no saliamos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, así á lo Balmaseda, por la Brújula, que

se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri, por el fértil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una calzada de los romanos, llegámos mas pronto de lo que habíamos creído á Bribiesca ; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los Reyes Católicos la ciudad de Santa Fe en la vega de Granada, y en que tuvieron su origen el título de *Príncipe de Asturias*, para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, así á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en aginaldo á los Pedro Fernández de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leído la topografía de aquella villa, ni visto la feracidad de su terreno, hubiérame bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra D. Pedro el Cruel y su hermano D. Enrique, duque de Trastamara ; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 piés de circunferencia cada uno, y cuyos nombres parecen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidiable frescura.

Entre dos peñas feroces.

Al traves de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando, fuimos desde el pequeño pueblo de Santa María hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca*, por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas mas setentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel país que da entrada á la provincia de Álava, pues no veo qué otra razon pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurreccion alavesa. Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad importuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas feroces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pié está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece

van á desplomarse sobre el viajero, y que efectivamente forman uno de los pasos mas imponentes de España, perdió un poco el color, y mirando al cielo dijo : « Señor Dios de las alturas, yo soy un miserable mortal... » y como el estrecho no es mas que de diez á doce pasos, al llegar al « mortal, » se vió fuera del peligro y continuó : « que no temo pasar por los sitios mas peligrosos del mundo. »

El viajero intenta ya en vano descubrir con la vista los restos de la famosa batería de Santa Bárbara, que estuvo en una eminencia sobre el costado derecho del pueblo, y que tan célebre y tan temible se hizo en tiempo de las irrupciones de los moros; y apenas podrá divisar los vestigios de los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Ánimas, Cruz, etc., que en el mismo sitio se construyeron despues, y que destruyeron hasta no quedar piedra sobre piedra los cien mil *angulemos* dichosos que en el año 23 vinieron á traernos las cien mil simpatías de acero absoluto de parte de la vecina.

San Isidro y un comisario de guerra.

Apretaba el sol tan sin piedad como una comision militar por la llanura que desde la garganta de Pancorbo conduce á Miranda de Ebro, punto constantemente guarnecido de nuestras tropas durante la pasada guerra civil, de la cual se veian á cada paso reliquias en los fuertes y casas aspilleradas que frecuentemente se encontraban.

Miéntas el conductor despachaba su correo en aquella oficina, Tirabeque y yo nos dimos á echar *una mirada por Miranda*. Nuestros devotos piés nos llevaron insensiblemente al pórtico de un templo, que si no me es infiel la memoria, era la parroquia de san Isidro. Daré las señas; es la iglesia en cuyo portal hacen ahora los carabineros de Hacienda y dependientes de la aduana el registro de los efectos y mercancías, de manera que á veces acontece que el párroco va á decir misa y halla interceptada la puerta de la iglesia con un maletón revuelto ó con un fardo de géneros de algodón decomisado. Un venerable anciano, al parecer sacristán jubilado sin sueldo, tuvo la bondad de franquearnos la entrada en la iglesia, que es ciertamente bien pequeña y humilde. Hacía de pila del agua bendita una aljofaina de loza como la que ordinariamente usa Tirabeque para su *toilette*, sin exageracion alguna; verdadero emblema de lo que nuestros legisladores han cuidado de subvenir á las atenciones del culto. Enseñónos el an-

ciano un san Isidro que en un altar de la derecha, al lado opuesto de un san Agustin buen mózo, habia, y del cual nos dijo: «este san Isidro tenia ántes un baston de mucho valor en la mano. — ¿Qué se hizo pues? le pregunté yo. — Se lo llevó, me dijo, un comisario de guerra que hubo en esta plaza, diciendo que á él le venia muy bien. — Qué me gusta, replicó Tirabeque, la confianza del señor comisario, pero en parte les está á Vds. bien empleado, para que otra vez no pongan Vds. bastones de precio en manos de un labrador en quien estaria mejor una ahijada y una reja. — Y si la reja era de plata como la merece el santo bendito, repuso el sacristan, ¿estaria segura de comisarios? — Punto para el sacristan, le dije á Pelegrin; y tomándole del brazo, volvimos á buscar la silla de posta.

Bien sería, pero no es necesario.

Al pasar la columna de piedra que demarca el límite extremo de Castilla y la entrada de la provincia de Álava, teatro de una guerra sangrienta de siete años entre hijos de una misma patria, no puede dejar de experimentarse una sensacion difícil de definir, porque no sé cuál de las dos impresiones opuestas es mayor y mas fuerte, si la del doloroso recuerdo de su larga duracion y sus horrores, ó la de la dulce satisfaccion de verla terminada y fenecida.

Es de suponer que al llegar aquí esperarán mis lectores, y parece que tienen derecho á esperarlo, que puesto que entro en un país tan fértil en recuerdos históricos recientes, que cada paso que por él se da, trae á la memoria un brillante hecho de armas, ó un contratiempo lamentable, ó una imperdonable sorpresa, ó la apatía de un general de division, ó la actividad de un jefe de columna, ó la muerte gloriosa de un héroe, ó el arrojó de un soldado desatendido, ó el bárbaro martirio de un prisionero, ó la valentía de un fanático carlista, ó la peregrinacion de un pretendiente ambulante, ó los decretos sanguinarios de una junta rebelde; en un país en que cada cerro es una historia, cada colina un catálogo de sucesos, cada valle un compendio de vicisitudes bélicas, cada pueblo un libro de calamidades y desgracias, y cada comarca una galería de cuadros ensangrentados; esperarán, digo, que haya yo de exornar mis observaciones de viajero con la reseña de los principales sucesos acaecidos durante la guerra en cada pueblo de mi tránsito.

Bien sería, hermanos míos, pero no es necesario; lo que en la presente ocasión equivale á decir, «no es posible.» Y esta imposibilidad, de que no tiene la más mínima culpa Fr. Gerundio, puesto que él ni ha sido ni es general, ni jefe de estado mayor, ni coronel, ni comandante, ni auditor de guerra, ni comisario, ni siquiera alférez, ni físico, ni capellan de regimiento siquiera, ni jamasha pertenecido al ministerio de la Guerra, ni sido oficial de ninguna inspección; esta imposibilidad pues, me hizo exclamar entónces (y es idea que ha hecho conmigo todo el viaje de ida y vuelta): «¿es posible, Señor Dios de los ejércitos, que después de dos años de concluida la guerra, entre tantos militares ilustrados como tenemos, no haya habido una buena alma, sea de brigadier, ó coronel, ó comandante, ó capitán, ú ordenador, ú oficial de secretaria, ó ayudante, ó cabo furriel que fuera, que haya concebido el pensamiento de hacer una *guía del viajero* con una sucinta historia de los principales hechos de armas que hacen interesantes los pueblos de esta carrera: lo cual daría instrucción y entretenimiento al viajante, curiosidad y conocimiento al extranjero, importancia á estas poblaciones, datos á nuestra historia, gloria á nuestras armas, y hasta provecho y aumentos al bolsillo del escritor? ¿Es posible que el pasajero que quiera recordar algunas noticias de este célebre país, haya de tener que brujulear la *Revista militar* de San Miguel, el escaso folleto titulado *El campo y la corte de Don Carlos, ó les Mémoires du Prince Lichnouviski*, tan extranjeras como son, ó bien consultar al tomo á la rústica del zagal que arrea las mulas, ó á la provinciana en média pasta que asiste á la mesa y sirve la comida?»

Ello es que así sucede, y que el viajero que por aquellos históricos pueblos transita, echa de ménos un manual de recuerdos para sí, cuanto más para transmitirlos á otros, y no puede dejar de entonar un *Laudamus* á la desidia española que así ha descuidado un punto de que los extranjeros hubieran sacado un partido incalculable en provecho particular y del país. En fin, lavo mis manos en la materia, y prosigo mi ruta:

Provincias vascongadas.

Desde la fértil y deliciosa llanura de la Puebla de Arganzón, bañada por el río Zadorra de abundante y sabrosa pesca, se divisaba á lo léjos en una altura el famoso castillo de Guevara, que sufrió mas ataques que le esperan ahora al ministerio, y le espe-

ran muchos. Pasámos por el desfiladero de las dos montañas las *Conchas*, solo comparables á las conchas de cierto galápago frances que figura en primera línea entre los hombres de la Europa moderna; y llegamos á Vitoria á tiempo de poder ver con la luz del dia la famosa plaza, que aunque hermosa, no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mí entender tiene que rendir párias á la de Salamanca, perdóneme este parecer el hermano Obaquíbel, su arquitecto y director.

Miraba yo á Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña, allí concebidos ó desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tuvieron la mision de concluir la guerra, y de los cuales los noventa y nueve sabe el curioso lector la bienandanza que tuvieron, y del uno restante los peritos juzgarán. La Vitoria de mediados de Agosto indicaba ya sobrado á quien entenderlo quisiera, lo que prometia ser la Vitoria de primeros de Octubre; pero como el gobierno no viajaba por allí, estaba *inocente*. Y mientras el jefe político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posicion en que le tenian los fueristas, Tirabeque debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino á interrumpirnos diciendo: « Señor, bien me decian á mí, que en esta tierra encontraria ya otra clase de doncellas en las posadas: estas ya son mas guapas, y mas curiositas, y de mejor genio que las de atras; no tienen mas sino que defienden sus fueros como unas perras. » — Retírate de ahí cuanto ántes, le dije, impertinente: respeta siquiera á este caballero, ya que no me respetes á mí.

Á este tiempo entró tambien el mayoral llamandonos al coche, y aunque sentia igualmente su interrupcion, los mayoresales están facultados para no ser impertinentes, y obedecemos sus órdenes con viajera humildad y religioso silencio.

Pasé rezando completas por Ulibarri-Gamboa; y no habia acabado los maitines de San Bernardo cuando nos vimos en la cumbre de la cuesta de Salinas, así llamada (la villa) de las fuentes y manantiales de sal que á corta distancia de ella brotan en abundancia, y en cuyas fábricas se pueden elaborar hasta millones de fanégas en caso necesario.

Culebreando el coche por entré los montes de Muzru, Arrambizar, Bedoñalarna é Itturichipi (esto indica bien que estamos ya en el país de *turris eburnea*), dimos vista al Mont-Drágon de Don Alonso X, y al Mondragón que fué de Don Carlos, caminando por un terreno sembrado de *geodas* y piedras de águila enclavadas en

las pizarras y capas ferruginosas de que está bordado; dando aquí principio las colinas sembradas de robles, hayas, castaños y manzanos, lino, judías, nabos y exquisitas berzas, alternadas con las casas de campo, fuentes, arroyuelos, deliciosos paseos, molinos harineros y ferrerías, movidos la mayor parte por las aguas del Deva. Mi paternidad saludó reverentemente á la patria del famoso historiador de España D. Estéban de Garivay y Zamalloa, que segun las crónicas de familia y la cronología de los apellidos, debió ser uno de mis progenitores maternos, fuera de lo que tengo de Gerundio, miéntas Tirabeque, á quien di noticia de esta relacion de consanguinidad, se dió á buscar el alma de Garivay, que decia debería permanecer por aquellos sitios, puesto que no la habian querido ni en el cielo ni en el infierno (lo que no quiera Dios suceda con la de este su pobre descendiente); y dejando á un lado los famosos baños de Santa Águeda, donde anualmente concurre la mitad de Madrid, unos á dejar allí sus mórbidos humores, y otros á pasar una temporada de buen humor, nos fuimos dejando deslizar hasta dar vista á la renombrada cuesta de Descarga y á un pueblo que merece

Artículo aparte.

¿Qué buscas, Pelegrin? le pregunté á mi lego, al ver que no hacia sino asomar la cabeza por la ventanilla del coche. — ¿Qué he de buscar, mi amo? me respondió: busco el monumento, que debe ser lo mas curioso de esta villa. — Pero hombre, estamos por ventura ahora en semana santa para andar buscando monumentos? Cuanto mas que los monumentos en este país supongo que estarán en las iglesias, como en todas partes, y en vano intentarias verle desde el camino. — No señor, que este deberá estar en el campo, porque en el campo y no en la iglesia fué donde se dieron el abrazo el hermano Baldomero y el primo Maroto.

Esta contestacion me hizo conocer que el pueblo á que dábamos vista, era VERGARA y el lugar en que nos hallábamos el *Campo del Abrazo*, cuya noticia habia dado á Tirabeque el conductor ántes que á mí. Entónces yo pasé tambien la vista por todas partes á ver si encontraba algun monumento que recordara á nacionales y extranjeros el suceso mas notable y de mas consecuencias que ha acaecido en la época; pero en vano. Uno de tela ó de carton se ha puesto provisionalmente en los dos años que se

ha celebrado en aquel memorable sitio el aniversario del *Convenio de Vergara*, y ni una triste señal se ve, que recuerde al transeunte el acaecimiento prodigioso que cambió la faz de la España y ofreció al mundo un testimonio sórprenidente de la hidalguía española. Cuando queramos repretender á los extranjeos su estudiada economía en la promulgacion de nuestras glorias y de nuestros rasgos sublimes, miremos al *Campo del Abrazo*, echémonos á nosotros mismos la culpa y callemos. Á mí tambien me hizo callar el sentimiento y la indignacion.

Pero adelante.

Ya no tuve humor para hablar á Tirabeque del antiguo Seminario patriótico de Vergara, ni de los ornamentos con que celebró la primera misa San Francisco de Borja, que diz se conservan en él, ni de las sierras de Arlaban, que aun recordaria con orgullo el general Córdova, si no hubiera pasado ya al mundo donde le habrán resuelto la cuestion de si fué ó no prudente en no seguir hostilizando al enemigo en la retirada, y si sacó ó no todo el provecho que de la victoria debiera, cosa que cuestionan todavia en este mundo los que dicen que lo entienden. Y con aquel mal humor pasé la cuesta de Descarga; subimos despues á Villareal de Zumarraga, donde nos dieron un mediano desayuno de café, frente á la casa en que el ex-pretendiente (si es que el pobre hombre se ha convencido ya de que puede aplicarse un EX mayúsculo) se llevó algunas temporadas agotando sendos pocillos de chocolate realista de Carácas.

La niebla sostuvo aquel día una reñida y cruda batalla con el sol, defendiendo aquella obstinadamente los fueros que de muy antiguo ejerce casi todas las mañanas en aquellas provincias, y sustentando este por su parte con no ménos teson sus derechos constitucionales y la facultad de extender sus rayos con *unidad solar* igualmente por todos los ámbitos de la monarquía sin reconocer privilegios ni exenciones. La lucha corrió sus alternativas, inclinándose la victoria ya á un lado ya á otro, como acaecia frecuentemente en años anteriores á los ejércitos contendientes en aquel país.

En los lúcidos intervalos, ó sea en los ratos en que el sol lograba ventajas sobre la niebla, teníamos ocasion de recrear deliciosamente nuestra vista en aquel pintoresco panorama que forman las colinas y bosques de manzanos agobiados del peso de

la fruta, á guisa de nuestros pueblos agobiados del peso de las contribuciones ; en aquellos rientes valles en que crecian los maizales mas espesos que los vicios en la sociedad, y mas verdes que las poesías eróticas de Quevedo y la novela del Barón de F.....; en aquellos riachuelos mas torcidos que la marcha de nuestros gobiernos y mas claros que puede verse nunca la verdad ; en aquellos linderos mas bordados que sobrepelliz de capellan de monjas; y en aquellas tierras mas labradas que corazon de pecador arrepentido. Chocábale á Tirabeque el ver las laderas de los cerros cubiertas de lindas Guipuzcoanas, con sus vestiditos aseados de percal, su sombrerito de paja ó su pañuelito de puntas de cuarto de luna á la cabeza, y sus piés desnudos, trabajando la tierra y desmenuzando los terrones. Embelesado iba él de su laboriosidad y su belleza, miéntras yo contemplaba con admiracion un país trabajado por siete años de guerra civil, y en cuyo aspecto nadie conoceria que habia habido semejante guerra, ni nadie lo creeria si no lo testificasen los partes exagerados de la Gaceta, los infelices mutilados que piden limosna por las calles, los quinientos mil ascensos que ha producido, y los miles de millones que figuran en números arábigos en los presupuestos, y en metálico sonante en las gavetas de los hermanos contribuyentes.

Pelegrin iba de continuo dialogandolarga y entretenidamente con los zagales, que vestidos con su blusa azul y su boina encarnada ó celeste, tenian la paciencia de responder con admirable amabilidad á las impertinentes preguntas con que sin cesar los molia, relativas á hechos de la pasada guerra, en que ellos mismos acaecia haber sido actores, confesándolo con ingenuidad y franqueza. Á veces le contestaban en un chapurrado misto de castellano y vascuence, de que me pedia á mí interpretacion, como si yo pudiera ser expositor de aquella lengua mas que de la que hablan los paisanos de Confucio, aunque hubiera llevado á la mano el diccionario trilingüe, latino, castellano y vascuence, del jesuita Larramendi.

Así fuimos dejando atras los pueblos de Villafranca, Alegría, Tolosa, Andoain, Urnieta y Hernani, hasta que parámos á comer en Astigarraga, pequeña villa situada en terreno elevado en las riberas del Urumea, y rodeada del monte Santiago. La comida fué abundante, delicadamente condimentada, y servida con el mayor asco. Á Tirabeque le gustó extraordinariamente la sidra, ó sea vino de manzanas, que nos presentaron, y se embaulaba

vasos que era un alabar á Dios. Pero lo que le gustó todavía mas extraordinariamente fué la hermana Magdalena, que con una especie de plumero ó manojito de tiras de papel, se ocupaba graciosamente en espantar las moscas de los platos de viandas mientras nosotros comíamos, ejemplo que no he podido hacer que siga Pelegrin en la celda en nuestra vida normal. Efectivamente, la hermana Magdalena tenia toda la gracia, finura y amabilidad de una guipuzcoana que merecia bien ocupar en la sociedad una escala ménos humilde; y en sus contestaciones á los requerimientos é interpelaciones que á su modo le dirigia Pelegrin, poseia el talento de las evasivas con una maestría y oportunidad que apetecería ciertamente para sí un presidente del consejo de ministros para responder á los cargos é interpelaciones de un diputado cargo-faciente é interpelador.

Ménos agradable y halagüeño aspecto presentaba la villa de Urnieta con sus casas quemadas y sus edificios derruidos; rastros y reliquias de la filantropía del hermano O'Donell, que la hizo incendiar con sus casas de campo despues del desastre de Andoain. Ni era mas halagüeño el que ofrecia Hernani, que habíamos dejado un cuarto de legua ántes de Astigarraga. Divisábase á la izquierda el fuerte del alto Oriamentendi; dejámos á la misma mano el camino que conduce á San Sebastian, y subiendo por una larga y penosa línea de cuestas y derrumbaderos, llegámos á Oyarzun, pueblo aseado y alegre, colocado á la falda y junto á las peñas en que concluye el Pirineo occidental, que va descendiendo por aquella parte con una aparente humildad desmentida por los riscos que todavía ostenta orgulloso al modo del gigante caido que nos describe Milton. Circúndanle espesos y vistosos bosques de manzanos, nogales, robles y otras maderas de construcción, y rodéanle huertas de exquisitas frutas, especialmente de peras que se cultivan de cuenta del comun.

Mientras se verificaba el cambio de ministerio de las mulas, yo me entretuve en examinar una lápida que se ve en la pared de la iglesia, en que hay grabadas hondas y lanzas, cuyo emblema pasa para el vulgo por el antiguo escudo de los cántabros; pero Tirabeque se paró ménos en este exámen que en el de juego de pelota, y en verdad no sin razon, pues se tiene por el mejor de Guipúzcoa, y quizá de toda España. Así se lo aseguraba yo á Tirabeque segun las noticias que de él tenia, pero él me replicó: Ah, no señor, eso no; en Madrid tenemos muchos mejores y en que se juega mejor que en este. — Mejores que este! — Sí señor;

tenemos allí seis ministerios, que son otros tantos juegos de pelota, en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aquí los vizcaínos estos, por buenos jugadores que sean.

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado mas, si no me hubieran distraído las agitadas olas del Océano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irun va el viajero continuamente distraído con una escena que pienso sea original en su clase. De repente ve entrar hasta el interior de su asiento ya la vistosa flor, ya la yerba aromática, ya el racimito de uvas, que unas veces le caen entre las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo, sin que vea la mano que le dirige tan extraña y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene ó bien un par de manzanas, ó bien una sabrosa pera, ó bien un melocoton recién arrancado del árbol. Son muchachos de ambos sexos, procedentes de los caseríos, que desnudos de pié y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo con la esperanza y á cambio espontáneo del cuarto ó los dos cuartos que en premio de su fineza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad, y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irun, que todos estos retumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la gloriosa victoria que el 31 de Agosto de 1813 ganaron 12,000 españoles al mando del general Freire sobre 18,000 franceses mandados por el general Soult en los célebres *Campos de San Marcial* que tenemos á la vista, á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irun, pues en el año 1522 en el propio mes de Agosto y en el mismo monte de San Marcel dieron los españoles otra lección igual á otro ejército de franceses y alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles. — Los pasaportes. — Tómelos Vd. — Está bien: ¿Llevan Vds. dinero? — Si á Vd. le parece, iremos al extranjero sin él. — Es que tienen Vds. que pagar tres reales por cada mil que Vds.

lleven. — Tome Vd. lo que corresponde. — Vayan Vds. con Dios. — Queden Vds. con el mismo.

Dando tumbos y vaivenes bajámos por la cuesta de Irun, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafío que en ella tuvieron el emperador Cárlos V y Francisco I; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfin y duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entrevistas de príncipes de ambas naciones que en ella se han hecho; isla hoy de término neutral; llegámos al puente del Bidasoa, mitad español y mitad frances. Permítanme Vds. detenerme un rato en medio del puente, porque tengo algunas cosas que contemplar.

FRANCIA.

El paso del Bidasoa.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera, de 17 arcos, construido el año 23 para que pasaran con mas comodidad y ménos riesgo los cien mil hijos de San Luis que á las órdenes de D. Luis Antonio, duque de Angulema, vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba yo poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni ménos volvía la vista al pueblo de Andaya que detras de mí tenia, célebre por sus anisets y aguardientes destilados.

Con el pié izquierdo en territorio frances y el derecho en término español, pintábaseme en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaida y humilde gorrilla de cuartel, miétras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la casaca nueva y el morrion de gala del centinela frances, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre mis dos gerundianas piernas mediaba; haciendo la cabeza un cuarto

de conversion á la derecha, veia la miserable garita del compatriota; y convirtiéndola otro cuarto á la izquierda, distinguia la sólida y cómoda garita del extranjero. Notable y triste contraste que el gobierno pudiera bien evitar á poca costa, y debiera evitar en pro del decoro nacional.

Á pesar de todo eché mano al corazon, le dejé depositado en territorio de España, llené su hueco de amor patrio, lancé un « Á Dios, hermano mio, hasta la vista, » al centinela, y marché pensativo hasta el extremo del puente, donde encontré ya á Pelegrin mirando embobado á un alto y fornido gendarme, que con su talla de cinco pulgadas sobre los cinco consabidos, su espeso *moustache*, su sombrero á lo Napoleon, su casaca de largos faldones y su correa amarilla, tenia en respeto á Tirabeque pidiéndole el pasaporte. Llegué yo, y hecha exhibicion y entrega del documento, entrámos en Behovia.

Conocimiento y reconocimiento.

El coche estaba á la puerta de la aduana y se habia dado principio á la operacion de bajar los equipajes. Cada uno echó mano á la llave de su cofre-maleta, y púsose de manifiesto nuestro haber de viajar, á la disposicion de los escrutadores sostenidos por las naciones libres. El mas escrupuloso capuchino no escudriña la conciencia del penitente, ni el mas intolerante censor de imprenta del siglo XVII examinaba los escritos con mas minuciosidad, que escudriñaron los rincones de nuestras maletas los empleados de aquella aduana, que por cierto no llegan á la mitad de los que nosotros tenemos en las nuestras. Nada debíamos nosotros llevar que no fuese de licita y permitida introduccion : no asi un hermano que se nos habia reunido en un pueblo de Guipúzcoa, el cual llevaba para su entretenimiento unos libritos franceses, entre ellos *El libro del pueblo* y las *Palabras de un Creyente* del P. *Lammenais*, á los cuales les pusieron entredicho, por ser, decian, contrahechos en Brusélas : respecto á lo contrahecho en Bélgica son inexorables los franceses. Pero los dejaron en depósito para que el interesado los pudiese recoger á su regreso, que esto es lo que hacen con los artículos cuya entrada está prohibida : y no hay que temer, eso no, que desaparezca nada de lo que allí depositado queda : á la presentacion del resguardo se devuelve infaliblemente el artículo detenido.

Preguntáronnos si llevábamos cigarros, porque esta es mercancía con cuya introduccion no transigen las aduanas francesas, á no pagar un exorbitante derecho; y lo mas que permiten al viajero introducir son diez ó doce cigarros contados. Pero nosotros íbamos ya advertidos de esta circunstancia, y habíamos tenido buen cuidado de arreglar el gasto de este renglon con relacion á distancia, de lo cual no les pesó al conductor, al mayoral y al zagal. Sin embargo, sospechando uno de los aduaneros del volúmen que presentaban los bolsillos de la chaqueta y pantalones de Tirabeque, se acercó á él diciendo: — *Voyons, Monsieur, voyons, s'il vous plaît: pardon; je crois que vous portez des cigarres aux poches*: y comenzó á palparle y *reconocerle*. — ¿Qué va Vd. á hacer, Monsieur? le replicó este asaz amostazado; yo soy de un pueblo de España que llaman *Mirame y no me toques*, ¿entiende Vd.? — *Ah, pardon, s'il vous plaît: mais je voudrais bien voir si vous portez des cigarres aux poches*. — No señor; no llevo *cigarros pochos*, y haga Vd. el favor de no tocarme, que basta que yo lo diga: y sobre todo hable Vd. de manera que nos entendamos, y no en ese chapurrado que Vd. gasta; es muy extraño que un empleado del gobierno no sepa hablar mejor el español.

— Por San Hermenegildo bendito, Pelegrin, le dije; ¿ya empiezas á comprometerme con necesidades? Temprano comenzamos por vida mia: ¿no ves que estás ya en Francia? en qué idioma te han de hablar estos señores sino en frances, badulaque? Sométete al registro y calla, que estás en tierra extranjera.

No bien habia empezado el reconocimiento de Tirabeque, cuando acercándose á mi otro de los empleados, me dijo: ¿Y cómo es que habéis dejado de escribir? — De escribir qué? le pregunté yo. — El diario *Fr. Gerundio*. — Pues qué, me conoce Vd.? — He visto vuestro nombre en el pasaporte: ¿dónde tenéis á vuestro lego Tirabeque? — Aquí le tiene Vd.; este es.

Tirabeque que se oyó nombrar. — Señor, me dijo, esta gente nos ha conocido; ¿si estaremos todavía en España? — Ahí verás, si tu fama ha penetrado mas acá de los Pirineos. — Sí señor, pero con eso y con todo me registran los bolsillos.

Efectivamente todos los empleados de la aduana y de la oficina de pasaportes, mostraron estar muy al corriente de nuestras gerundianas misiones: cesó el reconocimiento de Pelegrin, y rodéáronnos todos, no ya á reconocerle sino á conocerle; reíanse mucho; nos hicieron mil preguntas sobre el objeto de nuestro

viaje, y ántes de poderles satisfacer fuimos llamados al coche dejándolos con la risa en los labios y la curiosidad en el cuerpo.

La mano del gobierno.

Desde que se sale de Behovia, se empieza á conocer que se camina por un país donde hay gobierno, pues desde luego se entra en un ancho y hermoso arrecife, sin un solo bache, sin una sola prominencia, sin una sola desigualdad, formando sus dos orillas dos líneas paralelas de piedras quebrantadas, desmenuzadas y preparadas ya para ocurrir en el momento á la mas pequeña hoyo que se forme, y para reemplazar á la primera piedra que falte. De trecho en trecho se encuentran los peones camineros « *pontoniers* » con su chaqueta de uniforme y su sombrero encerado, al cual rodea una prolongada laminita ó cinta de metal amarillo en que se lee el oficio y número que á cada uno corresponde : estos trabajan incesantemente en allanar y reparar el camino al pié de una estaca clavada á la orilla, en cuyo extremo superior hay una tarjeta de madera barnizada de negro en que se ve repetido el número en blanco. Este sistema es el que con poca diferencia ha adoptado últimamente nuestro actual director de caminos el señor Don Pedro Miranda.

El terreno sin embargo es todavía desigual por aquella parte, y conserva la fisonomía de las provincias vascongadas, si bien las colinas y cerros de que está sembrado, son ya de mas fácil acceso y de un declive mas suave. Hijos raquíuticos del gran Pirineo, no parecen ya descendientes de tan robusto padre : son como los descendientes de nuestros grandes de España, que si no conservaran el nombre patronímico de la familia, nadie diria que eran hijos de padres de tan gran provecho y valia.

Aunque el país conserva todavía cierto sabor y tinte español, presenta ya no obstante un aspecto mas risueño y animado : es una entrada que indica la prosperidad y riqueza de un gran pueblo. Los frutales, las viñas, el aseó y blancura de las casas, los árboles alineados, las mujeres con cofias y sombreros de paja, los rótulos de las tiendas y posadas, los carruajes que se cruzan, todo demuestra mas movimiento, mas vida, mas animacion, si se exceptúa los campanarios de las iglesias cuyas troneras tapadas con maderas ennegrecidas de las aguas, hacen una vista lúgubre y sombría, semejante á la de algunas mujeres que se suelen encon-

trar á la entrada de los templos envueltas en una larguísima y oscura capa con su correspondiente capuchon, que así esconden sus rostros á los ojos del curioso, como las monteras de las torres ocultan las campanas y se tragan su sonido.

De tiempo en tiempo se van viendo á la izquierda las agitadas y peligrosas aguas del golfo de Gascuña, que parece entretenerse en jugar al escondite con el viajero, apareciendo y desapareciendo alternativamente segun que se suben ó se bajan los frecuentes repechos. Así se camina ántes y despues del pequeño pueblo de Urruña, situado entre Behovia y san Juan de Luz. Esta última villa (donde se casó el hermano Luis XIV en 1660) aunque pequeña, es hermosa y alegre; pero colocada á la desembocadura del rio Nivelles que la separa de su arrabal, está sufriendo continuamente el azote de violentas ráfagas y las sacudidas perpétuas de las olas del Océano, que se estrellan mugiendo en sus murallones de piedra, al modo de las que azotan los muros de Cádiz, y á semejanza de los furiosos embates que de todos los lados del Congreso está sufriendo actualmente el ministerio González, que no sé si tendrá fuerzas para resistir y rechazar las embravecidas olas del salon de Oriente, que no llevan trazas de aplacarse ni con el ministerio González ni con otro que le sucediera; porque el estado normal de aquel golfo parece ser la agitacion.

Pásase en seguida por Bidart, encuya costa acaba de perderse ahora la barca española *Josefa*, que quiera Dios no suceda tal á la barca del Estado con la divergencia que reina en los innumerables sistemas de bogar de sus pilotos, que todos creen entenderlo mejor, y el resultado es que ninguno entiende gran cosa la aguja de marear.

¿Y Tirabeque?

¡Oh! Á Tirabeque no le ha faltado qué observar en la ruta de Bayona: desgraciado de mí que tenia que contestar á sus mil y una preguntas y á su millon y medio de observaciones. — Señor, estos postillones ya no son como los nuestros; parecen unos señores con estas botas de montar y estos uniformes que traen. Y los atalajes de los caballos tampoco son lo mismo. — Todo es verdad, Pelegrin. — Pero parecen muy tontos, señor, no saben decir á los caballos mas que *hín*: aquí no hay *coronela*, ni *colegiala*, ni *pulido*, ni todos esos nombres con que nos divierten los zagaes nuestros. — Ni pienses ya volver á oír esa letanía de animacion

hasta que vuelvas á España. — ¡ Ay, mi amo ! ¿ y qué copete es el que trae aquella diligencia allí encima tan empingorotado ? Calla, calla, y viene lleno de gente. — Eso deberá ser la *imperial* que llaman, que son unos asientos que tienen las diligencias francesas sobre la berlina. — Señor, señor, mire Vd. qué coche tan raro viene allí..... aquí viene otro de otra figura todavía mas rara..... ¡ oh Dios mio, qué carro tan grande ! Válgame Dios cuánto ve el que anda por reinos extranje..... ¡ ay, ay, ay ! señor ! ¿ ve Vd. aquel hombre y aquella mujer metidos en dos cestos puestos en un caballo á modo de aguaderas, uno á un lado y otro á otro ? (1)

Aquí, Pelegrin, se conoce que no se perdona manera alguna de viajar, sea á caballo, sea en ruedas. — Ay, qué bonita casa de campo, señor ! Mire Vd. otra aquí á la izquierda... otras dos estoy viendo allá mas léjos. — Y verás mas, probablemente, cuanto mas nos vayamos acercando á Bayona. — ¿ Qué es esto, señor ? ¿ Otra vez están bajando los equipajes ? — Esta será regularmente la segunda línea de aduanas, donde, segun me han informado, se hace una especie de segundo registro ó reconocimiento ; pero verás como no tocan á nuestras maletas, porque vienen emplomadas y selladas de la de Behovia. — Diga Vd., mi amo, ¿ qué quiere decir aquel letrero ? — Á ver : « *On donne ici à boire et à manger* : » que aquí se da de beber y de comer. — ¿ Con que primero de beber que de comer ! Señor, ya veo yo que tambien en Francia hay vice-versas : allá regularmente primero se come que se bebe. — Pues así he advertido que están todos los rótulos de esta clase que he visto hasta ahora. — Pues si dan todo eso, aunque sea contra el órden, vamos allá, señor, á que nos den algo. — Bien, pero ten entendido que no lo dan grátis, sino por el dinero. — Entónces ¿ para qué dicen que *se da* ? — Esto te indicará, Pelegrin, y sírvate de gobierno, que hemos entrado en un país donde todo es mentira y sobre todo en un país donde nada es *grátis*.

El « *hiu* » del postillon puso otra vez en movimiento los caballos, y sufriendo otras doscientas preguntas de Tirabeque, nos hallámos á las puertas de Bayona á las seis y média de la tarde. En uno de los puentes de su entrada encontramos al hermano Marliani, que se hallaba allí de camino de Paris para la corte de España,

(1) Estas cabalgadas son las que se llaman allí *cacolets*, parecidas á las *artolas* de las provincias vascongadas.

desde cuya fecha data el pensamiento que se le atribuye de asestar sus tiros á una de las poltronas ministeriales. Nosotros nos apeámos en la casa de postas, y nos encaminámos despues á buscar albergue y descanso en el *Hôtel du Commerce* ó *Fonda del Comercio*, que asi lo reza en ambos idiomas el tablon de sobre la puerta.

BAYONA.

Cosas generales.

Que Bayona es una plaza fuerte, como ciudad fronteriza ; que es puerto de mucho comercio, distante una legua del Océano y seis de la frontera de España ; que pertenece al departamento de los Bajos Pirineos ; que está situada en la confluencia del Nive y del Adour, los cuales la dividen en tres partes casi iguales que se llaman *Bayona la grande*, *Bayona la chica*, y el barrio de *Sancti Spiritus*, habitado generalmente por comerciantes judios (si es que el « comerciantes » no está de mas hablando de judíos) de origen españoles y portugueses ; que tienen una hermosa plaza llamada de *Grammont* ; que goza de una campiña sobremanera pintoresca, sembrada de cómodas y lindisimas casas de campo ; que posee una buena ciudadela, un delicioso paseo llamado las *Marinas*, y un apéndice de ciudad ó aldea de recreo, nombrada *Biarritz* ; que en ella tuvieron origen las *bayonetas*, y que hoy mas que por las *bayonetas* de aguda punta, es conocida y honrada por las *bayonetas* de esbeltos talles y agraciados rostros, son cosas generales y sabidas de todo el que se haya tomado la molestia de leer cualquiera descripcion geográfica de aquella ciudad.

Que hay en Bayona muchos españoles, establecidos unos y muebles otros ; que ha sido, es y será *refugium fugitivorum* de nuestras cien emigraciones pasadas, presentes y *futuras* ; que para ella fué una cuecaña nuestra guerra de siete años, y que no le pesaria que hubiera durado otras siete semanas de años como las de Daniel ; que era el cuartel general franco-hispano de los carlistas que no eran de armas tomar, pero sí de conspiraciones urdir, como despues lo fué de los liberales exaltados perseguidos, como en seguida lo fué de los vencidos moderados, como ahora lo está siendo de los del aplastado movimiento de Octubre, y como mas adelante lo será Dios sabe de quiénes, porque todavia no he-

mos concluido; que pocos habitantes de Bayona dejan de hablar algo ó al ménos de entender algo el español por el frecuente roce que con ellos habemos, y que se ven muchas inscripciones y rotulatas en ambos idiomas para la mejor inteligencia de indigenas y de exóticos, cosas son tambien generales y que fácilmente se saben, infieren ó suponen.

Cosas particulares.

Pero lo que nadie hasta la presente sabia es, que cuando nosotros llegámos al Hotel del Comercio se nos dijo que no habia habitacion desocupada por aquella noche para nosotros (tal era entónces la afluencia de forasteros en aquella ciudad), pero que la habria al dia siguiente, y que entretanto podríamos, si gustáramos, alojarnos por una noche en otra casa de la confianza y satisfaccion de *Madame*, á lo cual no tuvimos inconveniente en acceder: y condújonos el mozo-viejo *Cadet* á la *rue d'Orbe*, número 9, donde tomámos posesion de la primera celda provisional francesa. Mas como todavía era temprano, acordámos salir á lo que en España llamámos dar una vuelta y en Francia *faire un tour* por la ciudad.

Tropezámos al acaso con un gabinete de lectura y determinámos entrar un rato en él: pero Tirabeque se me detuvo á la entrada diciendo: *Aquí no entro*. ¿— Y por qué? le pregunté yo. — Señor, me respondió, mire Vd. bien: el primero que he visto de frente es el hermano Muñoz Maldonado con un *Cangrejo* (1) en la mano. — Y eso ¿qué importa? si talés encuentros te retraen, será posible que no entremos en parte alguna. Pero en fin, te daremos gusto: iremos á beber al café, si te parece.

Íbamos á entrar en el café italiano, cuando advierto que se me detiene Pelegrin á la puerta diciendo: — Señor, *aquí no bebo*. — ¿Y por qué motivo, hombre? — Señor, el primero que veo aquí á la entrada es el hermano Parejo, el gentil-hombre nombrado por la reina Cristina, que no ha sido admitido en palacio. — ¿Y qué tenemos con eso? Pues si en esas me andas, volvámonos á casa á dormir.

Dirigimonos en efecto á la *rue d'Orbe*; yo pasé á mi habitacion, y cuando Tirabeque volvió á pedir una luz me dijo: — Señor,

(1) Periódico de Madrid correspondiente á su título.

aquí no duermo. — Pues estamos habilitados á fe mia ; tú en ninguna parte quieres entrar, en ninguna quieres beber, en ninguna quieres dormir : ¿ pues qué hay ? — Que acaba de decir madama la criada que habla español, que aquí encima de nosotros en esta habitacion de arriba duerme el conde de Cleonard. — Duerma muy en hora buena, nosotros dormiremos aquí. — Señor.... — Vaya, déjame en paz, y á descansar : en país extranjero no debe haber diferencia de opiniones : aquí la única opinion debe ser la de que somos españoles todos.

Por esta ligera muestra conocerá el gerundiano lector que en Bayona en aquel entónces no podia darse un paso sin topar con un hermano de cuenta de la cofradía emigrada : si queréis saber lo que allí hacian, no me lo preguntéis á mí : sucesos trajo Octubre que os sabrán responder.

La misa.

Tan luego como nos levantámos dispuso mi paternidad, como buen religioso, ir por primera salida á ver la catedral, que es un edificio gótico de muy buen gusto, y á oír misa si la encontráramos. Desde el momento se empieza á notar en los templos franceses otro aire y otro estilo que el de los españoles ; en sus capillas y altares domina generalmente una sencillez que ya suele degenerar en desnudez y desamparo : el *altar mayor* que nosotros llamamos, y que ellos llaman *maitre-autel*, es por lo general, no el mayor sino el menor, pues consiste comunmente en una mesa con muy pocos adornos : detras de él está el coro, tambien muy sencillo, y á veces pobre.

Pero lo que á Tirabeque le hizo mas novedad fué el gran número de mujeres de todas clases que en el templo habia, con elegantes sombreros unas, con altas cofias otras, y otras con sencillos pañuelos á la cabeza, ni una sola con mantilla, y todas ó bien sentadas sobre las sillas ó bien arrodilladas sobre ellas ; fijos los brazos en una tablita que tienen en la parte superior del respaldo, en que suele estar escrito el nombre de la familia ó persona á que cada silla pertenece, y casi todas con su librito en la mano. Salió un celebrante, y pusimonos á oír misa arrodillados á la española. El sacerdote llevaba el pelo del occiput largo en forma de garnacha, y divisábasele por bajo de la casulla la cola de la

sotana que tuvimos por signo de que pertenecía al gremio canonical.

Concluida la misa, le pregunté á Tirabeque qué le habia parecido. — Bien, me respondió : las ceremonias son como las de España, pero en cuanto al latin una de dos, ó el latin frances no es como el latin español, ó sé yo mas latin que los canónigos franceses. — En cuanto á lo primero, Pelegrin, te dispenso la simpleza solo porque estamos los dos solos, pues el latin lo mismo es en Francia que en España, que en todo el mundo : y no te suceda hacer esa observacion delante de gente : y en cuanto á lo segundo, no sé por qué lo puedas decir. — Señor, á lo ménos yo digo « *dominus vobiscum* » claro, y ellos dicen *dominís vobiscóm* ; y tan bueno debia ser el acólito como el cura que respondia, « *et com espiriti tió* ; » si lo saben, ¿ que trabajo les cuesta decir « *et cum spiritu tuo*, » así clarito como yo? — ¿ Pero no ves, simplete, que ellos tienen que arreglar la pronunciacion al acento que exige la *u* francesa y á toda la modulacion de su idioma ?

Cositas várias.

Aunque Bayona todavía no es Francia para el español que va buscando novedad en todo, nótese ya sin embargo otra fisonomía y otro gusto en las calles, en los comercios, en las tiendas, en los hoteles ó fondas, y en el afan de rotular y escribir en todas partes, de que mas adelante tendremos ocasion de ocuparnos con mas detenimiento. Pueblo esencialmente comereial, no es notable ni en establecimientos literarios, ni en hombres de reputacion científica, ni en el gusto por los espectáculos de público recreo. Estábase concluyendo un magnífico teatro de nueva planta, pero la mayor parte del tiempo tendrá que ser una casa sin inquilinos, porque apenas puede sostenerse allí por temporada una compañía dramática. Las señoras cristianas concurren poco, de temor de incurrir en la formidable censura de los predicadores de la fe de Cristo, y solo las judías son las que asisten con mas frecuencia al teatro, como que allí no van á oír el Evangelio, ni creo que los cómicos se propongan extraviar á nadie de su creencia y religion. Tal es allí la influencia clerical : ¡ y hay quién se queje de ella en España !

Tienen los bayoneses una sala de conciertos sostenida por aficionados, á uno de los cuales tuvo mi paternidad la honra de

asistir : no sé qué tal les parecería á los sacerdotes anti-espectaculistas. Había muy buena orquesta, y en este ramo no ha dejado de producir Bayona algunos profesores sobresalientes.

Asaz sentidos y disgustados hallé á los comerciantes, lo mismo franceses que españoles, de la nueva ley de aranceles de España, por la que se les ha privado del beneficio de bandera que gozaba aquel puerto, y por la cual, decían, se perjudica á las areas del tesoro, se perjudica á los intereses del consulado, se paraliza el comercio de lo lícito, y se fomenta el del contrabando; que son las mismas quejas que á mi paternidad le dan de Gibraltar, y las mismas que le dan de todas partes, porque la tal ley de aranceles ha tenido la buena fortuna de disgustar lo mismo á nacionales que á extranjeros, que es todo lo que se puede apetecer.

Pasaportes.

El español que llegue á Bayona, cuente con que ántes de apearse se le presentará un gendarme en demanda de su pasaporte, en cambio del cual le dará un billete con que pueda reclamarle en la *Mairie* ú oficina del alcalde. Si el viajero pasa á otro punto de Francia, recogerá de la *Mairie* su pasaporte; procurará visarle del cónsul español; pasará con él á la subprefectura; aquí dejará el pasaporte español, y con una papeleta del subprefecto se trasladará otra vez á la oficina del *Maire* ó alcalde : este le proveerá de un pasaporte nuevo, mediante unos francos, y el primitivo llegará por el correo ántes que el viajero, á la prefectura del punto á que se dirija donde le hallará y podrá reclamar. Hermanos, así se anda en Francia de casa de Anas á casa de Caifas, de casa de Caifas á casa de Heródes, y de casa de Heródes á casa de Pilátos.

Terminadas estas diligencias, y tomados billetes para la *malle-poste* ó silla de correo, al precio cada uno de 40 francos y 2 sous (como unos 160 rs. y 26 mrs.) emprendimos el camino para Burdeos á las dos de la tarde, que es la hora en que diariamente y en punto sale la posta de una á otra ciudad.

La Malle-poste.

Desde Bayona á Burdeos, aunque se cuenten 54 leguas francesas de posta, solo se invierte, yendo en el correo, de unas 15 á

16 horas. Esto bastará para que se suponga el lector la celeridad con que marcharán estos carruajes. El viajero que desee ó necesite para sus negocios ó su comodidad la mas ligera detencion, el que piense ó quiera contar con un pequeño descanso para tomar una taza de té ó un vaso de agua, renuncie desde luego á viajar en la *malle-poste*, porque no le complacerá el conductor aunque fuese el gran Miramamolin de Persia. Los caballos de tiro esperan preparados á la orilla ó en medio del camino la llegada del correo : la operacion del relevo, ó sea desenganchar unos y enganchar otros; es cosa de medio minuto (un minuto es lo que tengo entendido les concede el reglamento), y ya está el coche andando. Al relevo siguiente sucede lo propio; se encuentran los caballos dispuestos en el camino, se emplea otro medio minuto en el cambio de gobierno, y el movimiento del carruaje sigue instantáneamente al *hiu* monótono del conductor.

Desgraciado de aquel á quien ocurra de relevo á relevo uno de los menesteres urgentes á que está sujeto todo fiel cristiano, lo mismo en Francia que en Moscow, porque lo pasará muy mal el infeliz. Y pobre del que incurra en la imprevision de no racionarse ántes de emprender la marcha proveyéndose de las competentes municiones de boca sólidas y líquidas; porque llegará al término del viaje mas extenuado que cesante español.

Desgraciado tambien del carretero que al acercarse la silla de posta no desvíe su carruaje para que el correo pueda seguir su marcha sin obstáculo ni detencion : ya puede contar de seguro con cincuenta francos de multa, y con el doble en caso de reincidencia, sin perjuicio de las penas corporales á que están sujetos por el reglamento de policia. Pero pobre tambien del conductor que trate con grosería á los viajeros, ó tuviese la debilidad de embriagarse, ni aun siquiera de llegar al *semi*, ó no se presentase con su uniforme y su placa correspondientes; el reglamento le marca las penas en que incurre, desde dos dias de cesantía hasta la absoluta destitucion.

Los coches de la *malle-poste* son sumamente cómodos, holgados, perfectamente acondicionados y sólidamente contruidos, con blandos cojines en los asientos, y no duros reclinatorios para recostar lo cabeza. Así es que son los carruajes que usan en Francia para viajar las personas regularmente acomodadas, si bien con el inconveniente de tener que asegurar el asiento con bastante anticipacion, pues de otra manera no es fácil lograrlo, por lo mismo que es el método de caminar preferido. El que

quiera gastar ménos, que tome la *diligencia*, pero ármese de resignacion para ir *more testáceo*, esto es, á paso de tortuga, para que lo hagan días y horas, para no descansar de noche ni de día, para que el conductor le prescriba templanza y sobriedad en la mesa no dejándole llegar á los postres ni á las copas, y para tener que alternar con Monsieur el zapatero y Madame la requesonera, que suelen ocupar su competente número 4º de interior. En Francia las *diligencias* son como las *galeras* en España : son unas galeras decentes : los únicos asientos que se conservan un poco aristocráticos, son los de berlina : en los demas es muy expuesto encontrarse con la democracia de los caminos.

Las Landas.

Hechos dos padres maestros íbamos amo y lego dejando atras los amenos contornos de Bayona, que terminan en *Ondres*, para dar entrada al país llamado *Las Landas*.

Estas *Landas* que se dividen en grandes y pequeñas Landas, son unos vastos arenales que comprenden una porcion de leguas de terreno, en que crecen casi exclusivamente bosques inmensos de pinos y alcornoques, y que pueden llamarse la Siberia francesa. Empiezan á las dos leguas de Bayona, y abarcan como las dos terceras partes del camino de Burdeos. Como que el terreno es tan blando y esponjoso, ha habido necesidad de construir en una gran parte del camino lo que los franceses llaman *pavé*, que es un pavimento de piedras cuadradas como de cuarta en cuadro, si bien muy sólido, igual y seguro, pero sumamente incómodo para el viajero, no tanto por su dureza como por el estrepitoso y fastidiosísimo ruido que hace la cristalería del coche, intolerable para una cabeza delicada. De estos hay en Francia muchos.

¿Sabes, Pelegrin, (le dije á mi lego) que este trozo de camino es incómodo y molesto en demasia? — Verdad es, mi amo, me respondió ; pero dírame yo con una piedra de estas en los pechos con que los arenales de allá de Olmedo y Valladolid tuvieran un camino así empavado como este. — ¿Qué es lo que has dicho? porque con el ruido que hacen los cristales no se oye bien. — Digo que diera yo gracias á Dios si el camino de Valladolid á Olmedo, que es un terreno al símil de este, tuviera un empavonado así. — Hombre, yo no percibo mas sino que hablas de empavado y empavonado, y supongo que querrás significar el pavimento ó empedrado en español y el *pavé* en frances. — Señor, llámese

como quiera, que es lo que menos importa, digo que ya me contentara yo con que el camino de Olmedo á Valladolid estuviera como este. — Habla un poco mas alto. — Señor, ¿qué mas alto he de hablar si doy unas voces que estoy para mí que si no me oye el gobierno español es porque se hace el sordo á estas cosas?

Efectivamente, á nuestro regreso hemos visto que no oyó el gobierno á Tirabeque por mas que voceaba. Sin duda se lo impidió el ruido de las ruedas y los cristales. Ahora que se lo decimos mas de cerca y sin ruido, probablemente no lo oirá tampoco.

Así que llegamos á *Ondres*, que es donde principian las *Landas*. — ¡Poder de Dios, mi amo (exclamó Pelegrin), y qué de alcornoques hay tambien en Francia! — Sí que se ven muchos, le dije: ya tenia yo noticia de que en este país de las *Landas* habia unos alcornoques muy solemnes, pero repara como los mas están descortezados. — ¿Y por qué estarán así, señor? — Porque sus cortezas las aprovechan para corchos. — *Landas* y corchos..... *Landas* y corchos..... diga Vd., mi amo; ese senador nuestro que fué ministro, y que llaman el Sr. *Landero Corchado*, será natural de aquí supongo yo. — ¡Válgame Dios, y qué sandio te conservas en país extranjero, Pelegrin! Merecias estar plantado ahí entre esos árboles que estamos viendo y de que vamos hablando: ese ilustrado y juicioso senador que tan sin cuento has traído á cuento, no es natural de las *Landas* sino de nuestra Extremadura. Quién nació en las *Landas*, ahí en esa villa llamada *Dax* que tenemos á la vista, fué S. Vicente de Paul el fundador de los *Lazaristas*. — Señor, buen gusto tuvo en venir á nacer á una tierra como esta.

— Lo que yo digo es, mi amo, (continuó) que si á muchos hombres les quitaran la corteza como á estos árboles, lléveme el diablo si no quedaban reducidos á meros.... — Alcornoques veo yo, Pelegrin (le dije sin dejarle acabar), tan desnudos, que si las verdades se dijeran como están ellos, serian pocos los que las sufririan. Mas te digo, si los franceses se desnudaran de la corteza de la cortesanía..... y aun digo mas, si á muchos de nuestros patriotas se les despojara de la corteza exterior del patriotismo, habíamos de ver..... vaya, no se puede hablar con este diablo de sonsonete que hacen los cristales.

En *Dax*, mientras se hacia el relevo, tuvimos proporcion de ver unas fuentes cuyas aguas son como los discursos de nuestro diputado López, tan calientes que á diez pasos del manantial no se puede soportar el calor que despiden. La catedral solo pudimos verla

de léjos, y de ningun modo el gabinete de mineralogía y el hospital civil.

Internados en el corazon de las Landas ya no veíamos en derredor nuestro sino inmensos pinares, cuyas cortézas rajadas desde las cuatro ó cinco varas de altura hasta la raíz en el ancho de un palmo, hacian con subblancura una visualidad extraña, y que decia Tirabeque remedaba un ejército de blanquillos en emboscada. Hácenles estas cortaduras para que por ellas destile y fluya la resina ó trementina, que se recoge en unos recipientes, especie de artesoncillos que se ponen al pié de cada pino, de cuyo artículo se hace en el país un ramo de comercio de no poca utilidad. Oida esta explicacion, me decia Tirabeque : — Señor, allá tambien tenemos abundancia de pinares en la provincia de Soria y otras del reino, peros nosotros no somos tan crueles como esta gente. — ¿Pues en qué está la crueldad? — Sí señor, aquí están haciendo llorar á los pinos todo el año de Dios para despues convertir sus lágrimas en oro; allá no hacemos llorar á los pinos, porque sería una inhumanidad; allá lo único que hacemos llorar son las viudas de los patriotas y otras gentes así; pero á los pinos los dejamos que crezcan y se rian de nosotros. — Sí, porque no sabemos sacar partido de ellos, tienes mucha razon : ¡ cuántas y cuántas producciones hay en nuestro suelo que dejamos se rian de nuestra incuria y flojedad !

Pasados *Tartas* y *San Severo*, donde está el sepulcro del famoso General *Lamarque*, se encuentra la capital del territorio de las Landas *Mont-de-Marsan*, pequeña y linda ciudad de 4,000 habitantes, situada en la confluencia de los rios Douze y Midou, el primero de los cuales empieza allí á ser navegable hasta Bayona, y da principio al canal de las Landas. Era de noche y no pudimos ver las afamadas bellezas cuya delicada tez y sonrosado color dicen algunos escritores franceses que contrasta tanto con la aspereza y arenosidad del país.

Encuéntrese despues *Roquefort*, donde terminan las Landas, rodeado de rocas, y no tan notable por su cera y su miel, su queso, su cáñamo y sus hornos de cal, como por las hermosas bestias que tiene la honra de producir.

Se entra en seguida en el departamento de la Gironda, ya mas ameno y feraz. El semblante de Tirabeque tambien se iba animando gradual y sensiblemente, y competia en lo risueño con el de la aurora que empezaba á alumbrarnos, y estoy por decir que con el del mismo sol que allí en aquella tierra parece ya que sale

siempre un poco disgustado. — Se conoce que te alegra la venida del día, Pelegrin, le dije. — No señor, no es eso lo que me alegra. — Será acaso el hallarte en el país de los girondinos tan célebres en la asamblea francesa. — No señor, tampoco : es que hemos entrado en tierra de viñas, que cada vez van siendo mejores, y este me va oliendo ya á vino de Burdeos. — Así es, que si no me engaño, este que hemos pasado hace poco, ha de ser *Langon* ; y no debe quedarnos ya mas que *Castres* y algun otro pueblecito.

Así entretenidos llegámos á dar vista á la hermosa y sobremañera pintoresca campiña de Burdeos : y entrámos en la ciudad sin que en todo el camino nos hablara una sola palabra el viajero que se nos habia reunido en *Mont-de-Marsan*.

El que no habló.

Ántes de sentar nuestros reales en Burdeos, justo es que digamos algo (ya que él no quiso decirnos nada) del viajero de mi párrafo precedente á quien no mencioné ántes, porque en nada alteró nuestras relaciones itinerarias. Era este un frances que se nos reunió en *Mont-de-Marsan* ya muy entrada la noche ; único caso en que los conductores se detienen mas del minuto, cuando sube algun nuevo viajero.

Entró sin saludar, y sin saludar se colocó en el asiento del medio ; cosa que ya empezó á extrañar Tirabeque. Á los pocos minutos de marcha, yo Fr. Gerundio en uso de la costumbre española me tomé la libertad de preguntarle el nombre del pueblo de donde él habia salido, á que me contestó : « *Mont-de-Marsan*. » Hícele otra pregunta con objeto de entrar en conversacion como en España se acostumbra, y tuvo la bondad de callarse la respuesta. Sin duda no me percibió. En vano esperé oír de su boca alguna otra palabra. « *Mont-de-Marsan* ; » he aquí la única voz que articuló el consocio agregado en todo el camino. — Señor, ¿ es mudo este hombre ? me preguntaba Tirabeque. — Calla, le decia yo, que nos podrá entender. — Diga Vd., mi amo (me volvía á preguntar) ; ¿ son mudos todos los franceses que andan por los caminos ? — Calla, hombre, no me comprometas. — Si lo digo en español, mi amo, no tenga Vd. cuidado.

Sin pronunciar mas palabra que « *Mont-de-Marsan* » llegámos al término de nuestro viaje : nos apeámos juntos en la casa de postas, se marchó sin despedirse, en lo cual tuvo el mérito de la consecuencia, y el de corresponder los fines á los principios, que

no es cosa comun, y no he vuelto á saber mas del compañero de viaje de *Mont-de-Marsan*.

Si alguno quiere conocer el tipo de los viajeros franceses, aqui le tiene : en España desde que entramos en un carruaje nos contamos mutuamente nuestras historias y nos hacemos amigos ; en Francia los viajeros se vuelven mudos, como decia Tirabeque ; y no extrañe el español viandante hacer un viaje entero con un frances, y no oirle decir mas que *Mont-de-Marsan* ; y para eso le costará el trabajo de preguntárselo.

Idea general.

BURDEOS, la capital del departamento de la Gironda, es una de las ciudades mas bellas y mas importantes de Francia. Si se la considera por su posicion topográfica, Burdeos se presenta magnífica y sorprendente. Colocada á la orilla del Garona en forma de un grande arco cuya cuerda tiene una legua de longitud, con su extensa manzana de soberbias casas de sillería, su admirable y atrevido puente de diez y siete arcos, su bello malecon para contener el rio, su puerto guarnecido de mil velas y cien chimeneas de vapor, su fertilísima y pintoresca campiña, sus paseos, sus quintas, sus pabellones y sus jardines, el panorama que ofrece Burdeos á la vista del espectador poco dejará que desear á la imaginacion mas avara de ilusiones.

Si se la considera por la parte monumental, Burdeos ostenta orgullosa su cuartel de *Chapeau-Rouge*, sus plazas Real, Delfina y de Tourny, su casa consistorial ú *Hôtel-de-Ville*, su palacio de la prefectura, el grandioso edificio de la lonja, sus templos, sus baños y todo el bello conjunto de casas de la ciudad moderna ; sin que haya necesidad de llamar la atencion del viajero hácia el *Gran Teatro* construido por Luis XIV, puesto que el extranjero que entra por primera vez en Burdeos, no puede ménos que preguntar naturalmente : ¿Qué edificio es este de tan sólida y elegante arquitectura, rodeado de tan magnificas arcadas y cuyo majestuoso fróntis decoran esas doce esbeltas estatuas sobre otras tantas robustas columnas ? Pero ántes que el conductor revele que es el gran teatro, suele adivinarlo el viajero, si no desconoce en los trajes y emblemas de las estatuas á las hermanas habitadoras del Parnaso.

Si se la considera por la parte de establecimientos de pública utilidad, enseñanza y beneficencia, el observador curioso puede

visitar la casa-moneda, la banca, la universidad, la biblioteca de Lebel con sus ciento cinco mil volúmenes, la academia real de ciencias, el museo, el gabinete de historia natural y el de antigüedades, el colegio de sordo-mudos, el hospicio, las escuelas de medicina, de comercio, de náutica, de hidrografía y de equitación, etc.; sin contar otros ciertos colegios acaso de los mas bien regidos y administrados que se pudiera desear, pero de que no puede ocuparse un escritor por ventajosas noticias que tenga de su mérito intrínseco.

Si se la considera por la parte mercantil, sabido es que el puerto de Burdeos es uno de los mas concurridos de Europa, y á que arriban embarcaciones de todos los puntos del globo. Y aunque en el dia esté experimentando una sensible decadencia, al paso que va creciendo su rival el HAVRE, merced á la no muy acrisolada nota de buena fe que de un tiempo á esta parte han adquirido algunas de sus casas de comercio, Burdeos cuenta siempre con un fondo seguro de riqueza mercantil en la abundancia de los apetecidos vinos que produce su suelo. Por lo demas el rico mercader de Burdeos siempre ha servido de tipo y hecho un papel muy principal en las comedias de costumbres francesas; y aun en la última del inagotable Seribe titulada *Una cadena*, no falta la novia de cajón hija de *un rico comerciante de Burdeos*.

Dos comparaciones le asaltan naturalmente al español que visita por primera vez á Burdeos : con Madrid por la parte de edificios, carruajes, teatros, tiendas y paseos; y con Sevilla por la del campo, el rio y las producciones. No falta quien recuerde la Vega de Granada, pero esta la reservo, yo Fr. Gerundio, para otro término mas adecuado de comparacion que mas adelante se presentará.

Siendo Burdeos una poblacion de 400 mil almas poco mas ó ménos, ocupa una extension como para 200 mil ó mas : así es que á pesar de toda la animacion que es consiguiente á una poblacion mercante, se está siempre esperando ver mas gente, y esta gente no viene, porque no la hay; era menester para eso, ó aumentar los vivientes ó apiñar las viviendas.

Jean y Jeannette ó Juan y Juanita.

Cuando nosotros entrámos en la patria de Ausonio y de Montaigne, llovía en frances que era una maravilla, cosa que parecerá no guardar mucha consecuencia con el sol que dejámos en

Langon y Castres, pero que es muy comun en aquella antigua residencia del parlamento y del gobierno de la Guiena. Apenas nos apeámos en la casa de postas, nos vimos rodeados de emisarios ministeriales de los Hoteles, que venian á ganar nuestro voto con halagos y pomposas promesas. Yo di el mio al ciudadano *Jean*, comisario regio del *Hôtel de France*, tanto porque llevaba noticias de que era el mejor hotel de Burdeos, como porque me atrajo el oír chapurrar español á dicho recadero, ó *commissionnaire* que llaman. El tipo de estos *commissionnaires* se describirá mas adelante, porque no deja de ofrecer bastante novedad.

El bueno de *Jean* trasladó nuestro equipaje en un carretoncito.... y esto de carretoncitos es una circunstancia que como tenia sus ruedas se me ha venido aquí rodada para empezar á notar cómo los franceses han simplificado desde las cosas mas pequeñas el sistema de trasportes conduciendo de una sola vez y con la mayor facilidad los bagajes de tres ó cuatro viajeros, para lo cual necesitaríamos en España la cooperacion de tres mozos de cordel, que desde que hay en el mundo cordeles y mozos no ha alcanzado su talento á inventar otro sistema que el de la simple, ó mejor decir, de la doble y robusta costilla.

Trasladó, como digo, nuestro equipaje al hotel de Francia, en donde se nos dió un par de habitaciones de las que corrian á cargo de la seccion de la hermana *Jeannette*, que allí está tambien el servicio dividido en secciones por *chambres* ó departamentos á cargo cada uno de una oficiala de cobachuela, á estilo de secretaria del despacho, y todos bajo la presidencia de *Madame Baron*, que es la dueña ó dueño (pues uno y otro se podrá decir de una señora que se llama *Baron*) de aquel hotel, sito en la calle del *Espiritu de las leyes*: y cito esta calle, porque como luego se verá, parece que mi horóscopo en esta parte de Francia era seguir constantemente las huellas al Baron de Montesquieu.

Dejemos por ahora á Juan y Juanita (por cuya muestra inferimos que no era solamente la España la tierra de los Juanes), que ellos volverán si los habemos menester.

La mesa redonda.

Llevámos unos cuantos dias en Francia, y todavía no hemos dicho cómo comen los franceses, á pesar de ser uno de los puntos que llevaba mas en mientes mi buen Pelegrin. Ahora lo veremos

en la mesa redonda del *Hôtel de France*, que es en comun sentir la mesa mas provista y abundante de Burdeos.

Pero ántes de ir á comer dirémos algo de la vida y trato que se da y se pasa en los hoteles.

Estos son generalmente edificios vastos hechos al intento, y distribuidos en veinte, treinta, cuarenta ó mas habitaciones, segun su capacidad y segun la poblacion, todas numeradas y provistas todas de lo necesario para la comodidad del viajero, como papelería, cómoda, mesa con espejo y avios de tocador, chimenea ó estufa, cama elegantemente colgada, cubiertas las paredes de papel de color y alfombrado el piso si es invierno ó limpio y bruñido si es verano. En el portal está el cuarto del portero, que lleva el libro de entrada y salida de los huéspedes, y entrega ó recoge las llaves cada vez que uno entra ó sale de casa, si bien cada una tiene su número y se coloca en el correspondiente de la tabla llavera. Cada habitacion tiene su llamador de campanilla, las cuales todas concurren al cuarto de la portería, en donde el número de la que se oye sonar ó se ve vibrar avisa al del huésped que ha llamado.

Tan luego como el portero anuncia la llegada de un recién venido, sale la señora del hotel á recibir al viajero y preguntarle qué clase de habitacion es la que desea. Y esta y la salida suelen ser las únicas ocasiones en que el huésped ve, como no sea por casualidad, á *Madame* que se presenta á preguntarle si ha estado contento del servicio, y á rogarle muy dulcemente que no olvide la casa si se le ofrece volver á pasar por allí. Al arribo del viajero acuden presurosos los obsequiosos *garzones* ó sirvientes, disputándose quién ha de ser el primero en echar mano á la maleta y demas utensilios de viajar y en llevarlos á la habitacion á que están destinados, sin olvidarse de preguntar : « *¿Avez-vous quelque chose à me commander, Monsieur? ¿qu'est-ce que vous désirez?* » « *¿Tiene Vd. algo que mandarme, caballero? ¿qué es lo que Vd. desea?* » Esta obsequiosidad es todavía mas exagerada en Paris, y mas todavía en las ciudades del norte.

El servicio está reducido á hacer la cama, dar de almorzar y comer, y cada vez que se vuelve á casa de noche, encender el portero la bujía (tambien numerada, porque este gasto es cuenta aparte, y cada huésped paga lo que consume), y entregarla en propia mano, siendo del cargo del huésped llevarla humildemente á su morada, teniendo que hacer oficio de criado de sí mismo, lo cual forma un vice versa con la finura y atencion que desplagan

en otras cosas, que mas de una vez produjo altercados entre Tirabeque y monsieur el portero, diciéndole : « Señor monsieur, cargue Vd. con esa vela, que así se usa en España y aquí ni el amo ni yo venimos á ser criados de Vd., que aquí los dos somos amos porque los dos pagamos, y el que paga quiere ser servido, y á mí no me enseñará Vd. como se sirve que lo tengo yo bien estudiado, que he seguido esa carrera toda mi vida ménos ahora que estoy de vacaciones y me toca ser señor. » Pero ni esto bastaba á corregir tan inveterada costumbre y tan tolerado abuso.

Regularmente en todos los hoteles se come á la *table d'hôte* ó mesa redonda, á la cual suelen concurrir no solo los huéspedes sino muchos otros que viven de asiento ó por temporada en un pueblo, porque los franceses son muy aficionados á comer fuera de su casa ; y estos, ó bien pagan diariamente los tres, ó tres y medio, ó cuatro francos de la mesa, ó bien se abonan por mensualidades, en lo cual hacen algun ahorro. Y esto de comer en la mesa redonda es para ellos un ramo de economía, que si economía no fuera, es de fe francesa que no lo hicieran ellos.

El almuerzo que por lo comun consiste en dos platos fuertes de libre eleccion, con sus correspondientes postres, no está circunscrito á hora tan fija y determinada como la comida. Respecto á esta, no bien ha sonado las cinco el reloj del hotel cuando ya la campana está llamando á refectorio á la santa comunidad. Mala suerte le cabe al hermano que se descuide unos minutos en acudir al comedor : los franceses no esperan por nadie, cargan á discrecion, y avanzan de tal modo y se municionan con tal prisa, que el que se demore un poco se expone á encontrar pasado en autoridad de comida juzgada el plato que mas pudiera apetecer.

Algo pagámos nosotros el aprendizaje de este ejercicio de guerrillas manducatorias, hasta que la experiencia nos enseñó saludables lecciones teórico-prácticas de puntualidad, aplicacion y aprovechamiento. Otra leccion de economía de tiempo nos enseñó tambien la experiencia. Al principio seguíamos la práctica española de certificar la terminacion de cada vianda con el aspa ó équis que se forma sobre el plato con el cuchillo y tenedor en signo y demanda del competente relevo que aconseja la decencia. Ó se desestimaba la solicitud, ó se nos devolvian los documentos impurificados en primera y segunda instancia, ó se nos declaraba cesantes por una porcion de tiempo, y entre tanto nuestros comensales embutian sus almacenes interiores como si estuviesen en peligro de nunca mas comer. Hasta que nos convencimos que era

costumbre en la culta Francia no mudar de cubierto y hacer la campaña entera sin limpiar las armas. — Señor, me decia Tirabeque, este es un vice versa de cuatro puntas que deja atras á todos los de allá. — Y cuidado que esto mismo sucede en Paris como no sea en los *comfortables* de primer orden.

Los primeros dias miraba Tirabeque con mucha atencion el curso que se daba á los platos, y chocábale que ninguna deferencia se tuviese con las señoras (porque tambien van señoras á comer á la *table d'hôte*) sino que aquello era *primo capientis* del primero que lo tomaba, como los bienes que en el derecho se dan *pro derelictis*. Ninguna consideracion, ninguna preferencia, ninguna galanteria se tiene con las señoras; reina una completa igualdad de sexos: finura francesa.

Cada vianda que veia Tirabeque haberse adelantado otro á tocar ántes que él, le parecia que deberia ser cosa sabrosa y delicada. — Señor, me decia con frecuencia, aquello deberá ser cosa exquisita. — Á ti, Pelegrin, todo te parece exquisito ántes de probarlo. — Señor, como veo que se chupan los dedos. — Eso no te sirva de regla, porque segun yo he observado, es costumbre del país. — Señor, allá nadie se chupa los dedos sino en metáfora, pero aquí veo que se los chupan de véras. — Por eso dicen bien, que cada país tiene sus costumbres; y calla no nos oigan, que fácilmente habrá quien nos entienda.

Esta ligera descripcion bastará para dar una idea de la finura de los franceses en la mesa. Y cuenta que en la *table d'hôte* del hotel de Francia se reunian diariamente treinta ó cuarenta personas que por su clase debia suponérseles de la mas esmerada educacion.

Inútilmente se esperaria en las mesas de Francia la franqueza y la animacion que reina en las españolas. El sistema de individualismo que domina para todo en el país trasciende tambien á las mesas; cada uno come para sí, y el refran de « oveja que bala bocado pierde, » parece hecho ó nacido en los comedores franceses. Si en una mesa, si en un carruaje de camino se oye una conversacion animada, téngase por cierto que allí comen ó viajan españoles.... ¡Y luego los califican á ellos de ligeros y habladores y á nosotros de graves y un si es no es taciturnos! ¡Con cuántos vice versas de estos nos tenemos que encontrar!

Carruajes de ciudad.

Ninguna de las ciudades de Francia que yo he visto, inclusa Paris, y creo que ninguna de las que dejé de ver, presenta una colección de carruajes de alquiler tan cómodos, decentes y vistosos como Burdeos. Son carruajes que no se desdenarían arrastrar las mulas de nuestros Grandes de España por muchos humos aristocráticos que se les quiera suponer. Comparados con ellos nuestros pseudo-coches, anti-carretelas y calesines elementales de la calle de Alcalá, y plazuela del Ángel y las Descalzas, sería como comparar una obra en pergamino con otra en tafilete.

Dividense en tres principales clases, todas bajo el nombre genérico de *voiture* (carruaje), á saber, *fiacres*, *citadines* y *cabriolets*, que es como decir, coches, berlinas y birlochos. Allí no hay necesidad, como en España, de ajustes y regateos, tratos y contratos con los cocheros : dentro de cada *voiture* hay una tarjeta clavada ó colgada en que se lee el precio fijo ó coste determinado del carruaje, bien sea por carreras ó bien por horas, á cuya tarifa tienen que arreglarse alquilante y alquilador. El precio suele ser de un franco 25 céntimos (cinco rs.) por carrera, y de franco y medio (seis rs.) por la primera hora, si por horas se toma, y un franco por las siguientes, todo con muy corta diferencia segun el género de la *voiture*. Este sistema es general en toda Francia, y ni general, ni particular en toda España, donde no ha habido una buena alma que le adopte á pesar de ser de una utilidad reconocida.

Mas ahora recuerdo que no ha muchos dias intentó un ensayo de este sistema la empresa de bailes de máscara del Circo Olímpico, fijando el precio de 2 reales por persona y carrera desde los puntos determinados de partida hasta el local del baile para cada carruaje de los ajustados, que se distinguían por una bandera blanca. Pero esta loable tentativa excitó la rivalidad de los profesores, hirió su delicadeza y susceptibilidad, produjo una conspiracion cochera, fermentó la conjuracion, y rompió en un borrascoso pronunciamiento la noche misma que se habia puesto en práctica el ensayo, y al grito de «*abajo los privilegios, afuera las reformas, viva la libertad de los trasportes,*» emprendieron á pedradas, palos y latigazos con los del convenio; estos trataron de repeler la fuerza con la fuerza; fueron vencidos en el combate, y pereció la reforma locomotiva la noche misma de su

nacimiento. Éntreme Vd. al pueblo este con reformas útiles y mejoras positivas.

Omnibus.

En España no se conocen mas *Omnibus* que los que anuncia todos los dias en el Diario de Avisos y demas periódicos el profesor de cirugía D. Melchor Ibarrondo al lado de las pezoneras y biberones aspirantes. La razon que haya tenido el hermano quirúrgico para bautizarlos con este nombre, él la sabrá mejor que yo. Esto no quita que los *omnibus* sean una cuarta especie de carruaje de ciudad generalizado por toda Europa (*Hispania excepta*), cuyo servicio corresponde perfectamente al título que llevan. Son unos carruajes largos con dos filas de asientos colocados á la larga tambien, comunmente para catorce personas, y algunos para diez y seis, los cuales sirven para el trasporte de las gentes de unos á otros puntos notables de las poblaciones. En ellos entran *todos* los que quieren (que por eso se llaman *omnibus ó para todos*) hasta completarse el número de las plazas, por la módica retribucion de seis *sous* en Paris, y de cinco ó ménos en los pueblos de provincia; de manera que por esta pequeña cantidad hay la proporcion de trasladarse cómodamente de un extremo á otro de la poblacion, que á veces suele exceder de média legua ó tres cuartos, y aun una entera.

À cada cinco minutos parte el *omnibus* del punto que tiene marcado, y este corto período es el máximum que tiene que aguardar la persona trasferible ó que va en solicitud de plaza.

El sonido de un clarin tocado por el conductor responsable avisa cada minuto á los que se hallen en ocasion de optar á alguna plaza la proximidad del momento de partir. Cada empleado que entra á tomar posesion de su destino es anunciado por una campanilla y sentado en el libro manual de entradas y salidas que lleva el conductor; especie de guia de forasteros poco mas variable que la que en España se hace cada año para el conocimiento de los empleados del Estado, pues así como en aquella son pocos los que llegan al término de la carrera de cada *omnibus*, sino que los mas van descendiendo y quedándose en los puntos intermedios del tránsito, así los empleados de nuestra *Guia* son pocos los que llegan al término del año y figuran al siguiente en el mismo lugar.

Y esto me sugiere á mi Fr. Gerundio, una idea cuya adopcion pudiera ser de una inmensa utilidad en España. Ya que no prohi-

járamos aquí el servicio de los *omnibus* á pesar de sus incalculables ventajas para la traslacion de unos á otros puntos distantes de las poblaciones, especialmente en Madrid por ejemplo desde la Puerta del Sol á los Ministerios, desde el paseo del Prado y desde los teatros á las calles mas distantes y habitadas, adoptáranse á lo ménos los *omnibus* desde la corte á las capitales de provincia, y de una á otra capital entre sí, con las correspondencias como en los sitios cruceros de las ciudades de Francia, exclusivamente para la traslacion de los empleados del gobierno; que bien seguro es que aunque salieran, no diré cada cinco minutos pero sí cada segundo dia, no les faltaria nunca con que llenar las plazas, y no perderia nada cualquiera empresa que en esta especulacion entrase, á lo ménos miéntras el gobierno no deje el divertido sistema de jugar con sus empleados al juego de las cuatro esquinas.

Los *omnibus* son un centro fecundo é inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y fácil adquisicion de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay mas ley, ni mas categoría, ni mas derecho de preferencia que los cinco *sous*. Bajo un código de legislacion tan sencillo sucede comunmente que cada *omnibus* es una congregacion moviliaria y accidental de las piezas mas heterogéneas que en la sociedad se conocen. El propietario que tiene su casa en reparacion suele tener que sentarse al lado del albañil que acaba de rebocarle la pieza de comer, y ahora por variar le reboca la falda y manga de la levita con la masa que conserva tierna en su blusa, y monsieur el propietario tiene que sufrir callando el segundo reboque de monsieur el albañil, porque dentro del *omnibus* ya son iguales, y no média entre ellos la categoría del canto de una pala de embadurnar. El juez de la *Cour d'assises* que acababa de sentenciar á una multa de cien francos al dueño del café del barrio, entra en el *omnibus*, y le toca rozarse codo con codo ó sufrir un pisoton del multado teniendo que aguantarle silenciosamente, sin que le valgan todos los artículos del código penal. Y el capitalista que intenta regresar á su casa en el *omnibus* que encuentra al paso se ve precisado á ir á pié, porque la última plaza la ocupó *Mademoiselle* su doméstica que viene de hacer la compra y entró con su cesta de huevos y ensalada, de cuyo importe sisa los cinco sueldos que le proporcionan la comodidad de ir sentada miéntras su amo regresa pedestremente y con paciente humildad.

« Arrêtez, cocher, s'il vous plait; cohero, pare Vd. si gusta, grita un jóven desaforado que va bebiendo los vientos; ¿hay

plaza? — *Oui Monsieur, oui; montez, s'il vous plaît*; si señor, sí, suba Vd. si gusta. » Es un enamorado que ha visto entrar en el *omnibus* al objeto de sus amores y sus desvelos, y se apresura á aprovechar la ocasión de decirle dos palabras al oído; entra, y ¡oh fatalidad! entre los dos amantes ciudadanos se ha colocado una vieja aldeana con su enorme tiara de linon que los impide mirarse y con su seron de patatas que les va lastimando á uno y á otro las rodillas, ó bien un viejo mercader judío que va dando sendos desahogos naríticos á la tabaquera; ítem mas, el cura de la parroquia que está sentado de frente con su breviario debajo del brazo y es el confesor de la familia de la señorita.

— ¿Quiénes son estos dos que van solos en ese *omnibus* que atraviesa? — Son dos enemigos jurados que protestaron no saludarse jamas: un año han huido de encontrarse, y ahora un mismo *omnibus* los cobija.

Donde hay *omnibus* nadie puede decir « de esta agua no beberé. »

El Paseo de Tourny.

Luego que comimos, determinámos Tirabeque y mi gerundiana persona salir á dar un paseo acompañados de un español, vizcaíno honrado que la providencia nos deparó en la mesa, el cual se hallaba en Burdeos hacia seis años huyendo prudentemente los compromisos y sinsabores de la guerra civil, y con ánimo de no regresar á su patria hasta que las cosas estuvieran enteramente tranquilas, lo cual lleva consigo la probabilidad de que nuestro apreciable compatriota acabará los días en tierra extraña, aunque viva los años de Matusalen.

Llevónos primero al hermoso paseo de *Quinconces*, entre la ciudad y el rico arrabal *des Chartrons*: dimos despues una vuelta por el espacioso *Jardin publico*, y volvimos á recaer al llamado de *Tourny*, desahogado salón dentro de la poblacion misma, y remedo del Prado de Madrid. Muchos y muy diferentes fueron los objetos que en él simultáneamente á nuestra vista se ofrecieron, y que tenian incesantemente dividida nuestra atencion. Por una parte las lindas y agraciadas *grisetas* (1), tan renombradas en

(1) Dáse en Burdeos el nombre de *grisetas* á las modistas, damas de mostrador y otras mujeres intermedias entre las dos clases alta y baja del pueblo, las cuales se distinguen y tienen fama en todo el país por su general belleza y por su aseo, sencillez y buen gusto en el vestir.

toda Francia, con sus estudiados y elegantes adornos en la cabeza y su mirar dulce y conquistador; por otra el marqués de Valdespina, ex-ministro de D. Carlos, con su brazo manco y su sanguinario entusiasmo; por otra los *Alcides* ejecutando juegos de fuerza, doblando barras de hierro en el brazo desnudo y haciendo saltos difíciles, por la retribucion de quien espontánea y devotamente quisiera arrojarles al suelo cuatro ó seis *sous*; estos mismos *Alcides* cuyas funciones se anuncian en España con solemnes cartelones y programas y á quienes se hace el honor de franquear los teatros principales de la corte: por otra el héroe de las atrocidades manchegas, flor y nata de la Carlisteria andante, general *Palillos*, con su levita de palotes y su boina de primeras letras: por otra Gómez y Villareal que como gente de otra cuna y de otra estofa no alternaban con los Palillos, ni los Orejitas, ni los Basilio ni aun con el mismo Valdespina del arremangado brazo: por otra las voces y algarabía de los tenderos ambulantes que guarnecen el paseo gritando á todo gritar: « *la boutique à quatre sous la pièce*; » la tienda á cuatro sueldos la pieza.

Todo era nuevo para nosotros; pero mas nuevo y mas inesperado era todavía que aquel Villareal, defensor consecuente de D. Carlos á quien veíamos todos los días en Agosto pasear por *Tourny*, fuera en Setiembre invitado y buscado por O'Donnell y aun por la misma reina Cristina para que tomase parte en la intentona de Octubre, á que él caballerosamente se negó; y todavía mas inesperado debía ser, si en estos tiempos hubiese cosa alguna inesperada, que aquel Palillos que veíamos allí, y aquel Cabrera que no veíamos porque estaba en otra parte, hubiesen de hacer causa comun con los estatutistas de España y los cartistas de Portugal, y que al efecto habia de ser llamado Cabrera á París, para colmo de honor y complemento de gloria de retrógradas conspiraciones.

Al apuntar la noche se encendió el alumbrado de gas, y á los ejercicios de los Alcides substituyó una plaga de farsantes; los unos cantando al armónico son de un organillo portátil; los otros entonando malas trovas acompañadas de un chirriante violín; los otros haciendo juegos de manos; y llamándonos sobre todos la atención un jóven guitarrero, que con mucha calma y gravedad y con mucho aire de importancia y de misterio fué colocando en el suelo y en círculo hasta diez ó doce cabitos de vela encendidos; en seguida se plantó en medio del gran coro de espectadores á quienes servian de meta las bujías: sacó misterio-

samente unos mamotretos que en una caja encerrados llevaba; los puso en el suelo abiertos unos y cerrados otros, y en seguida colgándose al cuello la guitarra comenzó á entonar desafortadamente alegres canciones. Centenares de franceses le oían entusiasmados, reían como tontos, y llovían cuartos al farsante trovador, que entre estrofa y estrofa se entretenía muy serio en recoger el fruto de sus cantares.

— Señor, me decía Tirabeque, pareceme que es tierra de mucha farsa esta. — Esto no es, le dije, sino el anuncio de la que nos espera ver. Y con eso nos retirámos aquella noche á descansar.

Momias.

Una de las curiosidades que ofrece Burdeos son las *Momias* del subterráneo de San Miguel. Yo manifesté á Tirabeque deseos de verlas, y aun de que me acompañara, puesto que tanto debían ser objeto de curiosidad para él como para mí. — Y diga Vd., mi amo, me preguntó: ¿esas *Momias* son casadas ó solteras? ¿y son francesas ó españolas? Porque si no hablan el español, yo no haré en la visita el mejor papel. — No seas fatuo, hombre, no seas fatuo; ¿no has oído hablar de las *Momias* de Egipto? — Algo he oído, sí señor; y aun me alegro que sean de allí, porque podrán darme noticias de mi amigo Ibrahim-Bajá, que hace mucho tiempo que no sé de él, y no parece sino que le han enterrado. — Ensarta, ensarta necesidades, que á bien que no me cogen de sorpresa.

Las *Momias* de Egipto, Pelegrin, se llaman los cadáveres embalsamados que de muy antiguo se han encontrado en aquel país, especialmente en la llanura de Saccara; y aunque estos de Burdeos ni son de aquella procedencia ni están embalsamados como aquellos, sino que se han hallado incorruptos en los sepulcros de un templo despues de un largo número de años de estar enterrados allí, se les da igualmente el nombre de *Momias* por la analogía de la incorruptibilidad. — Segun eso, mi amo, esas señoras están muertas. Pues entónces haga Vd. el favor de ir solo por un dia, porque hoy tengo yo poca gana de hacer visitas. Ademas que Vds. tendrán acaso que hablar alguna cosa, y yo no serviré allí mas que de estorbo. — Ni aun siquiera tienes el talento de cohonestar el miedo, hombre. Por lo mismo me empe-

ño en que has de venir conmigo. — Señor, si es empeño, le acompañaré á Vd. y le esperaré en la antesala, como corresponde á un criado. — No, si allí no hay antesala; entrarás conmigo, que puedes hacerlo con toda franqueza. — Bien, señor, bien; iré con mucho gusto; (aparte) como si me sacaran las muelas.

Salimos por el muelle, y la casualidad de haber encontrado allí un español que solia entretener el dia en ver entrar y salir los vapores, nos proporcionó ver al paso la hermosa fragata *Chateaubriand*, de mil toneladas, que se hallaba varada en el puerto: era nueva, pues parece se habia botado al agua un año hacia, y solo habia hecho un viaje á la India. Lujo ya mas bien que aseo se notaba en sus lindas cámaras de exquisito gusto y elegante ornato. Adornaba la mesa de comer el retrato de *Chateaubriand* orlado de los simbolos del Genio del Cristianismo y de los Mártires. — ¿Qué te parece de esto, Pelegrin? — Señor, si fueran así las *Momias*, yo las veria de buena gana. — Cada cosa tiene mérito por su estilo, hombre; tambien creo te han de gustar.

Encaminámonos siguiendo la derecha del muelle hácia la parroquia de San Miguel, y ántes de bajar á las catacumbas entrámos á visitar el templo, que nada ofrecia de particular y curioso si no se quiere que lo sea una inscripcion que en el tronco ó cepo se leia: *Aviso á los extranjeros que visiten esta iglesia.* — Hola; Pelegrin, esto va con nosotros. — ¿Y qué es lo que se nos avisa, mi amo? — Ahora lo veremos. « Se invita á los extranjeros que visiten este monumento á que depositen en este tronco una ofrenda en favor de los pobres de la parroquia, que son en gran número. » — Señor, me gusta el aviso: ¿y por qué no invitan tambien á los del país y no que solo á los extranjeros? Como tontos, señor; á ver si podemos mantener los pobres de la parroquia á costa de los de extranjis: como si cada uno no tuviera en su tierra pobres que mantener. Diga Vd., y las *Momias* las mantienen tambien á costa de los extranjeros? — Algo hay de eso, Pelegrin. — No, pues si comen mucho.... — Ahora lo verás.

Pasamos á la torre del telégrafo, debajo de la cual está la bóveda en que se conservan los incorruptos cadáveres. Ya la entrada á la habitacion del conserje indica bien lo que ofrece aquella lúgubre mansion: manifesté al guardamuertos el deseo y objeto que allí nos llevaba, y él acostumbrado á gastar poca conversacion con la falanje que está á su cuidado, procedió silenciosamente á encender su mugriento farol, y haciéndonos con la cabeza un signo de que le siguiéramos, nos condujo por una humilde y ló-

brega escalera al sarcófago de las *Momias*. Representábaseme, á mí Fray Gerundio, la escena de la exhumacion en las *Noches lúgubres de Cadalso*; á Tirabeque creo que nada se le representaba, porque lo mismo fué ver aquella coleccion de enjutos cadáveres que rodean la catacumba, que la actitud de D. Bartolo en el Barbero de Sevilla es ménos inmóvil que la en que él se quedó.

Un si es no es recobrado se hallaba ya cuando nuestro Cicerone comenzó á explicarnos la historia de cada momia poco mas ó ménos en estos términos :

« Este primero que está de pié tiene quinientos años.

» Este otro fué enterrado vivo, lo que se puede conocer todavía por las contorsiones extraordinarias que hizo en la tumba. Ved su actitud. (Tirabeque sobresaltado dió dos pasos atras, y entónces le dijo el conductor : os advierto que vais caminando sobre una superficie de diez y ocho piés de huesos.)

» Estos que veis aquí, continuó, son una familia que murió envenenada de resultas de haber comido setas (*champignons*) : este es el padre, esta es la madre ; estos los dos hijos.

» Este que sigue tiene 800 años. Este otro tiene 80 : reparad, todavía conserva los retazos de la camisa con que fué enterrado.

» Este es el cadáver de una negra : aun se le puede reconocer en la frente y en la nariz : ella conserva todavía algunos dientes.

» Estotro de tan enorme y ancho pecho era un mozo de esquina ó porta-cargas (*porte-faix*) ; sucumbió bajo el peso de dos mil libras : tiene cinco piés y medio.

» Este es un antiguo general que murió en un desafío ; ved perfectamente la herida al costado derecho ; todavía conserva la barba ; reparad qué rubio era.

» Esta es una mujer que se enterró hace trescientos años, y aun conserva los dientes y algunos cabellos.

» Aproximaos á estotro, meted por aquí un dedo y aun tocaréis el corazon. » — Muchas gracias, amigo, respondió Tirabeque ya mas recobrado ; aunque soy español, estas cosas no las veo con las manos, que me basta y aun me sobra con los ojos.

Por este estilo nos fué el hombre informando de la historia tradicional de cada uno de aquellos cuarenta ó cincuenta personajes, que sentados unos, en pié otros, y otros en diferentes actitudes circundan aquella fúnebre morada, en que reposan ademas fragmentos bien conservados de muchos otros centenares de ca-

dáveres. Luego que pareció haber concluido, le preguntó Tirabeque; « y diga Vd., señor calavérico, ¿no tiene Vd. por aquí algunas viudas ó cesantes españoles? — Ah, no señor, le respondió; al ménos si los hay no conozco yo su historia. — Pues yo sí, le replicó Tirabeque; y aseguró á Vd. que estarían aquí grandemente y nadie los distinguiría de estas otras *Momias*: Vd. podia enriquecer bien con ellos esta coleccion.

El conserje no entendió, ya porque Pelegrin no se explicara bien, ya porque no estuviera en antecedentes, que todo contribuiría; y con otro signo de cabeza acompañado del « *allons Messieurs, s'il vous plaît,* » nos intimó la retirada. Obedecimosle sin repugnancia: subimos, y al entregarle el franco de costumbre, creció nuestra sorpresa viéndole principiar á registrarnos, no sin preceder el *perdon* de ordenanza, y no contentándose con tocar los bolsillos de la levita, sino exigiendo tambien que nos quitáramos el sombrero. Á la verdad un poco me amostazó, á mi Fr. Gerundio, la extraña operacion del hombre del sepulcro, y Tirabeque le hizo un ademan algo mas significativo diciéndole: « mire Vd. señor sepulturero, que si abajo me ha alumbrado Vd. á mí, aquí le voy yo á alumbrar á Vd.: ¿le parece al guardamómias que acostumbro yo á robar muertos?»

Entónces el hombre conociendo nuestro aire, y pidiéndonos mil perdones, nos explicó que el dia anterior habia sorprendido á un estudiante de medicina con una cabeza de *Momia* dentro del sombrero, que llevaba robada por encargo, á lo que dijo, de su maestro. Dimonos por satisfechos con la explicacion, y despidiéndonos del hombre sepulcral, salimos otra vez al mundo de los vivos.

Guia del extranjero en España.

Á galos y españoles
Mis capilladas tocan;
Á hispanos y franceses
Gerundiaré yo ahora.

El lector habrá observado que en lo poco que hasta el presente llevo escrito de mi VIAJE he procurado examinar con imparcialidad y despreocupacion lo bueno y lo malo de eada país, y consignar, mal que me pese, las cosas en que ellos nos llevan ventaja, y poner de manifiesto, mal que les pese á ellos, las cosas en que les aventajamos nosotros.

Conforme á esta sistema, cuando acaeciére encontrar al paso tal cosa en que ellos y nosotros merezcamos una comun sacudida, no dejaré de cumplir con la obligacion que como Fray Gerundio me tengo impuesta, así en la celda como viajando :

Pues como soy Fray Gerundio,
Yo no sé lo que me da,
Que aunque vaya de viaje
No dejo de gerundiar.

Es el caso que habiendo cuidado de proveerme, como á todo viajero le es necesario é indispensable si no quiere viajar á ciegas, de *Guia del extranjero en Francia*, me dirigí con Tirabeque á una librería donde nos informaron que las encontraríamos, que por mas señas recuerdo haber sido en la calle llamada *Fossés de l'Intendance*, número 64. En efecto, no se habia equivocado el informante : tomé mi *Guia* mediante la traslacion de dominio de ocho francos, y como sea antigua costumbre en mí cada vez que en una librería entro (y lo peor es que la mala maña se extiende no solo á las librerías públicas, sino á las particulares tambien) callarme las antiparras y brujulear cuantos rotulajes y títulos de obras están al alcance de mi gerundiana vista, atisé uno que decia : « *Guide du voyageur en Espagne et en Portugal*. » Tate ! dije para mí ; ¡ la *Guia* del viajero por España y Portugal escrita en frances ! Bueno fuera que te escaparas tú de mi reconocimiento y exámen.

Hizose el cambio del tomo por otros ocho francos divididos en otros tantos volúmenes, y llevámoslo para irle leyendo en los ratos que la inspeccion de otros objetos de curiosidad no nos lo impidiera.

Extrañamos los españoles, y de ello nos quejamos agriamente y hacemos un artículo de acusacion á los franceses, porque siendo la nacion mas vecina y con quien estamos en mas inmediato y frecuente contacto, conocen ménos la España y están ménos informados, y tienen ideas mas equivocadas de nuestras costumbres que pudieran tenerlas de los habitantes del Indostan. ¿ Qué han de hacer sino tenerlas ? ¿ Y de parte de quién está la culpa ? Nuestra es tanto como suya, y suya tanto como nuestra ; la podemos partir, y no sé quién saldrá favorecido en la particion : examinemos la *Guia*.

Cuidado que esta es del año de 1841, décimoctava edicion,

por *Quetin*, revisada por *Richard*, que es como decir que está administrada con los sacramentos de fe moderna.

Pues bien : dice la *Guia*, hablando por ejemplo de la administracion de justicia en España :

« Todas las ciudades, villas y aldeas tienen un corregidor, un alcalde mayor, ó bien un simple alcalde ; todos son nombrados por el rey. Los corregidores están encargados de la policia de las ciudades, y de la de su distrito ; del mando de la fuerza armada ; de la ejecucion de las órdenes de la córte ; de la tasacion ó precio de los comestibles ; de las provisiones y alojamientos de las tropas, y juzgan sin cobrar derechos de las causas de poca importancia. »

Figúrese el hermano lector la idea que traerá de nuestra administracion de justicia un frances que viene á España, y que lo primero que hace es proveerse de la *Guia* y foliarla y estudiarla para conocer las costumbres y el sistema de administración del país que va á visitar.

Continúa la *Guia* : « Los alcaldes mayores tienen poco mas ó ménos las mismas funciones que los corregidores en las ciudades en que faltan estos. Unos y otros llevan la espada al lado y el baston en la mano : honor que no se concede sino á los magistrados de los supremos tribunales, á los oficiales de estado mayor y de ejército, á los médicos y algunos alguaciles. »

— Señor, interrumpió aquí Tirabeque, por vida de S. Meliton bendito que esto ya no se aguanta : las mentiras tienen tambien sus límites, y el descaro debe tener sus términos como todas las cosas.

— Y la exaltacion, Pelegrin, debe ser tambien contenida por una buena dosis de calma : ténla pues, y vamos leyendo.

Habla de las audiencias y chancillerías en el año 41, como pudiera hablar en el año 26 ó en el 1782 : para los franceses no se ha hecho novedad. Las Universidades están bajo el mismo pié que en el siglo 17 y las fuerzas militares de mar y tierra no han pasado de 1830.

Se dicen en España, segun la *Guia*, sesenta mil misas por dia, y veinte y un millones por año ; de ellas la mitad son de fundaciones : la otra mitad, á 4 reales producen 43 millones 800 mil reales al año ; se predicán 410 mil sermones, que á 20 reales cada uno dan la suma de 8 millones 200 mil reales anuales : los rosarios, votos y exorcismos producen 2 millones de reales, los derechos de estola 30 millones, las cuestaciones, imágenes y alforjas (así dice la *Guia*, no tiene ella malas alforjas) 34 millones, que

con los productos del diezmo, resulta percibir el clero español *mil cincuenta y un millones y medio* de reales al año.

He aquí un buen dato estadístico para el arreglo de la contribucion de culto y clero, sin que ni el gobierno ni los diputados tengan que molestarse en andar continuamente buscando una base cierta y fija para ella.

En el artículo de COSTUMBRES dice la *Guia* : « Los habitantes de la península española han sido desde muy antiguo, y son en todos tiempos muy renombrados por su gusto y afición á la danza. »

« En otro tiempo era el *fandango* el que estaba en voga : ahora en la buena sociedad es el *bolero* el que predomina. Sin embargo estos dos bailes se dividen el entusiasmo casi inexplicable de todos los españoles cualquiera que sea su rango y su calidad. *Townsend* en su *Viaje á España* dice : « Que si se entrase de repente en una iglesia ó un tribunal bailando el *fandango* ó el *bolero*, los sacerdotes, los jueces, los abogados, los criminales, el pueblo, serios ó alegres, viejos ó jóvenes, dejarían al momento sus funciones y se pondrían todos á danzar. »

— Conozco, Pelegrin, que estás rebotando y que te cuesta no pequeño trabajo el callar. — Señor, no lo sabe Vd. bien : el fandango y el bolero me está bailando á mí el corazón, y el alma me está rebrincando de coraje. ¿ Quién les ha dicho á esos autorcillos de embrolla que el *bolero* es el baile de la buena sociedad de España ? Habrán tenido ellos por buena sociedad algun baile de candil. Lo mismo que eso de que si uno entrara bailando el fandango y el bolero en algun templo ó tribunal, se pondrían tambien á bailar los jueces y los sacerdotes. Que venga, que venga el Sr. Quetin, ó Quintin y el Sr. Richard, y el Sr. Tusend, y se pongan á bailar en una iglesia ó en una sala de justicia, y verán si bailan los jueces y los curas, ó les baila á ellos el bolero y el fandango sobre las costillas con un buen garrote el portero, ó el alguacil, ó el sacristan, y les enseña á escribir con mas verdad de las costumbres de España. ¡ Habráse visto cosa como ella ! No parece sino que escriben por hacer burla. — Pues así son, Pelegrin, otras noticias que acerca de las costumbres españolas suministra esta *Guia*. Así, pues, no es extraño que los extranjeros tengan tan equivocadas ideas de nuestro país.

Si tratamos de indagar la causa de este mal, la encontraremos, como dije al principio del artículo, lo mismo en los franceses que en los españoles : en aquellos por su atrevimiento en escribir á roso y belloso de países que no conocen, y en estos por la incuria y

apatia de no haber escrito una *Guia del extranjero en España*, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez á que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algun viajero que visitó la Peninsula en el siglo XVIII, ó por un libro del tiempo del cardenal Cisneros que se les vino á las manos. De manera que ellos por osados y nosotros por desidiosos, ellos por charlar sin pararse en barras y nosotros por callarnos tan buenas cosas, ellos por escribir y nosotros por no leer, el español amante de su patria que viaja por el extranjero sufre lo que no es decible, y tiene que armarse de resignacion y paciencia al ver que llegan hasta preguntarle si en Españase comen peras, si visten todos de jaquetones, si las señoras siguen llevando todas el puñal en la liga, si los enamorados se pasan toda la noche tocando la guitarra debajo de la ventana de su novia, si los toros se corren en los teatros, y poco les falta para preguntar si los españoles andamos con dos piés, de cuyas preguntas y otras semejantes que á mi mismo me han hecho, no me faltará ocasion de hablar mas adelante, porque al fin en Burdeos, como no está léjos, ya nos van conociendo un poco.

Y con respecto á *Guias*, sé con satisfaccion que el Sr. Mellado, impresor y del comercio de libros de esta corte, piensa publicar una del *viajero en España*, que aunque no sea al pronto una obra perfecta en su clase por la dificultad que todavia ofrece la administracion del país para la reunion de los competentes datos, al fin tendremos ya y tendrá el extranjero que viaje por España algo por qué guiarse, y abriendo un camino para que otro trabaje en su perfeccion y complemento, hará un servicio importante á su patria.

Los Templarios.

No voy á hablar de aquellos caballeros del siglo XII que tanto dieron que decir en su levantamiento y tanto dieron que escribir en su caída, no : sigo hablando de Fray Gerundio y Tirabeque, que con motivo de ser el día siguiente domingo, les dió por visitar templos, y no solo podrán llamarse templarios los caballeros del Templo sino tambien los que templos visitan y á los templos asisten.

Pero aun no hemos dicho nada del traje y manera de los

Clérigos franceses.

Constituye su uniforme una larga sotana con cola sujeta á la

cintura con una faja ó ceñidor ancho, comunmente de seda. En la parte superior del pecho, ó sea á la inmediacion del cuello, llevan dos tiritas negras con su filetito de cinta blanca en derredor, circunstancia comun á todas las clases del clero alto y bajo. Sombrero de los que en España llamamos de *tres candiles*, si bien no deja de irse introduciendo ahora una especie de canoa, imitando á los de nuestros eclesiásticos, aunque hasta ahora mas pequeños, y muchos usan el redondo ó de copa alta, el cual hace con el resto del traje una visualidad harto inarmónica, repugnante y plebeya. Los mas llevan el pelo en cerneja ó garnacha á la parte occipital, lo cual decia Tirabeque que le olia un poco á pelo de la dehesa. No iba en esto del todo infundado, puesto que los clérigos actuales en Francia salen comunmente de los caserios, aldeas y pequeñas poblaciones.

Excusado es pensar en que haya de encontrarse un sacerdote frances sin su breviario ó diurno debajo del brazo. En las calles, en los paseos, en los caminos, de dia, de noche á todas horas y en todas partes, *semper et ubique*, con su diurno debajo del brazo, parece haberse hecho para ellos el verso de Horacio :

Nocturna versate manu, versate diurna.

Yo llegué á sospechar si dormian con él. Tan apegado le veia siempre á su costado izquierdo, que á veces dudaba ya si era un lobanillo de papel, y si la sagrada ordenacion en Francia imprimia dos caracteres á un tiempo, uno espiritual é invisible en el alma, y otro visible y de bulto en el cuerpo : tanto mas, cuanto se le veia abrir pocas veces, en lo cual no dejaba de entrever, yo Fr. Gerundio, un cierto sintoma de hipocresía.

No me es fácil calificar, á mí pobre viajero, si es esto, ó es verdadera virtud la que hace que la vida exterior y ostensible de los clérigos franceses aparezca mas morigerada y canónica, mas evangélica y antiseular que la de los eclesiásticos españoles ; el que no vistan nunca trajes profanos, ni asistan á los paseos concurridos, ni se presenten en espectáculos públicos, ni ostenten el aire marcial y las maneras civiles y militares que se observan en nuestros clérigos de sociedad : puesto que por otra parte su vida privada no debe ser del todo austera y penitente, si hemos de juzgar por los rubicundos semblantes y rollizas cervices clericales que generalmente se encuentran, y que con frecuencia hacian decir á Tirabeque que los curas de Francia estaban todos de buen año.

En cuanto á su exterior apartamiento del siglo, tambien tuve ocasion de observar que no le llevaban á tal extremo en la vida doméstica, pues no en una sola casa me llamó la atencion el cuadrado bordado en cañamazo por *Mademoiselle* y dedicado « *à mon Pasteur*, » el paisaje trabajado de felpilla ó de pelo por la hija de confesion con destino á *Mr. le curé*, y la fuente de delicada crema para suavizar la garganta reseca con la peroracion del panegírico de San Luis y hecha de la mano y pluma de una hermana devota, aplicándose ellos grandemente el « *butyrum el mel comedet* » de la escritura.

Segun mi paternidad pudo colegir de los informes tomados en averiguacion de causas, el clero de Francia despues de la restauracion conoció y calculó que para reconquistar la influencia en el pueblo que durante la revolucion le habia hecho perder el extravío, las locuras y la inmoralidad de muchos de sus individuos, le era necesaria una reaccion, á lo ménos exterior, en el sentido ascético y de religiosa y modesta compostura; y de aquí el haber adoptado un género de vida al aparecer edificante y ejemplar, de que todavia se conserva un resto, que en unos será quizá hipocresía, en otros será acaso virtud.

Lo cierto es que los clérigos, que en el mediodía de la Francia no escasean ciertamente, siguen ejerciendo en el país un influjo no pequeño, especialmente en las clases populares y en el sexo mas dado á la devocion, en las mujeres. En punto á ilustracion, pienso que en general están distante de poseerla en el grado que á su ministerio compete, y los sacerdotes españoles que hay allí empleados gozan de bastante aprecio y veneracion, y aun obtendrian mas altos é importantes cargos en la iglesia por su instruccion y moralidad si para ello no fuera un motivo de retraccion la cualidad de extranjeros. Por lo mismo me fué mas sensible, á mí Fr. Gerundio, el haber sido testigo cuasi presencial del poco noble comportamiento de algun otro eclesiástico compatriota, que nunca ha de faltar quien nos lo eche á perder.

Sermon protestante.

Oida aquel dia nuestra misa á lo católico rancio español, nos encáminos al mejor de los templos protestantes de Burdeos sito en la *rue Notre-Dame* del arrabal *des Chartrons*. Al doblar la esquina de la *Rue du Pavé* advertimos un bando ó edicto á los bordeleses que empezaba : « *L'autorité est en force* : » embadurnado con cosa

que la decencia no permite nombrar. Era que los dias ántes de nuestra llegada habia habido en Burdeos un simulacro de pronunciamiento con motivos de la ruidosa cuestion del nuevo censo (*recensement*), pero que se habia reducido á cuatro voces, á romper las vidrieras de la *Mairie*, y á pintar del modo que llevo indicado el bando del *Maire*, en que decia que la autoridad estaba en su fuerza y vigor.

Así es que me decia Tirabeque : « Señor, estos franceses han perdido ya los memoriales en esto de hacer pronunciamiento ; si quieren recibir algunas lecciones, que vayan, que vayan allá á nuestra tierra ; pero nos las han de pagar bien, que si nosotros hemos salido maestros, nuestro trabajo nos ha costado, y si buenos pronunciamientos tenemos, buenos azotes nos cuestan. Y si no quieren molestarse en ir allá, que lo paguen como compete, y verán qué pronto viene una junta que se lo arregle todo. »

En esto llegámos al templo, que encontramos bastante concurrido, especialmente de señoras, de las cuales decia Pelegrin que era una compasion de Dios que unas hermanas que tanto le gustaban, fueran del protestantismo, se hubieran de condenar todas las pobrecitas solo por no profesar la misma religion que él. — Punto es este, Pelegrin, le dije, para tratado en otro sitio y mas despacio que aquí.

Con la gravedad, circunspeccion y prosopopeya que los sacerdotes protestantes acostumbra, predicaba *Mr. Monod* sobre el tema : « *¿Pouvez-vous mourir tranquille? ¿Podréis morir tranquilo?* » — Si señor, respondió Tirabeque en voz perceptible ; mas que Vd. y que todos los que están en este templo, que á lo ménos nosotros somos católicos como Dios manda ; y aunque somos españoles, sepa Vd. que podemos morir tranquilos ; porque nosotros ni hemos sido ministros, ni intendentes, ni contratista siquiera, ni malos empleados, ni conspiradores, ni diputados ambiciosos, ni hemos hecho mas que trabajar lo que hemos podido por aquella pobrecita patria ; Dios nos premie los malos ratos.

Las caras se iban volviendo á escuchar al imprudente extranjero que así hablaba, lo cual me movió á tomarle de un brazo y sacarle fuera. Á la puerta vimos un cartel de la funcion del dia, que entre otras cosas decia : « precio del sermon 75 céntimos (tres reales). » — Señor, me dijo Pelegrin, arregladitos andan los sermones de los protestantes. — Vamos, anda, que eres un reparon imprudente ; no se puede ir contigo á ninguna parte.

Visperas Católicas.

Entre la visita al templo protestante y á otros católicos, era ya la hora de visperas cuando llegámos al de Santo Domingo. Las visperas, que tan desairada y desiertas de gente se celebran siempre en España, son una de las funciones religiosas á que mas concurrencia, especialmente del bello sexo, asiste en el reino vecino. La iglesia, que es harto capaz, se hallaba ya plagada de lujosos sombreros femeninos de las elegantes bordelesas, y de los enormísimos bonetes blancos de las mujeres de la campaña. Paseaba las naves del templo con mesurado paso y ridícula gravedad el reverendo *Suizo*, personaje extravagante, especie de gendarme de iglesia, actor infalible y altamente dramático en toda funcion religiosa, que armado de pica y espada, sombrero á lo Napoleon, cascaca militar de larga falda, calzón encarnado, média blanca, y correaje con escudo á guisa de inspector guardabosque, cuida de la conservacion del órden en los templos.

Distinguíase entre los devotos, muy particularmente uno, que arrodillado estaba con un rosario en la mano, cuyas cuentas de enorme magnitud solo podian compararse á las que hace una docena de años debian dar y no dan nunca los ministros de España. El movimiento de sus labios y mandíbulas estoy por decir que era mas exagerado que el de la vieja y estéril *Ana* madre de *Samuel* cuando tan fervorosamente pedia á Dios en el Tabernáculo que le concediera el hijo que la habia prometido. Pregunté al compatriota que me acompañaba si conocia al rezador de las cuentas gordas, y me informó que era el mas furibundo individuo de la ex-junta carlista de Navarra. — Reza, reza, hermano, exclamó entónces *Pelegrin*, que si á fuerza de rosarios has de purgar los rosarios de males que por allá has causado, bien puedes darte prisa á menear las quijadas, y quiera Dios no los ofrezcas por que se verifique la boda aquella que os hace conservar vivas las esperanzas.

Á poco llegó *Monseñor el arzobispo* seguido de un numeroso acompañamiento de curas, que durante los oficios le tributaban un homenaje que pudieran dar celos á la misma divinidad, si la divinidad fuera capaz de celos, al cual contribuian por su parte los niños de coro con sus casquetes y sus bonetes encarnados.

Este *Monseñor Donnet*, que tal es el nombre del actual arzobispo, es hombre de mediana edad, participante de la robustez clerical

francesa, de semblante agraciado y maneras francas, suaves, y de buena sociedad. *Monseñor* hace un papel muy principal en la ciudad y en el país; no hay estampería en que no se encuentre el retrato de *Monseñor* ni casa de cura donde el retrato de *Monseñor* no ocupe un lugar preferente. Cuando *Monseñor* entraba en el local donde se hacia la distribucion de premios á los alumnos de la *escuela cristiana*, un grito unánime de dos mil gargantas infantiles le saludaban diciendo : « ¡ *Vive Monseigneur l'Archevêque ! Vive le protecteur des enfants !* » Cuando asistia á los de las alumnas pobres de las religiosas de Sta. Teresa, faltaba poco para que á su entrada se sacase en procesion la imágen de la santa fundadora para recibirle. Mi paternidad tuvo ocasion de hablar á *Monseñor*, y en la conferencia eclesiástica semanal que bajo su presidencia se celebra, anduvo rodando el nombre de Fray Gerundio mezclado con la cuestion de los limites del sacerdocio y el imperio, de que gracias sean dadas á su bondad no salió mi reverencia mal librado.

Si quieres silla, daca la monedilla.

Réstame hablar de otra costumbre universalmente seguida en los templos católicos franceses; costumbre que está muy en armonía con el móvil de todas sus acciones y pensamientos, la moneda.

Hay en cada iglesia un surtido de sillas para el uso de los fieles; as cuales, concluida la funcion, se amontonan en un rimero dentro de la iglesia misma, lo cual hace una vista desagradable, poco decente, y opuesta al decoro del culto. Estas sillas se arriendan en uno, dos ó tres sueldos cada una segun la naturaleza de la funcion, y obra en cada iglesia una tarifa en que se marca el precio de cada silla, como pudiera marcarse el derecho de introduccion de cada mercancía en una ciudad, concebido poco mas ó ménos en los términos siguientes :

PRECIO DE LAS SILLAS.

En una misa rezada	2 sous.
En una misa cantada	3 »
En una misa de primera clase, con sermon.	5 »
En vísperas comunes	2 »
En vísperas solemnes.	4 »

Y así de lo demas. Al medio de la misa una ó mas mujeres con un saco en la mano va cobrando la contribucion de cada concurrente, ni mas ni ménos que pudiera hacerlo un cobrador de

banco, ó como pudiera un titerero ir recogiendo de cada asistente á su espectáculo el contingente en que tasó el derecho de entrada; y no hay remedio, « si quieres silla, daca la monedilla. » Hasta los templos han hecho los franceses lonjas de comercio.

Mas de una vez amenazó la silla de Tirabeque á las costillas de la cobradora, y solo á fuerza de sermones y reprimendas pude conseguir que se fuera poco á poco amoldando al derecho de tarifa.

El castillo de Montesquieu.

Al otro dia se dispuso entre varios amigos una expedicion al castillo ó palacio donde nació y habitó el inmortal Baron de *Montesquieu*, distante tres leguas y média al Sur de Burdeos, y un tiro de bala á la derecha de la *Brede*. Á esto no me pareció oportuno llevar á Tirabeque.

La mañana estaba suave y apacible, y las huertas, jardines, bosquecillos, viñedos, pabellones y casas de campo que se encuentran en el camino se dejaban ver desde nuestro carruaje en toda su belleza. La temperatura del dia animaba la conversacion, la conversacion animaba al conductor, y el conductor animaba los caballos; de suerte que con todas estas animaciones hicimos el camino sin sentir, y llegámos al pequeño pueblo de la *Brede* con los mejores ánimos para almorzar. Hicimoslo muy decentemente en el *Hôtel de Montesquieu*, donde *Madame Dessombs* acertó á improvisarnos un discurso lleno de sólidos y sabrosos principios con sus correspondientes adiciones, enmiendas y subenmiendas de postres que no nos dejó nada que desear. *Madame Dessombs* correspondió perfectamente á la confianza de sus comitentes.

Y aquí, en obsequio de la verdad y de la Francia debo decir, que no hay aldea miserable donde el viajero no pueda prometerse encontrar un hotel y un servicio de mesa tan decentes y esmerados como pudiéramos desear en España en cualquier capital de provincia.

Aprobada por el regente del hotel nuestra contestacion numeraria á su discurso de articulos de consumo, y dejando el carruaje en la *Brede*, nos encaminámos á pié hácia el castillo, sirviéndonos de guia por las frondosas calles de árboles que á él conducen, una niña de 10 á 12 años, que aunque de una cuna humilde, como lo atestiguaban sus piés descalzos y su sombrerito de paja, mostraba una amabilidad y un despejo que parecia haber alcanzado á su educacion la influencia del *Espíritu de las leyes*. — « Vuélvete,

niña; que ya se ve desde aquí el castillo. — Ah, perdon, señores, yo debó acompañar á Vds. hasta allá, porque podrán Vds. equipocar la entrada. » Lo haria si se quiere, por la esperanza de recibir un par de sous mas, pero el resultado es que esta amable obsequiosidad que se ve hasta en las criaturas, no puede ménos de agradar sobremanera al extranjero.

El castillo de Montesquieu es uno de aquellos monumentos cuya sola vista causa impresion honda y sublime de recuerdos y de filosóficas contemplaciones. Colocado entre majestuosos bosques, espesos viñedos y alegres praderas, con sus almenas y sus cubos, sus puentes levadizos y sus anchos fosos cuyas aguas le circundan, presentan un cuadro sublime en que lo severo disputa sus encantos á lo risueño y alegre, en que las ideas de las leyendas del siglo XVI alternan con las graves sensaciones del *Espíritu de las leyes*, con las profundas de las *Causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos*, y con las ligeras y punzantes de las *Cartas persianas*, que allí nacieron en el siglo XVIII.

« Tal vez bajo este árbol, decia yo, conversó algunos ratos en el *patois gascon* del país con el humilde labrador de la Breda el *legislador del género humano*, como le llama con disimulable exageracion un escritor cómpatriota suyo. Tal vez á la sombra de este roble se ocupó en dirimir sus querellas ó en resolver sus consultas como de costumbre tenia. »

Entrámos en el castillo, y no bien habíamos llegado al primer patio, cuando entró tambien el baron de Montesquieu, nieto y sucesor del escritor insigne, con sus jóvenes hijas. Despues de los saludos de urbanidad y ordenanza, un frances de nuestra comitiva le manifestó que yo era un español, escritor tambien (aunque indigno), que queria tener el gusto de visitar con su permiso la morada de su ilustre progenitor, pagando en ello el tributo debido á la sabiduría y á la virtud. El Barón nos otorgó su beneplácito, y señalándonos á una de sus sirvientas y diciendo que la siguiéramos, nos hizo un cumplimiento de despedida con la cabeza, y se subió con su familia. Nosotros, en observancia de su insinuacion, seguimos á nuestra *servicial* castellana, que nos condujo á una habitacion del piso bajo, que habia sido la vivienda del escritor inmortal.

Compónese esta de tres ó cuatro piezas cuyo pavimento y paredes son todas de madera. En ellas se conserva todo el menaje de casa tal y conforme se hallaba á la muerte de su habitador ilustre. La cama con sus ropas, las cortinas y pabellones, las sillas, las

mesas, los juguetes y hasta la cuna en que fué mecido, todo se conserva en el mismo ser y estado en que él lo usó desde su infancia hasta su muerte. Yo Fray Gerundio lleno de curiosidad hacía todo lo que tenía relación con el grande hombre, dirigía mil preguntas á la *Cicerona* que nos había endosado el Barón del año 41 del siglo XIX, pero ella á todo respondía : « *je ne sais pas* : » con lo cual me convencí de que mejor que á preguntas de la historia tradicional de un sabio me hubiera respondido si la preguntara cómo se hacía un *fricandeau* con tomates, ó una costilla de carnero á la salsa blanca, y que sin duda su amo había creído que los extranjeros íbamos á visitar la cocina, y no la morada de su progenitor. Yo esperaba sin embargo que él mismo bajaría, y entonces podría satisfacer mi curiosidad.

Afortunadamente el francés que nos acompañaba conocía bastante aquel lugar y toda su tradición. « ¿ Veis, Fray Gerundio, me dijo, esta piedra de la chimenea gastada y rebajada como á tres cuartas del suelo del continuo roce que se conoce ha tenido ? — En efecto que sí. — Pues bien ; aquí es donde, sentado en esta silla, fijaba el pié el ilustre barón de Montesquieu, y aquí es donde, en esta postura al calor de la lumbre se pasaba largas horas escribiendo las obras que le hicieron inmortal. »

Entonces yo sentándome en la misma silla y fijando el pié en el propio sitio en que el célebre publicista á fijarle acostumbraba, « aquí, decía yo entusiasmado, aquí nació aquel Código de derecho de las naciones, que él tituló humildemente *Espíritu de las leyes* : aquí se escribió acaso el profundo artículo de *Alejandro* : aquí el de *Cárlo Magno*, que en solas dos páginas encierra más principios de política que todas las obras de Baltasar Gracian : aquí el de la *Esclavitud de los negros*, en que bajo el disfraz de una ironía festiva se encierran más admirables reflexiones de humanidad que en un serio y pesado volúmen : aquí se escribieron acaso aquellos pensamientos sublimes de libertad que tan mal siguen después de dos siglos las naciones que se dicen más libres : aquí las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los romanos* ; obra que en expresión de un escritor ilustre no la hubiera hecho mejor un romano de los tiempos florecientes de la república que hubiera reunido el alma de Tácito y la imaginación de Corneille : aquí la fina y delicada sátira de las *Cartas persianas*, en que fué lástima vertiera algunas ideas poco religiosas que con razón le produjeron el desvío del piadoso cardenal de *Fleury*, á pesar de que algo lo cohonestó con haber dicho al tiempo de morir que

siempre habia respetado la religion, y que « la moral del evangelio era el mas bello presente que Dios habia podido hacer á los hombres : aquí en este mismo sitio..... »

Pero nuestra conductora, que acaso estaria ya temiendo que durante mis meditaciones se le pegara el guisado, vino á interrumpírmelas preguntando si gustaba escribir mi nombre en el libro de los visitantes. En efecto, sobre una mesa tienen un libro en que los curiosos que van á visitar aquella venerable morada suelen escribir sus nombres al pié de algun pensamiento dedicado á la memoria de su célebre habitador. Habia un numeroso catálogo de nombres franceses, muchísimos de ingleses, muchos de otros países, y poquísimos, muy contados de españoles. Yo tambien consigné el gerundiano nombre debajo de un corto tributo de « honor, admiracion y respeto al inmortal autor del Espíritu de las leyes : » y hecho lo mismo por los de la gerundiana comitiva, y escritos unos cuantos caracteres de plata en las manos de nuestra lega Cicerona, que fueron aprobados sin discusion por el jurado de sus cinco dedos, salimos de aquella respetable mansion sin que hubiese parecido Monsieur el descendiente del baron de Montesquieu, y con el disgusto de no haber podido ver su heredada y rica biblioteca.

Extrañando mi paternidad el comportamiento del Sr. baron con unos extranjeros que hacian un viaje solamente por pagar un tributo de su respeto á la memoria de un ascendiente suyo, en lo cual suponía yo que tendria un placer, exclamó uno de aquellos hermanos : « ¡ Ay, P. Fray Gerundio ! hombres hay que tienen la suerte de no heredar de sus antepasados mas que el titulo y las tierras de labor ; si quiere Vd. un ejemplo de la degeneracion de las castas, aquí le tiene Vd. en la corta línea de abuelo hasta nieto, en el corto espacio que divide el piso alto del que acabamos de visitar : el abuelo haciéndose querer por su amabilidad y dulzura en la sociedad, como captándose la admiracion por la grandeza de sus obras en el mundo de las ciencias ; el nieto dando una criada por conductora á los extranjeros que vienen á rendir admiracion á la memoria de su abuelo : el baron del siglo XVIII dulcificando las penalidades de los infelices aldeanos y colonos ; el baron del siglo XIX meditando cómo acrecerá las rentas de las tierras de pan llevar : el publicista filósofo echando los cimientos de una legislacion nacional y libre para el gobierno de los pueblos ; el propietario de la *Brede* soñando con el triunfo de los legitimistas, y temblando siempre con el miedo de una

revolucion en que pueda padecer la riqueza y la propiedad..... »

Un aviso de apremio mandado por monsieur el cochero sobre lo adelantado de la hora, cortó la antitesis de los barones, y obedeciendo todos al superior mandato, nos metimos en nuestra *cabaña rodante*, como la llamaba el *Chactas* de Chateaubriand, y dimos la vuelta á Burdeos.

Aventuras de un día de ausencia.

Medianamente habia pasado Tirabeque aquel dia, segun me dijo, echando de ménos á cada instante la presencia de su amo. Habíanle sucedido una porcion de aventuras, la mayor parte por efecto de haber tenido que entenderse él solo con extranjeros en un idioma que no poseia ciertamente en el mayor grado de perfeccion.

Desde la hora de almorzar habia empezado á sentir los resultados de los infinitos *quid pro quo* que en sus explicaciones cometia, en cuyos cambios perdió unas veces y ganó otras. Habia comenzado pidiendo un par de huevos, y en su lugar le presentaron una perdz, de lo cual infirió que en el extranjero era una cucaña el no ser bien entendido, especialmente habiendo un amo sobre cuya bolsa recaia la responsabilidad del exceso en gastos de partidas equivocadas. No fué tan feliz en el segundo plato, puesto que por pedir pescado pidió veneno, cosa no muy extraña en un recluta de idioma frances, por la mucha semejanza en la pronunciacion entre *poison* (veneno) y *poisson* (pescado); pero como él no sabia la significacion de la primera voz, y yo no habia tenido la precaucion de advertírselo, parece que se entabló entre él y el garzon Antonio una polémica bastante acalorada, diciéndole este : « perdone Vd., Monsieur Pelegrin, que aquí no se sirve *poison* á nadie. — ¿Cómo que no? replicaba Tirabeque : ¿no acaba Vd. de servirselo á este Monsieur que está almorzando aquí á mi derecha? ¿Ó piensa Vd. que los españoles no tenemos ojos en la cara? — Perdone Vd. que eso no es *poison* sino *poisson*. Si le diera á Vd. *poison*, se moriria Vd. infaliblemente, y la responsabilidad caeria sobre mí. — Pues mire Vd., yo quiero morirme con el *poison* que está comiendo aquí este ciudadano de al lado, y si me muero, yo le relevo á Vd. de toda responsabilidad : cuando me vayan á tomar declaracion diré que no me le dió Vd. sino que le tomé yo mismo. »

El bueno de Antonio, en quien deberia haber mas de socarro-

nería que de falta de comprension, llevó el pescado á Tirabeque, que sin embargo aquel dia no las tuvo todas consigo, recelando si en efecto habria comido algo que pudiera hacerle mal. En seguida pidió una taza de café, y cuando él esperaba que le llevasen manteca, que creyó haber pedido, se encontró con una botella de cerveza, y le faltó poco para romper con ella los cascos á Antonio, achacándolo á que queria divertirse á costa suya, cuando toda la culpabilidad habia estado de parte de él por haber trastrocado las voces *bière* y *beurre*. Con estas y otras equivocaciones habia tenido el pobre Tirabeque un almuerzo azaroso y de continuo chocar con el *garzon*.

En seguida salió á hacerse la barba, para lo cual, aunque habia oido nombrar mucho y aun leído muchas veces la muestra de la peluquería de *Bessieres* (1), no quiso ponerse en sus manos sospechando si aquel *Bessieres* sería el mismo general que tan ingratos recuerdos habia dejado en España, y que por término de su carrera habria venido á parar en peluquero. Y por esto y por estar vecino, en la misma calle *d'Esprit des lois*, prefirió la de *Mr. Desclaux*. Preguntóle desde luego el artista si iba á cortarse el pelo, y como úsase la frase de « *la taille des cheveux*, » me refirió Tirabeque que le habia respondido : si Sr., ciertamente que aquí son de buena talla los caballos (confundiendo el *cheveux* cabellos con el *chevaux* caballos, y el *taille* corte, con el *taille* talla), lo cual me aseguró que habia producido la mas graciosa escena entre el peluquero y él, primero que habian logrado comprenderse.

Al fin le hizo la barba, y seguidamente sin prevenirle de modo alguno, comenzó á sacarle las canas de barba y cabello con unas pinzas, sutileza que él no esperaba y que le hizo saltar de la silla, hasta que se enteró del objeto de la officiosa operacion. Segun cuentas que ajustó despues, le salió á dos *sous* cada cana que le echó al aire el peluquero ; item mas, catorce ó diez y seis francos que empleó en potes de pomada, jabon de olor y otras chucherías, no habiendo podido resistir á la charla insinuante y cuasi coactiva de *Mr. Desclaux*. Si bien es verdad que este en cambio tuvo la atencion de regalar al parroquiano un programa de la fiesta que celebraba aquella noche el gremio de peluqueros.

(1) En Francia se ejercen simultáneamente las dos profesiones composilógicas, barbería y peluquería, cosa mas conforme á la analogía de las dos artes que la costumbre española de encomendarse la primera á los aprendices de cirujano.

Con este motivo, y para consolarle de estas y otras aventuras de aquel día, tal como la que le pasó con uno de los judíos cambiantes de moneda, y otra con el zapatero por no haber acertado ni con la horma ni con la forma que exige la particular estructura de su pié cojo, determiné aprovechar tan buena ocasión y oportuna coincidencia, llevándole á la mencionada función.

La fiesta de los peluqueros.

Acostumbran los artistas y artesanos bordeleses á celebrar por aquella estación sus fiestas populares divididos en clases, gremios ó profesiones. Tocábale aquel día á la de maestros peluqueros, reunidos en número de 30; algunos días después tuvieron también la suya los oficiales del mismo arte.

Los dos sitios destinados á la celebración de estos regocijos eran los *Campos Eliseos* y la *Renaissance de Vincennes*, que es como si dijéramos en Madrid el *Jardin de las Delicias* en el paseo de Recoletos, y el de *Minerva* en *Chamberi*, lugares de *gaudeamus* y recreo para caballeritos de prima tonsura, damas meritorias, y gente de entre merced y señoría.

Franqueósenos la entrada mediante la modicísima retribución de seis sueldos por persona. Una abundante y vistosa iluminación de vasos y farolitos de colores colocados con arte y simetría en las calles de árboles de aquellos vastos jardines hirió nuestra vista agradablemente: bucles y tirabuzones luminosos con que los peluqueros habían sabido ataviar ingeniosamente las cabelleras de los árboles. Sin embargo, como el jardín era tan extenso, aun quedaba mucha parte por iluminar, y no era por cierto la ménos concurrida de gentes, que en todas partes hay quien haga del oscurantismo un sistema de especulación, y no son solo los ministerios de Hacienda donde se huye de la pública subasta para celebrar contratos y sacar mas partido de la negociación. Concurridísimos estaban los *Campos Eliseos*, tanto de *grisetas* como de galanes de mezcla gris, y como de aldeanas de escofietas superlativas.

Entrámos en el grande y espacioso salón de baile, donde el partido del movimiento dominaba sin oposición. En los walses y rigodones se advertían unas ideas tan exageradas, unos proyectos de postura, unas proposiciones de piés, unas enmiendas de contorsiones, unas actitudes tan extrareglamentarias, y unos trajes tan de nueva legislación, que al golpe se traslucía ser una fiesta de

peluqueros. Sin embargo, nada habia allí de *descabellado*; eran peluqueros, y de ningun modo hubieran consentido nada que á *descabello* oliese. Nada de desórden tampoco, á no incurrir en la pena marcada en el artículo único del bando de policia comunicado por medio de un robusto y extenso renglon que en derredor del salon se leia y decia así : « *Il est défendu des gestes et des actions indécentes : ceux qui les feront seront immédiatement faits sortir du salon* : está prohibido hacer gestos y acciones indecorosas : los que las hicieren serán obligados á salir inmediatamente del salon. » No nos prometíamos nosotros otra cosa de un gremio de peluqueros, cuyo lema *capital* es la decencia y el aseo.

El corazon de Tirabeque bailó tambien un rigodon de alegría al oir tocar á la orquesta la sinfonia del *contrabandista español*, oida la cual nos salimos á ver á un hombre que tenia entretenido un numeroso concurso á su derredor con juegos de manos (porque funcion sin su *joueur de gobelets* en Francia sería manca y defectuosa), sobresaliendo entre ellos el pasarse una barra de hierro candente por la mano, é introducirla despues por la boca y garganta; incombustibilidad, que como observó Tirabeque, mas que en los *Campos Eliseos* le podia ser provechosa en los *infiernos*, si acaso estaba destinado á dar allí algunas funciones.

Hubo despues su globo aerostático, á cuya elevacion reparó Pelegrin que las gentes se quedaban con la boca abierta como en España; concluyendo la funcion con unos lindos fuegos artificiales, cuyas flámulas eran casi de tan variados colores como los partidos políticos españoles.

Las Montañas rusas.

Pero lo que mas le agradó de toda la diversion fueron las *montañas rusas*, especie de montañas artificiales, inventadas por *Mr. Populus* de Paris en 1816, así llamadas por la semejanza á las montañas de hielo que suelen hacer los rusos para divertirse en los inviernos resbalando suavemente por ellas sentados sobre una piel ó en un asiento muy bajo. En estas de Francia, que son de madera, y que han constituido el furor de las diversiones populares por muchos años, se descende rápidamente desde una enorme altura en pequeños carritos cuyas ruedas no pueden salirse de los carriles por donde bajan. La velocidad con que se descende es tan rápida, que casi llega á pararse la respiracion y á perderse los sentidos, pues no se tardará mas de un minuto en

bajar el cuarto de legua que tendrá de distancia la montaña entre los giros y conversiones que hace desde la cúspide hasta el suelo; pero hay gentes tan ejercitadas en estos juegos, que bajan con la mayor serenidad, y con tal confianza, que á veces se arrojan dos personas simultáneamente y descienden por los dos carriles en pié y abrazadas sin desasirse en toda la carrera.

Tirabeque lo miraba embobado, y me decia : « Sr., esto sí que es progreso rápido, y no todo lo que se conoce por allá; esto es mas que republicano, Sr. — Sí, pero dura poco, Pelegrin; y así como el que mucho abarca poco aprieta, así tambien el que mucho corre pronto para.— Sr., yo querria echar una carrerita, no cuesta mas que cinco *sous*, y por otra parte no debe haber cuidado cuando hasta mujeres bajan por la montaña.»

Echó en efecto Tirabeque su par de carreras, y hubiérase estado corriendo por la montaña rusa hasta otro día si yo no le hubiera dado la órden de retirarnos á descansar.

El Cementerio.

En un pueblo en que tan cómodas, anchurosas y elegantes viviendas disfrutan los vivos, no era regular que tuviesen una mezquina morada los muertos. Grande y suntuoso es en efecto el cementerio católico de Burdeos; acaso es el segundo de la Francia, y no tengo noticia de que haya en España alguno tan magnífico como él. Poblado de árboles frondosos y sombríos, simétricamente colocados; únicos amigos, que despues de haber servido al hombre de recreo y solaz en la vida, no se desdeñan de acompañar asiduamente sus cenizas en la muerte; dividido en anchas calles que parten en cuadros aquella ciudad de difuntos, á cuyas orillas se elevan grandiosos mausoleos de piedra de variadas y caprichosas formas, y de gusto mas ó ménos elegante, dejando en medio millares de negras y humildes cruces entre apiñados arbutos que crecen tambien humildemente sin órden ni alineacion, signo de la clase pobre á que pertenecieron los que yacen al pié de ellas, que hasta al sepulcro llevan los hombres el orgullo de la distincion de jerarquías y la ostentacion de las riquezas, como intentando disputar á la muerte el derecho de igualarlo todo; pendientes acá y allá de los brazos de las cruces y de las puntas de las pirámides multitud de coronas de perpétuas y rodeados muchos sepulcros de pequeños jardinitos de amarillas y moradas flores, se tendria por un bello paseo de recreacion, si donde quiera que

se dirija la vista no se leyese una inscripcion fúnebre, ó si no se divisase de trecho en trecho una mujer vestida de luto que arrodillada delante de la tumba de su hijo ó de la lápida que cubre las cenizas de su esposo, llora el desamparo de la viudez ó el desconsuelo de la maternidad.

Sin embargo, quizá no hubiera hecho mencion del cementerio de Burdeos, habiendo de tener que describir despues el sin igual del padre *La Chaise* de Paris, si pudiera dispensarme de consignar la triste y agradable impresion que sentí al encontrar en él la tumba de un célebre artista español. Leia, sí, con admiracion y respeto las inscripciones con que la posteridad honraba la memoria de los hombres célebres del país (que los monumentos consagrados á la grandeza y la virtud deben interesar á los hombres de todos los países), tal como la que la guardia nacional habia hecho esculpir en el túmulo del bravo *Deschamps*, coronel de la legion del Sur, muerto en 1833; y aquellas sus últimas y sublimes palabras: « *Camaradas: os dejo en legado la corbata de mi vieja bandera. Mas de una vez ha visto retroceder al enemigo. Colocada de hoy mas en medio de vosotros, confio en que sabréis mantenerla en el camino del honor.* »

Pero cuando leí: « *aquí hace el famoso pintor español FRANCISCO DE GOYA,* » sentí una emocion de alegría y de tristeza que no pude disimular. De alegría, por ver veneradas en el extranjero las cenizas de un distinguido compatriota; y de tristeza al contemplar que los artistas españoles alcanzan en país extranjero siquiera una piedra y una inscripcion que recuerda y perpetúa su nombre, cuando en España yacen tantos hombres célebres ignorados bajo una capa de tierra y de yerba que pisa el pueblo con ruda planta sin imaginar siquiera que está conculcando los restos de quien en vida supo admirar á sus conciudadanos. Y entristeciame tambien, porque quisiera que los grandes hombres españoles ni vivos ni muertos faltaran de España, en vida con sus obras y talentos, y en muerte con sus monumentos y sus tumbas estuvieran perpetuamente honrando y ensalzando el país que tuvo la gloria de verlos nacer.

Dirigiendo estaba, yo Fray Gerundio, la última mirada de cariño y respeto al célebre autor de *los caprichos*, cuando se acercó Tirabeque á preguntarme: « Señor, ¿qué quiere decir aquel letrero que se lee allí en aquella pared? »

BIENTOT ON DIRA DE VOUS
CE QU'ON DIT DE NOUS :
« ; ILS SONT MORTS ! »

— Eso es muy sencillo, hombre.

Pronto dirán de vos
lo que hoy dicen de nos :
« ; han muerto ! »

— ¡Hola, hola, mi amo ! Lá advertencia es un poco seria ; vámonos de aquí si á Vd. le parece, que estos muertos aunque hablan poco suelen decir mas verdad que los vivos. Y ahora me ocurre que no sería malo que allá en España se pusiera en uso esta máxima para algunos casos, como por ejemplo cuando los ministros que caen dan posesion á los ministros que suben, debian despedirse siempre diciendo :

*Bientôt on dira de vous
ce qu'on dit de nous :
« ; ils sont morts ! »*

Quedad, hermanos, con Dios,
que pronto dirán de vos
lo que hoy se dice de nos :
« ; CAYERON ! »

Aun reia yo de la aplicacion de mi buen lego cuando llegámos á la puerta de la salida : el guarda ó portero deberia extrañar el verme salir riendo de un lugar tan fúnebre, pero él tambien se sonrió al leer la inscripcion y divisar el busto de Luis XVIII en el anverso de un franco que pasaba á su dominio ; y vayan apuntando partidas menudas los que se hallen con ánimo de viajar.

El Hospicio.

De regreso acordámos entrar á ver el hospicio ú hospital civil moderno, elegante y suntuosa obra de arquitectura, y en que si bien se admira el gusto y material magnificencia del edificio, admira mucho mas, y deleita y encanta el orden, aseo, esmero y buena administracion interior, tal que pienso no sería aventurado el decir que pudiera tomarse por modelo de esta clase de establecimiento de beneficencia. Llamáronnos la atencion las máquinas para lavar ropa, otra máquina para hacer moler un molino con agua caliente, y mas que todo el ver la oficina de farmacia des-

empeñada por una seccion de las mismas hermanas de la caridad que tienen á su cuidado la asistencia de los enfermos, siendo testigos por un buen rato de la facilidad y soltura con que despachaban cada receta que llegaba, que en aquella hora menudearon bastante. — Señor, me decía Pelegrin, aquí en Francia las mujeres son hombres fuera del sexo. — ¡Vaya una explicacion singular, hombre! — Señor, dígolo, porque ellas son botilleras, ellas son comerciantas, ellas son escritoras, ellas son boticarias, ellas son.... — Son de mas provecho que tú : y vamos, porque estamos sirviendo de estorbo á estas señoras.

Salimonos procurando acreditar que los españoles no miramos con indiferencia á la humanidad doliente, y despedimonos por último del portero de la manera que en Francia, aviso á los viajeros, hay que despedirse de los porteros de todos los establecimientos de cualquiera especie y condicion que sean.

Visitámos ademas aquel dia el colegio de Sordo-mudos, el de señoritas huérfanas, y varios otros institutos tan útiles como bien organizados, siendo de notar en todos ellos la limpieza y el aseo. Pero ya es tiempo que digamos algo de lo que en Burdeos sorprende mas y deja mas duradera y extraña memoria al extranjero, principalmente si es español.

Los Teatros.

Hay dos en Burdeos, el llamado *des Variétés ó petit théâtre*, donde se representan los alegres *Vaudevilles* y las piezas cómicas ligeras y de menor cuantía, y el *Grand Théâtre*, de que queda hecha mencion en otro artículo, destinado á la ópera, al gran baile y á los dramas de mas importancia, ejecucion y espectáculo.

Pero ántes de pasar á describir las nuevas y singulares escenas que tuve ocasion de presenciar en cada uno de ellos, debo decir dos palabras de la costumbre que hay en punto á expendicion de billetes y distribucion de localidades.

El extranjero que se llegue á la ventanilla del despacho á pedir sus billetes, en vano esperará ver salir su pedido por el pequeño y único agujero que deja abierta la cerrada reja de la ventana. — ¿No me ha entendido Vd., señora? Dos billetes de *primeras*. — *Oui, Monsieur, oui; deux billets des premières*. — Pues bien, hágame Vd. el favor. — *Oui, Monsieur, oui, deux billets des premières : les voilà*. — Pero señora, ¿me da Vd. los billetes? — *Oui, Monsieur, oui*. — Sí señor, sí, pero Vd. no me los da. — Y así se

estará eternamente mientras no vea los francos en la tabla del mostrador. Y esta costumbre de no entregar los billetes sin que vaya por delante la paga, es extensiva á los despachos de diligencias, de caminos de hierro, y cualesquiera otros en que los billetes fueren menester.

No hay que temer que en los despachos de teatros falten nunca billetes de entradas de cualquier localidad que se pidan : jamas dicen : « no hay billetes ; » si el teatro está lleno, si no es posible ya entrar, tenga paciencia el curioso aficionado si perdió su dinero y se ve privado de ver la funcion. No hay como en España billetes numerados correspondientes á determinado asiento y con derecho exclusivo é individual inamisible á él : allí un billete de *primeras* faculta para ocupar un asiento de *stalles* ó lunetas, ó uno de palcos principales (*premières loges*) ó de primeras galerías (porque la estructura de los teatros tampoco es igual á la de los de España), y uno de *segundas* da opcion á cualquiera de los palcos segundos, ó de las galerías de segundo órden y otras localidades, como los de *parterre* (patio) la da á cualquiera de los asientos de su clase, á libre y absoluta eleccion del comprador ; de manera que allí la ventaja y la comodidad está de parte de los que se adelantan, ó de los mas atrevidos, ó de los mas forzudos empujantes empellonistas. El que se descuida un tantito, aunque vaya provisto de su billete de *primeras*, ó tiene que quedarse en pié derecho, ó si ni aun así halla cabida, salirse mustiamente á buscar otra diversion.

Ni aun la eleccion de un asiento da un derecho de posesion permanente y seguro. Si le abandona en un entreacto, excusa de contar con él, porque se habrá posesionado muy frescamente un inmediato sucesor, á no ser que haya dejado alguna prenda, como el pañuelo, el sombrero, un guante ó cosa tal, que esta se respeta y acata, siempre que el primer poseedor vuelva á ocupar su asiento ántes que se levante el telon ; pues de otro modo ha prescrito el derecho y no hay ley que le favorezca y ampare.

No es raro ver á los cumplidos y urbanísimos franceses con el sombrero encasquetado en el acto de la representacion. En el segundo órden de *loges* ó palcos hay algunos destinados *por ley de buen gobierno* á las colegialas de ciertos establecimientos no literarios ni científicos, pero si industriales, las cuales se presentan en uso de su prerogativa teatral con la confianza y el encantador desembarazo que da la virtud y el ascetismo de su vida colegial.

Quejámonos en Madrid, y muy justamente, del abusivo comer-

cio que ejercen con los billetes de teatros los revendedores. Pero si alguno quiere saber la altura á que ha llegado este mercado, no tiene sino colocarse una noche á la puerta de algunos de los teatros de Burdeos, si es que sus oídos están dotados de tan fuertes timpanos que puedan sufrir la algarabía de unas cuantas docenas de revendedores gritando á todo gritar : *une première ; deux secondes ; trois parterres : secondes, parterre, premières*. Y esto no solamente á la primera hora ó de entrada, sino durante todo el tiempo de la representacion, porque allí hay la costumbre de que muchos que asisten á una ó dos piezas de la funcion, benefician al salir sus billetes para otros que prefieren concurrir solo á la tercera y cuarta, con la rebaja de una mitad ó tercera parte de precio, de lo cual aprovechándose los revendedores, se llevan toda la noche haciendo un comercio activo, especie de tráfico de bolsa en que sufre el papel mil altas y bajas, alternativas y oscilaciones, segun la concurrencia que se presente al mercado, siempre atronando con sus voces y desaforados gritos.

La desconfianza en punto á la legalidad de estos documentos llega á tal punto, que ántes de tomar el concurrente posesion de su asiento, tiene que sufrir su billete el reconocimiento de tres aduanas por lo ménos, y poco falta para que haya que confrontarlo con el libro maestro como los billetes de banco ó los títulos del cinco por ciento de la deuda.

Yo veia sin incomodidad este desórden y llevaba sin alterarme estas impertinencias por el placer de decir : « Loado sea Dios que encuentre una cosa mas desarreglada que en España, y en que podemos ofrecer á nuestros vecinos lecciones de cultura, de arreglo y de generosidad. »

La plaza de toros.

Al leer este epigrafe estoy seguro que nadie creará que voy á hablar de una costumbre francesa, puesto que en Francia ni hay plazas de toros, ni se conocen estas fiestas que la civilizacion, la humanidad y el buen gusto tienen tan admitidas en España. He aquí el mérito del viajero, encontrar en un país extraño lo que nadie ve, lo que no ha existido nunca.

Eran las seis y média de la tarde en Burdeos ; aun no habia anochecido en Burdeos, y me dirigí al gran teatro de Burdeos. La escena es en Burdeos, señores : se me habia olvidado expresar el lugar en que esto pasaba. Suntuosa entrada correspondiente á la

magnificencia del edificio : déjase el baston en depósito á un guardabastones con arreglo á ordenanza, la cual prescribe tambien se alce el depósito en el último intermedio de la funcion, mediante una retribucion módica : el mio me habia costado real y medio de primera compra, y los derechos de depósito hicieron subir con el tiempo su coste á cinco pesos fuertes ; pero esta curiosa historia se reserva para contada aparte : subí por uno de los dos ramales de la gran escalera doble, y fuí á tomar posesion de una luneta : una mujer tuvo la bondad de abrírmela, porque allí los asientos de luneta están cerrados con llave para que no se escapen, y las mujeres en Francia son las interventoras, contadoras, administradoras, intendentas y subsecretarias de todo lo que pertenece ó tiene relacion con la hacienda.

El teatro, allí sala de espectáculo, es tan grandioso por dentro como da derecho á esperarle su exterior suntuosidad y grandeza. Ejecutóse primero el *Shakespeare enamorado*, y en seguida se dió principio á la opera *Lucia di Lammermoor*. Era la primera salida (*début*) de *Mr. Mezeray*, baritono, y la segunda de *Mademoiselle Prevost-Colom*, prima donna tiple, y de *Mr. Duluc*, primer tenor. En la Santisima Trinidad solo padeció la segunda persona, en esta vamos á ver padecer á todas tres, y lo que es peor, á mí con ellas.

Hay un artículo de reglamento en el *gran teatro* de Burdeos, como en otros muchos de Francia, segun el cual el cantante que aspira á ocupar plaza en la compañía tiene que sufrir el ensayo de tres salidas. El público es el juez en este exámen. Si el público aplaude al candidato en estos ejercicios de prueba, la empresa le confiere la plaza ; si el público le desecha con demostraciones de desaprobacion, el candidato queda en el mismo hecho declarado cesante, y ya puede echarse á pretender por otra dependencia. La eleccion no puede ser mas directa, ni el gobierno mas democrático ; la soberanía reside esencialmente en el pueblo : el Poder Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial están reasumidos en uno solo, el pueblo ; república lirica completa.

El primer acto se habia pasado sin una votacion decisiva y determinada ni en pro ni en contra de los *débutants* ; la cámara popular habia vacilado entre el voto de confianza y el voto de censura ; no podia asegurarse quién obtendria la victoria, si la oposicion ó la fraccion ministerial, á pesar de los esfuerzos que esta hacia para conquistar los votos de los indiferentes á fuerza de palmadas y de *bravos*. Es de saber que en todos los teatros de

Francia hay una seccion de aplaudidores de oficio, que llaman *claqueurs*, ganada por los actores, y que le es siempre devota (*devovée*); especie de prensa ministerial pagada y sostenida á sueldo, ó bien comprometida por medio de alguna plaza ó asiento *gratis*, lo cual si bien hace resentirse, como es consiguiente, los fondos públicos teatrales y que los ingresos no correspondan á los gastos, esto les importa poco á los actores, que tienen asegurados sus buenos sueldos; lo que les interesa es procurarse una mayoría que los aplauda, ganar las votaciones y asegurar sus plazas en la empresa.

Mademoiselle Colom habia corrido sus riesgos de caer : *Dulus* se sostenia por respeto á sus buenos antecedentes y á los méritos que habia contraído otra noche en el papel de judío en la ópera *la Judía* : *Mezeray* era el que tenia contra sí una oposicion mas fuerte, por mas que se esforzaban en apoyarle los coros. Y todos tres estaban como unos pobres ministros puestos á discrecion de la pública censura y esperando el fallo de la opinion.

¡ Oh pobres ministros !
¡ Oh pobres actores !
¡ Ah, cuántos sudores
Os hacen pasar !

Con vuestros discursos,
Con vuestros gorjeos,
Á todos cual recs
Os hacen estar.

Asi se pasó todo el primer acto, sin que se pudiese asegurar cuál sería el resultado de aquella acalorada discusion.

Tres recios y furibundos golpes sacudidos con un mazo sobre el tablado del foro en señal y mandato de que se alce el telon, anunciaron que la segunda sesion iba á abrirse. Y en efecto se abrió, pero bajo los mas funestos auspicios para el pobre *Mezeray* que hacia el papel de *Asthon*, no del embajador inglés que tenemos ahora en Madrid, sino de *Enrique Asthon*, hermano de Lucía; pues al cantar aquello que dice á Normando acerca de su hermana : « *Tremante l'aspetto*, la espero temblando, » comenzó una silba tan horrorosa (y aquí principia *la plaza de toros*), que aunque despues Normando le decia : « *non temer* (no hay que temer), » bien sabia el baritono *Mezeray* que tenia que temer, y no poco.

Harto justificó sus temores la segunda escena con su hermana en el gabinete de su casa. Al decirla :

*Appressati, Lucía,
Sperai piu lieta in questo di vederti,
in questo di, che d' imeneo le faci
si accéndonno per te (1).*

Aproximate, Lucía. Creia verte
mas alegre en el dia que himeneo
enciende para ti su antorcha :

volvió lagrítas en todo su furor, y con tal fuerza que no le igualaba la de nuestro circo táurico cuando Roque Miranda pone como una criba á fuerza de estocadas dirigidas á *deum dedere* la piel de un inocente animal. Así es que la buena Lucía contestaba trémula, y con sobrada razon aquello de :

*« Il pallor funesto, orrendo,
che ricopre il volto mio,
ti rimprovera tacendo
il mio strazio.... il mio dolor. »*

« La mortal palidez que cubre mi rostro te acusa bastante; ella te dice que eres la causa de los martirios que sufro. » Y ciertamente que lo era el pobre *Mezeray*.

« *Cessa*, » le decia despues, « no prosigas. » — « Sí, sí, que cese, que cese, » gritaba desahogado el público. Y los silbidos se aumentaban, y crecia la algarabía y la confusion.

« Fuera *Mezeray*, fuera *Mezeray*, » gritaba la cámara democrática, ahogando los aplausos de oficio de la fraccion ministerial. Pero ¡lo que ciega el amor propio! Cuando la *Colom* cantaba : « *che fia*.... ¿qué será? » respondia el bueno de *Mezeray* :

*« Suonar di giubilo
senti la riva? »*

« ¿No oyes sonar los vivos de júbilo? »

(1) Copio la letra en italiano, por ser mas conocida esta ópera en España en este idioma que en el frances, como allí se cantó.

Continuaban los silbidos y tambien el siguiente canto :

LUCIA

*Un brivido
mi corre per le vene.
Un frio de hielo corre por mis venas.*

ENRIQUE.

*A te s' appresta il talamo.
Se va á celebrar tu desposorio.*

LUCIA.

*La tomba a me s' appresta.
Se celebrará mi funeral.*

« No, no, el de Mr. Mezeray, el de Mr. Mezeray, » gritaba el público, acrecentándose los silbidos horrorosamente. Entónces se convenció Mezeray que el voto de censura era lanzando á él y tocándole cantar :

*« Ora fatal é questa!
Sonó la hora fatal ! »*

volvió la espalda al público, y se retiró precipitadamente abandonando la escena.

Hizo pues dimision solemne de su cargo el ministro baritono. La pobre Lucía se sentó en la silla que le estaba preparada para cuando desfalleciese de dolor; la escena por parte de los actores se quedó muda y por parte del público tomó nuevo incremento la algazara, silbando no ya con los labios solo, sino con chiflatos, y aun con trompetillas que para estos casos preparados llevan. Y cuando Lucía le tocaba cantar la siguiente romanza,

*Tu que vedi il pianto mio.....
tu que leggi in questo core,
se respinto il mio dolore,
come in terra, in ciel non é;
Tu mi toglì, eterno Iddio,
questa vita disperata.....
io son tanto sventurata,
che la morte e un ben per me !*

« Tú que ves mi llanto, eterno Dios..... Tú que lees en mi corazon..... librame del peso de una vida que detesto, si es que mis plegarias no son desoidas en tu soberana mansion como en este aborrecido mundo..... Soy tan infeliz que considero como un bien la muerte ! »

Esto no lo cantaba ya la *Colom*, sino que lo recitaba *Mezeray* allá tras de las bambalinas, aplicándolo á su situacion muy oportunamente. No parece sino que la escena del *Spartito* se hizo de

intento y proféticamente para el caso en que se vieron aquella noche *Mademoiselle Prevost-Colom* y *Mr. Mezeray*.

A todo esto el telon permaneci6 alzado y Lucía inm6vil sentada en su silla, porque así lo prescribe en tales casos el reglamento teatral, segun el cual nadie puede abandonar la escena.

Contemple el piadoso hermano
en esta triste estacion
;cuál de la infeliz Lucía
estaria el corazon !

Contemplad, almas piadosas,
en média hora que dur6
; cuánto el alma padeciera
de *Mademoiselle Colom* !

El público gritaba y chiflaba á su sabor y talante, sin que allí se viera aparecer para nada la autoridad : la soberanía residia esencialmente en el pueblo. Sin embargo, conociendo sin duda que el gobierno republicano no podia sostenerse sin degenerar en anarquía, oíanse algunas voces pidiendo « *la police, la police* (la policía). » Y así como en nuestras plazas de toros se grita algunas veces, *fuego! fuego! ó perros! perros!* así se gritaba tambien en aquella plaza de toros, « *le régisseur! le régisseur!* » Yo no sabia qué casta de pájaro podia ser este *régisseur*, y me figuré si seria acaso el *Maire* presidente de la municipalidad, ó bien el magistrado de policía. Tirabeque decia que era una de dos cosas, ó el regidor ó el corregidor. Hasta que vi salir al proscenio un hombre gordo, vestido de negro con cabos blancos, de toda etiqueta y ceremonia. Preguntó qué cosa fuese el tal *régisseur*, y me informaron que era el administrador de la empresa, especie tambien de director de escena, que está siempre preparado y vestido para cuando ocurren casos tales. El buen *Régisseur* se dirigió muy urbanamente al público, y al pronunciar : « *Messieurs.....* » una silba descomunal le impidió proseguir su peroracion. Esperó á que calmara la tempestad, y volvió á intentar hablar, pero otra vez se quedó en el « *Messieurs.* » Á la tercera consiguió que se le escuchase lo siguiente : « señores, quieren Vds. que vuelva *Mr. Mezeray* á desempeñar su papel? — No, no, » se le respondió de todos los ángulos del teatro. El público admitió definitivamente la dimision de *Mr. Mezeray*, y el *Régisseur* se retiró á comunicar al gabinete la resolucion del pueblo.

Á poco rato volvió á salir el *Régisseur*, y preguntó : « Señores, ¿ quieren Vds. que sustituya á *Mr. Mezeray* en el papel de *ASTHON* *Mr. Derivis*? — Sí, sí, que salga *Mr. Derivis*. » — *Mr. Derivis* era otro primer cantante *bariton* de la *Grande Opera* de Paris, que se hallaba accidentalmente en Burdeos. Ya tenemos pues otro ministro reemplazando en comision á *Mr. Mezeray* por la voluntad del pueblo.

Entónces se bajó el telon : el público tuvo que esperar pacientemente otra média hora, en cuanto se avisaba y se ponía el uniforme ministerial *Mr. Derivis*. Llegó este, se corrió el telon, y se volvió á principiar por el segundo acto. La salida de *Mr. Derivis* fué aplaudida con un estrépito solo comparable á los sibildos anteriores. La marcha ministerial siguió por el resto de la funcion sin oposicion notable, si bien con parciales muestras de desaprobacion á algunos miembros del gabinete lírico en varios párrafos del discurso de la ópera. Concluyóse esta : *Mademoiselle Bellon* bailó la *crakoviana* y la *cachucha española* con gracia y aplauso, aunque un tanto desfigurada, y nos fuimos á acostar á las doce y média en Burdeos, habiendo entrado en el teatro á las seis y média en Burdeos, debiendo advertir que esta escena pasó en Burdeos, que ya se me olvidaba expresarlo.

Hasta ahora no hemos visto padecer mas que á dos personas de la trinidad *debutante*. El tenor *Duluc* no habia salido del todo mal librado, y tenia esperanzas de conservarse en el ministerio, pero le faltaba la tercera salida de prueba. Esta se verificó á las pocas noches con la ópera *Los Hugonotes*. Pero ¡ lo que son los partidos ! En los pocos dias que habian mediado de una á otra sesion, la fraccion ministerial que parecia tan compacta y que tan esforzadamente habia sostenido á *Mr. Duluc*, se habia pasado á los bancos de la oposicion y se habia formado contra él una coalicion horrorosa : el candidato se encontró con muchos *trásfugas*, como decia no há muchos dias por acá un jefe de la coalicion antiministerial.

¡ Oh pobres ministros !
¡ Oh pobres actores !
¡ Ah, cuántos sudores
Os hacen pasar !

Fiad en partidos,
Creed en alianzas,
Fundad esperanzas,
Tendréis un azar.

No tardó la coalicion en desplegar y hacer alarde de todas sus fuerzas, y aunque *Mr. Duluc* habia cantado bien la primer aria de su discurso, fué tal la oposicion sistemática que se levantó en la segunda, que todo el favor que le habia dispensado la versátil cámara cuando era Judío, se convirtió en guerra cruda cuando le tocaba ser Cristiano, aunque Hugonote ó Calvinista. La famosa y sangrienta jornada de San Bartolomé en el año 1572, en que tan horrorosa matanza hicieron los Católicos capitaneados por el Duque de Guisa en los Hugonotes ó protestantes, cuyo suceso se representaba en la ópera, pienso que fué ménos ruidosa que la noche del 13 de Setiembre de 1844 contra un pobre tenor; y la suerte de *Mr. Duluc* no fué ménos azarosa que la del Almirante de Coligni. El desgraciado *Duluc* se retiró en medio de los mas atroces silbidos, gritos y demostraciones de desaprobacion de la nueva liga. La sesion se suspendió, y otra vez se pidió desentonadamente en aquella plaza de toros el *régisseur* y la *police*. El *Régisseur* salió al cabo de largo rato, y puso en conocimiento del pueblo soberano « que *Mr. Duluc* no accedia á continuar la representacion, por mas instancias que le habia hecho el gabinete entero y aun la misma autoridad, que hacia decididamente dimision, y que tenia el sentimiento de anunciar que no habia podido encontrarse quien le reemplazara. »

La gritería y el desórden del pueblo soberano llega á su colmo pidiendo que continúe la representacion, y que si no, hará un pronunciamiento en que correrá peligro todo el gabinete filarmónico, que le está privando de una funcion á que tenia un derecho imprescriptible mediante haber pagado su dinero. Entónces el *Régisseur* ó heraldo volvió á salir y dijo: — « Señores, tengo el honor de anunciar al público soberano, que en atencion á que no puede continuarse la representacion por esta noche con motivo de no hallarse quien reemplaze á *Mr. Duluc*, á quien Vds. en uso de su soberanía acaban de exonerar, se salgan Vds. cuanto ántes del teatro, recojan á la salida sus billetes, y acudan mañana de diez á cuatro á las oficinas del despacho, y se les volverá religiosamente su dinero. »

El pueblo chilló, voceó, se desahogó, pero al fin se sometió humildemente á una órden de la policia. Algunos grupos rebeldes iban quedando que deshacia la fuerza armada, y todos fuimos saliendo pensando no mas en recoger nuestro dinerillo al dia siguiente.

Cayeron pues dos de las personas de la trinidad *debutante*; y

solo quedó, por una de aquellas combinaciones raras que en las votaciones populares suelen ocurrir, *Mademoiselle Prevost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

Primer camino de hierro.

Los dias que el temporal no estaba á propósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *Chapeau-Rouge*, destinábalos á hacer alguna excursión por las cercanías de la capital.

Una de ellas fué á *La Teste*, pueblecito distante unas 13 leguas francesas al Suroeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Lándas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veíamos los dos exclaustrados viajeros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo, no me detendré ahora á hacer la descripción de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el país en que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á la Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar este de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viajes de ida y vuelta simultáneamente como en los demas, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y sólidez común á todos los carruajes de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-à-banes, wagoes y furgones que constituían el convoy expedicionario, abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo: « ¡qué barbaridad, mi amo! — ¿Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodaran las 300 personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos cor-

responde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha. — Deje Vd., Sr., que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mí que no deberán ser ménos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este tren..... — ; *Oh terque quaterque stultus laicus!* ; Oh tres y cuatro veces estólido lego! ; Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de hierro no son tirados por caballos sino por esa máquina de vapor que ves humeando ahí? — Sr., es verdad que yo había oído que andaban por vapor, pero creí que era por medio de caballos de vapor. — Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español : entra ahí cuanto ántes y enmudece.

Entrámos; sonaron las ocho y média, y púsose en movimiento el convoy. Apénas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla : le tiré del brazo, y le dije : « lee, si sabes, ese escrito. » Leyó y decia : « Se prohíbe fumar dentro del carruaje. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sujetaren á estas prevenciones. » ; Hola, hola, mí amo! exclamó Tirabeque ; está visto que aquí no hay que andarse en bromas ; recojámonos hácia adentro, que no me haría gracia desmembrarme á vapor. — No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podia por una incidencia casual hallarse algun tropiezo y entónces no te costaria mas que dejar la cabeza, el brazo ó lo que llevases fuera, y tu seguirias muy sereno hasta concluir la jornada ; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaria que te se chamuscara la caballera. — No Sr., no ; asomaré cuando mas un cuarto de nariz.

La rapidez con que se marcha apénas nos permitia ver los camineros que de média en média legua, colocados en pié á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo extendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado : así como desaparecian instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas y sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del convoy. Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Gerundio, con otro compañero de viaje, sobre la suavidad del movimiento de los coches, cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa : Sr., Sr., ¿ qué día-

blos de tierra es esta en que los pinos bailan la *bolancheira* como si fuesen cristianos? Yo no pude ménos de echarme á reir de la ocurrencia, pues efectivamente con la celeridad que llevaba el carruaje, parecia que los bosques de pinos que quedaban á los lados se movian bailando circularmente. — ¿Qué es lo que dice *Monsieur*? me preguntó oyéndome hablar con el viajante frances. — Observa, le respondí yo, y extraña el uso de los habitantes de este país en esto de andar en zancos.

Esta contestacion hizo á Tirabeque reparar lo que hasta entónces no habia observado. Y era cosa que le divertia en gran manera ver á los pastores y pastoras de aquellas Lándas, con sus sombreritos de paja las últimas, marchar por aquel terreno pantanoso y arenisco sobre altos zancos, sintiendo en el alma que la velocidad del convoy no le permitiera contemplarlos detenidamente y á su sabor. En las cortas detenciones que hacíamos en cada *estacion*, contemplábamos tambien las miserables chozas y rústicas cabañas construidas de ramas de árboles, esparcidas por aquellos estériles y cenagosos campos, en que se cobijan los infelices habitantes del país, pescadores la mayor parte, que mas que moradores de una nacion grande, rica y civilizada, parecen en su traje, ocupaciones y modo de vivir, los primeros pobladores que vinieron al mundo á poco de la creacion.

Monseñor Dennet el arzobispo, que tambien iba en la expedicion, se nos separó en la *estacion de Mestras*, donde ya le esperaba una numerosa comitiva eclesiástica, con la cual partió á una feligresía de la comarca. Nosotros continuámos nuestra férrea ruta, y llegámos á *La Teste* á las diez y cuarto, lo que equivale á decir que empleámos siete cuartos de hora en andar las 13 leguas francesas, ó sea unas $8\frac{1}{2}$ de España, incluso las paradas en las diferentes *estaciones*, alguna de las cuales se hizo mas larga por consideraciones á *Monseñor*.

No bien nos habamos bajado del carruaje cuando nos vimos circundados de una nube de *Testáceos* (habitantes de la *Teste*), que se disputaban la primacia en ofrecernos sus hoteles, discurriendo cada cual el medio de comprometernos á dar la preferencia al suyo. El uno nos ponía en la mano su billete ó *adresse*, ponderándonos las comodidades y baratura que en él íbamos á gozar; el otro nos le acercaba á los ojos para que nos enteráramos del buen servicio de su fonda nueva, desacreditando al anterior; el otro nos metía un puñado de ellos en el bolsillo, diciendo que los dos que nos hablaban eran unos charlatanes; el otro nos decia que no

nos fiáramos en ninguno de los tres, y tomándonos por la mano añadía que si la queríamos acertar, le siguiéramos al hotel de *Chaumond*; el otro nos tiraba de la levita, diciendo que el único hotel acreditado era el de la *Providencia*; el otro decía que en el de *Burdeos* había una asistencia esmerada y casi gratuita, y que todo lo demás que nos dijeran era pura charlatanería; el otro trataba de persuadirnos por medio de una arenga que nada era comparable al del *Capon fino*, donde había un hermoso jardín para nuestro recreo, hecho casi ex-profeso para nosotros; y todos nos hablaban, y todos nos alargaban billetes, y todos nos asian del brazo y todos nos empujaban, y todos se disputaban nuestro hospedaje, y casi se venían á las manos. — ¿Qué te parece, Pelegrin? le dije á mi lego; dónde opinas tú que vayamos? — Señor, me respondió, aquí no hay mas que echarse en manos de la providencia.

El del hotel de la *Providencia*, que oyó pronunciar una cosa que le sonaba á *Providence*, se dió por preferido, y repartiendo empellones entre sus cofrades, « señores, dijo, *Monsieur* ha optado por el de la *Providencia*; respetad su fallo, y permitid á estos señores que me sigan. » Y volviéndose á nosotros, « seguidme, dignísimos viajeros, nos dijo; seguidme, que seguro estoy de que me habréis de dar las gracias. »

Seguímosle pues, no sin que los otros continuaran dirigiéndonos instancias con la esperanza de que todavía se revocara la sentencia. Entrámos en el hotel; almorzámos lo que la providencia se sirvió depararnos, y nos dispusimos á ir á visitar los baños de *La Teste*.

El Infante D. Francisco de España.

Desde *La Teste* á los *Baños* hay una legua de todos los diablos, no por la distancia que haya de los olmos á los álamos como dice el castellano cantar, puesto que allí no se hallan álamos ni olmos, sino pinares y mas pinares, pero por la naturaleza del camino, que es un continuado arenal entrecortado de lagunas (*marécageux*) y de esponjosas praderas, donde se hundían hasta el eje las ruedas de un malaventurado coche que pudimos encontrar. Nuestra marcha era como la discusión del proyecto de contestación al discurso de la corona que aquí acaba de terminar, porque cada paso era un pantano ó un párrafo de dificultades, y gracias á la resolución del jóven *Michel*, que como otro Méndez Vigo, cortaba por el atajo sin aprensión alguna, fuimos saliendo de ellos, é inter-

nándonos por la estrecha y mas enjuta via, que por entre espesos pinos á los Baños conduce.

Consisten estos célebres baños de mar en dos grandes, aseados y bien distribuidos establecimientos situados á la orilla de una vasta ensenada de mas de dos leguas de extension que forman las aguas del Golfo de Gascuña, y otro tanto distante de la embocadura del Océano. Tanto como ofrece la rada de seguridad y comodidad á los bañistas, otro tanto tienen aquellos sitios de tristes, melancólicos é inanimados, á lo que ayudaba tambien lo nebuloso del dia. Las únicas embarcaciones que circulan por aquella ensenada son miserables barquillas y botecitos de pescar, remados por mujeres. Ni una mediana poblacion á sus inmediaciones, ni un pedazo de campo por donde poder pasear, ni en carruaje, ni á caballo, ni á pié : aislados los establecimientos entre las aguas de una parte y los arenosos pinares de otra, por donde no pudiera darse un paso sin embutirse hasta la rodilla y sin rozarse con ásperos arbustos y matorrales, tienen aquellos baños todo el aspecto de un destierro, solo habitable por la necesidad de recobrar la salud.

« Malencónico es esto por demas, mi amo, me dijo Tirabeque ; bien desesperado deberá estar el que venga á habitar estas soledades. — Así es la verdad, Pelegrin, le respondí. Pero has de saber que en estas soledades existe una familia cuya conservacion puede influir grandemente en la suerte de nuestra España. — Acaso algunos desterrados, Señor. — No estoy léjos, Pelegrin, de darles esa calificacion, porque destierros hay que aunque no hayan sido dispuestos por leyes ni sentencias de los tribunales, no por eso dejan de ser destierros mistos de espontáneos y forzosos. ¡ Quién sabe si la mano misma de la Reina de nuestra España estará destinada por la providencia para un individuo de esta familia ! ¡ Y quién sabe tambien si entre los muchos inconvenientes que la grave cuestion de este enlace ha de suscitar, será acaso este el menor, el que ofrezca ménos escollos ! Porque al cabo, Pelegrin, de optar entre príncipes extraños que hubieran de acabar de aherrrojarnos con los grillos de las extranjeras influencias, quizá fuera el menor mal que nuestra Reina compartiese el trono con otro príncipe español, y príncipe cuya familia está comprometida é identificada con las instituciones y la marcha que hemos adoptado y que no podemos ménos de seguir.

— Señor, segun eso son personas de cuenta las que están aquí ; y por lo que Vd. se explica, ó yo soy un bodoque muy completo,

ó es la familia del infante D. Francisco; pero si así es, extraño mucho que no me ha dicho Vd. una palabra hasta ahora.... *Voilà, Messieurs, le voilà le Prince espagnol*, dijo el cochero Miguel, que le conocia de los frecuentes viajes que hacia á los Baños. — En efecto, Tirabeque, héle allí al Infante asomado á una de las ventanas. — Señor, ¿aquel de las barbas rubias? — Aquel, sí, á lo ménos ántes *rubicundus erat Infans*: no hay duda, aquel es.

Iba ya mas de dos meses que los Príncipes vivian en aquel angustioso desierto, siempre pensando, siempre ansiando, siempre soñando con volver á su patria; y allí permanecieron humilde y osecuramente retirados por desavenencias y desacuerdos que hubieran debido mucho ántes prescribir, hasta que el regente y el gobierno les abrieron las puertas de España en el último Octubre. ¿Quién pensara entónces que habia de volverlos á encontrar en Búrgos, cerrada todavía para ellos la entrada en la Corte, desairada, humillada allí su alta clase y dignidad, aun mas humillada que en el desierto de la *Teste*, porque allá estaban entre extraños, y acá viven entre compatriotas, testigos presenciales de su postergacion? Si existia alguna causa, alguna razon política ó de familia por que no conviniese su presencia en España, ¿á qué acceder á su afanoso deseo franqueándoles las puertas de la nacion? Si esta causa no existe, á qué inhibirles la residencia en la Corte, privándolos de un derecho que no se niega al último español, como no sea criminal? ¡Y pluguiese al cielo no se albergara impunemente en la Corte un enjambre de criminales, miéntras los únicos Príncipes de la sangre real que se han pronunciado en favor de nuestras instituciones, sufren un ostracismo cuya causa no se acierta á explicar!

Y cuenta que ni la mas remota afeccion personal me liga á ninguno de los individuos de la ilustre relegada familia, y harto lo demostré cuando extendi mi gerundiana crítica al mismo Príncipe en aquello de la felicitacion que dirigió al regente del reino, por lo mismo que me pareció que rebajaba en los términos y en el modo su alta dignidad (1). Pero por la propia razon me da grima que así se abata y degrade á personajes ilustres que han llevado espontáneamente tan adelante como puede haber llevado cualquiera sus compromisos por la causa constitucional. ¿Tan sobrados estamos de Príncipes españoles que hayan abrazado la causa del pueblo para cuando llegue el caso (que no fuera malo ir pen-

(1) Capillada 339.

sando en ello) de buscar un esposo á la reina Isabel? Y sin meterme ahora en prejulgar la cuestion ¿tan de sobra tendremos príncipes extranjeros que no ofrezcan sérios y graves temores de menoscabo para la independencia nacional? (1)

Mirábale Tirabeque de hito en hito desde léjos, diciendo: « ¡Pobre hermano Paquito, y qué vida tan tonta te deben estar haciendo pasar aquí en este triste solitario albergue, de la inocencia venerable asilo! — ¿De la inocencia, hombre? — Si parece un pobrecillo, señor; á lo ménos mirado desde aquí.....

Entrámos luego en su vivienda, que consistia en la mitad de uno de los establecimientos que tenia arrendada. Visitámos su gabinete de lectura, donde nos entretuvimos en leer algunos periódicos españoles, y evacuada nuestra visita de pura curiosidad é inclinacion española, volvimos á tomar nuestro coche tumbon, y regresámos á *La Teste* á esperar la hora de la salida del convoy de vapor para Burdeos.

Esta hora estaba señalada para las cinco en punto, pero se prorogó hasta las cinco y média por consideracion á Monseñor el arzobispo que habia avisado tomaria allí el camino de hierro, y aun no habia llegado. « ¡Siempre esperar por Monseñor! decia Tirabeque ya un poco amostazado: ¡válgate Dios, por Monseñor! ¡Y dicen estos del clero de España! Pues allí no se gasta tanta solfa con los Monseñores. »

Al fin llegó *Monseñor*, sentado muy apostólicamente en una hermosa carretela, seguida de una numerosa cohorte eclesiástica en multitud de coches evangélicos y de briosos caballos de pobreza religiosa: agolpáronse las gentes todas á besuquearle la mano, diéronle algunos vivas, entró en el convoy, entrámos tambien nosotros, y á poco mas de las siete dieron nuestras humanidades reverendas cima y cabo á la jornada en la casa-administracion del camino de hierro de Burdeos, y trasladándonos á uno de los *omnibus* que allí esperan la llegada de los convoyes, descendimos en el *restaurant de Richelieu* con el piadoso objeto de yantar.

Otra excursion en vapor.

Era menester neutralizar la impresion del monótono pais que habíamos recorrido aquel dia con la de otros mas delicioso y pinto-

(1) Despues de escrito este artículo y ántes de esta publicacion, tuvimos el gusto de ver á SS. AA. en Madrid.

resco. Pocos mas á propósito pudieran proporcionarse para el objeto que las riberas del Garona ; los vapores ofrecian facilidad, por nuestra parte habia disposicion, habíala tambien por la de algunos amigos, y vencidas todas estas dificultades, se acordó dar un paseo hasta *Langon*, distante unas diez leguas al Sur de la capital.

Multitud de vapores viajan constantemente por las aguas del Garona en una y otra direccion. Hacen la carrera por la parte del mediodia, por donde nosotros habíamos de ir, *el Telégrafo, la Picardía, la Esperanza, el Montesquieu*, como una docena titulados *el Rayo*, varios con el nombre del *Garona*, y otros muchos que no tengo presentes. Á nosotros nos tocó viajar á la ida en *la Picardía*, que aunque supongo tomaria el nombre del país de Francia así llamado, Tirabeque lo atribuyó á que era largo y angosto como sepultura de pícaro. Íbamos á bajar á la cámara de popa, cuando nos detuvo el capitán diciendo : — Perdon, Sres., que no es esta la cámara de Vds. — ¿Cómo que no? le contestó Pelegrin : ¿me enseñará Vd. á mí cuál es la primera cámara? — Ah, perdon, Monsieur ; en los demas barcos la primera es la popa, pero en *la Picardía* es al revés. — Diga Vd. Monsieur capitán, ¿y trae Vd. ánimo de hacernos muchas picardías como esta? Pero á bien que no me sorprenden estos vice-versas en las cámaras, porque allá tambien algunas veces la primera cámara va delante de la segunda y andan al revés. — Qué, ¿ tambien en la España hay picardías? — No Sr., allí no hay Picardías vapores ; si las hay, son de otra clase ; cuanto mas que yo hablaba ahora del Senado y el Congreso, que á veces va delante el que debia ir detras. — Perdon, Monsieur, no os entiendo. — Pues si Vd. no me entiende, qué he de hacer yo? — Vámonos, Pelegrin, le dije ; y cuida de nuestro pequeño equipaje, porque ve lo que dice ese letrado : « no se responde de los efectos de los Sres. viajeros. »

Y acordámos ir sobre la cubierta para disfrutar mejor de la encantadora perspectiva de las deliciosísimas y fértiles colinas de la márgen izquierda, y de los frondosos y amenos paisajes de la derecha del rio. Si deleitosa y pintoresca era la vista de los viñedos, bosques de frutales, caseríos de recreo, sotos, castillos, fondas, cafés y lindas poblaciones que á cada vuelta del tortuoso curso del rio se presentaban, no era ménos variada y curiosa, aunque de muy diferente género, la que hacia la comitiva viajera. Las bromas, diversiones y pasatiempos de los franceses en los viajes de agua y tierra se reducen á sacar cada uno, tan pronto como se acomoda en su plaza, un periódico ó un libro y ponerse á leer.

Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedición, y apenas sería el diezmo el que no leía algo; las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion éra exclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leía cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvian de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordes*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos*, la *Revista de Ambos Mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*: tal señora recorria las páginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de 16 años leía los *Deberes de las Madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones; y tal barbudo varon foliaba con mucha curiosidad el *Manual de Manuales* ó *Diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice versa: la hija leía lo que debía leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un ánade ó un faisán y el modo de hacer una nueva salsa de yerbas, que le pertenecía de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estarían mejor al varon del espeso bigote. Todo esto nos divertía grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de exclamar: « ¡cuando veremos tan generalizada en nuestra España la afición á la lectura! Y ya que no fuese la afición, cuando lograremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer! » También nosotros al cabo de un rato quisimos sustituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragones, en la eleccion de la obra parecia catalán, sacó las entregas que acababa de recibir de la « *Historia criminal del Gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos* por *Elías Regnault*. » La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas guiados por el espíritu de conquista universal que los domina, y excita y provoca á una cruzada general contra ellos, y expone la necesidad de abatir y humillar al coloso

britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas sériamente de lo que á un viaje de recreo competia en la suerte futura de nuestra patria, si no acabamos de apercibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los irlandeses y envenenaron á los chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda.

Así llegámos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon y á la bellissima esplanada de San Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viaje, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcámos, pues, y entrámos en Langon, donde permanecimos hasta la misma hora del día siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu* : y hé aquí justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espiritu de las Leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principalmente una en que para decir : « Aquí se aloja á pié y á caballo *ici on loge à pied et à cheval*, » lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma : « ICI ON..... (y en seguida *una casa pintada* para significar LOGE : A (esta A la formaban dos hombres separados por los piés y tocándose con las cabezas) seguia *un pié pintado* para substituir á la palabra PIED : el ET le hacian otros dos hombres en actitudes que formaban una & y el CHEVAL estaba representado por un *caballo blanco*. Si así discurren para llamar la atencion en las miserables aldeas, figúrese el lector cuánto inventarán en las populosas ciudades.

El puente de Cubzac.

Ya que de excursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á Paris, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto que hay en toda la Francia, y no sé si en otra parte alguna, no deje de hacer una excursion ex-profeso á *Cubzac*,

cuatro leguas de Burdeos, camino de Paris, pues visto con la rapidez que es forzoso cuando se va de paso, no se puede formar una idea cabal de su grandiosidad y belleza.

Pasado el puente de piedra, en el arrabal de la Bastida, encontrará de seguro el carruaje que guste y de los asientos que le acomode, que le llevarán á *Cubzac* en unas dos horas por un precio convencional, siempre mas económico y moderado que si ajustara un carruaje ó *voiture de ville* como hicimos nosotros. Y puede estar cierto que da un paseo de los mas deliciosos y entretenidos que pudiera apetecer.

Á derecha é izquierda del camino encontrará establecimientos cuyos títulos pomposos no dejarán de divertirle. « *Taberna del Monte Parnaso.* » Que solo los franceses han podido discurrir hacer borrachas á las musas, y convertir en depósito de vino el limpio y claro manantial de la fuente Heliconá por dar realce á una taberna. « *Cuadras y cochera de la manzana de oro.* » ¡ Ah, pobre Vénus, y en lo que ha venido á parar el premio que te valió tu hermosura! Á ser pisado por los caballos á trueque de bautizar pomposamente una cuadra. « *Depósito de carbon de la bella Aurora.* »

¡ Fuerza de ponderar, á lo que obligas
Al néctar encerrar en cantimplora,
y á llenar de tizones á la aurora!

Y por este orden otros muchos que fuera largo enumerar.

El viajero se sorprende agradablemente al dar vista al nunca bien ponderado *puente de Cubzac* sobre el Dordoña. Desde luego no se sabe qué admirar mas, si la elegancia, riqueza, gusto y sólidez de la obra, ó el osado y al parecer temerario pensamiento del que se atrevió á proyectar y ejecutar un puente de tan gigantescas dimensiones. Consta de cinco cuerpos suspendidos, sobre cada uno de los cuales descuellan cuatro columnas huecas de hierro en forma de obeliscos basadas sobre otros tantos macizos ó pilastras de piedra; á uno y otro extremo del puente hay dos magnificas arcadas de sillares de á 27 arcos dobles cada una que juntos componen 108 elegantes y sólidos arcos. Por debajo de cada uno de los cinco cuerpos colgantes pasan sin tropiezo las embarcaciones, hasta bergantines y fragatas. La longitud del puente desde el principio de una arcada al extremo de la otra es de 2123 metros y 83 centímetros (mas de un cuarto de legua de España).

El puente de *Cubzac* visto por debajo asombra, y visto por encima encanta, á lo cual contribuye además de su magnífica esbelteza el color blanco de que están barnizados sus obeliscos, sus tirantes de alambres, y sus barandillas, que á lo lejos le hacen semejar un puente de filigrana. Empezóse esta atrevida obra en 1835 y se concluyó en 17 de Agosto de 1839, y le pasaron los primeros el duque y la duquesa de Orleans, segun consta de una inscripcion que se lee en uno de los pilares de un extremo; á cuyo frente se ven esculpidos los nombres (que bien merecen estarlo en letras de oro sobre mármol) de los Sres. *Du Vergers, Quenot, Rayard de la Vingtrie*, ingenieros directores de la obra.

Tirabeque le contemplaba absorto, si bien receloso de que se hundiera aquella obra aérea, y diera con su lega humanidad en las aguas del Dordoña como otro Ícaro, sin que bastara á tranquilizarle el ver pasar por él cuatro ó cinco diligencias á un tiempo, ántes le asustaba mas el ver como tan enorme peso le hacia cimbreadarse.

Sobre la capa ó barniz blanco se leen infinidad de inscripciones, que se conoce ser de los viajeros de todos los países (porque las hay en todos los idiomas) que gustan dejar escritos allí sus nombres, pelados los unos, y los otros precedidos de alguna observacion sobre el mérito admirable de tan grandiosa obra. Entre ellos noté el del duque de Nemours, y los de otras notabilidades que habian participado tambien de aquello del « *nomina stultorum.....* » *Mr. Neuville*, redactor del *Nacional* de Paris, habia dejado escritos estos versos :

¡ Misérable crétin, qui passant sur ce pont,
Ne trouves rien de mieux que d'y mettre ton nom !
¿ N'as-tu donc pas songé, misérable hirondelle,
Que c'était un outrage à cette œuvre immortelle ?

Que vuelto al español, con permiso del cofrade parisiense, equivale á decir : « hombre mezquino y ruin que al pasar por este puente no encuentras nada mas digno que dejar en él escrito tu nombre, ¿ no has pensado, miserable golondrina, que esto era hacer un ultraje á esta obra inmortal ? »

La inscripcion del hermano periodista picó un poquillo la emulacion gerundiana ; y cayó mi reverencia en la tentacion de echar tambien su musa á puentes ; y sacando el lápiz, dejé allí escrita para que la leyera otro curioso, la siguiente española :

Tú no tienes, España, patria mia,
puentes como este puente todavía :
mas ten gobierno, y júrote que al ménos,
si no mejores, los tendras tan buenos.

De sobra estaba yo convencido que lo que escribía no era mas que una fanfarria poética española, y que para tener nosotros puentes como aquel, necesitábamos tener juicio por unos 200 años, y que los españoles que nos sucedieran naciesen mas aficionados á manejar la azada y el martillo que á rozar capas en las esquinas tomando el sol como los de nuestros días; pero yo dije: ahí os queda eso, y el gobierno que lo pague, que hartas deja de pagar mereciéndolo, y al cabo, al cabo si bien se apura, la falta de gobierno es la causa primordial de todo.

— Señor, señor, me voceó Tirabeque desde una de las columnas, aquí hay un nombre de español legítimo; venga Vd. acá, que se va Vd. á reir. Me acerqué y habia en efecto un letrado que decia: « *Joaquín del Olmo con su pichona.* » Todos los de la expedicion celebrámos á grandes risas el innegable españolismo del hermano que tal habia puesto. Tirabeque escribió tambien su nombre, y para que nadie dudase la patria del autor, puso: « *Fr. Pelegrin Tirabeque de España, lego de Fr. Gerundio de España.* »

Con esto dispusimos el regreso á nuestro cuartel general Bordes, no pudiendo olvidar en todo el camino, ni mucho tiempo despues, ni dejar de celebrar siempre que de ello nos acordamos, el *Joaquín del Olmo con su pichona.*

Telégrafos.

Hé aquí uno de los ramos é instituciones que desde nuestra entrada en Francia habian sido objeto de nuestra atencion y curiosidad, y uno de los que (pasémos la mano por la cara para decirlo, porque es un poco vergonzosilla la cosa) llaman la atencion de todo español que viaja por primera vez. Y no digo un poco vergonzoso, sino un mucho bochornoso y ruboroso debe sernos el pensar que cuando todas las naciones de Europa, incluso Portugal, están cruzadas de líneas telegráficas en todas direcciones, solo la España carece todavia de este importante medio de comunicacion. ¡ Solo la España, cuando hasta el mismo Mehemet-Alí tiene ya su línea de 177 telégrafos desde Alejandría al Cairo, por medio de los cuales pueden recibirse avisos de una á otra ciudad en 40 minutos !

Curiosas por demas fueron las primeras escenas que con Tirabeque pasaron cuando vió jugar por primera vez los telégrafos y el modo de corresponderse unos con otros. Señor, señor, ¿ no ha reparado Vd. las figuras que hacen aquellos cañones de chimenea

que hay en aquella torre? Mire Vd., mire Vd.; unas veces los ponen en figura de H, otras en figura de Z, otras en figura de N..... ahora parecen un trinchante..... pues aguarde Vd., mi amo, que en aquella cuesta que se ve al otro lado del rio hay otros cañones de estufa, ó lo que sean, haciendo las mismas figuras. Así Dios me salve que está divertido esto, señor : no parece sino que se mueven por mágica : algun diablo de algun *franchute* se está divirtiéndose en hacer juegos de manos. Vaya, vaya, cuando el diablo no tiene qué hacer.... Vd. se rie, señor, pero á mi me vuelve loco la diversion esta. ¿Quién mueve esas máquinas? pregunto yo. Pues dígole á Vd. que está bueno esto. Mire Vd. á la cuesta. Pues ahora mire Vd. á la torre. Vuelva Vd. á mirar á la cuesta. Ahora parece una horca el diablo de la estufa. Pero Vd. no hace mas que reirse, mi amo.

— ¿No me he de reir, hombre? ¿Con que todavía no conoces lo que es esto? — Señor, yo no conozco mas que debe ser alguna brujería. — Calla, calla, infeliz é ignorante que tú eres : ¿no conoces todavía, desgraciado, que son dos telégrafos que están haciendo sus comunicaciones? — ¿Con que son estos los telégrafos, señor? ¿Y qué dicen, qué dicen los señores telégrafos? que así Dios se encargue de mi alma como deben ser gente lista cuando por señas tan enrevesadas se entienden. — Ya se ve, cuando tú fuiste á Madrid ya no existian los imperfectísimos que *hubo* establecidos de la corte á los sitios reales, ni tampoco has estado en las provincias vascongadas durante la guerra donde *hubo* tambien algudadas líneas de telégrafos; de consiguiente no has podido ver los únicos que *hemos tenido* en España.

Yo no te podré explicar lo que ahora se comunican, porque esto solo lo pueden comprender los empleados en el ramo ú otros que hayan hecho sobre ello estudio particular. Lo que puedo decirte es que esos cañones de estufa que tú llamas, son compuestos de tres piezas, una grande llamada *indicador* y dos pequeñas con el nombre de *reguladores* : cada *regulador* puede tomar cuatro posiciones, vertical, horizontal y dos oblicuas (derecha é izquierda); el *indicador* puede tomar ocho, que vienen á reducirse á siete, porque una de ellas vuelve á entrar horizontalmente en la línea del *regulador*; tres se elevan hacia el cielo, que es el trinchante que tú decias, y tres se bajan hácia la tierra (que son la horca tuya). Con arreglo á estas posiciones, y simplificando el sistema de locucion, en lugar de decir por ejemplo, « 15 grados hácia el cielo ó 45 grados hácia la tierra, » se dice : « ángulo agudo (obli-

cuo de la izquierda),» que equivale á cinco « ángulo derecho (vertical), » que significa diez : « ángulo obtuso (ú oblicuo de la derecha) » igual á quince. Y para designar la direccion del signo, se añade la palabra *cielo* ó la de *tierra*, y así se dice : « cinco cielo : quince tierra, etc.

Y así se van trasmitiendo las comunicaciones por medio de estos signos, que representan otras tantas letras, ó palabras, ó frases : porque hay signos jeroglíficos, alfabéticos, numéricos, verbales, frásicos, geográficos, patronímicos, y demas que sea menester. Algo mas pudiera explicarte acerca del mecanismo é inteligencia de los signos telegráficos, pero creo que estas ligeras indicaciones te bastarán y aun te sobrarán para que hayas formado una idea clara y exacta del telégrafo. — Señor, lléveme Júdas Iscariote si de toda esa jerigonza que acaba Vd. de ensartar he entendido una palabra mas, sino que quince cielos son como un obtuso. — El obtuso, y el torpe y el botarga eres tú, y el que tiene que proveerse de paciencia contigo soy yo.

— Y diga Vd. mi amo y no se me enoje : si los telégrafos son tan útiles como dicen, ¿ cómo es que no se adoptan en España? ¿ Es que no hay allí quien entienda esta monserga, ó es que no prueba el género en el país? — En cuanto á la utilidad de los telégrafos, Pelegrin, es tanta y tan incalculable, que un hombre célebre de estado llegó á decirle al doctor *Julio Guyot* : « sin el telégrafo es imposible el gobierno. » — Señor, perdone el hombre de estado, sea quien fuere, porque en España sabemos bien pasarnos sin telégrafos. — Así va ello, Pelegrin. Y en cuanto á haber quien lo entienda, no puedo decirte mas sino que no solamente tenemos persona que lo entiende, sino quien lo entienda mejor aun que los mismos franceses, y mejor que los mismos *Mr. Flocon* y los hermanos *Chappe*, á quienes debe la Francia la perfeccion que han alcanzado sus telégrafos. ¿ No conociste á aquel *D. Manual de Santa Cruz* que tantas veces favorecia nuestra celda? — Sí, señor, sí, uno pequeñito : algunas veces le abrí la puerta y le llevé lumbre para encender el cigarro.

— Pues bien, aquel hermano *Santa Cruz*, director de los telégrafos que hubo en las provincias del norte durante la pasada guerra civil, ha inventado un sistema telegráfico mucho mas ventajoso y mas sencillo que todos los conocidos hasta ahora, incluso los que estás viendo : baste decir que estos no pueden jugar mas que de día y cuando está despejada la atmósfera, y los del hermano *Santa Cruz* pueden hacer el mismo servicio de dia que

de noche y en cualquier estado en que la atmósfera se encuentre. De manera que los descos de *Mr. Eugenio Briffault* cuando exclamaba : « la telegrafía nocturna es la sola que puede acabar la obra imperfecta : no tenemos mas que la mitad del telégrafo, completémosle, » están ya cumplidos, merced al ingenio de un español. Yo mismo, Pelegrin, he tenido el gusto de examinar el nuevo telégrafo de Santa Cruz, y de verle practicar en el modelo facilisima y sencillamente multitud de combinaciones con arreglo á las comunicaciones que yo al capricho le dictaba, y estoy convencido de que su telégrafo tiene sobre los conocidos hasta el dia las ventajas siguientes :

1ª El telégrafo frances sirve solo durante el dia. El nuevo español, inventado por Santa Cruz, juega igualmente de noche con el auxilio de cuatro faroles comunes.

2ª El telégrafo de Santa Cruz ejecuta las comunicaciones en una tercera parte de tiempo ménos que el frances. Es decir, que un despacho que este trasmita en 90 minutos de Paris á Bayona, aquel le transmitiria en el espacio de una hora solamente.

3ª Los telégrafos franceses tienen que colocarse precisamente en proyeccion horizontal unos de otros para poderse distinguir sus signos. El de Santa Cruz en cualquier proyeccion, aunque sea sombría, da igual resultado.

4ª La mayor distancia á que pueden situarse los telégrafos franceses es á poco mas de legua y média francesa de uno á otro. El telégrafo español de Santa Cruz puede jugar á distancia de mas de dos leguas y média españolas en proyeccion sombría; y en proyeccion horizontal hasta de seis á siete leguas. De consiguiente la línea telegráfica de Bayona á Paris que la forman 120 puestos, estaria servida con 70 á lo mas bajo el nuevo método español : lo cual produciria un considerable ahorro de empleados y de tiempo; y ya conocerás que la rapidez de las comunicaciones y las contingencias que puedan detenerlas ó interrumpirlas se hallan en proporcion del tiempo que es necesario invertir y del mayor ó menor número de telégrafos para transmitir las.

5ª El material, mecanismo y colocacion del nuevo telégrafo español tendria de costo sobre 450 francos; cantidad mucho menor que á la que asciende el telégrafo frances, segun á mi me han informado.

6ª La maniobra del telégrafo español es tan sencilla y fácil, que el hombre mas rudo se encuentra en disposicion de comprender y ejecutar sus signos á los tres dias de instruccion, poseyendo

antes de un mes toda la práctica necesaria. Y no puedo decirte mas sino que yo mismo el dia que tuve el gusto de ver su modelo, ejecuté por mi mano, oidas sus explicaciones, algunas comunicaciones sencillas, entre las cuales me acuerdo que fué una : « Las Córtes se han abierto el 19 sin que ocurriese el mas pequeño disgusto. » Y los empleados superiores encargados de la glosacion y descifracion de las comunicaciones, suponiéndoles un poco de aplicacion y despejo, podrian desempeñar sus funciones con solo un mes de estudio teórico y otro de práctica.

Cree, Pelegrin, que en España no faltan hombres é ingenios; lo que falta es proteccion, proteccion. — Y diga Vd., mi amo : ¿qué ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? — ¿Qué ha de hacer, Tirabeque? Lo que con todos los que hacen algun descubrimiento artístico interesante. Despues de haber establecido y dirigido en el año 36 su linea telegráfica en las provincias del norte para el servicio del ejército, en que hizo mas de dos mil comunicaciones importantes con pocos auxiliares y escasos medios, concluida la guerra tuvo que retirarse con el desconsuelo de reclamar en vano los sueldos, que á él y á todos los empleados habian quedado á deber. Las casetas de los telégrafos ó estarán ya caidas ó se estarán cayendo. Invitó despues al gobierno á que estableciésemos líneas telegráficas en los puntos principales, señaladamente desde Madrid á Bayona, garantizando su poquísimos coste, y prestándose á abrir y desempeñar una escuela telegráfica, para lo cual habia trabajado ya dos libros con 32,450 combinaciones cada uno, representadas por uno, dos, tres y cuatro signos : el primero de palabras, voces, frases, direcciones y formularios de participaciones, el segundo de geografia, nombres propios, apellidos, numeracion, quebrados, pesos, medidas, monedas, etc. Pero el gobierno así lo ha oido todo como quien oye llover.

¿Y sabes lo que en cambio ha hecho el gobierno con el hermano Santa Cruz? Darle un destino en loterias. — Bien hecho, señor, nuestro gobierno lo entiende : lo mismo pudo haberle hecho vista de aduanas, ó promotor fiscal de un juzgado, ó secretario de la Bula de la Cruzada, que al cabo allá viene á dar todo, y los telégrafos poco importan; sin ellos hemos vivido hasta aquí, y sin ellos iremos tirando como Dios nos dé á entender, que si todas las demas naciones los tienen, ménos nosotros, cada uno vive contento con su pobreza, y si ellas saben en dos horas lo que pasa á las doscientas leguas, nosotros para comunicar lo que pasa á las dos leguas enviamos un propio montado en un pollino cojo con

el recado, y si no, nunca falta un peaton que con una peseta y un trago en cada ermita que encuentre en el camino, lleve la noticia por extraordinario ganando horas, y suele salir mejor cuenta, porque si la noticia es mala, cuanto mas tarde en saberse, mejor. — Buena es la broma, Tirabeque; pero no dudes que á un español amante de su país, le afecta demasiado el contemplar el atraso en que respecto de las demas naciones nos encontramos, no por falta de genios, sino por la indolencia y desidia del gobierno. — Ta, ta, ta, ta; pues si se va afligiendo así por cada cosa de estas, se va Vd. á secar ántes de volver á España. Pecho ancho, señor, que no faltará por ahí alguna cosilla en que les podamos dar nosotros quince y mano, y entónces nos vengaremos.

Agua, vino, cerveza, helados, y otras cosas potables.

Omision fuera por cierto de gran cuenta y tamaño, é imperdonable por demas en un viajero observador de minuciosidades, el no hacer conmemoracion explicita del vino de Burdeos estando en Burdeos. Pero ántes es fuerza decir algo del agua, que no es á femia artículo que merezca pasarse en silencio.

Á cinco cosas puede renunciar el español desde el momento que pase el puente de Behovia; á la alegre vozingleria de los mayores (como atras queda observado), á la franqueza en el trato, al agua buena, al cielo claro y al buen chocolate; si bien en este último artículo debe hacerse una excepcion honrosa en favor del hermano Braulio Poc, fabricante zaragozano establecido en Burdeos. El viajero recorrerá toda la Francia, y aun irá mas adelante, y se volverá á España sin haber podido beber un vaso de agua limpia y cristalina, de aquella que se dice: « Limpia, fija y da esplendor: » sino que ó bien tendrá que azucararla, ó bien que recurrir al *vinum aquatum*, mas que diga Hipócrates lo que quiera, ó bien que prepararla de algun otro modo, porque *sola* es desagradable y de no muy sana potacion; es como los desengaños y las verdades: si se quiere que no amarguen y no hagan mal estómago, ó no irriten la bilis, es menester dulcificarlas un poco y suavizarles le crudeza. La mala calidad de este artículo no deja de constituir una de las faltas y privaciones que experimenta el español, máxime si acaba de dejar las finas aguas de Madrid, y aun mas máxime todavia si el español fuese *abstemio* ó aguado. Sin embargo, nadie puede decir, « de esta agua no beberé, » pues harto vemos todos los dias que quien mas la echa

de *puritano*, viene á parar en beber de la fuente mas turbia, y no así como quiera á sorbos y á cortadillos, sino de brúces y á trago recio.

Con todo no era esto lo que mas afligia á Tirabeque, ni la privacion que mas le hacia sufrir. « Así en todas partes, decia, pudiera suplirse esta falta como en Burdeos. » Y en efecto, por vida mia que sabia suplirla muy bien; y cuando yo le apercibia por la brevedad con que daba cuenta de las botellas, « ¿ qué quiere Vd., señor? me respondia : como el agua es tan mala, y este vino de Burdeos es tan flojito y tan limpio, me veo en la triste necesidad de usar de este suplefaltas y pasar estos trabajos mas á menudo de lo que quisiera. » Y la enmienda era pedir otra botella y decir : « ¡ cómo ha de ser ! Vengan trabajos : ¡ hay tan malas aguas en este país ! » No hay duda que los vinos de España son mejores, de mas sustancia y mas fuertes ; pero no están trabajados con la limpieza que este, señor, así es que aquellos no apagan la sed como este vinillo. « Muy sábia es la providencia, mi amo ; en todas partes da á los hombres con qué suplir lo que no hay. »

A los dos dias de estancia en aquella capital, ya conocia él la nomenclatura de todos los vinos y estaba al corriente de sus calidades y diferencias. Yo me quedaba asombrado de ver la maestria con que fallaba si el *Saint Julien* era mejor que el *Ordinario*, si el *Château-la-Tour* era mas ó ménos apreciado que el *Medoc*, si el *Leoville* y el *Brannemouton* eran de inferior calidad al *Château-Laffite* y al *Château-Margaux*, si era todo vino tinto, ó si lo habia tambien blanco en *Grave* y en *Sauterne*, con todo lo demas que á la materia atañe.

En la tierra de los ciegos el tuerto es el rey : por eso en Paris, en el norte de Francia, y en los reinos que siguen, el vino de Burdeos es muy apreciado, y sucede con él lo que con las reputaciones de los hombres, que la estimacion y el precio crecen en razon de la distancia.

Otra de las bebidas que están mas en voga en aquellos países es la cerveza ; pero en vano se busca una que pueda reemplazar á la de Santa Bárbara de Madrid, inclusa la celebrada de Strasburgo : generalmente es como la política española ; fea, revuelta y desagradable.

Los helados no están tan en voga como en España, porque no los hace tan necesarios el clima, y están bien léjos de exceder en calidad y delicadeza á los nuestros. En cambio se hace mucho uso de las bebidas gaseosas, que son muy comunes, de las limonadas,

la grosella y otros refrigerantes ; pero el fuerte en los cafés franceses, como el tiempo no esté demasiado caluroso, son el café, el té, y los *vinos de licores* que ellos llaman : así como sus pasatiempos son la lectura de periódicos y el juego del dominó. Hombre hay que ántes de acabar una taza de café se ha echado al cuerpo todos los diarios de la capital, y ántes de apurar una copa lleva apurados ya los periódicos de todos los departamentos. Yo no he visto una afición al periodismo como la de aquella gente, y el café que no estuviera suscrito á todos los diarios por ejemplares dobles ó triples, *ipso facto* se vería desierto de consumidores.

Mi buen Tirabeque quiso reasumir las noticias acerca de las bebidas usuales en aquel país, y entre sus apuntes encontré las décimas siguientes, que son..... como tuyas.

Español, si á Francia vas,
y sed por acaso llevas,
agua sola no la bebas,
ó te lleva Barrabas :
mezclala con algun gas,
ó no te andes en rodeos,
bebe vino de Burdeos,
que no es como el de Sanlúcar ;
ó échale un terron de azúcar.
y dále cuatro meneos.

Y te digo con franqueza
que encontrarás buen café,
muchos licores, buen té,
pero muy mala cerveza :
y has de acudir con presteza
si te gustan como á mí
los helados, porque allí
si te andas con dilaciones,
te responden los *garzones* :
« *pardon, Monsieur, c'est fini.* »

La Raquel, y el gracioso de brocha gorda.

Dos notabilidades dramáticas habia entónces accidentalmente en Burdeos, de aquellas que en las temporadas de verano salen de Paris á las provincias á recojer algunos miles de francos por via de recreacion y pasatiempo. Era la una la célebre *Mademoiselle Rachel*, esa jóven judía, nacida de humilde cuna, que hace pocos años se dió á conocer en uno de los teatros subalternos de Paris, y á los 22 de su edad está siendo un prodigio del arte declamatorio, ocupando muy merecidamente el primer rango en el

primer teatro frances. Esa inimitable trágica, por cuya boca habla Corneille, y cuyo acento es el pensamiento de Racine. Esa jóven admirable, que á la gracia de la juventud une la majestad de una reina y la dignidad de una matrona; cuyos triunfos se cuentan por el número de representaciones; que con una naturalidad que asombra sin concebirse, parece que tiene en sus labios el secreto de imprimir las sensaciones en el corazón de los espectadores: que aterra cuando quiere, y cuando quiere impacienta, y enternece cuando le conviene enternecer, y consuela cuando es menester consolar, y siempre conmueve, y siempre admira, y siempre arrebatada: que si arranca aplausos en *Mitridates* y en *el Cid*, si la arrojan coronas en *Cinna* y los *Horacios*, no alcanza menores triunfos en *Berenice* y *Atalia*, y solo el « *je crois* » en *Polieucte*, dicho de una manera que solo ella lo puede decir, y nadie sino ella lo puede expresar, bastaría para que Corneille, si pudiera alzarse de la tumba, viniera á ceñirla de laureles por su mano.

Yo tuve el gusto de convencerme en Burdeos y en Paris de la justicia con que ha alcanzado *Mademoiselle Rachel* su fama colossal. Y hoy es el día que Tirabeque no puede recordar sin entusiasmo á la admirable y agraciada Judía, á pesar de que asegura y confiesa, que de la mayor parte de lo que oía se quedaba en ayunas, y añade todavía: « Como soy cristiano que no puedo echar de la memoria la Rabina aquella, señor. »

La otra notabilidad dramática era *Mr. Odry*, el *Cubas* frances del teatro de las VARIETADES. En él le vimos ejecutar los *Saltimbánquis*, su pieza favorita, que le ha conquistado hace muchos años en los teatros de Paris la fama del *primer bufon del bajo género*, ó sea del mas sobresaliente entre los *graciosos de brocha gorda*. Su salida en Burdeos se habia anunciado con pompa y con estrépito, y las noches que representaba nos atronaban los expendedores de periódicos en los entreactos con *la biografía y el retrato de Mr. Odry*, pintado en ademan de tocar unos atabales y dirigiendo y ensayando una compañía de *saltimbánquis*. Y era de ver aquellos franceses de tan refinado gusto por una parte en las representaciones dramáticas, celebrar con entusiasmo y reír con locura las vulgarísimas gracias, ademanes grotescos, y tabernarios equívocos de *Mr. Odry*, que acaso en España no hubiéramos tenido paciencia para escuchar, porque los *Saltimbánquis* no pasa de un extravagante saineton.

Así con razon me decia Tirabeque: « Señor, aquí tambien hay vice-versas de mucho balumbo, y á esta gente yo no acabo de

entenderla nunca. Por un lado mucha delicadeza y mucho gusto, y mucha finura en las comedias, y por otro se rien como tontos con estas majaderías, y les gustan que se relamben. »

Y era la verdad en el fondo, pues por una parte el lujo y elegancia en lo material de los teatros, así como en los trajes y decoraciones, la propiedad y el desembarazo en el decir, la aplicacion oportuna de cada papel á cada actor, aquellas maneras tan dulces é insinuantes sin menoscabo de la bella naturalidad, y aquellas piezas en que se pintan hasta en sus mas pequeñas sombras con delicado pincel y refinada maestría las costumbres de la alta sociedad (todo lo cual tendremos todavía ocasion de admirarlo mas en los teatros de Paris), descubre la cultura de un pueblo, que ademas de ser por su natural carácter aventajadamente dispuesto á todo lo que sea cómico, lleva subidos muchos grados en la escala de la civilizacion; y por otra parte se ve á este mismo pueblo de tan refinado gusto escénico gozar maravillosamente y entretenerse como un niño, ó como un aldeano, con la farsa mas grotesca y con los espectáculos de mas ordinaria calidad. Tan cierto es que el excesivo refinamiento del gusto conduce á la extravagancia y á la relajacion.

Dos cosas le hacian á Tirabeque mucha novedad en los teatros franceses en un principio : la facilidad y propiedad con que se hacia anochecer, ó amanecer, se figuraba la noche cerrada, ó el dia claro, ó alguno de los crepúsculos por medio del alumbrado de gas; y la frescura y marcialidad con que los actores solian regalar sendos y muy verdaderos ósculos á las bellas actrices, no ya solo en la frente, que esto es allí costumbre admitida en la buena sociedad entre personas de los dos sexos un tanto por algun motivo allegadas, sino que en el *Médecin malgré lui* (ó sea nuestro *Médico á palos*) el tal pseudo-mediquito llevaba la cosa á tal punto de naturalidad, que mas de una docena de veces, á vista, ciencia y paciencia del público aplicó muy resueltamente sus labios á las mejillas del ama de gobierno, alternando muy doctamente entre la derecha y la izquierda : cuyo besuqueo no solo se dejaba ver sino que tambien se dejaba sentir. Cosa era esta que ofendia y no podia tolerar el natural pudor de Tirabeque, y decia que si el tal *Médico á palos* viniera á hacer aquello á España, podia contar de seguro con salir del teatro hecho *Médico á palos* ó *Médico á silletazos* de véras.

La muerte del viajero.

Tomados tenia ya los billetes en una de las diligencias llamadas *messageries royales* para salir de Burdeos á Paris, y evacuado este negocio acababa de retirarme á mi celdita provisional con el objeto de arreglar mi maleta, cuando entró el *facteur* (cartero) con el Correo de España. Le abrí... ¡ ah ! ¡ cuán ajeno estaba yo de esperar tan fatal noticia ! ¡ *El viajero que esto escribe habia muerto!* Jamas el verbo *morir* habia tenido pretérito perfecto en primera persona hasta entónces : jamas habia podido decir nadie, « *mori* » como puedo yo decir ahora : jamas se encontró nadie con nueva tan fatal al abrir el correo.

Algo se me resistia á la verdad el dar fe á la noticia de mi fallecimiento, pero el documento en que se me comunicaba y que me enviaba un amigo, parecia fehaciente. Era un impreso que se habia publicado en Madrid y expendido á grandes voces por todas sus calles, en el cual se daban tan individuales y minuciosas señas de las circunstancias que habian acompañado á mi defuncion, que casi no me daban lugar á dudar á mí mismo.

« En este instante (decia) acaban de entristecernos con la funesta noticia de que el redactor del *Fr. Gerundio*, bastante quebrantado en su salud durante el viaje que emprendió para Bayona, acaba de exhalar el último suspiro en aquel punto. Añaden igualmente, que luchando con la agonía de la muerte, abrió sus labios el ántes tan festivo *Fr. Gerundio*, y no queriendo pasar á mejor vida sin dejar un pequeño recuerdo á los numerosos suscritores que le honraron, dijo como delirando en el último momento : Yo voy á un mundo desconocido para mí..... voy á ser juzgado ante el Dios de las misericordias..... pero confio en su gracia, porque mi conciencia está tranquila..... Quise hacer algo en beneficio de mi patria.... hice cuanto pude.... etc. Aquí (continuaba) diz que se cortaron sus palabras, permaneciendo en un largo silencio hasta que se entregó al descanso de la tumba. »

Venia en seguida un panegírico del difunto, en que se encomiaban magníficamente sus virtudes, y se reseñaban los merecimientos á la buena fama póstuma que se habia conquistado en su carrera de escritor, y los beneficios que con su pluma habia hecho al país, que no hay como morirse un hombre si quiere verse honrado, y favorecido y que se hagan lenguas de él sus semejantes. Pero yo, desconfiando aun despues de la muerte, y poco crédulo

de las alabanzas de los hombres, desde aquella tumba donde descendí, vislumbraba el objeto interesado y siniestro que debía guiar en los elogios la pluma del panegirista anunciador. «¿Dejarán, decía yo desde el sepulcro, dejarán estos *laudemus* que me tributan en muerte de ser de la misma casta y calidad que los que me prodigaban en vida muchos de los que entónces acudian á mi morada á entonarme salmos de alabanza y despues se descubrieron enemigos, sin contar otros que todavía no se han descubiertos? ¡ Ah, míseros mortales ! añadía yo desde la huesa : ¡ cuándo dejaréis de ser falaces y engañadores !

Aquella debía ser la época de las muertes de mentirillas, porque recuerdo que aquel mismo día llegó á aquella capital la noticia de la muerte del duque de Burdeos, que para dar un testimonio público de que murió de véras, se halla ahora el mocito arreglando su boda con la princesa imperial de Rusia ; cosa que parece le hace algunas cosquillas al hermano Luis Felipe, que quisiera mas que el mancebo no hubiera muerto tan de chanza, y que es causa de que no reine en la actualidad la mejor inteligencia entre los gabinetes de San Petersburgo y las Tullerías, pero de lo cual se le dará un pito á la hermana princesa con tal que el ciudadano de señales inequívocas de estar vivo.

Por entónces anunciaron tambien los diarios franceses la muerte del distinguido escritor Silvio Pellico, que se hallaba tomando el fresco en las montañas de Suiza, y de consiguiente recibió la noticia con mucha frescura.

Pero el caso mas parecido al mio fué el de *Mr. Désiré Cornillet* en la comedia *Las segundas nupcias*, que se representó por primera vez el 18 de Mayo de aquel año en el teatro de *Palais Royal* de Paris, cuando él mismo leyó en un diario : « Ayer se han celebrado las exequias de *Mr. Désiré Cornillet*, peluquero premiado por S. M. que vivía *rue Saint Marc*.... Su oracion fúnebre ha sido pronunciada por *Mr. Séraphin*, su discípulo, que continúa su comercio y acaba de obtener un *brevet* de perfeccion por el tinte de las patillas y bigotes (1).

La cosa era cómica en verdad ; y el duque de Burdeos, Silvio Pellico, M. Cornillet y Fr. Gerundio debemos desear no morirnos nunca mas que de este modo, y ciertamente que casi debíamos tener un derecho á ello, porque nadie está obligado á morirse mas que una vez.

(1) Acto II : escena II.

Excusado será pintar la graciosa escena que pasó con Tirabeque cuando le di la noticia de mi fallecimiento, la cual no creyó sin embargo tan fácilmente como *Mistress Patterson*, la mujer del tal *Cornillet*, sin duda porque no le interesaba como á ella, ni como á ella le punzaba el deseo de pasar á segundas nupcias, que es una buena predisposicion en una mujer para creer fácilmente ó hacer que cree la muerte de su marido. Digo que será excusado pintar aquella escena, porque puede muy bien figurársela el lector conociendo el carácter de mi lego. Convencidos por fin uno y otro de que yo vivia, proseguimos en el arreglo de nuestras maletas y nos preparámos para salir de Burdeos.

Ántes de salir.

Ántes de salir debo aconsejar á todo viajero español, que si no quiere morirse de véras, no cometa la indiscrecion de enfermar en los *hoteles* de Francia, donde miéntras se conserve sano y pague muchos francos, tendrá no solo quien le sirva, sino quien le estudie los pensamientos y le prevenga los deseos, y quien por darle gusto ande mas por el aire que por la tierra; pero si hace la tontería de caer enfermo, cuéntese *pro derelicto* en latin, ó por *abandonné* en frances, que allá viene á dar en español. Esto es por regla general, y por consiguiente admite excepciones; pero por vida mia que á mí no me tocó en suerte la excepcion en una indisposicion con que me favoreció la Providencia en el *Hôtel de France*, en prueba de que se acordaba de mí, como dicen los misticos. La Providencia se acordaria, no lo dudo, pero tampoco dudo que *Mademoiselle Jeannette* (la doméstica que dije en otro capítulo me habia cabido en suerte por camarista) maldita la miaja que se acordaba del pobre enfermo: sin duda era un poco ascética tambien, y creia bastante el acuerdo de la Providencia.

— Hija mia, hágame Vd. favor de un caldito. — *Pardon, Monsieur, il n'y a pas de bouillon*; perdone Vd., no hay caldo ahora. — ¿Me hará Vd. la gracia de una tacita de té? — *Pardon, Monsieur, il n'y a pas du feu maintenant*; perdone Vd., no hay lumbre ahora: es tarde y se han acostado ya los cocineros. — Tirabeque, hombre, llama á *Jeannette* que traiga el cocimiento ese. — ¿Qué Juaneta ni Juanete, Sr., si en toda la mañana he podido dar con ella? — Toca esa campanilla á ver, hombre. — Sr., es excusado.... aquí viene ya. — ¿Trae Vd. la medicina para el amo? — *Pardon Monsieur, c'est le bouillon*. — Qué *bullon* ni qué Cristo si lo que

le toca ahora es la medicina. A ver, á ver... pero hombre, si esto está como la nieve... diga Vd., Sra. Juaneta, ¿se cuida así á los enfermos en Francia? — Vé, Pelegrin, vé y caliéntalo tú.

Gracias á que tuve á Tirabeque á mi lado, que si no, fácil hubiera sido que acertara el ciudadano que me envié al otro mundo en el artículo anterior. Semejante asistencia, ó por mejor decir, semejante desasistencia me movió á dejar tan luego como pude el renombrado *Hôtel de France*, y á trasladar nuestras humanidades á la *rue de la Petite Taupe*, casa de *Mr. Bonnin*, destinada casi exclusivamente á hospedaje de españoles, donde se obtiene una asistencia de mas confianza y esmero, y mas de casa particular, y donde Tirabeque estaba en grande en razon á que *Mademoiselle Eloise*, en fuerza de asistir á españoles, se entendia con él en español, á pesar de que algunas veces tambien parecia Tirabeca en el modo de producirse, como cuando le decia : « *pardon, Monsieur, que ce tenedor no es el de Vd.* »

Angulema.

Cuatro diligencias salen diariamente de Burdeos á Paris, dos de la compañía de *messageries royales* y dos de la *Laffite-Cailarde*; item mas, la silla de correo ó *malle-poste*, y el mismo orden se observa vice versa, de Paris á Burdeos. Por lo general este es el sistema fijo de comunicaciones entre la capital y los departamentos : cuatro diligencias y un coche-correo salen todos los dias de Paris para cada capital de departamento y otras tantas salen cada dia de cada departamento á Paris, y á veces no bastan para el transporte de los viajeros : tal es la vida moviliaria de aquel país.

Las ocho y média de la mañana serian cuando nos despedimos de los españoles bordeleses nuestros amigos, y al cuarto de hora ya estábamos dando vista al pabellon en que almorzó D. Carlos cuando iba camino de Bourges. Pasamos á pié, segun costumbre, el ya descrito puente de Cubzac ; y volvimos á subir al coche frente al ruinoso castillo de *los cuatro hijos de Aimond*, que ha visto pasar la friolera de 27 siglos. La lectura de algunas obritas y la disecion-anatómica de un par de pollos suplieron la falta de interes y la poca curiosidad que ofrecen los ocho ó diez pueblecitos que se encuentran hasta llegar á ANGULEMA. Miré el reloj, y eran las seis de la tarde.

Diga Vd., mi amo, me preguntó Tirabeque ; ¿es esta la patria de aquel buena alhaja que nos llevó á nuestra tierra el año 23 los

cien mil amigos? — ¿De quién, del duque de Angulema? No es precisamente su pueblo natal, pero de aquí toma el título. — Pues entónces no quisiera parar mucho en este pueblo, porque esta gente deberá ser muy realistona. — Lo que serán ahora estos naturales no lo sé, ¡pero si supieras qué realistas tan lindos ha producido en otros tiempos esta ciudad! De aquí fué *Poltrót de Meré*, asesino del duque de Guisa; de aquí fué tambien el famoso *Ravaillac*, asesino de Henrique IV. — ¡Hola, hola, mi amo! Parece que datan ya de algo antiguo estas bromas pesadas con los reyes. Bien hará el hermano Luis Felipe en no venir por esta tierra. — Pues sábetete que el bueno de Henrique IV puede decirse que fué el Luis Felipe de aquel tiempo, porque si este ha tenido *Fieschis* y *Alibeaus* que hayan atentado á su vida, aquel tuvo tambien á *Juan Chatel* y *Pedro Barrera* que intentaron asesinarle ántes que *Ravaillac*, al modo que *Jacobo Clemente* asesinó á Henrique III y *Baltasar Gerard* al príncipe de Orange. Solo que todos estos atentados de aquellos tiempos eran nacidos del fanatismo religioso y de las máximas y doctrinas jesuíticas, y los de estos tiempos proceden de una especie de fanatismo político; que en política como en religion hay fanatismo, y uno y otro conducen á los mismos resultados, y no sé cuál de los dos será mas peligroso.

Pero no creas por eso que Angulema ha producido solamente rígiditas y criminales, pues aquí nació tambien el famoso poeta *Balzac*, y la célebre *Margarita de Valois*, hija tambien de un duque de Angulema, reina de Navarra, y hermana de Francisco I, que fué á Madrid á consolar á su hermano en la prision, y habló á Carlos V con tal entereza, que le obligó á guardar al rey prisionero todas las consideraciones propias de su rango. ¡Oh amigo! La reina Margarita de Valois fué una reina de mucho provecho: ya me contentara yo con que nuestra Isabel II cuando llegue á la mayor edad fomentara la agricultura, alentara los artistas, protegiera los sabios y embelleciera los pueblos como ella lo hacia. Y no solamente era buena Reina, sino tambien una poetisa terrible, como que la llamaron en su tiempo *la décima musa*, y las obras suyas que recopiló su ayuda de cámara Juan de la Haya, las tituló *Margaritas de la Margarita de las Princesas*.

En esta conversacion íbamos entretenidos cuando nos encontramos subiendo el repecho que conduce á la meseta sobre que está situado la ciudad á una elevacion de 256 piés sobre el *Charente*, que corre al pié de uno de sus arrebales. La vista que se goza

desde la muralla y desde el hermoso paseo de Artois es deliciosísima. Desde allí se domina la playa y valle del Anguena, y los muy justamente celebrados molinos de papel sobre los riachuelos llamados Aguas-claras, el Charran y Boheme. Por lo demas la capital del departamento del Charente, de 15,000 almas de poblacion, no tiene ni hermosas calles, ni edificios notables. Lo mejor que tuvo Angulema para nosotros fué que parámos allí á comer.

No bien habíamos dado principio á esta ocupacion vital, cuando se nos presentaron cuatro filarmónicos, dos de cada sexo, que recorriendo las cuerdas de un arpa, un violin y dos guitarras, comenzaron á recrear los oídos de la comunidad manducante, alternando entre lindas sonatas y alegres cancioncillas, siguiendo despues lo que Tirabeque llamaba el « *hagan bien por las benditas ánimas,* » que es el platillo que hacen correr al rededor de la mesa para que cada hermano se sirva depositar en él lo que á bien tenga; cuyo oficio no ejerce nunca el mas viejo de la compañía lírica, ántes bien se encomienda siempre á la mas jóven y mas agraciada de las musicantes, que no es la parte ménos principal de la especulacion.

Estas orquestas ambulantes, especies de *murgas* que llamamos en Madrid, son muy comunes en los hoteles y cafés de Francia, y no es raro el ver aparecer en un café á una pseudo-señorita elegantemente ataviada, que con su guitarra colgada del cuello, toca, canta y baila á un tiempo con la mas resuelta marcialidad y desparpajo ante los concurrentes, con la esperanza de los productos que le proporcione despues el platillo de ánimas que va presentando sobre cada mesa. Al principio todas le parecian á Pelegrin locas, y aun á mí tambien, pero despues llegámos á no hacerles caso, sin que por eso las tuviéramos por mas cuerdas.

Comiendo en Angulema, es de suponer que no nos faltaria el artículo de empanadas de perdiz con criadillas de tierra, porque este es el renglon de fama de aquella ciudad y país. Solo que nadie pudo entrar de lleno en la cuestion, porque la política y consabida intimacion del conductor, « *allons Messieurs, en voiture, s'il vous plaît,* » cerró de repente la sesion manducatoria, y cada hermano se levantó lo mas breve que pudo á ocupar su respectiva plaza en el carruaje.

Poitiers.

Aunque viniendo de Poitiers á Angulema se encuentran varios pueblos, yendo de Angulema á Poitiers no habia ninguno; y la razon de esta que parece una paradoja es muy sencilla, porque á la vuelta los pasámos de dia, y á la ida los pasamos de noche y durmiendo, llegando á esta capital del departamento del Vienne á la hora del desayuno; desayuno que tuvo que limitarse á una taza de té ó de café, pues aunque otra cosa sólida y de mas mantener quiera tomar el viajero, como le sucedió á Tirabeque y á algun otro, la empresa de diligencias lo tiene prohibido en el *Hôtel de France*, que como decia muy bien mi Pelegrin, no parece sino que la tal empresa se compone de Doctores *Tirteafueras*.

Sin embargo de ser *Poitiers* una poblacion de cerca de 22,000 habitantes, y una de las ciudades mas históricas y mas antiguas de las Galias, ántes y despues de la conquista de Julio César, y de tener muchísimos tribunales, establecimientos y corporaciones científicas, industriales, comerciales y literarias, es una ciudad de mucha extension, sí, pero de construccion irregular y de no muy bello aspecto. Está situada en una colina pedregosa en la confluencia de los dos rios Clain y Boibre, que la circuyen casi enteramente.

Pasaron los diez minutos y al coche.

Santa Cruz de Mudela.

Seguramente extrañará el lector español, que hallándome en el departamento del Vienne, ó sea en la antigua provincia de *Poitú* de Francia, haya encabezado este artículo con el nombre de una villa de la *Mancha* española. No lo he hecho por otra cosa sino porque al pasar por la ciudad de *Chatellerault* á las cinco leguas de Poitiers, en una pequeña detencion que hicimos, nos salieron al encuentro una poreion de habitantes con cuchillos, puñales, navajas, tijeras y otras garantías españolas, no con el fin de ofendernos con ellas, sino con el de invitarnos á comprarlas; como hacen tambien en *Santa Cruz de Mudela*, al paso de la diligencia. Y es que entre las várias fabricas que hay en aquella ciudad, de encajeras, de blanqueos de cera, de tenerías, de armas blancas, etc., hay tambien una muy acreditada de navajas, cuchillos y puñales de mil formas y caprichosos adornos. No sé si

serian de allí aquellos tantos miles de puñales que soñó el general Seoane habian desembarcado hace un año en España para los republicanos de Valencia. Tirabeque se empeñaba en tomar uno de aquellos utensilios, no con otro objeto que con el inocentísimo de picar de cuando en cuando á un hombre gordo que iba en el asiento del medio de la berlina, que ademas de no hacernos la mejor vecindad asiduamente, se aumentaba la molestia de noche haciendo de nuestros hombros y mas principalmente del de Tirabeque centro de gravedad y almohada de descanso de su pesadísima y dormitante corpulencia. Trabajo me costó disuadirle de su punzante pensamiento.

El jardin de la Francia.

Buenas ganas se me escapaban, á mí Fr. Gerundio, al pasar por el pueblecito de *les Ormes*, de alagarme á la *Haye*, que dista un pequeño paseo, á visitar el sitio en que nació al mundo el gran filósofo de la Francia *Renato Descartes* : pues si su celebridad movió á la reina Cristina (no á la madre de Isabel II de España, sino á Cristina reina de Suecia) á enviar un embajador con la esclusiva mision de invitar al filósofo á que le complaciera en ir á su corte, ¿que extraño es que Fr. Gerundio sintiera no poder visitar el lugar de su nacimiento teniéndole tan cerca? (1) Pero éntrele Vd. á los conductores de diligencias con proposiciones de entretenerse en visitar patrias de hombres célebres, cuando no dejan tiempo ni aun para hacer lo que la naturaleza, que manda mas que todos los conductores del mundo, prescribe muchas veces con imperiosa necesidad.

No tuve pues remedio sino quedarme con las ganas. Continuámos por *Sainte Maure* y *Montbazon*, y llegámos á las 4 de la tarde á **TOURS**.

En **TOURS** se come, y se come bien en el *hôtel d'Angleterre*, es-

(1) Curiosa es la respuesta que dió el hermano *Descartes* al embajador *Chanut* cuando le hizo la invitacion de parte de la reina. « Un hombre (dijo) nacido en los jardines de la Turena, y retirado en una tierra en que hay ménos miel que verdad, pero en que acaso hay mas leche que en la tierra prometida á los Israelitas, no puede fácilmente resolverse á dejarla para ir á vivir al país de los osos, entre rocas y entre hielos. » Pero á pesar de todo esto, el resultado fué que vino á acceder á las instancias de la reina, y se fué á Stokolmo, y se pasaba sendas horas con S. M. desde las cinco de la mañana en su biblioteca, y la tierra de los osos ya no le parecia tan áspera.

pecialmente en los ramos de volateria y frutas de que abunda el país. Pero yo no quiero comer, ni quiero detenerme á contemplar la *calle real*, que atraviesa la ciudad de un extremo á otro, por mas que sea admirable por su anchura, rectitud y aseo, y por el gusto y uniformidad de sus magnificas casas; ni quiero recorrer sus otras calles, plazas, fuentes y edificios, inclusa la hermosa y ligera catedral gótica; ni quiero ver las ruinas del castillo en que estuvo preso Henrique el acuchillado; ni me importan los recuerdos de San Martin y de San Gregorio Turonense; ni quiero fijarme ahora en las fábricas de paños, y de cintas, y de gorros, y de gros y de otras mil manufacturas, incluidas las cuerdas de instrumentos músicos, por mas que tengan fama de ser tan buenas como las de Nápoles. Quiero solo pasar al instante el puente de 1,554 piés de largo y 53 de ancho que tiene sobre el Loire, y tampoco quiero detenerme en él aunque sea uno de los mejores puentes de Europa, porque lo que quiero es disfrutar todo el tiempo que pueda de la encantadora playa y arrebatadora perspectiva que presentan las dos márgenes del rio por espacio de leguas enteras todo lo largo de la carretera de Paris.

Quiero gozar del magnífico cuadro que ofrecen esas alamedas alineadas á una y otra orilla del camino; esas risueñas islas, espesos bosques, y frondosos plantíos, que me ocultan la ciudad á la derecha; esa serie de colinas que veo á mi izquierda, cubiertas de viñedo y pobladas de frutales, en que se esconden tantas abadías y tantas torres feudales; y esos barcos que suben y bajan y cortan incesantemente las abundantes aguas del Loire, y toda esta reunion de encantos y bellezas que con sobrada razon hace llamar la campiña de *Tours* y sus inmediaciones *el jardín de la Francia*.

Dije hablando de la campiña de Burdeos y semejándola en parte á la playa de Sevilla, que mas adelante vendria otra que haria recordar con mas viveza la vega de Granada. En efecto, Granada con su Vega, con su Alhambra, su Albaicin, sus *cármenes* y sus colinas, no deja de parecerse algo á Tours. Pero con dolor y con verdad tiene que confesar un español la ventaja que da á la campiña de Tours el ser regada por un rio navegable; su extension de muchas leguas, y la riqueza, gusto y laboriosidad de los habitantes del país. No es extraño que los franceses la elijan para mansion de recreo, y que los ingleses acudan á Tours á gozar y á economizar, porque tiene hasta la ventaja de ser punto donde se vive con economía.

El viajero siente despedirse de la campiña de Tours al modo

que siente un enamorado despedirse de su amada, y quisiera que no viniese nunca la noche, y desearia que sucediera cualquier avería al carruaje á trueque de gozar mas tiempo; y embelesado con tan pintoresco panorama, casi se le olvida advertir cuando escribe, que *Tours* es la capital del departamento de *Indre y Loire*, y que su poblacion es de unos 24,000 habitantes.

Aun prosigue.

Esta deliciosa perspectiva continúa por el espacio de seis leguas, durante el cual se atraviesan los pueblecitos de *Pont de Mont-Louis*, la *Frillière*, la *Vennerie*, la *Tasserie*, *Sainte-Radegonde*, *Saint-Symphorien*, ó por mejor decir, es una continuada poblacion interrumpida de jardines, de viñas, de rocas, de sotos y matorrales, hasta llegar frente de la ciudad de *Amboise*, que queda sobre la orilla derecha del rio.

Magnífica y bella es la vista que presenta el castillo de *Amboise*, situado sobre una colina, máxime si se ve cuando los rayos del sol próximo á ocultarse reflejan en su cúpula de cristal. Este castillo sirve de depósito para las piedras de chispa que se sacan de la cantera de Meusne. Hay además en esta ciudad una fábrica de acero y limas, de que se surten todos los establecimientos franceses de artillería. *Amboise* es célebre en la historia por haberse fraguado allí la famosa *conspiracion de Amboise* contra los Guisas en 1560, y por las crueles ejecuciones que se siguieron á ella.

La oscuridad de la noche no basta á hacer cesar los encantos de esta entretenida jornada, pues una legua ántes de llegar á *Blois*, antigua ciudad sita en forma de anfiteatro en el declive de una colina á la márgen del Loire, se empiezan á descubrir los faroles del largo puente que atraviesa este rio, cuyo resplandor reflejado en las aguas, y aumentado y multiplicado por otra larga serie de luces todo lo largo del muelle de la ciudad que reverberan tambien en las ondas del Loire, semejan un segundo cielo en la tierra, y le hacen al viajero la ilusion de que va á alcanzar las estrellas con la mano, ó que el carruaje va á marchar sobre una superficie esmaltada de luceros.

Tampoco cesan los recuerdos de la *conspiracion de Amboise*, puesto que en una de las plazas de *Blois* es donde fueron asesinados el duque de Guisa y el cardenal su hermano de orden de Henrique III. Aun se conserva en *Blois* en buen estado un acueducto romano cortado en peña viva, que atraviesa la ciudad y recibe

todas las aguas llovedizas que bajan de las montañas. Su población es de cerca de 45 mil habitantes.

Orleans.

Permítaseme aquí echar un ligero sueño de diligencia : una vez que los pueblos que siguen ofrecen poca importancia y curiosidad. Fuera, sí, reprehensible si pasara por *Orleans* dormido y sin dar cuenta : sin embargo, ya habíamos parado en la espaciosa plaza de *Martroy*, y Tirabeque aun dormía como un bienaventurado, á pesar de la estrechez y opresion en que le llevaba el hombre corpulento. — Despierta, Pelegrin, le dije acompañando el llamamiento verbal con una mamola no nada suave, porque todo se necesitaba para él. — Oiga Vd., señor panzudo, exclamó medio adormitado creyendo que era el compañero el que le habia hecho aquella insinuacion : ¿sabe Vd. que no me gusta que me manosee ningun frances? — ¿*Monsieur*? — Pues, Monsieur, Monsieur : Vds. todo lo componen.... Sosiégate, Pelegrin, que no ha sido el señor, sino yo que he querido despertarte. Y vamos á bajarnos, porque quiero ver mas de cerca aquella doncella que está allí al extremo de la plaza. — Señor, no haga Vd. calaveradas : ¡ doncella y estar en la plaza á las dos de la noche ! Por el santo hábito que visto en España, que no diera yo dos *sous* franceses por este doncellaje. — ¿Qué sabes tú hombre? Pues yo no solo la tengo por doncella, sino por heroína y mártir, y en esto sigo la opinion del abate LANGLET. Y vamos bajando, que quiero tener el gusto de contemplarla de cerca.

Descendimos, pues, y llevando á Tirabeque como á remolque hácia la extremidad oriental de la plaza á favor de una luna como un sol, « yo te saludo, dije, *Doncella de Orleans*, inmortal heroína, celebérrima *Juana de Arco*, que con un valor inaudito y con una resolucion impropia de tu débil sexo obligaste á los ingleses á levantar el sitio de esta apurada ciudad y pusiste la corona en la cabeza de Carlos VII : yo te saludo, mártir insigne del fanatismo de los obispos y sacerdotes de tu tiempo..... » — Señor, páreceme que no le da á Vd. el naipe para requebrar, porque maldito el caso que veo hace de Vd. la muchacha. Vd. no sabe tratar con esta gente : verá Vd. como á mí me responde : « hola, chica ; ¿qué haces por aquí á estas horas? quieres venirte conmigo á Paris? » Señor, es muda la muchacha, así Dios me salve. — Pero, majadero, ¿no conoces todavía que es una estatua de bronce? —

Toma, toma, ¿y para ver una *estatua* me despierta Vd. y me hace bajar á coger frio? — Y qué, ¿no merece esta pequeña incomodidad el gusto de ver de cerca la estatua de la *Pucelle* ó *Doncella de Orleans*, tan célebre en el siglo XV, y cuya historia se ha hecho tan notable no solo en Francia, sino en el mundo entero?

Volvimos á subir á la diligencia, y á poco rato dejámos la capital del departamento del *Loiret* con sus 40,000 ó mas habitantes, con sus rios y sus canales, sus fábricas y sus muchos establecimientos, su vasta catedral gótica, su universidad, sus colegios, y sus calles tortuosas y mal enlosadas.

Las cercanías de Paris.

Á las campiñas pintorescas de la jornada de *Tours*, suceden al siguiente dia las desagradables y arenosas playas del Orleanés : y fuera de la pequeña ciudad de *Etampes*, cuya posicion á la orilla del *Juine* hace su término mas variado y poblado de árboles y molinos harineros, todos los demas pueblos que se encuentran, incluso *Arpajon*, *Dongfumeau* y *Berny* (que pertenecen ya al departamento del *Sena-y-Oise*), ofrecen poco atractivo y poco que notar al viajero. El terreno es llano y de labrantío, pero no de la mejor calidad. Las poblaciones, aunque pequeñas, anuncian ya en su gusto y aseo la proximidad á una gran capital, y sobre todo se nota un movimiento de carruajes de todo género que apenas podrán andarse cien pasos en muchas leguas sin encontrar algun carruaje de trasporte de hombres ó de mercancías ó de todo junto. Es una línea que casi no se corta.

Pero cortémosla nosotros ántes de entrár en Paris, para observar, que es tal la seguridad con que se viaja en Francia lo mismo de noche que de dia, y tal la confianza que se lleva, que ni siquiera viene á la imaginacion el pensamiento de poder ser asaltado ó robado. En los pueblos donde parten las diligencias y coches del correo, se ve de público cargar los sacos de dinero ; sin embargo se emprende la marcha de noche y sin escolta, y á nadie le ocurre la posibilidad de un robo : puede decirse que no se conocen los ladrones sino porque hay una palabra en el diccionario para significarlos. De trecho en trecho ó de distancia en distancia encuentra el viajero un par de gendarmes á caballo que recorren y vigilan los caminos. Pero pienso que pocas batallas se les ofrecerá sostener con los salteadores. Y en este punto séale permitido á un viajero español el tratar de olvidar á su patria por un momento,

porque si no, al entrar en Paris le va á conocer todo el mundo el mal humor en la cara.

Las dos y média de la tarde serian, cuando, pintado el asombro en el semblante de Tirabeque y la viva curiosidad en el de su amo Fr. Gerundio, hicieron los dos exclaustrados su entrada pública en la capital del reino de los franceses, cosa que no habia sucedido jamas hasta aquel dia en medio de tantas novedades como ocurren diariamente en Paris.

PARIS.

Primera dificultad.

« Pretension exagerada pareciera, y seríalo en efecto, la de querer bosquejar el inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece la capital de Francia, reducido á las mínimas dimensiones de unos apuntes de viaje.... » Así encabeza *El Curioso Parlante* su primer artículo de PARIS en los *curiosos y bien parlados apuntes* que con el título de *Recuerdos de Viaje* no ha mucho ha publicado.

Y yo Fray Gerundio, que tambien *curioso, parlo, apunto y recuerdo* á mi gerundiano modo las impresiones y observaciones de viaje que he podido á duras penas retener en esta potencia que llaman *memoria*, y que el *Padre Astete* no sé por qué capricho colocó la primera en terna de las del alma, debiendo ser la última á guisa de director general, que propone en primer lugar para un destino á su pariente ó ahijado, aunque sea el ménos acreedor de los de la terna : digo que yo Fray Gerundio, al llegar á la populosa capital de la populosa Francia, no solamente reconozco como el *Curioso Parlante* la dificultad, dado que no sea imposibilidad de encerrar en las estrechas dimensiones de unas memorias de viaje el bosquejo del inmenso cuadro que bajo todos títulos ofrece aquella vatisima poblacion, sino que (con franqueza y humildad sea dicho) he estado mucho tiempo dudoso, incierto, irresoluto, vacilante y perplejo sin saber por dónde empezar, sin saber por dónde entrar en Paris, que no es lo mismo entrar en un pueblo metido en una diligencia tirada por cinco robustos normandos, que entrar con la pluma haciendo letras que se han de volver de molde.

Lo primero es muy fácil, lo segundo se lo doy al mas guapo y

al mas pintado, cuanto mas á un Fr. Gerundio, que ni es guapo ni entiende de pintarse ni de pintar.

¿Por dónde entraré, decia yo, en ese receptáculo de siete leguas de circunferencia, en cuyo ámbito bullen y hormiguean cerca de un millon de pecadores? En esa ciudad, gigante, que orgullosa y soberbia con ser la primera del mundo en establecimientos literarios y científicos en la variedad y belleza de los monumentos públicos, en el gusto y elegancia de los objetos de lujo y de adorno de la industria y de las artes, se humilla con repugnancia á ser la segunda de Europa en poblacion, y la cuarta en la extension de territorio? ¿En un pueblo, que en su ambicion, ya que no pueda abarcar la Europa entera dentro de su recinto, ya que no pueda sujetarla á Paris en lo material como estuvo á pique de conseguirlo en lo formal aquel otro gigante conquistador que no cabia en Paris ni en Francia (1), ha querido hacerse la ilusion de tener á la Europa dentro de sus muros construyendo una plaza titulada *de Europa*, donde van á desembocar las calles de *Paris*, de *Berlin*, de *Viena*, de *San Petersburgo*, de *Stokolmo*, de *Lóndres*, de *Madrid*, y de *Nápoles*: cruzadas por las de *Constantinopla*, de *Roma*, de *Lisboa*, de *Hamburgo*, y de *Amsterdam*, sirviéndoles de retaguardia las de *Venecia*, de *Milan*, de *Florenzia* y de *Mesina*? ¿Por dónde daré yo principio á hablar de un pueblo en que parece que cansado el Dios de las alturas de llover sobre la tierra agua, nieve y granizo, y otras cosas ordinarias, abrió un dia la mano y derramó sobre los campos donde existió *Lutetia*, una granizada de palacios, templos, basílicas, museos, academias, hospicios, hospitales, bibliotecas, estatuas, jardines, teatros, y todo género y especie de monumentos, como diciendo: «ahí tienes, mortal, donde estudiar toda la vida, y si te mueres de viejo, y vuelves á nacer, vuelve tambien á estudiar ahí, que todavía encontrarás alguna nueva leccion?» ¿Por dónde principiar á describir un pueblo cuyo recinto circulan cada dia 22 mil carruajes con 30 mil caballos, ó 420 mil piés de caballo como diria un portugues? ¿Qué he de decir yo de un pueblo que tiene 30 mil casas, y en que nacen cada año 30 mil ciudadanos al mundo? ¿Por dónde entro yo en una poblacion que se engulle 72 mil bueyes, 46 mil vacas, 74 mil terneras, 365 mil carneros, y 87 mil puercos al año?

Con esta primera y no menguada dificultad estaba batallando,

(1) Napoleon.

yo Fr. Gerundio de Campázas y del primero de los Carabanchelles, cuando con aire de resolucion y de marcialidad tomó Tirabeque la palabra y me dijo : — Señor, déjese Vd. de dificultades, y entremos francamente y sin reparo, y yo delante si es menester, por el *Puente Nuevo*, que por allí entrámos cuando entrámos de véras, sin que nadie se metiera con nosotros, y vaya Vd. diciendo lo que se le venga á la mano, y yo delante si Vd. quiere, que de todos modos mas ha de ser lo que tendrémos que callar que lo que podamos decir, y el que quiera verlo todo, que abra la *garbeta* ó el *pulpitre*, y vaya á la casa de postas, y tome de berlina ó de interior, lo que mas le acomode, y haga su maletilla.....

— Basta, basta, Pelegrin, le dije : y alentado con sus justas observaciones, y convencido de la imposibilidad de describir ni científica ni extensamente una poblacion casi indescriptible de suyo y mucho mas indescriptible por la escasez de las fuerzas y de los conocimientos gerundianos, é incompatible tambien con la ligereza de una breve reseña y ligeros apuntes de viaje, parecióme que cumplia con la obligacion que como viajero me habia impuesto de pagar un tributo á mi patria y mis compatriotas trasladando al papel las observaciones que me sugirieron mis gerundianos limitadísimos talentos, y me decidí, siguiendo el consejo de Tirabeque, á entrar en Paris con la pluma por el mismo sitio que lo habia hecho en ruedas de la diligencia.

Primeras impresiones.

Tambien es dificultad el pintar las primeras impresiones que recibe un viajero novicio al entrar por primera vez en Paris. Por de contado no se la causó muy agradable á Tirabeque el saber que entrábamos por la barrera del *Infierno*, ántes lo tuvo por signo algo siniestro y aciago. Ni es tampoco muy grato para el extranjero que va ávido de bellezas, el largo tránsito de calles húmedas, sucias y sombrías que se atraviesan (porque es de saber que la entrada mas ingrata que tiene Paris es la que se hace yendo de España) hasta llegar al *Pont-Neuf*, que muchos viajeros traducen, *Puente Nuevo*, y debe ser *Puente Nueve*, así llamado porque tiene nueve salidas, y mal pudiera denominarse *Puente Nuevo* el que se principió en 1578 y se concluyó en 1609.

Allí ya se empiezan á sentir impresiones de otro carácter, y mas si como frecuentemente acaece, el encuentro no interrumpido de carruajes obliga á hacer sobre el puente una pequeña detencion,

y si por casualidad se va en compañía de algun conoecedor que pueda decir : « esta estatua ecuestre de bronce que tenemos á nuestra izquierda sobre el puente mismo, es la de Henrique IV, de aquel famoso rey que tenia por una de sus máximas favoritas el llegar á poner la Francia en estado que al mas miserable frances no le faltara una gallina para el puchero en cada dia de fiesta, y lo consiguió : ya veis que estamos sobre el *Sena*, que atraviesa á París y le divide en dos grandes partes aunque desiguales : tended la vista por sus aguas, ved las pequeñas embarcaciones que las surcan, y los magnificos establecimientos de baños que decoran sus orillas : ¿ veis aquellos ramales que forma su corriente, dejando aisladas una porcion de casas y de calles ? Pues esas son las islas de *Louvier*, de *San Luis* y de la *Cité*. Reparad en tantos y tan elegantes y variados puentes como cruzan el *Sena* : ahí tenéis el puente *María*, el de *Tournelle*, el de *Arcole*, el de *las Artes*, el de *Notre-Dame*, el de *Napoleon*, el de *Austerlitz* el de *Tullerías*.... he aquí á la izquierda el *Palacio de las Tullerías*... »

Al oir esto se acabó la paciencia y el silencio de Tirabeque : ya no tuvo calma para mirar al *Instituto de Francia*, al *Hôtel-de-Ville*, á las torres de la catedral de *Notre-Dame*, y á otros edificios notables que nos señalaba la mano de nuestro atento compañero. — ¿ Con que ese es el *Palacio de las Tullerías*? exclamó : ¿ Con que ahí es donde habita mi amigo Luis Felipe ? — Ah, ¿ es vuestro amigo? le preguntó el frances. — ¡ Oh! mucho, mucho, contestaba Pelegrin : íntimos, muy íntimos; uña y carne. Mirábele el otro sorprendido, como quien no se habia figurado nunca que iba en compañía de un sugeto de tan altas relaciones ; yo me sonreí, el carruaje echó á andar, y el ruido impidió á Tirabeque dar mas explicaciones, cosa de que yo me alegré no poco ; y atravesando todavía algunas docenas de calles, dimos fondo en la de *Notre-Dame-des-Victoires*, punto de partida y paradero de las *mensagerías reales*.

Primera y segunda diligencia.

La primera diligencia del recién llegado á París, como del recién llegado á Roma, ó á Copenhague, ó á Medina Sidonia, es buscar donde albergarse, y la segunda buscar donde yantar. Porque supongo que el viajero no es ningun *agropolitá* que more y duerma en los campos, ni ningun camaleon que se mantenga del aire. Esto último debe ser cosa imposible cuando no lo han conseguido los cesantes de España. Con tan plausible motivo aprove-

charé la ocasion para hablar en este capitulo de los *Hoteles* y los *Restaurants*, dos famillas muy largas y muy conocidas en Paris, y con las cuales todo extranjero tiene por precision que entablar relaciones diarias y de la mayor intimidad.

La eleccion de *hotel* en Paris supone, ó debe suponer al ménos, una séria consulta y un avance bien calculado sobre las fuerzas bursátiles de cada elector, porque de entre los centenares de *hoteles*, ó sea posadas ó alojamientos que tiene á escoger, los hallará desde 50 francos (200 reales) por dia hasta la humilde pesetuela, en lo cual no entra por supuesto, como anteriormente llevo indicado, ni el alimento, ni la luz, ni el fuego, ni el servicio ó asistencia, ni mas que pura y netamente el cuarto y la cama.

El español que haya tenido la desgracia de ser ministro de Hacienda, ó director de rentas, ó del tesoro, ó intendente militar, ó arrendentario de sal, tabacos ó aguardientes, ó monopolista de bolsa, ó de cualquier modo haya intervenido en alguno de los infinitos *agios-o-teos* de esta última octava de años, puede muy bien alojarse en el hotel *Meurice* calle de San Honorato, ó en el de *l'Amirauté* calle nueva de San Agustin, ó en el de *d'Angleterre* calle de *Las hijas de Santo Tomás*, ó en el de *Wagram* calle de la Paz, ó en el de *Lóndres* plaza Vandome, ó en el de *Castille* calle de Richelieu, ó en cualquier otro de los muchos que hay de esta categoría. Pero el que haya tenido la fortuna de no ser mas que pagano, y hacer puestas y llevar codillos en el rocambor gubernamental que hace los mismos años se juega en España, tiene que acomodarse en alguno de los infinitos adecuados á la *feliz medianía* que decia Horacio Flaco, que como sustancia de un *Flaco* se mira ciertamente ahora el hacer consistir en eso la felicidad; y si no, traslado á nuestro Conde de Toreno á ver si se encontraba mas feliz cuando ocupaba como hombre *flaco* uno de los hoteles subalternos, ó ahora que como hombre *gordo* ocupa anchamente todo un piso del primero de los que acabo de citar.

La eleccion de *restaurants*, ó restauradores, que así se llaman los establecimientos donde se va á comer, debe igualmente estar en razon directa del estado de los fondos particulares del elector manducante. Desde el *infimum* de 26 sueldos por comida, por cuyo precio obtiene el candidato una sopa, tres platos y un postre, y ademas una média botella de vino si su gastronómica prodigalidad se quiere extender á los 30 sueldos, hasta los 20, 30, 40 y mas francos (que no son todavía el *máximum*, porque el *máxi-*

mum es indefinido), puede todo ciudadano acomodar sus cálculos de bucólica á lo que mas le plazca de las escalas intermedias.

Si el prudente lector no pudiese juzgar bastante por sí lo que será una comida de 26 sueldos, le diria que hay una comedia francesa titulada : « *Le dîner à 32 sous* : la comida á 32 sous » y si la comida de 32 ha dado argumento para un drama festivo de costumbres, calcule el entendido lo que podrá ser una de 26.

La aristocracia metalúrgica (única, y sea dicho de paso, que va quedando en el dia) puede escoger entre el restaurant de *Lengleu* calle de Richelieu, el de *Véry* en el Palais Royal, el de *Petron* en el boulevard Montmartre, el de *Cadran Bleu* en el del Templo, el *Rocher Cancale* calle de Montorgueil, *les Vendanges de Bourgogne* hácia el canal de San Martin ; y el que quiera disfrutar de la belleza de unos salones ricos y suntuosos sin igual, que vaya al *Café inglés*, ó al de *Foi*, ó á los *Hermanos Provenzales* al lado del Pasaje Perron. Pero que no se queje despues si la temperatura de su bolsa, que iba á los 30 grados, se pone á los 13 bajo cero, nivelándosele con el frio comun y ordinario de los inviernos en Rusia. De mas humilde escala son el del *Cardenal*, el de *Paris*, el café *Poissonnière*, el de la *Cité* y otros, y sin embargo acaece que un penitente entra en ellos á tomar una ligera refaccion ó desayuno, y le sale un mediopollo al precio moderado de 6 francos, ó restaura sus fuerzas con una chuleta, un gajito de uvas y la mitad de média botella de Burdeos por la miseria de 7 francos y 60 céntimos.

El extranjero que vaya con ánimo de estudiar algo las costumbres de Paris y no lleve la estúpida pretension de lucirse, porque en Paris la mas necia de las ideas que pueden ocurrir al extranjero es la de hacerse notable por semejantes vias, debe adoptar una especie de sistema de partida doble para comer. Me explicaré, porque á la verdad la metáfora no es del todo clara que digamos. Quiero decir, que debe seguir un sistema ordinario y otro extraordinario : este para ir recorriendo en dias de humor las diferentes escalas de *restaurants*, á fin de experimentar de todo ; y el otro para la prudente economía de una vida metódica y arreglada á los preceptos de la higiene y á la prevision de las otras cien mil necesidades con que hay que contar en Paris, todas ellas de mayor cuantía que la del alimento diario ; pues si en todas partes es cierto que « *non de solo pane vivit homo*, » en Paris tiene un grado de certeza que aturde. Por eso el *restaurant* nuestro de cada dia puede ser muy bien de aquellos de entre 2 y medio y 3 fran-

cos comida; precio y gasto que ni resiente la decencia social, ni ocasiona quiebra á un presupuesto módico, ni se opone á los preceptos higiénicos, ni ofende la gastritis, ni produce querellas de parte de los órganos estomacales, como no sean órganos de estómago epulon.

Nosotros fuimos el primer dia á uno de los de esta clase en *Palais Royal*. Ó los franceses cuando comen no ven mas que la vianda, ó deben estar muy acostumbrados á ver gente embaucada, una vez que no repararon en la actitud de estupefaccion que tomó Tirabeque al entrar en aquel salon sin paredes, como él decia, por estar todas cubiertas de magníficos espejos, sin dejar mas espacio que el que ocupaban las columnas doradas que median entre uno y otro. — Señor, me decia, este comedor no tiene fin : yo veo lo ménos tres mil personas, y todavía no se divisa el rematè. — Calla, simple, le dije : ¿no conoces que eso consiste en la multiplicacion de los objetos que se verifica por la refraccion de la luz en los espejos? Pues para eso no se necesitan grandes conocimientos de óptica. Por lo demas no es mas que un salon regular, y las personas que hay en él no pasarán de 200.

Sentámonos á una de las pocas mesas que habia vacantes, y en el momento se nos presentó un *garzon* preguntando : « *¿quel potage désirez-vous Messieurs?* » — ¿Cómo es eso de *potage*? replicó Tirabeque : pues qué, ¿se come aquí de viérnes? — No, hombre, le respondí yo; *potage* llaman aquí á la sopa. — Pues señor, bueno irá ello cuando empiezan cambiando los nombres de las viandas. ¿Y qué sé yo qué casta de sopas tienen estos hombres? — Mira, ese librito que ves sobre cada mesa forrado en tafilete contiene el catálogo de artículos que se encuentran en el establecimiento : ábrele, y elige de entre ellos la sopa, y los cuatro ó cinco platos que se dan, aquellos que sean mas de tu gusto.

Abrió Tirabeque *la carte*, que así se llama el tal prontuario, y empezó á leer : « *Potages : au riz, au vermicelle, aux choux, à la julienne, à la condé....* — Señor, quédeme yo sin probar bocado si conozco una sola de estas sopas : que traigan esta *juliana*, que por mala que sea no me disgusta su nombre. — *Julienne, garzon. — Bien, Monsieur, bien.* — Ahora, Pelegrin, ves pensando en lo demas que has de pedir. — Señor, aquí veo en los *HORS-D'ŒUVRE, beurre et radis, artichaux, andouillete à la purée, saucisses à la choucroute.....* y aquí en las *ENTRADAS* encuentro *gigot braisé au jus....* Señor, *gigote abrasando*, que lo coman ellos, los muy judíos : toma, toma ! mire Vd. lo que hay aquí entre los *ENTREMESES : asperges à*

la sauce et à l'huile ; asperges en petit pois ; efectivamente, mi amo, que no se armarán malos entremeses en la comida si andan los *asperges*. — Pero necio, si *asperges* son espárragos. — Vaya, vaya, mi amo, mejor será que pida Vd., porque si no me temo mucho que hagamos una de lego bárbaro.

Así tuve que hacerlo. Á cada plato que pedia respondia infaliblemente el *garzon* con el mayor agasajo y coquetería : « *bien, Monsieur, bien.* » Cada plato que nos llevaba era seguido de un « *le voilà, Messieurs,* » pronunciado con acento de satisfaccion y de servicialismo, como quien dice : « vean Vds. como les he complacido. » — ¿No te encanta, Pelegrin, le dacia yo á mi lego, la dulce amabilidad, la obsequiosidad mimosa de estos garzones comparada con el árido despego y el brusco « *quítate allá* » de los sirvientes españoles? — Señor, malo es aquello, me contestaba, porque los de allá en lugar de atraer como el iman, despiden como el erizo, pero la de estos es ya una lagotería, una zalamería que me revienta un poco.

Como unas ochenta mesas ocupadas por triple número de concurrentes habria en el salon. Esto en España supondria una animacion y bullicio capaz de producir una cefalalgia horrorosa. En Francia no se oye mas ruido que el de la vajilla y alguna otra conversacion casi á *sotto voce*. Los españoles cuando vamos á comer, especialmente en establecimientos públicos, vamos tambien á hablar, vamos á gozar y á bromear con los amigos : los franceses cuando van á comer van á comer ; llenan su objeto y se marchan. Contribuye tambien mucho á esto la prohibicion de fumar en los *restaurants*, que, es el postre mas grato de las reuniones de confianza.

Concurren á comer á los restauradores lo mismo hombres que señoras ; y familias enteras establecidas y vecindadas asisten diariamente á comer al restaurador. Desde las cuatro y média de la tarde hasta las siete es un incesante relevo de concurrentes ; y puede muy bien calcularse que el número de los que comen diariamente en Paris en los *restauradores* no baja de *cuatrocientas mil* personas.

Palais Royal.

Regularmente el primer punto de Paris que visita el extranjero recién llegado es el *Palais Royal*, del cual apénas habrá español que sepa leer que ó no haya oido hablar ó no le haya visto escrito, pero que al propio tiempo apénas tiene idea de lo que es sino el

que ha tenido la proporcion de verle por sus ojos y pasearle con sus plantas.

El *Palacio Real* era un antiguo palacio edificado por el cardenal de Richelieu, el cual le cedió en su testamento al Rey Luis XIII. Luis XIV que habia fijado en él su residencia, lo cedió posteriormente á Felipe de Orleans, su hermano, desde cuya época ha sido siempre propiedad de los duques de Orleans, y por consiguiente lo es hoy de la familia de Luis Felipe. En tiempo de la república le dieron el nombre de *Palacio de la Igualdad* y palacio del *Tribunato*. En 1778 se hallaba el duque de Orleans poco mas ó ménos tan lucido como se halla hoy la nacion española, es decir, tan sobrado de deudas como escaso de recursos; en tan apuradilla situacion el hermano de Madama *Genlis*, autora de *Las Veladas de la Quinta*, y aya que fué de Luis Felipe (que Dios guarde tantos años como merecen las simpatias que con él nos estrechan), le aconsejó que construyese una manzana de magnificas casas al rededor del jardin de su palacio con objeto de beneficiar su producto. Así lo hizo, y resultó unida al palacio una soberbia finca la mas productiva del mundo. En la parte de palacio fué donde hizo su primera mansion temporal la reina Cristina de España cuando se nos largó renunciando la Regencia, amostazada de que la nacion se empeñase en querer lo que ella no quería.

Pero lo admirable de *Palais Royal* no es el palacio propiamente dicho, aunque ostentoso y acaso el mas regular de Paris. Lo admirable es lo que no es palacio, y pertenece, digámoslo así, al público. Cuatro galerias de piedra de doscientas arcadas alumbradas de noche con otros tantos mecheros de gas forman un paralelogramo prolongado cuyos lados tienen un cuarto de legua de longitud. Hállase comprendido en las arcadas un jardin de 817 piés de largo por 350 de ancho, adornado de calles de tilos; en el medio una fuente con un surtidor de canastillo; y á los lados dos elegantes pabellones de verde césped. Detras de estas cuatro galerias está otra galería llamada *la galerie vitrée*, por estar toda cubierta de cristales, ancha, espaciosa, magnífica, que con frecuencia sirve de *rendez-vous* ó punto de cita para los forasteros y aun para los mismos parisiens. Y todas cinco galerias, lo mismo que el jardin, sirven de paseo á una inmensa afluencia de gentes que de dia y de noche llenan aquel magnífico recinto.

El lujo de las tiendas que las decoran todo en derredor excede á lo que la pluma puede describir, y con razon se aplica á *Palais Royal* el nombre mas grandioso que pudiera discurrirse, llamán-

dole antonomásticamente *la capitale de Paris*. Es una ciudad pequeña y de lujo embutida en el corazón de otra ciudad grande. Confinado á *Palais Royal* el mas caprichoso potentado con prohibicion de salir de aquel recinto, pudiera decir que habitaba la cárcel mas deliciosa del mundo, y dificilmente alcanzaria á inventar la imaginacion mas fecunda y apetitosa del desterrado género alguno de capricho que no pudiera satisfacer sin salir de su dorada prision. Si su gusto se pronunciaba por los artefactos de oro, plata y pedrería, menester fuera, por rico que se le suponga al prisionero, que llamara en su auxilio á los ciudadanos Creso y Pluto para que le ayudaran á agotar aquellas tiendas-almacenes. Si su capricho se declaraba por las imitaciones de aquellos preciosos metales, allí tenia donde surtirse á placer de todo lo mas prodigioso, y de mas gusto y elegancia á que han podido llegar los adelantos de la industria en la capital mas inventiva del orbe en este género. Si le daba por ser hombre de modas, y de afeites, y remilgos, y por apurar los recursos de la filocomía y la compsilología, las modistas, y los comerciantes, y los peluqueros, y los cosmetistas de casa se le agruparian en torno y le harian ver que ni él ni su familia y dependencia de ambos sexos, aunque fueran mas que los de Egipto, eran bastantes á agotar sus repuestos, ni los recursos de su creacion. Si queria sastres, la dificultad estaria en saber á quién dar la preferencia; y si gustaba proveerse de ropas trabajadas, docenas de judíos de una y otra galeria le confundirian con piezas de cuantas especies podria desear.

Si por el contrario, le dominaba la afición á la lectura, librerías y gabinetes tenia en que escoger: si era aficionado á discusiones sábias é instructivas, allí tenia sociedades científicas y literarias donde poder saciar su filosófica inclinacion. Si era gastrónomo, todo el día de Dios podia andarse de restaurador en restaurador, y aun le faltaria tiempo para recorrerlos todos y buche donde almacenar, de lo ordinario ó de lo exquisito, lo que mas le placiera; y si el cuerpo le pedia alternar entre las bebidas heladas y las espirituosas, entre cafés y tiendas de ultramarinos, tenia para ello la mas hermosa proporcion. Si gustaba de pasear á cubierto, nada mas á propósito que la galeria de cristal; si en paseo de medio abrigo, allí están las galerias arcadas; si disfrutando de jardín, nada mas fácil; y si quiera gozar del aire libre y sin estorbos, no tenia sino salir al hermoso terraplen adornado de jarros y de flores que descansa sobre una bella columnata del atrio de honor.

¿Era acaso aficionado á teatros? Pues bien, se le consultaría el género que mas le agradara. Si era el trágico ó el cómico sublime, solo le costaba bajar unas escaleras, y metiéndose en el *Teatro Frances* tendria el gusto de ver á *Mademoiselle Rachel* ejecutar los *Horacios*, ó á *Mademoiselle Maxime* hacer la *Phedra*, ó á *Mademoiselle Plessy* representar *Un matrimonio en tiempo de Luis XV*, y nada podria quedarle que desear. ¿Quería cosa mas alegre? Poco le costaba ir al otro extremo y entrar en el teatro llamado de *Palais Royal*, y veria á *Toussiez* hacer *La sœur de Jocrisse*, ó el vaudeville de *Judith y Holofernes* á *Derval*. ¿Tenia niños y queria divertirlos? Pues bien, al otro lado está el teatro de *Seraphin*, y se divertirian á su placer los angelitos con las figuras de movimiento y las sombras chinescas, y es seguro que no se acordarian de dar una molestia á su mamá. Y si por último quisiese satisfacer un capricho extravagante, debajo de una galeria está el *Teatro de los ciegos*, entre aquel subterráneo, y verá salir al *hombre salvaje* á repiquetear los timbales vestido de indio, oirá las habilidades de un ventrílocuo, hallará una mozueta estropeando lastimosamente el papel de María Teresa de Austria, y disfrutará de una orquesta compuesta de ocho ciegos que no hay mas que oír, y ya lo quisieran ellos ver.

Últimamente, si mas caprichos tuviera el ilustre desterrado que supongo, mas podria satisfacer sin salir del *Palais Royal*. Tirabeque se me encantaba cada vez que le llevaba allí : andaba de tienda en tienda con la boca abierta ; y no sé qué aire innegable de españolismo era el que llevaba siempre, que mas de una vez, sin que él hubiera desplegado la boca, se le acercó uno de aquellos judíos roperos preguntándole : « Señor, ¿quiere osté comprarme una livita bien hecha? » Franqueza que á él no le acomodaba mucho, y le ponía á pique de alterar la tranquilidad de *Palais Royal*.

Los boulevards.

« ¡ Pero hombre, y aquellos BOULEVARDS ! » — He aquí una exclamacion de ordenanza cada vez que rueda la conversacion sobre las bellezas de Paris. — ¿ Y qué son los *boulevards*? He aquí la pregunta que sigue infaliblemente á aquella admiracion, si hay en el corro alguno que no haya visitado la capital de Francia. La pregunta es sencilla, la respuesta no lo es tanto.

Pero en fin, figúrese el lector una anchísima calle semicircular colocada casi en el centro de la poblacion : de una legua de longi-

tud, que, no habrá ménos espacio desde el templo de la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla ; poblada de altísimas casas, adornada de corpulentos árboles en sus dos orillas, si bien muchos de ellos fueron víctimas en la revolucion de Julio (sin duda porque los franceses en su revolucionaria sagacidad descubrieron que eran enemigos de la Carta), y no se han vuelto á reponer ; cuyas hileras dividen la calzada del medio (por donde pudieran marchar desahogadamente seis coches á la par) de las aceras de los lados (*trottoirs*), anchas como de seis ú ocho varas, y hechas no de baldosa como las de España, sino de asfalto, especie de betun sólido y negruzco, que se derretiria con los calores del estio en las regiones meridionales, pero que allí resiste bien al calor y constituye un pavimento mas igual, mas suave y mas cómodo que el de nuestros embaldosados. Imagínese una calle por cuyo centro giran en movimiento continuo centenares de carruajes, amen de otros centenares que yacen en quietud esperando quien los ajuste á la hora, ó por carreras, para partir con la velocidad del rayo. Figúrese que está viendo discurrir á todas las horas del dia y de la noche por sus anchas aceras de betun dos hormigueros de gente que se disputan dos palmos de terreno donde ir colocando los ambulativos para poder marchar eulibreando, sin que por eso se pueda evitar los continuados roces y refregones. Supóngase que está viendo dos paredes de cristales de 5,500 metros de extension, que tal semeja la cristaleria apénas interrumpida de las tiendas mas lujosas y mas elegantes del mundo, dispuestas con tal arte, con tan delicada coqueteria, con tan refinado y mimoso estudio para lisonjear el gusto, (*flatter*) para robar la atencion y captar la curiosidad y arrebatat las miradas, que el indiferente como el curioso, el experimentado como el sencillo, no hay nadie que no se sienta atraído como por un iman, como por el influjo oculto de una sirena.

Y á fe que no es broma esto de las sirenas, pues detras de los cristales de cada puerta, bien sea de café ó de restaurador, bien de almacén ó de tienda, bien de modista ó de relojeria, bien de bastonero ó de fabricante de calzado, esté seguro el transeunte que atisbará una ó muchas sirenas, que vestidas con estudiada sencillez y ataviadas con modesto aliño, ostentan sus gracias detras de un mostrador, y reservan otras para cuando se abre la portezuela de cristal. ¡ Guay del Ulises que llegue á traspasar aquellos umbrales sin taparse con cera los oídos ! ¡ Pobre del Telémaco que se acerque incauto á aquellas Calipsos sin un Mentor

que le agarre de un brazo y le eche á la calle cuando empiece á sentirse encantado ! Sin embargo, no se crea que los encantos de las ninfas de mostrador se dirigen á otro blanco que al bolsillo del individuo : en cuanto á este, téngase por cierto que el ciudadano que entre en una tienda y logre sacarle íntegro, merece la patente de héroe : excusado le es alegar que no ha llevado ánimo de comprar un artículo sino solamente de informarse de su existencia : la sirena le convencerá muy melodiosamente de que es una equivocacion que padece, y le dará tales razones, que el hombre se creerá obligado á no marcharse sin el artículo ; en vano objetará que no es el género de su gusto ; con dulces argumentos le hará ver la sirena que lo es, y tanto que parece hecho por encargo suyo particular : si achaca no llevar dinero, se le hará creer que lo lleva, ó que no debe llevarlo, puesto que no lo necesita para disponer de todo el almacén : si insinúa parecerle caro, llegará á persuadirse que debe dar un *plus* sobre lo pedido, para evitar la pérdida que sufre Madama por su excesiva amabilidad para con él : tal cosa le será presentada que desechará desde luego por inútil y supérfluo, pero esté cierto de que no saldrá á la calle sin un convencimiento íntimo de que ha adquirido el dije de mas absoluta necesidad para la vida, y harán creer á un militar que no puede ser buen guerrero sin un canesú de señora, y á un escritor de crónicas antiguas que no podrá dar una plumada sin llevarse unas tijeritas de bordar. Muchas veces acaece salir un prójimo de una tienda encantada felicitándose de no haber caído en la tentacion, y al regresar á su domicilio se encuentra con *Mademoiselle* que le espera con un envoltorio de los artículos á que mas pareció inclinarse : todos los habia comprado sin saberlo. Si son pañuelos de la mano, se los llevarán hechos, porque han previsto que un hombre y extranjero ademas, no tendrá fácilmente quien le haga los dobladillos : si es papel, se lo entregarán timbrado con sus iniciales, sin aumentar por eso el precio de la mercancía. Se necesita ser un Neron del país para dar una repulsa á tanta fineza : un español prefiere con conocimiento sufrir estos dulces y artificiosos ataques de bolsillo, á desmentir en ninguna ocasion la galantería española.

Reconozco el ardid, lo siento, y pago.

No se entrará en un comercio sin que apénas llegado le suplique una graciosa beldad que se tome la molestia de sentarse, ni se saldrá de un almacén sin que un atento dependiente le acompañe

hasta la puerta y le despidió obsequioso. Si la entereza y la heroicidad llega á tal punto que absolutamente no se haga mercado, le dirán con la mayor amabilidad : « siento en el alma no haber acertado á complacer á Vd. ; en otra ocasion seré mas afortunada : yo suplico á Vd. que este no sea un motivo para que olvide el establecimiento, para lo cual me hará el gusto de admitir esta *adresse*. » Admirable contraste con el adusto : « si á Vd. no le acomoda déjelo, que no faltará quien lo lleve, » de esta nuestra dulcisima patria.

En cuanto á las ingeniosas invenciones para llamar la atencion, no puedo dispensarme de indicar algunas de las que mas sorprendieron á Tirabeque. Nos dirigimos por la calle de *Montmartre* al *Boulevard*, cuando al llegar al número 170, tienda de *Mr. Fanon*, cajero del Rey, vi á Pelegrin pararse, mirar, y soltar una carcajada de risa legítimamente transpirenaica ; miré yo tambien, y era *un mono* que detras de los cristales sentado estaba con un lente en una mano y un número de la *Cotidiana* en la otra en actitud de estar leyendo muy serio. Reímonos á duo, y pasámos al *Boulevard* del mismo nombre. Otra detencion y otra carcajada me anunciaron alguna otra novedad por el estilo. En efecto, en la tienda de *Monsieur Verreaux*, entre mil objetos de lujo y adorno, se veia *una gata* elegantemente vestida en ademan de escuchar con desdeñoso remilgo los amorosos requiebros de *otro mono*, que con un traje arreglado al modelo del último figurin, y mirando de soslayo con aire seductor á su amada coqueta, esperaba impaciente la respuesta de su Zapaquilda. — Señor, me decia Pelegrin, son muchas monadas las de estos franceses ; se conoce que en este país abundan bastante los monos.

Pasámos al *Boulevard Poissonnière*, y nos detuvimos ante un abundante almacén de muñequería. Habia muñecos de todas clases, trajes, gustos y tamaños. Por la parte exterior de los cristales hallábanse cuatro ó seis chiquillos mirando con mucha atencion los modelos de dentro, empinaditos algunos de ellos sobre las puntitas de los piés para alcanzar á ver mejor. — ¡ Cuán natural es esto, Pelegrin ! le dije á mi lego : si aun á nosotros que nos afeitamos cuarenta años hace, nos entretiene la vista de estos muñecos, ¿ qué hará á estos parvulitos que están viendo allá adentro sus efigies, por decirlo así ? — Así es la verdad, mi amo ; me da gusto ver lo entretenidos y embelesados que están los pobrecitos.

Mas acaeció que de allí á una hora volvimos á pasar por el mis-

mo sitio, y hallámos á los curiosos infantes en la misma actitud. Entónces Tirabeque se acercó á una de las niñas y le dijo : « hija mia, ¿no te cansas de estar tanto tiempo en la misma postura? » Pero ¡cuál fué su sorpresa, y cuál fué la mia tambien, al encontrarlos con que tanto aquella como los demas de la coleccion eran tambien muñecos y muñecas ni mas ni ménos que los de la parte interior! Nos hubiéramos avergonzado si no hubiésemos estado los dos solos. — Señor, bien me decia Vd., que en Francia todo era mentira.

Á pesar de esta prevencion, mas de una vez le sucedió al pasar por junto á algun almacen de peletería, retirarse de repente horrorizado á la vista de los tigres, leopardos, nutrias, gamuzas, chinchillas, martas, armiños y otros animalejos que empajados detras de las vidrieras tienen, en tan imponentes actitudes y con tal naturalidad presentados, que efectivamente asustan al pronto y parece que van á echar al que se acerque, la zarpa ó el comillo.— Pero hombre, ¿de qué te asustas? le decia yo ; ¿no sabes ya que aquí todo es mentira? — Sí, señor, pero hay mentiras tan respetables, que bueno es verlas desde léjos, por si acaso son verdades. — ¿Con que es decir que te asustas de unas pieles?—Quiá, no señor; parece que me asusto, pero es mentira; en Paris todo es mentira.

Díjale el primer dia que era menester que entrásemos á peinarnos en una de las peluquerías que encontrámos en el Boulevard. Aquí, añadí señalando á una, aquí podemos entrar si te parece.— ¿ Ahí donde hay dos señoritas detras de los cristales? — Ahí, sí. — ¡ Alabado sea el divino señor, mi amo, y qué par de criaturas tan celestiales, tan blancas y tan bien formadas! Entremos aquí, señor, mas que nos cueste doble el peinarnos, y mas que nos pelen al mismo tiempo y nos dejen sin pluma ni cañon, que todo se puede llevar con gusto con tal de recrearse un hombre la vista con un par de francesas tan gallardas. Y diga Vd. mi amo, ¿son ellas mismas acaso las que nos han de hacer los rizitos? Y como ya estuviésemos cerca de ellas, las saludó diciendo : « *bonjour, Mesdemoiselles : Mesdemoiselles, bonjour : à votre service, Mesdemoiselles.* » Señor, pareceme que tienen mucho barro las niñas, pues no se dignan contestarme siquiera. ¡ El demonio de las peluquerillas!..... Porque sean guapas y tengan buenos talles, ¡ tanta vanidad! *Mesdemoiselles, j'ai l'honneur.....* ¡ Bruto de mí, mi amo! si son de cera ¿ cómo me habian de contestar? — Te está bien empleado por necio : ¿ no te acabo de decir que aquí todo es mentira?

No es maravilla que así se engañara Tirabeque, porque son tan acabados, tan completamente imitados al natural los modelos de cera que sirven de muestra en las peluquerías, ya representen jóvenes del bello sexo, ya niños ó mancebos del sexo fuerte, que puede asegurarse que los franceses han tocado en este punto el último grado de perfeccion.

De estos y otros cien mil ingeniosos medios tienen que valerse para llamar la atención en un pueblo donde la misma abundancia de la novedad hace que ya nada llegue á hacer impresion.

Los anuncios.

Otro de los ramos en que los franceses han agotado ya todos los recursos de su fecunda imaginativa, es el de los *anuncios*, sea de publicaciones literarias, sea de establecimientos industriales, sea de invenciones nuevas, sea de empresas de trasportes, sea en fin de lo que quiera. No basta anunciar una cosa ciento y cincuenta dias seguidos en ciento cincuenta periódicos diarios que habrá en Paris; no basta fijar los anuncios en las esquinas de todas las calles; no basta que todas las paredes, y todas las puertas, y todas las fachadas, y todas las cornisas de todas las casas, y de todos los edificios de todas las calles y de todas las plazas, y todos los árboles de todos los paseos, estén atestados de rótulos, anuncios é inscripciones, y que cada calle parezca un Diario de Avisos, y que no se pueda fijar la vista ni á izquierda ni á derecha sin verse precisado á leer un catálogo de anuncios: esto es muy poco todavía, porque podrá alguno ir mirando hacia el cielo, y es menester al que en tal direccion mira, hacerle leer algo. Y en efecto, tiene que leer por fuerza, porque se estrella su vista con anuncios en las chimeneas y en los aleros de los tejados. Pero esto es muy poco todavía, porque podrá un hombre ir pensativo y meditabundo mirando hacia el suelo, y es necesario que allí lea algo tambien: y tiene que leer á fe mia, porque allí, en el sitio donde va á pisar, encontrará el nombre del dueño de la tienda de al lado escrito en caracteres de bronce embutidos en la piedra ó en la argamasa de la acera, y no podrá escupir sin que caiga la escupitina sobre el nombre de algun fabricante; que los franceses se dejan escupir de buena gana con tal de despachar mejor sus mercancías.

Pero esto es poco todavía, porque podrá alguno ir tan distraido, que no fije la vista en ninguna parte, y es necesario sin embargo hacerle leer tambien, y lee sin remedio, porque va andando y

se encuentra sorprendido con unos papeles que le pone en la mano un incógnito, que sin decir mas que « *tenez, monsieur,* » desaparece para nunca mas volver. Y estos papeles son los anuncios de una nueva sombrerería que se ha abierto en la *Rue Vivienne*, ó de un depósito de curtidos que se ha establecido en el *Faubourg Saint-Denis*, ó el prospecto de unas Memorias traducidas del alemán. Pero esto no es bastante todavía, y se necesita obligar de otro modo á leer. *Flaneaba* yo (1) por el boulevard de los Italianos con un diputado español, célebre en la cuestion algodonera que tan agitados trae en el dia los ánimos de los catalanes, cuando vimos venir hacia nosotros con grave y pausado continente un viejecito que llevaba enarbolada y asida con ambas manos una especie de pendoneta ó estandarte negro rotulado con gruesos y abultados caracteres blancos, azules, encarnados y de otros diversos colores. Natural era la curiosidad de leer lo que publicaba ó anunciaba aquel original heraldo ó nuevo rey de armas. ¿Y qué os parece, amados lectores míos, que iba proclamando el anciano *porta*? Pues era que invitaba á los que tuviesen perros enfermos á que los llevasen al establecimiento titulado : « *Spécialité pour la curation des chiens malades, tenu par Viollat* : Especialidad para la curacion de perros enfermos, por Viollat en los Campos Elíseos. »

Pero esto no basta todavía, porque por mucho que se escriban los anuncios, no pueden leerlos los ciegos, los cuales por serlo no deben estar privados de saber los adelantos que se hacen en la industria. Para ellos es menester anunciar las cosas á viva voz. Recuerdo haber visto en el boulevard de San Antonio á un ciudadano alto, respetable, con la barba hasta el pecho, puesto de pié sobre una mesa, rodeado de un inmenso auditorio, al cual arengaba con voz sonora y penetrante de esta ó semejante manera : « Señores, Vds. saben que el bizarro Mariscal del Imperio, Baron de N., habia merecido siempre el singular aprecio y confianza del gran Napoleon por su intrepidez, por su instruccion y por sus virtudes. El Emperador le confiaba las empresas mas arduas y arriesgadas. Herido mortalmente en la batalla de..... por un casco de granada, cuando ya llevaba en derrota á los austriacos, dirigió sus últimas miradas al Emperador, y con acento entrecortado y moribundo, abrazando sus rodillas le dijo :

(1) *Flanear*, en frances es pasear curioseando los objetos sin mas objeto que el de la curiosidad.

« Muero gustoso por la gloria de la Francia y por la vuestra. » — « ¡ Ah, Mariscal! le contestó el Emperador : la muerte os roba á la patria, porque si vivierais, no habria bastantes laureles en Francia para ceñir vuestra frente. » El Mariscal exhaló el último suspiro, y las lágrimas corrieron por las mejillas del GRANDE HOMBRE. Pues bien, señores, aquel valiente general bajó á la tumba llevándose un secreto importante que poseia, y que le habia sido de una inmensa utilidad en las campañas. La humanidad tendria que llorar todavía la privacion del importante descubrimiento de que él era depositario, si afortunadamente no se le hubiera transmitido en confianza á un sargento del ejército invencible que habia sido su asistente. Yo debo á una feliz casualidad el haber llegado á mí este secreto, este utilísimo secreto que hoy tengo el honor de anunciaros para consuelo y alivio de la humanidad doliente. Es un admirable específico, un unguento prodigioso para la curacion de los callos de los piés : aquí le tenéis en estos botecitos, que os vendó al módico precio de 25 sous. Ea, señores, ¿ quién me toma un botecito de este milagroso unguento ? »

Así anuncian los franceses sus cosas. Para publicar un específico anticalloso revuelven la historia de Napoleon y de los mariscales del imperio.

Mas no pára en esto todavía. En toda la extension de esta serie de anchas calles ó boulevards, hay entre las aceras y la calzada dos hileras de pilares, columnas ó pirámides redondas muy blanqueadas por la parte que mira á las casas, y huecas por la que mira á la calzada de los coches, las cuales constituyen uno de los adornos de los boulevards. Supónese que estos pilares por la parte de las aceras se destinan tambien á la fijacion de anuncios, y que se aprovechan bien para el objeto. Pero ni este, ni el del ornato público son los que principalmente se propuso la policia urbana en la colocacion de aquellas columnas cónicas, sino el de que no faltase en el punto mas concurrido de la ciudad donde poder satisfacer los menesteres naturales, á lo ménos los de menor cuantía. Pues bien, cuando el hombre se acerca (y digo el hombre, porque para las mujeres no sirven) á satisfacer la necesidad que se supone, allí mismo en el interior de la columna, en el hueco que sirve de depósito á las sustancias *mictosas* (perdido me he visto para decirlo en latin), allí se estrella el hombre con anuncios : ¡ y qué anuncios ! Por ejemplo, el *Point de maladies secrètes* del doctor *Albert*, porque sépase de paso que el doctor *Albert* debe haberse propuesto que en el centro de Paris, en las calles inter-

medias de Paris, en los arrabales de Paris, en las afueras de Paris, y á las 15 leguas en circunferencia de Paris, sea imposible mirar á parte alguna sin encontrarse con el Dr. *Albert* y con sus *maladies secrètes*. Por mi cuenta debe llevar ya la centésima vigésima nona edicion de sus anuncios.

Véase, pues, si la anuncialidad *usque ad satietatem* es ó no cualidad *nacional* de nuestros vecinos.

La casa de Fieschi.

¡Miseria humana ! Se verá acaso con indiferencia la morada de un anacoreta lleno de virtudes, que se consagró á Dios y está en el cielo, y se pregunta con interes por la vivienda de un famoso asesino, de un *regicida*, como llamó estos dias pasados el mentecato marqués de *Boysi* en la Cámara de los Pares al Regente de España, cuya loca expresion tan interesantes debates ha producido en la Cámara de allá y en las Córtes de acá.

Por mi parte sé decir, que tan luego como nos vimos en el boulevard del Templo, pregunté con viva curiosidad por la casa de *Fieschi* ; curiosidad que me avivaba mas la que por su parte *Tirabeque* mostraba tambien. Pregunté, y nos la enseñaron. « Héla allí, aquella casita pequeña que hace esquina. » — ¿ Aquella que no tiene mas fondo que para una ventana? — La misma : ella es la mas humilde de todo el boulevard : ¿ veis sus tres pisos de una sola ventana cada uno? — En efecto. — Pues bien, en el mas alto vivia el *regicida*, allí colocó la máquina infernal : venid un poco mas acá.... estáis en el sitio en que cayó y espiró el general mas benemérito que acompañaba al Rey : vos, monsieur (dirigiéndose á *Tirabeque*) pisáis la piedra que enrojeció la sangre de dos valientes oficiales..... Dió *Pelegrin* un salto súbito hácia atras, miró á la ventana de *Fieschi*, y el color blanco de su rostro indicaba temer que volviera á asomar por allí otra máquina infernal. — Ah, no temáis : creo que vos no perteneceréis á la familia reinante. — No señor, pero soy muy amigo de Luis Felipe. — Vos sois extranjero? — Para servir á Vd., señor monsieur ; soy español. — Entónces..... yo os pido perdon, no podéis ser amigo de Luis Felipe : ¿ cómo recibisteis el atentado de *Fieschi*? — El atentado de *Fieschi*..... (señor, vámonos, que este me huele á espía), figúrese Vd., fué una cosa horrorosa. — En España, sean las que quieran las quejas que tengamos del gobierno del Rey de los

franceses, le dije yo, aborrecemos el regicidio tanto ó mas que se puede aborrecer aquí. Y guárdeos el cielo, que nosotros tenemos que hacer.

Plaza de la Concordia.

Estoy colocado en el paraje mas bello, mas grandioso, mas magnífico y mas sublime del mundo. Si todo Paris correspondiera á este sitio, Paris debería ser la capital del orbe. Desde aquí estoy viendo las fachadas discordantes pero majestuosas del palacio de las Tullerías. Entre él y yo median sus jardines públicos, con sus fuentes, sus estatuas, sus estanques, sus bosques y sus prados artificiales. Á mi derecha, mas allá del elegante puente de Luis XVI que atraviesa el Sena, veo el suntuoso pórtico de la Cámara de los diputados; á mi izquierda, á lo léjos de una soberbia calle, diviso las formas augustas del templo del la Magdalena. Convirtiéndome hácia el oeste, y extendiendo la vista por los Campos Eliseos, alcanzo á ver á su extremo el famoso Arco de Triunfo de la Estrella, la mas soberbia obra monumental que tiene Paris. Todo es magnífico lo que me rodea, todo es regio; bello y sorprendente es todo. Asomado el Rey de los franceses á uno de los balcones céntricos de su palacio, puede decir con verdad que goza del espectáculo mas grandioso que puede gozar otro monarca alguno. ¡Conjunto exterior el mas á propósito para despertar el orgullo de la Majestad, si ya no lo hicieran innecesario las humillaciones que los reyes presencian en el interior de sus alcázares!

Contemplando estoy el obelisco de granito rosa de 72 piés de alto y de 500,000 libras de peso que tengo junto á mi. Repaso sus jeroglíficos; quisiera leer los nombres de Rhamcés y de Sesóstris, y los versos que refieren sus trabajos y centienen sus alabanzas; pero confieso humildemente que no entiendo los caracteres egipcios. Reflexiono en el atrevido pensamiento de haber hecho trasportar á la capital de Francia un monumento erigido en el Egipto 1580 años ántes de la era cristiana; y mas que la osadía del pensamiento y que las dificultades de la ejecucion, admiró la sagacidad y astucia de Luis Felipe en haber hecho colocar en este sitio, donde hasta ahora se habian levantado monumentos que unas veces lo eran de adulacion, y otras eran padrones de infamia para los reyes, segun las vicisitudes políticas, un monumento que no puede ménos de ser respetado por todas las revoluciones, cualesquiera que ellas sean. ¡Ingeniosa destreza, propia

de la capacidad del actual monarca de la Francia! ¡Inventar un medio de dominar las revoluciones en lo material como parece proponérselo en lo formal!

Me hallo en medio de un contorno octógono, que solo por esto, faltando á la propiedad, se puede llamar *Plaza*. Un terraplen bordado de candelabros ocupa su centro. Á mis cuatro ángulos tengo cuatro esfinjes de granito: veinte columnas rostrales que sostienen otras tantas linternas de gas circundan la plaza, y otros veinte candelabros mas pequeños constituyen otro círculo concéntrico. Á cada lado del obelisco hay dos fuentes colosales, cuyo único defecto, así como el de las columnas y candelabros, es el de estar excesivamente recargadas de oro. Numerosos grupos de estatuas alegóricas rodean estas fuentes. Estoy entre Tritones y Nereidas, entre los Genios de la Navegacion, de la Astronomía y del Comercio, entre el Océano y el Mediterráneo, entre la pesca de las perlas y de los corales, entre la recoleccion de los cereales y de las frutas, entre pámpanos y flores, que todo esto representan los graciosos grupos que á la vista tengo.

Veamos qué representan estas otras ocho estatuas colosales que descansan sobre estos dos elegantes pabellones que están de los dos lados de cada puente. ¡Ah! La Guia lo dice; son los emblemas de las ocho ciudades principales de Francia. Esta es la populosa *Lyon*, sentada entre dos urnas, de las cuales se escapan el Ródano y el Saona. Sobre su cabeza coronada de hojas de viña descansa una almenada torre. Su brazo derecho reposa sobre un canastillo lleno de ovillos y lanzaderas; en su derecha tiene una madeja de seda, y con su izquierda sostiene un caduceo: simbolos de la industria de aquella ciudad fabril. Hé aquí su vecina *Marsella*, coronada de pámpanos y espigas, en una mano tiene un timon y en la otra una rama de olivo cargada de fruto; ella descansa sobre un trozo de mármol de donde arranca una proa y una popa de navío. ¿Quién será esta cuya erguida cabeza ciñe una corona de laurel, que con su derecha sostiene un gobernalle, y cuya izquierda fuertemente apretada se apoya sobre la culata de un cañon? Ah! es *Brest*.... Pero aquí se me acerca un hombre; ¿qué me querrá decir?

« Perdonad, caballero: ¿sabréis decirme lo que significan estas dos figuras de aspecto fiero y belicoso que con las espadas en la mano parece estar desafiando al enemigo? Os he visto con la Guia en la mano, y me he tomado la libertad de acercarme á preguntaros. — Tendré una complacencia, le respondí, en poder

satisfaceros. Consultemos la Guia. Sí : son las dos ciudades guerreras y fronterizas *Lille* y *Strasbourg*. — ¡Oh! me alegro no haberme engañado : me pareció reconocer á mi ciudad natal. — ¿Sois de alguna de ellas? — Sí, de *Strasbourg*. Perdonad ; vos mostráis ser extranjero. — En efecto, no os habéis equivocado tampoco. — Perdonad, ¿sois italiano? — No. — ¿Inglés? — Tampoco ; soy español (1). — ¡Oh, español ! Tengo un placer en ello. Yo amo mucho los españoles. — ¿Habéis estado por acaso en España? — Perdonad ; no he estado ; pero tengo una idea muy ventajosa de aquel país, y vuestro amable carácter me hace confirmarme en ella.— ¡Ah! perdonad, vos sois demasiado bueno : pero mostráis no conocernos mucho, porque los españoles no amamos las lisonjas. — ¡Ah! yo os pido mil veces perdon : con eso me interesáis mas. Muy solo venís. — Sí, en verdad, hoy he salido solo. — ¿Os habéis cercado á ver el Arco de la Estrella? — Todavía no. — Si gustáis, os acompañaré de buena gana. — Con mucho gusto.

Así lo hicimos. Miéntras íbamos marchando por los Campos Eliseos adelante, la conversacion de los dos amigos improvisados giraba alternativamente sobre las costumbres de una y otra nacion y sobre las bellezas respectivas de sus capitales, contrayéndola tambien á veces á la situacion individual de cada uno. — Perdonad mi atrevimiento, me decia : vos seréis acaso emigrado. — No ciertamente. — Yo os pido que me disimuléis : ¡ como los españoles sois tan amantes de la emigracion.....! — Yo he venido, le dije, solamente por recreo, ó si queréis, por instruccion y curiosidad, por conocer el país. — ¡Oh, diablo! ¡Tambien los españoles viajáis por recreo y por instruccion ! Yo creia que los españoles viajabais solo por emigracion. Y pues sois tan nuevo en Paris, aconséjoo mucho cuidado en la eleccion de hotel. ¿En qué hotel vivís, si me es permitida la libertad de haceros esta pregunta? — En el de *** las tres estrellas. — ¡Oh! soy muy contento de ello. Allí está un amigo mio : ¿puedo saber el número de vuestra habitacion? — El 10. — ¡Ah! yo tendré el honor de

(1) Tenga por cierto, seguro é infalible todo español, que lo primero que le preguntarán en Francia es, si es italiano, en seguida si es inglés. En Holanda y Prusia le preguntarán si es italiano, si es inglés, si es belga, si es polaco, si es americano : lo último que se le ocurre preguntar es, si es español. Algunas corajinas me tiene costadas esta proposicion en las interrogaciones de averiguacion de patria.

pasar á ofrecer mis respetos al amable habitador del número 10. — Sentiré que os toméis esa molestia. — Al contrario, tendré en ello un placer inexplicable.

Admirábame mucho á mí, Fr. Gerundio, la extremada obsequiosidad de mi casual compañero, lo cual subió considerablemente de punto al llegar al arco triunfal de la Estrella. — Hé aquí, me dijo, un monumento digno de los triunfos de Napoleon : él es el mas sólido, el mas colosal que haya jamas existido. En efecto, esta obra soberbia, comenzada por Napoleon y concluida por Luis Felipe, no rinde parias á ninguna de cuantas pudieron erigir en este género los orgullosos romanos. Cerca de diez millones de francos (cuarenta millones de reales) se han invertido en la construccion de este arco prodigioso. Admirables grupos de relieves decoran cada una de sus fachadas. En la de la derecha está representada la partida del ejército en 1792 : el Genio de la guerra, de estatura colosal, llama la nacion á las armas, y guerreros de diferentes edades y uniformes se preparan á combatir. La de la izquierda representa el triunfo de Napoleon, coronado por la victoria en 1810. Sobre él está la Fama proclamando sus victorias, que la historia va anotando en su gran libro de registro : á sus piés están las ciudades conquistadas. Al lado opuesto se ve la resistencia de la Francia en 1814 : un jóven combate esforzadamente por su esposa, sus hijos y su padre : detras de él un guerrero cae de su caballo, herido de muerte, y el Genio del porvenir le alienta á pelear. Á la izquierda de esta fachada se presenta la paz de 1815 : un guerrero está envainando su espada : otro de mas edad se ocupa con un toro en los trabajos de la agricultura : una mujer y sus hijos están sentados á sus piés, y Minerva coronada de laureles les dispensa su proteccion. Aquí la batalla de Aboukir y la derrota de Mustafá-Pacha con un grupo de turcos : allí la toma de Alejandria con el retrato de Kleber, obra maestra de escultura. Acá las batallas de Austerlitz y de Jemnapes : allá los diputados de la nacion al rededor del altar del país dando las banderas á los guerreros. ¡ Admirable animacion de grupos, y magnífica perspectiva de cuadro, la mas grandiosa que acaso se haya ejecutado en piedra ! Debajo del grande arco se leen los nombres de 96 victorias, y los de los generales que en ellas ganaron fama y prez : entre todos 384.

« En este catálogo reconoceréis muchos nombres españoles, me decia el compañero de Strasburgo. — En efecto, respondi ; pero este es el catálogo de las victorias : el de las derrotas no le ha-

bréis visto quizá : pues aun es mas numeroso en lo relativo á España. — Ese no le he visto. — Verdad es que no habéis estado en España, segun me dijisteis poco há. » El silencio fué la única respuesta que me dió. — Subamos, me dijo despues, por la escalera interior, y gozaréis de uno de los mas bellos puntos de vista que tiene Paris. Era de ver á mi obsequioso socio llevar en propia mano para subir la oscura escalera, un farolito, que no permitió llevase el viejo soldado de Napoleon que está de guardian del monumento. Gozámos en efecto de la bella y grandiosa perspectiva que desde la ancha azotea del arco se disfruta. Al bajar se me adelantó á satisfacer el medio franco que se paga por cada paráguas ó baston que se deja en la portería. Sorprendíame tanta fineza de parte del incógnito. — Ahora iremos, añadió, si gustáis, á dar un paseo por estas afueras, y veréis las deliciosas campiñas de *Neuilly*. — Perdonad, le contesté : os complaceria de buena gana, pero no me es posible, porque tengo que hacer á la una, y solo falta un cuarto de hora. — ¡ Ah ! yo os ruego que me acompañéis á dar este paseo, que estoy seguro os agradará. — Y yo os suplico me dispenséis, porque ahora me es imposible. — Yo os aconsejo que no dejéis de aprovechar esta ocasion para gozar de las delicias de este campo. El dia está bueno ; vos no debéis regresar sin ver los frondosos bosques de *Neuilly*.

Me costó trabajo poderme evadir de sus apremiantes instancias. Entónces él viendo mi resolucion irrevocable, — pues bien, me dijo, ya que ahora tengo la desgracia de no poder gozar por mas tiempo de vuestra encantadora compañía, mañana tendré el honor de iros á buscar á vuestro hotel de *** las tres estrellas, y de acompañaros á ver las cosas notables de Paris. ¿ Será buena hora las once ? — Á las once ya habré salido yo. — Iré á las diez..... á las nueve, á la hora que gustéis, todas son buenas para mí ; mi deseo es complaceros y acompañaros.

Aconséjoos, amados hermanos míos, que si vais á Paris os guardéis de estos obsequiosos y finos cicerones contradizos, que se acercan con estudiado candor al extranjero y le hablan y preguntan con aire de sencillez, y concluyen espontaneándose á hacer todos los buenos oficios que conocen les habrá de agradecer mas un extranjero incauto. Guardaos de ellos, os digo, si no queréis ser desplumados en las afueras de *Neuilly* ó en otras extraviadas vias donde os sacarán so pretexto de enseñaros tal paseo delicioso ó tal edificio extramuros. Y guardaos de darles vuestro nombre y las señas de vuestro alojamiento, porque si no, contad

de seguro con que vuestro bolsillo será víctima de la astucia y sutileza de estos atentos socios improvisados. El mio se felicita todavía de la prevision de haber tenido que hacer á la una, de haber renunciado á ver las campiñas de Neuilly, y de haberle dado las señas de un hotel..... que no existe en Paris. Entre bobos anda el juego, y al descuidado no le favorece la ley.

Tirabeque en la Cámara de los Diputados.

Hé aquí una de las cosas que asegura mi buen lego Pelegrin que no había soñado nunca, verse él en la Cámara de los diputados de Francia. Así suceden al hombre cosas que no había pensado ni por sueños. Y estoy seguro que cuando en 1804 se encargó al arquitecto Poyect la construccion de un peristilo cuya magnificencia anunciara por la parte del Sena la entrada al palacio de las sesiones del cuerpo legislativo, tampoco pensó ni pudo soñar que al cabo de 37 años habian de entrar por allí Fr. Gerundio y su lego Tirabeque.

Al pié de una soberbia escalera de piedra de 100 piés de largo, se ven dos estatuas de Témis y de Minerva. Poco mas arriba sentadas en sillas curules sobre pedestales, otras cuatro estatuas gigantes que reproducen las imágenes de Sully, de Colbert, y de los Cancilleres de l'Hopital y d'Aguesseau. Sobre la plataforma en que termina la escalinata se eleva un peristilo de 100 piés de longitud, adornado de doce columnas corintias, en cuyo fronton triangular se representa la Ley apoyada sobre las tablas de la Carta, sostenidas por la Fuerza y la Justicia. Á su izquierda la Paz restableciendo el Comercio; á su derecha la Abundancia marchando bajo los auspicios de la Ley, y seguida de las Ciencias y las Artes.

— ¿Qué te parece de este pórtico, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondió, aunque no tengo el honor de conocer esta familia, paréceme gente mas decente y de mas forma que la que hay á la entrada de las Córtes de allá. — Y no solo de mas forma, Pelegrin, sino tambien de mas materia, pues todas estas estatuas son de piedra sólida, miéntras las del pórtico de nuestro Congreso me contentara yo con que fuesen de mediano estuco. — Señor, ¿cuándo tendremos nosotros un buen edificio para las Córtes?

Aquí me permitirá el gerundiano lector una ligera digresion-

cilla hacia el estado en que cuando esto escribo se encuentra el santuario que era de nuestras leyes.

Derribándose está en estos momentos el edificio del Congreso para construir sobre el mismo solar otro de nueva planta con arreglo á la ley decretada en Córtes. Yo he visto las Virtudes que decoraban su portada desnudas de la blanca corteza que las embellecía. Yo he visto la Justicia denegrada y sin espada ni balanza. Yo he visto la Prudencia sin cabeza, la Fortaleza sin manos, el Patriotismo despojado de la cascarilla exterior, y la España mutilada y rotas sus vestiduros : no eran unas Virtudes sólidas : eran una materia floja y quebradiza, y solo tenían de bello la figura y el barniz. Yo veo el descarnado armazon de un edificio que retrata el estado de una nacion que debió robustecerse allí y se quedó en su mayor parte en esqueleto. Yo veo los armadijos ocultos que sostenian sus paredes y sus bóvedas, símbolo de los manejos secretos que entraban en la confeccion de algunas leyes. Yo veo la escala que se ha puesto para subir á deshacer la cúpula del Santuario, emblema de la escala que cien veces se puso para trepar á la cúpula del poder. Yo veo los escombros hacinados por calles y plazuelas al modo que yacen hacinados por estantes y cajones tantos códigos y proyectos de ley. Yo los veo afeando la poblacion y entorpeciendo el paso al público, á la manera que afean el cuadro de nuestra situacion y entorpecen la marcha de los negocios públicos los embarazos que le dicta poner á cada uno su interes y su pasion. Yo he visto los operarios empleados en el derribo del que fué templo de la ley proclamar tumultuosamente una exigencia, justa si se quiere, y querer ellos dictar la ley. ¡ Ah ! ya que por ahora los legisladores hayan creido necesario derribar, derribese cuanto ántes, y ocúpense luego y pronto y sin descanso en levantar el edificio de la legislacion, que no es espectáculo para visto mucho tiempo el cuadro descarnado del derribo en lo material y lo moral !

Ahora entremos con Tirabeque en la Cámara de los diputados de Francia.

Un anciano respetable y de buen porte fué el que nos recibió y se mostró dispuesto á acompañarnos. — Señor, me decia Pelegrin, este tiene trazas de Presidente de la Cámara, será menester hablarle con respeto. — No lo creas, hombre, será el conserje. — ¿ Podríamos tener el gusto de ver el salon de las sesiones ? — Dignaos tomaros la molestia de seguirme.

En el primer departamento se veia el retrato del Rey, rodeado

del general Foy, de Casimiro Perier, de Mirabeau y de Bailly. — Hé aquí (nos dijo el venerable conserje al entrar en otro salon) aquí es donde se recibe al Rey : estas estatuas representan el Océano, el Mediterráneo, el Garona, el Ródano y el Saona. — Pues no le faltará humedad al amigo cuando entre, dijo Pelegrin. En España es mas seco el recibimiento. — Aquí tenéis la sala de conferencias. — Magnífica y bella es por vida mia, dije yo. — Diga Vd., buen amigo, preguntó Tirabeque : ¿y aquí es menester tambien tocar la campana para llamar á votar á los diputados cuando se quedan los bancos desiertos por estarse en conversacion y fumando cigarros en la sala? — ¡ Ah! perdonad, contestó nuestro guia ; yo no puedo satisfaceros á esa pregunta.

Vese en aquel salon el retrato de Henrique IV con una inscripcion que dice :

« Le violent amour que j'apporte à mes sujets m'a fait trouver tout aisé et honorable. »

« El amor que hácia mis súbditos me arrastra con violencia, me ha hecho hallarlo todo honroso y fácil. »

En el testero de la sala hay dos estatuas doradas con una banda en que se lee : « *El 22 de Enero,* » y debajo : « *Napoleon en el Cuerpo Legislativo.* » En la parte superior se conservan una porcion de banderas ; la mas desplegada era una española en que se leia : « *Fernando VII : Voluntarios de...* » Lo demas se ocultaba en los pliegues. Pregunté, y el conductor no supo darme razon. Le hice una indicacion de que me permitiese desenvolverla ; él indicó tambien no estar muy dispuesto á ello ; callé, la eché una mirada de sentimiento patrio, me puse á examinar los cuadros de la « Muerte de Sócrates, y la minoridad de Luis XIV, » y á la voz de : « entremos en el salon de las sesiones, si gustáis, » hubimos de seguir en silencio á nuestro conductor, no sin lanzar otra mirada á la bandera española.

La sala de sesiones es de forma semicircular, ó mas propiamente, de la figura de una conchâ pequeña y muy recogida, á propósito para poder hacerse oír el orador de mas débiles pulmones : los bancos están en gradería, ó sea en forma de anfiteatro : al respaldo de cada asiento está escrito el nombre del diputado que le ocupa : los cuatro bancos mas bajos y mas cortos son los de los ministros : en la parte estrecha del hemicíclo está colocada en alto la silla de la presidencia ; debajo de esta la tribuna del orador ; en rededor de la parte ancha del semicírculo las tribunas

públicas y reservadas; el salon recibe la luz por el techo. Un magnífico y admirable cuadro, obra de *Mr. Cour*, llena la pared del testero. Representa la apertura de la sesion régia abierta por Luis Felipe en 1830, y el juramento de la Carta. Encima se lee : « *Charte de 1830.* » Todos los personajes de este bellissimo y sublime cuadro son retratos sacados del natural. — Ved allí al Rey, nos decia nuestro conductor, rodeado de la familia real : allí tenéis á Benjamin Constant : aquel es Mr. Guizot : ved á Dupont de l'Heure : allí está Molé : aquel del pantalon blanco es Mr. de Montalivet... — ¡Oh! Guizot y Molé! exclamó Tirabeque, ¡ buen par de pájaros! — ¡Oh diablo! repuso el guia : perdonad, señor extranjero : vos no debéis haber comprendido : estos no son pájaros, que son hombres : sin duda no miráis donde yo señalo. — Sí Señor, sí, allí miro, sino que en España á los hombres que son como Guizot y Molé los llamamos *pájaros*. — ¿Y por qué así? — Nada, porque vuelan mucho con la imaginacion (*aparte* : á estos pájaros me habian de dejar á mí cortarles el vuelo). — ¡Oh diablo! yo no lo sabía : ¡ con que los llaman *pájaros*? — Sí señor, pájaros ó por mejor decir, pajarracos. — ¿Cómo, señor, *pacaracos*? — Sí, monsieur, pajarracos. — ¡Oh, qué diablo de rareza! y reia el anciano como un niño.

Á la izquierda del gran cuadro se lee en grandes letras de oro : « LIBERTAD. » y á la derecha : « ÓRDEN PÚBLICO. » Debajo de la tribuna del orador hay un medallon con un busto de dos caras. — Oiga Vd., monsieur; preguntó Tirabeque; ¿ este hombre de dos caras que está aquí es tambien el retrato de Luis Felipe? — ¡Oh! perdonad; ¿ no veis que no se parece en nada al de arriba? es el busto del Dios Jano; leed á la izquierda : « PASADO : » ahora leed á la derecha : « PORVENIR. » — ¿Y qué quiere decir eso? — ¡Oh! esto significa que los legisladores para resolver con acierto deben mirar á lo pasado y al porvenir. — Pues allá, dijo Tirabeque, por lo general no se trata mas que de ver como se sale del dia.

Dímonos en seguida á recorrer algunos bancos, y Tirabeque, tomándose una confianza como si la Cámara de los legisladores franceses fuese su propia celda, se iba sentando en los sillones que mas en antojo le venian : y oh! misterioso instinto de las asentaderas de mi lego! Precisamente los diputados que despues en las sesiones de 10 de Marzo último y de 6 del presente mes de Abril se han explicado mas en favor de España, *Mauguin, Berville, Durant de Romorantieu, Glais Bizoin, Billaud, Odilon Bar-*

rot, son cabalmente los que ocupan los asientos en que descansó momentáneamente mi Pelegrin. — ¿Lo ve Vd., señor? me ha dicho lleno de júbilo cada vez que hemos leído ó recordado alguna de estas sesiones : una de dos, mi amo ; ó yo tengo mucho instinto para conocer los diputadas franceses que son buenos, ó yo dejé aquellos asientos impregnados de españolismo. ¡Vivan los diputadas que se sientan donde estuve sentado yo! — Sí, pero recuerda que tambien te sentaste en los destinados á Soult y Guizot. — Es que en aquellos, mi amo, me senté con mal fin, y Vd. me disimulará que no le explique, porque alto le penetrará Vd.

Yo le reprendí entónces la libertad que se tomaba, no tanto por privarle de aquel gusto, cuanto por acreditar á nuestro buen anciano que reconocia estar abusando de su condescendencia. Ya íbamos á salir cuando le ocurrió á Tirabeque dirigirle de nuevo la palabra. — Diga Vd., Sr. presidente, ó secretario, ó lo que Vd. sea : ¿y aquí en este salon se gasta tanto tiempo en fruslerías como allá en España? — ¡Ah! perdonadme; ya os he dicho que no me es posible contestar á esas preguntas. — Pues vaya otra, aunque Vd. perdone; como soy extranjero, quisiera informarme de todo. ¿Y aquí se suelen pasar legislaturas enteras sin tratarse de los presupuestos del año como allá?—¡Oh! vos me hacéis unas preguntas...! — ¿Y por esta tierra se interpela todos los dias por cualquier cosilla? — Pelegrin, le dije, no molestes á este caballero con preguntas de que prudentemente quiere huir. Yo os suplico tengáis la bondad de dispensar las impertinencias á que conduce á este mi compatriota un exceso de curiosidad. Yo os doy las gracias por la amabilidad que habéis usado con nosotros y tengo el honor de saludaros. — Gracias, señor, yo os doy mil veces las gracias.

Y nos despedimos. — Señor, me preguntó luego Tirabeque, ¿por qué daba tan rendidamente las gracias ese hombre, cuando éramos nosotros los que se las debíamos dar á él? — Sin duda por los dos francos que le dejé en la mano. — Mire Vd..... ¿Con que tomó tambien los franquitos? Y le tenia yo por el presidente de la Cámara? — Yo tanto como eso no, pero algo me temia ofender en ello la delicadeza de tan decente y respetable persona : mas he visto con satisfaccion que he tenido la fortuna de no resentir en lo mas mínimo su amor propio. — Vaya, vaya, mi amo : está visto que los amores propios de aquí son muy duros, y no se resienten á dos por tres, aunque les den de firme.

La tumba de Napoleon.

Nueve meses hacia poco mas ó ménos que se habian depositado las cenizas de Napoleon en la iglesia del cuartel de los Inválidos, y otro tanto iba que yo habia ejercitado mi gerundiana péñola en la descripcion de un suceso acaecido en el acto de las exequias fúnebres (1). Natural era pues mi deseo de visitar personalmente el sepulcro del grande hombre.

Ya le estoy viendo..... Dejarme; yo quiero que mis ojos se harten de mirar este féretroinsigne: contemplen Vds. entre tanto, si gustan (les decia yo á los que me acompañaban) las grandezas de este templo, obra maestra de la arquitectura francesa: yo no quiero ver mas que este sarcófago, este depósito precioso de los restos del mas grande mortal de los modernos siglos. ¡Cuántas águilas! ¡Cuántas banderas! ¡Cuántos trofeos de gloria anuncian á la entrada de la capilla el inanimado tesoro que encierra! Ya veo la urna cineraria. La espada de las mil victorias, el sombrero que cubria aquella cabeza privilegiada reposan sobre la tumba del héroe. El negro pabellon recamado de estrellas de oro que cubre sus paredes, la luz de las lámparas que alumbran aquella mansion lúgubre, todo convida á la contemplacion y al recogimiento religioso. Mi imaginacion quiso abarcar las glorias del ilustre difunto, y se paró asombrada, y no acertó á salir del estrecho recinto que servia de pábulo iusaciante á los ojos. Solo un pensamiento de orgullo patrio se atrevió á asaltarme en aquellos momentos: « ¡y á este hombre! decia yo, ¡y á este hombre le humilló la España! ¡Oh! parece imposible, y sin embargo es cierto que le humilló! » Y no era extraño que á mí me pareciese imposible cuando á él mismo le habia parecido tambien.

La tumba de Napoleon gozará siempre de un privilegio que no han podido alcanzar las de todos los demas grandes hombres, el de no necesitar de inscripcion alguna que indique quién es el mortal que en ella descansa. En aquel mismo templo, en una de las capillas laterales, se halla entre otros el sepulcro de mármol del mariscal de Turena. Solo su nombre se ve grabado sobre su tumba: él solo puede expresar por sí mismo toda su gloria. Pero al fin ha habido necesidad de inscribir un nombre. ¿Será necesario

(1) Capillada 313 del 29 de Diciembre de 1840, tom. 21, pag. 119.

jamas escribir el nombre de Napoleon sobre su sepulcro? Por muchos siglos que corran, ¿quién se llegará al templo de los Inválidos que necesite leer : « Esta es la tumba de Napoleon. » Ni aun pudiera aplicársele el famoso epitafio del grande Alejandro :

« Sufficit hic tumulus cui non suffecerat orbis. »

« Basta ahora este túmulo á quién no habia bastado el orbe entero. »

Pues ni aquel túmulo basta á Napoleon : es pequeño todavía para hombre tan grande. Aquel que hasta ahora está en una de las capillas colaterales de la iglesia, es provisional : el sitio destinado para otro monumento mas grandioso, mas digno todavía del héroe, es el punto céntrico del templo. Yo vi en la exposicion de la Academia de Nobles Artes los innumerables modelos ó proyectos presentados por los artistas mas distinguidos : el de Mr. Vizconti parece que es el que ha merecido la preferencia ; la gloria de Mr. Vizconti se eternizará con la de Napoleon. Hé aquí otro privilegio de los grandes hombres, arrastrar tras su gloria la Gloria de los artistas.

Cuando Tirabeque se acercó á la capilla de la tumba, se arrojó, se persignó, y se puso á rezar muy fervoroso. — « ¿ Á quién rezas, hombre? le pregunté. — Señor, me respondió, rezo *al Santo Sepulcro*. — No me admira, le dije riéndome, porque verdaderamente esto inspira una devocion religiosa tanto como una admiracion profana. Y bien, ¿ qué es lo que pides en tus oraciones? Supongo que pedirás á Dios la gloria para Napoleon. — No señor, Napoleon bastante gloria tiene ya. Pido á su divina Majestad que nos haga la merced de enviar á España siquiera un medio Napoleon... pero ha de ser español, mi amo : si no, no le quiero : para ver si llegamos algun dia á ser algo, porque de otro modo.... — Eso ya es otra cosa : en este sentido reza cuanto quieras ; lo peor será que pidas sin fruto. — Tal me temo yo, señor, porque ya otras veces le he pedido á Dios lo mismo, y hasta ahora no le he merecido contestacion, pero en fin, en rezar poco es lo que se pierde. « Padre nuestro.... »

Los Inválidos.

Concluida la oracion de Tirabeque, nos dirigimos á la parte del edificio destinada para asilo de los guerreros inutilizados en campaña. Nada diré de la grandeza material del *Hôtel royal des Inva-*

lides, de aquel vasto recinto, refugio del valor, de la gloria y de la desgracia; ni de la estatua ecuestre de Luis XIV que descansa sobre el grande arco adornado de trofeos militares de la entrada principal, ni de las estatuas de las naciones vencidas, ni de las columnas jónicas, ni de las arcadas, ni del famoso cuadrante sostenido por el Tiempo y el Estudio, ni de los planos en relieve de las principales plazas y ciudades de Francia, ni de otras cien obras de escultura que le adornan. Hablaré solo de aquellos cuatro ó cinco mil veteranos, cuyos mutilados miembros y antiguas cicatrices, junto con las cruces de honor que ostentan en sus pechos, inspiran veneracion y respeto hácia los valientes que se sacrificaron por su patria, y que por merecido premio de su valor y sus virtudes disfrutan ahora de los consuelos que un gobierno sabio y compensador ha sabido proporcionarles dentro de aquel grandioso edificio.

Entre ellos hay todavía muchos soldados del Imperio. Con noticia de que éramos españoles, se llamó á uno que habia perdido un brazo en la batalla de Talavera. Este antiguo guerrero manifestó mucho placer en ver á dos naturales de un país que habia sido el teatro principal de sus campañas, de sus glorias y de sus infortunios. Se complacia en hablarnos en mal chapurrado español, y nos acompañó en la visita de los dormitorios y de los comedores. Era la hora de comer, y esto nos proporcionó el gusto de poder atestiguar el buen trato que reciben en aquel establecimiento. Comian de cuatro en cuatro en cada mesa. El aseo en el servicio competia con el aseo en el vestir. — ¿Y cómo están Vds. ahora en España en punto á este ramo? nos preguntó el veterano. — Á pedir de boca, le contestó Tirabeque. — Mucho me alegro, replicó el frances. — Es que no crea Vd., añadió Pelegrin, que este *pedir de boca* significa hoy dia lo mismo que cuando Vd. estuvo en España. Ahora significa que los inutilizados en la guerra andan de puerta en puerta *pidiendo* que llevar *á la boca*. — ¿Será posible? ¿Pues no hay todavía en España ningun cuartel de asilo para los inválidos?

Entónces tomé yo la palabra y le dije: — Sí, ya le hay: en Madrid, en el que fué convento de Atocha, ha fundado uno el ilustre duque de Zaragoza, general Palafox. — ¡Oh! ¿vive todavía el general Palafox? — Vive, si; á su celo se debe la creacion y el sosten de aquel establecimiento. — ¡Oh! el general Palafox! Zaragoza, Zaragoza! También estuve yo allí. ¡Oh! Mr. Palafox era un general digno del Emperador. ¿Y hay tantos inválidos en

aquel hotel como aquí? — Sobre corta diferencia, dijo Tirabeque; sobre unos cuatro mil ó cuatro mil quinientos. — Muy bien; hay casi tantos como aquí. — Es que son cuatro mil quinientos de diferencia. — ¡Diablo! Eso es muy distinto. — Y estarán bien sostenidos por el Estado. — Sí, bastante bien. Pero allí la caridad lo hace todo: se suelen abrir suscripciones, y se hacen tambien algunas funcioncillas en los teatros y en los liceos á beneficio de los inválidos, y con un poco de aquí y otro de allí van saliendo del dia los pobrecitos. — ¡Oh! eso es una iniquidad, es una abominacion de la parte de vuestro gobierno. — ¡Ah! dije yo para mí: ¡no sabes tú bien, pobre inválido, el mal rato que dan á un español amante de su país estos recuerdos y estas comparaciones!

Un antiguo oficial nos condujo despues á las cocinas, y en seguida nos enseñó.... lo que á Tirabeque le causó una explicable sorpresa que degeneró en mal humor; y á mí no me le produjo tampoco muy bueno, por esto de las comparaciones y los recuerdos que no se pueden evitar. Nos enseñó el servicio de mesa para los jefes y oficiales del establecimiento: toda la bajilla era de plata: cubiertos, cucharones, platos, fuentes, soperas, salseras, palilleros y todos los demas utensilios de plata: ¡y esto para doscientos, ó trescientos ó mas oficiales! creo que esto bastará por sí solo para excusarme de dar otros pormenores del estado de brillantez del cuartel de Inválidos de Paris.

Otra cosa sin embargo no puedo dispensarme de mencionar, por mas que en ello padeciese entónces y padezca ahora el amor patrio, la cual no me fué ménos sorprendente. Es la biblioteca del establecimiento, compuesta de veinte mil volúmenes, que está abierta todos los dias de trabajo desde las nueve hasta las tres, para instruccion, entretenimiento y recreo de los.... iba á decir, de los desgraciados inválidos, pero diré mejor, de los afortunados, pues como observaba mi buen lego, vale mas ser soldado sin piernas en Francia que soldado con todos los miembros sanos y corrientes en España. — Señor, vámonos de aquí cuanto ántes, añadia, porque se me están representando los defensores de nuestra patria pidiendo limosna por las esquinas, y si nos detenemos un poco he de tener que decírselo á estos hombres por desahogarme, y bien sabe Dios que sentiré que lo sepan.

Yo conocí la razon con que me apremiaba, porque precisamente experimentaba las mismas sensaciones, y dando gracias á aquellos beneméritos guerreros por su agasajo, salimos del *Cuartel de Inválidos*.

Las Tullerías por dentro.

Con permiso de Luis Felipe voy á entrarme un rato por su casa y á registrar lo que tiene en ella. He dicho mal, porque no obtuve el permiso de Luis Felipe, puesto que él no se hallaba á la sazón en Paris ; pero obtuve el del intendente de palacio, y *cela m'était égal.....*

Entro, pues, por el arco de triunfo de la plaza del *Carrousel*. Llámase *Plaza del Carrousel* á un vasto paralelogramo ó sea un dilatado espacio cuadrado dividido por una gran verja de hierro, que da entrada á un patio dentro del cual pueden maniobrar quince mil soldados. Este patio antecede por la parte de Oriente al palacio de las Tullerías. En la plaza del *Carrousel* fué donde estalló el 24 de Diciembre del año 1800 aquella espantoso *máquina infernal* que se descargó contra Napoleon al tiempo que se dirigia á la ópera, siendo primer cónsul de Francia, y que conmovió cincuenta casas que despues fueron demolidas. Por la parte del *Carrousel* fué tambien por donde se atacó principalmente al palacio de Tullerías en la famosa y sangrienta jornada del 10 de Agosto de 1792. Los agujeros que abrieron en las paredes las balas de los asaltadores, fueron cubiertos con piedras, sobre cada una de las cuales se escribió « 10 de Agosto. » Bonaparte hizo borrar despues estas inscripciones, pero aun se distinguen las piedras en que estuvieron.

Sobre el *Arco de Triunfo* hay una estatua de la Restauracion, en bronce, tirada por cuatro caballos de la misma materia. El grupo es imperfecto, y los caballos parece que pertenecen á dos distintos partidos politicos, pues dos tiran por un lado y dos por otro. Antes habia en el arco unos bajos relieves que representaban *los gloriosos hechos del duque de Angulema en España*. Han sido destruidos, y esta destruccion es la mejor obra que se ha hecho en aquel arco.

Desde aquel gran patio se abraza de un golpe de vista los cinco extensos é irregulares cuerpos de que se compone el palacio de las Tullerías. No hay nada que represente mejor la marcha de nuestra última revolucion española que las fachadas de aquel palacio. Nuestros gabinetes y aquellos arquitectos, unos y otros han edificado sin unidad de plan : no hay un cuerpo del edificio que se parezca al otro; los órdenes de arquitectura están confundi-

dos; cada profesor parece que ha hecho estudio de seguir el sistema opuesto al de su antecesor, y que la obra ha sido dirigida por un espíritu de antipatía y de contradicción, viniendo á resultar un todo heterogéneo, irregular, feo y desagradable.

Así me decía, á mí Fr. Gerundio, un diplomático español que me acompañaba, y cuyo sistema gubernamental aun no ha sido ensayado. — Verdad es, le dije, pero hay una diferencia de nuestros gobernantes á estos arquitectos; y es que estos en medio de la ninguna armonía de sus sistemas, al fin cada uno siguió el suyo, cada uno edificó algo, y resultó un todo, si bien imperfecto y discordante, pero vasto, cómodo y anchuroso para la vivienda de un gran monarca; miétras los nuestros ó no han tenido sistema, ó no han edificado nada, ó se han ocupado en destruir lo que habian hecho sus antecesores, y el resultado es que el edificio de nuestra regeneracion no ha podido salir de cimientos. El diplomático se encogió de hombros, bajó la vista y..... — entremos, me dijo, si á Vd. le parece. — Cuando Vd. guste, le respondí, y entrámos por la puerta de la derecha.

Pero ántes de todo no será malo explicar á mis lectores la etimología y significacion del nombre de *Tullerías*, porque entre ellos los habrá que pueden haberlo olvidado de puro sabido, y los habrá tambien que absolutamente lo ignoren. Para los últimos es este parrafillo, los primeros pueden proceder desde luego á la lectura del siguiente.

El terreno que ocupa hoy el palacio de los monarcas de Francia fué en lo antiguo una *tejera* ó *tejerías*, *tuileries* que surtian de tejas á casi todo Paris. Este terreno fué comprado en 1342 por *Dessessats* y *Villeroy*, que construyeron en él dos buenas casas con patios y jardines. Andando el tiempo, adquirió Francisco I aquellas posesiones por permuta, y sobre las ruinas de aquellas dos casas hizo Catalina de Médicis, mujer de Henrique II, levantar un palacio para los reyes, que con el tiempo y á retazos y añadiduras se fué agrandando hasta lo que es hoy, conservando siempre el humilde nombre de Palacio de las *Tuileries* ó de las *Tejerías*.

Lo primero que vi en el palacio de Luis Felipe fué una *Amaltea* de plata. Tirabeque que sabía ya desde España lo que significaba la señora *Amaltea*, me comenzó á decir: — Señor en un palacio donde lo primero que se encuentra son cuernos de plata, y donde la señora *Matea*, como yo la llamaba cuando era mas lego que ahora, empieza derramando riqueza, ¿qué tal será lo demas? — Calla, le dije, temiendo que empezara á comprometerme con sus

indiscreciones : cuando dimos vista á la escalera principal, ¿no viste en la primera meseta dos estatuas del *Silencio!* — Sí señor. — Pues estas te quisieron decir que aquí lo que se hace es oír, ver y callar. — Es que hablo en español, mi amo. El diplomático se echó á reír, y entrámos en la sala de los *Mariscales*, que ocupa todo el pabellon del centro.

Esta sala está rodeada de retratos en cuerpo entero, pintados al óleo, de los *Mariscales* de Francia que actualmente existen. — Señor, me preguntó Tirabeque al oído, ¿quién será aquel de la cara de pocos amigos? — *Le voilà*, dijo al mismo tiempo el dependiente que nos guiaba, *le maréchal Soult*. — Ya lo oyes, Peregrin, el mariscal Soult. — ¿El compañero de *Guizot*? — El mismo, el actual ministro de la Guerra. — Él habia de ser, señor : ¿cómo se ha de portar bien con los españoles un hombre que tiene esa cara de vinagre? — Calla, maldito. — Y para que sea mas bonito le ha hecho el pintor una pierna mas larga que otra. — Pues qué ¿no sabes que el mariscal *Soult* es cojo como tú? — Vaya por Dios, señor : por cuanto no me habia yo de parecer á cosa buena ! Rodea la sala un balcon sostenido por consolas, y del lado del jardin hay una tribuna sustentada por cariátides ó estatuas en figura de mujer. Pasemos si gustáis, nos dijo nuestro áulico conductor, *al salon de los nobles*.

Llamábase antiguamente esta sala *de los guardias*. Cuadros magníficos que representan batallas, marchas militares, triunfos y victorias decoran en derredor este salon. Sigue el llamado *de la Paz*, por una estatua colosal de la *Paz* que le adorna, ademas de los bronce, bustos, preciosos vasos, ricos muebles y soberbia araña que le embellecen. Contigua está la sala *del Trono*, donde el Rey recibe los embajadores. Lá araña que cuelga del medio del techo es de una belleza extraordinaria; cubre sus paredes una finísima tapicería de los Gobelinos; en sus ángulos hay unos candelabros soberbios; en el pafion se ve á la religion protegiendo la Francia. — Este salon lo reconocerá Vd. bien, le dije á nuestro diplomático. — Algunas veces, me respondió, he tenido la honra de hablar en él al Rey. — Pero no habrá Vd. tenido la honra de sentarse en su trono, nos dijo á este tiempo Tirabeque. — En verdad que no. — Pues yo sí. — ¡Cómo! — Como Vds. lo oyen. Mientras Vds. estaban vueltos de espalda con este Monsieur, entretenidos en ver uno de estos tapices, yo me fui acercando, acercando, como que no hacia nada, al sillón, y..... plaf, me senté en él y me volví á levantar mas listo que un pensamiento. Tengo el

honor de haber estado sentado en el trono de Luis Felipe. — Atrevido! ¿Y si te hubiera visto este ujier.....? — Señor, punto en boca, no lo oiga el ujier; acuérdesse Vd. de las dos estatuas del Silencio : aquí oír, ver y callar. Trabajo nos costó reprimir la risa, porque no viniera en sospecha ó conocimiento nuestro conductor. Pero ello es que mi Pelegrin tuvo el desvergonzado honor de sentarse en el trono de Luis Felipe, cosa que se puede asegurar no le habrá sucedido á otro lego alguno. — Y bien, le decia yo despues que salimos, ¿qué tal encontraste el asiento? — Señor, me respondió, pienso que al revés de Luis Felipe : porque á mí me pareció que estaba lleno de espinas, y era sin duda el miedo de que me vieran en él el que me picaba, y me estremecí todo, y no deseaba mas que dejarle ; y á Luis Felipe debe parecerle muy blando y muy mullido, y su único sentimiento debe ser no poder ir sentado en él al otro mundo.

Á la sala del *Trono* sigue la sala del *Consejo*, brillante en dorados, pinturas y esculturas. Sobre una lujosa chimenea hay una magnífica péndola de Lepanto. Á la extremidad de los grandes departamentos está la galería de *Diana*. Una oportuna combinacion de espejos da un brillo y una claridad extraordinaria al gran salon del *Comedor*. Las salas de *Concierto* y del *Billar* son notables por el gusto y elegancia de sus exquisitos muebles. Detras de estos departamentos, y á la parte del jardin están las habitaciones del Rey : la sala de labor donde el monarca recibe de confianza por la noche, miéntras la familia se entretiene modestamente en hacer calceta y otras labores de manos al rededor de una gran mesa redonda cubierta con un paño verde, y las habitaciones de dormir.

Yo me detuve á cureosear un poco la *Biblioteca particular* del Rey. En los pequeños momentos que nos permitia la viveza ó la prisa de nuestro guia, pude atisbar las obras de *Voltaire*, de *Montesquieu* y de *Racine* : la *Historia de las revoluciones* : un *Tratado del gobierno*, y la *Historia de España*. — P. Fr. Gerundio, me decia nuestro diplomático, no tiene malas obras en que estudiar el hermano Luis Felipe.

— Por parte del estudio, le respondí, no tengo yo cuidado : la dificultad está en las obras. — Eso es lo que digo, que las obras son buenas. — Mi cuidado, le repliqué, no está en las *obras escritas* de los autores, sino en las *obras prácticas* del que las lee. Estas *obras* son las que yo quisiera buenas.

En la sala de *Consejo*, allí donde tantas veces se habrá decidido

la suerte de las naciones, llamó muy particularmente la atención de Pelegrin un cuadro que está á la izquierda de la entrada. Es un preciosísimo cuadro de perspectiva que representa una comunidad de frailes en refectorio. Es de lo mas acabado en su género que jamas he visto : las figuras parece que hablan, que se mueven, que comen : Tirabeque se embelesaba contemplando la naturalidad de los legos que servian á la mesa, suscitándole las mas vivas reminiscencias de iguales menesteres en que tantas veces se habria ejercitado. Por otro lado decia : — Señor, ¡ un refectorio de frailes en una sala de consejo! ¿qué querrá decir esto, mi amo? ¿si querrá significar que los que aquí se juntan á disponer de los reinos y de las naciones son tan egoístas como los frailes, y que todos ellos no cuidan mas que del número uno?

— No creas tal, Pelegrin, le dije, será casualidad no mas.

No quisimos ser mas molestos, y tomámos el camino de la salida. La *capilla* no tiene cosa alguna notable, igualmente que el *teatro*, aunque lindo y bien compartidas las localidades. El palacio de Tullerías en su conjunto no deja de ser digno del monarca de un gran pueblo, si bien hay otros que, aunque no tan vastos, reúnen mas bellezas y mejor gusto que aquel.

Los Campos Eliseos.

Señor Pindaro, Vd. ha padecido una equivocacion. Señores Homero y Esiodo, siento mucho tener que rectificar á Vds. Señor Platon, Vd. era muy sabio, pero tambien los sabios la yerran. Señor don Dionisio el geógrafo, mi ánimo no es de ofender á Vd., pero no puedo ménos de decir á Vds., señores, que tanto Vds. como otros respetables autores que nos han dicho y enseñado, los unos que los *Campos Eliseos* eran un lugar de placer adonde pasaban las almas justas despues de su muerte á gozar de un continuo jolgorio : los otros que estaban en la cuarta division del infierno, los otros que en la luna, los otros que en el centro de la tierra, los otros que en las islas Afortunadas, y los otros que entre Sevilla y Jerez de la Frontera, todos se han equivocado Vds. de medio á medio, y dispénseme Vds. que les hable con esta franqueza. Los *Campos Eliseos* están en Paris y nadie me lo puede negar, porque los he visto yo. Y no solo los he visto, sino que mas de cuatro veces ha paseado mi humanidad reverenda por aquellas larguísimas y frondosas carreras de árboles que van de la plaza de la Con-

cordia hasta el Arco de la Estrella, y que llaman *Campos Eliseos*.

Si todo es farsa en este mundo, como dice, y creo que con mucho fundamento, el castellano refran, los *Campos Eliseos* de Paris deben ocupar exactamente el punto céntrico del mundo, porque ellos son el centro de la farsa y el foco de los farsantes *cujusque generis et speciei*.

Para gozar de lleno del divertido, variado y extravagante espectáculo que ofrecen los *Campos Eliseos* es menester verlos, ó en una noche apacible de verano, ó en una mañana despejada de otoño. Si es de noche, le dan nuevo realce y contribuyen á aumentar la ilusion los innumerables faroles nacionales de gas que iluminan el paseo en toda su larga extension, los infinitos otros farolillos de propiedad particular que alumbran la mesa ó tienda de cada farsante, y las inenarrables aventurillas nocturnas que *ab utroque latere* tienen lugar como puede suponer el curioso lector. Si es de dia, se disfruta al mismo tiempo de la animacion que da al espectáculo el paso continuo de toda clase de carruajes de lujo, los elegantes que concurren con el objeto de lucir sus cuerpos y sus caballos, y los cochecitos tirados por cuatro ó seis cabras con sus competentes arreos y penachos de color en que se pasean los niños por el módico alquiler de diez ó doce sous por cada vuelta. Todo farsa.

Pero esta es la parte mas insignificante de aquellos nuevos *Campos de Farsalia*. Es de ver el enjambre de titiriteros, saltimbánquis, charlatanes, embaidores y farsantes de todas las especies, castas y raleas conocidas que pueblan aquel dilatado paseo. Aquí un corrillo de curiosos admirando embaucados la destreza de un jugador de cubiletes : allí otro corro entretenido con las gracias de un polichinela ; allá un numeroso auditorio embelesado con la parodia de un vaudeville ; mas adelante un extenso círculo extasiado con los experimentos de una máquina eléctrica ; al lado una turba de muchachos regocijados con las habilidades de un perrito ; acá un grupo recreándose en ver los juegos de fuerzas de los Alcides ; en seguida una rueda de gentes al rededor de la rueda de la fortuna ; allí inmediato una muchedumbre rodeada al juego de la bola ; y aquí un corro, y allí otro corro, y acá otro corro, y allá otro corro, y mas adelante otro corro, y mas allá otro, porque aquí hay un viejo que convierte las estopas en cintas de colores dentro de la boca, y allí hay un jóven que baila el baile inglés, y acá hay dos niñas de ocho años que tocan dos violines á duo, y allá hay uno que pública sobre una mesa las virtu-

des de un elixir de larga vida, y mas adelante hay un hombre sin brazos que escribe con la boca como el mejor pendolista, y mas allá hay otro que se mete en el pecho una culebra domesticada, y á la izquierda hay un ventrilocuo, y á la derecha una mujer bailando en la cuerda floja al son de un organillo.

De trecho en trecho están los teatros portátiles, especie de cajones destinados á las representaciones escénicas de dos gatos, ó de un gato y un mono, con sus correspondientes rótulos á la portada que dicen : *Gran teatro de Regnault*, *Gran teatro de Mr. Lambier*, etc. Y de cuando en cuando suele oírse, como oí yo, á uno de estos empresarios de teatros decir con mucha gravedad : « ¿ qué valen las representaciones de *Mr. Lambier*, ni las de *Mr. Foucard*? ¿ qué vale el gato de *Mr. Moulins* comparado con el mio? Mirad qué bien vestido le tengo ; venid á ver sus habilidades. »

Aquí los juegos de caballos, allí el juego de la paloma, acá el de las bochas, allá de la cerbatana, y aquí y allá y por todas partes se oyen los disparos de los que se ejercitan en tirar al blanco á cuatro sueldos el tiro. En los *Campos Eliseos* está el *Circo Olímpico nacional* dirigido por Franconi (que de paso sea dicho es uno de los locales de espectáculo mas bellos y mas grandiosos que tiene Paris); allí se encuentran los salones de baile titulados de *Marte* y de *Flora* : allí el *Diorama nacional* en que se representa *el gran incendio de Moscow* ; allí el *Navalonama*, en que se ve la isla de santa Helena y el acto de salir las embarcaciones surcando los mares con las cenizas de Napoleon : allí el *Cosmoroma* y el *Neorama*, y el *Panorama*, y todos los acabados en *rama*, y todo lo que pertenece al *ramo* de la farsa escénica y de la tiritaina y del embaucamiento, aumentado con la vocinglería de los charlatanes vendedores de estampas y de libros, que con uno en la mano levantando el brazo y enseñándole á los concurrentes, « hé aquí, dicen, el libro misterioso que se encontró debajo de las murallas de la gran ciudad del Cairo cuando fué conquistada por el gran Napoleon ; él ha sido traducido de oculto por el hombre mas sabio de la Francia y no ha quedado ya mas que este ejemplar que es muy rebuscado ; el que no quiera quedarse sin este libro precioso, que se apresure, porque me le están arrebatando de las manos : en diez sueldos le doy. » Y bien puede darle en diez sueldos, y aun en uno, porque son unos cuentos tontos para entretenimiento de niños, que nadie ha podido tener paciencia de leer enteros jamas.

Y á este simil son tantas las farsas y las extravagancias que se

ven en los Campos Eliseos en cualquier noche apacible de verano ó en cualquier mañana despejada de otoño ó de primavera, que bien puede decir que tiene la cabeza de bronce el que las primeras veces no salga de allí con el cerebro trastornado.

Todo esto lo ve cualquiera, pero lo que no habrán visto todos es cierto establecimiento de *doscientas figuras de cera* que hay al extremo de los *Campos Eliseos*, á la derecha, ya cerca del arco del Triunfo. — Entren Vds. conmigo, que no cuesta mas que seis sueldos. Gran cartelón. Un jóven y una jóven (de cera por supuesto) unidos y metidos en un cesto anuncian á la parte exterior de la puerta que por allí se entra al gran establecimiento ceroplástico. El significado de aquella *cópula nefanda*, como llamó uno de nuestros diputados la alianza Carlo-Cristina, no le pude averiguar. Un enjuto anciano, el hombre-oblea recortado en pergamino que dice nuestro Fabiani en la comedia *Los polvos de la madre Celestina* es quien nos va explicando las figuras, ménos la suya que es indefinible, y no admite explicacion. La leccion la sabe de corrido, y charla como un cotorro sin hacer punto ni coma : oigamos al hombre papagayo.

« Señores, estos de la derecha todos son monstruos ; esta es una ternera con dos cabezas : estos son dos niños unidos por el pecho : estos son dos hombres pegados tambien por medio de ese tubo que va del pecho del uno al del otro : estos son tres enanos gemelos.... esta es una mujer que fué jefe de bandidos en Suiza... estotra fué guillotizada en Burdeos.... este es el ladron Elavide..... este grupo representa lo siguiente : los amores de *Piramo* y *Thisbe*, el bautizo del *duque de Paris*, la hermosa *Galatea*, el cíclope *Polifemo*, *Mademoiselle Rachel*, *Mademoiselle Taglioni*, y el famoso *Bébé*, enano del Rey de Polonia Estanislao. » — ¡ Ira de Dios ! dije para mí, y qué mezcolanza mas prodigiosa y qué galimatías mas insigne ! Parecióme una de las décimas de despropósitos de Iriarte reducida á figuras de cera, y púseme naturalmente á cantar por lo bajo :

Tocando la lira Orfeo,
Y cantando Jeremias,
Bailaban unas folías
Los hijos del Zebedeo :
Viendo esto el Dios Himeneo
Llamó á la casta Susana

— ¡ Ah ! *la casta Susana* (me interrumpió el hombre oblea), *la*

voici aquí tenéis á la casta Susana al lado del Arzobispo de Paris, este es Monseigneur el Arzobispo, esta la casta Susana.

Yo reía como un simple, y sentía no tener allí siquiera otros tantos compatriotas como eran las figuras de cera para tener el gusto de celebrarlo juntos. — Decidme, amigo : ¿ y quiénes son estos personajes que están sentados al rededor de esta mesa en forma de cenáculo ? — ¡ Oh ! estos son personajes muy famosos : aquí tenéis á Luis Felipe, actual Rey de los franceses ; este es el trágico Talma : esta doña María de la Gloria : este don Miguel de Portugal : esta la reina Cristina : esta Isabel II : esta es una Lilliputiense.... — ¿ Cuál decís que es Isabel II ? esta ? — Perdonad, esa es la lilliputiense : la reina Isabel es esta. — ¡ Pobre Isabel II ! Infamemente retratada está en la Guia de Forasteros española de este año 42, pero voto á mi padre san Francisco que aquello era una herejía real de cera. Si hubiera estado allí Tirabeque es imposible que se hubiera contenido sin soplar al hombre-pergamino un sepan-cuantos. — Proseguid, buen hombre, proseguid. — Este es Guillermo IV de Inglaterra : esta la reina Victoria : estos son cuatro *paraditas* (farsantes), estos dos son el Rey y la Reina de los Belgas : este es el Emperador de Rusia : este el príncipe don Francisco de España.... — ¿ Y no está por aquí don Carlos ? — Aquí le tenéis separado de la mesa con Ab-del-Kader.... esta figura de la izquierda es la muerte del mariscal Lannes : ved aquí á Napoleon expirando..... — Bien, bien, no me enseñéis mas : en lo único que habéis estado acertado es en colocar á don Carlos y Ab-del-Kader juntos y sin participacion en la mesa.

En mi vida vi mas disparates reunidos ni congreso de reyes mas de carnaval : á no ser por la explicacion del hombre enjuto, se hubiera tenido por una comida de hostería. El que dude de la exactitud de los personajes y de su colocacion, no tiene mas que ir á Paris y verlo. Sin embargo, los farsantes franceses tienen desfachatez para exponer esto al público.

Omito en beneficio de la brevedad otras muchas farsas de los *Campos Eliseos*, pero creo que basta esta ligera reseña para deducir, que si todo es farsa en este mundo, los *Campos Eliseos* de Paris deben ocupar el centro del *mundo farsálico*.

Templo calvinista.

Á pesar de la libertad de cultos en Paris, como en toda la Francia, la religion dominante así en la capital como en la mayor

parte de los departamentos, es la católica romana, si bien en las provincias del Mediodía está mas arraigado y extendido el catolicismo que en las del Norte, donde el protestantismo, sin ser el dominante, cuenta muchos mas prosélitos que en el Mediodía. En Paris los templos católicos son innumerables, los no católicos pueden recorrerse en pocos dias.

Yo aconsejaria á todo español curioso que no dejara de visitar la *capilla de la embajada rusa*, sita en la *Rue Neuve de Berry*, núm. 4, á la derecha de los Campos Eliseos, cerca del establecimiento de figuras de cera descrito en el artículo anterior. Pero le aconsejaria tambien que no hiciera falta entre diez y once de la mañana, pues si algo mas tarde fuese, se expondría á hallar frustrada su curiosidad, como me acaeció á mi, que hube de perder tres mañanas dominicales seguidas (pérdida no poco lamentable en Paris) para lograr en la cuarta asistir á los oficios del culto griego que se da en aquella capilla. La novedad del rito, tanto por parte del sacerdote como del pueblo, como tambien del ornato y forma de aquel pequeño oratorio, merece bien la pena de consagrar al objeto un par de horas matinales, que no exige ménos la distancia á que se halla la capilla del centro de la poblacion.

La principal *Sinagoga de los israelitas*, en la calle de Nuestra Señora de Nazareth, merece tambien ser visitada en la tarde de un sábadó cualquiera. El templo de los *luteranos* ó protestantes *de la confesion de Augsburgo* en la *Rue des Billets*, donde se hace el servicio alternativamente en frances y en aleman, llama la atencion por una gran cruz de madera colocada en la pared del frontal, único signo y único adorno que hay en todo el templo. Á mi me tocó ver los oficios en aleman, y como era peregrino en el idioma, aun cuando percibí que se cantaban los salmos 119, 114, 120 y 29, hube de contentarme con el *Christenthum* arriba y el *Christenthum* abajo, y perdone el señor Lutero que tan rápida y superficialmente pase por el culto que el fraile de San Agustin regaló á la iglesia, un fraile de San Francisco en cuya educacion no entró por desgracia el estudio del aleman; y si no quiere perdonarme, no piense el atrevido innovador que de rodillas se lo he de suplicar.

Reservo para artículo aparte el culto de la iglesia *francesa del Faubourg Saint-Martin*, por ser el mas nuevo, el mas curioso, el mas notable, el mas digno de ser conocido de cuantos he hallado, incluso los infinitos que vi despues en la Holanda y Ale-

mania, hormigueros de sectas ó religiones; y éntrome por ahora en la iglesia *Calvinista* de la calle de *Saint-Honoré*, llamada el *Oratorio*, antiguo nombre que conserva todavía.

El señor Calvino, á juzgar por sus sectarios franceses, debió ser hombre muy atento, urbano y politicon. Lo primero que se lee en una tablita es : « *on invite à s'asseoir* : se invita á tomar asiento. » Otra hay que dice : « *tous les sièges sont libres après les commandements* : todas las sillas son libres despues de los mandamientos. » Y en otra se lee : « *on ne paye rien pour les sièges* : nada se paga por las sillas. » Esta generosidad calvinista de los asientos *grátis* debería avergonzar á los católicos franceses que así especulan con los asientos en las iglesias como pudieran especular con los *stalles* de los teatros.

Las señoras calvinistas hacian al entrar una profunda reverencia, y meditaban algunos minutos *inclinato capite*. En el cuerpo de la iglesia, frente al púlpito, habia una mesa cubierta con lienzos, lo cual dió ocasion á que Tirabeque preguntara si los calvinistas acostumbraban á comer allí, y que supongo yo contendria las materias de la comunión bajo las dos especies. El sacerdote desde la cátedra alternaba sus reflexiones y comentarios sobre algunos lugares de la sagrada escritura con el canto del pueblo que entonaba los versos de los salmos en el turno que los señalaban las tablillas indicadoras de la órden del día. Los salmos estaban perifrasedados en versos franceses, puestos en una música sencilla : cantábanlos á coro todos los concurrentes cada uno con su libro ó salmodia en la mano : hé aquí algunos que pude leer en el de la señora que estaba delante de mí. El primero es el primer versículo del salmo 84, que dice en latin :

« *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum :
Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini.* »

La paráfrasis francesa decia :

Roi des rois, éternel mon Dieu.
Dieu, que ton tabernacle est un lieu
Sur tous les autres aimable :
Mon cœur languit, mes sens ravis
Ne respirent que ton parvis
Et ta présence adorable.

Que con permiso del P. Scio y del Sr. Tórres y Amat podria traducirse en español :

¡Cuán amables, ¡oh Dios! y cuán amados
me son tus tabernáculos sagrados!
Mi alma desfallece á los encantos
de contemplar, Señor, tus atrios santos.

Otro versículo de los que oí cantar y que he podido retener decía :

Le jour de l'homme à l'herbe se compare
Dont à nos yeux la campagne se pare,
Qu'un peu de temps a vu croître et mourir,
Et que soudain de l'aquilon battue
Tombe et se faue et n'est plus reconnue
Même du lieu qui l'a vu fleurir.

Que con la misma licencia podría traducirse :

« Los dias del hombre son como la yerba de que vemos adornarse la campiña, que en breve tiempo crece y muere, y azotada despues por el aquilon soberbio cae y se marchita, y no es reconocida ya ni aun del lugar mismo que la vió florecer. »

Por el mismo orden se siguió cantando los versos 1, 4 y 5 del salmo 42, y los 1, 8 y 9 del salmo 103, que eran los señalados para aquel dia.

En honor de la verdad debo decir que en todos los templos protestantes, fuesen ingleses, alemanes ó franceses, igualmente que en el templo griego, vi siempre reinar el mayor decoro, compostura y circunspeccion; todos estaban llenos los domingos (único dia de oficios), y los concurrentes se conocia pertenecer á las clases mas acomodadas de la sociedad.

Teatros.

Paris es sin disputa el pueblo mas escénico del mundo. Cómicos los franceses por naturaleza; dotados de una extraordinaria afición activa y pasiva á las representaciones teatrales; favorecidos de una disposicion privilegiada para su desempeño; amantes de la novedad hasta el capricho, llevando el refinamiento del gusto hasta la relajacion, y afortunados en haber alcanzado una era de riqueza y de paz; careciendo por otra parte de los goces de las sociedades privadas y de confianza á que se amolda mal su carácter y sus costumbres, han llevado el ramo de espectáculos públicos en Paris, y especialmente el de teatros, á un grado de

lujo y de abundancia que no puede ménos de admirar el extranjero, de cualquier nacion que sea.

Veinte y tantos teatros hay abiertos diariamente en Paris, y aun no es excesivo número si se ha de calcular por la concurrencia cotidiana de que se los ve llenos, y hasta henchidos, y hasta rebo-sando por lo comun. Cada uno de ellos está destinado casi exclu-sivamente á la representacion de piezas de cierto género, y desde el nombrado *Academia Real de Música* hasta el de *Mr. Seraphin* se recorre una escala inmensa descendente de todos los géneros y gustos de representacion que hasta ahora se han podido inventar.

Sus nombres son : el teatro de la *Grande Ópera* (Academia Real de Música) : el teatro *Italiano*; el de la *Ópera Cómica*; el *Teatro Real Frances*; el de *Palais-Royal*; el del *Vaudeville*; el de *Variétés*; el de la *Puerta de San Martin*; el *Gimnasio Dramático*; el del *Ambigú Cómico*; el de la *Alegría* (Gaité); et de las *Locuras Dra-máticas* (Folies dramatiques); el del *Panteon*; el de la *Puerta de San Antonio*; el del *Circo Olímpico* (no es el Circo olímpico Nacional); el de los *Descansos cómicos* (Délassements comiques); el de los *Jóvenes Comediantes*; el de los *Jóvenes Alumnos*; el del *Gimnasio de los Niños*; el de *Luxemburgo*; el del *Templo*; el de los *Funámbulos*; el de *Seraphin*; el *Café-Espectáculo*, y otros que se nombran poco y de que yo no me acuerdo en este momento.

Consulte el aficionado su gusto y sus inclinaciones, y elija á su placer. Si le gusta una *grande ópera* puesta en escena con toda la pompa, con todo el lujo, con toda la magnificencia, y con toda la prodigalidad de trajes, decoraciones, actores y orquesta que puede desear y aun discurrir su imaginacion, que vaya á la *Academia Real de Música*. Si desea oír los mejores cantantes que produce el país de los hechizos armoniosos, la Italia, que concurra al teatro *Italiano*. Si le agrada mas la ópera ligera, juguetona y alegre, allí tiene el de la *Ópera Cómica*. Si su genio propende al clasicismo trágico y al gusto del cómico sublime, nada le dejará que desear el *Teatro Frances*. Si le placen los dramas románticos, horripilante y tonitruosos, acuda á la *Puerta de San Martin*. Si por el contrario le divierten los enredillos alegres, ligeros y sal-tantes, váyase al *Vaudeville* ó al *Palais-Royal*, y pasará un buen rato. Si le agradan las intrigas ingeniosamente hiladas y salpi-cadas de sales cómicas y pensamientos espirituosos, no haga falta en el *Gimnasio Dramático*. Si quiere reír á carcajada tendida, déjese la razon á la puerta y éntrese de rondon en el de *Variétés*.

Si propende á los melodramas entremezclados de bailettes grotescos, ande unos pasos mas, é ingiérase en el de la *Gaité*. Si apetece ver pantomimas, y mimo-dramas, y representar á un tiempo bípedos y cuadrúpedos, de los cuales no se sabe quién lo hace con mas maestría y habilidad, tome su billete para el del *Circo*. Si por capricho quiere ver puestos en escena los juguetes cómicos de Berquin ó las fábulas de La Fontaine, alternados con escenas de fantasmagoría y ventriloquía, concurra al de los *Jóvenes Alumnos* de Mr. *Comte*. Si por extravagancia ó por curiosidad quiere pasar una noche inocente y puerilmente divertida, acuda al de figuras de movimiento de Mr. *Seraphin*, que aunque el último en categoría, estoy seguro que aun encontrará mucho que admirar.

Cometiera yo un pecado imperdonable de omision si me contentara con esta ligerísima reseña general, y no hiciera singular mencion de ciertas notabilísimas circunstancias, ya que no de todos, porque esto rayaria en temeridad, al ménos de algunos de los mencionados teatros. Y aun no es obra de fácil desempeño para un pobre Fr. Gerundio el haber de decir algo en una materia que por su misma abundancia ahoga.

Una sola observacion anticiparé en este momento; y es que los franceses por precision tienen que salir cómicos sobresalientes. Empiezan á ejercitarse de niños en los teatros de jóvenes: van despues recorriendo la escala gradual: tienen siempre grandes entradas y de consiguiente buenos sueldos: se les encomienda *exclusivamente* el desempeño de aquellos papeles para que tienen particular aptitud; y con todos estos y mil otros elementos sería menester que fueran muy duros de mollera para que no llegaran algun dia á ser buenos actores.

La Grande Ópera.

Si me preguntan á mí, Fr. Gerundio, qué es lo que he visto de mas grandioso en Paris, diré que la Grande Ópera. Si me preguntan cuál es el espectáculo en que he hallado reunidos mayor número de encantos para halagar, para dar ilusion, contestaré que la Grande Ópera. Si me preguntan cuál es en lo que los franceses han echado el resto de su ostentosa esplendidez, responderé que en la Grande Ópera.

Por de contado aquella compañía lírica ya no es compañía sino batallon, pues consta de unas 950 plazas, poco mas ó ménos: me

aseguraron que no llegaban á mil. Así es que cuando la pieza exige la presentacion de un pueblo entero en la escena, el espectador está viendo un pueblo entero representado en todas sus clases, sexos, trajes y edades, y no es raro ver en el escenario quinientas ó seiscientas personas á un tiempo. Cada coro de varones que se presenta deja muy atras al de la catedral de Toledo en los tiempos de su apogeo, incluso canónigos, capellanes, racioneros, medios racioneros, niños y salmistas; y cada coro de doncellas parece una comunidad de Beguinas, que son las comunidades femineas mas numerosas que he conocido, como diré mas detenidamente cuando llegue á la Bélgica.

Los acompañamientos, si son regios, darian que envidiar al mismo autócrata de las Rusias que los viese, y el número de coches que á veces atraviesan el escenario, sería digna pompa del monarca mas rumboso. Si son militares, suele seguir al jefe un estado mayor y una escolta de caballeria como la que acompañaba al duque de la Victoria cuando lo era de los ejércitos reunidos, que es cuanto se puede decir ni pensar, sin incluir en este número los gruesos piquetes, partidas y destacamentos de tropas griegas, romanas, persas, árabes, israelitas, cruzadas ó sin cruzar, segun la época y el lugar de la escena, que presentan en ocasiones un verdadero campo de batalla. Si son eclesiásticos, suele ofrecerse á la vista un colegio de cardenales completo, ó un concilio general como el Efeso ó el de Nicea, ó una procesion como la del Córpus en España.

Compónese la orquesta de unos 110 á 112 instrumentistas, profesores escogidos. Asombrado se quedó Tirabeque al divisar los gruesos mástiles ó diapasones de los ocho ó diez contrabajos que semejaban los palos mayores de otros tantos buques anclados en aquella bahía filarmónica. Estruendoso y retemblante es allí un golpe de música á toda orquesta, ofensiva ya á algunos tímpanos, y que lo sería á los ménos delicados en otro lugar ménos vasto y anchuroso que el teatro de la Grande Ópera.

En punto á decoraciones, desde luego da idea de lo que puede esperar el espectador el magnifico telon de boca que con sus numerosas, históricas y alegóricas figuras, y su repetido lema : « *Nec pluribus impar*, » ofrece que estudiar al artista y al curioso, para los entreactos de mas de una funcion. Pero esto es un pequeño prefacio del aparato escénico que se presenta una vez alzado el gran lienzo. Supongamos que es una decoracion de montaña : el espectador ve mecerse los árboles al impulso del viento, ve volar las

aves; y cree que si le fuera permitido aproximarse al bosque, arrancaria con la mano el musgo que cubre las rocas que en lontananza divisa. Supongamos que es el interior de un convento : el público ve los claustros y las galerías, ve la fuente del patio, ve á los religiosos salir de las celdas, los ve pasear y conversar, y lo ve de una manera que duda si está en el anfiteatro de la Academia Real de música ó está realmente en el atrio de algun convento de la Merced. Si es un jardin, las rosas, los bojés, los arbustos no los trazó en el lienzo la mano hábil de un pintor : son frutas cuyas ramas se mueven, se encorvan al contacto del que las roza al pasar; son yerbas que se abaten al impulso de la planta, y son rosas que se ve arrancar de su tallo, que se ve arrojar al medio del proscenio. En fin, para formar idea de la perfeccion en las decoraciones, creo que bastaria al lector, como me bastó á mí, el ver en la escena quinta del segundo acto de la ópera *Le Freyschutz*, una cascada que se desgajaba de la cima de una roca, cuya corriente se veia, cuyó murmullo se oia, cuyas aguas mojaban, porque era agua natural. Entónces me acabé de convencer de que á los franceses nadie los aventaja en esto de presentar las mentiras bajo tal forma que parecen verdades, y las verdades bajo tal aspecto que parecen mentiras.

El cambio de decoraciones en la Grande Ópera es tan súbito, tan momentáneo, que casi se hace imperceptible; y es que han apurado tanto su mecánica teatral, que han hallado el medio de impulsar á un mismo tiempo todos los telones y bambalinas, elevando unos, hundiendo otros, y dandando movimiento simultáneo *a supra y ab infra y ab utroque latere*. Cuando el cambio de decoracion exige algun mas espacio, suele el teatro quedarse á oscuras; empieza á elevarse un telon que figura una espesa nube de humo; el espectador se halla entretenido en contemplar la aparente humareda, y cuando acaba de elevarse el pardusco lienzo, tal vez en lugar de un paisaje romántico y severo con su castillo ruinoso de la edad média que hacia un minuto admiraba, se ofrece súbitamente á su vista una catedral gótica con todas sus capillas laterales, su altar mayor, sus arañas, sus sacerdotes, sus acólitos, su coro, y todos los adherentes al servicio del culto divino; con mas un pueblo que ora devotamente arrodillado, todo en las dimensiones y á las distancias naturales de una catedral regular, porque el buque y capacidad del escenario son inmensos.

Pocas son las óperas que en aquel teatro se ejecutan : con cinco ó seis tienen bastante para invertir todo el año lírico : ; tal y tan

segura es la concurrencia á aquel grandioso espectáculo ! Las principales son : *La Juive*, *Les Huguenots*, *Guillielme Tell*, *Robert le Diable*, *Le Freyschutz* y alguna otra ; y citolas en frances, porque en frances está la letra y en frances se cantan, en lo cual es admirable el partido que han sacado para la música de un idioma tan ingrato, duro é inflexible á la melodía, si bien no deja todavía de notar cierta inevitable aspereza, que se hace mas sensible en los recitados, el oído acostumbrado á la dulzura de la música italiana. Así es que ni *Duprez* podrá encantar nunca como *Rubini*, ni la *Nathan* y la *Dorus* podrán deleitar nunca como la *Grissi* y la *Persiani* (1).

Algunas noches se destina la parte principal de la función á *Bailes* en dos ó tres actos (de que me ocuparé luego), y entónces les antecede una piececita corta y de ménos aparato escénico, tal como *La Lucie*, *Le Comte Ory*, *La Xacarilla*, y tal cual otra. Cuando yo vi anunciada *La Xacarilla*, desde luego aprendí que sería cosa española, y no quise dejar de verla. No me engañé en efecto, y fué la noche mas divertida que he pasado en la Academia Real. El argumento es español y la escena pasa en Cádiz. La letra, ó sea *las palabras* como ellos dicen, son de *Scribe*, y la música de *Martiani*, que no sé si será nuestro senador por Canárias. La cosa pasa entre LAZARILLO, *aspirante de marina* : NITHARDO, *primer corregidor de Cádiz* : COJUELO, *negociante* y RITA *su hija*.

Era de ver al corregidor de Cádiz vestido con su sombrero de canal como un arcediano, una especie de média sotana que le bajaba hasta medio muslo, su anguarinita negra muy corta, su calzon corto con un par de pomposos lazos á cada embotonadura, su média blanca, y su zapato de oreja y de boton. El alguacil apenas se distinguia del corregidor, sino en que los tacones de los zapatos eran encarnados, y en que llevaba en la mano una larguísima vara, mayor todavía que las ahijadas que usan los carreteros de bueyes para aguijonear á los tardos animales. Pudiera creerse que el suceso pasaba en una época remota, si no testificaran lo contrario el traje moderno de Rita y el comun de dos del bueno de Lazarillo, y el *totum revolutum* de los vestidos de los marineros, que

(1) En prueba de lo que allí se repiten estas óperas, bastará decir que á mí me tocó asistir á la 130 representación de los *Hugonotes* y á la 224 de *Roberto el Diablo*. Debe inferirse si tendrán algun aliciente, cuando en medio de ser tan repetidas, y costando 9 francos (36 rs.) un asiento regular, es menester acudir con mucho tiempo á proporcionarse billete, ó renunciar al placer de ver la función.

unos parecían pertenecer á la flota de Cristóbal Colon ó de Hernan Cortés, otros semejaban ser de la tripulacion del buque-correo que sale mensualmente para la Habana, unos parecían chisperos de las Maravillas de Madrid, y otros eran un trasunto de los choriceros de Extremadura. Por supuesto que no habia gaditano ni gaditana, incluso su señoría el *gran corregidor*, que no llevara al lado la prenda de uniforme que los franceses creen inherente á todo español de cualquier clase y calidad que sea desde la cuna hasta el sepulcro, á saber : el puñal.

Yo me reia como un simple, á Tirabeque se lo llevaba el diablo, y juntos nos admirábamos de que los franceses, tan hábiles, y tan esmerados, y tan estudiosos, y tan exactos en la imitacion de la verdad en todo lo que pertenece á trajes, costumbres, obras y sucesos de otros países, incurran en tan absurdas aberraciones, en tan abultados disparates cada y cuando se les ofrece pintar escenas españolas, no conociendo un pueblo que solo divide del suyo una sierra de medianería mas que pudieran conocer el país de los *Aborígenes* ó del *Lilliput*, y pintando á los españoles tan á ciegas como pudieran pintar á los planetícolas.

El baile.

Hay en la compañía de la Grande Ópera una seccion no ménos numerosa que la de orquesta. Las piezas líricas de primer órden están dispuestas de modo que en todas ellas toma parte una fraccion de la comunidad saltante, y cuando la pieza es pequeña, entónces es cuando se ejecutan como insinúo atras, los bailes pantomímicos en dos ó tres actos; pero bailes tan bellos, tan fantásticos, que la imaginacion no puede concebir nada mas risueño, nada mas encantador; tan primorosamente ejecutados, que despues de dos ó tres horas de baile se desearia que volviera á empezar. Sus argumentos son tan largos y tan complicados como los de una comedia, son dramas bailados; y aunque no se articula una sola palabra, tal es la expresion que saben dar al gesto y á la accion pantomímica, que el espectador se penetra de todas las situaciones, conoce todos los sentimientos, y se interesa en pro ó en contra de los actores, odiosos ó amables, desgraciados, crueles, virtuosos ó impasibles : llegando el efecto de la sensacion hasta hacer enternecerse en favor de tal bailante, que brinca que se las pela, pero que ha demostrado que danza muy á su pesar y obedeciendo á un hado funesto que le persigue.

La ejecucion excede á cuantas hipérboles se pudieran usar; la *Taglioni* y la *Grissi* por ejemplo, ya no parecen dos criaturas humanas, parecen dos seres aéreos que voltigean por los aires, dos blancos vapores que tan pronto tocan fugazmente al suelo como se elevan velozmente por la atmósfera. Acaso no hay nada en que medie tan *inmensa* distancia de nuestros teatros principales al de la Grande Ópera de Paris como en los bailes; es distancia que solo la imaginacion del que ha visto unos y otros puede abarcar.

Los argumentos de estos bailes pantomímicos son tambien interesantes, ó por lo tiernos ó por lo caprichosos. *La Tarántula*, *El Diablo amoroso*, *Gigelle ó las Wilis*, todos son fantásticos, bellos, de una ilusion indefinible. Creo que mis lectores verán sin disgusto el argumento de uno de estos dramas singulares, y si leido les inspirase algun interes, calcularán si les agradaria puesto en escena.

GISELA Ó LAS WILIS

BAILE FANTÁSTICO EN DOS ACTOS.

Tradicion alemana : de la cual está tomado el asunto del baile de Gisela ó las Wilis.

Existe una tradicion de la danza nocturna conocida en los países Slavos bajo el nombre de Wili.

Las wilis son jóvenes desposadas que murieron ántes del dia de sus bodas; estas pobres muchachas no pueden permanecer tranquilas en sus sepulcros. En sus corazones apagados, en sus piés muertos, ha quedado ese amor al baile que no han podido satisfacer en vida, y á média noche se levantan, se reunen en cuadrillas en medio del camino, y desgraciado del jóven que las encuentra, porque se ve obligado á bailar con ellas hasta que cae muerto.

Adornadas con sus vestidos de boda, coronadas sus cabezas de flores y brillando en sus dedos anillos preciosos, las wilis bailan á la claridad de la luna : sus semblantes, aunque de una blancura de nieve, son hermosos y llenos de juventud. Rien con una alegría tan páfida y os llaman con un aire tan seductor, que estas vacantes muertas son irresistibles.

ACTO PRIMERO.

(El teatro representa un risueño valle de la Alemania. En el fondo se ven colinas cubiertas de viñas, un sendero conduce al valle. Viñedos en los ribazos de la Turingia.)

Apénas es de día. Los viñadores se alejan para continuar su recolección.

Hilarion aparece, mira á su alrededor, como para buscar á alguién; en seguida, señala la choza de Gisela con amor, y la de Luis con cólera. *En esta habita su rival. Si alguna vez puede vengarse de él, lo hará con buen éxito.* La puerta de la choza de Luis se abre misteriosamente, Hilarion se oculta para ver todo lo que va á pasar.

El jóven duque Alberto de Silesia, bajo el traje y nombre de Luis, sale de su casita, acompañado de su escudero Wilfrido. Este parece aconsejar al duque que renuncie á un proyecto secreto; pero Luis persiste señalando la casa de Gisela; este sencillo fecho cobija á la que él ama, al objeto de su única ternura..... Ordena á Wilfrido que le deje solo, Wilfrido vacila aun, pero á un gesto de su señor, le saluda respetuosamente y se aleja.

Hilarion queda estupefacto, viendo á un gran señor, segun aparenta serlo Wilfrido, prodigar tantas atenciones á un simple aldeano como parece ser su rival. Concibe sospechas que aclarará mas tarde.

Luis, ó mas bien el duque Alberto, se aproxima á la choza de Gisela y llama piano á la puerta. Hilarion permanece siempre oculto, Gisela sale al momento y corre hácia los brazos de su amante.

Trasportes, felicidad de dos enamorados; Gisela cuenta á Luis que ha soñado tener celos de una hermosa dama á quien Luis ama y prefiere. Luis turbado la tranquiliza: no ama ni amaré mas que á ella. *Es que si tú me engañas, dice la niña, me muero sin remedio;* y lleva la mano á su corazon como para decirle que sufre mucho. Luis la tranquiliza colmándola de tiernas caricias.....

Gisela coge margaritas y las deshoja para averiguar si la amaba Luis.

La prueba le sale bien y se deja caer en los brazos de su amante.....

Una cuadrilla de jóvenes vendimiadores vienen en busca de

Gisela para las vendimias. Está amaneciendo y este es momento de ir á ellas; pero Gisela, loca con el baile y los placeres, detiene á sus compañeras. La danza es, despues de Luis, lo que mas ama en este mundo. Propone á las viñadoras que se diviertan en lugar de ir al trabajo. Baila primero sola para estimularlas. Su alegría, su entusiasmo y sus pasos llenos de seduccion, que mezcla con demostraciones de amor hácia Luis, son inmediatamente imitados por aquellas, quienes dejan á un lado las canastas é instrumentos del trabajo, y gracias á Gisela, la danza no tarda en ser un delirio ruidoso y general (1). Berta, madre de Gisela, sale entónces de su choza.....

— *¡ Eso es! ; bailando siempre! dice á Gisela..... por la tarde..... por la mañana..... esta es una verdadera pasion.... en vez de trabajar, de cuidar la casa.....*

— *Baila tan bien!* dice Luis á Berta.

— *Es mi único placer,* responde Gisela, *como él,* añadió señalando á Luis, *es mi única felicidad!!*

— *Bah,* dice Berta, *estoy segura que si esta loquilla muriese, se volveria wili y bailaria despues de su muerte como todas las muchachas que han gustado demasiado del baile.*

— *¿ Qué decis?.....* exclaman las jóvenes viñadoras con espanto, apiñándose unas con otras.

Entónces al son de una música lúgubre parece representar una aparicion de muertos que vuelven al mundo y danzan juntos.....

Óyense á lo léjos sonatas de caza. Luis inquieto á este ruido da aceleradamente la señal de partida para las vendimias, y se lleva tras si á los aldeanos.....

El príncipe y Batilde su hija, se presentan á caballo acompañados de una numerosa comitiva de señores, damas y cazadores conalcones en la mano (2).

La vendimia está hecha. Un carro adornado de pámpanos y flores llega lentamente seguido de todos los aldeanos y aldeanas del valle con sus canastas llenas de racimos. Un pequeño Baco es conducido triunfalmente caballero sobre un tonel, segun la antigua tradicion del país..... (3)

(1) Aquí son ya unas veinte jóvenes las que bailan con Gisela.

(2) Se presentan en la escena varios coches y mucho acompañamiento á caballo.

(3) El carro, los pámpanos, todo es verdadero; esta nueva comparsa de aldeanos y aldeanas es numerosa: todos bailan.

Rodean á Gisela, la declaran reina de las vendimias, y la coronan con flores y pámpanos. Luis está mas enamorado que nunca de la hermosa viñadora. La mas loca alegría se apodera de todos los aldeanos.....

Se celebra la fiesta de las vendimias !.....

Gisela puede ahora entregarse á su gusto favorito ; conduce de la mano á Luis en medio de la cuadrilla de viñadores, y baila con él rodeada de todo el pueblo, que no tarda en unirse á los jóvenes amantes.....

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una floresta sobre el borde de un estanque, un sitio húmedo y fresco en que crecen los juncos, las cañas, y multitud de flores salvajes y plantas acuáticas ; abedules, pobos y sauces lloronés inclinan hasta el suelo sus pálidos follajes. Á la izquierda, debajo de un cipres, se levanta una cruz de mármol blanco en el que está grabado el nombre de Gisela. El sepulcro está como enterrado en una vegetación espesa y entre yerbas del campo. La luz azulada de una luna muy viva alumbra esta decoracion y la da un aspecto frio y vaporoso.

Algunos guardas llegan por las avenidas de la floresta, y parece buscar un sitio á propósito para ponerse en acecho : van á situarse á la orilla del estanque cuando acude Hilarion. Este manifiesta el mas vivo terror adivinando los proyectos de sus camaradas : *este es un sitio maldito*, les dice, este es el círculo de baile de las wilis. Enséñales la tumba de Gisela..... de Gisela que bailaba siempre. Reconoce que está allí por la corona de pámpanos que llevaba en la frente durante la fiesta, y que está suspendida de la cruz de mármol.

En este instante óyense sonar las doce de la noche á lo léjos : esta es la hora lúgubre en que segun la crónica del país las wilis se presentan en su sala de baile.

Hilarion y sus compañeros escuchan el reloj con terror, miran temblando alrededor, porque esperan la aparicion de las ligeras fantasmas. *Huyamos*, dice Hilarion, *las wilis son inexorables, se apoderan de los viajeros y los hacen bailar con ellas hasta que mueren de fatiga ó desaparecen en el lago que veis desde aquí*. Una música fantástica comienza entónces : los guardas palidecen, tiemblan, y

huyen en distintas direcciones con las señales del mayor espanto, perseguidos por fuegos fatuos que aparecen por doquiera (1).

Un manojo de juncos marinos se entreabre entónces lentamente, y del seno del húmedo follaje se ve lanzarse á la ligera Mirta, sombra trasparente y pálida, *la reina de las wilis*. Lleva consigo una claridad misteriosa que alumbrá súbitamente la floresta, ahuyentando las sombras de la noche. Así sucede todas las veces que las wilis aparecen. Sobre las blancas espaldas de Mirta, palpitan y tiemblan sus alas diáfanas, en las cuales la wili puede envolverse como en un velo de gasa.

Esta aparicion impalpable no puede estarse quieta, y lanzándose tan pronto sobre un monton de flores, como sobre una rama de sauce, volteja aquí y allí, corriendo de arriba abajo y pareciendo reconocer su pequeño imperio, del que cada noche venia á tomar nueva posesion. Se baña en las aguas del lago, luego se suspende de la rama de los sauces y se columpia. Despues de un paso bailado por ella sola, toma una rama de romero y va tocando con ella alternativamente las plantas, las flores y los matorrales.

Á medida que el florido cetro de la reina de las wilis se detiene sobre un objeto, la planta, la flor y el matorral se entreabren y dan salida á una nueva wili que viene á su vez á agruparse graciosamente al rededor de Mirta, como las abejas al rededor de su reina. Esta, desplegando entónces sus alas azuladas sobre sus súbditas, les da la señal del baile. Muchas wilis se presentan entónces alternativamente delante de la soberana.

Noyna la odalisca, ejecuta un paso oriental; despues Zulmé, la Bayadera, hace sus actitudes indianas: dos francesas figuran una especie de gracioso minué: despues dos alemanas valsan juntas... finalmente la cuadrilla toda de las wilis, muertas por haber amado demasiado el baile, ó muertas demasiado pronto, sin haber satisfecho bastante esa loca pasion, á la cual parecen entregarse todavia con furor bajo su graciosa metamorfosis.

Á una señal de la reina cesa el baile fantástico. Anuncia una nueva hermana á sus súbditas y todas se colocan á su alrededor.

Un rayo de luna vivo y claro refleja sobre la tumba de Gisela, las flores que la cubren se levantan é inclinan sobre sus tallos como para dar paso á la blanca criatura que ellas encierran.

Gisela aparece envuelta en su ligero velo. Se adelanta hácia

(1) Una porcion de luces fosfóricas se ven volar por la escena como el vuelo incierto de las mariposas.

Mirta, que la toca con su rama de romero, el velo cae..... Gisela está trasformada en wili : sus alas nacen y se desarrollan..... sus piés apenas tocan al suelo. Baila, ó mas bien da vueltas en el aire, como sus graciosas hermanas, recordando é indicando con alegría el paso que ha bailado en el primer acto ántes de su muerte.

Óyese un ruido lejano. Todas las wilis se dispersan y ocultan detras de las cañas.

Jóvenes campesinos que vienen de la fiesta de la aldea vecina atraviesan alegremente la escena conducidos por un anciano ; van á alejarse, cuando oyen una música deliciosa, el aire del baile de las wilis ; los aldeanos parece experimentar á pesar suyo un extraño deseo de bailar. Las wilis no tardan en rodearlos, los enlazan y fascinan con sus posturas voluptuosas. Cada cual intenta detenerlos á su arbitrio con las figuras de su baile nativo..... los aldeanos conmovidos, van á dejarse seducir, bailar y morir, cuando el anciano se arroja en medio de ellos, les dice espantado el peligro que corren, y se salvan todos perseguidos por las wilis, furiosas al ver que se les escapa su presa.

Sale Alberto seguido de Wilfrido su fiel escudero. El duque está triste, pálido, su vestidura en desórden, su razon casi extrañada á consecuencia de la muerte de Gisela. Se aproxima lentamente á la cruz, parece buscar un recuerdo y querer coordinar sus ideas confusas.

Wilfrido suplica á Alberto que le siga y no se detenga cerca de este fatal sepulcro que le representa tantos pesares..... Alberto le manda que se retire..... Wilfrido insiste todavía, pero Alberto le ordena con tanta firmeza que le deje, que Wilfrido se ve obligado á obedecer, y sale ; si bien resuelto á hacer una última tentativa para separar á su señor de este sitio funesto.

Apénas queda solo Alberto, da rienda suelta á su dolor ; su corazon se despedaza, se deshace en lágrimas, de repente palidece, sus miradas se fijan en un objeto extraño, que se dibuja delante de sus ojos... queda herido de sorpresa y casi de terror al reconocer á Gisela que le mira con cariñosa dulzura.

Víctima del mas violento delirio, de la mas viva ansiedad, duda aun y no se atreve á creer lo que ve, porque ya no es la linda Gisela, tal como la habia adorado, sino Gisela la wili, en su nueva y graciosa metamorfosis, siempre inmóvil delante de él. La wili parece llamarle solamente con miradas ; creyéndose Alberto bajo el imperio de una dulce ilusion, se aproxima á ella á pasos

lentos y con precaucion, como un niño que quiere coger una mariposa sobre una flor. Pero en el momento en que se extiende la mano hácia Gisela, esta, mas rápida que un relámpago, huya de él y vuela atravesando los aires como una tímida paloma para posarse en otro sitio, desde donde le dirige miradas llenas de amor.

Este paso, ó mas bien este vuelo, se repite muchas veces con gran desesperacion de Alberto, que intenta inútilmente alcanzar á la wili, huyendo algunas veces por encima de él como un ligero vapor.

De vez en cuando le hace un gesto de amor, le arroja una flor que coge sobre su tallo, y le dirige un beso; pero impalpable como una nube, desaparece cuando Alberto cree que puede cogerla.

Al fin renuncia á su tentativa, se arrodilla cerca de la cruz y junta las manos delante de ella en ademan suplicante. La wili como atraída por este mudo dolor, tan lleno de amor, se lanza ligeramente cerca de su amado; Alberto la toca, y ya ebrio de amor y de felicidad, va á apoderarse de ella, cuando deslizándose dulcemente de entre sus brazos, se desvanece en medio de las rosas, y Alberto cerrando sus brazos no abraza mas que la cruz del sepulero.

La desesperacion mas profunda se apodera de él: se levanta y va á alejarse de este sitio de dolor, cuando el mas extraño espectáculo se ofrece á su vista y le fascina en términos que queda inmóvil como petrificado y forzado á ser testigo de la extraña escena que se representa ante sus ojos.

Oculto detras de un sauce, Alberto ve aparecer al desgraciado Hilarion perseguido por toda la turba de wilis.

Pálido, temblando, casi muerto de miedo, el guarda del coto cae al pié de un árbol, y parece implorar la piedad de sus locas enemigas. Pero tocándole con su cetro, la reina de las wilis le obliga á levantarse y á imitar el movimiento de baile, que ella ejecuta en torno suyo..... Hilarion impelido por una fuerza mágica, baila á pesar suyo con la hermosa wili, hasta que esta le cede á una de sus compañeras, que á su vez le cede tambien á otra, y así sucesivamente hasta la última.

Cuando el desgraciado cree terminado su suplicio al ver fatigada á su compañera, otra la reemplaza con nuevo vigor, é Hilarion agotando sus fuerzas al sonido de una música cada vez mas rápida, concluye por temblar y sentirse abrumado de laxitud y dolor.

Tomando al fin un partido desesperado, trata de escaparse, pero las wilis le cercan con un vasto círculo, que se estrecha poco á poco, le enfierran y se convierte en un wals rápido, al cual un poder sobrenatural le obliga á mezclarse. Un vértigo terrible se apodera entónces del guarda del coto, que sale de los brazos de una bailarina para caer en los de otra.

Rodeada la víctima por todas partes en esta graciosa jaula, siente doblarse sus rodillas. Ciérranse sus ojos, nada ve ya..... y baila sin embargo todavía con ardiente frenesí. La reina de las wilis se apodera de él y le obliga á dar vueltas y á valsar por última vez con ella, hasta que llegando el pobre diablo al borde del lago, último anillo de la cadena de las bailarinas, abre los brazos creyendo coger una nueva, y baja rodando al abismo ! Las wilis empiezan entónces una bacanal alegre, dirigida por su reina victoriosa, cuando una de ellas descubre á Alberto, y le conduce al círculo mágico, todavía aturdido de lo que acaba de presenciar.

Las wilis se muestran regocijadas por haber hallado otra víctima : su tropa cruel se agita ya en derredor de esta nueva presa ; pero en el momento en que Mirta va á tocar á Alberto con su cetro encantado, Gisela se lanza y detiene el brazo de la reina levantado sobre su amante.

Huye, dice Gisela á su amado, huye ó mueres, como Hilarion, añade señalándole el lago.

Alberto permanece un instante sobrecogido de espanto á la idea de participar de la funesta suerte del guarda del coto. Gisela aprovecha este momento de indecision para coger la mano de Alberto ; los dos se dirigen como impelidos de una fuerza mágica hácia la cruz de mármol, indicándole Gisela este signo sagrado como su égida, como su única salvacion.

La reina y todas las wilis le persiguen hasta la tumba ; pero Alberto, protegido por Gisela, llega hasta la cruz y la abraza ; y en el momento en que Mirta va á tocarle con su cetro, la rama encantada se rompe entré las manos de la reina, que se detiene, así como todas las wilis, sorprendidas y asustadas.

Furiosas las wilis al verse engañadas de este modo en sus crueles esperanzas, se abalanzan muchas veces á él y son rechazadas por un poder superior al suyo. La reina entónces queriendo vengarse de la que le arrebató su presa, extiende la mano sobre Gisela, cuyas alas se abren inmediatamente y se pone á bailar con el mas gracioso y extraño entusiasmo y como arrastrada por un delirio involuntario.

Alberto inmóvil la mira cansado y confundido con esta escena extravagante; pero muy luego las gracias y las actitudes encantadores de la wili le atraen á pesar suyo, que es lo que quería la reina: deja la cruz santa que le preserva de la muerte, y se aproxima á Gisela, que se detiene espantada y le suplica vuelva á su talisman sagrado, pero la reina la toca de nuevo y la obliga á continuar su baile seductor.

Esta escena se renueva muchas veces, hasta que al fin cediendo á la pasión que le arrastra, abandona Alberto la cruz y se lanza hácia Gisela, coge la rama encantada y quiere morir, para unirse á la wili, para no volverse á separar mas de ella!!!.....

Alberto parece tener alas, apénas toca el suelo y volteja al rededor de la wili, que muchas veces intenta sujetarle. Pero arrastrada por su nueva naturaleza, Gisela cede á la necesidad de unirse con su amante, y los dos comienzan un paso rápido, aéreo, frenético, como si apostasen en gracia y agilidad; muchas veces se paran para caer en los brazos el uno del otro, y en seguida la música fantástica les da nuevas fuerzas y nuevo ardor.

Toda la cuadrilla de las wilis, se une á los dos amantes, y los cerca formando actitudes voluptuosas.

Una mortal fatiga se apodera entónces de Alberto. Se le ve luchar todavía, pero sus fuerzas principian á abandonarle. Gisela se aproxima á él. Se detiene un momento con los ojos bañados en lágrimas; pero una señal de la reina la obliga á volar de nuevo. El baile dura algunos minutos mas, y Alberto va á perecer de cansancio y de fatiga, cuando el día principia á aparecer..... los primos rayos del sol alumbran las ondas argentadas del lago.

La ronda fantástica y tumultuosa de las wilis se amortigua á medida que la noche se disipa.

Gisela aparece renacer á la esperanza viendo desvanecerse el prestigio terrible que arrastraba á Alberto á su pérdida.

Poco á poco y bajo los ardientes rayos del sol, la tropa toda de las wilis se encorva y rinde, y sucesivamente se las ve bambolearse, extinguirse y caer sobre el monton de florés ó sobre el tallo que las vió nacer, como las flores de la noche que mueren al aproximarse el día.

Durante este gracioso cuadro, Gisela que como sus ligeras hermanas sufre la influencia del día, se deja ir lentamente en los brazos desfallecidos de Alberto, se aproxima al sepulcro como arrastrada por su destino.

Previendo Alberto la suerte que amenaza á Gisela, la traslada

en sus brazos léjos de la tumba y la deposita en medio de un monton de flores. Arrodillase delante de ella y le da un beso como para comunicarle su alma y volverla á la vida.

Pero Gisela señalando el sol que brilla entónces con toda su majestad, parece decirle que debe obedecer á su suerte y separarse de él para siempre.

En este momento resuenan en el centro del bosque estrepitosas sonatas. Alberto las oye con temor y Gisela con dulce alegría.

Wilfrido acude. El fiel escudero precede al príncipe, á Batilde, y á una numerosa comitiva; los conduce cerca de Alberto esperando que sus esfuerzos serán mas poderosos que los suyos para arrancarle de este lugar de dolor.

Todos se paran al verle. Alberto se lanza hácia su escudero para detenerle. Durante este tiempo la wili toca sus últimos instantes; ya las flores y las yerbas que la rodean se levantan sobre ella y la cubren con sus ligeros tallos..... parte de la graciosa aparicion está ya oculta por ellas.

Alberto vuelve y queda sorprendido y lleno de dolor viendo á Gisela desaparecer poco á poco y lentamente en medio de este verde sepulcro; Gisela con el brazo que conserva todavía libre, indica á Alberto á la trémula Batilde arrodillada á algunos pasos de él y tendiéndole la mano con aire suplicante.

Gisela parece decir á su amante que dé su fe y su amor á la tierna jóven..... Este es su único voto, la última plegaria que hace la que ya no puede amar en este mundo; en seguida dirigiéndole un triste y eterno á Dios, desaparece en medio de las flores que la cubren entónces enteramente.

Alberto se levanta con vivo dolor; pero la órden de la wili le parece sagrada..... arranca algunas flores de las que cubren á Gisela, las pone sobre su corazon, sobre sus labios, con amor; y débil y vacilante cae en lós brazos de los que le rodean, alargando la mano á Batilde.

Así concluye el baile.

Expedicion á Compiègne.

Yo deseaba conocer personalmente al hermano Luis Felipe, pero el hermano Luis Felipe no estaba en Paris. Hallábase en el palacio y sitio real de *Compiègne*, á 19 leguas francesas de la capital, con toda su familia, la corte y la mayor parte de los ministros de la corona. En uno de aquellos dias habia de pasar revista á un

ejército de veinte y cinco mil hombres de todas armas con ocasion de poner por su mano algunas corbatas de la legion de honor , y para dar á este acto mas solemnidad habia convidado á la mayor parte del cuerpo diplomático extranjero.

La ocasion me pareció la mas oportuna para satisfacer mi curiosidad, con la ventaja de gozar al mismo tiempo del espectáculo de una revista solemne de tropas escogidas, y de conocer algunas notabilidades diplomáticas, políticas y financieras. La dificultad estaba solamente en el modo como lo habia de hacer ; porque al verle rápidamente al pasar por algun sitio confundido con el vulgo, me satisfacía poco ; por otra parte yo no era de los convidados, y los antecedentes que habian mediado entre el rey de los franceses y Fr. Gerundio de los españoles, no eran los mas á propósito que digamos para tomarme la confianza de convidarme por mí mismo. Era preciso, pues, valerme de alguna estratagemata.

Yo me acordaba de la que habia usado cuando estuve en Ceuta fingiéndome médico para poder penetrar impune y libremente en territorio árabe y ver y examinar á la hermosa *Aragma Benhesek*, hija del gobernador de Anchara *Mugamet-Ben-Ali-Deilel* que se hallaba enferma en una mezquita (1). Aquella por fortuna mia me habia salido bien, pero ni el estado de Luis Felipe era para necesitar de médicos, ni yo pudiera fácilmente pasar por médico en la corte de Francia como habia pasado en Marruecos. Discurrí pues que siendo aquella una reunion de diplomáticos, ningun disfraz podia convenirme mejor que el de diplomático, acordándome tambien de aquel ingenioso hermano que deseando asistir á un concierto para el cual no estaba convidado, inventó fingirse músico, y tomando un violin y untando las cerdas del arco con sebo, se dirigió al salon, entró sin obstáculo por parte del revisor de billetes, porque ya se sabe que los músicos no los necesitan , se incorporó á la orquesta, fingió tocar como uno de tantos, y satisfizo su curiosidad sin menoscabo de la armonía, gracias al sebo, remedio tan suave como eficaz para la no desafinacion. Ea pues, dije para mí, ya no hay que dudar en la eleccion de disfraz, y ocurrióme en el instante este racionio semipoético :

Si para examinar enfermas árabes
Conviene hacerse médico-quirúrgico,

(1) Capillada 331 del 23 de Abril de 1841.

Y si para conciertos filarmónicos
Suple al convite contrahacerse músico
Para asistir á fiestar diplomáticas
El disfraz diplomático es el único.

Y me di á buscar un uniforme que se pudiera acomodar á la corporal estructura gerundiana. Afortunadamente se me deparó uno que me venia como de molde y parecia hecho de encargo para mí, y aun llegué á convencerme que á veces las casualidades son mas sábias, y tienen mejor tijera que los sastres mas afamados: ¡ tal ajustaba á mi gerundiano cuerpo el préstamo diplomático indumentario !

Con todo, no consideraba yo esto bastante todavía para poderse presentar ante la majestad de Luis Felipe la paternidad diplomática de Fr. Gerundio; y á falta de credenciales, era menester un apoyo que autorizara de alguna manera la presentacion del supuesto Encargado de negocios, y aun que le guiara en un teatro cuya maquinaria le era enteramente desconocida. Tambien quiso la buena suerte depararme este oportuno arrimo, habiendo tropezado con un plenipotenciario de los verdaderamente convidados á la funcion de Compiègne, el cual no solo acogió con entusiasmo mi pensamiento, sino que le auxilió y fomento cuanto de su parte estuvo.

Partimos, pues, los dos diplomáticos apócrifo y genuino, á las siete de la mañana corriendo la posta, y despues de habernos detenido á almorzar por espacio de mas de una hora en la pequeña ciudad de *Senlis*, notable por la elevadísima aguja de la torre de la catedral que parece lleva ánimo de abrir un ojal en el cielo, atravesámos unos inmensos y frondosísimos bosques de espesos y corpulentos robles, donde suelen hacerse las cacerías reales. Al bajar la pendiente de una colina, encontrámos al ministro de la legacion de Constantinopla, que solo se distingue ya por el gorro encarnado con una gran borla que lleva en la cabeza, vistiendo en todo lo demas á la europea. Poco mas adelante hallámos al hermano *Guizot* que se dirigia á Paris. Mi compañero le saludó muy cortesmente, y el ministro de negocios extranjeros por su parte nos correspondió con la mayor finura y urbanidad. Los dos se conocian: yo, modernísimo diplomático, era la primera vez que veia á *Mr. Guizot*.—¿ De qué os reís? me preguntó el compañero.—¿ No he de reirme? le contesté: ¿ cómo se figurará el amigo *Guizot* que acaba de saludar á quien tantas veces le ha hecho tema de sus bromas periodísticas? ¿ Cómo se figurará que á quien acaba de ha-

cer los honores es el mismo que en 10 de Noviembre de 1840 se persignaba diciendo :

Por la señal
de la santa cruz †
libranos señor,
de Guizot y de Soult.
Por el Dios de Sabaot,
nadie extrañe me persigne,
pues tengo por ganga insigne
el ministerio Guizot.
De nuestros enemigos
libranos señor (1)

El mismo que en 20 de Diciembre del propio año le cantó con motivo de la derrota que habia sufrido en la Cámara aquellas coplas que empezaban :

Al ver, Monsieur, tu derrot,
acabado en t,
aquí lloró Don Quijot,
suprime la e,
la derrota de Guizot.
¡Caramba y olé (2).

Á medida que nos acercábamos á *Compiègne*, los postillones que estaban de servicio eran mas lujosos, su uniforme no dejaba de ser singular, y en derredor de sus sombreritos encerados ondeaban nuevas y vistosas cintas de raso de diversos colores.

Serian las dos de la tarde cuando el carruaje de los dos diplomáticos entró desempedrando en el patio interior del palacio real de *Compiègne*. Al momento acudieron dos dependientes vestidos de gala á recibir á los recién llegados, miéntras otro con un libro en la mano se acercó á preguntarnos nuestros nombres para la competente anotacion. Primer compromiso para mí, si no llevara ya estudiado el nombre y la categoria con que habia de ser conocido en la régia morada. En seguida fuimos conducidos á la habitacion que nos correspondia con arreglo á nuestra clase.

Dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe.

Nuestra primera operacion fué hacernos la *toilette*, y en seguida convertirnos de viajeros en diplomáticos, para presentarnos al rey

(1) Tomo 12, Capillada 300.

(2) Idem, Capillada 310.

cuando mas oportuno nos pareciese. Digo «cuando mas oportuno nos pareciese,» porque no dejaba de tener que estudiar la ocasion en que deberíamos verificarlo por la parte que á mí me concernia, pues no era cosa de *frivolité* el tener que jugar aquella partida á un rey como Luis Felipe, que no es por cierto de los que se dejan meter el dedo en la boca, como dice el vulgo español. Me pareció muy conveniente reparar ántes mi diplomático estómago para vigorizar al propio tiempo el cuerpo y el espíritu á guisa de guerrero cuando se dispone á entrar con vigor y sin aprehension en la batalla. Habíamos encargado y nuestro ayuda de cámara, el buen *Jacques*, que procurara averiguar cuando el rey tuviese mas gente el salon de recibimiento, y tan luego como vino á decirnos «ahora» nos encaminámos á hacer nuestra presentacion.— ¿ Á quién tendré el honor de anunciar? fuimos preguntados.— Al embajador de..... y al secretario de la embajada de.....— Entrad, señores, si gustáis.

Y caten Vds. á Fr. Gerundio en presencia del rey de los franceses confundido con los representantes y plenipotenciarios de casi todas las naciones. Los pensamientos que á mí gerundiana imaginacion se agolparian en aquel pequeño rato, lo podrán discurrir bien los lectores que estén al alcance de las relaciones que entre Luis Felipe y Fray Gerundio han mediado siempre. Y tambien podrán discurrir, que aunque el tiempo estuviera algo frio, como lo estaba realmente, faltaba poco para que por mi rostro corrieran gotas de sudor por si á S. M. le daba el capricho de fijarse ó de dirigir alguna pregunta á mi sudorosa persona. Afortunadamente estas escenas son de corta duracion, y el rey se limitó á decirnos en general : « que estaba lleno de satisfaccion al verse rodeado de los dignos representantes de las potencias amigas, y que tenia la mayor confianza de que continuaríamos dándole las mismas pruebas de amistad y benevolencia que hasta entónces habia recibido. » Contestóle uno de los compañeros brevemente ofreciéndole las mismas seguridades, ratificándolas yo con un signo de cabeza sumamente expresivo, con lo que tuvo el mas feliz remate aquella primera escena.

Nosotros nos retirámos á nuestra habitacion y el compañero me felicitó con un abrazo por la propiedad y desembarazo (eso Dios y yo lo sabemos) con que habia desempeñado mi papel. Ya teníamos allí los billetes de convite para la funcion del teatro de aquella noche. Llegada la hora de comer, yo tuve por muy conveniente advertir á los criados que no asistiría á la mesa de Es-

tado ; sino que comería en mi habitacion, con motivo de hallarme algo indispuerto, y así se verificó con mucho beneplácito suyo, á juzgar por la obsequiosidad con que me sirvieron. La verdadera causa era evitar una peripecia que era muy posible pudiese ocurrir en la mesa. Pero crean Vds. que no se come mal en el palacio, de Luis Felipe, aunque sea aparte ; y los sirvientes debieron conocer en el consumo que no era de mucho cuidado mi indisposicion.

Como yo despaché ántes que en la mesa real, aproveché aquel intersticio para brujulear la estadística precautoria interior y exterior de palacio, y vi por mí mismo la multitud de guardias, de gendarmes, y de empleados de confianza, vulgo espías, que guarnecen por dentro y fuera la mansion del rey ciudadano. Sin embargo, en obsequio de la verdad debo decir, que á mí desde que me veian asomar, todos me quitaban muy rendidamente el sombrero y me acataban al pasar respetuosamente. Á pesar del espionaje, yo pasaria para ellos por el embajador de Rusia, ó de la Gran Bretaña, y era Fr. Gerundio que se reia de los espías de Luis Felipe.

Á la hora del teatro acudí á ver la funcion. Como no habia asistido á la mesa, no creí deber incorporarme con el cuerpo diplomático, y preferí ocupar una de las lunetas confundido con la plebe de generales, inspectores, diputados y demas que aquellos sitios ocupaban. Un poco les llamaba la atencion á los que junto á mí estaban, y conociales que procuraban con mucha curiosidad leer los letreros de los botones, lo cual impedia yo haciendo algun movimiento y estoy seguro que dirian : « ¡ qué popular se conoce que es este diplomático ! sin duda es el representante de alguna de las nuevas repúblicas de América. »

El teatro de palacio es obra de Luis Felipe, y dirigida por él, en lo cual tiene él su poquito de vanidad ; y de su aficion á la edificacion y reparacion de obras, en que no deja de ser inteligente, le viene el llamarle muchos en Francia *le Roi maçon* : « el rey albañil. » El teatro es pequeñito, pero lindo. Cuando yo entré estaban ya ocupadas las dos largas galerías corridas que hay á un lado y á otro por dos filas de damas de corte, vestidas de gala, entre todas como unas ciento, que hacian un golpe de vista sumamente agradable. Á poco rato entró el rey, la familia real, las damas de servicio, el cuerpo diplomático y los ministros, ocupando todos la espaciosa tribuna ó llámese palco de frente del escenario, en el orden siguiente : en medio el rey y la reina ; á

su derecha la duquesa de Nemours, madama Adelaida, hermana del rey, y el duque de Orleans; á la izquierda la princesa Clementina, única hija soltera del rey, la duquesa de Orleans, y el duque de Nemours; detras las damas, y mas atras y á los lados formando un semicírculo el cuerpo diplomático y ministros, todos, incluso el rey y su familia, de gran gala.

Hallábanse allí la duquesa de Albufera, la condesa Cabannes, el vizconde y vizcondesa Germiny, M. Kois, embajador de Dinamarca, el baron Stokinsen, ministro de Hannóver, el conde de Lehon, ministro plenipotenciario de Bélgica, el Sr. Olózaga, que lo era de España, Thom, encargado de negocios de Austria, el baron de Schaeten, Mr. Salvandy, el mariscal Soult, Mr. Human, M. Dufaure, y otros de que no me acuerdo ya: ah, y yo Fray Gerundio, que tenia frente por frente y á distancia de dos pasos á Luis Felipe, con cuyo motivo pude contemplarle ántes de dar principio á la funcion y en los entreactos tan á mi sabor como podia apetecer; no así durante la representacion, porque entónces tenia el gusto de volverle la espalda, como está temiendo él á cada paso que se la vuelvan los ingleses, lo cual le importaria algo mas.

Luis Felipe, á pesar de sus 71 navidades y de su pelo blanco, estaba robusto y bien tratado, y nadie á no saberlo le echaria su verdadera edad; su presencia es de rey, y en su fisonomía se lee la travesura gubernamental y el talento político. La reina es una señora consumidita, en cuyo semblante se vislumbra un aire marcado de apacibilidad y hasta de virtud, y si se quiere hasta de mistiquez y asceticismo, con ciertas impresiones de sentimiento que no puede desechar por los atentados á las vidas de su esposo y de sus hijos. Madama Adelaida, jóven de 67 años, soltera, es un Luis Felipe vestido de mujer: tanto es parecida á su hermano: la hacen señora de mucho talento. La princesa Clementina no representa los 24 años que tiene, y sin ser un Gall, se conoce que no ha heredado todo el espíritu de su padre y de su tia. La duquesa de Orleans, que en lo rubia no desmiente su país natal de Meklemburgo, de regular talla y pronunciadas y bastante buenas facciones, tiene toda la frescura que puede tener á los 27 años. La de Nemours, jóven de 20 primaveras, de baja estatura, es sumamente agraciada, y á juzgar por su rostro, debe poseer un alma cándida y bondadosa. Los duques de Orleans y de Nemours, ambos con barba y bigote, rubio el primero y negro el segundo, uno y otro son bien parecidos y de bastante esbeltas figuras. Se les co-

noce educados para ganarse popularidad, y de ello puedo certificar algo habiendo tenido ocasion de fumar un cigarro del de Nemours en su compañía, sin conocérsele su elevado rango si de antemano no lo hubiera sabido. En general la familia real de Francia es como decimos los españoles, una familia lucida. El príncipe de Joinville, y los duques de Aumale y Montpensier, hijos menores, no se hallaban allí.

Representáronse aquella noche dos piececitas tituladas « *La demoiselle à marier*, » y « *Bocquet, père et fils*. » Los actores no me parecieron sobresalientes. En un entreacto se nos sirvió un refresco de helados. Yo tomando mi sorbete, colocado de pié como todos en faz de Luis Felipe, alternaba mis miradas entre él y el hermano Soult, que eran con quienes mas habia tenido que hacer en mis tareas periodísticas; y no podia ménos de exclamar para mis diplomáticos botones: « ¡ para que se vea lo que es el mundo ! Despues de tantas veces como he hecho á Luis Felipe objeto de mis gerundianas capilladas (siempre tratándole con el respeto que se merece, eso sí), héme aquí obsequiado por él, hospedado en su casa, comiéndole el pan, y regalado con sorbetes. » En seguida miraba al hermano Soult, y se me venian á la memoria aquellas coplillas que le canté cuando andaba buscando un ministerio, y que principiaban :

« Voto á la Fuente Aganipe,
voto á San Luis, Mariscal,
voto á mi calzon de tripe,
que te hace hacer Luis Felipe
un papel original,

Mariscal (1).

Y me reia yo como un tonto de considerarlo que era el mundo.

Concluida la funcion, nada tuvimos que hacer sino irnos á acostar, y así se verificó, siendo testigo de la etiqueta con que la familia real se daba las buenas noches. Yo dormí mejor que un príncipe, y mejor que si hubiese sido embajador de véras.

Al dia siguiente era la gran revista. Pero no tan temprano que no tuviésemos tiempo de hacer otras cosas ántes. En primer lugar con aviso que recibimos de la reina de que se iba á celebrar la misa de familia, pasámos á la capilla, teniendo con este motivo el gusto de darnos los buenos dias *toda la familia de casa*. En se-

(1) Capillada 144 de 17 de Mayo de 1839.

guida se nos sirvió el desayuno, y concluido salimos el compañero y yo á dar una vuelta por la poblacion. Visitámos algunos templos, vimos el castillo en que fué hecha prisionera la famosa Juana de Arco por los ingleses en 1430, y el arco triunfal erigido por la ciudad á la entrada de los duques de Nemours despues de su casamiento, en el cual aun se leia : « *La ciudad de Compiègne á SS. AA. RR. el duque y la duquesa de Nemours.* »

Regresado que hubimos á nuestra casa, y miétras llegaba la hora de la revista, yo me entretuve en escribir una epistola á mis suscritores de España (que á su tiempo recibirian), con la misma pluma con que este capítulo estoy escribiendo; y aquí me permitirán mis lectores que haga un pequeño acto de contricion por el único hurto que he hecho en toda mi vida, pues aunque el robar un Fray Gerundio una pluma á Luis Felipe me parece que no pasará de un pecado muy venial, y ademas he tomado várias veces agua bendita para borrarle, con todo soy muy escrupuloso en materias del sétimo mandamiento, y cuanta penitencia pueda hacer me parece poca; y si bien conozco que la mejor penitencia en estos pecados es la restitution, conozco tambien que me falta la suficiente virtud para restituírsela; estoy dispuesto, sí, á remunerarle en especie regalándole cuantas plumas guste; pero en punto á volverle la misma, me reconozco impenitente, no me hallo dispuesto á renunciar el gusto de decir cuatro cosas al hermano Luis Felipe con su misma pluma cuando se ofrezca, y no me queda otro recurso que el de borrar el pecado á fuerza de oraciones, y si estas no alcanzan y me condeno... ¡ ah! no, no lo puedo creer de la misericordia infinita de un Dios que nos conoce á Luis Felipe y á mí, y está penetrado de mis sanas intenciones.

La mañana se puso crudisima de agua y viento, y ya perdíamos las esperanzas de que pudiera efectuarse la revista; pero llegó la hora y todo se puso en movimiento; el rey no se habia acobardado, y se disponia para salir. La comitiva emprendió el camino del campo de *Converlieu*, donde aguardaban las tropas. Al horizonte le dió el antojo de despejarse por un rato, pero aun no habiamos llegado á dar vista al ejército, cuando el Sr. Horizonte varió de humor, frunció el ceño, y nos descargó un aguacero acompañado de viento tan recio como frio, que nos hizo desconfiar enteramente de que la revista se verificase. « Por lo ménos el rey, decia yo, no podrá salir de la carretela. » Pero me engañé, pues apénas llegámos al campo, vi á Luis Felipe salir del coche con toda resolucion, y comodándose un capote de hule, montó

con la ligereza de un jóven sobre un caballo blanco que le tenían dispuesto, y seguido de varios generales tambien á caballo y de los coches de nuestra comitiva, dió principio á la revista de los cuerpos, que le iban saludando á su torno con el grito de : « *vive le roi!* » Casi todos los revistó con el sombrero en la mano, cayendo el agua sobre su blanca cabellera que era un alabar á Dios. Puso por su mano las corbatas, y las tropas hicieron algunas evoluciones, durando el todo de la funcion por espacio de mas de dos horas y média. Retirados á nuestra casa, el ejército desfiló por delante de palacio.

Yo bien me temí aquella noche una pulmonia régia, pero S. M. no tuvo novedad alguna, que no fué para mí pequeño testimonio de la robustez y fortaleza del hermano Luis Felipe.

Por la tarde aprovechámos algunos claros que hubo para pasear por el hermoso y extensísimo parque de palacio, obra de Napoleon, dirigida por él, y el mas bello acaso de todos los parques de Francia. Los prados artificiales de que abunda, dispuestos en líneas espirales, dejando en medio multitud de amenos y frondosos bosquecillos, son de un efecto sorprendente; pero lo que mas admira es un deliciosísimo emparrado con verjas de hierro de una média legua de longitud. Debajo de sus enramadas y verdes bóvedas nos encontrámos con *Mr. Salvandy*, nombrado ya entónces embajador de España, que paseaba con otro diplomático. Incorporámonos á ellos, ó por mejor decir, ellos se unieron á nosotros, y juntos continuámos nuestro paseo, hablando primero sobre la belleza de aquellos bosques y jardines, y recayendo despues la conversacion sobre su mision á España. Allí tuve el gusto de oir de boca del hermano *Salvandy* sus sentimientos acerca de nuestro país, que por cierto no están muy en armonía con los que acá hemos podido vislumbrar despues, atendido su comportamiento y tenacidad en la ruidosa cuestion de credenciales. Pero ya veo que no es lo mismo hablar en Compiègne debajo del emparrado del parque, que obrar en Madrid en la casa-embajada de la calle del Barquillo. Y en cuanto á los términos en que venian redactadas las credenciales, que fué y está siendo todavía el gran caballo de batalla, si lo hubieran estado como las que á mí me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubieran dado lugar á tantas dispuestas, contestaciones y casi ruptura de amistades, ó al ménos, aumento de frialdad y poca inteligencia entre ambas naciones. Otro nuevo aguacero nos hizo retirarnos.

La segunda noche no habia funcion teatral. En su defecto es-

perábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabía, pues así se lo habíamos suplicado nos la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo habia rehusado, exponiendo ruborosamente por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y por otra la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavía nos lisonjeaba la esperanza de oirla. Pero no, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, politica por demas y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y sí una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo lo mas á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retirámos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todavía emprendimos nuestro regreso en posta para Paris.

Las circunstancias del viaje de vuelta fueron un poca azarosas, y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera extendido ya demasiado en este capitulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cerca de Luis Felipe del fingido diplomático Fray Gerundio.

El cementerio del Padre La Chaise.

Un recinto que contiene *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del *Padre La Chaise*, el mayor y mas notable de los muchos cementerios de Paris, se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuíta que fué confesor de Luis XIV, era otro razon mas para interesar á los dos exclaustrados viajeros. Así es que á pesar del poco aliciente que ofrece la visita de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion, y no distará ménos de una legua del centro. — Tomaremos, le dije á Tirabeque, una *Dama Blanca*. — ¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama Blanca* para ir al cementerio! — Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo sería tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita* ó una *Parisienne*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas*

Blancas. — Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevarlas á otra parte, pero lo que es á un cementerio, tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin, si es empeño de Vd., opino por que llevemos dos. — No, con una tenemos bastante. — Pues yo pienso que una es poco, mi amo.

El simple ó no se acordaba ó no sabía que las *Damas Blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisiennes*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bearnesas*, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Bañolesas*, las *Damas reunidas*, las *Tryciclas*, las *Constantinas*, las *Gazelas* y otras muchas, son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carruajes de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500, ó mas berlinas, que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Damas Blancas* parten de la plaza de *Carroussel* y llevan hasta el cementerio del *Padre La Chaise*. Subimos pues en una de estas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama Blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho, que nos iba á llevar.

Á los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andres*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, así como de floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos. — Señor, me decia mi buen Pelegrin, toda esta gente está siempre en pecado mortal. — ¡Cómo en pecado mortal! — Sí señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no desear, ni querer ni alegrarnos del mal del prójimo, y estos están siempre deseando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, porque en el consumo va la ganancia.

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, si bien, como le dije á él, son oficios necesarios y de consiguiente permitidos, que tal es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entrámos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos

lugares de meditacion y de recuerdos. Colocado el contemplador en la cima de la colina mas elevada, se presenta á su vista el mas extenso, el mas variado, el mas pintoresco y el mas rico cuadro que puede gozarse en las cercanías de Paris. Pudiera decirse el mas risueño, si no fuera una risa lúgubre y de muerte como la risa de la convulsion la que inspiran aquellos campos. Á lo léjos se contempla una ciudad de vivos, la ciudad mas bulliciosa del mundo: á los piés un pueblo de muertos, la mansion del descanso y del reposo. Allí el movimiento, la agitacion, la bulliciosidad de un pueblo alegre y frívolo: aquí un testimonio severo de que los pueblos mas frívolos, mas dados á los espectáculos de disipacion y de recreo, no pueden ménos de pensar en que hay otra vida, en que hay una religion que no pueden destruir los hombres, y que entre sus sagrados dogmas nos enseña el de la inmortalidad. Si alguno en Paris se hiciese ateo, éntre en el cementerio del P. La Chaise y creerá. Si alguno hubiese bebido las doctrinas del materialismo, penetre en el cementerio, vea á la madre arrodillada ante la tumba de su hijo, á la esposa evocando los manes de su esposo, escuche sus fervientes oraciones, oiga sus ardientes súplicas dirigidas al Eterno por las almas de los que fueron objeto del cariño de sus entrañas, y diga al salir si cree ó no en la vida de los espíritus inmortales. Los cementerios son los argumentos indisolubles de la existencia de una vida eterna y espiritual.

El del P. La Chaise lleva contados ya mas de cien millones de francos (mas de 400 millones de reales), lo necesario para haber podido edificar una ciudad de 40 mil habitantes. Esto podrá dar idea de su grandiosidad. En él, como en una poblacion de vivos, hay una infinidad de calles, rectas unas y tortuosas otras; y dos compañeros que se separan allí pasarían fácilmente dos ó tres dias sin poder encontrarse. Por eso al emprender nuestro paseo de revista sepulcral encargué mucho á Tirabeque que no se apartara dos pasos de mi lado. ¡Qué variedad de sarcófagos! ¡Qué riqueza de monumentos! ¡Cuántos hombres grandes descansan allí! El suelo está cubierto de construcciones de madera, de mármol, de jaspe, de granito, de bronce, de las piedras y metales mas preciosos, y bajo mil caprichosas formas trabajados.

Allí el monumento de *Masséna*, cuyo obelisco de un solo trozo descansa sobre un cubo de mármol blanco que le sirve de pedestal. Aquí el del mariscal *Suchet*, consistente en una enorme pila cuadrangular de mármol y granito; en su faz meridional se ve el busto del guerrero, y la Historia escribiendo sus hazañas sobre

un cañon. Allá el del general *Foy*, en piedra de talla, con su grueso basamento sobre el cual descansa un templete con cuatro columnas acanaladas del órden dórico. Acá el de *Casimiro Perrier*, con una soberbia estatua en bronce del grande hombre de Estado, á cuyos lados se ve inscrito : « *Elocuencia, Justicia, Firmeza, la Ley, Banco de Francia : 1837.* » Mas allá el de la princesa rusa *Demiduff*, adornado de diez columnas que sostienen un templo períptero tristylo. Al otro lado el de *Monge*, erigido por el reconocimiento de los alumnos de la escuela politécnica. Al otro el del célebre diputado *Manuel*, arrojado de la Cámara por la entereza en la emision de sus opiniones en 1825. Aquí el del fogoso patriota *Emilio Verenet*, que dejó recomendado le decorasen su tumba con la bandera tricolor. Allí el que la ciudad de Paris levantó á las *Victimas de Julio*, con su correspondiente inscripcion de LIBERTAD, ÓRDEN PÚBLICO. Y por todas partes obeliscos y columnas, y pirámides, y templos y capillas, erigidos á la memoria de los innumerables hombres célebres que descansan en aquella populosa ciudad.

Las tumbas de los profesores distinguidos en ciencias y artes están regularmente embellecidas con los emblemas ó atributos propios de cada ciencia ó facultad. Así se ve, por ejemplo, la del estatuario *Cartellier* en medio de dos grupos de tres estatuas cada uno ; debajo de las de la izquierda se lee : « *Gloria, Talento, Modestia ;* » bajo las de la derecha « *Amistad, Sabiduría, Bondad.* » La tumba del *Dr. Gall* acompaña un emblema de la *Craneologia*, sobre el cual están inscritos los nombres de las cualidades frenológicas. Sobre la losa sepulcral de la famosa trágica *Duchesnois* se leen trozos enteros de las principales piezas que representó, y en que sobresalió aquella inmortal actriz. Y hasta el arte alegre de música ha concurrido á dar animacion y encanto á aquella lúgubre mansion, pues sobre la tumba de *Reicha*, profesor de contrapunto en el Conservatorio, se ve una lira de piedra, y á sus lados varias composiciones músicas del contrapuntista difunto. — Señor, me dijo Tirabeque cuando se las hice notar, bien dicen que genio y figura hasta la sepultura : el diablo son los músicos : hasta al camposanto llevan la aficion á contrapuntear. Lléveme Dios cuando me muera al departamento de los músicos. — Yo no sé, Pelegrin, le dije, si escogerias el mejor lugar.

Hay inscripciones sábias, filosóficas y sublimes ; pero las hay tambien ridículas, y no pocas. Siento que hubieran borrado hacia poco una muy chistosa que decia : « *Al mejor de los esposos :*

al buen padre de familia : al mas honrado de los ciudadanos : al mas tierno de los amigos : á la victima mas sensible de las persecuciones. Su inconsolable viuda sigue despachando los géneros mas exquisitos de perfumeria en la calle tal, tienda número tantos, á precios muy equitativos. Se suplica á los que visiten estos santos lugares no dejen de seguir favoreciendo su establecimiento. »

Y tampoco se me olvidará una que decia : « *Famille RISSOAM* (en frances). *Mulierum exemplar el decus* (en latin). *Hic jacet sponsa, hic jacebit sponsus, hic jacebunt filius et nurus, hic jacebunt ex iis nati et nascituri, hic jacebit quoque M. L. Canappeville, quæ per tres et quadraginta annos in me, in meum natum, præsertimque in meam conjugem accuratissime officium contulit. Meum est hoc votum.* MR. FLEURI RISSOAM, *pater et avus, pharmacopeus parisiensis.* Familia de RISSOAM. Ejemplar y ornato de las mujeres. Aquí yace la esposa, aquí yacerá el esposo, aquí yacerán el hijo y la nuera, aquí yacerán los que han nacido y los que nazcan de ellos, aquí yacerá tambien M. L. Canappeville, que por cuarenta y tres años me ha cuidado con mucho esmero á mí, á mi hijo y principalmente á mi mujer. Esta es mi voluntad. *Mr. Fleury Rissoam, padre y abuelo, boticario de Paris.* »

Solo á un farmacéutico Parisien le podia haber ocurrido la idea de tan singular epitafio.

Pasámos en seguida al sitio que llaman la *Isla de los Españoles*, dónde están los sepuleros de varios españoles, célebres unos y no célebres otros.

Pero dejaremos los españoles, y á *Abelardo y Eloisa* para el siguiente capitulo, porque hoy es ya tarde para inquietarlos en sus tumbas.

La isla de los españoles; y Abelardo y Eloisa.

Grande fué nuestro contento al hallar en el principal cementerio de la capital de Francia tantos sepuleros de españoles ; que yo no sé cuál de las dos cosas causa mas satisfaccion, si encontrar en país extranjero compatriotas vivos, ó hallar sus cenizas honradas y veneradas en extraños climas.

Bajo un elegante templete de mármol coronado por una cruz y sostenido por ocho columnas, reposan los restos de *D. Mariano Luis de Urquijo*, antiguo ministro de Estado en España, que falleció en Paris el año 1817. En la parte posterior de la urna se lee :

*Il fallait un temple à la vertu,
Un asile à la douleur.*

Como el nombre estaba escrito en español y el epitafio en frances, ocurrióle á Tirabeque la observacion de que el hermano Urquijo era español por delante y frances por detras, cuya observacion los versados en la historia contemporánea podrán juzgar si tenia algo de exacta ó era puramente de capricho. Á su lado se leia otra inscripcion que decia :

JUANITO SEGUNDO DE SOTO Y URQUIJO.

Le 17 janvier 1837.

Este otro misto de frances y español me hizo pensar si la observacion de Tirabeque tendria algo de verdadera respecto de la familia de los Urquijos. En lo del *Juanito* no reparó Tirabeque ; yo sí reparé, pero no quise llamarle la atencion.

Á la tumba del médico español *García Suelto* acompaña esta inscripcion honrosa :

El doctor Tomás García Suelto,
español, médico, filósofo y poeta.
L'humanité, la société et les muses
déplurent sa mort prémature. (1)

— Señor, señor me dijo Tirabeque lleno de fuego y entusiasmo; recemos un Padre nuestro y un Ave María por este buen español que descansa aquí. Esto me hizo notar un sepulcro en que se leia : « *Kindelan*, nacido en España, y empleado despues en el servicio de la Francia : *español, pide á Dios por el alma de un compatriota que no olvidó jamas su primera patria.* » — En efecto, *Pelegrin*, le dije, justo es que roguemos por él. Y pedimos por su ánima con todo el fervor que su patriótica recomendacion merecia.

Veíanse ademas otras venerables tumbas, tales como la del brigadier *D. Pedro José Fernández de la Cuesta*, muerto en 1826; la de *Ofarril*, en 1831; la del *Príncipe de Maserano*, Grande de España de primera clase; la del embajador *Duque de Fernan Núñez*; la del marino *Guzman de Carrion*; la del sábio *Moráles*; la de la *Marquesa de Arneva*; y otras mas ó ménos notables, y mas ó ménos grandiosas ó modestas.

Entre las sombrías calles de árboles que se elevan sobre la derecha de la capilla, é inmediato á los mausoleos de *Molière* y *La Fontaine*, se ven dos monumentos, cada uno de los cuales bastaria

(1)La humanidad, la sociedad y las musas lloran su prematura muerte.

pará llenar de orgullo al amante de las glorias españolas, si no le llenaran al mismo tiempo de ruborosa indignacion al contemplar que los restos de nuestros ingenios mas preclaros han de reposar en una tierra extraña por los injustos desdenes de sus ingratos compatricios. El primero es del distinguido cantor y compositor *Manuel García*, padre de la inmortal *Malibran*, ornato y admiracion de extranjeros teatros, y de la célebre *Paulina*, que hoy accidentalmente está recogiendo artísticos lauros en los salones de la corte del país que la vió nacer. Decora la tumba de aquel artista un relieve en bronce que representa un libro de música, en el cual se leen algunos compases del *Polo del Contrabandista*.

La siguiente inscripcion expresa de quién es el segundo monumento fúnebre.

« Aquí yace

D. Leandro Fernández de Moratin.

Insigne poeta cómico y lirico,

delicias del teatro español,

de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.

Murió en 21 de Junio de 1828. »

Hay algunos versos latinos dedicados á la memoria del erudito poeta lirico dramático por su buen amigo y compatriota *D. Manuel Sivlela*, que ha querido enterrarse con su familia en el mismo monumento que encierra las cenizas de su ilustre amigo. ¡Gloria á las letras! ¡Loor á la amistad! Séale permitido, virtuosos enterrados, á un viajero compatriota vuestro, quemar un granito de incienso sobre vuestras modestas tumbas.

En seguida nos dimos á buscar el sepulcro de los dos célebres amantes *Abelardo y Eloisa*. Y para que al español que visite aquellos santos lugares no le cueste tanto trabajo encontrarle como me costó á mí, adviértole que se halla cerca de la entrada del cementerio á la mano derecha, pasados los primeros árboles. Yo no sé qué especie de sensacion se experimenta al acercarse á la tumba de los tiernos y desgraciados amantes, cuya historia hace mas de siete siglos aprenden de memoria los jóvenes de todos países, y cuyas sentidas *cartas* nadie alcanza los 20 años sin leer.

El mausoleo es de piedra, y ha sido fabricado de las ruinas del oratorio del *Paraclito*, que *Abelardo* se hizo construir para sus solitarias meditaciones en la vida y para el descanso de sus cenizas en la muerte. Pero ni estas debian estar en un lugar retirado cerca de Nogent, ni separadas de las de su tierna amada; y juntas

fueron trasladadas, y juntas reposan hoy en el cementerio de Paris. Sobre una elevada lápida se ven los retratos de los dos amantes, de cuerpo entero en piedra, como durmiendo el sueño de la muerte. En diferentes ángulos del mausoleo hay varios relieves que representan el acto de la profesion religiosa de Abelardo, su entierro, y otros pasajes de su historia. El sepulcro está circuido de una valla tambien de piedra. Sus cuerpos están cubiertos con multitud de coronas, guirnaldas y ramos de siemprevivas que otros amantes han ido colocando como otras tantas ofrendas consagradas á aquellos dos modelos del amor. Yo Fr. Gerundio, como padre amoroso y tierno, olvidando por un momento la severidad de los preceptos monásticos, y acordándome solamente de que tambien habia pagado mi tributo á las impresiones del amor, salté la valla y tuve el gusto de colocar una corona en la cabeza de *Eloisa*, y el de arrancar una; perpétuas de otra que ya la ceñia para conservar una memoria de aquella visita funeraria.

Tirabeque me veia y se admiraba, pero al fin tambien cayó en la tentacion. Solo que por no desmentir su genio me dijo:— Señor, cuántas absoluciones habrán negado á los muchachos los frailes españoles de nuestros tiempos por haber leído las cartas de estos dos ciudadanos!—Déjate ahora de simplezas, le respondí, que no es esta ocasion de venirme con sandeces.

Con lo cual echámos una ojeada de despedida á la tumba de *Abelardo y Eloisa*, y salimos de la ciudad de difuntos del *P. La Chaise*.

Versalles.

Fatal coincidencia es por cierto la de estos apuntes de viaje, tocarle al viajero reseñar el capítulo de *Versalles* bajo el influjo de la lastimosa relacion que nos hacen los periódicos franceses llegados por el último correo, acerca de la horrorosa catástrofe que acaba de suceder en uno de los caminos de hierro que conducen de Paris á aquel sitio real.

Cuando esto escribo, acabo de leer este horrible acontecimiento. Dos máquinas locomotrices impulsaban el convoy que salió de *Versalles* para Paris á las cinco y média de la tarde del domingo 8 del corriente Mayo. En el paso de *Bellevue* se rompe el eje del primer locomotor, y al desprenderse las ruedas, lanza la máquina fuera del carril. Acelerado el segundo por su propio impulso y el del convoy, salta por encima del primero: sucede lo mismo con dos de los wagoes descubiertos, con otros dos de la segunda

clase, y con una diligencia, cuya parte delantera se sobrepone á la trasera de los carruajes que la precedian. Al terrible choque se rompen los wagones, y quedan muertas y heridas várias personas. El fuego de la primera máquina se escapa del hogar y se esparce por el camino : al llegar los cinco primeros carruajes á aquel ardiente brasero, se incendian instantáneamente, y hombres y carros son devorados, consumidos por el fuego. Cerca de 50 desgraciados son quemados por las llamas, divididos y tostados sus miembros, en términos de hallarse apénas rastro y señal de humanas figuras ; mas de otras tantas personas quedan mortalmente heridas ó lastimosamente magulladas. Llega la funesta nueva á Paris, y el llanto y la consternacion cunde y se generaliza por la capital de Francia. El rey, los ministros, las autoridades todas, los facultativos se apresuran á socorrer á los desgraciados que habian quedado con vida, y los salones del castillo de *Meudon* se trasforman de repente en salas de enfermería. El dolor ahoga á centenares de familias ; la catástrofe ha sido horrible ; las circunstancias inspiran una dolorosa curiosidad ; el suceso dejará por mucho tiempo recelosas desconfianzas hácia los caminos de hierro, y hará tomar sérias y escrupulosas precauciones.

Dos son los caminos de hierro que hay de Paris á Versalles, llamados el de la izquierda y el de la derecha, el uno parte de la barrera de Passy, de la barrera del Infierno el otro. Regularmente los extranjeros que van por primera vez á Versalles toman uno para la ida y otro para la vuelta, para disfrutar en una jornada de la perspectiva de ambos paisajes. Asi hice yo tambien, y recuerdo haber salido de Versalles á la misma hora que partió este desgraciado convoy, y haber regresado por el mismo camino en que ha tenido lugar la catástrofe horrorosa. Este último es el que ofrece mas bellos puntos de vista. La suntuosa fábrica de porcelana de *Sevres*, el palacio y bosques de *Saint-Cloud*, el castillo de *Meudon*, las pintorescas campiñas de *Bellevue*, todo contribuye á amenizar aquel camino delicioso.

Versalles es á Paris lo que á Madrid es *Aranjuez*. No hay extranjero que se contente con visitar una vez aquel encantador é indescriptible sitio de recreo, á lo cual da facilidad la distancia de solas cuatro leguas á que está de Paris, y la proporcion de los dos caminos de hierro, de cada uno de los cuales parten convoyes cada hora, y á veces cada média hora todos los dias, empleándose en el viaje unos 30 minutos poco mas ó ménos. En los dias en que se sueltan los juegos de aguas, que son los primeros domingos de

cada mes y todos los del otoño, se calcula en veinte mil el número de personas que cada domingo sale de París á Versalles, que unido á las veinte y cinco mil almas de que consta la poblacion, hace que aquellos extensos é interminables jardines se pueblen de manera que llegue hasta embarazarse el paso por sus infinitas y pintorescas calles.

La descripcion del palacio y jardines de Versalles necesitaria un volúmen entero, y aun sería menguada para dar á conocer toda su grandiosidad y bellezas. Es menester verlo para conocerlo. Sin embargo, procuraré dar á mis lectores una pequeña y sucinta idea de lo que encierra aquella rica posesion de los reyes de Francia.

El Palacio de Versalles, esta imponente creacion de Luis XIV, no era mas que una vasta ruina, recuerdo interesante y triste de tantas prosperidades y grandezas. Luis Felipe concibió el pensamiento de hacer de él la joya de la Francia, y el templo de la fortuna francesa, y emprendió la atrevida obra de una completa y soberbia reparacion. Quiso despues encerrar dentro de sus muros todos los reyes, todas las creencias, todos los grandes hombres del país, y obedeciendo á su voz se levantaron del fondo de las tumbas de San Dionisio, de las cavernas de Chateau d'Eu, del museo de los Agustinos, de todas las viejas catedrales, de todos los antiguos monasterios, de todos los templos ruinosos, todos los reyes de la primera raza, que vinieron con su corona en la cabeza y su cetro en la mano á ocupar su plaza en las largas galerías destinadas á las estatuas de mármol. Vinieron en seguida los de la edad média y siguieron los reyes de las postreras familias.

Allí ha hecho concurrir todos los hombres famosos, todas las mujeres ilustres que ha producido la Francia. Sabios, guerreros, magistrados, poetas, artistas, todos están reunidos bajo un techo en el palacio de Versalles. Luis Felipe ha hecho tambien cubrir todas las paredes de las galerías con magníficos cuadros de la historia de Francia desde el primer rey hasta nuestros dias. No hay batalla, no hay hecho notable, no hay suceso, de algun interes, que no esté representado en algun cuadro. El museo de Versalles es la historia de Francia puesta en accion. He aquí en resúmen lo que contiene el palacio y el órden en que conviene verlo.

La capilla con sus escaleras y vestibulo. Salas de cuadros históricos desde Clovis hasta Luis XVI. Galerías de estatuas y bustos. Salas de cuadros en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Sala de retratos de los reyes de Francia. Sala de las residencias reales. Sala de los Grandes Almirantes. Sala de los Mariscales. Sala de los

Condestables. Sala de los guerreros célebres. Sala de las campañas de 1796 hasta 1805. Sala de Napoleon. Sala de las campañas de 1805 á 1810. Sala de Marengo. Sala de cuadros históricos desde 1792 hasta 1836. Teatro. Galerías de estatuas y bustos. Salon de Hércules. Salon de la Abundancia. Idem de Vénus. Id. de Diana. Id. de Marte. Id. de Mercurio. Id. de Apolo. Id. de la Guerra. Gran galería de cristales. Salon de la paz. Cámara de la Reina. Salon de la Reina. Salon del gran Cubierto. Sala de los guardias de la Reina. Sala de criados de á pié de la Reina. Sala de guardias del Rey. Pequeños departamentos de la Reina. Salon del Ojo de Buey (1). Dormitorio de Luis XIV. Gabinete del Rey. Cámara de Luis XV. Sala del Meridiano. Gabinete de las Cazas. Sala de los desayunos. Gabinete de los Ministros. Gabinete de Maintenon. Gabinete de Luis XVI. Biblioteca. Salon de las porcelanas. Sala de billar. Sala de las vajillas de oro. Sala de las Cruzadas. Sala de los Estados generales. Sala de la Consagracion de Napoleon. Sala de las campañas de 1792 á 1795. Sala de 1792. Galería de batallas. Sala de 1830. Galería de estatuas y bustos. Sala de las pinturas á la aguada. Salas de retratos históricos anteriores á 1710.

El número de cuadros históricos es de 1031. El de estatuas y bustos es de millares.

¿ Y quien es capaz de describir los interminables jardines de Versalles? ¿ Quién sus juegos y saltos de aguas, sus cascadas, sus estanques, sus pabellones, sus grutas rústicas, sus bosquecillos y prados artificiales, sus innumerables grupos de diosas, de ninfas, de amorcillos, de sátiros, de faunos, de delfines, de tritones, de nereidas, de genios, de héroes de la gentilidad, de emperadores griegos y romanos, de oradores y filósofos, de las estaciones, de las partes del mundo, de los frutos de la tierra, de los rios, de las aves, y de todo cuanto simbolizarse puede por medio del buril y del cincel en las piedras y en los metales? ¿ Quién los vasos y las estatuas, y las pilastras, y las columnas, y los caprichos del grande y del pequeño Trianon?

Sin embargo, á pesar de la vasta extension de aquellos jardines, y de todas las bellezas en ellos reunidas, el español que los contempla admira, sí, los esfuerzos del arte y la profusion de la riqueza, pero todavía recuerda con orgullo las fuentes de la Gran-

(1) Así llamada de una ventana oval practicada en el plafon de donde recibia la luz.

ja y los jardines de Aranjuez. Allí hay lujo de arte, aquí hay una naturaleza pródiga. Y sobre todo no cambiaría yo un vaso de agua de la Granja por toda la de las fuentes, -surtidores, estanques y canales de Versalles, por la sencilla razón de que la de la Granja limpia, fija y da esplendor, y la de Versalles no se puede beber.

Fourier y los fourieristas.

He aquí cómo me escribía á Paris una señora española desde una de las mas bellas ciudades de la Bética :

«Mi amigo Fr. Gerundio : ya que Vd. se halla en la capital de Francia, y penetrada como estoy de la afición de Vd. á adquirir toda clase de conocimientos que puedan contribuir al bien de la sociedad y á la felicidad del género humano, me tomo la libertad de rogarle no deje de aprovechar su estancia en esa para estudiar cuanto pueda la nueva doctrina de *Fourier*, de ese grande hombre en cuyo solo sistema se encuentra el verdadero saber, la verdadera felicidad, la única política positiva. Yo tuve mi época de entusiasmo y de ilusión por la política que hoy agita los ánimos en nuestro suelo, pero aficionada á la lectura, me dieron á conocer la doctrina de *Fourier*, y quedé desencantada. Si acaso alcanzó á Vd. en Madrid el *Manifeste de l'Ecole Sociétaire*, publicado por los discípulos del grande hombre, no dudo se hallará Vd. muy dispuesto á abjurar de toda otra política que la de *Fourier*. Tengo el gusto de dirigir á Vd. «*El porvenir de las mujeres*,» obra de la *Escuela Societaria* y traducido por mí: el artículo adicionado que con el título de «*Una palabra á las españolas*» leerá Vd. en el mismo folleto, es original mio. Lo he hecho sin pretensiones de ningun género, y le someto gustosa á la imparcial censura de Vd.

» Esta doctrina, como todos los nuevos descubrimientos, sufre ataques é impugnaciones, y hasta sarcasmos de los que no quieren tomarse el trabajo de estudiarla, ó carecen de capacidad para comprenderla. Por lo mismo es necesaria filosofía y valor para no desmayar en sostenerla, y á mí no me falta en verdad, porque me la da el convencimiento.

» Yo estoy segura que con presentarse Vd. á los padres de esta escuela, y decirles : «soy el redactor del Fr. Gerundio» bastará para que sea Vd. acogido con benevolencia y hasta con distincion. Sin

embargo, ruego á su paternidad reverendisima visite á *Mr. François Devay*, que vive «rue..... á nombre de la *Falansteriana* española, y tengo una completa confianza de que se alegrará de la visita y proporcionará á Vd. entrar en relaciones con los demas individuos de la escuela, etc, etc.»

Yo habia tenido el gusto de conocer á esta señora en mi viaje al mediodia de la España, y la carta descubre bastante por sí sola que su educacion, sus inclinaciones, y su instruccion en los conocimientos mas profundos de la filosofia social, no son por cierto los que suelen tener comunmente las mujeres de nuestro país. Del sistema de *Fourier* tenia yo algunas noticias aunque escasas, porque sus doctrinas son poco conocidas en España todavía. Así, pues, me di con mucho gusto á cumplir su encargo. Confieso que en ello no tuve la mas minima parte el ensayar si la *Politica positiva de Fourier* me desencantaba de esta otra politica no positiva que preocupa todos los ánimos en España, porque de esta me hallaba completamente desencantado ya sin que me quedara rastro de ilusion por ella, ó por mejor decir, aun conservo alguna ilusion por cierto sistema que yo me sé y que cada uno es dueño de crearse; pero en cuanto á los hombres, protesto que no me ha quedado reliquia ni señal de ilusion política.

Pasé á visitar á *Mr. Devay*, y en efecto la hermana *Falansteriana* no se habia equivocado. *Mr. Devay* me recibió tan afectuosamente como yo pudiera desear: conocia mis pobres escritos, y con sorpresa y satisfaccion mia comenzó á recitarme artículos casi enteros: él era tambien redactor de *La Falange*, periódico de la *Sociedad Falansteriana*, dedicado á la propagacion de las doctrinas de *Fourier*. *Mr. Devay* habia estado en España, y como tal reunia á la urbanidad francesa la franqueza española; que los únicos franceses con quienes puede tratar un español (y sea esto dicho de paso) son los que han visitado la España y han tenido la fortuna de que se les pegue algo de la hermosa naturalidad, de la insinuante y generosa franqueza que distingue y singulariza y hace apreciabiles en todas las regiones del mundo á los privilegiados habitantes (que en esto podemos tener el orgullo de serlo) de este suelo favorito de la naturaleza. Con los franceses puros (salvo como en todo algunas excepciones) no sé si habrá español que pueda congeniar.

Hablé detenidamente con *Mr. Devay* sobre las bases de la teoría societaria de *Fourier*, y sobre el estado y altura á que se encontraban sus doctrinas, y me manifestó que en los diez años que se

cuentan de su nacimiento, no solo se hallan representadas en Francia por la *Falange* de Paris, sino tambien en Inglaterra por la *Falange* de Lóndres, y en los Estados Unidos por la *Falange* de New-York; y que en Alemania, en Rusia, en Suiza, en el norte de Italia cunde su propagacion por medio de los periódicos y las revistas filosóficas. En Paris tienen los *Fourieristas* tres periódicos dedicados al propio objeto, que son *La Falange*, el *Nuevo Mundo*, y la *Crónica del movimiento social*, y ademas hay establecida en la calle del Sena una *Librería social*, donde se imprimen, publican y despachan á módicos precios las obras de los discípulos de *Fourier*, tales como el *Almanaque social*, el *Porvenir de las mujeres*, el *Porvenir de los obreros*, la *Historia y sistema de Cárlos Fourier*, *Cálculos agronómicos*, *Resúmen de la Teoría Falansteriana*, *Bases de la política positiva* y otras muchas.

Excusado es decir que cumplida mi visita volví á mi casa cargado de obras, periódicos y folletos. Si el hijo del comerciante de Besanzon, el buen *Cárlos Fourier*, hubiera resucitado (porque es de saber que el gran reformista murió en 1837), y hubiese visto el cargamento que llevaba, á no dudar hubiera tenido á Fray Gerundio por el mas apasionado de sus sectarios y por la mas firme columna de su sistema.

Al dia siguiente me honró con su visita *Mr. Devay* y tuvo la bondad de convidarme á comer aquel dia con sus compañeros los *Socialistas*. Yo quise excusarme sin dejar de agradecer el obsequio; pero *Mr. Devay* me instó diciendo que se habia tomado la libertad de proponerlo anticipadamente á la sociedad, que esta habia acogido la proposicion con el mayor placer, y contando con mi condescendencia me esperaban reunidos á la hora en el *Restaurant Tavernier*, Galería Valois de *Palais-Royal*, donde acostumbraban á comer juntos los discípulos de *Fourier* el miércoles de cada semana y justamente lo era aquel dia. Que sería una comida frugal y literaria; comida de reformadores de la sociedad, añadió con gracia *Mr. Devay*. Á semejantes razones no me pareció decoroso excusarme ya, y pidiendo permiso por un momento á *Mr. Devay*, salí á decir á mi lego Tirabeque que no me esperara a comer.—¿Pues adónde va Vd. mi amo, (me preguntó) si no es un secreto?—De ningun manera, Pelegrin, le dije: voy á comer con los discípulos de *Fourier*.— Señor, exclamó, no hay duda de que serán aventajados los discípulos de un *Furriel!* Por fuerza serán algunos que le llevarán á Vd. engañado. Créame Vd., señor, no coma Vd. ni con *Furrieles* ni con cabos de escuadra, que tengo para mi

que los *Furrieles* de Francia no deben ser gente muy de fiar (1). — Déjame, Pelegrin, y no tengas cuidado.

Caten Vds. ya, hermanos míos, á Fray Gerundio sentado á la mesa con veinte y tantos ó treinta *Fourieristas*, entre los cuales se hallaban *Mr. Victor Considerant*, redactor en jefe de *La Falange*; *Mr. Czynski*, que lo era en jefe del *Nuevo Mundo* y autor del *Porvenir de las mujeres*, del *Porvenir de los obreros*, de la *Historia de Polonia*, de la *Colonización de Argel* y otras varias obras; *Mr. Le Moine* ingeniero en jefe de puentes y caminos y autor de la *Asociación por Falanges*, y de los *Cálculos Agronómicos*; y otros varios escritores socialistas.

La comida fué en efecto propia de reformadores del mundo, es decir, nada opípara: la conversacion propia de literatos, animada é instructiva; mucho mas hallándose presentes un poseedor de la ciencia del Magnetismo, (que me hizo el obsequio de convidarme á presenciar unos experimentos que pensaba hacer en el domingo próximo), un sabio mecánico que se ocupa de hacer ensayos para dar impulso á una gran fábrica por la presión del aire, un profesor de medicina *homeopática*, y otras notabilidades, ó por mejor decir, otras rarezas literarias y artísticas.

La conversacion giraba alternativamente sobre los efectos de la homeopatía, sobre las cualidades del vapor, sobre las propiedades del magnetismo, sobre las ventajas de los Falansterios, sobre las costumbres de España, y se pronunciaban en graciosa mezcla los nombres de *Galvani*, de *Mesmer* y de *Puysegur*: de *Dionisio Papin*, de *Sawery*, de *Bettancourt*, de *Blasco de Garay*, de *Hahnemann*, de *Schmit* y de *Maroncellet*, de *Fourier*, de *Epicuro* y de *San Simon*, y de todos los que han escrito de mesmerismo, de mecánica, de filosofía, de medicina y de moral. Cualquiera que hubiese entrado nos hubiera tenido por locos, y yo no sé hasta qué punto sería falso semejante juicio. Sin embargo, quizá entre aquellos que á fuerza de animacion parecian desjuiciados, se encontraban los que han de hacer cambiar la faz del mundo y convertir este valle de lágrimas en paraíso terrenal, que no aspira á ménos la doctrina de Fourier.

Pero supongamos que se ha concluido ya la comida. Voy á exponer ahora lo mas brevemente posible el gran pensamiento de

(1) *Nota para los franceses.* Se llaman *Furrieles* en España ciertos cabos en la milicia que entienden en el ramo de alojamientos y raciones de las tropas de servicio.

Fourier, su sistema, y el modo de desenvolverle para hacer la felicidad del género humano.

« La sociedad humana actual, dice *Fourier*, está corrompida; la discordia, la envidia, el egoísmo, la ambicion, el vil interes, todos los vicios la tienen inundada, cancerada, corroída. Cada uno de los sistemas ensayados hasta aquí para hacer de la tierra un paraíso de delicias es falso é incompleto. Nadie ha sabido salir de los castigos, de las leyes de represion, para corregir los delitos; yo voy á hacer á todos los hombres virtuosos y felices sin violencia, sin repugnancia; yo voy á desterrar la pobreza del mundo, voy á hacer que todos tengan lo que les hace falta, y voy á hacer mas, voy á hacer que todos los hombres se quieran bien y vivan como hermanos: voy á hacer que todo el mundo desee trabajar, y que cuando trabaje esté en sus glorias (1). ¿Qué es ahora la sociedad? dice: cada clase está interesada en la desgracia de las demas. » En esto tiene *Fourier* razon que le sobra, y ya dije yo el otro dia que medio mundo vivia de la ruina del otro medio. « El curial desea que riñan los ricos, y que haya *buenos pleitos*: el militar desea una *buena guerra* y que el plomo y el acero se vendimien siquiera la mitad de sus camaradas para poder lograr un grado: el cura desea que la guadaña ande lista, y haya *buenos entierros*: el juez desea que haya muchos y *buenos delitos*: el almacenista de granos desea que haya *buena hambre*; el arquitecto, el carpintero, el albañil, desean que haya *buenos incendios*, y así todos los demas. Yo voy á reformar los hombres de tal modo, que nadie desee, que nadie pueda desear, que á nadie le convenga desear el mal de su conciudadano. » — Pues bien, mostrad cómo. — Ahora lo voy á demostrar yo Fr. Gerundio con *Fourier* y con sus discípulos mis comensales. La materia creo que es la mas interesante de cuantas en mis apuntes de viajes he tocado. Así pues, estadme atentos.

Reforma completa del mundo.

El mundo social debe ser regido por un sistema de *atraccion social*, como el mundo fisico se rige por la *atraccion fisica*. Esto último lo descubrió Newton: lo primero lo ha descubiert *Fou-*

(1) Si consiguiera esto *Fourier* en España, era menester colocar un *Fourier* en cada altar mayor, aunque hubiera que declarar cesante al mismo apóstol Santiago.

rier. El mundo físico está perfectamente regido y gobernado por el sistema de atracción : ¡ tales manos lo amasaron ! la mano misma de Dios : Newton no hizo más que descubrir lo que ya existía. El gobierno del mundo social le desempeña también Dios por sí mismo en cuanto á las leyes primarias, eternas, absolutas y esenciales ; pero en cuanto á las secundarias y disciplinales, les dejó á los hombres en libertad de arreglárselas como mejor les cumplierse. Así es que cada nación es dueña de gobernarse á su modo y manera (1). Pero el hecho es que ninguno hasta ahora ha dado en el *quid* del buen gobierno, porque lléveme el diablo si se han visto nunca ni se ve en el mundo más que miserias, trabajos, flaquezas y necesidades. *Fourier* es el solo hombre que ha descubierto este gran registro, el sistema de atracción que ha de convertir la tierra en un semicielo. Sus discípulos son los que han de obrar esta gran revolución, y yo Fr. Gerundio que comí con ellos y he procurado estudiar á *Fourier*.

Afuera esos mezquinos sistemas de absolutismo, de democracia, de progreso, de conservación ; ó si se quiere, consérvense todos, porque yo sin oponerme á ninguno, pues ni estorban ni hacen falta al mío y todos me son indiferentes, voy á reformar el mundo en términos, que habrá todo lo siguiente : *multiplicación de riquezas, y abundancia general : igualdad absoluta de derechos sin dejar de respetar las desigualdades naturales : utilización de todas las pasiones : mantenimiento de todos los lazos y afecciones de familia : DESTRUCCION DE LOS INTERESES EXCLUSIVOS, ÓRDEN COMPLETO Y LIBERTAD COMPLETA : progreso fijo y conservación progresiva : sustitución del trabajo gustoso al trabajo molesto ; y finalmente, que nadie pueda querer su bien particular sin querer al mismo tiempo el bien de los demás, y nadie pueda querer el mal de otro porque sería querer el suyo, que es lo mismo que haber descubierto el secreto de la felicidad en esta vida, cosa que hasta ahora pasaba por imposible. Todo por el sistema de atracción.*

Para esto era menester hacer de todos los hombres del mundo una gran *unidad social*, una gran asociación, una gran familia, que habría de vivir en perfecta armonía y fraternidad, y de consiguiente sin odios, sin rencores, sin pleitos, sin guerras, sin ejércitos, sin cadalsos, sin cárceles, sin presidios, sin castigos, porque

(1) Si se exceptúa la España, á la cual se empeñan algunos paisanos de *Fourier* y otros que no lo son en no dejarla gozar de esta libertad que Dios le ha dado.

todos los hombres serian buenos, virtuosos y honrados. Pero como esto seria imposible plantearlo de un golpe en todo el Universo, de aquí la necesidad de hacer ensayos en pequeñas asociaciones, ligadas por intereses comunes combinados de tal modo que nada faltase á cada uno de los asociados, y viviesen todos en perfecta armonía. Estas sociedades se irian multiplicando, y serian partes de la gran unidad esférica del gran congreso del mundo deliberando á nombre del globo entero.

Cada una de estas sociedades constituiria un *Falansterio* ó comun. El número menor de que podria componerse seria de 400 individuos ú 80 familias, y el número mayor de 400 familias ó 1,800 personas. Mas ó ménos que estos harian imposible la armonia. Supongamos un *Falansterio* de 400 familias, compuesto de gentes de diferentes oficios, de diferentes fortunas, de diferentes aptitudes ó cualidades intelectuales, que viven dentro de un establecimiento, de un gran edificio de un pueblo palacio distribuido en esta forma. El centro está destinado á las salas de comer, de bolsa, de consejo, de biblioteca y de estudio, y al templo ó capilla. Á una de las alas están los talleres de edificios mecánicos. Á la otra la hospedería, la sala de recibir, y las de baile y de recreo. Los almacenes y establos frente del edificio, y el patio de honor y plaza de maniobras entre el palacio y los almacenes. Hay tambien un patio de invierno con sus jardines. Y el todo construido de manera que las relaciones puedan ser prontas, y los cuarteles pueden recorrerse fácilmente y al abrigo en el invierno.

Pues bien, supongamos esta comunidad de 400 familias que vive dentro de un *Falansterio*, y que cada uno de sus individuos lleva una parte de capital, de trabajo y de talento, ó de una sola de las tres cosas. El que concurra con mas á la asociacion, aquel recibe mas premio. El que no lleva mas que su trabajo, recibe adelantado el minimum, que se reduce á mesa, habitacion y vestido de tercera clase; item mas, el valor de su trabajo. Si estudia, si inventa, si perfecciona, entra á participar de la retribucion del talento. Allí todos han de trabajar, no ha de haber nadie que huelgue. Á los niños, enfermos ó imposibilitados se los mantiene de los fondos de la asociacion, y lo que van ganando los niños con su trabajo se les conserva y garantiza sin gastos hasta la mayor edad, y para ello se les abre una cuenta en el gran libro. La tarifa de distribucion á las tres facultades industriales es de esta manera : cinco duodécimos al trabajo manufacturero, cuatro al capital accionario, y tres á los conocimientos prácticos y teóricos.

Voy ahora á demostrar, yo Fray Gerundio, que hoy hablo por Fourier, que esta sociedad podria ser feliz, que no podria menos de ser feliz. Aquí de mi sistema de *atraccion*. Y digo. Lo que al hombre le cansa, le molesta, le fastidia, es el trabajo forzado, el obligatorio, el monótono, el excesivo y continuado. Al contrario, todo trabajo voluntario y variado le divierte, le agrada, se le hace dulce. Tal es por ejemplo la caza para los aficionados. El estado normal del hombre es trabajar con utilidad y con placer. He aquí el estudio de los atractivos; he aquí el secreto del sistema de la *atraccion*. Para hacer pues ameno y gustoso el trabajo, se seguirian en cada *Falansterio* ó Comun las siguientes reglas. Primera: cada uno elegirá los trabajos á que lo llame su aptitud y su inclinacion: segunda, las ocupaciones serán alternadas, sirviendo la una de desahogo y descanso á la otra: tercera, nadie se ocupará en un mismo trabajo mas de dos horas: cuarta, todos los trabajos estarán organizados por *series* ó clases, *grupos* ó géneros, y *semigrupos* ó especies, de modo que los trabajadores siempre reunidos sean constantemente animados por la emulacion, las rivalidades y el entusiasmo: quinta, cuanto menos agradable sea un trabajo, mayor será la recompensa: sexta, las lecciones irán siempre acompañadas de la práctica, y cada uno asistirá á la leccion que sea mas de su inclinacion y agrado.

Solo la vida armoniosa puede proporcionar á las *mujeres*, la emancipacion moral, es decir, una independencia de posicion que no las permita jamas *venderse*, jamas entregarse contra sus inclinaciones. Dedicadas á un trabajo gustoso y productivo, propio de su sexo, no tendrán necesidad de sacrificarse á un enlace de especulacion ó de recurso; no se verán en la precision ó en el peligro de vender su honor. Todo en fin será virtud, todo abundancia, todo gloria. Los gritos de la desesperacion y los gemidos de los desgraciados serán reemplazados por las continuas fiestas y por los cantos de alegría; la impiedad será vencida, la humanidad entonarà un himno de reconocimiento á la gloria del criador: vosotros veréis con vuestros mismos ojos este paraíso terrenal, si os prestáis á adoptar el sistema de Fourier.

Tras de la creacion de un *Falansterio*, vendria la de otro, y así sucesivamente hasta que toda la sociedad humana se organizara bajo este pié. Para la fundacion de cada *Falansterio*, se abririan suscripciones voluntarias por acciones de pequeñas cantidades que pudieran estar al alcance de los mas medianamente acomodados.

He aquí en resúmen la teoría de la reforma societaria de *Fourier*,

que tanto ruido ha hecho en Francia, y que cuenta ya prosélitos en las regiones de ambos mundos. Hallándome yo en Bélgica á principios de Noviembre del año pasado de 1841, se embarcaron en el Havre para el Brasil 700 *Fourieristas* llamados por el emperador para fundar un Falansterio : les hacia los gastos de viaje, y les adelantaba los fondos necesarios para dar principio á los trabajos.

Pero lo mas notable es que en nuestra España, que es donde la *Teoría social de la política positiva de Fourier* ha cundido ménos, se trata tambien de formar un *Falansterio* ; y á la vista tengo una exposicion que hace al Regente del Reino D. Manuel Sagrario de Beloy, vecino y propietario de Cádiz, acompañada de un proyecto de ley para la formacion de una *poblacion-palacio*, ó sea *Falansterio*, en los campos de *Tempul*, término de Jerez de la Frontera, y perteneciente á sus propios, cuyo territorio *le ha cedido* al efecto *el ilustre y filantrópico Ayuntamiento* de aquella ciudad. En ella promete el hermano *Beloy* (bajo las bases de 31 condiciones que expresa), construir un palacio general para 2,000 almas, en el que cada uno de sus individuos tendrá baño, caños de agua fria y caliente á todas horas, y en algunos casos comodidades de que carece el primer soberano de Europa ; que todo el palacio se iluminará por igual ; que en invierno se podrá vivir de dia y de noche con ropas ligeras, pues al dirigirse á la gran fonda, á los salones, biblioteca, talleres, oficinas, iglesia, teatro, etc., etc., no incomodarán los vientos, las agüas, el lodo ni el frio, pues habrá hermosas galerías de cristales cubiertas, que estarán siempre al temple de primavera : que se promete que este pueblo será una de las maravillas del mundo, etc., etc. Todo con arreglo al sistema de *Fourier*.

Aquí entreveo yo, Fr. Gerundio, la influencia de la *Falansteriana* de la Bética que me escribió á Paris en la propagacion del sistema societario de *Fourier*. ¡Qué bueno será que se dé principio á la gran reforma del mundo por Jerez de la Frontera ! Pero si la creacion del Falansterio español pende de las córtes y el gobierno, ¡desgraciado el proyecto del Sr. Beloy !

He indicado en qué consiste la doctrina social de *Fourier*. Ahora, españoles, estudiadla. Por mi parte me he limitado hoy á exponerla brevemente : en otra ocasion acaso me ocuparé de ella, y emitiré mi pobre parecer.

Tirabeque en el Panteon.

Grandemente se gozaba mi buen lego cada vez que encontraba Francia algun vice versa. Paris ofrece uno muy notable en dos de sus mas suntuosos templos, la *Magdalena* y el *Panteon*. El primero es uno de los templos mas bellos del mundo, y uno de los monumentos dignos de la grandeza y magnificencia de los romanos. Rodeado de 52 elegantes columnas corintias de 60 piés de altura, arrebatata la admiracion del espectador curioso, y testifica el buen gusto de la arquitectura francesa. Pero su forma es enteramente profana : todo lo parece ménos templo cristiano : es elegante, esbelto, bellissimo, pero falto enteramente de gravedad ; y á no saber que estaba dedicado al culto de una santa penitente, se tomaria por un teatro. Diez años estuvo destinado á *Templo de Gloria*, y esto debia ser ya que aquello no fuera.

El segundo (*el Panteon*) está destinado á *Templo de Gloria* para los *grandes hombres*, y debia ser iglesia cristiana, debia ser lo que fué en un principio, el templo de *Santa Genoveva*. Pero estas dos santas han tenido que habérselas con la revolucion, y venció la que habia de haber quedado vencida, y la que habia de haber sucumbido fué la que quedó vencedora. Justicia revolucionaria. Venció, pues, la *Magdalena*, y se apropió el templo que por su arquitectura estaba indicado para *Panteon de hombres ilustres*. La pobre *Santa Genoveva* fué la víctima sacrificada á la revolucion de julio, despojándola de un templo que de justicia le pertenecia, y destinando su santa casa para morada de gente *non sancta*. Así pagaron los parisienses á su buena compatriota, la ilustre princesa de Bravante, el servicio que les hizo cuando Atila, rey de los Hunos, invadió las Galias con un ejército formidable. Así paga el diablo á quien bien le sirve. De modo que si en el cielo se conservaran las pasiones de la tierra, *Santa Genoveva* deberia llorar el desaire como una *Magdalena*, y la llorona *Magdalena* deberia estarse riendo de *Santa Genoveva* como una tonta. La revolucion de Julio seria todo lo justa que se quiera con los hombres, pero á fe que con las santas no se portó muy bien.

Este vice versa es tan notable, que á Tirabeque mismo, con ser lego, no se le pudo escapar, y es uno de los que ménos favor hacen á los franceses.

Yo tenia curiosidad de ver ese famoso *Panteon* tan nombrado, y

al efecto me dirigí á él con mi lego Pelegrin. El templo tiene la forma de una cruz griega, y es efectivamente majestuoso y grande. Desde que la Asamblea constituyente lo metamorfoseó en templo de Gloria, se ve en su fronton representada la *Francia* distribuyendo coronas de palmas á sus grandes hombres; y sobre su friso se lee en abultadas letras de oro :

« AUX GRANDS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE. »

Á LOS GRANDES HOMBRES LA PATRIA RECONOCIDA.

— Señor, me decia mi lego, apiñaditos deberán estar aquí los *hombres grandes* y no tendrán mucha comodidad que digamos, porque aunque el templo es grande tambien, ellos deberán ser muchos, y por fuerza habrán de estar unos sobre otros y como peces en cesta de pescador. — Ya, veremos, Pelegrin; y vamos entrando, que te detienes demasiado en la contemplacion del frontispicio.

Entrámos pues, y al momento exclamó Tirabeque : — Señor, señor, válgame la Virgen, y qué hombre tan grandon se ve allí en frente! Era un *Genio* colosal, con una espada en una mano y un ramo de laurel en la otra, sobre el cual se veia á Napoleon abrazando la Gloria coronada de estrellas. Ningun otro hombre grande veíamos en el templo de los Hombres Grandes. — Diga Vd., buen amigo, le preguntó Tirabeque á nuestro conductor, al conductor que está siempre para recibir y guiar á los extranjeros; ¿ me dará Vd. razon si acaso están de paseo los Hombres Grandes que veníamos á visitar? Porque yo no veo por aquí mas que ese gigante, que dice el amo que no es hombre, sino un *Geniaz*o muy atroz. — ¡ Oh! respondió nuestro guia, tomaos la molestia de bajar conmigo; allí los veréis.

Y nos condujo á las bóvedas subterráneas (*caveaux*) donde esperábamos hallar la numerosa coleccion de hombres ilustres que deseábamos ver.—He aquí, nos dijo el conductor, la tumba de *Voltaire* : ella es de precioso mármol; ved los emblemas que decoran el sepulcro de este Grande hombre; un globo y una cítara. — Sí, señor, dijo Tirabeque; tengo noticias de este sugeto; los frailes de allá de España le querian mucho : en tiempo del rey absoluto apénas habia sermon en que no le citaran.— ¡ Oh! precisamente; él es uno de los grandes hombres de la Francia. Tomaos la molestia de venir por aquí..... Estáis viendo la tumba de *Rousseau*.—Sí, señor, sí, tambien conocemos por allá á este ciuda-

dano.— ¡ Oh ! yo no lo dudo.—Oiga Vd. : parece que no se encuentra muy á gusto el mancebo, porque veo que está sacando un brazo como quien quiere salirse de la tumba.—Sí, pero reparad que ese es un brazo de madera ; ¿ veis que lleva una bujía encendida en la mano ?—Alumbre Vd. mas de cerca con la suya, porque no veo bien.—Pues es el emblema de lo que el grande hombre ilustró al mundo con la luz de las obras de su ingenio. Leed esa inscripcion :

« Ici repose l'homme de la nature et de la vérité. »

Aquí yace el hombre de la naturaleza y de la verdad.

—Está bien, repuso Tirabeque, aunque eso de la verdad necesaria alguna mas explicacion.—Ahora venid por aquí. Y nos condujo á otros de los departamentos subterráneos, donde habia porcion de jarrones de mármol.—Esta urna de piedra contiene los corazones de *MM. Sers* y *Monard de Gales*; en esta otra urna está encerrado el corazon de *Hecreau de Sennarmort*; esta otra está vacía ; esta otra contiene el corazon del ilustre senador.....—Por lo visto, dijo Tirabeque sin dejarle concluir, Vds. han ido descorazonando gente para colocar sus corazones en estos jarros. Y diga Vd. : ¿ se puede saber qué clase de sugetos eran todos estos descorazonados?— ¡ Oh ! sí, señor ; eran senadores, generales, condes, marqueses, abogados, pares de Francia, etc.—¿ Y todos eran hombres grandes ? Porque si el ser hombre grande en Francia ha de servir para que á uno le arranquen el corazon, estoy mas contento con ser en España hombre pequeño que si fuera en Francia hombre grande.—No eran muy grandes que digamos, contestó el conductor, pero fueron ciudadanos bien reputados.—Pues crea Vd., replicó Pelegrin, que de ninguno de ellos he oido hablar una palabra : no debieron ser muy grandes cuando su fama no ha llegado á mí.—Si os parece, señores, podemos salir cuando gustéis.—Qué, ¿ se acabaron ya los hombres grandes ?—Sí, señores, se acabaron.—¿ Con que es decir que toda la bulla de los *Hombres Grandes* del famoso *Panteon* se reduce á dos que son *Rousseau* y *Voltaire* ? Y para eso tanta bambolla de : « á los *Grandes hombres la patria reconocida* ! » — ¡ Ah ! però habrá mas.— ¡ Ah ! pero ahora no los hay. Está visto, hermano conductor, que los franceses son Vds. muy ponderativos.—Calla, imprudente, le dije al oído ; calla esa boca y salgamos.

Subimos otra vez á la iglesia. Nosotros caminábamos derecho

hacia la salida, pero el conductor mostraba interes y empeño en llamarnos la atencion hacia algun otro punto. Tirabeque y yo mirábamos, y nada se ofrecia á nuestra vista que ofreciese ya novedad. Caminábamos hacia la puerta y el conductor nos entretenia de nuevo.—¿Qué será esto, Pelegrin? le dije por lo bajo.—Señor, no sé lo que puede significar, me contestó.—Ea, pues despedámonos de este hombre.—Dios os guarde, amigo : os damos las gracias por vuestra atencion.—Perdonad señores, vos no habéis leido sin duda este escrito. Entónces mirámos á una tablita que colgada de una columna estaba, en la cual se leia :

« L'inspecteur des travaux du Panthéon certifie que les conducteurs-guides n'aient autre salaire que les gratifications des personnes qui vont le voir. »

« El inspector de los trabajos del Panteon certifica que los guias-conductores no tienen mas salario que las propinas de los que vienen á visitarlo. »

Esto explicaba la conducta de nuestro guia, y sus ardidés indirectos para llamarnos la atencion. Yo eché mano al bolsillo riéndome de tan extraño modo de pedir, y Tirabeque con su natural marcialidad le dijo al conductor : oiga Vd. señor mio, ¿ para pedir una propina, se necesita andar con esos circunloquios? Sepa Vd. que somos españoles y que en España se piden las cosas clarito y sin rodeos. ¡ Habrá Vd. visto gazmoñería como ella! Para decir : « ¿ no hay alguna cosilla para el conductor? » no es necesario andar con certificaciones ni garambainas.—¡ Ah! perdon, señores.—¿ Qué perdon ni que as de bastos! Tóme Vd. ese par de francos y calle. ¿ Pues para qué quiere mas renta el hombre?

Y salimos riéndonos del modo de pedir de los franceses. Ellos no piden, ni hacen memoriales; expiden un certificado para que les den. Testimonio de la franqueza del país.

Teatro italiano.

Por la noche nos fuimos al *Teatro italiano*. ¡ Hola! y que no es poca fineza llevar á un lego á un teatro donde una localidad regular cuesta 13 francos, ó sea 52 reales; y para eso si se quiere estar á gusto hay que apresurarse á tomar posesion del asiento, porque de otra manera, con arreglo á la bendita costumbre francesa del *primo capientis*, se expone uno á pagar trece francos enteros para no ver mas que la mitad del escenario. Pero de estas

finezas merecía Tirabeque por los importantes servicios que en algunas ocasiones me prestaba.

El *Teatro italiano*, así llamado por ser de italianos la compañía lírica que en él trabaja, es el segundo de París en categoría; aunque no tan grandioso y magnífico como el de la *Academia real de música*, es sumamente bello y elegante, y la sociedad que á él concurre es acaso mas escogida todavía que la de la grande ópera. Como los franceses y francesas acostumbran á vestirse de sociedad para ir al teatro, especialmente á los de primer orden, la concurrencia del *teatro italiano* representa el lujo y la elegancia de las clases de mas tono de París. La compañía distribuye el año escénico en dos temporadas ó mitades, de las cuales la de otoño ó invierno la dedica á París, y la de primavera y verano á Londres. No da mas que tres funciones cada semana, alternando con las de la *Academia real*.

Allí tuvimos el gusto de oír á la *Grissi*, la *Persiani*, la *Albertazzi*, la *Amigó*, á *Tamburini*, *Mario* y *Lablache*, primeras notabilidades líricas de Europa, y aun del mundo. *Rubini*, el célebre *Rubini*, el rey de los tenores, que tambien habia pertenecido á aquella compañía, se habia retirado ya de la escena á gozar privada y descansadamente de las glorias y los triunfos artísticos, y de otra cosa todavía mas positiva y material para pasar el resto de su vida con decencia, de los millones que su habilidad y sus talentos líricos le habian proporcionado. Dichosos los que en este siglo filarmónico lo ganan cantando.

Sorprendióme y no poco Tirabeque cuando me dijo en uno de los entreactos: — Señor, señor, allí estoy yo. — ¡Cómo que allí estás tú! ¿Dónde? Yo no te veo mas que aquí. — No, señor, no, allí arriba; mire Vd. al antepecho de aquella segunda galería de palcos; no me ve Vd. allí escrito con letras de oro? ¿quién les habrá dicho á estos italianos que me hallo yo en París? ¿y cómo habia yo de pensar nunca que me habian de hacer el honor de ponerme en letras de oro, cuando creí que las de plomo de la imprenta eran ya demasiado para lo que yo merezco? — Calla, calla, simplon que tú eres, tú debes estar soñando. — Señor, ¿no ve Vd. allí escrito en un lado *Malibran*, en otro *Barilli*, y otro *García*? — Eso sí. — Pues bien: no ve Vd. allí cerca *Pelegrin* con todas sus letras? Pues ese ¿quién es mas que yo? ¿Tiene Vd. noticia de que haya por aquí ningun otro *Pelegrin*? — ¡Ah pobre badulaque! miserable tontuelo! Lee bien, y verás que hay mas letras de las que has pensado: repara y ve que no dice *Pelegrin*

sino *Pellegrini*. — Señor, eso consiste en que como son italianos han escrito mi nombre tambien á estilo de Italia. — Vaya, no has de ser majadero : creí que la temporada que llevas de Paris te habria civilizado mas.

Barilli y Pellegrini supongo que han sido dos célebres cantantes italianos que han merecido el honor de que sus nombres se inscriban en este templo de gloria lírica ; y no es poca gloria, Tirabeque, para nosotros los españoles el ver tambien esculpidos aquí los nombres de dos compatriotas insignes cuales fueron el Sr. *García*, aquel cuyo honroso sepulcro vimos en el cementerio del P. La Chaise, y el de su hija la inmortal *Malibran* ; y no es poca gloria, digo, que de los cuatro célebres artistas cuyos nombres se ven aquí grabados en bronce, dos sean compatriotas nuestros.

Quedóse Tirabeque un poco mustio, si bien no podia dejar de serle satisfactorio la fama y reputacion artística de dos paisanos que á tan distinguido honor se habian hecho acreedores. Y concluida la funcion salimos admirados de las extraordinarias facultades, y de la robusta, pastosa y suave voz del jefe de los bajos cantantes *Lablache*, y no tan satisfechos como esperábamos de la fama y mérito que habíamos oido dar á *Tamburini*.

La prision de muchachos.

El estado de las prisiones y el sistema carcelario es una de las cosas que prueban mas el buen ó mal gobierno de un país. En España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cucaña estar preso, y ha llegado á cuestionarse si el estado excesivamente brillante y cómodo de las prisiones desmoraliza ya indirectamente la sociedad en vez de corregirla, pues hay hombres que cometen delitos con el fin de que los encarcelen.

Para visitar las cárceles de Paris se necesita una permission ó licencia especial del Prefecto, pero se consigue fácilmente. He aquí los términos en que están concebidas. — « Prefectura de Policía. — El consejero de estado, Prefecto de Policía, autoriza á los directores de las prisiones del Sena á dar entrada en estos establecimientos el dia que se presente á visitarlos á *Mr. N.....* Los Señores directores le dispensarán todas las facilidades compatibles con su deber y responsabilidad. Anotarán en esta licencia el dia en que les sea presentada ; y el director que la reciba el último, la

retendrá para volverla á enviar á la Prefectura de Policía. — El consejero de Estado, Prefecto, *Deupui*. »

Cada cárcel de Paris, está destinada á detenidos de diferente condicion, edad, sexo y delitos. La de *Santa Pelagia* por ejemplo, en que ántes se encerraba á los perseguidos por deudas, está ahora destinada á los condenados por delitos políticos, á algunos prevenidos de robo, y á tal cual individuo condenado á una corta detencion. En la *Conserjería* se encierran los acusados que esperan el fallo de la *Cour d'Assises*. La de la *Abadía de San German* está destinada á los militares prevenidos de crímenes de la competencia de los consejos de Guerra : esta es una prision estremadamente fuerte. La de la *Deuda* es la que ha reemplazado á la de *Santa Pelagia*. La de *San Lázaro* es la casa de detencion para mujeres condenadas á prision temporal ó perpétua : es una de las mejores de Paris, y las detenidas se emplean en trabajos propios de su sexo, que al paso que las preservan del enojo y la desesperacion, y les endulzan la privacion de la libertad, les preparan recursos para el dia en que hayan de recobrarla. La de la *Pequeña fuerza* está destinada á las prostitutas, á quienes se ocupa en hilar lana ó algodón : el reglamento de esta cárcel es sumamente severo. La de la *Roquette* ó *Nouveau Bicetre* está dedicada á los sentenciados á muerte ó á penas corporales y duras hasta que salen á sufrir su castigo. En la *Penitenciaría de jóvenes detenidos* se encierran á los muchachos de 7 á 14 años por via de correccion y por tiempo determinado. Y así de las demas prisiones.

Las cárceles de Paris se han mejorado extraordinariamente de algun tiempo á esta parte, tanto respecto al estado sanitario como al tratamiento que en ellas se da á los presos. Para prueba de ello, y en beneficio de la brevedad que exigen unas ligeras observaciones de viaje, hablaré solo de dos de ellas, que como las otras tuve el gusto de visitar en compañía de mi Tirabeque. Ambas están junto al cementerio del P. La Chaise, enfrente una de otra : son las dos últimas que he citado.

Cuando Tirabeque supo que entraba en el depósito de rematados á llevar la cadena y á sufrir la pena capital, le entró cierto sudorcillo de miedo que en vano procuraba disimular. El edificio consta de dos pisos altos, donde se hallan los cuartos ó celditas para cada preso : en el piso bajo están los talleres, rectorio, capilla, etc. ; en medio hay un gran patio cuadrado : el establecimiento puede contener 3,000 presos.

— ¿Qué tienes, Pelegrin ? — Nada, señor : el poquillo de res-

peto con que siempre mira uno á estos colegiales mayores. E conserje nos condujo á uno de los talleres, donde habria sobre 20 ó 30 presos trabajando en obras de sastrería. Á nuestra entrada todos se pusieron en pié, descubriendo sus cabezas y teniendo sus gorritas en la mano. Aquel acto de urbanidad y respeto no dejó de tranquilizar un tanto la zozobrosa inquietud de Tirabeque. Examinámos ligeramente sus obras, permaneciendo entre tanto los presos en la misma humilde y respetuosa actitud. — Señor, medecia Tirabeque al oído, ¿estos son presos, ó son los sastres de la casa? — Sí, los sastres de la casa son; pero tan humildes como los ves, son tambien de los presos, acaso son grandes criminales, acaso facinerosos y asesinos. — Señor, si parecen sastres de tijera honrada. — He ahí, Pelegrin, los efectos de un buen gobierno carcelario.

Pasámos en seguida á los talleres de herrería, de zapatería, de carpintería y demas. En este último vimos trabajar obras sumamente delicadas y de muchísimo gusto: neceseres, cajas, pupitres, almohadillitas para señora, adornadas de embutidos de muchísimo y muy minucioso trabajo formando elegantes dibujos. Tirabeque se quedó asombrado de ver tan exquisitos trabajos, y á mí me sucedió lo mismo. En todos los talleres fuimos recibidos con iguales muestras de respetuosa y humilde atencion. Subímos á ver las celdas, donde admirámos la limpieza y el aseo, y mas que todo la decencia y comodidad de las camas. En seguida visitámos la cocina, que hallámos mas limpia y aseada que la de nuestros antiguos conventos: probámos las viandas y convenímos en que podian comerse mejor que los almodrotes que nos hacian nuestros cocineros del claustro.

Pero la prision en que mas hallámos que admirar fué la de los *muchachos*, ó sea de *jóvenes detenidos* que está enfrente. El edificio parece mas bien un castillo feudal que una cárcel. Es un sexágono regular, en cada uno de cuyos ángulos iguales descuella una torre cuadrada. Consta de otros tantos departamentos de tres pisos cada uno, con otros tantos patios. Cada uno de estos seis departamentos está aislado de los otros, y en medio hay una especie de rotonda desde la cual se dominan todos. Cuando nosotros visitámos esta cárcel habria unos quinientos jóvenes presos, todos de 7 á 14 años; cada uno vive y trabaja separadamente en su celda, conforme al sistema de aislamiento del célebre Béntham. Los de un departamento no se rozan ni comunican para nada con los de otro, y aun los que habitan en uno mismo no se conocen por sus

nombres, sino por el número con que á cada uno se señala. Trabajan todo el dia, y solo cada dos dias se concede á cada preso un cuarto de hora de recreo en el patio ; pero cada uno juega solo, cada uno tiene su cuarto de hora diferente ; no se reúnen sino para oír misa en la capilla y para recibir las explicaciones de doctrina cristiana en la rotonda del medio. En cada manzana de celdas hay continuamente un vigilante que inspecciona los trabajos de la seccion que está á su cuidado, y asiste y suministra á cada preso lo que necesita para sus trabajos. La vigilancia es rígida ; ningun preso podria holgar seis minutos sin conocimiento del inspector, y sin que le siguiera inmediatamente el castigo ; pero el socorro en cualquier indisposicion, en cualquier necesidad que se les ocurra, es tambien pronto y seguro ; el vigilante no falta nunca de allí ; al menor llamamiento de un preso acude en el minuto. Estos vigilantes (*surveillants*) son todos retirados del ejército, lo mismo que los conserjes y demas empleados del establecimiento escogidos por su moralidad.

El que á nosotros nos guiaba era un hombre sumamente fino, atento é instruido. Nos hacia las explicaciones con la mayor minuciosidad y con una amabilidad que no dejaba que apetecer. No hubo seccion que no visitáramos ; en vano fué indicarle varias veces en las tres largas horas, que se estaba molestando demasiado por nosotros ; su respuesta era siempre, que en ello no hacia mas que cumplir su deber, que aquella era su obligacion, y que ademas tenia gusto en que los extranjeros á quienes tenia el honor de guiar no dejaran de informarse de todo cuanto al establecimiento pertenecia. ¡ Cuántas veces me acordé de la general aspereza de nuestros alcaides ! Bien que esto, atendido el estado de nuestras cárceles, es un bien ; y aun deberían poseer en grado mas eminente esta cualidad para que nadie viese lo que es afrentoso ver.

No hay género de trabajo á que no se dediquen aquellos jóvenes, segun las inclinaciones de cada uno. Allí se fabrica toda clase de ropa y de calzado, de tejidos, de cerrajería, de botonería, de ebanistería, de cincelería, de hebillería, etc. etc. : lo mismo se elaboran telas de hilo, seda y estambre que instrumentos de hierro, bronce y acero, que muebles de madera, y artefactos de todo género. Allí vi cincelar esas figuras y grupos de bronce que sirven de remate y adorno á los relojes de mesa ; allí vi trabajar esos instrumentos músicos que llaman *acordiones*, de los cuales habia un bien surtido almacén de todos tamaños, que tocaban tambien los presos con maestría ; y por éste estilo otra porcion de manufactu-

ras, de que se surten varias casas de comercio de Paris, y de cuyos productos parte se destina á beneficio del establecimiento y parte se deposita en la Caja de Ahorros de cada preso, para que el dia que salga de la prision pueda contar con un pequeño capital.

Divertida en gran manera fué nuestra visita carcelaria con las preguntas que Tirabeque ó yo hacíamos á los chicos, segun que en cada celda entrábamos, y con las respuestas que ellos nos daban. — Oyes, niño, ¿ por qué estas tú aquí ? — Yo, por vago, nos respondia con admirable candidez. — ¿ Qué edad tienes ? — Ocho años. — ¿ Y qué sabes hacer ? — Hago cadenitas de alambre de varias clases (y todo esto sin dejar de trabajar). — ¡ Y cuánto tiempo llevas de prision ? — Cuatro meses. — ¿ Y cuánto te falta ? — Cuatro años, ménos el tiempo que llevo aquí. — Pasábamos á otra celda, y preguntábamos. — ¿ Qué edad tienes tú, niño ? — Ocho años y medio. — ¿ Y por qué estás en la prision, picarillo ? — Por indócil. — ¿ Qué sabes hacer ? — Hebillitas y llaves de reloj. — ¿ Por cuánto tiempo estás preso ? — Por seis años : llevo ya mas de uno en ella. — Enseña, enseña á estos señores, le decia el conserje, las muestras de escritura. Sabed que este niño ha ganado el último premio de escribir.

Esto nos dió á conocer la esmerada enseñanza de primeras letras que recibian los jóvenes penitenciados. — Diga Vd. Sr. conserje, le preguntó mi Pelegrin : supongo que les darán á Vds. mucho que hacer estos diablejos, porque aquí vendrá lo peor de cada casa. — Viene en efecto, pero es admirable el cambio que en ellos produce este sistema desde el momento que entran en la prision. Como desde luego se ven aislados, como nadie se les presenta ni les habla sino los jefes é inspectores del establecimiento, y los maestros de religion, de primeras letras y de su oficio respectivo, y como siempre se los tiene ocupados, adquieren una docilidad admirable, y apenas se ofrece castigarlos alguna vez. ¿ Y vos no tenéis en España (dijo dirigiéndose á mí) establecimientos de esta clase ? — Sí, le contesté ; en Madrid se ha creado uno el año pasado, y se proyecta crear otros. Tirabeque iba á echarme á perder la contestacion, pero le lancé una mirada que le hizo temblar y calló como un muerto.

Al despedirnos quise poner en la mano de nuestro amable conductor la decente propina de que era digno. Pero de tal manera y con tales razones de delicadeza la rehusó, que hube de desistir, y aun de pedirle mil perdones. Único ejemplar de este género que se me presentó en toda la Francia.

Salimos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban quinientos jóvenes, que hubieran sido otras tantas carcomas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuádruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaría* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos. ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensarán en crear establecimientos de esta clase!

La ermita y el pabellon de Rousseau.

Una de las excursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en Paris, es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca como por hallarse allí la célebre *Ermita de Rousseau*, su *pabellon* y otros no ménos curiosos monumentos.

El dia que se destine á esta excursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint-Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruajes que parten diariamente cada média hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 reales (75 centimos); desde *Saint-Denis* á *Montmorency* se apresta otro carruaje, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta expedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

Montmorency está situada en una altura que domina el valle del mismo nombre, valle feracísimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes y baños de aguas sulfurosas, la casa de Catinat y el famoso lago de Enghien, al cual en las fiestas patronales tienen costumbre los elegantes parisienses de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanías de Paris.

Nosotros habíamos emprendido nuestra viajata ni mas ni ménos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle. Pero

confiados en el adagio español, « preguntando se va á Roma, » preguntando á unos y á otros lográmos dar con la famosa *Ermita* (*l'Ermitage*), que está cerca del bosque llamado *El Castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardín contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo* y un mausoleo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazón de leon*, que habitó también aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres. « Aquí, decía uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna. — Esta es la morada, decía otro, que le proporcionó su querida Madama de Epinay cuando le dijo : « Oso mio, ahí tienes tu asilo : tú le has escogido y la amistad te le ofrece. » Esta puede llamarse el regalo del amor. — Sí, añadí yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de Houdetot, cuñada de la Epinay, cuyos locos amores le acarrearón los disgustos que era natural le produjesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con Diderot, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de Warens, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar. »

Tirabeque, que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo : — Señor, por lo que Vds. hablan, ese hombre era de aquellos de « tantas veo, tantas quiero. » ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTEON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo? — El mismo, Pelegrin. — Pues señor, dígole á Vd. que por sus luces no diera yo seis maravedís. — Pues aun no sabes lo mejor. Mira : aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que él llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de Paris : y de la hija refieren que era tan estúpida que nunca pudo contar por su orden los meses del año, y le sucedia también lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró también de aquella *gran mujer*, y la *antorcha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre ántes de casarse con ella. —

Pues señor, me gusta la vida que hacia el *santo Ermitaño*. — Para que veas, Pelegrin, como los hombres mas grandes son los que incurren tambien en las mas grandes flaquezas. Sin embargo, aunque la vida de *Rousseau* tuvo períodos que no fueron sino un tejido de aventuras y hechos inmorales, tuvo tambien el hijo del relojero de Ginebra otros períodos de heroísmo, y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes. *Rousseau* tuvo mucho de bueno y mucho de malo : como literato calavera, su vida fué una serie de desgracias y de fortunones, de persecuciones y proteccion : como filósofo extravagante, tuvo rarezas sin cuento y rasgos de genio privilegiado y de hombre vulgar.

— Señor, y estos hombres son los que despues de muertos son venerados mas que si fueran santos, y todo el mundo se hace lenguas de ellos, y los colocan en los grandes panteones, y vienen los extranjeros á visitar su ermita como si fuese la ermita de San Pablo ó el Santo Sepulcro de Jesucristo ! ¡ Válgame Dios, mi amo y cuánto aprende uno y cuánto se desengaña en los viajes ! — Para eso no es necesario viajar, Pelegrin ; porque tambien en España como en todas partes del mundo acaece detestar los hombres á tal ilustrado sugeto en vida por sus vicios, y despues de muerto hacerle una média apoteosis. En todos tiempos ha sucedido así. No hay cosa como morirse, Tirabeque : la muerte es una pintura que hace mucho favor á algunos retratos, pues con su negro pincel suele borrar lo malo y dejar solamente lo bueno.

— Si á Vds. les parece, dijo uno de los compañeros, podemos pasar á ver el *Pabellon*. — Cuando Vds. gusten, les respondí. Y nos dirigimos al pueblo, donde nos habian informado se hallaba.

Acusado el filósofo de Ginebra de traicion por la mayor parte de sus amigos, y creyéndose cercado de lazos y emboscadas, se trasladó en 1758 en el rigor del invierno á una pobre habitacion cuyo techo de tablas podridas estaba amenazando ruina y la cual le cedió su amigo el duque de Montmorency. Esto es lo que hoy se llama el *Pabellon de Rousseau*. Tomando lenguas fuimos conducidos á una humilde casita, que estaba cerrada. Usando de la libertad de extranjeros y de la franqueza española, llamámos, y salió á respondernos una vieja cuya fachada no dejaba de consonar con la de la casa. Nos preguntó qué se nos ofrecia, y le respondimos que éramos cuatro extranjeros que tendríamos gusto en visitar el *Pabellon del grande hombre*, si en ello no habia inconveniente. Con su otorgamiento de concesion entrámos en un pequeño pasillo descubierto que conducia á la casita. Sobre el dintel de la

puerta se leia la siguiente inscripcion, de la cual lo marcado con puntos estaba borrado. «..... llamado trasportado el 15 de Diciembre de 1758 por sus amigos el difunto Mariscal de Luxemburgo, propietario del castillo de Montmorency y el difunto príncipe de Conty, que quisieron sustraerle al decreto de arresto lanzado contra él el 8 del mismo mes por el Parlamento de Paris despues de la publicacion del *Emilio*. Él escribia el 7 á uno de sus amigos en estos términos : « He dado gloria á Dios, he hablado para el bien de los hombres : por una tan noble causa no rehusaré jamas el sufrir : hoy se vuelve á abrir el parlamento ; espero tranquilo lo que guste decretar. »

Debajo de esta inscripcion se añadia, « que él habia escrito allí el *Contrato Social*, una carta al Parlamento, y que habia dado la última mano á su *Julia*. »

La vieja se nos habia retirado, pero no por eso dejámos nosotros de irnos internando con nuestra franqueza española (y á fe que fué la que nos valió, pues de otro modo nos bubiéramos quedado sin verlo). Encontrámonos en una cocina, donde se hallaba nuestra vieja, (que en verdad no era la mas digna sustituta de la *Nueva Eloisa*) ocupada en atizar sus pucheros. — Madama ¿ se pasa por aquí al *Pabellon*? — Si, señores, sigan Vds. por ahí que allá voy yo. Entrámos pues en el famoso *Pabellon*, que es una especie de pequeño terraplen con su emparrado y sus árboles á la orilla : á uno de sus extremos habia una mesa redonda de piedra, con una plancha de bronce embutida en medio, en que se leia : « *Aquí es donde ha pasado los bellos días un grande hombre : veinte diversas obras maestras han señalado su curso ; aquí nacieron el Saint-Preux y la Julia, y esta simple piedra es el altar del genio. — El 27 de Marzo de 1787. — Gabriel Risard.* »

He aquí, dije á mis amigos, donde nacieron aquellas dos célebres obras, de las cuales decia el mismo *Rousseau* : « *El que no idolatre á mi JULIA, no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de SAINT-PREUX no puede serlo mio.* » — En efecto, me respondió uno de ellos ; pero segun la inscripcion de la puerta tambien nació aquí aquella obra destructora de toda organizacion politica existente. — ¿ Habla Vd. del *Contrato Social*? le preguntó el otro compatriota. — Si, señor. — Pues amigo, perdone Vd., que para mí es el mas acertado código de instituciones politicas que se ha escrito : él fué el que adoptó la Convencion haciendo á su autor el merecido honor de colocar su busto en el salon de sesiones. — Pues yo detesto sus doctrinas fundadas sobre la soberanía na-

cional. — Cabalmente es por lo que á mí me gustan : la soberanía de todos es la única ley omnipotente. — Mejor dirá Vd. que es el principio subversivo de toda sociedad. — Así hablan los retrógrados. — Y como Vd. piensan los anarquistas.

Así se iban explicando mis compañeros de expedición, los cuales no hay que decir el partido político á que cada uno pertenecía.

La cuestion política los iba acalorando en términos que temí que la polémica tuviera un resultado disgustoso ; Achaque fatal de esta época de discordias políticas ! Viven dos españoles en la mas invidiable y fraternal armonía hasta que se suscita una cuestion política cualquiera : no se necesita mas para que la buena armonía se la lleve el diablo, y falte poco, si algo falta, para que anden al morro los mismos que fuera de la maldita política serian buenos amigos. Mi mediacion y la entrada de la vieja cortaron la fastidiosa disputa. — Vengan Vds., si gustan, nos dijo esta, al gabinete del grande hombre. Y nos llevó á una piececita que está al lado del *Pabellon*.

Allí nos enseñó el *facsimile* de una carta de *Rousseau* á Mr. Latour, pintor del rey, en Octubre de 1764 con ocasion de haberle enviado su retrato, la cual no deja de ser curiosa. El gabinete está circundado de cuadros, de retratos de las personas con quienes habia tenido relaciones de amistad Juan Jacobo : entre ellos tengo presente que se hallaban los de *Franklin, d'Alambert, David Hume, Beaumont, Voltaire, Diderot, Mad. Geoffrin, Miguel Ángel* y otros varios, los cuales ha tenido el gusto de reunir en aquel cuartucho *Mr. Bidoc*, hoy dueño de la casa.

Concluida nuestra visita, y alargando Tirabeque de muy mala gana una expresion á la vieja, nos fuimos á tomar un refrigerio al hotel del *Gran Ciervo*. Durante la refeccion rodó la conversacion sobre las cualidades del filósofo cuyas viviendas acabábamos de visitar. Uno de los compañeros le tenia por un hombre cabal, y podia decirse que era uno de esos que llama Grimm *verdaderos devotos de Juan Santiago*. El otro la tomaba por la inversa, y para él no era *Rousseau* mas que un hombre sedicioso é inmoral. Por mi parte fui siempre y soy ahora de la opinion de uno de sus biógrafos que dice : « El carácter moral de este hombre célebre parece imposible de analizar, porque es un compuesto de elementos tan encontrados que admira verlos reunidos en un solo hombre. » Tirabeque tambien echaba por el atajo, y tomando parte en el juicio de calificacion, decia : — Señor, él sería todo lo grande que le quieran hacer los franceses, pero para mí el hombre

que se enamora de una criada tan tonta que no entendia las horas de un reloj, tiene hecha la apologia. Echámonos todos á reir del juicio crítico de Tirabeque; al mismo tiempo sonó una corneta de piston; salimos á ver, y era la del cochero que avisaba ser la hora de regresar á *Saint-Denis*; con lo cual acordámos trasladar nuestras cuatro humanidades de la mesa al carruaje, y á los dos minutos ya estábamos en camino.

Saint-Denis.

Como decia Tirabeque, el ir á visitar los sepulcros de los reyes de Francia no impedia reparar lo que se hallase al paso; y en efecto, á la entrada de la poblacion nos hizo notar el retumbante rótulo de una cantina que decia: « *Cantina del fuerte de la doble corona del Norte.* » — Mire Vd., señor, añadia, que llamar á una cantina « *del fuerte de la doble corona del Norte* » no les ocurre mas que á los franceses. En efecto es así, y esto bastará para que el lector se figure los altisonantes títulos con que ellos bautizan cualquier insignificante establecimiento.

La pequeña ciudad de *Saint-Denis* es poblacion de unos 5,000 habitantes: tiene muchas y excelentes fábricas de manufacturas, y un colegio de educacion para 500 señoritas hijas de individuos de la Legion de Honor. Pero lo notable en *Saint-Denis* es su hermosa y vasta catedral gótica. Cuando nosotros estuvimos se hallaba en reparacion. Un cabildo de diez obispos y veinte y cuatro canónigos ha reemplazado á los cenobitas de la antigua y célebre Abadía. Destinada á sepulcro de los reyes de Francia desde Godobero I, fué profanada y destruida por la revolucion, quedando sin techos, sin altares, sin reliquias y sin tesoro. Despues ha sido reedificada, y hoy se encuentra en mas brillante estado que nunca. Los restos de los monarcas destrozados en aquella época calamitosa han vuelto á encontrar allí un asilo, y se han agregado las cenizas de Luis XVI, de la reina Maria Antonieta y de sus tias, y los despojos de Luis XVIII y del duque de Berri.

Nuestro conductor empezó enseñándonos los sepulcros de már-mol que decoran el cuerpo de la suntuosa iglesia, especialmente los de los reyes Henrique II y su mujer, que se hallan á la izquierda, y los de Francisco I y su mujer que se encuentran á la derecha del altar mayor; cada uno de estos monarcas descansa al lado de su esposa, y todos cuatro están desnudos como su madre los

parió, única cosa en que los reyes nacen iguales á los demas hombres. En derredor del sepulcro de Francisco I están retratadas en bajos relieves todas las batallas del gran monarca. Yo me puse á examinarlas despacio por la curiosidad de ver si encontraba la famosa batalla del *sitio de Pavia*, donde Francisco I quedó prisionero del emperador Carlos I de España, y no la hallé. Entónces pregunté al conductor (maliciosamente en verdad), « podréis decirme cuál de estas es la batalla de *Pavia*? — ¡ Ah ! me respondió : perdonad ; la batalla de *Pavia* no está aquí ; todo el espacio le han ocupado las otras, no ha quedado lugar para ella. Todos á la una admirámos la sutileza de la respuesta, y bromeábanme mis compañeros compatriotas diciéndome que habia encontrado con la horma de mi zapato, no pudiendo dejar de reconocer yo mismo el mérito de la ingeniosa y pronta evasiva del frances.

En seguida nos condujo á las catacumbas ó bóvedas subterráneas donde descansa un pueblo entero de reyes en magnificos y costosos mausoleos. Honda y sublime es la sensacion que se experimenta al contemplar las tumbas de los monarcas de quince siglos, al repasar las páginas de mármol de aquella larga cronología de reyes, en que á cada paso se encuentran recuerdos históricos y monumentos de príncipes de sangre española. Pero lo que se nos hizo mas notable á todos fué hallar el sepulcro y estatua de Luis XVII, de aquel jóven y desgraciado príncipe, hijo de los infortunados Luis XVI y María Antonieta, víctima de la crueldad revolucionaria.

Era ya tarde, y la necesidad de regresar á Paris puso término á aquella importante revista, que suspendimos con ánimo resuelto de hacerla otro dia mas despacio, como lo ejecuté por mi parte, y como aconsejo á todo español que lo verifique, pues no debe visitarse ménos que dos veces la interesantísima y memorable catedral de *Saint Denis*.

La gran Muralla.

—Señores, nos decia Tirabeque en el camino, saquen Vds. los relojes. — ¿ Y para qué, le dije yo ; á las cinco en punto hemos salido de Saint-Denis. — No, señor, no es para saber á qué hora hemos salido ; es por una curiosidad : á ver si se pasa un minuto sin que encontremos algun carruaje. En efecto, es tal y tan activa la comunicacion de Saint-Denis con la capital, que con dificultad, es-

pecialmente á la caída de la tarde, hora en que salen tambien las diligencias de Paris que van en aquella direccion, con dificultad, digo, se pasará un minuto ni aun medio, sin encontrar algun carruaje en el espacio de las dos leguas. Puede decirse que no se interrumpe la línea que forman entre los de ida y los de vuelta. Los oídos padecen considerablemente con aquel ruido insoportable.

Una de las cosas que en esta jornada fueron objeto de nuestra conversacion y de nuestras reflexiones, fué la obra de la *gran muralla de Paris*, esa obra gigantesca, concebida y proyectada por Luis Felipe, y aprobada por las Cámaras despues de tantos y tan acalorados debates. Esta obra colosal se está llevando á efecto con actividad y con teson. Á la distancia de média legua ó tres cuartos de las *barreras* ó puertas de la ciudad, en cualquier direccion que se salga, se ven los trabajos de esa obra que ha de producir un cambio en la importancia militar y política de aquella inmensa poblacion, no sabemos si para bien ó para mal suyo, si para bien ó para mal de la Francia entera, si para su libertad ó para su esclavitud.

Creo que no bajaré de doce ó catorce leguas la zona que comprenderá la muralla con sus fortines avanzados, y que no será de ménos de sesenta ú ochenta mil hombres el ejército necesario para defender el amurallado pueblo de una invasion. Los millones de francos que se lleva invertidos, y los que se invertirán en la construccion de tan vastísima muralla, el lector los podrá calcular, si cálculo hay que abarcarlo pueda. Nosotros admirábamos unánimemente la docilidad de un millon de corderos que se dejan encerrar dentro de aquel gran redil, y la atrevida resolucion del pastor que lo hace fabricar para su ilustrado rebaño. Y haciendo esta reflexion llegámos á Paris.

Un culto raro.

Ofrecí hablar de un culto religioso, el que mas me ha llamado la atencion de cuantos cultos ví en Francia, Holanda y Alemania, y voy á cumplirlo.

Yo habia visto anunciado el culto de la *Iglesia Católica francesa* en Paris, sin otra circunstancia que la de celebrarse los oficios en *idioma frances*, y aunque creí que sería esta sola la novedad que ofreciera, determiné dedicar á él la mañana del domingo en compañía de Tirabeque : se entiende, despues de haber cumplido

nuestras obligaciones cristianas á lo católico rancio español. Á las doce, hora en que se anunciaba la misa, ya estábamos los dos en el núm. 59 del *Faubourg-Saint-Martin*, donde se halla la iglesia.

Desde luego nos causó extrañeza encontrar en el pórtico una mesa cubierta de libritos y folletos, que despachaba una mujer, con arreglo á la costumbre general de despacharse todo por femeninas manos. Me acerqué á examinar los escritos y hallé que eran el *Catecismo de la iglesia católica francesa*, el *Nouvel Eucologe* ó nuevo Ordinario de la Misa; varios discursos, entre ellos uno sobre el *Celibato de los sacerdotes*, el prospecto y primer número de un periódico para la propagacion de las doctrinas de la nueva iglesia, todo escrito por su primado el *abate Chatel*, junto con su biografía y una coleccion de estampas que representaban á este *obispo fundador* en actitud de predicar á los fieles. De todos tomé un ejemplar; y miéntras salia el celebrante á decir la misa, me puse á leer con viva curiosidad, lo primero el mencionado *Catecismo*, donde esperaba hallar los principios que constituian la creencia de esta nueva religion, que bien puede llamarse nueva, puesto que empezó á proclamarse en 1831. Á ello me alentaba Tirabeque diciendo: — Lea Vd., señor, lea Vd. á prisa, que tengo para mí que hemos de ver hoy unas herejías muy raras en este templo.

No me engañé efectivamente. He aquí el *símbolo de la Iglesia francesa*, segun consta en el capítulo 4º del *Catecismo*.

« 1º *Creo* en un Dios, solo poderoso, solo justo, solo inmutable, solo bueno, que recompensa eternamente y castiga segun la gravedad del mal que se ha hecho. »

« 2º *Creo* que el hombre está dotado de un alma inmortal que volverá á entrar en el seno de Dios cuando sea digna de ello. »

— Señor, hasta ahora parece que no vamos mal, y que esta es gente de razon. Siga Vd. otro poco á ver, que estos franceses suelen principiar con buenas palabras, y concluir con malas obras.

« 3º *Creo* que el bien viene de Dios, y el mal de las imperfecciones del hombre. »

« 4º *Creo* que no hay mas religion verdadera, buena y útil, que la religion natural grabada en el corazon de todos los hombres. »

— ¿ Lo ve Vd., mi amo? Cuando yo dije que nos esperaba ver muchas herejías en este templo... — Deja, que esto se presenta curioso.

« 5° *Creo* que Jesucristo, en razon á la sublimidad de su doctrina y de su moral, y particularmente por consideracion á su ilimitado amor á la humanidad, debe ser mirado como un modelo de virtud, y honorificado como tal. »

« 6° *Creo* que el hombre puede salvarse en todas las religiones, cualquiera que sea, con tal que su creencia sea de buena fe. »

— ¿Qué le va á Vd. pareciendo la doctrinta, mi amo? — Ya lo puedes suponer, Pelegrin; pero concluyamos con los artículos de este *Credo*.

« 7° *Creo* que todo el fondo de la religion y de la moral consiste en creer en Dios y amar al prójimo. »

« 8° *Creo* que se pueden resarcir las faltas por medio de las buenas obras, que son la sola penitencia agradable á Dios y útil á la sociedad. »

« 9° *Creo* que el hombre está obligado á examinar algunas veces su conciencia, y á confesarse á Dios á fin de hacerse mejor. »

« 10° *Creo* que debiendo la criatura un tributo de homenaje y adoracion al Criador, la oracion y el culto exterior son obligatorios á todo hombre que cree en Dios. »

— He aquí, Pelegrin, los diez artículos de la fe de esta iglesia! son cuatro ménos que los nuestros. — Y en verdad, mi amo, que pueden arder en un candil. ¿Y tienen mandamientos y sacramentos como nosotros? — Ahora lo veré..... Sí : los mismos. Pero escucha lo que dice de Jesucristo en el capitulo 3°.

« *Preg.* ¿Quién es Jesucristo?

» *Rep.* Jesucristo es el hijo de José y de María, y el fundador de la religion cristiana.

» *Preg.* ¿Qué hay de notable en la vida y en la muerte de Jesucristo?

» *Resp.* Jesucristo durante su vida se atrevió á decir y á practicar lo que nadie ántes que él habia tenido valor de enseñar, y ménos de practicar.

» *Preg.* ¿Qué enseñó pues y qué practicó que le haya merecido esta preeminencia que los cristianos le dan sobre todos los hombres?

» *Resp.* Enseñó y practicó la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

» *Preg.* ¿Y por qué?

» *Resp.* Porque proclamó por todo dogma, por toda creencia, por toda religion, la ley natural, nada mas que la ley natural. »

Hasta aquí no tenemos una gran novedad en el culto religioso

de esta iglesia, porque no es nuevo en el mundo el que haya sectarios de una religion puramente natural. Pero ya va á dar principio la *misa*, y aquí empieza la originalidad y la extravagancia.

Misa original.

El pueblo espera ya la salida del celebrante (este pueblo serian unas 600 personas) : hombres y mujeres, cada uno tiene en la mano su *Eucológio* ú *Ordinario* de la misa : Fr. Gerundio y Tirabeque se hallan sentados entre el pueblo *católico frances* : el abate *Fernando Francisco Chatel*, fundador de la *Iglesia católica francesa* y nombrado por los votos de los fieles *Obispo Primado* de ella, sale vestido de capisayos y se sienta en un banco al lado del altar mayor, acompañado de su pro-secretario *Mr. Bonnet*; óyense las voces de un organillo que hay colocado á la izquierda del altar mayor; sale el celebrante *Mr. Vandelier*, vicario general honorario, revestido de un traje en nada parecido al de nuestros celebrantes; los ojos de Tirabeque se clavan en él, su boca se entreabre naturalmente al impulso de la curiosidad, y empieza el sacerdote á cantar el *Introibo ad altare Dei* en estos términos :

Pénétrés de respect, approchons de l'autel,
Du Dieu dont l'univers est le trône immortel,

Á lo cual respondia el pueblo tambien cantando :

Du Dieu qui nous remplit de joie et de tendresse,
Et répand dans nos cœurs la plus vive allégresse.

SACERDOTE. — Dieu juste ! en ce moment daigne exaucer mon cœur,
Ramène à la vertu l'homme injuste et trompeur.

PUEBLO. — En te priant, Seigneur, que notre âme est ravie !
Ta grâce est notre bien, notre espoir, notre vie, etc.

que puede traducirse :

SACERDOTE. — Con respeto profundo
lleguemos al altar
de Dios, que tiene al orbe
por su trono inmortal.

PUEBLO... — De ese Dios que nos llena
de gozo y de ternura ;
y en nuestros corazones
derrama la ventura.

SACERDOTE. — Dios mio! en este instante
oye mi corazon,
y á la virtud convierte
al hombre engañador.

PUEBLO..... — Orando á ti, Dios mio
nuestra alma se arrebató;
tu gracia es nuestra vida,
nuestro bien es tu gracia, etc.

El sacerdote sube al altar y entona algunas oraciones en prosa y verso. He aquí como canta los *Kiries* el coro de fieles.

Bienfaiteur tout-puissant!
L'homme reconnaissant
Béni, à chaque instant,
Ta bonté paternelle!
La douceur,
Le bonheur,
Pour notre âme immortelle,
Est de t'aimer,
Te révérer,
Et toujours t'adorer.

; Oh Dios omnipotente!
El hombre reverente
bendice eternamente
tu bondad paternal!
La dulzura,
la ventura,
para un alma inmortal,
es adorarte,
reverenciarte,
y siempre, siempre amarte.

Seguia otra estrofa. Del mismo modo cantó el pueblo la *Gloria* tambien en verso, é igualmente la *Epistola* el celebrante. Los himnos coreados, cantados por las dulces voces de las mujeres, que se conocia estar muy prácticas y muy ensayadas en los diferentes aires de la música, y acompañados del organillo, hacian un efecto sumamente agradable. Tirabeque echaba tambien de cuando en cuando sus piadas, pero tan desacordes que llamaba la atencion de los fieles.— No cantes, Pelegrin, le decia yo por lo bajo: ¿no ves que desafinas?— Algo me parece que desafino, señor, pero debe consistir en que esta religion no está por la misma música que la nuestra. Y luego añadía:— mi amo, estos *kiries* y estas *epistolas* no los conoce el padre que los engendró: ¿quién habia de

creer que *Kirieleyson* se decía en frances *bienfeto tupuisán*? Pero al fin hasta ahora no parece que cantan cosas malas.

En esto entonó el sacerdote una oracion diciendo: «*PRIONS.— Oh mon Dieu!.....—*» Señor, me decía Tirabeque, el *mon Diú* bien lo entiendo, y esto es muy propio de los franceses, hacer el *mondiú* aunque sea en la misa; pero el *Prión* lléveme el diablo si sé lo que quiere decir.—*Prions*, Tirabeque, quiere decir *Oremus*.— Vaya: vaya mi amo, esto ya es estropear las cosas: imposible es que esta religion sea buena, y que á Dios le gusten esta *Priones* ó *Priorones* ó como ellos dicen.

Pero lo peor fué cuando oyó al celebrante empezar el *evangelio* diciendo: «*Evangelio segun la version atribuida á San Lúcas.*»— ! Atribuida dice, mi amo! Señor cura, eso ya pasa de raya: el evangelio de San Lúcas....—Calla, maldito, le dije yo; tú me estás comprometiendo. Á este tiempo llegó el *Suizo* ó gendarme de iglesia, y le intimó que si otra vez volvía á alzar la voz, se vería precisado á hacerle salir del templo. Afortunadamente Tirabeque se habia expresado en español, y no habia conocido el *Suizo* toda la trascendencia de sus palabras, que si no, no se hubiera contentado con un apercebimiento.

Despues del evangelio subió *Mr. Bonnet* al púlpito á predicar: mientras á el se encaminaba, cantaba el pueblo lo siguiente:

Va, ministre du Tout-Puissant,
Du Dieu juste, du Dieu clément,
Annoncer la sainte parole,
Qui fortifie et qui console!
Que l'Évangile de Jésus
Nous offre le touchant symbole!
En son nom dans nos cœurs émus,
Répands les germes des vertus.

«Vé, ministro del Todopoderoso, del Dios justo, del Dios clémente, á anunciar la divina palabra que fortifica y consuela! Que el Evangelio de Jesus nos ofrezca el interesante símbolo! En nombre suyo derrama los gérmenes de las virtudes en nuestros enterrecidos corazones.»

El sermon fué *leído*: su tema era «*DIOS Y LA LIBERTAD.*» El discurso se redujo á referir los horrores y mortandades que en todos tiempos se habian cometido bajo la capa de la religion católica, entendida como la comprende la generalidad de los hombres: que la religion *católica francesa* fundada por el abate Chatel, repudiaba, anatematizaba ese sistema de intolerancia y de rigorismo: que

sus armas eran la dulzura y mansedumbre evangélica, sus medios la persuasión y el convencimiento: que ella admitia en su seno á todos los que diesen culto á Dios é hiciesen bien á la humanidad, cualquiera que en lo demas fuese su creencia: que Dios habia regalado á los pueblos la libertad política y la libertad religiosa: concluyendo con declamar mucho en favor de la libertad. Por supuesto que en la reseña de las persecuciones horrosas por causa de la religion, hizo un papel muy principal la Inquisicion de España. Tirabeque cada vez que oia nombrar la España, sin entender lo que de ella decia, me indicaba tentaciones de arrojar el libro á la cara al predicador, porque estaba convencido que de ella no diria cosa buena, mucho mas cuando despues de nombrada la España, solia añadir, «*quel horreur, mon Dieu!*»—Si no fuera por mi amo y por el *Suizo*, me decia por lo bajo, yo te daria el *mondiú* y el *horror*.»

Durante el sermon presenciámos una escena que nos hizo mucha gracia. La mujer, que como es de costumbre en todos los templos franceses, recoge la contribucion de asientos ó sillas, salió á hacer su recaudacion por la iglesia, y con una bolsita en la mano recorria las filas en requisicion de los dos *sous*. Al mismo tiempo el Obispo con otra bolsa se ocupaba en ir recogiendo limosna para los pobres de la *iglesia católica francesa*. Unas veces iba el Obispo delante de la mujer y otras la mujer delante del Obispo, y en ocasiones se encontraban en una misma fila de asientos, recaudandola una la contribucion ordinaria forzosa y el otro la extraordinaria gratuita.—Señor, me decia Tirabeque: ¿mandará tambien esta ceremonia la religion natural?»

Concluido el sermon, miéntras el predicador se restituia á su antiguo asiento, cantaba el pueblo á coro:

Célébrons la Divinité!
 Gloire à l'auguste vérité
 Qui répand, du haut de la chaire,
 Sa clarté vive et salutare!
 Qu'en tous lieux, au nom du Seigneur,
 Elle règne enfin sur la terre;
 Du fanatisme et de l'erreur
 Que l'Evangile soit vainqueur.....!

« Celebremos la divinidad. ; Gloria á la verdad augusta que derrama desde lo alto de la cátedra su claridad viva y saludable! Que reine en fin en todos los ángulos del mundo el nombre del Señor, y que el Evangelio salga vencedor del error y del fanatismo.....! »

El *Credo*, el *Ofertorio*, el *Cánon*, todo era en verso, todo cantado, y siento que la naturaleza de unas observaciones de viaje no me permitan copiar algunos himnos de particular belleza y singular mérito poético, tanto que no vacilaré en afirmar que los versos del abate Chatel no ceden en dulzura y dignidad á los de Racine.

Concluyó la misa cantando todo el pueblo á coro :

« Jurons Français, jurons, par le fils de Marie,
D'adorer le Seigneur, de servir la patrie.
Ces nobles sentiments, dans tous les cœurs français;
Soutenus par l'honneur, règneront à jamais. »

« Juremos, franceses, juremos por el hijo de María adorar al Señor y servir á nuestra patria.

» Estos nobles sentimientos, sostenidos por el honor, reinarán por siempre en los corazones de todos los franceses. »

Terminado el sacrificio, se puso en pié el *Obispo primado*, y tomando la palabra anunció á sus fieles, que auxiliado de algunos colaboradores habia empezado á publicar un *periódico*, cuyo prospecto y primer número habrian visto ya, con el objeto de propagar las verdaderas doctrinas de la nueva iglesia. Y en una larga arenga les explicó las bases y condiciones del periódico, y les invitó á suscribirse á él para que de este modo contribuyesen al sostenimiento y propaganda de la nueva religion. Y en efecto, allí mismo se recogieron bastantes suscripciones.—Aprenda Vd., señor, aprenda Vd. á agenciarse suscripciones. Vaya, el diablo son estos obispos herejes. — Calla, y vámonos, que si te oyen esta palabra, de seguro en lugar de dormir en el hotel, nos llevan derechos á pasar la noche *en el depósito de la Prefectura de policía*.

Misa por Napoleon.

Napoleon es el hombre-Dios de la Francia : y aun habrá franceses que no crean en Dios y adoren en Napoleon.

— ¿Y cómo pensáis los españoles de Napoleon? me preguntó en el discurso de una conversacion un francés. — Preseindiendo, le contesté, de la cuestion española, en la cual me permitiréis que no pueda elogiar su conducta, por lo demas los españoles reconocemos que fué un grande hombre, el hombre del siglo, y que tendrá pocos semejantes en ningun tiempo.

— ¡ Oh, mi querido español ! Permitidme la libertad de abra-

zaros. Y me estrechó tan apretadamente y con tanto entusiasmo, como pudiera estrechar el mas ardiente enamorado al objeto de sus amores.

Napoleon se encuentra en Francia en todos los lugares y bajo todas formas. En calles, en paseos, en caminos, en monumentos públicos, en casas particulares, en edificios del estado, en fondas, en jardines, en soberbios salones, en tabernas humildes, en ciudades, en aldeas, en casas de campo, donde quiera que se dirija la vista, infaliblemente se ha de ver un Napoleon, ó en estampa, ó en bronce, ó en marmol, ó en yeso, ó en tela, ó en inscripcion, ó en estatua, ó en relieve, ó de cualquier modo que sea. Faltaba que se hubiera dedicado una *misa*, y esto lo ha hecho la *Iglesia católica francesa*.

He aquí algunas de las oraciones de la *Misa de aniversario por Napoleon*, tal como se encuentra en el misa del abate Chatel.

INTROITO. — Padre de todos los hombres! protector de las naciones! por tu poder, en el último siglo apareció entre nosotros un grande hombre! por ti fué destinado á hacer la felicidad de la Francia! Su vasto genio debia hacerla célebre, y ya de oriente á ocaso se la llamaba la gran nacion! Si la noble tarea del grande hombre no ha podido cumplirse, á lo ménos dió la noble señal de una alta civilizaci6n, y los pueblos la han comprendido! Gloria te sea dada por tus beneficios!

EPÍSTOLA Á LOS CRISTIANOS. — Hermanos míos, celebremos el aniversario del hombre mas grande que acaso salió jamas de las manos del Criador! Su fama nos aparece brillante con aquella gloria humana que dispensa á su voluntad el que es fuente fecunda de toda gloria y de todas las virtudes!.... ¡Tolon! ¡Lodi! ¡Arcole! ¡Montebello! ¡Pirámides! ¡Marengo! ¡Ulm! ¡Austerlitz! ¡Eylau! ¡Friedland! ¡Essling! ¡Wagram! Cada una de estas sonoras palabras forman uno de los principales rayos de su esplendente auréola, y reimprime en nuestros corazones franceses el recuerdo de una victoria! Algunos rayos oscurecidos nos ofrecen, es verdad, las voces siniestras de *invasion* y de *Waterloo*; pero á pesar de la fúnebre venda que las cubre, Fleurus y Montmirail les reflejan bastante gloria para eclipsar aun la de todos los enemigos que se reunieron para derribar al grande hombre, y emplearon tan vergonzosos medios para hundir á este ser prodigioso cuya planta pisó tantas veces sus coronas, que si él no hubiera mandado nunca mas que franceses, hubiera sometido el mundo y asegurado la fe-

licidad de los pueblos (1); idea sublime que acariciaba su grande alma, y que su genio y su brio hubieran realizado, si la afrentosa traicion de los que le eran mas queridos no hubiera venido á poner limites en su inmensa carrera al grande, al inmortal Napoleon! Él era hombre: como tal cometió faltas; y estas faltas, hermanos míos, fueron grandes: pero opongámosle su genio, el Código civil, el puerto de Cherbourg, el de Ambéres, los caminos milagrosos del monte Cenís, el de Simplon, la Francia, tan grande y tan gloriosa, cuando él la conducía á la victoria; y creamos que si sus grandes acciones y sus faltas han sido pesadas en la balanza inmortal, el alma del gran Napoleon debe gozar en el seno de Dios de la felicidad que recompensa las virtudes en la celeste morada.

Á la *epistola* sigue un himno, que por su mérito me parece digno de copiarse.

Napoléon n'est plus; une froide poussière
Est ce qui reste, hélas! à cet illustre nom!
Français! ce roi des rois n'est plus qu'un peu de terre!
Donnons un souvenir au grand Napoléon!

A tes mânes, salut toi qui fis de la France,
Quand tu la gouvernas, la grande nation!
Les cœurs de tes hauts faits gardent la souvenance,
Et disent: Gloire, honneur au grand Napoléon.

Si tu fus un héros dans les champs de carnage,
Ton cœur connut aussi la douce émotion
Que cause le bienfait quand il est notre ouvrage!
Tendre et doux souvenir au grand Napoléon!

.....
Trahi, persécuté par un destin barbare,
Sur un rocher désert un cruel abandon
A fait briller en toi la grandeur la plus rare!
Honneur, cent fois honneur au grand Napoléon!

Ah! puissions-nous bientôt au pied de ta colonne
Sur ton urne funèbre inclinant notre front,
Répéter en t'offrant une simple couronne,
Eternel souvenir au grand Napoléon!

« Napoleon no existe: un polvo frio es lo que queda ¡ay de mí! á su ilustre nombre! Franceses! aquel rey de reyes no es ya mas que un poco de tierra! Dedicuemos un recuerdo al Gran Napoleon!

» Salud á tus manes! Tú que hiciste á la Francia miétras la

(1) Allá va esa fanfarronada.

governaste, la gran nacion ! Los corazones guardan la memoria de tus altos hechos, y dicen : Gloria, honor al Gran Napoleon !

» Si fuiste un héroe en los campos de la matanza, tu corazon conoció tambien la dulce emocion que causa el hacer bien. ¡Tierna y dulce memoria al gran Napoleon!

» Vendido, perseguido por un destino bárbaro, en una roca desierta el cruel abandono ha hecho resaltar la grandeza de tu alma. ¡Honor, cien veces honor al gran Napoleon !

» ¡ Ah ! Ojalá que pudiéramos pronto al pié de tu columna inclinando nuestra frente sobre tu urna fúnebre, repetir, ofreciéndote una sencilla corona : « eterna memoria al gran Napoleon. »

Por este estilo las demas oraciones. En el himno del *prefacio* se leen estos hiperbólicos versos :

Dont le plus bel éloge est son auguste nom !
Que dire après avoir nommé Napoléon ?

Así honra la Francia á su grande hombre. Sin embargo, Tira-
beque decia que por la misa de Napoleon no daria dos reales y medio, que es el minimum á que las tomaban en el convento los frailes de misa y olla.

El Principe de la Paz.

He aquí uno de los documentos históricos que vi con mas intereses en Paris. Hallábame, yo Fray Gerundio, en casa de uno de aquellos ricos capitalistas españoles que huyendo los peligros y calaminades de las guerras de América vinieron á principios del siglo con ánimo de establecerse con sus capitales en su país natal, y á quienes una de las infinitas estupideces del Gobierno absoluto cerró casi directamente las puertas de la madre patria, obligándolos á fijarse en país extranjero, donde han sido y están siendo otros tantos manantiales de prosperidad y otros tantos testimonios de la incomprensible necesidad y estólida ingratitud de nuestros gobernantes de aquel tiempo : de aquellos españoles honrados á quienes en mi viaje he oído suspirar mil veces ansiando el momento de poder volver á su patria seguidos de unos capitales pingües que puestos en circulacion darian á este amortiguado país una reanimacion y una vida que tanto ha menester, pero á quienes detiene en tan santo pensamiento la falta de orden y seguridad, madre de la confianza y fundamento de la riqueza pública,

seguridad y confianza, que por nuestro mal cada día vemos ménos probable y mas remota.

Hallábame, digo, en casa de unos de estos ricos hispano-americanos, cuando entró un anciano, cuyo gentil continente, animado semblante y nevados cabellos, al tiempo que presentaban cierto aire de majestuosa dignidad, revelaban todavía marcadas huellas de la frescura de su pasada juventud, semejante á aquel otro de quien decia el poeta :

« Y al traves de los rasgos y perfiles
de su vetusto rostro, se leía
la fresca lozanía
Que debió embellecerle en sus abriles. »

Era este personaje el célebre en los fastos españoles *D. Manuel de Godoy*, PRÍNCIPE DE LA PAZ. Al descubrimiento de su nombre se agolparon instantáneamente en mi imaginacion todas las reminiscencias que no podia ménos de inspirar aquella historia viva de España del primer tercio de este siglo, aquel animado compendio de los memorables sucesos que hicieron cambiar la faz de esta nacion, y que pueden considerarse como el primer hilo de la madeja en que seguidamente nos hemos ido enredando, y cuyo último cabo nadie es capaz de prever adónde nos conducirá.

Contemplaba yo con ávida curiosidad aquel documento contemporáneo en su postrera página (documento que no sé si ha sido juzgado hasta ahora con exactitud por la generalidad de los españoles) hasta que nuestro compatriota nos dió á conocer mutuamente el uno al otro, y entónces se entabló un franco coloquio entre el Príncipe de la Paz y Fr. Gerundio, girando al principio la conversacion sobre los *sucesos de Octubre* en España, que en aquella sazón tenian en expectativa á toda Europa, y de cuyo curso se esperaban con ansiedad noticias en Paris. El Príncipe discurría sobre aquellos acaecimientos y sobre la situacion de España con la claridad y buena razon de quien ya no habia de participar de sus resultados, cualesquiera que fuesen, y lamentaba los males del país lo mismo que si él no le hubiera causado ningunos.

Como entre españoles se tarda poco en adquirir confianza, yo le hablé en seguida de sus *Memorias*, y conocí que no le desagradaba al autor el juicio que yo hacia del mérito de su obra. ¡ Pero cuál fué mi sorpresa al ver que no solo manifestó no serle desconocidas mis *Capilladas*, sino que me citó sonriendo cierto parrafito que muy á los principios de mis tareas periodísticas habia yo

puesto, directivamente alusivo á él! — Ahora podrá Fr. Gerundio, me dijo, hablar con entero conocimiento acerca de la nariz del Príncipe de la Paz.

Confieso que me dejó un poco turbado á pesar de la suave sonrisa con que acompañó el picante recuerdo. El párrafo á que aludía decía así (en el tomo 1º página 102, Capillada 7): « Si la nariz de Don Manolito, esto es, de S. A. el Príncipe de la Paz, hubiera sido roma, ó bien abundosa ó redundante, como la que á su Divina Majestad le plugo colocar en el rostro de Fr. Gerundio, ó como la del mismo Carlos IV, ¿quién sabè si el susodicho Don Manuel hubiera privado tan íntimamente con la reina nuestra señora la madre del rey nuestro señor Don Fernando VII (Q. D. G.)? Puede ser que no; y en este caso que de posible nadie le apea (porque tengo entendido que los ojos de la señora no se enamoraban de lagañas), ni el valido tuviera como tuvo que envolverse en la estera allá en Aranjuez, ni quizá hubiera habido abdicacion, ni proclamacion, ni guerra, ni Córtes: Dios sabe lo que habria. ¿Y qué habria ahora? Para adivinarlo estamos. Con que no podemos definir lo que hay de presente, si es que hay algo, ni quien lo hace, si es que cada uno no deshace lo que puede, ¡y sabriamos el porvenir hipotético solo por conjeturas y adivinaciones! »

Figúrese el discreto lector si el parrafito tenia ó no su poquito de *intrínquilis* para que la cita hecha por boca misma del interesado á quien veia por primera vez, dejara de colorear un poco las mejillas gerundianas. Sin embargo, el partido que me quedaba que tomar no era dudoso, á saber, el de ratificar el aserto con otra sonrisa análoga á la suya, ó lo que se llama echarlo á broma.

Despreocupado y filosófico se mostró á fe mia el hermano *Godoy* en las explicaciones á que este incidente dió lugar, y puedo decir que tuve una satisfacion en oírle discurrir sobre su pasada grandeza y sobre su humilde situacion presente. En efecto, aquel monstruo de la fortuna, aquel favorito privilegiado del capricho que habia llegado á ser un monarca sin corona, que habia tenido en su mano todas y mas que todas las preeminencias de la majestad sin el peso y la responsabilidad del cetro, y que despues se ha visto en el caso de coserse por su misma mano los pantalones en una pobre é ignorada habitacion en la capital de un reino extraño (que á tal grado de pobreza se ha visto reducido en alguna ocasion el que en otro tiempo eclipsó con su lujo el brillo de los reyes de España), habla y se produce, y se conduce y obra como un verdadero filósofo. No solamente manifiesta una conformidad y

resignacion admirable, sino que su humor es generalmente festivo, lo mismo ahora que vive de una corta pensioncilla que le da lo preciso solamente para subsistir, sino cuando se ha encontrado en el estado de estrechez que acabo de indicar. Su trato es dulce y su conversacion revela un entendimiento despejado.

En cuanto á las consecuencias que ha traído á la España su pasada elevacion, su conducta como político y como privado, y los primeros pasos que atrevidamente dió en la carrera de las reformas, quédese esto para el historiador crítico; que si hay en España un Gibbon ó un Montesquieu que escriba sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de nuestra nacion como aquellos lo hicieron sobre el engrandecimiento y caida de los romanos, él será á quien incumba desmenuzarlo y calificarlo.

Animado con la confianza que me inspiraba, me atreví á tomarme con él la libertad que mas puede probar la amabilidad y des preocupacion de un viejo, que es la de preguntarle cuántos años tiene. Pero sin mostrarse sentido de la pregunta, me respondió que tenia los 73 cumplidos. Su semblante sin embargo conserva animacion, su tez es tersa, su color sano; y en cuanto á facultades intelectuales, voto á mi santo hábito que la cita de aquel parrafito demostró que conservaba el órgano de la retentiva en mejor estado del que á mi serenidad en aquella ocasion conviniera. En punto al fisico fisionómico, sus facciones son bastantes pronunciadas, y la nariz acaso calza todavía algunos puntos mas que la de Fr. Gerundio, de que mas de una vez he hecho honorífica mencion, y que á su presencia bajó algunos grados de vanidad.

El hermano Godoy pues, es uno de aquellos pocos ejemplares que la providencia deja vivir setenta y seis años para que el hombre pensador aprenda á apreciar los caprichos de la fortuna: es una leccion viva de lo que suele dar de sí esta señora, y un desengaño auténtico de lo que hay que fiar en este pícaro y perecedero mundo.

Viendo al hermano *Godoy*,
dije para mi capilla ?
« ¡ Oh flor de la maravilla !
¡ lo que va de ayer á hoy ! »

Mi retrato.

Habíanme aconsejado algunos amigos compatriotas que aprovechara la ocasion de hallarme en Paris para hacerme litografiar;

y aunque yo estaba cansado ya de someter mi gerundiano rostro á ese género de despotismo contra el cual no hay revolucion que se atreva, el de los retratistas, accedi á sufrir la duodécima esclavitud facial, aunque no fuese sino por experimentar en cabeza propia á los artistas franceses. Al efecto tomé consejo de nuestro distinguido pintor D. Genaro Villaamil, que se hallaba y continúa en Paris publicando la *España artistica y monumental*, obra maestra y de singularísimo mérito que le ha dado á conocer ventajosamente en la capital de Francia, y de la cual recoge abundante gloria el artista y no poco honor la España. El hermano Villaamil me dirigió á uno de los litógrafos de mas antigua fama y reputacion en Paris, *Mr. Grevedon*, que vive *Rue des Martyrs* núm. 17.

Ya está Fr. Gerundio en la sala de estudio de *Mr. Grevedon*, dispuesto á no apartarse unalínea de las estrechas órdenes de la soberanía artistica. Las paredes del salon estaban como era natural, cubiertas de ejemplares de las obras que á su juicio le hacian mas honor. — ¿Y no habéis retratado acaso, le pregunté, alguno ó algunos españoles? — Ah, sí, me respondió; allí tenéis dos, juntos los he puesto : veamos si los conocéis. — En efecto, los conozco, y esto os acredita bastante para mí. — Este es el Conde de Toreno... esta es la Marquesa de Villagarcía. — ¡Oh! yo me felicito de que los hayáis conocido al primer golpe de vista. Ahora tomaos la molestia de sentaros. Un poquito mas allá... ahí, volved un poco el cuerpo á la izquierda; inclinad un tantico la cabeza á la derecha.... esperad.... así fijada la vista en *Mr. el Conde de Toreno*. Está bien.

La maldita casualidad de haberme tocado clavar la vista ya en uno ya en otro de los dos únicos retratos españoles de *Mr. Grevedon* tan de hito en hito como se sabe que es menester, influyó lo que ni el artista ni yo pudiéramos imaginar en el mio, y dió ocasion á incidentes curiosos y notables por demas.

La detenida contemplacion de Toreno me suscitaba ideas y memorias, que sin que yo pudiese advertirlo, necesariamente habian de dar á mi fisonomía una actitud y carácter no muy á propósito para favorecerla, pero cuyos trozos se iban retratando en la piedra litográfica. La naturaleza de las impresiones que Toreno me causaba, hacia que, sin advertirlo tambien, se fuese inclinando la visual insensiblemente hácia la derecha, y entónces sin duda el semblante adquiria una animacion que trasladada á la piedra, no debia armonizar mucho con los rasgos anteriores. Tan luego

como el artista lo advertia, — perdonad, me decia, no miréis á Madama la Marquesa, mirad á Mr. el Conde.

Yo le obedecia, y tornábase otra vez hácia Toreno.

— Vos podéis hablar, me decia Mr. Grevedon, con tal que no volváis la cabeza. Y sin duda por obligarme á no alterar la posicion, — ¡oh, medijo; Mr. el conde de Toreno creo que es el gran financiero de España; á lo ménos así me ha sido dicho. — Ciertamente, le respondí, no os han engañado. — Muy bien! (continuó) Entónces la España sería feliz si Mr. el Conde estuviera encargado del ministerio de las *finanzas*. ¿Por qué no lo está pues? — Por causas que yo recuerdo en este momento, pero que siento no poder explicaros, porque como habréis advertido, no poseo bien el idioma frances. — Perdonad, vos le habláis perfectamente (1); yo os comprendo todo lo que me decís. Y Mr. el Conde debe ser sugeto muy rico, porque ya sabéis que en Paris es muy difícil hacerse notar por el lujo, y Mr. el Conde llama la atencion en Paris por el fausto que gasta.... ¡Oh diablo! Vos ponéis el semblante muy serio; parece que estáis enfadado; procurad estar mas risueño, porque si no el retrato no os hará favor.

Entónces yo me volví un poquito hácia el de la Villagarcía, y el rostro gerundiano debió recobrar mucha animacion, pues me dijo el artista : — así, así, estáis bien; solo que habéis inclinado un poco la vista á la derecha : torcedla un poquito, y conservad la fisonomía en la misma actitud. — Ah, eso será difícil, le respondí. — Sin duda, me dijo sonriéndose, os agrada mas mirar al retrato de Madama la Marquesa : Madama es una bella mujer, ¿no es verdad? — Ciertamente. — Pero Mr. el Conde sería el ministro que podría sacar á la España de los apuros financieros en que dicen vuestros diarios que está.... ¡Oh diablo! Otra vez habéis arrugado el ceño. Este retrato no va á mi gusto : cuando entrasteis en mi estudio no erais así; y cuando volvéis un poco la cabeza tampoco sois así. — Pues Mr. Grevedon, si queréis retratarme tal cual soy, hacedme la gracia de colocarme en otro sitio, ó de trasladar á otra parte el retrato del gran financiero. — ¡Oh qué bazarería! Con nadie me ha sucedido cosa tal. ¿Acaso está mal hecho? — Todo al contrario : está muy bien; pero los recuerdos que me suscita de ciertos billetes del tesoro, y de ciertos *agios-ó-teos*.... — ¿Y qué es eso de *agios-ó-teos*? — Nada; es una cosa que vos no com-

(1) Esto dicen siempre los franceses aunque vean estropear lastimosamente el idioma.

prendéis porque es peculiar de España. — Está bien; le quitaré, pero el caso es que me habéis hecho perder esta piedra. — Eso no importa: poned otra y se os pagará lo que calculéis que merece el trabajo perdido.

Quitó Mr. Grevedon el retrato del hermoso Conde y se dió principio de nuevo al mio. Ya iba bastante adelantada la obra cuando le ocurrió al artista decirme: — vos, Monsieur, me podréis explicar lo que son los *toreadores* de España. — Os lo explicaré de la manera que me sea posible. Y me puse á hacerle la explicacion de lo que son nuestras corridas de toros. Pero como yo no era un maestro en el idioma, y por otra parte las voces técnicas de la tauromaquia no son de las que se puede aprender á traducir por los libros, me veia y me deseaba para haber de darle una idea siquiera aproximada de lo que es esta fiesta nacional. — ¿Me comprendéis? le preguntaba yo. — Oh, sí, todo os lo comprendo. Y despues que juegan con los toros, ¿cómo los matan? ¿á pistola? — Ah, no señor, con espada y brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.

Estole parecia increíble, y las demostraciones de admiracion y horripilacion que hacia eran tales que me daba temores de que la exactitud de la obra se resintiese algo de ellas. Pero la sorpresa mia fué cuando despues de tantas explicaciones, despues de una conversacion tan larga, me preguntó con un aire admirable de candidez é ingenuidad. — Decidme, Monsieur, ¿y los toros se juegan en los teatros? Á esta pregunta salté de la silla, y aun si me hubiera dejado llevar del genio, se la hubiera arrojado á no haber venido á templarme dos reflexiones, la de la sencillez del interrogante y la de considerar que otros franceses que tenian mas motivos de conocer la España, me habian hecho en otras ocasiones preguntas no ménos desatinadas que aquella. — Vos os habéis alterado, me dijo. — No, es que me ha picado una pulga, y los españoles somos muy sensibles á las picadas de estos insectos, ó por mejor decir, tenemos muy malas pulgas.

Sentado otra vez en la silla de la paciencia, me preguntó Mr. Grevedon qué eran las *manolas*. Las *manolas* y los *toreadores* son las dos cosas por que pregunta todo extranjero á cualquier español. No se engañará el lector que suponga que las ideas que Mr. Grevedon tenia de las *manolas* eran poco mas ó ménos que las que tenia de los *toreadores*. — Yo he leído, me dijo, en el *Bosquejo de España* de Mr. el baron Carlos Dembowi que las *manolas* tienen por signó de buen agüero encontrar un perro negro, y por de agüero funesto hallar un perro blanco ó pinto. — Lo que tienen

por de siniestro agüero, le dije, es encontrar un frances. — ¡Oh diablo! ¡qué decís! — Ciertamente. Por eso no pueden ver á los franceses. — ¡Oh! qué diablo de *manolas*! Y si es cierto, como cuenta el mismo baron, que llevan todas el puñal en la liga ó en la cintura, no podrá ningun frances andar por Madrid sin ir muy armado. — Eso por supuesto. — ¡Cáspita con madamas las *manolas*!

Así me divertía yo con Mr. Grevedon, ya que tan estrambóticas ideas tenía (¡ cómo todos sus paisanos!) de nuestras costumbres.

El retrato se concluyó, y bien fuese por haber dejado el de la distinguida española en que por reemplazo de Toreno tenía que fijar la vista, bien por la influencia de las sensaciones que imprimieran en el rostro gerundiano los agradables recuerdos de las costumbres patrias, que me sirvieron de entretenimiento durante la operacion, lo cierto es que el retrato gerundiano parisien, que á estas fechas andará rodando por las provincias de España, resultó (sea dicho sin modestia) mas favorecido por el lápiz de Mr. Grevedon, que lo fué por la mano del supremo Criador el original. Siendo lo mas triste de todo el no poder enmendar la plana á la Providencia en la obra gerundiana humanal que producir le plugo, y en que bien pudiera haberse lucido mas, puesto que lo mismo le costaba, aunque me hubiera costado á mí pagarla doble que la de Mr. Grevedon.

Lo mucho que queda.

Un tomo en folio mayor, no que en octavo prolongado, fuera menester para haber de mencionar todas y cada una de las cosas notables que ofrece Paris al extranjero observador : y acaécele al viajero que intenta consignar sus apuntes, recuerdos ú observaciones, lo propio que al pecador abandonado (salva sea la comparacion) que pasa una larga serie de años dando larga rienda á los vicios sin cuidarse de confesar sus culpas, que cuando una vez se arrepiente y se resuelve á confesarlas, no puede hacerlo sino en conjunto y por mayor, y siempre es ménos lo que confiesa que lo que deja de confesar.

Así me acontece, á mí Fr. Gerundio, y así sospecho tiene que acontecer á todo el que quiera reducir á volúmen la abundosa é inagotable materia que suministra aquella inmensa poblacion; que por mucho que diga, siempre es mas lo que le queda por decir; y no pocas veces cuando cree próximo el término de su obra,

si hace un pequeño exámen rememorativo, se topa con que se le quedó trasconejado en los senos y rincones de la primera potencia lo de mas bulto y gravedad.

Por tanto, sin perjuicio de anotar á mi regreso por Paris del viaje á Bélgica, Holanda y orillas del Rhin lo que al paso se me recuerde y ocurra, indicaré ligeramente á mis lectores, varios de los muchos otros monumentos y curiosidades que todo extranjero ve ó debe ver en Paris.

El Louvre.

Á la orilla del Sena, y contiguo al palacio de *Tullerías*, con el que hay proyecto de unirlo por la plaza de *Carroussel*, se encuentra el palacio del *Louvre*, el mas grande palacio, á decir de los franceses, que han edificado jamas los hombres, con su celebrada columnata; y con su extensísima *galería de pinturas*, la mas larga que diz se conoce en el universo, y no lo extrañaré, porque apenas hay vista que la abarque de un extremo á otro; y sería tambien la mas bella del mundo si no fuera tan irregular. Es la que sirve principalmente de *Museo Real*, y de consiguiente es una coleccion inmensa de cuadros de los mas célebres pintores de todas las escuelas. En cualquier dia que el extranjero visite la *Galería de pinturas del Louvre* esté seguro de encontrar una numerosa concurrencia de curiosos espectadores, así como multitud de artistas copiando cuadros, y el español notará con agradable sorpresa las muchas jóvenes señoritas que hallará siempre manejando el pincel con maestría y aplicacion. En las diferentes ocasiones que yo visité la gran galería, tuve el gusto de ver siempre á un padre y tres hijas copiando á un tiempo una vírgen de Murillo en otros tantos lienzos de diferente tamaño.

Pero lo mas interesante y curioso que para un español tiene el palacio del *Louvre*, y no sé si diga lo mas disgustoso ó lo mas agradable, porque disgusto y placer se experimenta simultáneamente, es la parte llamada *Museo Español*, que consiste en *cinco salas* del segundo piso llenas de cuadros *exclusivamente españoles*, obras de Murillo, de Cano, de Zurbaran, de Velázquez, y de otros distinguidos artistas compatriotas nuestros. Entre ellas las hay de un mérito singular, y las hay tambien que testifican haber echado los señores franceses en España, siempre que han podido, la red barredara, arrebañando con todo lo que han encontrado *en proporcion*, bueno con mediano y duro con maduro, siguiendo sin

duda la máxima de que en recoger no hay engaño. Si alguno no quiere creer todavía en el *apego* que han mostrado siempre los franceses á las *cosas de España*, vaya al *Louvre*, visite las *cinco salas del Museo Español*, y se convencerá : allí están de manifiesto para que nadie alegue ignorancia. Algunos de los que aquello veíamos, nos consolábamos con la idea de que no era malo estuviesen allí las obras de nuestros inmortales artistas, para que sirviesen de honrosa muestra á todos los extranjeros de los genios sublimes que la España ha producido en el noble arte de la pintura. Pero Tirabeque no entraba por esta reflexion, y decia que si San Pedro estaba bien en Roma, bien estaba tambien cada cosa en su lugar, y que el lugar de aquellos ricos cuadros era la España, y no otra parte alguna de *extrangis* : y comentando á su modo aquella máxima del derecho : « *res, ubicumque sit domino suo clamat,* » añadía lleno de fuego patrio : « digo y repito que esto es nuestro y que no veo razon para que esto esté aquí : no señor, yo lo reclamo á nombre de la España y de la ley de Dios. »

En vano era hacerle cargos de que pudiera muy bien haber sido adquirido por donacion, ó por venta, ó por cualquier otro legítimo título ; no habia reflexiones para él ; en nada de esto creia, y nos hubiera comprometido á no haberle arrancado de allí y conducidole á las *Salas de la Marina* que están en él mismo piso, depósito y coleccion de modelos de toda clase de embarcaciones, de instrumentos náuticos, de arsenales, de puentes, de máquinas, y de todo lo que á la marina pertenece y atañe, y que constituye una de las riquezas del *Louvre*.

Pasámos por las salas de las momias, de los dioses egipcios, de los vasos etruscos, y de los objetos hallados en las ruinas de Herculano y de Pompeya, y descendimos á los salones bajos de las estatuas, bustos, relieves, altares, baños, candelabros, tumbas, vasos, columnas y demas antigüedades egipcias, griegas y romanas, de que hay una preciosísima y abundantísima coleccion, siendo incalcuble la riqueza que en los ramos de pintura y escultura encierra el magnífico palacio del *Louvre*. En él tiene el extranjero donde pasar entretenidamente muchos dias ; y cuente con que no le bastarán ni tres ni cuatro visitas para formar una pequeña idea de las preciosidades que aquel palacio contiene.

Sin embargo, respecto á Museo de pinturas, me ratifiqué en la idea de que nada tiene que envidiar el Museo de Madrid á los mas ricos del extranjero, á pesar de todos los saqueos que ha sufrido.

Templos.

Los mas notables de Paris, ademas de la *Magdalena* y el *Panteon*, son los siguientes :

Notre-Dame ó la catedral, ó sea la Basílica de Nuestra Señora ; era *Notre-Dame de Paris* de *Victor Hugo* mas curiosa para leida en las páginas del poeta, que para vista en su material escultura, pues no pasa de una catedral gótica, antigua, majestuosa, imponente y severa en su conjunto, pero en cuyos detalles dudo que no sean mas las irregularidades que las bellezas, y que no sobrepuje la *bizarrería* á la elegancia.

San Sulpicio, con sus dos torres, de desigual altura, en que están colocados los telégrafos, su majestuoso pórtico, sus vastas naves, su historiado púlpito, y sus altares desnudos.

San Roque, con su concurrencia aristocrático-cristiana, su profusion de adornos, sus decoraciones teatrales, su magnífica y esbelta cátedra y sus cuadros sagrados y profanos. En esta iglesia se confesó Tirabeque, aprovechándose del aviso que vió en un confesonario, en que anunciaba administrarse el sacramento de la penitencia en español.

Nuestra Señora de Loreto, con su abundancia y riqueza de cuadros hechos allí, y con sus adornos de moda, que le constituyen como un templo de elegancia ó como una capilla. *Nuestra Señora de Loreto*, por su situacion cerca y en frente del Boulevard y al remate de la concurrida calle *Lafitte*, viene á ser á Paris lo que es á Madrid la iglesia del *Buen Suceso*.

Saint Germain l'Auxerrois, templo enteramente gótico en un principio, y el que se ha querido enmaridar en las reparaciones posteriores el género arabesco con las bellezas regulares del estilo griego. El extranjero que visite esta iglesia no debe dejar de fijar la atencion en el altar de madera de la capilla de Nuestra Sra. de la Compasion, obra delicada de filigrana, que protesto le admirará. Mucho le dió en que entender á Tirabeque haberse encontrado en esta iglesia con dos patronos : *San German*, patrono 1º, y *San Vicente Diácono*, patróno 2º escala de patronatos nueva para él como si los templos cristianos (decia) se hubiesen de regir á estilo de los distritos militares de España con su Capitan General y su segundo cabo.

San Nicolas de los Campos, en cuyo pórtico se ven colocadas tiendas de bisutería, de cintería, de fósforos y otros utensilios tan á propósito como estos para adornar la entrada de un templo cristiano. Aviso á los que creen que en las iglesias de Francia todo es religiosa severidad.

El *Val-de-Grace*, templo de un hospital militar, donde hallámos su sacristan aun mas enciclopédico en su traje que el *sacristan de San Ignacio* de Madrid que me dió en el año 39 materia para un artículo en la Capillada 124; pues si el de San Ignacio era un tratado de incoherencia, voto á mi padre San Francisco que el de *Val-de-Grace* no le iba en zaga, ántes le excedia mucho en la desacorde mistura de su vestimenta; y si no, que me digan la armonía que hay entre un bonete negro, un mandil blanco de cocina y una chaqueta militar.— Señor, decia Tirabeque, en todas partes cuecen habas, y en Francia á calderadas.

El viajero es muy dueño de visitar á *Nuestra Señora de las Victorias*, *San Eustaquio*, *San Vicente de Paul*, *la Sorbona*, *San Severino*, y dos los demas templos que guste, pero pienso que no hallará en ellos gran novedad; y notará en la arquitectura de los templos modernos franceses mucha elegancia y mucha solidez, pero tambien mucha monotonía: todos son por un mismo estilo.

Columnas.

Algunas pudieran llenarse con la descripción, no diré de todas las columnas de honor ó de triunfo que hay en Paris, sino de las dos principales y mas suntuosas, á saber, la de la plaza *Vendome* y la de *Julio*.

Colocada la primera en medio de una plaza octógona en que desembocan dos de las mas anchas y hermosas calles, la de Castiglione y la de la Paz, atrae majestuosamente y desde una larga distancia las miradas del extranjero. Es una dozava parte mas grande que la columna de Trajano en Roma. El objeto de este monumento colosal le explica bien la inscripción latina que se lee sobre la puerta, y cuyo sentido es:

«Napoleon, emperador agosto, consagró á la gloria del grande ejército este monumento hecho de cañones cogidos en la guerra contra el Austria, que fué terminada bajo su mando, en tres meses, el año 1805.»

El molde es de piedra de talla, y está revestido por su parte exterior de láminas de bronce que le ciñen veinte y dos veces en

línea espiral, y en las cuales se hallan representadas en bajos relieves todas las batallas y acciones memorables de aquella prodigiosa campaña. Súbese por una escalera interior de 176 peldaños á una galería que rodea su capitel; y constituye el remate de la columna una estatua colosal de Bonaparte, de 10 á 11 piés de altura, vestido con el largo leviton y el sombrero de tres picos que de ordinario usaba el gran capitán.

La *columna de Julio* en la plaza de la *Bastilla* fué erigida en honor de las víctimas de la revolución de Julio de 1830, y en su derredor se ven esculpidos en letras de oro mas de quinientos nombres de otras tantas víctimas de los tres días. Es bastante mas alta que la columna *Vendome*, como que su escalera interior, toda de bronce, y por la cual pueden subir dos personas apareadas con toda comodidad, consta de 210 escalones. Para calcular su elevación, bastará decir que sobre su capitel hay un Genio alado en bronce dorado que representa la Libertad, el cual mirado desde abajo parece un juguete con alas, y sin embargo tiene doce piés y cuatro pulgadas de altura.

Este soberbio monumento está hecho de piezas ensartadas á tornillo, y la columna colosal de *Julio* podría trasladarse á cualquier punto que se quisiera; siendo lo mas admirable de todo que por debajo de esta obra de tan enormísimo é incalculable peso, corre un canal.

Los franceses han querido sobrepasar en estas dos columnas la magnificencia de los romanos, y lo han conseguido.

Palacios.

Ademas de los que van mencionados en el discurso de estos apuntes de viaje, merecen ser visitados el de *Luxembourg* ó de la Cámara de los Pares, con su museo y sus magníficos jardines; el de las *Bellas Artes*, el de las *Termas*, el de la *Legion de Honor*, el de la *Justicia*, el de la *Bolsa*, el de *Borbon*, y otros varios, cada uno de los cuales ofrece materia vasta para largas observaciones, incompatibles con la ligera reseña que puede encerrar un volumen.

Museos.

Sin contar el del *Louvre*, de que acabo de hacer mérito, y los infinitos museos particulares de que abunda Paris, aun puede re-

correr el extranjero el de *Artillería*, el de *Antigüedades*, el de *Escultura francesa* (en cuyo arte, sea dicho de paso, no me parecen muy aventajados los vecinos); el museo *Naval*, el de *Dibujo*, el de *Historia natural*, y otros diferentes que no recuerdo ahora.

Bibliotecas.

Confieso que desde mi llegada á Paris habia hecho ánimo resuelto de no dejar biblioteca alguna por visitar; ánimo é intencion que como yo formarán acaso todos los aficionados á las letras y á la bibliografía. Mas aconsejo al que con tan buena resolucion llegue, que si ha de llevar á cabo, procure dar principio por la del *Arsenal*, ó por la del *Hôtel-de-ville*, ó por la de *Mazarino*, ó por la de *Artes y oficios*, ó por cualquiera otra, y recorrerlas todas ántes de visitar la *Biblioteca del Rey* de la calle de *Richelieu*: porque si principia por aquel gran depósito del saber humano, si ve ántes aquel inmenso almacén de las producciones científicas y literarias de los hombres de todos los siglos y de todas las comarcas de la tierra, aquellos *ochocientos mil* volúmenes impresos, aquellos *setenta y dos mil* manuscritos, aquellos *cinco mil* tomos de grabados, y aquella coleccion monstruosa de monedas y medallas de todas las edades, se encontrará desanimado y desfallecido para ver ya toda otra biblioteca que no sea la *Biblioteca Real*, como á mi me aconteció.

Academias y sociedades literarias y de beneficencia.

Larga tarea se impusiera á fe mia el aficionado á este género de estudios, si quisiera revistar en poco tiempo, si á costa de una corta estancia en Paris pretendiera sacar el provecho que pueden darle el estudio y conocimientos de tantas academias y sociedades científicas, literarias y filantrópicas como le ofrece aquella populosa capital. Consulte pues el viajero con sus inclinaciones, ó con los deberes de su profesion, ó con las conveniencias de su posición social, y en la imposibilidad de estudiarlas todas, á no sentar por mucho tiempo los reales en Paris, bueno es que lleve meditado las que entre esta larga nómina le pueda convenir escoger.

Sociedad *Biblica*, sociedad *Asiática*, id. de *Anticuarios*, id. de los *Hijos de Apolo*, id. Académica de *Escritura*, id. de *Amigos de*

las Artes, id. Católica de los buenos libros, id. de Agricultura, id. de Horticultura, id. de Geografía, id. de la Caridad maternal, id. de la Moral cristiana, id. de Fomento de la industria nacional, id. de Medicina de Paris, id. de Medicina práctica, id. Médico filantrópica, id. de Farmacia, id. de Socorros mutuos entre obreros, id. de Buenos libros, id. Gramatical, id. Helvética de beneficencia, id. Filantrópica, id. Filomática, id. Politécnica, id. de Instrucción elemental, id. de Mejoramiento de cárceles, id. de Establecimiento de salas de asilo para la infancia, id. de Alivio y socorros de presos.

Academia francesa, id. real de Bellas Artes, id. de las Inscripciones, id. de Medicina, id. de Lenguas, id. de Música, id. de Ciencias, id. Universitaria de Paris, etc., etc., amen de los infinitos colegios, escuelas, institutos, gimnasios y ateneos, donde podrá pasar ratos de mucho deleite y de mucho aprovechamiento el que aprovechamiento y deleite á su espíritu quisiese dar.

Y muchas otras cosas.

De estas las hay que generalmente todo extranjero, por poco curioso que sea, las ve. Tal es el *Jardín de plantas*, con sus éxtensísimos gabinetes de Mineralogía y de Historia natural, con sus parques, sus jardines, sus montañas, sus estufas; con su muchedumbre de casas y jaulas de fieras y animaluchos, y cuadrúpedos, y aves, y reptiles de todas castas, y con su galería circular enrejada de alambre, dentro de la cual juguetea, y suben, y bajan, y triscan y retozan mas de 200 monos, que sirven de continuo recreamiento y solaz á una muchedumbre de espectadores bobalicones, genero que por lo que he observado abunda por todos los países del mundo, y cuyo número aumentó Tirabeque mas de cuatro días.

Las hay tambien que no las visitan todos, sin embargo que todos las debieran visitar, tales como la *Fábrica de tapices de los Gobelinos* y la de *Porcelana de Sevres*; lo mejor y mas admirable que en su respectiva línea se conoce acaso en el universo, y cuyos artefactos nosé si asombran mas cuando se los ve hechos ó cuando se los ve elaborar.

Tampoco visitan todos, y todos debieran visitar la *Institucion de jóvenes ciegos*, donde se ve el grado de instrucción que puede llegar á darse y que se da en efecto á los infelices que nacen privados del sentido de la vista, y donde sería de desear que hubiera

un conserje mas amable, y que no hiciera al pobre extranjero dar tantos paseos y repetir el viaje tantas veces para lograr ver el colegio. Y si alguno visitase tambien, como debe visitar, el *Hospital de ciegos adultos*, llamado de *Quinze-Vingts*, que sirve de asilo á 300 ciegos que ejecutan obras sumamente curiosas, guárdese de que le introduzcan en la habitacion de *Mr. Galliod*, porque con su calendario perpétuo de propia invencion, con su sistema de conocer los dias por los dedos, sus obras impresas, su caja para operaciones matemáticas, sus crucecitas de piezas intrincadas y su charla interminable y sempiterna, lehará pasar allí *velis-nolis* las horas muertas, y se le marchará el dia en la celda del hermano *Galliod* sin poder ver las obras de manos de los demas ciegos.

Lo que los ciegos ni Fray Gerundio ven, ni logran ver ya nadie en Paris, son las famosas

Catacumbas.

Las *catacumbas* son unos vastos subterráneos que sirven de fúnebre depósito á mas de siete millones de cadáveres, cuyos huesos se hallan ordenados en tal disposicion, que con ellos se han formado puertas, arcos, paredes, calles enteras que corresponden debajo de tierra á otras tantas calles de la poblacion. El cuartel del Observatorio, el Panteon, el Luxemburgo, las calles de San Sulpicio, Santiago, de la Harpe, del Infierno, de Tournon y otras muchas están fundadas sobre aquellos abismos subterráneos que están á 90 piés de profundidad de la superficie del suelo. Tres órdenes de calaveras forman como la cornisa de aquellas murellas de huesos, que constituyen largas galerías, llenas de inscripciones fúnebres, de altares, de cruces colocadas de trecho en trecho. La sala llamada del *Memento*, la fuente de la Samaritana, todo es allí misterioso y lúgubre. ¿Quién entrará en aquel imperio de la muerte sin experimentar un sudor frio, sin que su espíritu se abata y anonade á la contemplacion de aquella ciudad subterránea edificada con los despojos de treinta ó cuarenta generaciones? ¡Pensamiento asombroso y raro, y obra pasmosa y terrible de que pienso no haya ejemplar en el mundo, la de haber construido una poblacion de huesos debajo de otra poblacion de vivos!

En el dia no se concede á nadie absolutamente permiso para

visitar las *Catacumbas*, sin duda por las muchas desgracias que á los curiosos han ocasionado las impresiones fuertes que no pueden ménos de experimentarse en aquella mansion de terror.

Postas, correos, correspondencia pública.

El servicio de la correspondencia pública en un pueblo de la extension de Paris necesitaba una organizacion ingeniosa y estudiada para que pudiese hacerse con rapidez, regularidad y concierto, y esta organizacion ha sabido dársela el gobierno frances con admirable comodidad de naturales y extranjeros.

Ademas de la Direccion general ó Gran Posta ó *Poste restante*, sita en la calle de *Juan Jacobo Rousseau*, hay en Paris otras doce *Petites Postes*, que son otras tantas administraciones generales distribuidas en otros tantos barrios, en las cuales se recibe y franquea para Francia y el extranjero, ni mas ni ménos que en la *Grande Poste* ó direccion general. Para la correspondencia dentro del casco de la poblacion y comarcas vecinas hay establecidas 225 estafetas, de donde se recoge y reparte á diferentes horas del dia, por cuyo medio se logra la mas rápida, fácil y activa comunicacion entre los mas apartados barrios ó cuarteles de Paris.

Los carteros (factores) concurren á determinadas horas y en elegantes carruajes al gran patio de la direccion general á recoger las correspondencias para la competente distribucion; vuelven á salir en sus coches, y cada uno se va quedando en el barrio, cuartel ó distrito que está á su cargo.

Las oficinas de franqueo están abiertas diariamente desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y hasta las dos los dias festivos. Á las seis parten todos los dias de la direccion general las *Malles Postes*, ó coches del correo, para todos los puntos de Francia, y es una de las cosas mas curiosas de Paris, el ver salir del patio de correos á una misma hora, tantísimos coches con la correspondencia para todos los puntos del globo llamando cada conductor á sus viajeros, y rompiendo la marcha con su toque de trompeta, que semeja aquello un pequeño juicio final.

El gasto de correo es uno de los renglones no despreciables con que tiene que contar el español en Paris. Cinco reales poco mas ó ménos cuesta cada carta sencilla que se dirige, y otro tanto cada una que se recibe de España. Un solo medio pliego que se añade hace subir el precio considerablemente.

Y dije « con que tenia que contar el *español* » porque los belgas por ejemplo y los holandeses no tienen que franquear, en virtud de tratados ó convenios mutuos entre sus respectivos gobiernos; y bien podia el de España agenciar á su imitacion igual convenio, porque así es de justicia, tanto mas cuanto en la tarifa que rige salimos perjudicados los españoles y gananciosos los franceses, como por fortuna nuestra nos sucede en todas las cosas ménos en esto.

Carácter y costumbres de los franceses.

Reconozco que para penetrar y conocer á fondo la índole de un pueblo no basta una residencia de corto tiempo en él, por mas que se procure estudiarle con esmero. No obstante, los pueblos como los hombres tienen su fisonomía mas ó ménos marcada, en la cual si bien no es posible sondear al primer golpe de vista la naturaleza y cualidades al pormenor del espíritu que la anima, se descubren sin embargo ciertos rasgos característicos que bastan á distinguirla de todas las demas.

Voy á ver si acierto á juzgar con imparcialidad, sin espíritu de prevencion, sin hostilidad ni apasionamiento, el genio y carácter del pueblo frances, tal como mi limitada penetracion y las escasas relaciones de un viajante extranjero le hicieron aparecer á mis lectores.

Los franceses, como los hombres de todos los paises, tienen cualidades buenas y malas, y tiénenlas tambien que parece envolver contradiccion entre si mismas; sus *vice versas*, por usar de la expresion con que he solido calificar las anomalías que tan frecuentemente se observan en nuestra España.

Por de contado, la cualidad radical de los franceses de este siglo, la que descuella entre todas, la que sirve de móvil á todas sus operaciones y les imprime su sello, es un individualismo eminente, un egoísmo refinado, pero egoísmo cuyo norte fijo son los gozes positivos de la vida, y cuyos medios por consecuencia son los intereses materiales, el dinero, los francos. Á los francos sacrifica un frances su reposo, su orgullo y sus afecciones. Estos tres efectos del positivismo, que procuraré ir demostrando, y que parece no pueden conducir á nada bueno, son sin embargo principio y origen de no pocas acciones recomendables, que algunas veces me han hecho dudar, á mí Fray Gerundio, de la verdad de aquel axio-

ma : « *non potest mala causa bonos effectus producere* ; no puede una mala causa producir buenos efectos. » Y si no hubiera sido un autor inspirado é infalible el que dijo que el árbol malo no puede dar frutos buenos, me haria tambien dudar del aserto el resultado que produce en los franceses el principio del interes.

He dicho que un frances sacrifica *su reposo* á los francos, al deseo de adquirir, y así es la verdad. Pero esto mismo los hace laboriosos y aplicados, esto mismo los hace ingeniosos é inventores, esto mismo promueve entre ellos la emulacion y la rivalidad, manantiales de la riqueza y del progreso y adelantos de la industria y de las artes ; porque el que mas asidua y cuidadosamente trabaja, el que mejor elabora sus artículos, el que inventa cosas mas útiles, aquel gana mas francos, aquel recibe mas premio. Para lo cual cuentan tambien, y no es poco contar, con la solicitud de un gobierno (y en esto quisiera yo que pararan mientes los gobernantes de nuestra España) que no deja por premiar invento alguno artistico de que puedan reportar los hombres provecho ó comodidad. Desde el que inventa una nueva y complicada máquina de fabricacion que causa una revolucion completa en la mecánica, hasta el que descubre un método mas sencillo ó mas económico de espantar las moscas ó de exterminar las pulgas, puede estar seguro de ser premiado por el gobierno con un *brevet d'invention*. El que encuentre el medio de aplicar la presion atmosférica á la locomocion, como el que inventa una nueva forma de fósforos ó de pajuelas ; el que halle el secreto de dar direccion á los globos aereostáticos, como el que descubra mejor unto ó betun de botas, todos obtienen su respectiva cédula de premio, su competente privilegio de invencion. De aquí la multitud de rótulos en los establecimientos artisticos é industriales de Francia : « *Brevet d'invention : Breveté du Roi.* » De aquí la aplicacion y laboriosidad de los franceses, hijos del egoísmo y del interes por un lado, y de la sabiduría del gobierno por otro, que sabe sacar partido de este egoísmo y de este interes. Efecto bueno, que nace de una causa buena y de otra mala, así como de semejantes y opuestas causas, loable la una y vituperable la otra, nace la fatal apatía y el consiguiente atraso de nuestra industria, á saber, del excesivo desprendimiento y generosidad española que contrasta admirablemente con el egoísmo frances, y de una vergonzosa desatencion á la aplicacion y al invento de los artistas por parte del gobierno de acá, que choca maravillosamente con el sistema de gobierno de allá.

¿ Por qué las mujeres en Francia se sujetan dia y noche al potro

de un mostrador, ó se desojan y se desdedan ante un bastidor á fuerza de bordar ó de coser, ó se hacen esclavas de un libro de contabilidad, y se afanan, y sudan, y reman, y ejercen y hacen toda clase de oficios y menesteres, sin reparar en que sean masculinos, ó femeninos, ó neutros? Por adquirirse una posicion independiente, me contestará un frances. Por ganar francos, diré yo, y ambos diremos bien, porque aquella independendencia servil á que ántes se sujetan por adquirir francos, conduce á la independendencia que los francos les proporcionan despues.

Sin embargo, estos dos efectos del egoismo producen dos bienes á la sociedad, el de hacer útil y productivo el bello sexo, que en otras partes no es mas que consumidor, y el evitar con la ocupacion continúa los vicios y desmanes á que conduce la ociosidad. En España el trabajar es virtud, en Francia es egoísmo, es una cucaña. Pero está visto que el egoísmo tiene mas fuerza para hacer trabajar que la virtud.

Orgullo. Los franceses no tienen orgullo ; esto es muy bueno. Pero es porque lo sacrifican al interes ; esto ya muda de especie. Cuando Tirabeque y yo vimos por primera vez en una de las calles principales de Paris á un hombre que vestia levita y á una mujer que gastaba papalina uncidos á guisa de un par de mulas tirando de una carreta que llevaba algunos cubetos de vinos, nos santiguámos á un tiempo en señal de admiracion. Y no ménos nos admiraba el observar que nadie les hacia caso ni fijaba mientes en ellos. Pero no tardámos en conocer la causa de esta indiferencia, ni tardámos en tenerla nosotros mismos, puesto que era una cosa diaria y corriente en Paris.

— Señor, me dijo en aquella ocasion Tirabeque, de buena gana le sacudia un bofeton de buena mano á ese hombre, para que otra vez no hiciera un oficio tan bajo como ese. — ¡Oh! le contestó un frances despreocupado que nos acompañaba, él se le dejaria dar muy gustoso. — ¿Qué es lo que Vd. dice? ¿Se burla Vd.? — De ninguna manera. Vos tendriais que darle 25 francos en indemnizacion, y él se dejaria pegar con mucho gusto á fin de ganarse los 25 francos á tan poco costa. — Pues mire Vd. ; en España 25 pesetas y aun 25 onzas darian algunos..... — ¿Por recibir un bofeton? — No señor, por darle.

El oficio bajo para los franceses es el que no produce francos. Y este principio es muy provechoso para los extranjeros, porque á él se debe encontrar en todas partes quien sirva con tanta obsequiosidad, amabilidad y esmero, que no hay con qué compararlo.

Se estudian los gustos, se quiere adivinar los pensamientos, se previenen las necesidades, se excitan los antojos, se disputa cómo satisfacer los caprichos, y se cuestiona la primacía entre los aspirantes al alto honor de servir al extranjero. En los hoteles, se pelean entre sí los *garzones*, sobre quién ha de ser el primero en tomar la maleta y ofrecer sus servicios al huésped. En los *restaurants*, cada garzon convida á sentarse en alguna de las mesas del distrito de su cargo, y recibe un placer inexplicable con la aceptacion, y se desvive y esmera con la esperanza de los cuatro *sous* de gratificacion. — ¿Se va á subir á un coche? Jamas deja de aparecerse como por ensalmo un ciudadano para abrir la portezuela y preparar el estribo : dos *sous* le vale la operacion. Donde quiera que se ofrezca apearse, no bien ha parado el coche, una mano invisible parece que ha venido pegada al pestillo de la puerta ; ábrese, y se aparece otro ciudadano dispuesto á servir de sosten al que se va á apear : otros dos *sous* cuesta la obsequiosa fineza.

¿Se vuelve de una expedicion? Al salir del carruaje se encontrará de seguro á tres ó cuatro satélites con sus cepillos en la mano dispuestos á limpiar al viajero el polvo que cogió en el camino, y no se me olvidará un día que volviendo por el *Boulevard Poisonnière* cansado de dar un paseo á pié, me vi sorprendido por un atento ciudadano que dirigiéndoseme con una silla en la mano : — « Monsieur, me dijo, vos parece que venís fatigado, y os será muy conveniente descansar : tened si gustáis. » Acepté el generoso ofrecimiento, me senté un rato, al cabo del cual me levanté, le alargué cuatro *sous*, y creí que se deshacia el hombre en cumplidós y demostraciones de agradecimiento.

No hay que buscar en Francia este tipo de pobres soberbios, y de entonados tontos tan frecuentes en España, que se dejarán morir en un rincon transidos de hambre ántes que ejercer una ocupacion que desdiga de la noble alcurnia de que descienden ó de la primera educacion que recibieron. Aquí la preocupacion es ya una risible necedad que cuesta muy caro : allí la despreocupacion lleva ya hasta la bajeza ridicula, que cuesta muy barata.

La falta de orgullo en los franceses nacida de la sombra de la aficion á los francos, engendra, no obstante, en ellos una cualidad que á fuerza de hábito ha llegado á ser una virtud, á saber, la amabilidad. En los comercios, en los hoteles, en toda clase de establecimientos se experimenta una amabilidad seductora, que resalta mas, como es tambien mas propio en el bello sexo. Ni una mala respuesta, ni una contestacion áspera, ni una demostracion

de enojo ó de molestia, por mas que ó se les importune en el regateo, ó se pasen algo los límites de la fina y decorosa galantería, ó se corrésponda mal á la dulzura con que hacen sus ofrecimientos.

Concederé de buen grado que esta amabilidad sea una dulce guerra que se hace á los bolsillos. Tanto es, no obstante, el influjo que en el corazon del hombre ejerce la mimosa y bien manejada zalamería, que rinde gustoso las armas al blando é ingenioso ataque, y entrega sin replicar los pertrechos de la fortaleza numismática. En España se pide gruñendo y se paga rabiando : en Francia se sonsaca halagando y se contribuye sonriendo. Aquí le pedirán á uno el justo precio y se resiente del modo, allí le desplumarán á uno, y se ve obligado á dar las gracias por la manera.

Pero no es solo en la clase mercante donde se encuentra esta amabilidad ; ella ha llegado á hacerse parte de la general educacion, y se nota en todo el trato social. Y una de las cosas en que el extranjero advierte y agradece mas esta agradable finura, es en la prudente tolerancia con que los franceses sufren que se maltrate su idioma. No hay que temer que un frances se ria ó burle por mas solecismos que cometa, por mas disparates que diga el que no conoce la lengua. Al contráριο, ellos ayudan siempre al extranjero novicio, procuran facilitarle la explicacion, y adivinándole muchas veces el pensamiento, en lo cual tienen una práctica y una penetracion exquisita, se complacen en sacarle de mil embarazos.

La misma recomendable afabilidad se nota cada y cuándo el extranjero necesita ser guiado en todo lo que ignora ó no conoce. ¿Se preguntan las señas de una calle ó de una casa? La *dame au comptoir* desciende de su alto solio y el artesano suspende los trabajos de su taller para salir á informar al extranjero tan minuciosamente como informarle pueden. Y á mas le dan muchas veces las gracias por haberles preguntado, porque los franceses dan las gracias por todo, así como por todo piden perdon, y á todo acompañan el consabido « *s'il vous plaît*, si Vd. gusta. » De manera que el *merci*, el *s'il vous plaît* y el *pardon* son las tres palabras que *semper et pro semper* se oyen en boca de todo frances : sin ellas no acertarian á hablar. Tirabeque habia entrado tan de lleno en la fórmula, que muchas veces cuando alguno le decia : « vos sois extranjero, » respondia él « *oui Monsieur, s'il vous plaît*.—¿Italiano acaso?—*Pardon, Monsieur, espagnol s'il vous*

plaît. — Ah, yo habia creido que seriais italiano. — *Merci, bien Monsieur.* »

En las puertas de las oficinas, de los escritorios, etc., se ve por lo comun escritas en letras de bronce estas palabras : « FERMEZ LA PORTE. S. V. P. » Las iniciales significan *s'il vous plaît* « cierre Vd. la puerta, si Vd gusta. » Los conductores de postas ó diligencias, que son los hombres mas despóticos que se conocen, avisan de esta manera á los viajeros : « *Allons, Messieurs, en voiture, s'il vous plaît* : vamos, señores, al coche, si Vds. gustan. » Este *si Vds. gustan*, equivale á decir, « y si no se quedarán Vds. ahí, porque yo no tengo consideraciones con nadie y por nadie espero. »

En cuanto al *pardon*, ya puede un frances molestar, empujar, magullar un pié, ó romper las narices á otro ; que con decir *pardon, Monsieur* no necesita mas salvaguardia para ser absuelto de culpa y pena. Pero lo notable y particular es que no solo pide perdon la parte activa ú ofendente, sino que el magullado, pisado ó contundido pide tambien perdon á su vez ; y el contratiempo que á un español haria prorumpir en una letanía de interjecciones al uso del país, y produciria acaso una colision de graves consecuencias entre ofendente y ofendido, entre dos franceses no tiene mas resultado que pedirse mutuamente perdon, y aquí tuvo fin la escena.

Recuerdo que hallándome en el teatro de la Academia real de música, venia un frances saltando de asiento en asiento (¡ costumbre infame teatral !), y al llegar cerca de mí resbaló, cayó, y se rompió un brazo. « *Pardon, Monsieur,* » me dijo, en medio del dolor que es de suponer, y del divertido humor de que le pondria la catástrofe. Confieso que no pude remediar el que se me soltara la risa ; y Tirabeque que junto á mí estaba, me dijo : — Señor, ¿ con que se ha estropeado un brazo y le pide á Vd. perdon ? Pues á Vd. ¿ en qué le ha ofendido ? — Sin duda en que me ha tocado con el sombrero.

Es hasta donde pueden llevar los franceses la amabilidad y falta de orgullo.

Afecciones. Dije que los franceses de este siglo sacrificaban sus afecciones al egoísmo ó interes individual. En efecto, no sé si me equivocaré, ni si será aventurado el decir que de cien matrimonios que se concierten, en dos de ellos entrará para algo el amor, y los noventa y ocho se harán á guisa de especulacion mercantil. Con lo cual está muy en consonancia y armonia ser el matrimo-

nio en Francia un contrato civil que se sanciona ante el *Maire* ó alcalde, requisito que basta para su validez, y despues se solemniza ó eleva á sacramento eclesiástico con la bendicion sacerdotal que se recibe ó no *ad libitum* de los contrayentes.

Hasta que punto se observe allí la comunidad de bienes que establece entre dos cónyuges el santo matrimonio, pruébalo la conversacion del *mío* y el *tuyo*, entre marido y mujer. Bien que no es maravilla que esto suceda, cuando entre padres é hijos desde que estos nacen, se llevan una escrupulosa cuenta y razon, como pudiera llevarse entre socios de una empresa en comandita, ó entre el principal y dependientes de una casa de comercio; y las asistencias filiales, bien alimenticias, bien con destino á la educacion ó carrera que les den, figuran y van aumentando las partidas de haber en el libro del padre-administrador para cuando llegue el caso de hacer los dividendos ó la distribucion del peculio. Juzgue el piadoso moralista si el sistema es á propósito para intimar y consolidar las afecciones paternas, filiales y conyugales.

No me parece tampoco lo mas conforme y lo mas compatible con la unidad de almas que entre dos esposos requirió el divino fundador del matrimonio, cuando dijo : « *et adhærebit uxori suæ erunt duo in carne una,* » la etiqueta con que de ordinario se tratan en Francia marido y mujer, de que es hasta prueba la ceremoniosa nomenclatura de « *Madame* » que para dirigirse ó llamar á su mujer usan no pocos casados. Singular antitesis y reparable contraste con el *sans façon* y con el *á la buena de Dios* con que en este nuestro país suelen tratarse muchos cónyuges desde el punto y hora que se dan posesion mutua del matrimonio; qué llega á ser tanta la confianza y la lisura y la franqueza que entre ellos se establece, que se creen dispensados de toda reciproca consideracion; lo cual pienso que tampoco entró en las intenciones del que mandó la union del varon y la hembra, ni lo tengo por el medio mas á propósito para el mantenimiento de las ilusiones y del *suum unicuique jus*, pudiéndose pecar en esto como en todo, tanto por carta de ménos como por carta de mas.

Que en los matrimonios franceses entre de ordinario para poco el amor, encuéntrolo, yo Fr. Gerundio, muy natural y muy en armonía con sus otras costumbres y modos de vivir adoptados. En primer lugar, por el principio indicado del general apego á la *numerata pecunia*, palanca y móvil del edificio social frances. En segundo lugar, por las ménos ocasiones y menor facilidad que da á los jóvenes la falta de confianza y franqueza en el trato para

entablar y proseguir las negociaciones amorosas, puesto que si el trato es el que engendra el cariño, mal puede nacer y desarrollarse y crecer este cariño en un jóven que desde luego encuentra obstáculos y dificultades para penetrar en el *sancta sanctorum* de la familia donde hay otra jóven; y que si lo consigue, acaso á las dos ó tres visitas es requerido de tomar una resolucíon definitiva; ó lo que es lo mismo en la gramática vulgar, de herrar ó dejar el banco, lo que equivale tambien á imitarle un *elijan*, entre llevarse la niña ó dejar la casa.

En tercer lugar, porque á ello contribuye y no poco, la facilidad que los francos dan á todo frances de poder vivir matrimonialmente *vel quasi*, asociándose temporal é indefinidamente *quoad torum et habitationem*, sin la traba de la indisolubilidad, á una de esas mujeres que ellos llaman *femmes entretenues*, mujeres entretenidas; tipo que si bien por desgracia no es desconocido en otros países, pero no tiene el carácter de consentimiento legal que tiene allí, y que como decia Tirabeque, lleve el diablo semejantes entretenimientos.

En cuarto lugar, por el sistema sabido de establecimientos públicos con que los franceses han querido, dicen, moralizar el vicio, y cuyo efecto inmediato es tambien alejar las ocasiones de trato íntimo y familiar, que si bien á veces conduce á escollos y resbaladeros peligrosos, es muchas mas, conducido con prudencia, el principio y origen de un cariño decoroso y de un amor honesto, que unido al conocimiento que proporciona de las buenas cualidades de una persona, debiera ser siempre el fundamento de todo enlace matrimonial. Pero esta es consideracion que no pesa nada en un país donde los matrimonios los hacen..... los francos con que cuenta cada uno.

Paréceme que queda probado que los franceses sacrifican su reposo, su orgullo y sus afecciones al principio del positivismo material, al egoísmo del individuo, á los francos. Contentárame yo ahora con poder decir : « *non taliter contingit in nostra natione* : no sucede así en nuestra España. » Pero precisamente los españoles tenemos tal tino para la imitacion, tal acierto para la aclimatacion de las costumbres exóticas, que regularmente nos traemos lo malo y dejamos lo bueno; y el sistema del positivismo se va inoculando tan prodigiosamente en el país de la generosidad y del desprendimiento, que si Dios permite (y por los síntomas parece ser esa su intencion) que sigamos así otro poco, no tardaremos en nivelarnos con nuestros vecinos, ó en excederlos quizá, porque nosotros

puestos á progresar, avanzamos que es una maravilla. No hemos adoptado el sistema de premiar de su gobierno, no hemos tomado su laboriosidad, pero nos vamos apropiando su egoísmo : y si perdemos la bella cordialidad, la hermosa franqueza, la inapreciable cualidad de amigos entrañables y de generosos hasta en la enemistad, que hace de la España el pueblo del corazón y de los nobles afectos, y cuya sola prenda basta para que desde cualquier otro país del mundo esté siempre un español suspirando por la amada patria con todo su atraso y con todas sus calamidades y sus desarreglos políticos, entonces *factum est de nobis*, perdimos lo mejor que nos había regalado la Providencia.

En usa cosa tienen los franceses un orgullo harto subido de punto. Esta cosa se explica por estas frases que no omite ningún francés que escriba de ciencias, de política, ó de industria : « Esta gran nación que marcha al frente de la civilización europea. » « La Francia, que va delante de todas las naciones en la industria y en las artes..... etc. » Yo no entraré ahora á calificar hasta qué punto sea fundada ó infundada esta vanidad, que pienso tiene de todo : título solamente como uno de los rasgos que caracterizan al pueblo francés de este siglo.

Varios vice-versas.

Los franceses tienen fama de ligeros, versátiles, vivos, y de consiguiente de hombres de poca espera. Sin embargo, estos mismos franceses se encaminan á las cinco de la tarde á un teatro cuya función principia á las seis y media. Se colocan á la puerta en dos filas unos tras otros según van llegando, lo cual llaman hacer *cola*. El objeto de esta *cola* estomar la vez para conquistarse el mejor asiento de cada localidad (con arreglo á la infame distribución de las localidades teatrales), por cuyo medio se economizan también algún franco. Al cabo de la hora y media de *cola* entran, y los ligeros y vivarachos franceses tienen flema y pachorra para ver en una noche un drama en cinco actos, una comedia en tres, un vaudeville en uno, y un baile grotesco, y para servir de prensa á una banquetta ó una silla desde las seis y media hasta las doce. Esto no se explica sino por la regla de los *vice-versas* y por su excesiva pasión á los espectáculos.

Créese generalmente en España que cada francés ha de ser un figurín de modas, puesto que de allí nos vienen, y de allí salen para derramarse é inundar toda la baz de la tierra. Sin embargo,

por un vice-versa muy notable se ven muchos mas figurines ambulantes de ambos sexos por las calles y paseos de Madrid que por las de la capital de Francia, mucho mas esmero y mas exagerada elegancia en vestir. Bien es verdad que los franceses y francesas generalmente por las calles no andan *vestidos*, y solo se *visten* para las *soirées* y visitas de etiqueta, y entónces no se los ve porque van en coche. Ningun parisien ó parisienne, que vaya *vestido*, va á pié, y esto no por lujo sino por necesidad y economía, porque en las siempre húmedas y lodosas calles de Paris, siempre baqueteadas de carruajes y de gente, hay un continuo é inminentísimo peligro de encontrarse inutilizado de un salpicon, cualquier trápito de algun valor y la economía del coche costaria un *plus ultra* de francos que se trata de evitar.

Vistense tambien los parisians para asistir á los teatros, especialmente al Italiano y al de la Academia Real, donde el brazo desnudo en las señoras, (que en el código indumentario femenino se llama ir muy *vestidas* las que van mas *desnudas*) y el guante blanco en los caballeros son casi de ordenanza.

Ni fuera de extrañar tampoco que en la cuna de las modas fuese donde ménos esmero y afan hubiera por ellas, puesto que por otro *vice-versa internacional* sucede que no usándose en Francia mantillas ni abanicos, se están surtiendo de Francia nuestros comerciantes españoles de abanicos y mantillas, en lo cual dejo á la consideracion de los que intervengan en la ley de aranceles y de los directores de aduanas y resguardos el favor que resulta á la industria nacional.

Pasan lo franceses por garrulos ó charlatanes. Sin embargo, por otro *vice-versa* del país, cuando van de viaje andan y callan, y en las mesas callan y comen. Pero no en vano tienen reputacion de lo primero siempre que lo creen necesario para la atraccion de los francos.

Varios otros vice-versas quedan notados en el discurso de estos apuntes de observaciones.

Otras cosillas sueltas.

Los franceses son espirituosos, entusiastas, de fácil comprension y de imaginacion viva, pero poco previsores : ven mucho para hoy y poco para mañana. Aunque egoistas, no son generalmente avaros, porque su aficion á los goces de la vida les hace gastar lo que adquieren. Y esta misma adquisibilidad y este mis-

mo apego á la fruicion, cuando ó no pueden satisfacer tantos gozes como se han propuesto, ó no encuentran ya nuevos gozes que inventar, los conduce á la desesperacion ó al hastío, y por consecuencia al suicidio.

La lectura es una de las aficiones, que tambien ha llegado á hacerse una de las necesidades de los franceses. Mas de cien diarios de todas las materias se publican en Paris, y los gabinetes de lectura, los cafés, los teatros, los hoteles, todo lo inundan los periódicos. Allí todo el mundo lee; la clase alta, la média, el pueblo, no hay nadie que no lea; y hasta los cocheros de alquiler entretienen los ratos de estacionamiento en ojear una novelita, en foliar una comedia, ó en reparar una fisiología. Bien es verdad que tambien todo el mundo escribe bien ó mal, de lo que conoce, ó de lo que no conoce, en lo cual suelen no ser muy escrupulosos los vecinos, ántes sí un tanto arrojados; y á no hallar ya cosa nueva de que escribir, publican *la vida privada de Napoleon*, *los amores secretos de Lord Byron*, *el Arte de seducir* y otros artes peores ó ménos decentes, que se hallan de manifiesto con sus correspondientes láminas en los *Boulevards* de los *Capuchinos* y de la *Magdalena*.

Otra de las cosas que marcan y caracterizan al pueblo frances es el rotulaje de las tiendas : « *Á la gran campana : á la bola de oro : al almacén del Olimpo : á la pluma encantada : al gran Tamerlan : al cisne misterioso : al águila negra : á la estrella del norte : al anillo de Saturno : al gigante Gedeon : á las tres Gracias : á las mil columnas : á la redención del mundo : al ángel exterminador*; y mil y cien mil y un millón de títulos mas pomposos y extravagantes que estos, con que bautizan, si se ofrece, una tienda de aceite y vinagre, ó un almacén de ropas de desechos.

Historia de mi baston.

Yo que soy de aquellos hombres que no aciertan á andar con los piés sin llevar algun cachivache en la mano, habia comprado en Burdeos un baston ó sea un palo de sarmiento que me costó diez cuartos. Pues bien, esta alhaja, que es una de las prendas que conservo como uno de los recuerdos históricos de mi viaje, me tenia ya de costo á los tres meses cinco duros. Este secreto, esta habilidad para sacar contribuciones indirectas, solo la poseen los franceses.

Es el caso que allí no se puede entrar en ninguna parte con

baston : al entrar en el teatro, en el museo, en la biblioteca, en el hospital, en la cárcel, en el templo, hay que dejar el baston en la oficina destinada al efecto, y no se recoge sin entregar en mano del depositario recaudador dos sous, tres sous, ó cuatro ó seis sous, que al cabo del trimestre vienen á sumar la cantidad de 25 francos por lo ménos con que ha aumentado el extranjero investigador las rentas públicas de la Francia. Esta contribucion pudiera ahorrarse con renunciar á este utensilio innecesario ; pero el cálculo de los franceses todo lo ha previsto, y ha tenido á bien imponer el mismo gravámen sobre los paráguas, y como la Francia es un país donde llueve con tanta frecuencia que hace el susodicho mueble cuasi de diaria necesidad, la contribucion indirecta viene á ser sobre corta diferencia la misma.

Este ingenioso medio de sacar los francos no es mas que uno de tantos otros *ejusdem generis et speciei*, que no harán mal en tener presentes los que se propongan visitar el país para el competente avance bursátil que debe preceder.

Y voy á salir.

Omito, pues, mis excursiones á *Saint-Cloud*, á *Fontainebleau*, y á otros puntos, como muchas otras observaciones que se quedan por apuntar en gracia de las 300 páginas que lleva ya este tomo, y dispóngome á salir de Paris en compañía de mi inseparable lego Tirabeque. Tenemos ya entregados los cien francos que nos cuestan los dos billetes de diligencia para Brusélas, vamos al despacho Mensajerías reales de Nuestra Señora de las Victorias, entramos en nuestro carruaje, suenan las doce, la última campanada se confunde con el *hiu* del conductor, emprenden los caballos su compasada marcha ; ponémonos en camino en medio de una densa niebla, y llegamos á comer á *Peronne*, pequeña ciudad llamada la *Doncella*, porque nunca ha sido conquistada, y donde murió prisionero Cárlos el Simple, que fué la última y la mas solemne simpleza que cometió. Allí tuvimos el gusto de hallarnos con otros dos españoles que llevaban la misma ruta.

Y me paro al instante.

Á las dos de la mañana estábamos en *Cambray*, ciudad de cerca de 16,000 habitantes, donde se hizo el famoso tratado de paz de 1529 entre Francisco I y Cárlos V. El ser de noche y el haber-

nos detenido pocos momentos, me privó del gusto de ver el monumento que se ha erigido en honor del inmortal Fenelon.

Serian como las nueve cuando llegamos á *Valenciennes*, ciudad fuerte como fronteriza ya, dividida por el escalda en dos partes desiguales, una de las mas manufactureras de la Francia, y notable por sus fortificaciones y por su casa consistorial.

— *Descendez, Messieurs, s'il vous plait,* » nos dijo el conductor á eso de las doce. — ¿Pues con qué motivo bajamos aquí? — Porque hay que dar los pasaportes y que entregar los equipajes para el registro. Era que nos hallábamos en *Quievrain*, primer pueblo de Bélgica, y primera línea de aduanas.

Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana belga para que registren los bagajes tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viajeros, que proseguirán su marcha, si no tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA

DE LA SEGUNDA PARTE.

Contentárame yo, hermano lector, (y tomáralo por buen agüero de no desagradarte mis pobres gerundianos escritos) con que tuvieras tú tanta gana de recibir este segundo tomo de mis VIAJES, como yo la tenia de verle en disposicion de ser enviado y dirigido á tus manos. Pero la ausencia de algunos meses por una parte, motivada por causas de higiene que tú no debes ya ignorar, y por otra, entorpecimientos inevitables, y que yo no podia prever en la parte tipográfica, han retrasado su envío algun tanto mas de lo que en mi intencion y en mis cálculos habia entrado. Leve dilacion que confio sabrás dispensarme con la benevolencia que acostumbras.

Comprende este tomo (segun anuncié ya en el primero), desde la salida de Paris, la excursion por Bélgica, Holanda y Alemania, hasta el regreso á España. Viaje fué este, que hice con singular placer por una razon de españolismo; pues como tú mismo verás, si te tomares la molestia de leer este volúmen, apénas visité pueblo alguno de todos estos países en que no hallara recuerdos históricos españoles, mas ó ménos gloriosos para nuestra nacion, pero todos interesantes para quien busca de buena fe el conocimiento de los sucesos que enlazan la historia del país propio con la de los extraños.

Todo aquello fué nuestro *IN DIEBUS ILLIS*, lector de mis entrañas; y hoy (con lástima lo digo), quizá hasta los nombres de las ciudades son desconocidos para una gran parte de los españoles. Y no acierto yo á comprender cómo no ha habido un solo español de los que en estos últimos tiempos han recorrido (aunque en bien limitado número) aquellas nuestras antiguas posesiones, que se haya tomado el trabajo de dar á conocer á nuestros compatriotas aquellos reinos y dominios, cuando cualquiera de ellos pudiera haberlo hecho con mas erudicion, con mas tino y con

mas fruto que yo, pobre viajero limitado á trascribir á mis amados compatriotas las observaciones y noticias que la casualidad ó mis propios recursos me ofrecian y suministraban.

Pero yo he pagado á mi patria el tributo que como viajero le debia ; y no será sin algun provecho, si con ello consigo estimular á otros ingenios mas felices á que con mejor cortadas plumas cultiven un género de escrito que no abunda ciertamente en España. Como que mi obra no ha sido escrita para los hombres científicos (que á estos nada les podria yo enseñar), sino para la generalidad del pueblo, y la generalidad de nuestro pueblo no es erudita ; mas que de peinar el lenguaje y limar el estilo, he cuidado de escribir con verdad, claridad y sencillez. He copiado en toda su naturalidad las impresiones de Tirabeque, y sus coloquios y razonamientos, tal cual vez quizá sabrosos, tal cual vez acaso insípidos. Si buscas variedad, hermano lector, no dejarás de hallarla ; pero tampoco te faltará en qué ejercitar la virtud de la indulgencia con tu siempre devoto hermano

FRAY GERUNDIO.

VIAJES

DE

FRAY GERUNDIO.



BÉLGICA.

Aduaneros y lectores.

« Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana belga para que registren los bagajes tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viajeros, que proseguirán su marcha, si no tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser. »

Con estas palabras terminé, yo Fray Gerundio, el tomo primero de estos VIAJES. Y quizá sea la vez primera que un escritor se tome la libertad de poner por cabeza del segundo tomo de su obra los piés del primero. Con razon nos dejó dicho el hermano Aristóteles que los extremos se tocaban. Y esta máxima del filósofo griego he tenido yo que ponerla en práctica hoy para decir, que ni los aduaneros belgas deberán quejarse de no haber tenido sobrado vagar para el reconocimiento de nuestros equipajes, ni yo tengo por qué quejarme de la indulgencia de mis lectores, puesto que de uno á otro tomo yo he concedido á los aduaneros y el lector me ha otorgado á mí algunos meses de intermedio y de descanso.

Y es que en este espacio de tiempo se ha visto precisada mi paternidad reverenda á emprender un nuevo viaje, y mientras ha durado el viaje material ha tenido que suspenderse el viaje escrito. Mas una vez que yo estoy ya de vuelta, y que los aduane-

ros han terminado su registro, pongo mi pluma en la línea de Bélgica y mi cuerpo en el carruaje, y prosigo en compañía de mi buen lego Tirabeque, y de los demas que en el discurso de estos apuntes irán saliendo.

De la línea á la capital.

Tan pronto como se sale de *Quiévrain* y se da vista á los campos belgas, se conoce que se ha entrado en el país de la industria y de los adelantos en la agricultura y en la fabricacion. Donde quiera que se mire se ven acá y allá inmensas fábricas, de cuyas elevadas chimeneas de vapor se desprende el denso humo del carbon de piedra que extendido por la atmósfera va dando testimonio de la laboriosidad de aquellos habitantes. Donde quiera que se tienda la vista, se admira la esmerada cultura de los campos ; y donde quiera que el viajero dirija los ojos, encuentra pequeños caminitos de hierro que conducen á las fábricas para el fácil trasporte de los materiales y artefactos, y que cruzando el arrecife ó calzadas de las diligencias por debajo de cien puentecillos, demuestran desde luego al viajante que se halla en el pueblo de la industria fábril.

Á las tres leguas y média se encuentra MONS, capital de la provincia de Henao (*Hainaut*), una de las nueve en que está dividida la Bélgica. Como plaza fronteriza, es ciudad fortificada ; acaso la mas fuerte por el sistema moderno de fortificación : su poblacion de 20 á 25,000 habitantes, y parte de ella está situada sobre un monte ó eminencia que le ha dado su nombre ; lo cual prueba (si yo no soy un desgraciado humanista) que cuando se bautizó Mons se hablaba latin por aquellas tierras por donde ahora se habla frances. Y no es extraño que así sucediera si es cierto que *in illo tempore* anduvo por allí el hermano Julio César haciendo de las suyas, y fundando pueblos y castillos y poniéndoles los nombres que mas le acomodaba.

Lo mismo fué entrar por las calles de Mons que sorprenderme Tirabeque exclamando : — ¡ Señor, señor ! Aquí está D. Martin de los Heros. — ¡ D. Martin de los Heros aqui ! dije yo. ¡ El intendente del real Patrimonio de España por aqui ahora ! Eso es imposible, Pelegrin. — Señor, no es imposible : ¿ no le ve Vd. ahí detrás de esos cristales ?

¡ Cosas tiene el tal Tirabeque.... ! Era un magnífico gato, puesto de muestra en una tienda de peletería ; y como al Sr. Heros han

dado en la manía de nombrarle en España *el Gato Belga*, por no sé qué historias que en las Córtes ha referido de los gatos belgas, quiso mi Pelegrin aplicar el seudónimo al primer gato que en Bélgica veía. Y aun no paró en esto, sino que á los pocos pasos y en la misma calle volvió á exclamar Tirabeque : — Señor, otro D. Martin. Y era efectivamente otro gato colocado de muestra en otra tienda. ¡ Tal se presentaba allí la abundancia de gatos ! Sin que por eso hallara yo la razon de haberlos traído el Sr. Heros al templo de la representacion nacional española.

Si pueblo hay que pueda presentarse como ejemplo de vicisitudes, es Mons. Solo desde el siglo 16 ha mudado de dueño catorce ó quince veces. Al conde Balduino se la quitó el conde de Nassau ; al conde de Nassau se la conquistó (no digo « se la quitó, » porque era español) nuestro duque de Alba : al duque de Alba se la quitó Luis XIV : de Luis XIV volvió á pasar á la España : á los españoles se la volvieron á arrebatár los franceses : de los franceses la tomaron los holandeses, y de los holandeses los austriacos : á los austriacos se la quitaron de nuevo los franceses, y á los franceses se la quitaron otra vez los austriacos, y á los austriacos se la volvieron á tomar los franceses, que despues la evacuaron y luego la volvieron á ocupar, y en seguida volvió á los holandeses, y últimamente es de los belgas desde que los belgas pusieron casa de por sí. Ahora hagan Vds. el favor de explicarme lo que es derecho de gentes.

Á pesar de todo, Mons es una ciudad bastante bien construida y bastante bien conservada, de mucha industria, mucha fabricacion, mucho comercio, y no poca minería.

BRUSÉLAS.

Noche historiada.

No hay señal mas cierta de haber andado los viajeros las 10 leguas que separan á Mons de la capital de Bélgica, y las 64 que la dividen de París, que hallarnos en Brusélas, como en efecto nos hallamos, teniendo el gusto de poder ofrecer á Vds. una regular habitacion en el *Hotel Imperial y de los extranjeros reunidos, rue des Fripiers* ; absteniéndonos empero de ofrecer las camas, no porque no sean muy cómodas y muy buenas, sino porque se expondrían Vds. á coger un resfriado con la humedad de las sá-

banas, que tambien aquí hemos topado con la endiablada costumbre de los húmedos lienzos que nos han perseguido en mas de un hotel.

Tan cierto es esto, que á trueque de no amanecer perdidamente romadizados, ya que otro peor mal no adquiriéramos, acordámos amo y lego retirar aquellas sábanas no santas; y enrosándose Tiberaque en un cobertor y yo Fr. Gerundio en mi bata de viaje, echámos nuestras humanidades á descansar, pero en vano. El frio, poderoso mantenedor de pervigilios, y uno de los mas capitales antagonistas de Morfeo, nos hizo estar mas despabilados que dos centinelas avanzadas en país enemigo y en tiempo de guerra. Con este motivo pasámos una noche mas histórica de lo que habíamos pensado, porque se entabló de cama á cama el diálogo siguiente.

— Con que nos hallamos, Pelegrin, en nuestros antiguos países, en los antiguos dominios de España, y por consiguiente en nuestra tierra se puede decir. — Señor, si esta ha sido nuestra tierra debe hacer ya mucho tiempo, porque yo puedo jurar á Vd. que no conozco ya un alma en ella, y pienso que nadie me conoce á mí. — Por supuesto que hace mucho tiempo ya; esto fué cosa del siglo 16. Paréceme que debes estar muy poco enterado de la historia de este país. — Lo estoy tan poco, mi amo, que creia yo que este país no tendria historia. — Y yo no creia hasta ahora que tú fueses tan ignorante y tan lego.

«Segun eso no sabes que la Bélgica despues de haber estado sucesivamente bajo la dominacion de los romanos, de los francos venidos de la Germania, de los duques de Namur ó de Flándes, del Brabante ó del Luxemburgo, y últimamente del de Borgoña, pasó á la casa de Austria por el matrimonio de María, hija de Cárlos el Temerario, con el archiduque Maximiliano hijo del emperador de Alemania Federico III..... ¿ Te duermes, Pelegrin? — Un poco me iba tentando el sueño, mi amo; y siga Vd. la historia, que una historia debe ser cosa muy buena para dormirse un lego. — Pues no te duermas todavía, porque justamente ahora vamos nosotros á hacernos dueños de la Bélgica. — ¡ Nosotros, señor! ¿ Qué es lo que dice Vd.? Paréceme que Vd. sueña, mi amo. — No sueño, Pelegrin, sino que precisamente el nieto de ese Maximiliano, Cárlos V rey de España y emperador de Alemania, fué el que entró á heredar estos Estados, que desde entónces pertenecieron á España, hasta 1712 que por la paz de Utrecht volvieron á incorporarse al Austria estos que entónces se llama-

ban Países Bajos Austriacos. ¿Te duermes, Pelegrin?... Pelegrin? — ¿Señor? — ¿Te dormías? — Señor, mientras esto fué de España estuve despierto, pero luego que pasó al Austria me iba quedando dormido otra vez. — Pues no te duermas aun, porque has de saber que en 1795 fué conquistada la Bélgica por los franceses, y constituyó parte del Santo Imperio, dividida en departamentos, hasta que en 1815 por decision del Congreso de Viena fué reunida á la Holanda para formar el reino de los Países Bajos bajo la dominacion de Guillermo de Orange-Nassau. Así permaneció hasta la revolucion de 1830.... ¿estás dormido? — Señor en tiempos de revolucion nadie se duerme. — Pues bien, en 1830 la Bélgica (que hace mucho tiempo parece haberse propuesto ser la *segunda edicion* de la Francia) hizo tambien su revolucion y se emancipó de la Holanda haciendo reino aparte. El gobierno provisional convocó un Congreso nacional y en él se eligió por rey al duque de Nemours, hijo de tu amigo Luis Felipe, y no habiéndolo este aceptado, nombraron el 4 de Junio de 1831 al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, que lo admitió y es ahora el rey de los Belgas.»

— ¿Se acabó ya la historia, mi amo? — No falta mas que un apéndice. Últimamente por el tratado de 15 de Noviembre de 1831, canjeado en Lóndres por los plenipotenciarios de las cinco grandes potencias, Francia, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, ratificado en 1839 por la Bélgica y la Holanda, se declaró á Bélgica reino independiente y se fijaron los límites que habian de separar los dos reinos : que fué la obra de los famosos PROTOCOLOS que se formaron para decidir la cuestion Holando-Belga, de que tanto habrás oido hablar. ¿Te has dormido? — No señor, y aunque lo estuviera despertaria, que no hay cosa como los portocolios para hacer despertar á un español; no, sino duérmanse los españoles, y amanecerán portocolizados, que quien hace un cesto hará ciento, y de tales portocolistas nos libre Dios, que así disponen de la casa ajena como si fuese suya propia; pero ya que esto no tiene remedio, hágame Vd. el favor de dejarme dormir, que buena falta me está haciendo.

Dia de historia.

Dos cosas me hicieron levantar sin pereza al siguiente dia, el frio y la curiosidad de visitar la capital del Brabante, en la cual suponía yo encontrar mas de un recuerdo histórico interesante á un español, y que si la noche habia sido historiada, el dia no lo

habia de ser ménos. Desperté á Tirabeque, que dormía como un bienaventurado, y le intimé que se preparara á salir : él se mostró dispuesto á obedecerme, con solo la condicion de que le diera tiempo para asearse y almorzar.

Así lo hice. El salon de comer era anchuroso y magnífico : el almuerzo gustoso y sazonado. Mas cuando Tirabeque vió al lado de cada plato un panecillito redondo como de dos onzas, « ¡ay, señor ! me dijo, ¿ á qué tierra me ha traído Vd. ? Si los españoles que ocuparon en otros tiempos este país eran castellanos viejos, no era necesario mas para echarlos de él que mantenerlos con esta miseria de pan. »

Por fortuna habia sobre la mesa un canastillo casi lleno de aquellos panecitos ; Pelegrin se le aproximó como quien no llegaba á ello, y de allí se iba surtiendo cada y cuando los habia menester. Táctica que adoptó y siguió despues en todos los pueblos de la Bélgica. De modo que el canastillo era en cada mesa una especie de satélite de mi légo, y mas de una vez se atrajo la atencion y excitó la sonrisa de todos los comensales con su menudeo en alargar la mano al cesto y su práctica en embaular panecillos.

Concluido el almuerzo, y provistos de nuestro correspondiente *commissionnaire*, nos lanzámos á la calle. Estos *commissionnaires* ó *domestiques de place* son una especie de guías, conductores y recaderos que tienen en todos los hoteles para acompañar á los extranjeros en las poblaciones, servirles de guía para visitar los monumentos y objetos notables, y desempeñar los demas menesteres que les encomienden. Ellos están todo el día á disposicion del extranjero por la retribucion de tres á cinco francos, y constituyen uno de los tipos particulares de aquellos países. Nuestro *Joseph* de Brusélas era jovialísimo, amabilísimo, servicialísimo ; dominado de una especie de furor de complacer, iba siempre como bailando á nuestro lado, y mirando á nuestros ojos como quien buscaba adivinar por ellos nuestro deseo ; y no solo se prestaba gustoso á conducirnos donde quiera que le indicábamos, sino que él mismo tomaba la iniciativa y se espontaneaba á llevarnos á lugares que nosotros nos hubiéramos retraído de proponer y nombrar.

Acompañábannos á esta expedicion otros dos españoles que se nos habian incorporado en el camino de Bélgica ; el uno ex-diputado y dueño de algunas fábricas de paños, que iba con objeto de visitar las del país, y el otro el hermano Isidro, maestro faberferario (vulgo herrero) que el ex-diputado llevaba consigo para que aprendiese y tomase lo que pudiera del ramo de maquinaria aná-

logo á su arte y profesion, en que tenia fama de ser tan aventajado como puede serlo un herrero de Castilla la Vieja que no habia salido hasta entónces de su lugar. Este hermano fué, miéntras anduvo con nosotros, un segundo Tirabeque, y entre los dos y los *domestiques* ó *commissionnaires* solian darnos escenas muy sazonadas y divertidas.

Lo primero que visitámos fué *la Plaza*, digamos así, *de la Constitucion*, donde está el *Hôtel-de-Ville* (casa de ayuntamiento). No me habia engañado en mis esperanzas de hallar recuerdos españoles, porque esta plaza, la principal de Brusélas, es un cuadro de casas, hechas todas bajo la dominacion española, y cuya forma y gusto antiguo la distinguen del resto de la poblacion, y le dan una fisonomía verdaderamente original. Casi todos los edificios están destinados á alguna sociedad : en uno se lee : *sociedad de cerveceros* : en otro : *sociedad de panaderos* : en otro : *sociedad de sastres* : en otro : *sociedad de navieros* : en otro : *sala de ventas públicas* : y así de los demas.

La casa que hace frente al *Hôtel-de-Ville* fué casa de ayuntamiento hasta el año de 1440. Á lo largo de su fachada se lee una inscripcion que dice :

A PESTE, FAME ET BELLÓ LIBERA NOS, MARIA PACIS.

« De la peste, del hambre y de la guerra, libranos Virgen de la Paz. »

Esta inscripcion se puso con ocasion de haber hecho restaurar el edificio la Infanta Isabel, hija de Felipe III, en accion de gracias á nuestra señora de la Paz por haber librado á Brusélas de aquellas tres plagas. Sin embargo, no parece que ha sido muy favorecido de la Virgen un pueblo que ha sufrido las poquitas plagas siguientes : en el siglo XIV una hambre y una peste horrosas de resultas de una lluvia de trece meses consecutivos ; en el siglo XV, un incendio que redujo á cenizas 1,400 casas ; en el XVI, dos temblores de tierra que destruyeron una gran parte de la poblacion, y otra peste que se arrebató 27,000 personas ; y en el XVII un bombardeo que acompañado de un viento furioso produjo otro incendio que devoró 14 iglesias y 4,000 casas. Pero no condenaré yo la accion de gracias y la devocion de la Infanta Isabel á la Virgen, porque sin su proteccion. ¡ Dios sabe lo que hubiera sucedido ! Dios y la Virgen hubieran podido muy bien hacer otro Egipto de Brusélas.

Atenta y apaciblemente veía y oía Tirabeque estos recuerdos de España. Pero otra cosa fué cuando el bueno de *Joseph* comenzó á decir : « En esta plaza, señores, fué donde su compatriota de Vds. el duque de Alba decapitó á los condes de Horn y de Egmont : la plaza estaba cubierta de negro : el duque presenció el suplicio desde aquel balcon : ¡ oh ! aquello fué una crueldad. Ciertamente Monsieur, el duque de Alba debía ser un hombre muy feroz. — Y Vd. me parece un hombre muy deslenguado, le contestó Tirabeque. ¿ Vd. sabe que está hablando con españoles ? Si el duque de Alba lo hizo, sus razones tendria para ello, ¿ está Vd. ? Ya serian buenas alhajas los condecitos esos. — ¡ Oh ! ellos eran de los nobles del *Compromiso*. — Pues que no se hubieran comprometido : y sobre todo, ántes de comprometerse que lo hubieran mirado bien.

— Tú sabes, Pelegrin, (le pregunté yo entónces) lo que significa *el Compromiso de los Nobles* ? — Yo no, señor. — Pues escucha, y luego juzgarás.

« Despues de la muerte de Cárlos V, y en el reinado de Felipe II de España, fué cuando estallaron en estos dos países las famosas guerras de religion, de cuyos horrores fué Brusélas el mas sangriento teatro. — Señor, alguna cosa he oido de esas guerras de religion, pero ni sabía yo que habian sido aquí, ni sé todavía qué cosa fueron. — Pues yo te lo diré. Por aquel tiempo resucitó y se difundió por estos países la antigua herejía de los *Iconoclastas* ó *Iconómacos* ó sea *rompedores de imágenes*, (que esto quiere decir en griego) con todos los excesos, trastornos y crueldades que los tales herejes habian cometido en otros tiempos y en otros climas. Ellos se echaron sobre todos los templos, destruyeron las imágenes de los santos y las pinturas de las iglesias, saquearon los ornamentos sagrados, y suspendieron la celebracion de los divinos oficios y de todo el culto católico. Felipe II, que reinaba entónces en España y aquí, quiso atajar estos excesos con el terror, y á los desmanes de los herejes opuso las crueldades de la Inquisicion, las cuales no hicieron sino exasperar mas los ánimos y agravar mas los males haciéndoles mas terribles.

« Y diga Vd., mi amo : ¿ los condes aquellos que ha dicho aquí el comisionista, eran tambien iconoclastas ? — No, hombre, todo al contrario. Deseosos los nobles y los enemigos de los desórdenes de poner un remedio á los desastres y horrores que afligian al país, se asociaron entre sí, y el 8 de Noviembre de 1566 firmaron en GANTE una obligacion ó pacto, que llamaron COMPROMISO, por el

cual se comprometían á oponerse á las medidas de rigor que Margarita, Gobernadora de los Países Bajos á nombre de su hermano Felipe II, tomaba y hacía ejecutar en daño del país; protestando (los del COMPROMISO) que en ello no se proponían otro fin que la mayor gloria de la religion católica y la conservacion de sus privilegios. — Señor, ya me parecia á mí que siendo nobles, la conservacion de sus privilegios no podia faltar, siga Vd. — Pues bien, reunidos en número de 250, vinieron á Brusélas á presentar su demanda á la Gobernadora. Y como viniesen vestidos de azul, y oyesen á uno que estaba al lado de Margarita nombrarlos los AZULES, de aquí fué el adoptar los confederados la denominacion de AZULES que mas tarde sirvió para designar á los protestantes y calvinistas. Y de aquí el origen de los AZULES DE LA MONTAÑA, que se ejercitaban en perseguir y armar emboscadas á los católicos que suponían partidarios de los españoles; y los AZULES DE MAR, aventureros intrépidos, especie de piratas, que fundaron la marina militar de los Países Bajos. »

Durante esta relacion, Tirabeque dirigia alternativamente sus miradas al COMMISSIONNAIRE y á mí; mas al verle alzar repentinamente el brazo en ademan de sacudir á aquel, — ¿qué vas á hacer, Pelegrin? le dije. — Señor, me respondió, iba á arrimar un sepancuántos á este hombre; porque trae chaleco azulado, y el diablo me lleve si no es un hereje azul celeste de la casta de los otros. Me reí de su simpleza, le reconvine por su amenaza, é intimidándole y apercibiéndole seriamente, proseguí.

« La princesa Margarita no quiso dar respuesta alguna á la demanda ántes de consultar con su hermano, á cuyo efecto le dirigió un mensaje; y por si iban mal dadas, trató de poner á salvo el número uno, escapándose de Brusélas y volviéndose á España. Pero los belgas, que todo lo tendrían ménos lo de tontos, boníticamente fueron y me la cerraron las puertas de la ciudad, y dijeron como el andaluz: «por aquí no pasa nadie.» En esto llegó la respuesta de Felipe II, reducida en buenos términos á decir: «Mi querida hermana: mantente firme, que allá voy yo luego; y entre tanto ahí te envío un general de buen temple y de toda mi confianza, encargado de poner las peras á cuarto á esa gente y de asegurar el solo ejercicio de la religion católica.

« En efecto, llegó el famoso DUQUE DE ALBA á la cabeza de un ejército formidable, el cual no se anduvo con paños calientes, sino que de buenas á primeras se extrenó ahorcando todo lo mas florido del país que le olia á protestantismo ó rebelion, y entón-

ces fué cuando hizo decapitar á los dos condes citados, y si no hizo lo mismo con el príncipe de Orange, que era el principal conspirador, fué porque tomó oportunamente las de Villadiego; y entonces fué también cuando mas de cien mil fabricantes y artistas abandonaron aterrorizados la Bélgica y pasaron á enriquecer la Inglaterra con su industria. — Señor, ese duque de Alba, segun Vd. le pinta, debió ser el Zurbarano de aquellos tiempos. — Efectivamente, Pelegrin, que no dejaba de tener muchos puntos de contacto con él, si bien tengo para mí que aun le aventajaba en lo cruel y en lo guerrero. Él era enviado donde quiera que estallaba ó se temía una conspiracion: él iba revestido de poderes absolutos: él sufocaba ó reprimia las conspiraciones: él sorprendia á los enemigos sin dejarse sorprender nunca: él con poca gente diez-maba los ejércitos mas grandes; pero él imponia contribuciones *ad libitum*; él fusilaba que era una maravilla, y todo cedia á su rigor. Y á pesar de todos estos puntos de contacto entre él y Zurbarano, el duque de Alba, así como fué un guerrero mas en grande que Zurbarano, así también hizó atrocidades que dejaban muy atras á las de Zurbarano. En fin, Tirabeque, la inconsiderada é indiscreta ferocidad del duque de Alba, de que no dejaremos de encontrar reliquias en estos países, produjo la exasperacion de estos habitantes, y nos trajo su separacion de los dominios de España, porque como me habrás oido decir muchas veces, un pueblo que se empeña en sacudir el yugo opresor y en ser libre, lo consigue infaliblemente tarde ó temprano.»

Joseph y el ex-diputado confirmaban esta relacion y estas reflexiones con signos de cabeza. Tirabeque y el hermano Isidro las oian asustados, y á invitacion mia pasámos á reconocer el *Hôtel-de-Ville* ó

Casa de Ayuntamiento.

Con razon es ponderada la casa de Ayuntamiento de Brusélas. Y no precisamente por la decoracion de caprichosos adornos del género gótico-lombardo que la exornan (que en este punto aun hemos de hallar en Bélgica otros *Hôtels-de-Ville* que admirar mas), sino principalmente por la elegante, esbelta, ligera y graciosa torre piramidal de 364 piés que se eleva casi en medio del edificio, y que agujereada ó aventanada hasta su extremo, teniendo por remate ó veleta una estatua dorada de San Miguel, patrón de la ciudad, de 17 piés de altura, la hace superior á cuanto se conoce en este género.

Pero otra cosa mas importante y mas curiosa que su exterior elegancia tiene para un español aquel edificio. Y no son por cierto las estatuas de mármol de las dos fuentes que se encuentran en el patio, ni tampoco las oficinas de la municipalidad, ni las salas de los retratos de los duques de Borgoña, de los reyes de España y de los emperadores de Austria. — Señores, nos dijo el *Commissionnaire*, tómense Vds. la molestia de entrar conmigo en la *Sala gótica*. Señores, están Vds. en la *Sala de la abdicacion* : en esta sala fué donde el emperador Carlos V..... — Basta, le dije, yo proseguiré.

—Pelegrin, estás en la sala en que tuvo lugar uno de los acaecimientos mas grandes y mas raros que se cuentan en la historia del mundo. Mucho deseaba yo verme en esta sala. Aquí, Pelegrin, aquí mismo fué donde el emperador Carlos V cuando estaba en el apogéo de su gloria y en la cumbre del poder; aquí fué donde aquel poderoso monarca, vencedor de otros monarcas poderosos, desengañado ya de las ilusiones mundanas, *abdicó* en el año 1555 la corona que habia ceñido cuarenta años; sus sienas, é hizo cesion de sus Estados á su hijo Felipe II para retirarse á hacer vida religiosa y claustral en el monasterio de San Gerónimo de Yuste, en nuestra Extremadura, como la hizo en efecto en la celda que le arregló el hermano Fray Antonio de Villacastin (que Dios haya).— Señor, ¿ es cierto eso que Vd. cuenta? — ¿Pues no ha de ser, hombre? Es histórico, y nadie ha dudado jamas de ello. — Señor, no sabia yo que habíamos tenido un hermano de tanto provecho. Que vengan, que vengan ahora diciendo que los frailes somos gente ordinaria. Y diga Vd., mi amo; cuando el hermano Carlos V hizo eso, ¿ estaba en sus cinco cabales? — Y mucho que lo estaba. Ya conoció él que hacia una cosa singular, cuando en el acto de la ceremonia le dijo á su hijo : « Hago una cosa de que la antigüedad presenta pocos ejemplos, y que no tendrá muchos imitadores en la posteridad. » Y dijo bien el hermano, señor. Pero supongo yo que sería un fraile distinguido, y que no haria los oficios de comunidad. — Los hacia, Tirabeque, y esto es lo mas raro. Como que refiere la historia que una mañana que le tocó despertar á los religiosos, llamó tan fuertemente á un novicio que dormia como un liron, que despertando el jóven le dijo con enfado : « ¿No os basta haber turbado el mundo, sino que tambien habéis de venir á turbar á los que han salido de él ? » — Y no le faltaba razon al pobrecito novicio, señor : si me hubiera sucedido á mí, puede que le hubiera tirado un zapato á S. M.

—Y perdóneme Vd., mi amo, si le digo que el hermano Cárlos V fué un hombre de muy mal gusto: porque de fraile á emperador ya entiendo yo que se debe pasar bien, pero de emperador á fraile.... *nequaquam mihi*. — Porque tú eres un nombre incapaz de pensamientos grandes y elevados. Por lo demas, el tal emperador tuvo cosas muy singulares. Hallándose en el claustro, se hizo celebrar las exequias en vida; colocóse en un féretro en postura de difunto, y cuando oyó el canto mortuorio, se levantó del ataúd para postrarse en una cama, donde le acometió una fiebre violenta que á la noche siguiente hizo realidad lo que en la anterior habia sido capricho. — ¿Murió? — Murió, Pelegrin, y murió de véras.— Vaya, el hermano Cárlos V estaba á mal con la vida: por fuerza se volvió tonto: ¿no es verdad, hermano Isidro? — ¿Qué quiere Vd. que le diga? contestó Isidro: son cosas de países extranjeros.

Las sensaciones que experimenta el pensador filosófico en la *Sala de la Abdicacion* de Brusélas, solo las puede saber el que se ha hallado en ella.

Un muerto de allá por un vivo de acá.

Salimos del *Hotel de Ville*, y á propuesta del *Commissionaire* nos dirigimos á la catedral, nombrada de San Miguel y santa Gudula. Pasámos por el *mercado de las yerbas y de las tripas* (1), subimos la *calle de la Montaña*, y.... perdone el hermano lector si tardamos algo en subir esta calle; no es culpa nuestra, sino de un enjambre de ciudadanos que de trecho en trecho nos acometen, brindándose á servir de guias ó *cicerones* á los extranjeros.— Señores (viene diciendo uno), ¿necesitan Vds. un *commissionaire*? Yo conozco bien la ciudad, y los llevaré á Vds. á todas partes; nada les quedará por ver.— Señores (nos dice otro), mándenme Vds. lo que quieran; ¿dónde gustan Vds. que los lleve? — Señores (expone el tercero), yo les serviré á Vds. todo el dia por tres francos.— Señores (gritan dos á un tiempo), por dos francos les enseñaré á Vds. todo lo mas notable de la poblacion.

(1) En verdad sea dicho, tienen algunas calles de Brusélas nombres muy sucios y muy plebeyos. Calle del *Albañal* (l'Egout); de los *Ropavejeros* (Fripiers), donde nosotros viviamos; de los *Ratones* (des Rats), *mercado de las tripas*, y otros que es aun ménos decente nombrar.

—¿Qué señores, ni qué ocho de bastos? exclamaba Tirabeque iritado de la importunidad; fuera de aquí todos, que no necesitamos á nadie. — Fuera todos, decia *Joseph*, que ya voy yo con los señores.

Pero todo era inútil: el uno se ponía delante del hermano Anselmo (el ex-diputado), y no le dejaba marchar; el otro se aproximaba á mí tanto, que me rozaba mas de lo que á la ropa le podía convenir; el otro agarraba á Tirabeque del brazo; el otro tiraba al hermano Isidro del faldon de la levita por primera vez de su vida inaugurada en su cuerpo; y ellos y los demas y todos y cada uno pugnaba por hacerse nuestro criado por fuerza, hablando todos, todos forcejando, é importunando todos por demas. Hasta que el hermano Isidro tomó el partido de hacer uso de sus robustos puños para despejar, de lo cual y del severo rostro que ponía, me reía yo á mas no poder. — Vaya, vaya, Fray Gerundio, añadía; yo estoy pasmado de esta gente: ¡Jesus, ave María Purísima! No hacia yo esto aunque me muriera de hambre en un rincón. ¡Cosas como las que uno ve en estos países extranjeros!

Excusado será advertir que el tal Isidro era español de origen inmemorial, y que aquellos belgas han sido hasta hace poco franceses.

Al llegar á Santa Gudula encontramos dos ó tres mujeres de mediana clase, que llevaban una especie de mantillas ó manteletas negras que les llegaban desde la cabeza hasta el remate de la falda del vestido. Aunque se distinguían bastante de las mantillas españolas, eran sin embargo un remedo, y á no dudar, un vestigio que de nuestra antigua dominación habia quedado. También es verdad que no se encuentra otro en punto á trajes, y que es la única cosa parecida á mantilla que he visto en el extranjero. Lo mismo se observa en Ambéres y en algunos otros pueblos de Bélgica, pero son muy pocas las que se ven, y solo en mujeres de la clase artesana, llevadas además con poco aire y poco gusto.

La catedral de Santa Gudula es un edificio gótico de aspecto majestuoso é imponente, fundado sobre la pendiente de una colina, y dispuesto en forma de cruz. Sus dos elegantes y altísimas torres cuadradas tienen el defecto de nuestros edificios y de nuestros proyectos de ley, el de no estar acabadas. El interior del templo es sencillo y grandioso, y á sus severos pilares están como apegadas unas estatuas colosales que representan á Jesucristo, la Virgen y el Apostolado. La cristalería es de colores, y se lee en ellas varias inscripciones en que se distinguen los nom-

bres de Carlos V, del archiduque Alberto, de la infanta Isabel y otros.

Siendo mi paternidad un ministro del Señor, aunque indigno, no podía dejar de llamar particularmente mi atención el tabernáculo del altar mayor, por la circunstancia de su ingenioso mecanismo, con tal arte dispuesto, que el Sacramento sube y baja á voluntad del sacerdote hasta venir á parar precisamente en sus mismas manos. Daba gana de celebrar en él; y el clero belga no digamos que ha estado muy modesto en hacer servir de este modo á sus comodidades á su Divina Majestad.

Habia yo pasado en seguida á examinar los diferentes sepulcros y mausoleos de duques, príncipes y emperadores que yacen en aquel templo, así como el del conde Federico de Mérode, muerto en la revolución de 1830 entre los voluntarios nacionales de Bruselas, cuando oí la voz de Tirabeque, que me decía: Señor, señor, aquí está enterrado nuestro Arrazóla. — ¿Cómo nuestro Arrazóla? ¿El ministro de gracia y justicia que era en España cuando el pronunciamiento de Setiembre? — El mismo, si señor. — Hombre, tu quieres volverme loco: ya haces aparecerse aquí á los intendentes de la real casa en forma de gatos, ya me supones muertos y enterrados en estos templos á los ministros que yo he dejado allá vivos: estás desatinado, Pelegrin: ¿cómo ha de ser esto si el hermano Arrazóla queda en España retirado en un pueblo de Castilla, apartado de los negocios públicos, desengañado, según dicen, de la baraunda política, y resuelto no solo á no tomar parte, sino ni á oír hablar siquiera de ella? — Señor, cómo pueda haber sido, yo no lo sé, pero lo cierto es que él está enterrado aquí.

Me acerqué hácia la parte de la izquierda, que era donde Tirabeque me llamaba, y vi en efecto el sepulcro de un Arrazóla; pero era un *Don Juan Arrazóla y Oñate, oriundo de Vizcaya, é hijo de padre holandés y de madre inglesa*, según la inscripción decía. — Yo me guardaré, Pelegrin, le dije, de volver á fiarme de ti, porque eres un botarate que no haces más que interpretar las cosas á tu modo, y siempre para chasquear y dar sustos; y aun si no te enmiendas, yo sabré la providencia que habré de tomar contigo.

Diplomáticos españoles.

Desde la catedral subimos otro poco, y atravesando la larga, recta y anchurosa *Calle Real*, pasámos á la de *la Ley*, donde vivia nuestro Ministro de negocios extranjeros en Bélgica, el hermano Cuadrado.

Antes de presentarnos á él como viajeros españoles y como recomendados, quisimos dar una ojeada al gran *Parque*, bello y ameno jardin de recreo que sirve de paseo público, y que circundado de las hermosas calles Real, de la Ley, Ducal y de Bellavista, y de los palacios del Rey, del Príncipe de Orange, y de la Nacion ó Legislativo, del pequeño teatro de Variedades ó del *Vaudeville*, y decorado con las estatuas de Gretry, de Lassus y otras, junto con el aseo y despejo que presenta en aquel punto la ciudad, nueva toda por aquella parte, que es al mismo tiempo la mas alta, ofrece aquel sitio uno de los golpes de vista mas agradables de que puede gozarse en poblacion alguna.

Porque es de saber que Brusélas está dividida, digamos así, en dos poblaciones distintas en posicion, en antigüedad, en carácter en fisonomía. La primera, la parte baja y antigua, con sus calles estrechas, tortuosas y sucias, con sus angostas aceras interrumpidas frecuentemente por las trampas ó puertas de los sótanos, con sus casas de inarmónica y multiforme construccion, con sus mercados y puestos de comestibles, con su rio *Senna* (1) que la atraviesa de lado á lado, con su canal y sus grandes estanques en que hay siempre varadas cien embarcaciones, y con su movimiento y animacion mercantil : la segunda, la parte moderna y elevada, con sus anchas, rectas y limpísimas calles, con sus anchurosas aceras, con sus hermosos y elegantes palacios, con sus casas de agradable aspecto y delicado gusto, con su parque, sus jardines y su *Plaza Real*, con su silencio mercantil y su movimiento de brillantes y lujosos coches de la aristocracia y de los altos funcionarios que la habitan : lo cual forma tan marcado y tan visible contraste, que las dos partes de la ciudad parecen dos Brusélas distintas.

Entrámos, pues, en casa de nuestro Encargado de negocios y

(1) Hasta el nombre del rio es casi de igual pronunciacion al del que atraviesa á Paris. Y sigue aquello que dije de la *segunda edicion*.

Ministro residente en aquella capital, el cual nos recibió con la natural amabilidad de su carácter, mostrándose grandemente complacido de la aparición de cuatro compatriotas; y hecha la manifestación de nuestros nombres, la presentación de oficio se convirtió pronto en visita de amistad y de confianza.

Empleados los primeros momentos en hablar y departir sobre las cosas de España, interesantes siempre al que se encuentra en país extraño, y mas interesantes entónces por estar tan recientes los ruidosos sucesos de Octubre, mi gerundiana natural curiosidad me movió á molestarle con cien y cien preguntas sobre las circunstancias de su diplomático cargo en aquel país, sobre el cuánto y el cómo de sus honorarios, y sobre la posición que ocupaba entre los representantes de las demas potencias. El hermano Cuadrado contestaba á todas estas preguntas con aquella modestia y retracción, con aquella reserva y timidez de quien siente hacer revelaciones que habian de afectar al propio decoro y no habian de dejar muy bien parado el del gobierno y la nación que representaba, pero que al propio tiempo no puede ménos de dejar traslucir su falsa y desconsolada posición, y el triste papel que le tocaba hacer en tan importante y honroso puesto. La impertinencia de mis preguntas pudo sin embargo mas que su reserva, y sucedióme lo que á todo pregunton importuno, que supe mas de lo que me conviniera saber, aunque á decir verdad, no supe sino lo mismísimo que ya me sospechaba yo.

¡ Oh triste, y desgraciada, y malhadada, y desdichada, y desvenejada carrera diplomática española! ¡ Cuán triste, y cuán menguado, y cuán desventurado, y cuán apocado papel estás haciendo por esos mundos y por esas tierras! El hermano Olózaga en París se ve obligado á no desplegar el carácter de embajador de que está investido y á presentarse solo como Ministro plenipotenciario, porque, conoedor de los compromisos de aquella investidura, consulta prudentemente el decoro de su patria que le envía sin elementos para llenar aquellos compromisos, y antepone el sacrificio de rebajar espontáneamente un grado de dignidad y elevación personal al bochorno de no poder alternar decorosamente un embajador entre otros embajadores. El hermano Cuadrado en Brusélas medita, discurre, calcula, suda, se afana, economiza y se estrecha para haber de equiparse de un medio uniforme diplomático con que poder asistir á média corte, ya que á corte entera y á uniforme entero no alcancen ni con mucho los recursos de la órden. El hermano Bourman, secretario de la lega-

cion, por mas elasticidad y por mas expansion que procura dar á su sueldo, lo encuentra consumido en el inquilinato de la casa y en la leña de su estufa.

Y como estos, y aun mas vergonzantes que estos, hallaremos todavía otros representantes de la gran nacion española. Y pagando poco y mal á unos funcionarios que debieran dar brillo y dignidad y consideracion á la nacion española en otros países, ¿querrá el gobierno de España que tenga consideracion y dignidad y brillo en otros países la nacion española? ¿Sabe el gobierno la importancia que da á un Estado el decoro de sus representantes?

Pero doblemos aquí la hoja, callemos cosas que hemos presenciado y que conviene mejor que estén ocultas, compadezcamos tambien á la nacion que así los trata, y pásemos á ver cosas mas alegres y divertidas, como por ejemplo :

El niño haciendo aguas.

La hora de comer nos llamaba hácia casa ; y bajando casi por el mismo camino, nos hallábamos ya cerca de ella cuando nuestro *Commissionnaire* nos dijo que si gustábamos ver ántes el objeto de mas curiosidad y de mas veneracion que tenia Brusélas podíamos hacerlo, puesto que estaba á la vuelta de las calles de la *Encina* y de la *Estufa*. Convinimos todos en ello ; pero llegado que hubimos al sitio indicado, no veíamos mas que una fuente que tenia por remate una figurita de bronce que representaba un niño desnudo en actitud de hacer las aguas menores.

— ¿Y dónde está eso que Vd. queria enseñarnos? le preguntó Tirabeque á Joseph. — Vedlo ahí, le contestó. — ¿Cuál? ¿ese niño que está.....? — Sí señor, ese. — ¿Y á ver un niño orinando es á lo que nos trajo Vd. con tanto misterio? Para esto no necesitaba yo venir á esta tierra, que en la mia se encuentran en cada calle y en cada esquina chiquillos como este y haciendo lo mismo que este, con la diferencia que este es de bronce y aquellos son de carne, que siempre valen mas. — ¡Oh! Vd. no sabe lo que es este pequeño; este es *el mas antiguo, el primer ciudadano de Brusélas*; este es el famoso *Manneken-Pis*. — ¿Y qué tengo yo con el *Maniquinpis*? — ¡Oh! el dia que nos faltara el *Manneken-pis* sería para la ciudad el dia de mayor luto; en él está cifrada la suerte de todos los habitantes. — Señor comisionista, ó Vd. trata de burlarse

de nosotros, ó Vd. se nos ha entrado sin verle en algun despacho de vino y se le ha subido á Vd. á la cabeza. — ¡Oh! perdon; eso no.

En verdad, á mí tambien me chocaba la importancia y misterio que daba *Joseph* al tal *Manneken-Pis*, y le pedí formalmente explicaciones sobre el origen y significacion de la misteriosa estatua, á lo cual me satisficó diciendo : « Señores, en una ocasion un niño de siete años llamado Godofredo, hijo de uno de los duques de Brabante, se escapó del palacio de su padre, y despues de haber andado buscándole por toda la ciudad, fué encontrado en este sitio haciendo el mismo menester que hace ese niño ahora. Sus padres en demostracion de alegría mandaron construir aquí una fuente con la estatua de su hijo en la misma postura que se habia encontrado. Desde entónces esta estatua fué un objeto de veneracion para los bruselenses, se le llamó *el primer ciudadano de Brusélas*, la suerte de la ciudad se miró unida á él y se tiene como su paladion. En su principio fué de piedra ; despues se le reemplazó con esta de bronce, obra del célebre estatuarió Duquesnoy. En el año 1817 fué robada, y toda la ciudad se vistió de luto hasta que fué hallada en casa de un tal Lycas, que era un forzado que habia adquirido ya la libertad, y en el año 1818 se la volvió á colocar sobre su pedestal con gran ceremonia.

« Varios príncipes y soberanos han honrado con regalos costosos al *Manneken-Pis* : el Elector de Baviera le regaló un hermoso guarda ropa y le dió un ayuda de cámara para vestirle : el rey de Francia, Luis XV, en reparacion de los insultos que habian hecho algunos granaderos franceses al *Manneken-Pis*, le hizo caballero de sus órdenes y le regaló un traje completo con su sombrero de plumas y su espada. El dia de la gran fiesta de *Kermesse*, que es en el mes de Julio, se le ha vestido siempre con uno de estos trajes, pero desde la revolucion de 1830 se le viste todos los años con el uniforme de oficial de la guardia cívica. »

— Señor, me dijo entónces Tirabeque, acá tenemos aquel cantar de España :

Antiguamente
á los chiquillos
se les vestia
de frailecillos.

Pero en el dia
los liberales
visten sus niños
de nacionales.

Y començose á reir como un tonto, diciendo : « ¡ Vaya con el *Maniquinpis!* Y el diablo del chicuelo no lleva trazas de secarse tan pronto. » Nosotros tambien nos reíamos de tan incomprendible, supersticiosa y ridícula veneracion de los bruselenses hácia su idolillo ; pero *Joseph* se nos amostazaba, y ningun bruseles sufriria que se burlasen de su *Manneken-Pis*. En los pueblos mas cultos se conservan supersticiones que parecen increíbles.

Plaza de los Mártires.

Al dia siguiente la tomámos por la via del Correo y *Plaza de la Moneda*, una de las mas animadas y frecuentadas de la ciudad : así llamada por estar en ella la fábrica de la moneda.

El sistema monetario en Bélgica es igual al de Francia, el decimal ; la unidad monetaria el *franco* tambien. Desde la revolucion del año 30 no se acuña en Bélgica moneda de oro, por el subido precio que tiene allí el oro en barra, que no podria acuñarse sin grave perjuicio del Estado, y sin alterar el sistema decimal introducido por la ley de 5 de Junio de 1832.

La Bolsa la tienen hoy en el vestibulo de un departamento del mismo palacio de la Moneda ; y ¡detras de este y frente de aquella se ven tres telégrafos que hacen parte de otras tantas líneas de comunicacion con la Bolsa de Ambéres, establecidas por los especuladores bolsistas.

Frente al palacio de la Moneda y en la misma plaza está el *Teatro Real*, vasto y grandioso edificio ; pero tan serrote y tan triste en el exterior, que mas parece una inmensa tumba que un teatro ; por dentro es espacioso y está bien distribuido. Con este teatro le sucede al gobierno de Bélgica lo mismo que le acontece con el ejército al gobierno español, que tiene mas tropa de la que puede mantener. Porque en él hay compañía de grande ópera, compañía de ópera cómica, compañía de baile, compañía de tragedia, compañía de comedia y compañía de vaudeville. Así es que para sostenerlo tienen que contribuir con fondos el rey, la lista civil y los accionistas del banco. Pero el resultado es que nosotros habíamos pasado en él un buen rato la noche anterior, y por lo demas allá se las avengan para sostenerlo, como Dios y su aficion les den á entender.

De allí pasámos á la *Plaza de los Mártires* ; y tan luego como entrámos en ella, — ¿qué es esto? preguntó Tirabeque al *Com-*

missionnaire : ¿nos ha traído Vd. al campo-santo? — Señores, dijo *Joseph*, nos hallámos en la *Plaza de los Mártires*; aquí están enterradas las víctimas de la revolución de 1830; pero yo aquí no puedo conducirlos : ahí tenéis el conserje que os informará de todo.

Esta pequeña pero lindísima plaza es una de las cosas mas enriosas que he visto en toda mi expedición. Cerrada exteriormente por cuatro palacios de sencilla y elegante construcción, forma interiormente un cuadro de sarcófagos, donde se han depositado los restos mortales de los que perecieron en los días de la revolución : quinientos mártires de la libertad reposan bajo los arcos de aquellas tumbas. En medio del cuadro se levanta un monumento, en cuyos cuatro ángulos se ven cuatro estatuas de mármol blanco que representan la *Guerra*, la *Libertad*, la *Victoria* y el *Dolor*. En su parte superior un Genio escribe en el libro de la historia los días 23, 24, 25 y 26 de Setiembre de 1830. Cuatro relieves (que no estaban hechos todavía, porque aun no se había concluido aquella plaza fúnebre) habían de representar en cada ángulo los hechos militares de cada día. En el sepulcro de frente de la entrada se leía en letras de oro el acuerdo de 25 de Setiembre de 1831 para la construcción de este monumento glorioso y lúgubre. El pavimento es de mosaico. El conserje era un sarjento de Napoleón que había hecho la guerra en España, con cuyo motivo hablaba algunas palabras españolas. Tirabeque no desaprovechó la ocasión, y empezó á hacerle preguntas impertinentes, como por ejemplo, si él era mártir también, si se acordaba del vino de Valdepeñas, y otras por el estilo ; lo que me movió á tomarle del brazo y sacarle cuanto ántes de la *Plaza de los Mártires*.

Los ladrones.

Había reparado Tirabeque, y así me lo manifestó al salir de la *Plaza de los Mártires*, que no se veían en Brusélas señoras asomadas á las ventanas curioseando, como en otras partes acaece, lo que pasa por las calles. — Y el caso es, mi amo, añadió, que ni se encuentran señoritas por la calle, ni las veo á las ventanas : sin duda las hermanas belgas deben ser muy recogidas y muy caseiras ; y no lo siento yo porque no me vean á mí, sino porque no puedo yo verlas á ellas : no, en Madrid no sucede eso.

Acompañábanos ya entónces el hermano Bourmán, secretario de

la legacion, que se nos habia incorporado; y al oír á Tirabeque, — no es infundada, le dijo, hermano Pelegrin, su observacion de Vd. En efecto, aquí las señoras pasean ménos las calles que en Madrid: generalmente salen poco, y bien vayan á misa, ó á vísperas, ó á visita, suelen hacerlo en carruaje. Así como tampoco observará Vd. en este pueblo los enjambres de prostitutas, que escandalizan en asomando la noche, por las calles de Madrid, Paris y otras grandes poblaciones. — Qué, ¿no hay aquí gente de esos tratos? — Sí la hay, pero el gobierno tiene tomadas disposiciones para que á lo ménos no se ofenda el público decoro, permitiendo que se haga públicamente alarde del vicio y la relajacion. — Entiendo, Sr. Gurman, y me place que el gobierno ponga á raya á esas mujeres.

— Y dígame Vd., y Vd. perdone la curiosidad: ¿prohibe tambien el gobierno á las señoritas decentes y de conducta asomarse á la ventana? — Ah, no, pero ni lo hacen ni tienen necesidad de hacerlo, por causa de *los ladrones*. — ¡Hola, Sr. Gurman! ¿Cómo es eso? ¿Ladrones por aquí? ¿Y tantos hay, que ni siquiera se atreve la gente á asomarse á ver lo que pasa por la calle? — Qué, ¿no los ha visto Vd. en cada ventana? — Señor secretario, Vd. tambien quiere burlarse de mí: yo no he visto en las ventanas mas que unos espejos redondos puestos en frente uno de otro por la parte de afuera. — Pues esos cabalmente son *los ladrones*. Esos espejos que Vd. ha visto, y á los cuales aquí se les da ese nombre, están tan ingeniosamente colocados y combinados, que reflejando los objetos que pasan por la calle, pueden ver las señoras desde dentro, sin ser ellas vistas, cuanto por delante transita en cualquiera direccion. — ¡Cuidado con los tales ladronicos, mi amo! Ya veo yo que las hermanas belgas son mas astutas que las de allá. — ¡Cosas (exclamó el hermano Isidro haciéndose la cruz) como las que se ven en estos países extranjeros! El diablo son las extranjeras, vamos.

Á mí Fray Gerundio, tambien me cogió de nuevo el ingenioso ardid. Despues ya se nos hizo familiar á todos, por haberle visto en práctica en todos los Países-Bajos belgas y holandeses. ¡ Dichosos países, donde los únicos *ladrones* que se conocen son los juegos de espejos en las ventanas!

Palacio del Principe de Orange.

Llegámonos á dar vista al *Jardin Botánico*, uno de los objetos mas bellos de la ciudad y en cuya riquísima y elegante estufa se cultiva una prodigiosa multitud de vistosas y variadas flores, porque no hay en el mundo gente mas aficionada á las flores y á la jardinería que los belgas. Pasámos por el *Boulevard del Observatorio*, dejando á este á la izquierda : entrámos por la *Plaza de las Barricadas* (en todo *segunda edicion* de Paris), yendo á parar á la calle *Ducal*, y *Palacio del Principe de Orange*.

Este palacio, propiedad particular de la casa de Orange, y de la cual no ha querido desprenderse el Rey de Holanda, aun despues de la separacion de la Bélgica, es la principal curiosidad, el monumento que visitan con preferencia todos los extranjeros en Brusélas. Es un vice-versa de lo general de las casas de Madrid. Estas exteriormente aparecen pequeños palacios : interiormente suelen ser pequeños calabozos ; aquel exteriormente parece una pequeña casa, interiormente es un palacio magnífico.

Un vestibulo cuyo pavimento es de raíces de árboles al estilo ruso, precede á dos soberbias escaleras de piedra blanca. Allí nos recibió con la mayor atencion y urbanidad nuestro apreciable compatriota el *Sr. Cabanillas*, que habiendo servido al Principe de Orange en la guerra de la independenciam, le siguió siempre, y hoy es el conserje destinado á hacer los honores á los extranjeros que visitan aquel suntuoso palacio. Cada uno de nosotros experimentó una indecible alegría al enoutrarnos allí con un tan amable español.

Antes de penetrar en los salones, fuímos introducidos en un cuartito, donde hay siempre preparados unos pantuflos ó babuchas, que indispensablemente hay que calzarse para no lastimar lossuelos, que son taraceados de madera exquisitamente alisada, lustrosa y brillante. El embarazo que naturalmente causaba al andar aquel sobrecalzado, no dejaba de hacer novedad en el sistema ambulativo del hermano Isidro ; pero á quien se le hácia mas sensible era á Tirabeque, con motivo de la desigualdad de sus piernas ; y en la imposibilidad de levantarlas tenia que llevar siempre inclinado su cuerpo dellado de la mas corta, haciendo una figura sumamente ridícula y extravagante, y como quien llevaba un dolor asiduo de costado. — Señor, me decia, trabajo es andar

por los palacios de los Principes, porque esto de tener que ir arrastrando los piés.... así se acostumbran ellos á ver á los hombres arrastrarse por su casa y á tratarlos arrastradamente..... Al decir esto resbaló, perdió el equilibrio, y las posterioridades de mi lego se pusieron en contacto con los suelos del Palacio del príncipe de Orange. — Señor, esto ya me lo estaba yo temiendo; sobre que no se puede andar por palacios sin exponerse á resbalar y dar una caída.

Hubiérase de buena gana vuelto atrás si hubiera visto en mí mas disposicion á permitirselo.

Imposible es hacer una descripcion de la riqueza del menaje de aquel palacio. Pero fuera pecado mortal no hacer mencion expresa de algunos de sus muebles : por ejemplo, el espejo que se halla sobre la chimenea de la sala de recibimiento, alto de 12 piés, y el mayor, dicen, que ha salido jamas de las fábricas de cristales : la mesa y copa de malaguíta de la sala de audiencia, y la mesa de lapislázuli en el salon azul, regalo (estos tres últimos) del emperador de Rusia á su hermana la princesa de Orange. — ¿Y qué valor, le pregunté al hermano *Cabanillas*, se calcula que tendrán estas piezas? — La mesa y copa de malaguíta, me respondió, están valuadas en dos millones de reales, y esta de lapislázuli en unos seis millones. Tirabeque abrió la boca en términos que creí se le desenejaban las mandíbulas; el hermano Isidro se hizo la señal de la cruz; y el hermano Anselmo, el hermano Bourman y yo nos mirámos, callámos y seguimos pasando revista á aquellas ricas paredes, de mármol unas, de estuco otras, y otras cubiertas de terciopelo encarnado guarnecido de oro.

—Esta sillería de tapiz (nos dijo el conserje nuestro compatriota en la sala de audiencia de la princesa) ha sido bordada por la mano de la princesa misma. — Señor, añadió Tirabeque, de estas bordoras habíamos nosotros de tener en casa por doncellas : por mi ánima que tiene buena aguja la señora princesa; y quien así sabe bordar banquetas y sillones, lléveme el diablo si no haría unas camisas que se las pudiera poner el mismo Santo Padre, que tengo para mí que no me habian de lastimar las costuras como las que traigo, y eso que son de Coruña de la de á cinco y medio.

Habia ántes en el palacio multitud de cuadros de Rubens, de Rafael, del Perugin, de Velázquez, de Leonardo de Vinci, y de otros no ménos célebres artistas; pero estos con otras muchas preciosidades los han ido trasladando al Palacio Real de la Haya despues de la revolucion, segun de todo nos informó el hermano

Cabanillas. Concluida la visita, volvimos á dejar nuestros pantuflos, de que ya teníamos gana todos, y salimos tan complacidos como admirados del Palacio del Príncipe de Orange.

Y va de palacios.

Pero estos son ya de *Bellas Artes*, á los cuales, aunque poco conoedor, no les tiene Tirabeque tanta antipatia. Así es que entró sin repugnancia en el que antiguamente fué residencia de los gobernadores generales, y hoy está destinado á Museo de pinturas, Biblioteca pública, Gabinete de historia natural, Gabinete de física, y á la exposicion de los objetos de industria nacional que se hace cada cuatros años, y de la que tuvimos la fortuna de que nos tocara una gran parte que ver y admirar, llamando muy particularmente nuestra atencion dos magnificos cuadros, que representaban el uno *el Compromiso de los Nobles*, y el otro *la Abdicacion de Cárlos V.*

Por lo demas el *Museo Nacional* de pinturas de Brusélas no es ni el mas numeroso ni el mas selecto; no porque de ellas carezca el país ni tampoco por falta de gusto y aficion, sino por la razon que diré despues.

La *Biblioteca* consta de unos 150 mil volúmenes impresos y sobre 16 mil manuscritos, y no sé en verdad cómo no posee millares de millares, y aun millones de libros, porque no hay pueblo en el mundo en que se imprima mas que en Brusélas. Solo la *Sociedad belga*, una de las muchas grandes sociedades bibliográficas de aquella ciudad, basta para llenar de libros las cuatro partes del mundo. El *establecimiento geográfico* que hay fuera de la puerta de Flándes es el mas vasto, el mas bello y el mas considerable que se conoce. Y si se realiza el proyecto de la máquina *lito-tipográfica*. ¡Dios sabe dónde iremos á parar! Por supuesto que no hay obra francesa que no se contrahaga y no se reimprima en Brusélas, con cuyas *contrefactions* están que se dan al diablo los franceses, y de cuyo contrabando son los mas celosos é intolerantes perseguidores. Y no sin razon en verdad, porque no bien se ha publicado una obra en Francia, que si se descuidan, á los cuatro dias amanece Paris plagado de la misma obra reimpressa en Brusélas acaso con mas esmero y mucho mas barata. Obras, nombres, revoluciones, política, teatros, no hay cosa de que Brusélas no intente hacer y ser la

segunda edicion de Paris. Á pesar de eso, en materia de libros yo no he tenido la fortuna de adquirirlos en Brusélas á tan bajo precio como cuentan algunos, y cada uno hablará de la feria segun le ha ido en ella.

Los gabinetes de Historia natural y física son abundantes y preciosos.

Dije que hallaba una razon para que el *Museo Nacional* de pinturas no fuese ni tan numeroso ni tan selecto como era de esperar en un pueblo en que ni escasean las pinturas ni falta gusto ni aficion á ellas. Y esta razon es la de los muchos aficionados que tienen museos, galerías y colecciones particulares de cuadros de todas las escuelas y de todos los autores conocidos. Citaré entre ellas las mas notables y curiosas.

1ª La de su Alteza Real el *Duque de Aremberg*, abierta al público en su palacio calle de *Petits Carmes*, con su correspondiente preciosa Biblioteca.

2ª La de *M. Maleck*, calle Real, número 74, llena de inapreciables riquezas, y en la que apénas se hallará un cuadro que no sea selecto.

3ª La de *M. Van Becelaer*, plaza de la Moneda, exclusivamente de cuadros modernos.

4ª La del *Baron de Wiskersloot*, calle Nueva.

5ª La del *Conde Vilain XIV*, calle Nueva Larga.

6ª La del *M. Stéris*, calle Real; de *M. Stéris*, que se ha hecho una reputacion colosal, porque apénas se habrá vendido hace años en Europa un cuadro de mérito que no haya pasado por las manos de *M. Stéris*.

7ª El almacen de *M. Van Calleberg*, calle del Escudero.

Y cien otras galerías y colecciones particulares, que seria largo enumerar, como sería largo el visitarlas todas, y por cuya razon á mí se me quedaron muchas por ver.

Diálogo á cuatro.

Á los pocos dias de estar en Brusélas, y despues de haber visitado sus establecimientos, sus fábricas y manufacturas, y otros objetos interesantes, se entabló entre los cuatro españoles viajeros como por via de repaso y epilogo de observaciones, el diálogo siguiente :

FRAY GERUNDIO. — Y bien, señores, ¿ qué es lo á cada uno de

Vds. le ha gustado mas ó excitado mas particularmente su curiosidad de lo que hemos visto en estos dias ?

EL HERMANO ANSELMO. — Muchas cosas me han agradado en esta capital. Yo veo aquí la mano de un gobierno liberal y protector de la industria y del trabajo, y veo unos habitantes naturalmente laboriosos, dóciles y atentos. Y aunque hasta ahora no he visto aquí grandes fábricas de paños, me han gustado sobremanera las de esos delicadísimos encajes, que bien merecida tienen la fama que gozan; las de esos preciosos estampados sobre seda y percal...

EL HERMANO ISIDRO. — Pues á mí lo que me gusta son esos coches tan pulidos y tan relumbrantes; vaya que se ve un hombre la cara en ellos. ¡ Y qué bien trabajadas tienen las llantas y todas las piezas de hierro! Y cuidado que los hay de mil clases y de mil figuras! Mire Vd. que avantajan á los de Paris. Y según dicen están muy arreglados.

FRAY GERUNDIO. — Así es la verdad, hermano Isidro. Y ahora veo que es muy justa la celebridad que tienen las fábricas de carruajes de Brusélas. ¿ Y tú qué dices, Pelegrin ?

TIRABEQUE. — Señor, á mí lo que mas me va gustando de la Bélgica es la cocina. Como soy cristiano español, que dan bien de comer en este país, y que si en los demas pueblos que tenemos que andar guisan y ponen una mesa como en este hotel (aparte de la miseria del pan), dígame á Vd. francamente que se come mejor que en Francia, y que se puede vivir muy bien aquí. — (Risas á tres gargantas.)

EL HERMANO ANSELMO. — De lo que no nos hemos enterado aun es de la legislacion belga, ni hemos visto el Palacio del Rey ni el de las Cámaras, y esto seria muy curioso para mí.

FRAY GERUNDIO. — Vos, hermano Anselmo, habéis hablado antes como fabricante, y ahora habláis como político y como ex-diputado. Uno y otro os compete bien; pero en cuanto á la última observacion, no ha sido olvido por mi parte, sino que habiendo de abrirse las Cámaras, dentro de pocos dias, he creído conveniente diferirlo hasta entónces.

He pensado mas: soy de opinion que en los dias que médian, puesto que los caminos de hierro ofrecen tanta facilidad para ir y volver, hagámos alguna correría por el país, y regresemos para el dia de la apertura.

Todos. Aprobado; que se haga como lo dice Fray Gerundio.

TIRABEQUE. — Señor, otra cosa encuentro aquí en la Bélgica, que también me gusta mucho. Y es que aquí las mujeres del pue-

blo todas traen á la cabeza sus cofias y sus papalinas tan curiosas y tan blancas, y no aquellos pañuelos que llevan las francesas.

Todos. — Que deje eso Tirabeque para otro dia, que hoy ya no viene al caso. Y tratemos de disponer el viaje, y que diga Fray Gerundio dónde hemos de ir.

FRAY GERUNDIO. — Si á Vds. le parece, irémos hácia Lieja.

Todos. — Aprobado ; á Lieja.

Caminos de hierro.

Puesto que el viaje de Brusélas á Lieja se hace ya por camino de hierro, estamos en el caso de hablar de esta clase de caminos y de cumplir lo que ofrecí en la página 82 del tomo 1°. Allí dije que me reservaba tratar este punto para cuando llegase á la Bélgica, por ser el país en que los caminos de hierro están mas generalizados y mejor acondicionados y servidos, y así lo cumpliré.

SU ESTRUCTURA. No todos los españoles, por lo que en muchas conversaciones he oido y observado, tienen una idea exacta de la forma material de los caminos de hierro. Consisten estos en dos barras *prominentes* de aquel metal colocadas sobre el terreno en líneas paralelas. Y digo *prominentes*, porque no son las barras las que encajan en el suelo y sobre su muesca ó encaje marchan las ruedas, como generalmente he oido discurrir, y así eran realmente en su principio ; sino las ruedas las que por medio de unas muesquecitas abrazan las barras, las cuales sobresalen algunas pulgadas de la superficie del camino. Así son ahora con incalculable ventaja sobre la forma antigua. Estas barras están fuertemente clavadas y sujetas en toda la línea ó extension que el camino comprende, á unos zoquetes de madera que embutidos en el terreno le van atravesando en líneas trasversales como á distancia de pié y medio, y que se rellenan y cubren despues con tierra, arena ó cascajo.

Admitiendo como admiten los caminos de hierro tan solo un declive ó inclinacion levísima é imperceptible, déjase conocer que no puede haberlos sino en terrenos ó países llanos, como lo es en general la Bélgica ; á no afrontar con el trabajo y los gastos de desmontar terrenos, perforar montañas, rellenar barrancos, construir puentes ó hacer otras obras necesarias para buscar la competente igualdad y nivel. En efecto, los belgas han tenido que luchar tambien con estos inconvenientes en algunos parajes, como

por ejemplo el *tunnel* (1) que han tenido que hacer entre Lovaina y Thirlemond, camino de Lieja, y otros. Pero nada les ha arretrado, todo lo han vencido los industriosos y laboriosos habitantes de aquel pequeño y lindísimo reino, ayudados y protegidos por un gobierno sabio y celoso del progreso y adelantos materiales del país : en términos que en solo seis años, y despues del sacudimiento y trastornos de una revolucion (¡ cosa admirable !) han conseguido cruzar todo el reino de caminos de hierro en todas direcciones y hasta todos sus extremos.

Aun hacen mas. Cuando yo le he visitado, estaban trabajando en otro ramal ó camino de hierro que ha de ir de Lieja á Aix-la-Chapelle para abrir comunicacion con la Prusia y enlazarle con el que á dicha ciudad de Aix-la-Chapelle viene ya de Colonia (y que casi tuve yo el gusto de estrenar), poniéndose de este modo en rapidísima comunicacion con el Rhin. El país es montuoso, y la mitad ó mas del camino habrá que ir por dejabo de las montañas. Pero á los belgas nada les ha acobardado : cuando yo he pasado por allí en diferentes ocasiones (en diligencia todavía por supuesto), ya llevaban horadadas una porcion de montañas y cerros, construidos multitud de puentes para salvar los infinitos riachuelos que de ellos se desprenden, y ejecutadas otras muchas obras costosas y dificiles. Tres años llevaban trabajando, y aun les faltarian otros dos. Nada les importa toda esto á los belgas.

ÓRDEN DE MARCHA. El humo del carbon de piedra que saliendo del cañon de la máquina locomotiva de bronce oscurece y se esparce por la atmósfera, anuncia la proximidad de la partida del convoy. Únese á la máquina una serie ó hilera de carruajes (ocho, diez, veinte ó treinta, los que basten á la conduccion de las personas y efectos que haya que trasportar), enganchados unos á otros por medio de unas cortas pero fuertes cadenas. Estos carruajes se dividen en tres clases, mas ó ménos cómodos y de mas ó ménos precio, á saber : *diligencias ó berlinas*, de cabida de unos 26 ó 28 asientos, bien mullidos y forrados, divididos en tres departamentos perfectamente distribuidos por medio de puertecillas : estas localidades son las primeras y mas caras : *coches ó char-à-banc*, de un solo departamento y de cabida de 30 personas ; estos son los segundos en comodidad y precio ; y *waggons*, ó carruajes abiertos para las gentes de menor fortuna y para las mer-

(1) Este es el nombre que se da á los bóvedas, ó caminos, ó subterráneos perforados en las altas montañas.

cancias. Tambien hay una cuarta clase para trasportar animales, y no es raro ver *marchar sin moverse y andar sin menearse* 30 ó 40 leguas un caballo, tres ó cuatro cerdos, ó un par de vacas muy sérías en su *furgon*.

Los viajeros llevan sus equipajes á la oficina destinada á pesarlos, sellarlos y numerarlos; y luego reciben un billete con la direccion y numeracion igual al que se pega á cada bulto para poderlo reclamar con él á su tiempo: los empleados cuidan de la colocacion de los equipajes, y los viajeros entran á esperar y descansar hasta el punto de la partida en la casa de la *Estacion*, donde suele haber tres *salles d'attente* (salas de esperar), una para los viajeros de *berlina*, otra para los de *char-à-banc*, y otra para los de *waggon*.

Algunos toques de campana avisan la proximidad de la hora: cada viajero se coloca en su respectiva localidad: la hora suena: un dependiente que va al extremo posterior del convoy toca la trompeta: otro dependiente le corresponde con otro toque de trompeta desde el extremo anterior, y rómpese la marcha. El movimiento se va acelerando gradualmente: los objetos desaparecen como por ensalmo; no hay que fijar la vista en los que están cerca, porque no se ve mas que una cinta que forma, y se irá la cabeza fácilmente; conviene, pues, mirar á lo léjos, y de este modo no deja el viajero de poder irse enterando del pais. Despréndense de cuando en cuando de la máquina carbones encendidos; el humo de la chimenea va dejando por los aires una faja negra que marca á lo léjos la direccion del convoy. El movimiento que se siente es una especie de movimiento trémulo y vibratorio, pero suave; y como es siempre y constantemente igual, no incomoda; mucho ménos se experimenta dificultad alguna ó ahogo en la respiracion, como he oido temer á algunos: al contrario, se puede ir hablando, jugando y leyendo, y aun algunas veces los empleados van escribiendo en un coche destinado á oficina: solo á los que van sobre cubierta les molesta algun tanto la impresion del aire y la pronta desaparicion de los objetos. Pero el movimiento es tan cómodo y tan igual, que los dependientes pasan con mucha soltura de uno á otro coche, á recoger los billetes y á todo lo que sea menester, por unas cornisas ó ángulos salientes que tienen los coches en su parte exterior.

De trecho en trecho y á la orilla del camino se encuentran los celadores, que puestos en pié, con una bandera al hombro, ó bien una mano al pecho y con el otro brazo extendido en la direccion del convoy, avisan que no hay novedad. Nunca pueden en-

contrarse dos convoyes, porque para eso hay dos carriles, destinados exclusivamente el uno para la ida y el otro para la vuelta.

CELERIDAD. Lo que comunmente suele andar un convoy en camino de hierro, segun mis experiencias y mis cálculos, es de ocho á diez leguas por hora. Se andaria bastante mas si no fueran las muchas detenciones y paradas que se hacen en cada viaje en las llamadas ESTACIONES, para dejar unos viajeros que se quedan en algun pueblo del tránsito, y recibir otros que parten de nuevo desde allí. Verdad es que admira la rapidez y prontitud con que se cargan y se descargan los bagajes, y con que salen unos viajeros y se acomodan otros, pues no suele emplearse en esta operacion sino dos, tres, ó á lo mas cuatros minutos. Pero estos pequeños períodos, que serian poco importantes en los caminos ordinarios, son de mucha cuenta en los de hierro. En el de Brusélas á Lieja, por ejemplo, se encuentran nueve ó diez ESTACIONES, que calculada cada detencion por el término medio de tres minutos cada una, constituyen média hora, en la cual se podrian andar otras cinco leguas mas.

Ayuda no poco á la facilidad del movimiento y de las comunicaciones la proporcion de viajar á casi todas las horas del dia; pues de Brusélas, v. g., parten convoyes en la primavera y el otoño á las seis y média de la mañana, á las siete, á las siete y cuarto, á las ocho y média, á las diez y tres cuartos, á las once y á las once y cuarto: á las dos de la tarde, á las cuatro, á las cuatro y tres cuartos, á la seis y á las ocho de la noche. En otras estaciones varían las horas. Y como se cuenta con la seguridad de que no ha de faltar asiento, porque se enganchan cuantos coches sean menester, cada uno emprende el viaje á la hora que le viene mas en antojo ó que mejor le cuadra.

Solo así se explica la prodigiosa muchedumbre de viajeros que plaga á todas horas del dia y de la noche los caminos de la Bélgica. Por mi parte, puedo decir que nunca viajé con ménos de quinientos compañeros, y de ahí arriba hasta ochocientos ó mil los que se quiera. Como decia Tirabeque muchas veces, no parece sino que á todos se les antoja ir al mismo tiempo y en la misma direccion que uno lleva; hasta que la experiencia convence de que todos los dias, y á todas las horas, y por todos los caminos está sucediendo lo propio. Las personas allí se encuentran en los caminos con la misma frecuencia y con la misma facilidad que en Paris ó en Lóndres y aun en Madrid se tropiezan en las calles. Ó por mejor decir, los belgas han hecho de un reino

una gran poblacion, cuyas distancias vienen á ser como las de uno á otro de los barrios extremos de Paris.

Frecuentemente se ve una linda jóven, elegantemente vestida, entrar sola en el carruaje. En cuanto á esto de SOLA, bien pueden las belgas hacerlo con confianza, pues aunque la toque ir rodeada de veinte y nueve varones desconocidos, no hay que temer que se desmande ninguno de ellos en dicho ó accion de que pueda ofenderse ó ruborizarse. Lo que en un caso igual sucederia en España, lo puede suponer el curioso lector. Pues bien, esta jóven ha salido de su casa á las once de la mañana, se va á hacer una visita á una amiga que tiene á las quince ó veinte leguas, hace su visita despacio, y se vuelve muy fresca á comer á su casa, y aun tiene que esperar á que se ponga la mesa.

—¿Vamos á ver la ópera de esta noche á Brusélas? dicen cuatro jóvenes reunidos en Ambéres.— Vamos allá. Y salen á las cinco de la tarde en el mes de Setiembre; llegan á Brusélas, ven la ópera, y se vuelven, satisfecho su antojo, á dormir tranquilamente en su cama de cada dia.

Los caminos de hierro son en mi entender la gran revolucion que se ha hecho en el siglo.

La importancia y ventajas que con esta facilidad y celeridad de trasporte de hombre y mercancías reportan los negocios mercantiles, los asuntos domésticos y de familia, la movilizacion de los ejércitos, la civilizacion y la sociedad, nadie ha podido valuarlas todavía, se pierden en el cálculo; las distancias han desaparecido donde hay un buen sistema de caminos de hierro: los hombrès viviendo todos en una misma poblacion gozan de los productos de todas las poblaciones; los caminos son otras tantas calles de un pueblo, y las ciudades de provincias como cuarteles ó barrios de la capital.

BARATURA. No es ciertamente la baratura en los trasportes la parte que entra por ménos en el cálculo del hombre para animarse á viajar. Y esta la han llevado los belgas á tal extremo en sus carriles de hierro, que no se creeria á no experimentarla, y por cierto sin que de ello le pueda á nadie pesar. La siguiente tarifa enterará al lector de su coste en cada una de las tres clases de plazas. Tomemos el punto de partida desde Brusélas.

	EN DILIGENCIA.		EN CHAR-A-BANC.		WAGGON.		
	francos.	cént.	francos.	cént.	francos.	cént.	
De Brusélas á	Ambéres ..	2	»	1	25	1	»
	Gante.....	4	»	2	50	1	75
	Lovaina...	2	»	1	25	1	»
	Lieja.....	6	»	4	75	3	50

Es decir que de Brusélas á Ambéres, diez leguas de distancia por camino de hierro, se va en la plaza ó localidad mas cómoda y de mas precio, por 2 francos; en *char-à-banc* (donde camina muchisima gente descente y de muy regular fortuna) por 1 franco y 25 céntimos, que allí equivale á cinco reales nuestros; y en *waggon* por una peseta. No sé que se pudiera viajar con mas economía, no digo en diligencia comun, ni en galera, sino ni en un pollino, ni á pié. Con la circunstancia, que para las diez leguas en caminos ordinarios habria que emplear por lo ménos un dia, y allí se hace la jornada en cinco cuartos de hora, ó aunque sea en hora y média contando con la detencion en la *estacion central* de Malinas. Con otra circunstancia, que como para andar la jornada nadie por flaco de estómago que sea necesita comer, resulta otra nueva economía. Y con otra circunstancia ademas, que la tarifa del transporte de equipajes es tan extraordinariamente módica, que un cofre-maleta regular de un viajero costará de Brusélas á Ambéres cosa de tres ó cuatro cuartos cuando mas.

Lo único que hay que añadir á este coste, es que como los carriles de hierro no suelen llegar hasta las calles mismas de las poblaciones, desde la *estacion* en que aquel termina hasta el hotel donde se haya de hospedar el viajero, es menester tomar alguno de los muchos *ómnibus* que se hallan siempre esperando la llegada del convoy, y esto comunmente suele costar á medio franco por persona, poco mas ó ménos; y lo mismo que al llegar acaee al partir.

Con tan prodigiosa baratura, que bien puede computarse en una quinta ó sexta ó sétima parte de lo que cuesta viajar en diligencia por los caminos de España, cualquiera preguntará: — ¿Y cómo puede utilizar el gobierno belga con sus caminos de hierro? Y mucho mas lo preguntaria si supiera que habia invertido en ellos la suma de 224 millones de reales; y aun mas lo preguntaria si calculara lo que se necesitará para el sostenimiento de sus muchos empleados y para el entretenimiento de unas noventa

máquinas locomotoras, de unos ochenta tenders, de unos cuatrocientos coches y sobre unos quinientos waggons que en el día tendrán para el servicio de todas sus líneas.

Pero todas estas dificultades desaparecen en sabiendo también que se calcula en tres millones de viajeros los que desde el año de 40 acá andan cada año en circulación. Que siendo de cuatro millones de habitantes la población de la Bélgica, déjase discurrir que al cabo del año las tres cuartas partes de la población han andado alguna vez por los caminos, con la rebaja de la sección de extranjeros y de algunos otros viajes repetidos por unas mismas personas.

TUNNELS Y VIADUCS. Fácil es de inferir que siendo los caminos de hierro otras tantas líneas rectas, precisamente se han de encontrar con otros caminos ordinarios que se cruzan transversalmente. Así es en efecto; y para que se dejen lugar y no se obstruyan uno á otro, para eso son los *viaducs*, especies de bóvedas ó puentes, contruidos ó sobre ó debajo del camino comun, según el terreno lo permita: de manera que hace un espectáculo raro ver unas veces los coches arrastrados por el vapor marchar por encima de los carruajes tirados por caballos que caminan en sentido inverso, y otras al revés ir los carruajes de caballos por encima de los coches de vapor.

Ya he dicho lo que son los *tunnels*. Imponente es entrar por primera vez en alguna de estas abovedadas galerías subterráneas. El ruido de la máquina junto con el de tantos coches, reproducido con cien grados de aumento en las bóvedas; la horrorosa oscuridad solo interrumpida por alguna opaca luz colocada de trecho en trecho; las ascuas y chispazos que de tiempo en tiempo se desprenden del locomotor; la idea de la alta montaña que está pesando sobre aquella caverna.... nunca con mas razón se pudiera decir con Virgilio:

« Tú, Chaos; tú, Flegeton; vos, oh infernales playas.....
Tened á bien que dé noticia al mundo
De lo que el centro de la tierra esconde,
Y oscuridad de eterna noche encierra (1).»

Pero toda la pavorosa sensación que se experimenta al quedarse en aquella estruendosa lobreguez se cambia en alegría y consuelo al ver asomar otra vez la luz, al salir otra vez al campo libre.

(1) Eneid., libro VI.

Con el tiempo llegámos á familiarizarnos con los *tunnels*, y ya al entrar y al salir nos dábamos en tono de broma las buenas noches y los buenos días.

DISTRIBUCION Y ESTACION CENTRAL. Aunque la Inglaterra ha precedido á la Bélgica en la invencion y aun en la construccion de los primeros caminos de hierro, no obstante la Bélgica es hoy la nacion mas rica en este ramo y en la que mas abundan y son, digamos así, mas populares. Colocada la Bélgica por su posicion geográfica entre las cuatro naciones mas adelantadas de Europa, Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania, y cruzado todo el país de ramales ó líneas de caminos de hierro, el belga puede, si gusta, (como observa bien un escritor compatriota) en un mismo dia almorzar en Brusélas y comer en Prusia, ó comer en Brusélas y dormir en Inglaterra ó en Francia.

Este sistema de ramales y comunicaciones tiene un centro comun ó *estacion central* que es MALÍNAS. En cualquier direccion, en cualquier rumbo que el viajero se mueva, tiene que ir á parar con precision á MALÍNAS. Á ninguna parte se puede ir sin pasar por MALÍNAS: así es que á cada triquitraque se encuentra el viajero en MALÍNAS. Sin embargo, acaso es lo único en que no han estado atinados los belgas, en hacer á MALÍNAS *estacion central*.

Pero mas ó ménos acertado, MALÍNAS es hoy el punto céntrico de todos los ramales. Así la estacion de MALÍNAS es un infierno. Esparcidas acá y allá multitud de máquinas de vapor vomitando todas por sus chimeneas nubes de negro humo; derramados aquí y allí furgones de carbon de piedra, parados unos, movidos otros para acudir al surtido de las máquinas; emnegrecida la atmósfera con el humo y el suelo con el carbon que caerse suele; atronados los oídos con el penetrante son de la trompetas que avisan la llegada de un convoy ó la salida de otro: oyéndose á la derecha el ruido del que viene de Gante, á la izquierda el del que sale para Lieja, por delante el del que se aproxima á Brusélas, y por detras el del que va marchando hácia Ambéres; recogiendo unos viajeros sus equipajes, caminando ya otros en los *ómnibus*, y moviéndose todos, y bullendo todos, y andando de prisa todos..... la *estacion de Malinas* es la imágen de la vida abreviada, la *estacion de Malinas* es el infierno. Y lo es á todas horas del dia, porque no hay hora del dia en que no lleguen y partan convoyes en todas direcciones y por todas direcciones.

Magnifico y sorprendente cuadro, mil veces aun mas interesante y mas poético cuando se presencia en horas avanzadas de

una noche oscura (porque en los caminos de hierro lo mismo andan de noche que de día) con el reflejo de mil faroles y de mil teas que alumbran los convoyes, que representan batallones de estrellas marchando entre nubes, y que ofrecen al observador el espectáculo mas grandioso, variado y admirable que la civilización moderna puede ostentar.

Por mi parte confieso que mi imaginación se llenaba de pensamientos sublimes.

Mil veces me decían los belgas : — En España también tendrán Vds. caminos de hierro. — Todavía no, les respondía yo ; pero ahora se están proyectando varios ramales. — ¡ Oh ! pero en cambio tendrán Vds. buenas calzadas para carruajes comunes. — ¡ Oh ! en cuanto á eso no tenemos que envidiar á nadie.

La procesion andaba por dentro, y el amor propio sufría unas embestidas, que el infeliz, cuando no salía magullado salía herido de muerte.

Lieja.

Dados al diablo llegamos á Lieja, que tanto vale darse al diablo como darse á alguno de aquellos *ómnibus* que conducen desde la *estacion* de Ans hasta la ciudad, porque son tan estruendosos y chirriantes, que casi hacen buenos á los de Fontainebleau, de ingrata memoria. Entramos por una porción de calles estrechas, tortuosas y sombrías, y dimos fondo en el hotel del *Águila Negra*.

Todos llevábamos un apetito, si no desordenado, bastante subido de punto, y la hora de yantar era aguardada con impaciencia estomacal. Yo sin embargo no las llevaba todas conmigo, porque habia leído en *Alejandro Dumas* (y así se lo manifesté á los compañeros) que no habia encontrado que comer en Lieja, ni siquiera un pollo, ni siquiera un par de huevos, ni siquiera pan (1). Pero dió la una, que es la hora general de comer en aquel pueblo ; un toque de campana nos convocó á la mesa redonda (*table d'hôte*), entramos en un magnífico comedor, nos sentamos mas de 30 personas, y..... permita Dios que siempre que mientan los escritores sea con tanto beneplácito de los manducantes ; porque la mesa de Lieja fué una de las mas confortables que en toda mi expedición se me han deparado. También fué algo

(1) DUMAS : *Excursions sur les bords du Rhin*, tom. I.

mas cara, eso sí, pero en honor de la verdad bien merecia los cuatro francos por cubierto.

— ¿Pero no ve Vd., Fr. Gerundio, me decia el hermano Anselmo, con qué ligereza juzgan de los pueblos los escritores franceses? — Vaya, añadía el hermano Isidro, el diablo son los extranjeros; ni aun en los libros de molde dicen la verdad. — Señores, reponia Tirabeque, dénme buenas viandas y en abundancia, y que diga el Sr. Dumas lo que quiera, que letras son letras y tajadas son tajadas, y á estas me atengo.

Mal parado salió el hermano Dumas de aquella discusion; y no sin motivo en verdad, porque dificulto que á él pudiera sucederle lo que asegura en el hotel de *Albion*; al ménos nosotros no solo experimentámos buen trato en el del *Águila Negra*, sino tambien en el de la *Pommelette* y en el del *Gran Monarca* en que estuvimos en otras dos ocasiones, hallando en ellos un pan exquisito de trigo en lugar de las tortas de maíz que él dice. La prevencion y la rivalidad convierten en tortas de maíz los panecillos de pan de escanda.

Historia y topografía.

La historia en Lieja desde el siglo XIII hasta la dominacion de los franceses á fines del siglo pasado no es mas que un tejido de guerras civiles entre los obispos (que eran allí; los pobrecitos! señores espirituales y temporales con arreglo al Evangelio) y los liejeses, que ha sido siempre la gente mas democrática, alborotada y turbulenta que se puede decir ni pensar. De cuando en cuando asomaba la cabeza *Cárlos el Temerario*, hacia una *de pópulo*, (porque el tal Carlitos no era hombre que sufriera pronunciamientos), y así anduvieron siempre los pobres Walones luchando con la opresion de sus señores, obispos ó duques, que tan abonadas son para el cuento las mitras como las coronas ducales. Hoy la mitra de Lieja es sufragánea del arzobispado de Malinas.

Situada la ciudad en una planicie rodeada de montañas en la confluencia de dos ríos, el *Mosa* y el *Durthe*, que atraviesan sus calles, sucédela lo que á Burdeos en cuanto á la demasia de extension respecto á la poblacion, pues para 62,000 habitantes tiene 11,000 casas. Sus calles por lo general, excepto la parte de ciudad nueva, son estrechas y sucias; y su suelo y las fachadas de sus edificios anuncian con su color negruzco, que se está en la ciudad de las minas de carbon de hierro y de zinc, en la ciudad

de las herrerías y de las fábricas de armas, de sierras y de limas, en la ciudad de las fundiciones y de las máquinas de vapor, en la ciudad de las fraguas y de las chimeneas, en la ciudad que mas le interesaba, y que mas le ofrecía que observar y aprender al hermano Isidro.

Así es que colocada Lieja entre la Alemania y la Flándes, y con un gran río que la comunica con la Francia y la Holanda, es la ciudad fabril y comercial de la Bélgica por antonomasia.

Las de Mr. Cockerill y la de Mr. Lesoinne.

Quiso nuestra buena suerte que tropezáramos con *Mr. Adolphe Lesoinne*, profesor de química en la Universidad, á quien íbamos recomendados, y el cual se ofreció amabilísimo á acompañarnos y enseñarnos todo lo mas notable de la poblacion : con la ventaja de que habiendo estado algun tiempo en nuestras Asturias, hablaba el español y le venia muy bien á la cuádruple alianza viandante.

Su posición y sus relaciones en el pueblo nos proporcionaron ver lo que pocos extranjeros logran ver, especialmente la *gran fábrica de Cockerill* en *Seraing*, dos leguas de la ciudad. *La gran fábrica de Cockerill*, que así puede bien llamarse la fábrica mas considerable y mas perfecta que existe en el continente para la fabricacion de grandes máquinas de vapor y demas. Allí es donde se construyen la mayor parte y las mejores de las que sirven para los caminos de hierro. Su reputacion es tal, que de todas las partes del globo acuden extranjeros á visitarla, tanto que Mr. Cockerill se vió precisado á anunciar por medio de los periódicos, que se veía en la sensible necesidad de cerrar á todo el mundo la entrada, porque era ya insoportable la afluencia de visitantes. Trabajan en ella sobre 1,500 operarios.

— ¡ Válgame Santa Lucía, exclamaba el hermano Isidro, y qué cosas hacen estos extranjeros ! ¡ Vaya que aquí no hay mas que abrir ojos y mirar !

Quien quiera formarse una idea del inmenso desarrollo de la industria fabril en aquella provincia, no tiene mas que dar un paseo desde Lieja á *Seraing*. Si Don Quijote viera aquella muchedumbre de elevadas chimeneas que anuncian otras tantas fábricas, lo tendria por el campamento de un ejército de gigantes.

Regresado que hubimos á la ciudad, Mr. Lesoinne nos llevó á

ver otra fábrica de los herederos de Cockerill. En esta trabajaban de 400 á 500 operarios, y se construyan máquinas para hilados, tejidos y otros diferentes artefactos. De ellos se surten muchos de nuestros fabricantes de Cataluña. Aquí fué donde el hermano Isidro acabó de perder la chola, y no sé cómo no perdió también la vista á fuerza de mirar: aquí fué donde él halló el « *mirabilia valde, supraque pene naturam.* »

Aquella prodigiosa combinacion, aquella asombrosa facilidad en la elaboracion de las mas menudas y delicadas piezas, aquel hacer de una barra de hierro ó de bronce lo que pudiera hacerse de un palo de caoba ó de un rolló de cera, aquello de ver á un aprendiz muchachuelo de diez años dar por concluida en 10 minutos con auxilio del vapor una pieza mas perfecta y acabada que la pudiera dar en 10 meses el artifice mas afamado con el auxilio de las mejores herramientas que en su tierra se conocen..... allí fué donde él se quedó tamañito, y exclamó con el otro: « ¡válgame Dios y lo que semos! » — « Ahora es, añadió, cuando yo veo el mundo. »

Sin embargo, por lo que despues he sabido, no le fueron inútiles estas visitas, pues naturalmente ingenioso y dispuesto para las obras de su arte, ha dado muestras de que no observó sin provecho. Hasta á los herreros instruyen los viajes.

De allí pasámos á la *fábrica de armas de fuego de Mr. Lesoinne*, hermano de *Mr. Adolphe* nuestro obsequioso acompañante. Aquí fué Tirabeque el que nos hizo el gasto. La admirable coleccion de fusiles, escopetas, carabinas, pistolas y todo género de armas de todas las especies y formas imaginables que allí nos presentaron, le embargó al pronto el habla. Mas ya que se fué reponiendo, — vamos, le dijo á *Mr. Lesoinne*, que aquí ya tienen Vds. *garantías* en abundancia. — ¡Cómo! exclamó *Mr. Lesoinne*; ¡garantías las habéis llamado! Cuando yo he estado en España no tenian este nombre. — No señor, este nombre se le he puesto yo; y crea Vd. que no se le hubiera puesto mejor la Academia, porque en España la mejor garantía de la persona, segun el dictámen de los legisladores que ahora tenemos, es un trabuco como el que está ahí en ese rincon, ó un par de pistolas, si puede ser de siete cañones cada una al símil de esas que tienen Vds. ahí, que en mi vida habia yo visto cosa tal.

El Sr. Lesoinne reia y celebraba la explicacion de Tirabeque: yo le llamé con disimulo y le dije al oído: — Pelegrin, eso es bueno para dicho entre españoles, pero á los extranjeros es una

imprudencia informarles así del estado de nuestra legislación y de nuestra sociedad. — Señor, como Mr. Lesoan ha estado en España.... — No importa, siempre es extranjero.

Lo que mas nos admiró y nos gustó de las armas de la fábrica de Lieja, fué su baratura, pues escopeta habia, linda, ligerita y bien trabajada, que nos la daban por 8 francos (32 reales); si bien las hay tambien de hasta dos y tres mil francos. De buena gana nos hubiéramos traído de allí média armería, si no fuera la dificultad, y puede decirse la imposibilidad de hacerlas pasar por las aduanas francesas, que son para las armas de Bélgica todavía mas escrupulosas que para los libros contrahechos, que es cuanto se puede decir. Así fué que un solo par de pistolas que tomámos (y que están á la disposicion de Vds.) nos dieron mucho cuidado en la aduana de Menin á pesar de traerlas en los bolsillos.

Hallazgo de libros españoles.

Mr. Lesoinne nos propuso si gustábamos pasar á ver la Universidad : proposicion que me parece no deberia haberse discutido. Sin embargo, el hermano Isidro fué de opinion que lo dejáramos. — ¿Qué tiene que ver una universidad ? decia : mas valiera que volviéramos otro poco á la fábrica de su hermano de Vd. Tirabeque se inclinaba á que fuéramos á almorzar. Pero el hermano Anselmo y yo aceptámos sin titubear el ofrecimiento de nuestro ilustrado guia, y ganada la votacion por el número y calidad de los votos, nos encaminámos á la Universidad, que reconocimos luego por la inscripcion que se lee en el fronton de su fachada : « UNIVERSIS DISCIPLINIS. »

Entrámos pues, y fuimos reconociendo sus aulas, su gabinete de Física y Astronomía, el de instrumentos de Cirugía y Orthopedia, la galeria de piezas Anatómicas y Pathológicas, la coleccion Mineralógica, el gabinete de Zoología, el de Anatomía vegetal, Carpología, etc., el Jardín Botánico, y por supuesto con mas detencion que todo esto el *Laboratorio de Química*, como que era el teatro de las glorias y de los ejercicios de nuestro *Mr. Lesoinne*, como profesor de la facultad que era.

Pero si allí nos detuvimos por él, en la *Biblioteca pública* nos detuvimos por mí. Y no porque me entretuviese á contemplar el gran salon, ni ménos á revisar sus 73,000 volúmenes y sus 600 preciosos manuscritos, lo cual hubiera sido imposible, sino porque

llegué á atisbar unos rótulos en español, cosa que habia tenido el desconsuelo de no poder brujulear en otras Bibliotecas extranjer-
ras. He aquí las obras españolas que habia : *Zurita*, Anales de
Aragon; obras de *Gracian*; *Ambrosio de Morales*; el *Diablo Caje-
lo*; *Lazarillo de Tórmes*; un *Don Quijote* en pergamino : otro *Don
Quijote* en un tomito en 16vos. edicion microscópica hecha en Pa-
ris por nuestro ex-Ministro de Estado *D. Joaquín María de Ferrer*,
con su rumbosa y festiva dedicatoria :

AL ESCRITOR ALEGRE,
AL RECOIJO DE LAS MUSAS,
AL FAMOSO TODO,
AL ADMIRABLE É INIMITABLE AUTOR
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,
erige y dedica
este pequeño monumento
de la tipografía y calcografía moderna
su apasionado admirador
Joaquín María de Ferrer.

Habia allí tambien las *Poesías de Alzaibar*, con sus comedias
Una extravagancia y *la Baronesa del Viento*, obra de que pienso
no se tenga mucha noticia en España, ni yo mismo la tenia, á pe-
sar de haber tenido el gusto de conocer personalmente al Sr. *Al-
zaibar* en Gibraltar, donde estuvo de cónsul. No es la sola cosa es-
pañola que se conoce en el extranjero ántes que en el país donde
nació.

La revision de estas obras me puso en ocasion de hablar con el
bibliotecario sobre la literatura española, y de sondear hasta dónde
es conocida de los hombres de letras de aquel país, en cuya prueba
no hallé mucho por qué envanecerme. Yo sin embargo tuve la sa-
tisfaccion de que el hermano bibliotecario me manifestase deseos
de llanar el huequecillo de un estante con las Capilladas gerundia-
nas, sobre lo cual adquirí un compromiso que no he cumplido to-
davía por cumplirle mejor; y sea esto dicho de paso para gobier-
no suyo y descarte mio, por si estas páginas llegase á leer.

Preguntóme el hermano bibliotecario por nuestro Don Martin
de los Heros, de quien me manifestó ser amigo. Y satisfecha por
mi parte su pregunta, le indiqué mi extrañeza de que siendo el
Sr. Heros conocido en el país y amigo del bibliotecario ademas,
no se encontrasen sus obras literarias en el establecimiento para

honra y gloria de la bibliografía española y aumento de los volúmenes del salón. Á lo cual me respondió que no tenía noticia de obra alguna literaria de su amigo el Sr. Heros; y á esto nada hallé que replicar.

Pero entónces y siempre he extrañado, y ahora lo digo, que habiendo escrito varios españoles sobre las cosas de la Bélgica, como por ejemplo el Sr. Lasagra que ha publicado tanto y tan bueno, no se vean mas ejemplares de ellas en las bibliotecas del país, para que al ménos sirviesen de muestra de que los españoles que viajan por aquel reino no lo hacen sin algun fruto; para que vieses siquiera que los españoles tambien escriben. Con tan notable y reprehensible dejadez, ¿cómo ha de ser conocida en el extranjero la literatura española?

Un oso entre la Virgen y san José.

Salido que hubimos de la Universidad, y de paso que íbamos hácia nuestro alojamiento, fuimos observando el sistema de rotulacion de tiendas y establecimientos, en cuya multiplicidad y extravagancia lléveme el diablo si los belgas les van en zaga á los franceses, dado caso que no les excedan. En el tablon de muestra de una librería, por ejemplo, se leía: *Al librero católico*: como si fuera una cosa extraordinaria que el librero de un país donde la religion católica es la dominante y general, fuese tambien católico.

« *Al fanático cuchillero* : » se leía en otra parte. ¿ Si le importará algo al que va á comprar cuchillos que el cuchillero sea fanático ó despreocupado?

Mas nada de esto vale tanto como lo que me hizo observar Tirabeque en la calle misma donde vivíamos. — Señor, señor, me dijo, mire Vd. dónde han ido á colocar un oso, entre la *Virgen* y *San José*. En efecto es así: sobre tres tiendas de comercio contiguas habia tres tablones, como á distancia de una vara de intermedio colocados: el de la izquierda decia, « *Á la santa Virgen* : » y tenia una vírgen pintada; en el del medio se leía, « *Al grande Oso* : » y habia pintado un osazo como un camello; y en el de la derecha, « *Á San José* ; » y estaba el santo bendito sin poder ver á su esposa porque el melenudo animal se lo impedia. — Señor, decia Tirabeque, fortuna tuvo la Virgen Santísima cuando se le perdió el niño, que no anduviera por allí este oso,

que si no, mas cuidado hubiera tenido. — ¡ Cosas, añadía Isidro, como las que tienen estos extranjeros !

Comimos y nos fuimos al teatro, que es medianejo, pero no tan malo como las compañías de canto y verso. Aquella noche nos obsequiaron con la ópera en tres actos *l'Eclair*, y con el vau-deville en dos actos *Le Chevalier du Guent*, y vive Dios que cantantes y versificadores podian apostar á cual peor lo hiciera. Sin embargo, los liejeses tienen fama de *amadores de los espectáculos, teatrales*, y suelen preciarse de tener buenas *tropas dramáticas*, pero lo que es entónces *abrenuncio*. Lo que habia, sí, en el teatro, era mucha gente de tropa y mucha oficialidad.

La maravilla de Lieja.

O'DONNELL Y EL CAPELLAN DE CORO.

Al día siguiente nos fuimos á ver *maravilla de Lieja*, ó sea la iglesia de *Santiago*. Efectivamente es un templo maravilloso : porque en él se ve la arquitectura gótica con toda la coquetería árabe ; es una dama ataviada interior y exteriormente con toda la riqueza y elegancia del traje oriental, con toda la gracia del festonaje arabesco, y si algo tiene que pudiera tacharse, es su excesiva belleza para templo sagrado.

Cuando nos disponíamos á salir de *Saint-Jacques* para ir á ver la catedral, se nos avisó si queríamos presenciar un espectáculo digno atención. Era un entierro solemne que hacian los estudiantes de la Universidad á uno de sus mas antiguos y acreditados profesores, el *Dr. Gall*, que habia fallecido el día anterior. Fuimos en efecto camino del cementerio, y á la subida de la altura de *Sainte-Walburge* encontramos una larga fila de mas de treinta coches ocupados por mas de ciento cincuenta alumnos que iban á rendir el último homenaje de respeto y cariño á su amado y venerable maestro el *Dr. Gall*, que si no gozaba de tanta fama como el célebre frenólogo, al ménos se conocia que le acompañaban á la tumba los corazones y las lágrimas de la juventud literaria de su país, cuyo sublime cuadro debia consolarle en la eternidad como á mí me enterneció y conmovió.

Este inesperado paseo nos proporcionó ver la *Ciudadela* y gozar del hermoso panorama que ofrece la ciudad desde aquel balcon; si bien por otra parte nos consumió el resto de la mañana ; y sin hacer otra cosa nos fuimos á comer.

Entre los asistentes á la mesa hubo uno, que habiéndonos oido hablar en español, nos dirigió la palabra en el mismo idioma, lo cual infundió en nosotros una alegría general. Era un jóven sevillano, que hallándose en Ambéres á asuntos de comercio, habia hecho una excursion á Lieja con otros conocidos de aquella ciudad. Á poco de nuestro reconocimiento y de haberle sin duda preguntado sus amigos por la clase de compatriotas con quienes se habia encontrado, yo advertí que estaba siendo el objeto de las continuas y atentas miradas de todos, para lo cual me parecia que no era bastante circunstancia ser extranjero ni ser español. Me miraba á mí mismo, y no me hallaba mas feo que otros, ni me habia manchado, ni mi traje, ni mis maneras tenian nada de irregulares. Concluida la comida nadie desocupaba el salon sin dirigirme una atenta mirada. — ¿ Pues qué tendré yo ? — me decia á mí mismo.

Ya nos quedámos solos los españoles, y le dije al sevillano : — Paisano, Vd. que conocerá mejor que yo esta gente, ¿ me hace Vd. el favor de decir qué pueden haber visto en mí para mirarme tanto ? — El hombre se echó á reir con mucha calma y me dijo : — Paisano, Vd. sabe que soy de Sevilla, ¿ no es esto ? pues bien como buen sevillano he usado una bromilla inocente : me preguntaron estos amigos qué compatriotas eran los que habia encontrado, y yo les dije al oído que el uno de ellos (señalando á Vd.) era O'DONNELL. Y como O'DONNELL ha sonado tanto por aquí con motivo de los sucesos de Octubre en España, la noticia corrió de boca en boca, y ahí tiene Vd., no ha habido mas ni ménos ; por eso le miraban á Vd. con tanta curiosidad ; nada, paisano, una bromilla. — ¡ Hombre, ó diablo ! Llévelo á Vd. satanáas con sus bromillas. Tendrá gracia que, bromilla ó no bromilla, tenga que ir á la prefectura de policia á acreditar que no soy O'DONNELL sino FRAY GERUNDIO. — Paisano, ¿ Vd. es FRAY GERUNDIO ? — El mismo. — ¿ Es posible ? ¿ Qué es lo que me dice Vd. ? — Lo que Vd. oye. — Paisano, vengan esos cinco. Pues ahora me rio yo mas de la chanzoneta. — Pues mire Vd., ahora me rio yo ménos. — Paisano, no tenga Vd. cuidado que aquí estoy yo.

En fin, pasada aquella broma, nos dirigimos todos á la catedral de San Pablo, como habia sido mi intencion desde por la mañana. Llegámos á la hora de visperas, y con esto tuvimos ocasion de enterarnos de las ceremonias y vestiduras de aquel cabildo y sus coherentes. Los canónigos llevaban muceta de piel blanca moteada de negro, manto negro con forro encarnado, y casquetes á la

cabeza con un estupendo borlon. Los niños de coro iban vestidos de encarnado ; los capellanes con una especie de pelliz.

Pero á quien habia que oír era á Tirabeque y al sevillano con motivo de un cantor ó capellan de coro que allí se nos deparó con unas enormes y pobladísimas patillas que le bajaban hasta el gargüero. — El hombre este, decia mi lego, es sagrado de boca y profano de quijadas. — ¿ Vd. no repara, decia el andaluz, que sale la voz mas desparramada que agua de regadera por entre esos dos matorrales ? Ese hombre excusa de arrendar bosque para entrar á caza y andar á ojeo. Y por este estilo se divirtieron grandemente á costa del cantor de las patillas. Despues supimos que era un gastador de la guardia nacional.

La catedral de Lieja no tiene cosa notable, como no sea el pavimento de mármoles en greca, las cuerdas de las campanas, que son singulares, unas columnas del siglo VII, y sobre todo el *alumbrado de gas* que usan para los oficios nocturnos : único templo en que he visto alumbrarse con gas.

Á la salida volví á observar que las gentes me miraban mucho. Á pesar de eso yo seguia sin darme por entendido, hasta que oigo á dos que se nos quedaron parados al pasar : « *Voilà Mr. O'Donnell d'Espagne.* » — ¡ Ira de Dios ! dije yo ; ¡ pues está bueno esto ! No habíamos andado veinte pasos, cuando vuelvo á oír : « *Mr. O'Donnell.* » La bromilla del amigo habia cundido por la ciudad ; por lo cual yo determiné tomar cuanto ántes una diligencia para *Verviers*, no fuera que el gobernador de provincia, miéntras identificaba la persona, hiciera mi estancia en Lieja mas larga de lo que habia entrado en mi intencion. — ¡ Qué disparate ! me decia el andaluz : si esto no es nada ; y sobre todo, paisano, ya le he dicho á Vd. que aquí estoy yo. — Buen empeño se atraviesa, replicó Tirabeque : hace Vd. bien, mi amo, vamos de aquí, no sea que me tengan á mí por el asistente de *O'Donnell*, y me hagan un flacon servicio : vámonos, vámonos.

Y así fué que tomámos una de las diligencias de *Pasquin y Briard* que salen diariamente para *Verviers*, y despidiéndonos del amigo sevillano y dándole las gracias por su *bromilla*, á las cuatro de la tarde íbamos ya rodando los cuatro españoles por aquellas calles en direccion de *Verviers*.

La tierra de los Cristos.

—¿ Con que hemos dejado la patria de MALHERBE, de REGNIER y de GRETRY? les dije á los compañeros luego que pasámos los puentes, rios y canales de Lieja. — Diga Vd., señor, me preguntó Tirabeque; y esos tres individuos que Vd. nombra eran enanos? — De modo que acerca de su estatura corporal nada he leído en sus biografías : lo que sé es que fueron tres hombres muy grandes en talento y en saber; ¿y por qué preguntabas si eran enanos? — Señor, porque no he visto pueblo de mas enanos que este; ¿no lo ha reparado Vd.? — En efecto, dijimos todos, que es tierra de muchos enanos esta; y hasta la tropa es menguada y raquítica, y no muy marcial en el andar ni en el vestir. Solamente la seccion de artillería era la que presentaba gente mas lucida y tambien mas gusto en los uniformes. — Y de las mujeres ¿qué le ha parecido á Vd.? le preguntaba á Tirabeque el hermano Isidro. — Mal, le respondió; no he visto cosa de provecho, no me gustan las walonas : me gustaron mas las peras que nos pusieron en el hotel. — Efectivamente que eran muy tiernas y muy sabrosas, añadió el hermano Anselmo.

Así entretenidos nos íbamos internando por aquel ameno país, sembrado de huertas y bosques de frutales, de fábricas y casas de campo, y cortado por multitud de riachuelos que regaban otros tantos valles amenos y frondosos. La variedad de la conversacion y del país nos hacia llevar con ménos disgusto la incomodidad de la diligencia, que por cierto era de las mas irregulares y con ménos talento construidas que he visto, y á cuya mayor incomodidad contribuian los mozos y paisanos con blusa que se nos iban introduciendo, con arreglo á la costumbre general del pais de viajar en diligencia hasta los labradores y jornaleros del campo.

¿Cómo dirán Vds. que se reciben allí los periódicos en los pueblos? El conductor de la diligencia va cargado de paquetes, y sin bajarse del carruaje ni hablar una palabra, va arrojando al tránsito de cada pueblo, á una persona que encuentra infaliblemente preparada á recibirlos, los paquetes que á cada uno pertenecen. Y como la diligencia es diaria, cada dia se reciben los periódicos y demas correspondencia en los pueblos, sin necesidad de correos, de incomodidad ni de gasto. Sistema ventajoso de comuni-

cacion, pero que no podria sostenerse sin la confianza y seguridad que inspiran aquellos conductores y aquellos habitantes.

Á luego de la salida de Lieja empezámos á ver en las calles de los pueblos y en el campo mismo muchas imágenes de santos y particularmente de Cristos. Y esto mismo fuimos observando en toda la jornada. Cristos arrimados á las paredes, Cristos sobre las puertas de las casas, Cristos en los troncos de los árboles, y Cristos en las fábricas, y Cristos en los puentes, y Cristos en las rocas, y Cristos en todas y por todas partes. — Señor, decia Tirabeque, si vieran esto nuestros andaluces, una de dos, ó estas gentes tenian que negar que Cristo es Dios, ó ellos les ponian pleito alegando que no hay mas tierra de Dios que la suya.

Esta abundancia de imágenes de santos y de Cristos de todas materias y tamaños, en las calles, en los campos y en los caminos, las observámos despues en todo el país montañoso de Lieja y del Limburgo : lo cual en mi pobre discurrir histórico lo atribuyo á restos y reliquias que han quedado de la reaccion religiosa que siguió á las guerras con los *Iconoclastas* ó destructores de imágenes.

Conforme íbamos avanzando, el país era gradualmente mas montuoso, y semejava ya á nuestras provincias vascongadas. Como por allí va el camino de hierro *infieri* para Prusia, de que hablé en el capitulo anterior, le hallámos todo entrecortado de puentes en construccion ó concluidos, de terraplenes, de *viaducs*, de montañas perforadas, y otras obras, lo que hacia serpentear mas nuestro carruaje ; y esto y algun río cuyas aguas llevaban un color de ladrillo espeso y subido cuya causa no pude saber, es todo lo que se encuentra en la travesía á *Verviers*, adonde llegámos bien entrada la noche, dando fondo en el hotel *des Pays-Bas*.

Verviers.

Modestia de Maria. Nuestro primer acuerdo fué pedir cerveza (que de paso sea dicho, es muy buena y sin espuma la de *Verviers*). — *Madame*, gritó Tirabeque á la doméstica que se nos presentó ; *portez-nous de la biere, s'il vous plaît.* — *Oh ! madame, madame !* replicó la doncella : yo no soy *madame*. — ¿ Pues qué es Vd. ? ¿ *mademoiselle* ? — Tampoco. — ¿ Pues qué diablos es Vd. si no ? Yo no soy mas que *Maria*, una humilde sirvienta de este hotel ; llámeme Vd. *Maria* nada mas.

Todos nos mirámos sorprendidos de la modestia de aquella buena mujer, acostumbrados como íbamos á tratar en Francia y Bélgica de *madame* y *mademoiselle* á toda insignificante dueña ó criaduela de servir. Y es que como estábamos ya en las fronteras de Prusia, el carácter franco-belga se iba perdiendo, y *María* nos dió una muestra de que participaba ya de la severa formalidad del reino de Federico Guillermo.

Aquella noche no hicimos ya mas que acostarnos. Al dia siguiente temprano dimos un ligero paseo por la ciudad, que tendrá unas 20,000 almas y en la cual lo mas notable es el lindo teatro de la *Plaza-Verde*, el hospital de Baviera, la sociedad de la Armonía, y sobre todo, sus muchas y afamadas fábricas de paños, que ocupan casi la totalidad de sus habitantes. Se cuentan cerca de sesenta grandes manufacturas, que dan cien mil piezas al año, cuyo valor se calcula en 25,000,000 de francos (100,000,000 de reales).

Separacion temporal. VERVIERS era la ciudad del hermano Anselmo, como LIEJA habia sido la ciudad del hermano Isidro. De consiguiente los dos compañeros determinaron quedarse allí para visitar despacio las fábricas de paños, y Tirabeque y yo que no lo tomámos sino al pormenor en las tiendas para vestir, dispusimos hacer entretanto una expedicion á SPA, dándonos todos cuatro la consigna para Brusélas el dia de la apertura de las Cámaras, y así nos despedimos, no sin haber oido misa, porque era domingo de guardar.

Spa.

Á beneficio de 9 francos marchábamos amo y lego como dos príncipes en nuestro cabriolé de dos asientos por aquella hermosísima calzada, por aquellos risueños y pintorescos valles, por entre aquellos limpios y cristalinos riachuelos, saboreándonos en ver el aseo y limpieza, y hasta la elegancia en vestir de los aldeanos y aldeanas que de los pueblecitos y caseríos bajaban á oír misa á las parroquias céntricas, hasta que al cabo de las dos horas y cuarto de viaje nos encontramos en una alineada y frondosa alameda, y á los cuatro minutos en el vestíbulo del hotel (tambien *des Pays-Bas*) de SPA, habiéndonos dejado atrás las cuatro leguas que separan esta villa de VERVIERS.

SPA era ántes un miserable lugarcillo, cuyos habitantes á duras penas podian vivir de los productos de su ingrato y estéril suelo, y hoy es una de las villas mas bonitas de Europa, poblada de nue-

vas y vistosas casas, y cuyo número de habitantes casi se dobla cada año. Esta trasformacion la debe al descubrimiento de sus famosas aguas minerales, que con el nombre de *agua de Spa* se transportan y difunden por toda Europa, y aun por todo el mundo. Son siete los manantiales, pero el mas notable y el mas célebre es el que teníamos frente del hotel, y sobre el cual se ha erigido un bello monumento de piedra « Á LA MEMORIA DE PEDRO EL GRANDE, » fundado por el mismo Czar de Rusia en celebridad de haber restablecido su salud con el uso de las *aguas de Spa*, de las cuales dicen que se bebía el Sr. Autócrata 24 vasos de á tres onzas cada mañana.

La fama de estas aguas, junto con el aliciente del jueguecillo de azar (que no es permitido en pueblo alguno de la Bélgica mas que en *Spa*) atraen á esta villa tal afluencia de extranjeros en la estacion del verano, que no bastan sus muchos y magníficos hoteles, no basta convertir en hoteles todas las casas del pueblo para albergarlos. Nosotros tuvimos el gusto de encontrar allí á la Infanta Isabel, hija de nuestro infante D. Francisco, con su esposo el coronelito ruso, que supongo habria ido á tomar las aguas minerales, y no atraído como otros (que él no es hombre de esas costumbres) por los juegos de azar.

Se da á las *aguas de Spa* una virtud prodigiosa para la curacion de multitud de enfermedades y principalmente para los dolores cardíalgicos ó males de estómago, para las afecciones verminosas, para las nefritis y flegmasías crónicas, para las hidropesías, para las leucorreas, para la hipocondría y para la esterilidad. En estas materias me felicito de no poder dar un voto de experiencia. Á Tirabeque le dije que si padecía alguna afeccion morbosa, tenia la ocasion mas oportuna para combatirla con aquellas aguas : á lo cual me respondió : — Señor, la única enfermedad que yo padezco tengo para mí que estas aguas no me la pueden curar, porque es un hambre horrorosa que no se cura sino en el comedor del hotel ; con que soy de opinion que nos vayamos acercando hácia allá si á Vd. le parece.

Pero no se lo consentí sin que probase conmigo las aguas, siquiera por poder testificar de su sabor. Ellas son limpias y cristalinas, pero el sabor es picante, ácido y ferruginoso. Tienen otra propiedad, y es que si se tomasen por primera vez cuatro ó cinco vasos, embriagarían como el vino, y por lo tanto se necesita beberlas gradualmente y con discrecion.

Otra de las curiosidades de *Spa* son los lindísimos y delicados

artefactos y juguetes hechos de madera teñida ó barnizada con aquellas aguas, de cuyos artefactos y juguetes se hace tambien un gran comercio, y no hay tienda de lujo en Paris y casi en ninguna poblacion grande donde no se vean mil preciosos objetos de *madera de Spa*. Nosotros tomámos várias cajitas, papeleras, cu-chillitos de cortar papel, libritos de memoria, y otras frioleras, de las cuales conservámos algunas, que están tambien á la disposicion de Vds.

La gruta de Remouchamps.

He aquí una de las excursiones mas curiosas que hicimos en todo el viaje. Yo habia leido y oido hablar mucho en el país de la famosa *Gruta de Remouchamps*, y desde luego hice propósito de no volverme sin verla.

Está á 3 leguas S. O. de *Spa*, en un sitio agreste y salvaje, en el fondo de un barranco bañado por las plateadas aguas del Ambleve. El camino es áspero y escabroso, alternado entre rocas, bosques, landas, espesos matorrales, profundas gargantas, prados y tierras de labor. Apénas hay senda alguna trillada, y es imposible acertar con el camino sin ir acompañado de un guia muy práctico del país y sobre caballos muy prácticos tambien.

Todo lo hay siempre en *Spa* á disposicion del viajero. Á la menor insinuacion nuestra ya tuvimos á la puerta del hotel al mozo *Gregoire* con tres famosos rocinantes, que ellos llaman *bridets*, esperando nuestras órdenes. Montámos pues cada uno en nuestra alimaña, y heles van Fr. Gerundio y su lego, junto con el hermano *Gregoire*, por aquellas breñas arriba, saltando arroyos, brincando setos, salvando pantanos, subiendo linderos, bajando colinas y costeano derrumbaderos, trotando unas veces, galopando otras, magullándose siempre, y hechos tres facciosos de montañas (salva sea la comparacion), siendo el resultado que á los siete cuartos de hora ya estábamos en la aldea de *Remouchamps*, viendo á aquellos sencillos aldeanos bailar rigodon al son de un violin, cosa que nos sorprendió en tan rústicos y retirados lugares.

No bien nos habiamos apeado en el hotel *des Etrangers* (1) tenido por la viuda *Charpentier*, cuando acudieron á encargarse y cuidar de nuestros jacos tres robustas muchachas,

« Princesas curaban de él,
doncellas de su rocino; »

(1) Allí no hay aldea despreciable sin su hotel correspondiente.

y nosotros pasámos á descansar un momento á la sala del parador.

Séame permitido ántes de entrar en la gruta echar una ojeada por el romántico paisaje que se presenta á mi vista. Yo me hallo bajo unas enormes rocas escarpadas; á mis piés se precipitan las diáfanas y limpiísimas aguas del Ambleve, murmurando suavemente y como acompañando los sonos del instrumento que marca los compases á los alegres aldeanos que bailan á mi izquierda. Enfrente y al otro lado del rio tengo una elevadísima montaña vestida de un frondosísimo follaje, en cuyo declive se ve el severo é imponente castillo feudal de *Montjardin*, que parece colgado de la inmensa roca que defiende su espalda. Yo me hubiera llevado horas enteras contemplando este cuadro sublime de la naturaleza, pero era preciso ya prepararse para entrar en la gruta.

El guardian de la cueva nos esperaba ya con la vestimenta que se acomodan los visitantes para no ensuciarse sus vestidos. Consistía esta en un pantalon blanco de lienzo burdo, y una blusa de lo mismo ceñida á la cintura, con su correspondiente capucha que nos calámos hasta las cejas. Pusiéronnos á cada uno en la mano una candela de sebo encendida, y el conductor y otros cuatro ó cinco muchachos que le acompañan siempre por placer, llevaban tambien cada uno su bujía ardiendo. Tirabeque y yo nos mirábamos uno á otro asombrados de ver cuán raras y cuán extravagantes caricaturas presentábamos, y en el semblante de aquel se traslucía ya la pavora que empezaba á acometerle. Llegó la procesion á la entrada de la gruta, la cual está cerrada con una verja de hierro. Abrióse esta, y entrámos en una sala abovedada de 30 á 40 piés de largo, y alta de 20 á 25.

— Aquí, nos dijo el guia, se han hecho excavaciones, y se han encontrado osamentas de leones, de hienas, de elefantes y de osos que se hallan depositados en el gabinete de historia natural de Liéja. — ¿Qué es lo que Vd. dice? exclamó súbitamente mi lego. Señor, entre Vd. si se encuentra con valor para ello, que yo confieso humildemente que no sirvo para andar por estos sitios. — Ánimo, Pelegrin, y no tengas cuidado, que miétras los huesos de semejantes alimañas anden por los gabinetes de historia natural, poco miedo hay que tenerlas. — Desengáñese Vd., señor, que donde se encontraron los huesos de aquellas, fácilmente habrá otras vivas. — Vamos, vamos, sigue y no seas pusilánime.

— Ved aquí, señores (continuó el guia) el *Can Cervero* que está de centinela de este lugar infernal: él guarda ese puente de ma-

dera que sirve de paso á ese primer río que atraviesa la gruta. Tirabeque dió un salto involuntario hácia atrás, dejando caer la candela. — Tonto, le dije, ¿no ves que el llamado *Can Cervero* es una piedra, ó sea una estalagmita formada por los jugos y las aguas petrificadas, que por semejar tres cabezas de perro le habrán dado el nombre de aquel trifauce animal? Con esto se iba ya tranquilizando, y volvió á coger su vela. Mas no bien la habia encendido cuando se oyó un ruido horroroso en las silenciosas aguas de aquel río, que reproduciéndose y aumentándose en las bóvedas, me impuso á mí tambien. Era un diablo de un muchacho, que habiéndose adelantado y subido á uno de los peñascos de la gruta, habia arrojado al río una piedra, que fué la que produjo aquel ruido espantoso.

Pasámos el puente, y sobre la izquierda distinguimos un precipicio, cuya profundidad nos dijo el conductor que no habia podido sondearse todavía. De allí pasámos á la *sala de las ruinas*, la mas vasta de todas. Ella está formada de inmensas rocas sobrepuestas que hacen una bóveda atrevida é imponente : una sola de ellas tiene 350 piés de largo. He aquí la inscripcion que la describia :

Ces rocs amoncelés, par leur chute fendus,
L'un sur l'autre au hasard sont restés suspendus,
Les ans ont cimenté leur bizarre structure
Et recouvert leurs flancs d'une humide parure.

Á la verdad, cierto pavorcillo decente se dejaba sentir, por mas que se tratara de disimularlo, al verse bajo aquella bóveda húmeda y sombría, donde no ha penetrado jamas la luz, bajo aquellas inmensas masas que parece estar amenazando á todos momentos aplastar al temerario que se atreve á llevar su curiosidad á aquella mansion de tinieblas. Pero vamos mas adelante.

El camino verdaderamente no es muy llano. Á veces hay que subir á gatas, á veces se baja por unos escalones de piedra, no muy iguales, y sí muy resbaladizos y pendientes, teniendo que apoyarse en una barandilla de palo que defiende de caer en un precipicio, á veces se trepa por una escalera de mano, y á veces tambien se sufre un coscorron que indica demasiado que no es manteca de Flándes con lo que ha tropezado la cabeza.

Á veces se asciende á la cúspide de una roca y á veces se descende á un abismo ; tan pronto hay que girar á la derecha como á la izquierda ; tan pronto iba cada uno solo y libre, como teníamos que asirnos de las manos y encadenarnos todos para no caer-

nos, destilando de continuo sobre nosotros frias y heladas gotas, algunas de las cuales caian sobre las bujías y nos las apagaban.

Así fuimos penetrando sucesivamente en la estancia de la *Petite famille*, donde las sustancias petrificadas formaban un grupo de figuras humanas de varios tamaños, llamadas por eso la *pequeña familia*. Encontrámos en seguida el *Petit autel*, el altarcito, porque en efecto, la naturaleza habia hecho allí un altar que parecia estar preparado para la celebracion de los santos misterios. — Señor, me decia Tirabeque ya mas animado, aquí podia Vd. decir misa por gusto. — No habria inconveniente, Pelegrin, le dije, si no fuera que hoy he almorzado ya. — Pues es que en tal caso podia Vd. buscar un acólito que le ayudara, que yo al *Introibo* no podria contestar sino con un *Salibo*.

En seguida se nos presentó el *Sauce lloron*, ó sea una figura de este árbol formada de estalactitas. Luego el *Elefante*, con sus armas de marfil y su arrugada trompa. Despues el *Sombrero de Napoleon*, la *Santa Virgen*, y la *Dama blanca*. Esta última parecia una verdadera estatua de alabastro ejecutada por la mano de un escultor, y el escultor habia sido la naturaleza. « Aquí tenéis, señores, nos dijo el conductor, *les Rideaux de lit*, el pabellon de la cama. » Efectivamente se veia una colgadura completa sobre una especie de lecho con sus almohadas de terciopelo blanco. El conductor ponía la candela detras de las cortinas, y se trasparentaba la luz como si fuese una tela de percal, distinguiéndose los pliegues y los festones. ¡ Admirables juegos de la naturaleza !

En algunos sitios las gotas de agua que se corren por lo largo de una superficie plana ó inclinada, se cruzan, se entremezclan, y tejen como una magnífica estera de juncos. En otros, como si las corrientes hubieran sido sorprendidas por el hielo, se han quedado formando blancas cascadas : y en el salon llamado *de los Vellones* se ven un rimero de vellones de lana que parece haberse acabado de trasquilar, y en que hasta los filamentos están imitados, y mucho mas el manchado color de la lana en jugo.

Mas para donde es necesario reservar toda la admiracion es para la *Sala de las Hadas*. Allí es donde la naturaleza parece que há querido reasumir todas las maravillas. Personajes, séres fantásticos, manojos de flores, flecos de nieve, estalactitas brillantes de mil formas caprichosas, tienen el ánimo sorprendido y como enajenado. Esta sala está mejor conservada que las otras, porque no todos tienen valor para penetrar hasta allí. Á todo esto los muchachos que siempre iban delante, se divertian en dar desde

el extremo de la caverna aullidos espantosos, que llegando á nosotros desfigurados por los tortuosos huecos de aquellas tenebrosas galerías, remedaban los quejidos lúgubres de otras tantas ánimas en pena. — Señor, vámonos cuanto ántes, porque esta cueva juraría que ha de tener su remate en el infierno. — ¿ Falta mucho todavía ? le pregunté al conductor. — Aun falta un trecho. — Anímate, Pelegrin, y dá una prueba de que tienes mas valor que Sancho en la cueva de Montesínos. — Señor, no tentemos á Dios, que nos ha dicho que sus secretos son impenetrables : y apártese Vd., mi amo, que parece que se mueve esa piedra, y va á caer sobre nosotros y á hacernos tortillas. — ¿ Qué ha de caer, hombre ? Eso es miedo. Vamos adelante. Y le tomé de un brazo, y proseguímos.

Por donde quiera que íbamos, colgaban sobre nosotros preciosas estalactitas. Hay un edicto á la puerta de la gruta en que se prohíbe severamente cogerlas ni extraer otra cosa alguna de la cueva. Pero los muchachos, que en Bélgica como en España no son los mas escrupulosos observadores de las leyes, las quebrantaban á la tentacion de algunos *sous* sin remordimiento de conciencia, y nos facultaron para coger todas las que quisiéramos. El cuerpo del delito tengo el gusto de conservar en una cajita.

Presentósenos en seguida la figura de un *gato*, tan imitado al natural, que no parecia sino que estaba vivo. Despues dos *columinitas* que á distancia como de dos piés una de otra han formado las gotas destiladas, pero tan iguales y tan perfectas que parecen ejecutadas y puestas cuidadosamente por la mano de un artifice para sostener aquellas rústicas y pesadas bóvedas, dejando el paso necesario al curioso transeunte. El término de la gruta es un inmenso depósito de aguas que no ha sido posible sondear. Nosotros arrojámos á él gruesas masas de piedra, que al caer en las aguas misteriosas retumbaban con un ruido horrible. — ¡ Bendito y alabado sea el divino Señor ! exclamó Tirabeque dando un profundo suspiro de desahogo, al anunciarle los muchachos que ya no habia mas que andar.

Emprendimos la salida marchando con no menor trabajo que á la entrada. Yo sin embargo fui contando los pasos que tenia en su longitud, y saqué 1250 de los que allí se pueden dar. El guia nos enseñó una cosa de que no nos quiso hablar á la entrada, que es un precipicio por donde se baja á otra gruta que debajo de esta se ha descubierto, y á la cual se descende atado á una cuerda por

en medio de un abismo espantoso. Esta es muy pocas veces accesible á causa de las aguas que la suelen inundar.

Yo que no he estado en Beocia, ni en Idumea, ni en Escocia, ni en la Tebaida, ni en la Palestina, y de consiguiente ni he visto el antro de Trofonio, ni la gruta de Odollams, ni la cueva de Calipso, ni la caverna de Fingal, ni la espelunca de San Jerónimo, tuve un verdadero placer en visitar la cueva de *Remouchamps*, y es una de las curiosidades de que me ha quedado mas memoria. Dos horas largas nos llevamos dentro.

Tambien debe haberle quedado memoria de mi visita al guardian, si no fueron fingidas las exageradas demostraciones de agradecimiento y de nunca olvidarme que me hizo al ponerle en la mano 5 francos, amen de otros tantos á los chicos de las candelas. El guardian vive de eso, y tiene arrendada la gruta al comun ó ayuntamiento del canton en 600 francos anuales.

Nos despojámos de nuestra *toilette*, con la que si entrámos hechos dos diablos, salimos hechos dos demonios : nos lavámos en siete aguas, tomámos un refrigerio, montámos en nuestros *bridets*, llagámos á SPA magullados y ateridos de frio ; y satisfechos al hermano *Gregoire* 5 francos por su persona y otros cinco por cada uno de los jacos (y entre cinco y cinco nos salió la fiesta de la gruta por 40 francos belgas y 8 duros españoles), nos calentámos á la hermosa chimenea del gran salon de comer, y despues de un rato de tertulia con la graciosa patrona, nos fuimos á acostar, procurando acordarnos mas del *Can Cervero* de la cueva que de las gracias y amabilidad de la *maitresse*, porque nos traia cuenta no desvelarnos en razon de tener que madrugar.

Lovaina.

Á las cuatro de la mañana ya estábamos en la diligencia ; á las ocho en Lieja ; á las ocho y média en el camino de hierro, y á las diez y média en el hotel *de Suede* de LOVAINA. Este hotel decian que era el mejor de la ciudad : si era cierto, medianos debian ser los otros.

No he visto 26,000 habitantes que vivan con mas ensanche y mas holgura que los de LOVAINA : como que ellos ocupan hoy el mismo recinto, la misma extension de terreno que en el siglo XIV, cuando solo de operarios empleados en sus fábricas de paños, de telas y de encajes se contaban 120,000 ; cuando al salir

los obreros de los talleres habia que tocar la campana mayor para que avisadas las madres pudiesen recoger sus hijos de las calles, no fuera que pereciesen atropellados ó ahogados por aquel enjambre de tejedores. Esto prueba ser muy cierto lo que nos cuenta la historia, á saber, que LOVAINA en aquellos tiempos ocupaba el primer rango entre las ciudades manufactureras.

Hoy el mayor comercio que hace LOVAINA, á beneficio del soberbio canal que la pone en comunicacion con Malinas y con el Escalda, es de cerveza, de la cual despacha mas de 200,000 toneladas al año. La cerveza blanca de LOVAINA es de muy grato sabor y de muy suave beber, y nosotros nos aficionámos tanto á ella, que en todas partes la pedíamos con preferencia, y la anteponíamos á toda otra bebida.

Con razon muestra arrepentimiento y pesar el *Curioso Parlante*, cuando confiesa en sus *Recuerdos de Viaje*, « que por una imperdonable pereza se contentó con ver desde fuera á LOVAINA y con admirar la imponente masa de su célebre CASA COMUNAL, uno de los edificios góticos mas ricos de adorno que cuenta la Bélgica, y aun la Europa toda. » Bien debe, repito, arrepentirse el *Curioso Parlante* y cualquiera otro viajero que desaproveche la ocasion de ver la CASA COMUNAL ú HOTEL DE VILLE de Lovaina, porque bien puede asegurarse que pierde de ver el mas bello trozo de arquitectura gótica, el monumento que no rinde parias á otro alguno en elegancia, delicadeza, gusto y lujo de ornato. Y á la verdad no sé como hay quien resista á la tentacion que de llegarse á verle de cerca están dando sus seis ligeras y elevadas torres que se divisan en lontananza desde el camino de hierro. Por mi parte confieso que si no le hubiera hallado el defecto de ser la fachada un poco estrecha con respecto á la elevacion del edificio, no vacilaria en decir (y perdónese este atrevimiento á quien ni es facultativo ni tiene pretensiones de serlo) que el *Hotel de Ville* de LOVAINA es el monumento gótico mas bello y acabado de cuantos en parte alguna he visto, y acaso de los que pueden verse. Y este es el que principalmente tenia yo en mientes cuando dije hablando de la *Casa de Ayuntamiento* de BRUSÉLAS, « que en punto á *Hotels de Ville* aun habíamos de hallar en Bélgica otros que admiran mas. »

Teólogo y reverendo, no era posible que dejase yo de visitar la *Universidad Católica* de LOVAINA, así llamada por contraposicion á la *Universidad Libre* de BRUSÉLAS. No estaba léjos; detras del mismo *Hotel de Ville* en la calle de *Namur*.

El edificio es sólido y severo : el secretario me pareció ménos severo, y tambien ménos sólido. Nos enseñó las aulas, nos informó de las horas y libros de asignatura, y de otras semejantes menudencias. — Pues siendo esta, le dije, una de las horas de clase, segun nos acabáis de informar, ¿cómo es que ni dentro ni fuera de las aulas se ven estudiantes por aquí? — Porque hoy es juéves, me respondió, y es antigua costumbre que los juéves no haya clase. — ¿Con que tambien en las Universidades belgas hay la costumbre que en las Universidades españolas, de dar asueto y holgueta á los escolares los juéves? ¿Y me dirá Vd., señor secretario Lovaniense, la razon política, económica, literaria ó moral que haya para que los señores alumnos de Minerva tengan dos dias de fiesta á la semana? ¿Enseñan acaso las Biblias de esta Universidad, que cuando Dios crió el mundo descansara el sétimo dia para todos, y el sétimo y el cuarto para los estudiantes? — En España, me preguntó á su vez el hermano secretario, ¿se sabe la razon de esta costumbre?—Allí no.—Pues aquí tampoco. —Pues hermano, estamos iguales.

Los bancos en que se sientan los alumnos son de tal forma y están en tal disposicion colocados, que pueden muy bien los inocentitos estar recitando con mucha frescura la leccion por el libro abierto, sin que el maestro pueda verlo ni advertirlo. ¡Excelente cosa para un estudiante!

La Universidad ha seguido la misma marcha descendente que la poblacion. Cuando esta tenia mas de doscientas mil almas no es extraño que la Universidad contara los ocho mil escolares que le da Justo Lipsio : ahora que la poblacion es de veinte y seis mil, los estudiantes no pasan de cuatrocientos; igual número que la de Lieja. El rector tiene el pomposo título de *Rector Magnífico* : no pudimos ver á ese *Magnífico Señor*.

Subimos á la Biblioteca, que está dividida por facultades en cuatro salones, uno de ellos ricamente adornado con columnas, bustos y retratos de los hombres insignes que ha producido la Universidad, especialmente de aquellos célebres teologazos que hicieron tan nombrada la Universidad Lovaniense. — Señor, me decia mí lego, mucho le entretienen á Vd. estos retratos.—¿Qué quieres, Pelegrin? Cada uno se alegra de ver su gente. ¡Cuántas veces me he devanado los sesos en las aulas del convento con los teólogos de Lovaina! ¡Oh! aquí está el famoso *Miguel Bayo*, el que envió la Universidad, de acuerdo con el rey de España, de diputado al Concilio de Trento; el de las 76 famosas proposicio-

nes; el de la célebre *virgulilla* que trajo locos á los papas y á los doctores de aquella época; el que enseñaba que el estado natural del hombre era el de la inocencia, y de consiguiente que por sus fuerzas naturales, y sin el auxilio de la gracia podia conseguir la gloria, y otras doctrinas semejantes.—Dígame Vd., señor, ¿y ese *Miguel Bayo* es santo?—¿Necio y lego que tú eres! ¿Cómo ha de ser santo quien sostenia proposiciones heréticas? ¿Cómo ha de ser santo un hereje?—Señor, ¿y el retrato de un hereje tienen aquí! ¿y el retrato de un hereje contempla Vd. tanto! ¿buena gente-cilla ha salido de esta Universidad! Señor, vámonos de aquí, no sea que nos contaminemos, que yo no quiero tratos con herejes ni en estampa. ¿Y esta es la Universidad que llaman *Católica*! ¿No está malo el vice versa por vida mia!

Y diciendo esto, tomó la puerta sin que nada bastara á detenerle. Seguile pues, y dejando la famosa Universidad de Lovaina, nos hallámos á los pocos minutos en el hotel.

Al dia siguiente por la mañana estábamos de vuelta en BRUSÉLAS.

Apertura de las Cámaras belgas.

La consigna de *Verviers* se cumplió: los hermanos Anselmo é Isidro llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y juntos fuimos á ver la apertura.

Desde las 12 toda Brusélas andaba por las calles; y por las contiguas al Parque y Palacio Real apénas se podia ya romper. Aquel dia tuvo ocasion Tirabeque de vengarse de la privacion en que anteriormente habia estado de ver las damas bruselesas: aquel dia satisfizo á placer su curiosidad. Pero no quedó demasiado satisfecho de la revista de inspeccion que les fué pasando; le agradó mucho su elegancia en vestir, pero no encontró las bellezas que él se habia imaginado. Efectivamente no son las brabantinas ni las walonas las mujeres hermosas de la Bélgica en lo general; pero no hay que desesperar, como le decia yo á Pelegrin, que no están léjos las dos Flándes, y allá llegaremos si la caldera de vapor no reviente.

Cinco ó seis batallones de Guardia Nacional, cuatro batallones y otros tantos escuadrones de linea, con seis piezas de artillería, cubrian la carrera; distinguiéndose entre todos el brillante y lucido de *Cazadores de montaña* con sus levitas verdes y sus lloro-

nes negros en los chacós. La caballería nos pareció asombrosa; en los cuerpos de infantería habia gente muy menguada.

El centro del largo balcón del Palacio Real estaba colgado de terciopelo color violeta. El Palacio del rey en su exterior es sencillísimo: ha sido formado de dos hoteles, separados ántes por una calle, y hoy reunidos por un pórtico saliente compuesto de siete arcadas, de las cuales se elevan seis columnas corintias, cada una de un solo trozo. Interiormente está lujosamente decorado. En él se alojó Napoleón en 1803 con la emperatriz Josefina, y en 1814 con la emperatriz María Luisa.

El estampido del cañón y las alegres tocatas de las bandas militares (que por cierto eran todas muy buenas) anunciaron que habia dado la una, la hora de la salida del rey. Todo se puso en movimiento, y una hilera de coches empezó á romper de Palacio. Nosotros los íbamos revistando todos con ojo escudriñador en busca siempre del ciudadano LEOPOLDO, hasta que los gritos de « ¡vive le roi, » y el punto á que las demostraciones del pueblo iban dirigidas, nos señalaron al rey de Bélgica, que iba á caballo vestido con el uniforme de simple guardia nacional. « ¡Jesus María! exclamó el hermano Isidro: ¿quién se habia de imaginar que ese era el rey! » — Señor, añadió Tirabeque, debe ser un hombre muy natural y muy franco el *hermano* LEOPOLDO.

Pero la ocasion no era muy á propósito para detenerse á dialogar, si no habíamos de perder el acto y ceremonia de la apertura. Empellones y frotaciones lo hicieron, pero al fin lográmos llegar en tiempo oportuno al *Palacio Representativo* ó de la *Nación*. Los dos compatriotas se nos perdieron entre la muchedumbre, pero Tirabeque y yo conseguimos tomar á viva fuerza la entrada, y sin detenernos por entónces á contemplar los dos magníficos cuadros que la adornan, y que representan el uno *la batalla de Waterloo* y el otro *la Revolucion de 1830*, y trepando por una de las dos escaleras de mármol real, conquistámos plaza en una de las tribunas, para la cual nos habia proporcionado billetes nuestro Ministro de Negocios.

La sesion régia era en la Cámara de diputados; Cámara en miniatura, en que apénas caben apiñados los 100 diputados y 50 senadores de que próximamente consta la representacion nacional: ambos cuerpos tienen sus salas de sesiones en el mismo edificio. Allí ménos que en ninguna parte podia faltar el lema nacional de los belgas, el que se lee en sus monedas y en todos sus establecimientos públicos: « L'UNION FAIT LA FORCE, *la union constitue la*

fuerza. » La tribuna que ocupaban la reina y la familia real era tan estrecha y mezquina, que la buena señora se veía y se deseaba para poder acomodar sus niños. La del cuerpo diplomático estaba sobre el dosel del trono; las relaciones de vista se hallaban interrumpidas entre los diplomáticos y el rey.—Diga Vd., mi amo, me preguntaba Tirabeque al oído, ¿y estos diputados vendrán también al destinillo como los de otra nación que Vd. sabe?—Lo que puedo decirte, Pelegrin, es que estos no lo necesitan tanto, porque aquí les asiste la nación con unos 85 duros (200 florines) cada mes durante el período de las sesiones. Y haz el favor de callar, que este no es sitio para hacer semejantes preguntas.

Afortunadamente entró á este tiempo el rey, que fué recibido con numerosas palmadas. Sentóse S. M. en el trono, y leyó el discurso de la corona con el chacó calado. Tirabeque le miraba de hito en hito, y de cuando en cuando me decía: — Señor, ¿no habrá una buena alma que advierta á S. M. con buenos modos, que se quite el morion? Porque yo supongo que estará distraído.—Callá esa boca, hombre, no me comprometas. Á la verdad á mí también me causó extrañeza esta manera de presentarse el rey á las Cámaras reunidas en el día de mas solemnidad. El discurso fué también aplaudido con palmadas. La sesión régia se acabó pronto como todas las sesiones régias de apertura. La comitiva volvió á palacio en el mismo orden. El rey, la reina y sus tres principitos se presentaron en el balcon, donde fueron saludados por el pueblo y la tropa con entusiasmados vivas, á que mas que nadie correspondia la infantita María Carlota, dando alegres é inocentes brinquitos en los brazos de su nodriza.

Y con esto y con desfilar las tropas se concluyó la funcion, marchándose, como dice el adagio vulgar español, cada mochuelo á su olivo. Nuestro olivo era el hotel, en cuyo camino me molió Tirabeque con preguntas.— Señor, ¿cuántos años tendrá el rey Leopoldo? — De 41 á 42 años ha de tener por mi cuenta, le respondí.— ¿Cuántos niños tiene?—Tres.— ¿Cómo se llama el mayor? — Leopoldo como su padre.— ¿Con que la reina es hija de Luis Felipe? — Cabal.— No parece vieja; ¿qué edad podrá tener? — Sobre 35 años.— Y el niño mayor ¿qué tiempo tendrá? — Mira, en llegando á España coge la Guia de Forasteros, y allí lo puedes saber todo, hasta por dias.— Por eso no se enfade Vd., mi amo.

— Señor, me volvió á decir á los pocos pasos; ¿no le parece á Vd. que el rey Leopoldo tiene cara de bueno? Paréceme que ha

de ser un buen rey. — Á lo ménos no es ambicioso, ni propende á abusar del poder real : él les ha dicho á los belgas : « si Vds. creen que yo les convengo, aquí estoy para hacer cuanto pueda en favor de la nacion : si no acierto, ó Vds. se disgustan de mí, me lo dicen Vds. con franqueza, y me retiraré muy tranquilo y muy contento á la vida privada, que es mi mayor placer. » Cuando las Cámaras ó los Ministros le proponen algo, les contesta : « Vds. deben conocer lo que conviene al país mejor que yo ; digan Vds. lo que les parece mas útil, y aquello estoy pronto á sancionar. » Es el rey mas cortado para gobierno representativo que se conoce. Solo de un caso se cuenta en que se haya opuesto á una proposicion del gabinete. Por lo demas él se divierte en grande : se va á Lóndres y se pasa una temporada ; va á Paris y se pasa otra ; los veranos los suele entretener en el Palacio de Campo de LAEKEN ; encarga que si ocurre algo le avisen, y santas pascuas. En cuanto á naturalidad y franqueza no se diga : su palacio es mas accesible á cualquier ciudadano que la casa de un mediano particular. — Señor, bien decia yo, que el hermano Leopoldo tenia cara de campechanote y de bueno.

En esto nos volvimos á encontrar con nuestros dos compatriotas, que iban molidos de bregar con tanta gente para lograr ver la funcion. Comer, ir al teatro, y dormir, fué lo único que hicimos ya por aquel dia.

Waterloo.

Allá vamos nosotros tambien, lugar memorable, lugar de los sangrientos recuerdos. lugar de la grande hecatombe humana, lugar donde fué abatido el colosa de Europa ; allá vamos nosotros tambien á visitar esos afamados campos donde se dió la batalla mas reñida y mas importante de los modernos siglos.

Ya pasámos la bella floresta de *Soigne* ; ya estamos en Waterloo, á las cuatro leguas de Brusélas. El coche se para, nosotros salimos, y una mujer nos viene al encuentro. — Perdon, señores : ¿ Vds. son extranjeros ?— Sí, señora.— Pues si Vds. quieren visitar los lugares célebres de la villa, déense Vds. la pena de seguirme. — Vamos, pues.

— Ved, señores, la casa donde estuvo alojado Wellington : esa de frente de la iglesia : ¿ queréis ver la iglesia ?— Con mucho gusto. — La rotonda ó *dome* del templo fué hecha por los españo-

les : el cuerpo ha sido reedificado despues : ¿ queréis ver los sepulcros del interior ? — Por supuesto. — Venid, pues, conmigo : llamaré al sacristan.

El sacristan era un jovencito de 94 años : venia apoyado en un báculo, y seguido de una turba de chiquillos, que se le acercaban, le rodeaban, le tentaban, le molestaban y sufocaban de mil modos. Cuando él se volvía y levantaba el báculo para castigarlos, ya los chicos estaban fuera de tiro ; apénas les volvía la espalda, ya los tenía encima otra vez ; y en este ejercicio le trajeron todo el tiempo, aun dentro de la iglesia misma ; gritando y riendo los muchachos jugueteros, rabiando y desesperando el decrepito anciano, que en todas partes los viejos y los niños parecen vaciados en una misma turquesa. Tirabeque decia que en aquella batalla le estaban dando tentaciones de unirse á las filas de los muchachos. — ¿ Veis, nos dijo la mujer, este viejo decrepito ? Pues es el rico avariento del país ; él está cocido en oro ; sin embargo, no hay que temer que entregue á otro las llaves de la iglesia cuando vienen á visitarla extranjeros, por la golosina del franco que espera recibir.

La avaricia del viejo era lo que ménos nos importaba á nosotros, y si los sepulcros de mármol con inscripciones inglesas, flamencas, latinas y francesas que á todo lo largo del templo por ambos lados se leían. He aquí una de las que me quedaron mas presentes :

A LA MÉMOIRE DU GÉNÉRAL MAJOR BARON VAN-MERLEN,
TUÉ AU CHAMP D'HONNEUR LE 18 JUIN 1815
A LA TÊTE DE LA BRIGADE DE CAVALERIE LÉGÈRE BELGE N. I.
DANS CES CHAMPS BELLIQUEUX
OU SA VALEUR SUCCOMBE
SA GLOIRE ET NOS REGRETS
ENVIRONNENT SA TOMBE.

Salimos de la iglesia ; una sonrisa de alegría asomó á los labios del viejo (testigo ocular de la batalla á los 68 cumplidos) cuando divisó los dos francos que habian de acrecer su relleno bolsón, sin que en aquel momento se le diera un ardite por las molestias de la turba de pelones muchachuelos : y nosotros seguimos á la mujer.

— ¿ Veis, nos dijo esta, aquellos cuatro árboles que asoman sus copas por encima de esa primera casa ? Pues allí hay enter-

rados 400 guerreros. Seguidme otro poco. Aquí en este campo, aquí mismo al pié de este negrillo, está enterrada la pierna del general *Conde Uxbridge* : este sitio fué visitado en 1º de Octubre de 1821 por Jorge IV de Inglaterra, y en 1825 por el rey de Prusia acompañado de los tres príncipes sus hijos. — En efecto, le dije, lo estoy leyendo en este pequeño templete. — Ahora venid conmigo á esta casita.

Entrámos en la casa : nos recibió muy complidamente la señora, y llevándonos con mucho misterio á una pequeña habitación. — Voy á tener, Sres., nos dijo, el honor de enseñaros un verdadero monumento de gloria ; aquí le tenéis, estáis viendo la bota que llevaba puesta el general conde *Uxbridge* cuando se le cortó la pierna en este mismo sitio. Y nos puso á la vista una média bota vieja. — Aquí tenéis dos retratos del general ; el uno me fué enviado por Madame su viuda con esta carta que podéis leer. En efecto era así. Pero á Tirabeque y al hermano Isidro les veía yo arrugar el ceño, y les oía decir entre sí : — ¿ Y para ver un pedazo de bota vieja tanto misterio? No diera yo un ochavo por la alhaja ; eso lo tendria algun zapatero remendon, y se lo ha cogido esta mujer, y ahora dice que es del general ; ¿ y qué nos importa á nosotros por un pedazo de bota del general? — Pues así como veis, ese pedazo de bota, les interrumpí yo, es un mayorazgo pingüe que posee esta familia ; quién sabe los miles de francos que en el espacio de 26 años les habrá valido, y los que les valdrá todavía? — De modo, replicó Tirabeque, que si hay muchos como Vd.....; Socaliñas, añadió Isidro, como las que tienen estos extranjeros!

Propiné pues á la mujer de la bota, y á la otra mujer que nos llevó á ver la bota, y tomando otra vez el carruaje, seguimos hasta *Mont-Saint-Jean*, pequeña aldea casi á tiro de bala de Waterloo, y muy próxima al lugar del combate. Mientras el cochero se separó á buscarnos un guía, en un momento nos vimos cercados de hombres, mujeres y muchachos que acudieron á ofrecernos solícitos y á porfía, balas, botones, águilas, escarapelas, y otros chismes y despojos militares, que decían haber sido desenterrados del campo de batalla, y que por supuesto eran originales de los franceses que en ella perecieron. El hermano Anselmo y yo tomámos varias de aquellas prendas, al precio cada una de medio franco : al hermano Isidro y á Tirabeque se les iban los ojos viendo dar monedas de plata corriente por aquellas al parecer tan despreciables baratijas. — Señor, decía Pelegrin, Vd. se ha

vuelto tonto en Bélgica. Por ménos he oido yo tratar de brutos á los indios, que á lo ménos aquellos daban oro y diamantes por cuentas de cristal y otras cosas limpias y decentes, pero Vd. da la plata por unos botones y unas escarapelas llenas de hollin y de cardenillo. — Pues en eso cabalmente está su mérito, Pelegrín; en eso se conoce que realmente han sido exhumadas del campo de batalla. — ¿Y quién le dice á Vd. que no las habrán comprado á ochavo en cualquier almacen, y luego las habrán tenido enterradas dos ó tres meses en el corral de su casa, y ahora vienen y le dicen á Vd. : « *Monsieur, voilà unes aigüles qui eran enterrées dans le campe del honneur?* » Desengañese Vd., señor, que para tener aguilas y carrilleras que traer todos los dias á los extranjeros por espacio de 26 años, era menester que hubieran muerto un millon de franceses; y aunque yo no sé cuánta gente murió en la tal batalla, pienso que no llegarían á tantos.

Probablemente sería muy exacta la observacion de mi lego, pero ello es que no se puede prescindir de traer algunas frioleras, sean ellas auténticas ó sean apócrifas, del campo de Waterloo.

El cochero regresó acompañado del guia, que era un inglés como un castillo.

Este inglés está allí competentemente autorizado y habilitado por su gobierno con el fin de que refiera y describa á los extranjeros las circunstancias de la batalla á su modo, es decir, del modo mas favorable á los ingleses. Aquí sí que se podia decir con Isidro : « ¡cosas tienen estos extranjeros!..... » Por supuesto que no hubiera venido á no saber ya por el conductor que éramos españoles : con los franceses no parte él peras; ya sabe que le fruncen un poco el ceño, ó que le despachan con un bufido.

Ea pues, ya estamos en aquel campo funestamente célebre, en aquel campo empapado con la sangre de los guerreros de toda Europa, en el campo en que acabó Napoleon. Tenemos á la vista tres monumentos que llaman de gloria : acerquémonos al que entre todos se levanta mas soberbio. Es una especie de pirámide redonda, hecha de la tierra que se ha escavado en derredor, y en cuya consecuencia han quedado algunos piés mas bajos y hondos los campos que le circundan.

Este monumento está erigido sobre el mismo sitio en que el príncipe de Orange pereció de un balazo en la espalda al tiempo de dar una carga á la cabeza de su regimiento con el sombrero en la mano. Sobre la cúspide de esta elevada pirámide y sobre un basamento de pilares sólidos, descansa un leon colosal de bronce,

con una garra apoyada en una enorme bola del mismo metal, con la otra sostenida en el aire, y con la cabeza vuelta hácia el Occidente, como amenazando á la Francia. En uno de sus frentes se lee : « *Le 18 juin 1815.* » Es extraño que subsista este monumento despues de los cambios que ha sufrido la política desde la revolucion de 1830.

Nosotros emprendimos la subida á la cima de aquella montaña de tierra, teniendo que hacer varios altos para tomar aliento, que no fuera obra poco ímproba el subir de una alentada sus 208 escalones, máxime para la pierna de Tirabeque, que se resentia ya demasiado, y le hacia dar á los diablos á los autores del monumento. Pero arribámos al fin, y aun tuvimos el gusto de trepar por la escalera de mano que allí hay siempre dispuesta, por el capricho y la satisfaccion de poder decir despues : « *hemos tocado el leon de Waterloo.* »

Desde la plataforma que se extiende en derredor del pedestal, se domina el campo todo en que se dió la famosa batalla que decidió la suerte de Europa, el sangriento combate en que fué vencido el vencedor del siglo, en que las fuerzas reunidas de todos los mejores guerreros europeos hicieron por último sucumbir al guerrero gigante. ¡Qué ideas tan grandes, pero qué ideas tan tristes al mismo tiempo se aglomeran en la imaginacion del hombre pensador en aquel sitio ! ¡Que la suerte de los hombres y de las naciones haya de depender de quien haga correr mas sangre humana en una batalla ! ¡Sin embargo, á estos los llaman en el mundo héroes !

— Aquel, nos decia el inglés en un casi imperceptible chapurado, es el punto extremo donde llegó con su division Jerónimo Bonaparte. Aquel otro es el bosque de Bossu, donde sucumbió el príncipe de *Brunswick*. Allí del otro lado del camino de Genappe pereció *Sir Thomas Picton*, cargando á la cabeza del regimiento. Cerca de aquel sitio estáis viendo la tumba del coronel *Gordon* y el monumento de los *Hannoverianos*. Al pié de aquella pirámide está el terreno mismo de *Mont-Saint-Jean*, donde fué lo recio de la pelea ; allí fué donde por espacio de tres horas sufrimos los ingleses á pié firme y sin perder un palmo de terreno aquellas rudas cargas de caballería de los doce mil coraceros y dragones de *Kellermann* y de *Milhaud*. — Entónces sería, le dije yo, cuando *Wellington*, perseguido de cuadro en cuadro por la caballería de la guardia imperial, viendo el valor impasible con que sus soldados se dejaban acuchillar sin avanzar ni retirarse una línea, y

que habian perecido ya hasta diez mil, se puso á meditar, y con el reloj en la mano y las lágrimas en los ojos, dijo aquellas célebres palabras : « aun se necesitan dos horas de tiempo material para que perezcan todos , y dentro de una hora estará aquí *Blucher* con sus prusianos, y la victoria será nuestra : y en caso que *Blucher* falte detenido por *Grouchy*, ántes de las dos horas será noche y nos salvaremos. »

— ¡Oh! exclamó el inglés brusca y furiosamente, esas palabras son falsas; el general no dijo tal cosa; la victoria estaba ya decidida á nuestro favor cuando llegaron los prusianos. — Pues no es eso lo que refiere la historia, ni puede ser así, supuesto que cuando avanzó Napoleon y vió desembocar á los prusianos por la floresta de Frichermont, creyendo que era *Grouchy*, exclamó : « ¡ah! ya viene *Grouchy*! nuestra es la victoria.» Que fué su último grito de esperanza, porque no era *Grouchy* sino *Blucher*, tan impacientemente esperado por Wellington, que con sus 50,000 prusianos y sus 123 piezas de artillería, atacó de refresco el flanco derecho de los franceses. Y entónces fué cuando animado Wellington, mandó un movimiento de avanzada, y los franceses viendo adelantarse por una parte los ingleses y por otra que la carretera de su retaguardia iba á ser forzada por los prusianos, abandonaron el campo de batalla, y procuraron salvárse por una retirada que luego se convirtió en desordenada y tumultuosa fuga. — ¡Oh! Vd. es apasionado de los franceses. — Yo no soy apasionado de los franceses ni de los ingleses; yo recuerdo los hechos segun los he leído. — Los habrá Vd. leído en alguna historia francesa.

Á todo esto las contestaciones entre el inglés y yo eran el mas verdadero, completo y gracioso galimatías que se puede discurrir; los dos hablábamos frances, pero el suyo era un inglés afrancesado, y el mio un frances con tintes de español, que si yo estropeaba la lengua del Telémaco, él la tronchaba y la magullaba que era una compasion; y lo admirable era que nos entendiéramos.

Al ver como el guia se acaloraba conmigo cuando yo le replicaba algo, Isidro y Tirabeque me propusieron en español puro si queria que le echarán á rodar de la montaña abajo. Yo rechazé como debia su proposicion, y me contenté con contemplar en silencio aquellos lugares de sangrienta memoria. Y con arreglo á una descripcion de la batalla que yo llevaba en el bolsillo, — aquellas, decia yo, deben ser las casas de la Haie-Sainte, tomadas y perdidas tres veces por *el valiente de los valientes*, el *infa-*

tigable mariscal Ney, que en estos tres ataques vió morir cinco caballos de los que montaba.

« En aquella pequeña eminencia sería donde sentado Napoleon y teniendo á su derecha al mariscal Soult, á su lado una botella de Burdeos, y en la mano un vaso de vino, en que de tiempo en tiempo humedecía maquinalmente los labios, viendo acercársele su hermano Jerónimo y el mariscal Ney cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, se sonrió diciéndoles : « Así es como me gustan mis bravos. » Allí sería donde clavados siempre los ojos en la gran lucha, de que hasta entónces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de su guia Lacoste, uno para Soult, otro para Ney, y otro para el príncipe Jerónimo, remedo del *faciamus hic tria tabernacula* de la escritura, *tibi unum, Elie unum, Moisi unum*; y no habiéndose encontrado mas que dos, los llenó con su misma mano, y alargó uno á cada uno de los mariscales, dando despues el suyo á Jerónimo.

» Allí fué donde con el acento dulce que él sabía emplear en las ocasiones, le dijo á Ney tuteándole por la primera vez desde la vuelta de la isla de Elba : « Ney, mi bizarro Ney, vas á tomar los doce mil hombres de Kellermann y de Milhaud, y cuando se te reunan mis *grognards*, darás una carga, y si viene Grouchy, la victoria será nuestra.»

» Aquella debe ser la Bella-Alianza, donde se reunieron Wellington y Blucher despues del combate. Mas adelante veo el sitio donde Napoleon hizo todo lo posible por morir, segun refieren los franceses. Yo me figuro estarle viendo con su uniforme verde y su cruz de oficial de la Legion de Honor, interponerse entre los batallones ingleses y las líneas francesas buscando la muerte, y me represento á su hermano Jerónimo tirándole por detras de la casaca; y me parece ver al bravo guerrero Corso, al general Campi, ponerse con impasible serenidad entre el emperador y las baterías enemigas para salvarle de la muerte con su cuerpo ó con su caballo. Y allí fué sin duda donde al cabo de tres horas de horrible matanza, se volvió el emperador á su hermano y le dijo : « Vamos, pues; parece que la muerte no me quiere todavía. Jerónimo, yo te doy el mando en jefe del ejército; siento haberte conocido tan tarde.» Y le tiende la mano, monta en un caballo que él le presentó, pasa como milagrosamente por medio del enemigo, llega á Genappe, se detiene unos momentos, intenta rehacer el ejército, y viendo inútiles sus tentativas, vuelve á montar á caballo, y llega á Laon en la noche del 19 al 20. Napo-

leon y la Francia cayeron, la cuestion de Europa se decidió. Ni una piedra, ni una inscripcion hay que recuerde la Francia en aquellos campos donde pelearon encarnizadamente 200,000 guerreros con mas de 500 piezas de cañon. »

Despues de haberme saciado de contemplaciones y de recuerdos, bajámos de la montaña, entrámos en una casita que al pié de ella se ha erigido, donde se enseña una coleccion de armaduras y despojos cogidos en el campo de batalla : sentámos nuestros nombres en un libro, dejámos un franco por persona, volvimos á Mont-Saint-Jean, tomámos nuestra carretela, y á las siete de la noche estábamos de regreso en Brusélas.

GANTE.

El quantazo de Cárlos V.

— ¿ Señor, y adónde vamos á parar desde aquí ? me preguntó Tirabeque al siguiente dia. — Á *Flándes*, le dije. — ¿ Vamos á poner allí alguna pica, Señor ? — Eso quedará de tu cargo en llegando allá. En efecto, á las dos horas y média ya estábamos en el hotel del LEON DE ORO de la capital de la Flándes Oriental, por supuesto despues de haber pasado por la consabida MALÍNAS.

Estamos, pues, en la tierra clásica de la agricultura, que dicen los belgas, aunque yo pienso encontrarla mas clásica todavía ; si bien no les niego que está con esmero y con inteligencia cultivada ; estamos en la tierra de los árboles frutales, de los sustanciosos ganados, y de los caballos de estima ; en la tierra de los afamados tejidos de hilo y algodón ; en la tierra de las flores naturales, de que los floristas belgas hacen un comercio florido que no se conoce acaso en otro algun país del mundo ; y estamos por fin en la GANTE de las 90,000 almas, en la GANTE de las 26 islas y los 80 puentes, que forman y cruzan sus cuatro rios, el Escalda, el Lys, el Lieva y el Moesa, que dan impulso y ayuda á las numerosas fábricas de vapor en que se emplean 30,000 obreros.

Apénas nos posesionámos del hotel, se posesionó de nosotros en clase de *commissionnaire* un respetable flamenco como de 40 á 50 años, alto, moreno, patilludo, serio y formalote ; taciturno además, y de aquellos de *interrogatio et responsio*. Era el vice-versa del de Brusélas : conocia bien el pueblo, pero sin duda no le conocia

mas que en coche, porque el coche fué la primera necesidad que nos indicó para nuestro plan de visita. — ¿Qué es lo que Vds. desean ver ántes? nos preguntó (y pocas mas preguntas nos volvió á hacer). — Yo, respondió Tirabeque, lo que deseo ver pronto es esa manteca de Flándes tan rica que dicen que hay por aquí.— Pues yo, le dije (y no haga Vd. caso de este simplete) quisiera ver cuanto ántes la casa en que nació Cárlos V. —Vamos pues : entremos en uno de estos coches.

Asombrado me quedé yo Fr. Gerundio al ver que del palacio en que nació aquel gran monarca, en cuyos dominios no se ponía nunca el sol, solo se conservaba un viejo y negrusco paredon circundado de miserables casuchas. — ¿Pues qué (le pregunté al *commissionnaire*), tan mal se portó Cárlos V con los ganteses, que así han dejado arruinarse la casa en que nació al mundo el monarca mas grande de su siglo? Contadnos, pues, algo de su historia, si no os es molesto. — ¡Ah! vos sois españoles.... — No importa, somos españoles despreocupados; referid lo que sepáis y gustéis. El hombre venció su natural taciturnidad y dijo :

« Señores : el emperador cuando se fué á España dejó por gobernador de los Países-Bajos á su hermana María de Austria. Esta princesa pidió un subsidio extraordinario para sostener las guerras del emperador : los ganteses se negaron á contribuir, y se sublevaron. Mas de un año se pasó en sediciones y parlamentos. Por último resucitó la antigua faccion de las *Caperusas blancas*, bajo el nombre de *Cressers* ó *Alarmistas*; se apoderó de la administracion municipal, arrojó los nobles, puso la ciudad en rebelion abierta, y se preparó á una defensa vigorosa. El emperador desde España veia indignado que una sola ciudad se las apostase tan insolentemente al señor de tantos reinos, y conociendo que solo su presencia debia restablecer la calma y someter á los ganteses, pide permiso á Francisco I para pasar con un ejército por la Francia, y se dirige apresuradamente á Gante. Su aproximacion llena de espanto á los ganteses, y le envían doce diputados implorando clemencia. — Yo, les responde, no entraré en Gante sino como soberano, con el cetro en una mano y la espada en la otra. Hace en efecto su entrada en la ciudad el 16 de Febrero de 1540 á los 40 años justos de su nacimiento : manda cerrar las puertas, y convoca sobre la marcha el Consejo de los nobles y de los magistrados, para acordar el castigo que deberia imponer á la ciudad rebelde. Los ganteses tiemblan.

» Sin embargo, continuó, la severidad no correspondió al apa-

rato amenazador que habia desplegado. Verdad es que el duque de Alba, á quien el emperador pidió parecer, propuso que toda la ciudad fuera arrasada *de fond en comble*, sin que quedara piedra sobre piedra. — Señor, interrumpió Tirabeque, bien me dijo Vd. en Brusélas, que habíamos de hallar rastros y reliquias del duque de Alba; ¡ caramba con las moscas que gastaba el hermano! — Pero el emperador le hizo subir consigo á la torre del *Beffroi*.... esperad, estamos al pié de la torre del *Beffroi*; para, cochero; salgámos señores.

» Hé aquí la torre del *Beffroi*. Entre los principales privilegios concedidos á los ganteses en el establecimiento de los comunes, se cuenta el de la campana de *somaten*, que esto es lo que significa *beffroi*, para convocar al pueblo á la aproximacion del enemigo. ¿ Veis esos cinco campanarios? pues en el del medio está la famosa campana de *somaten* de Gante. ¿ Veis aquel enorme *dragon* de cobre dorado, que le sirve de veleta? El es mayor que un toro. En los dias de gran fiesta se ilumina de noche con antorchas y por la boca escupe cohetes, y los lanza hasta las nubes.

» Pues bien, á esta torre del *Beffroi*, hizo subir Carlos V al duque de Alba, y haciéndole notar la extension de esta ciudad inmensa, y bien duque de Alba, le dijo, vos que me aconsejáis la demolicion del pueblo, decidme : ¿ cuántas pieles de españoles calculáis que serian necesarias para hacer un *guante* de este tamaño? (1) El duque reconoció por la pregunta que su Consejo no le habia hecho la mayor gracia al emperador, y bajó la cabeza sin contestar una palabra. — ¡ Caramba, mi amo, y qué *quantazo* tan bien dado sacudió con eso al duque de Alba el hermano emperador! Allí se encontraron los guardas con.....— Calla, te he dicho.— Así fué que jamas el emperador empleó en Bélgica á aquel hombre feroz. La ciudad pues, fué condenada á una fuerte multa y á la pérdida de sus principales fueros. De todos los sentenciados á muerte, que eran muchos, solo hizo decapitar á 23 jefes de los *alarmistas*; otros 40 fueron desterrados; mandó construir una ciudadela para tener siempre en respeto al pueblo, y los magistrados y los habitantes de mas distincion de la ciudad se presentaron á implorar misericordia al emperador en traje de

(1) El emperador hablando en frances, usó el retruécano de *Gand, Gante y Gant, Guante*, que en frances tiene la misma pronunciacion. « *Combien de peaux d'Espagnols faudrait-il pour faire un gant de cette grandeur?* »

penitentes, con la cabeza y los piés desnudos, y una soga al cuello. »

— Señor, dijo Tirabeque, vea Vd. una cosa que no la hacian los españoles, aunque supieran que los picaban vivos. — Y si no, añadió el hermano Anselmo, que viera el señor emperador si se le humillaban asi las Comunidades de Castilla. — Señores, si en mi relacion he ofendido á los españoles, dijo el guia, yo os pido bien que me perdonéis. — No, no, todo al contrario, le dije yo; no es que mis compatriotas se hayan ofendido, no hacen sino comparar sencillamente el carácter español con el flamenco.

Calderon de la Barca.

¿Cómo habia yo de pensar encontrarme aquella noche en el teatro de Gante con mi paisano Calderon de la Barca? Pero así fué, que allí estaba en compañía del Tasso y otros hermanos de la cofradía dramática, y sobre los músicos Mehul, Bellini, Wéber y consortes. Y no tuve poco gusto por cierto, en ver en tan lejanas tierras, aunque fuera en retrato, á nuestro autor de LA DAMA DUENDE, cuyos huesos hacia poco habian andado removiendo en Madrid, llevándolos en solemne procesion del templo A para el cementerio X. Achaque de hombres grandes que ni despues de muertos los han de dejar descansar quieta y pacíficamente en un sitio.

La barba rubia y el mirar travieso del personaje que se veia pintado en el telon de boca, no dejaban dudar que eran de Carlos V, porque los retratos de Carlos V y los de Napoleon tienen una singularidad, y es que nadie acierta á hacerlos tan mal que no se conozcan y distinguan al primer golpe de vista de los de todos los otros hombres : sobre él se leia : — *La ciudad de Gante alienta las artes, la ciencia y la industria.* — Y encima las armas de la ciudad con el lema : *fides et amor.*

Una ópera en tres actos, *Robert d'Evreux*, un drama en dos, *L'interdiction*, y un vaudeville nos soplaron aquella noche, con arreglo á la costumbre franco-belga de obsequiar con cinco horitas de funcion, y perdonen Vds. la cortedad. El teatro me pareció mejor que los actores : pero lo grande, lo bello, lo admirable y magnifico del teatro de Gante es el *foyer* ó sala de descanso ; excede en mucho á los mejores *foyers* de Paris, y no sé si le habrá más suntuoso en ningun otro teatro del mundo.

San Bavon y San Babilés.

Á ninguno de los cuatro españoles se nos olvidarán jamas las blandísimas, mullidísimas y comodísimas camas del hotel del *Leon de Oro* de Gante, ni á Tirabeque se le olvidará tampoco la apetecible manteca que le pusieron y nos pusieron para el té matutinal.

Reconozco que esto nada tiene que ver con San Bavon, mucho ménos habiendo sido San Bavon un hombre que renunciando espontáneamente á la rica manteca de su país y á aquellas camas imperiales, tuvo el capricho de alimentarse de yerbas silvestres y de vivir en el campo dentro del tronco de un árbol carcomido. Pero ya viene el *commissionnaire* provisto de coche, y hétenos que nos metemos en él, y somos llevados á visitar la catedral de San Bavon.

Jamas me pudo pasar por las mientes que el templo consagrado á un santo cuyo nombre ni siquiera habia llegado á mis oídos, fuese *uno de los templos mas ricos de toda la cristiandad*, como lo es sin disputa la catedral de Gante. ¡Qué prodigalidad de mármoles! ¡Qué abundancia de preciosas esculpturas! ¡Qué riqueza de admirables cuadros! Fijémonos en uno solo; detengámonos en la undécima capilla; contemplemos ese cuadro del *Cordero*, que le da el nombre; veamos esa obra de los hermanos *Van Dyck*, inventores de la pintura al oleo; saciemos, si es posible saciarla, nuestra vista en ese que se cree el segundo cuadro al oleo que se hizo en el mundo; ¡qué frescura! ¡qué tintas! ¡qué vivacidad de tonos despues de cuatro siglos de antigüedad! ¡Ah! El secreto de *Juan Van Dyck*, aunque trasmitido á sus discípulos, no ha llegado hasta nosotros.

Todos los esfuerzos de los pintores modernos no han podido alcanzar este lustre, esta viveza de colorido de las obras de *Juan Van Dyck*. Todas las partes de la admirable composicion que tenemos á la vista están tratadas con el mismo esmero, con la misma superioridad. Las figuras tienen la nobleza y la gracia de la escuela italiana, aunque no esté del todo exentas de la crudeza del estilo aleman. La cabeza de Cristo respira una majestad verdaderamente divina, la Virgen es bella como las vírgenes de Rafael; la figura severa del Bautista forma un admirable contraste con el candor sublime de la madre de Dios, y entre los grupos de los

apóstoles que adoran al cordero inmaculado, se distinguen los retratos de los dos hermanos Van Dyck. Maravillosa es la ilusión que producen todos sus detalles.

Viene la guerra de la independencia, y un general frances, curioso apañador de cuadros, como tantos otros franceses, le echa boníticamente el guante en unión con otras pinturas, y le lleva y coloca con mucha gracia en su gabinete de París, de donde pasó despues al de Mr. Dausaert-Engels, de Brusélas, á quien hace poco se le compró el rey de Prusia, con el fin de unirle á los seis *volets* ó portezuelas originales que se extraviaron del cuadro de San Bavon, y que este monarca logró adquirir por la suma de 440,900 francos, es decir, por mas de millon y medio; discurra el curioso lector si los postigos solos del cuadro han valido mas de millon y medio de reales, ¡quién será capaz de apreciar *el cuadro de la capilla del Cordero de San Bavon!*

Pero la mejor apología de este riquísimo cuadro es su curiosa historia. El rey de España, Felipe II, conoció bien que era una alhaja digna de un gran príncipe, y trató de comprársela al cabildo de San Bavon. Pero los canónigos que sabian bien lo que tenían en casa, le dijeron al hermano Felipe que excusara de molestarse, porque no alargarian el cuadro por todo el oro del mundo. Viéndo el rey que los canónigos se le habian plantado, bajó la cabeza (y no era cabeza la de Felipe II que se bajara á un dos por tres) y se limitó á pedirles que le permitieran sacar una copia. Accedió á ello el cabildo, y en su virtud encomendó S. M. C. esta obra difícil á Miguel Coxie, de Malinas, llamado el Rafael flamenco. Este ilustre artista, despues de haber pedido al Ticiano que le mandara de Venecia el azul que habia de emplear en el manto de la Virgen, dió al cabo de dos años de trabajo, concluida la obra, la cual se halló tan acabada y perfecta, que la copia no se distinguia del original. Cuatro mil florines de oro le valió la obra, y el rey Felipe II enriqueció con ella la galería de su escorial.

Muchas otras preciosidades vimos en las catorce capillas de aquel gran templo, entre ellas el cuadro famoso de Rubens en la capilla 14, que representa á San Bavon en el acto de ser recibido monje en la abadía de *Said-Amand*, cuya composicion es un prodigio de ciencia; los mausoleos del coro, el sepulcro del último abad en la iglesia subterránea hecha de piedra de toque (*lapis lidius*), y otras mil riquezas que nos enseñó menuda y detenidamente el atento y obsequioso sacristan. — ¿Qué te parece, le pregunté á mi lego, de la catedral de San Bavon? — No puedo

decir á Vd. mas, me respondió, sino que en esta iglesia de *San Bavon* yo estoy hecho un *San Babilés*.—Y yo igualmente, añadió el hermano Isidro sin preguntárselo. El hermano Anselmo y yo no lo decíamos por decoro, pero sin decirlo lo estábamos tambien.

¡Santa Bárbara bendita! ¡y qué atrocidad de cañon!

Desde la catedral nos dirigimos al *Mercado del Viérnes*, ó sea la plaza así llamado del mercado, que cada viérnes en ella se celebra. En una de las calles que desembocan en el mercado, « ved, señores, esa pieza, » nos dijo el guia, muy serio y como quien enseña un objeto cualquiera. — ¡Santa Bárbara bendita! exclamó Tirabeque, ¡y qué atrocidad de cañon! — ¡Qué barbaridad! exclamó Isidro. — ¡Qué disparate! exclamamos nosotros. — Estáis viendo la *maravilla de Gante*, nos dijo el cicerone. — Mejor diréis, le repliqué yo, *la maravilla del mundo*. — Bien pudiera decirse así, contestó él, porque es el mas grande cañon que se conoce en Europa : él pesa 16,101 libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo. — ¿ Pues cuánto pesa la cañita, si se puede saber? — Pesa 33,606 libras : tiene 18 piés de largo, 10 piés y 6 pulgadas de circunferencia, y el diámetro de su boca es de cerca de 3 piés : él data de los primeros años de la invencion de la artillería : su forma es casi igual á la de las piezas que defienden la entrada de los Dardanelos ; reparad, está forrado de aros de hierro.

Todos nos acercámos á verlo y tocarlo : el hermano Isidro lo contemplaba con mas avidéz que hubiera examinado Murillo un cuadro de Rafael, y de tiempo en tiempo exclamaba : ¡ vaya, que ya hay aquí material con fuerza! ¡ el diablo son estos extranjeros. — ¿ Y no tiene nombre este chismecillo? pregunté yo. — Sí, me respondió el *commissionnaire*, se llama *Margarita la rabiosa*. — Pues cuidado con una rabieta de doña Margarita! repuso Tirabeque. — ¿ Y no me diréis con qué objeto se fabricó este escándalo de hierro? — Os lo diré.

« Segun refiere Froissart, los ganteses para proteger la guarnicion de Audenarde, acordaron construir una bombardita maravillosamente grande, cuya espoleta era de 53 pulgadas, y con la cual pudiesen arrojar á los sitiadores gruesos y pesados peñascos. Así lo hicieron, y era tanto el estruendo que la bombardita hacia cada vez que se descargaba, que su estampido se dejaba oír á las

cinco leguas de día, y á las diez de noche, tanto que, como observá graciosamente el mismo Froissart, parecía que todos los demonios del infierno andaban en danza. » — De modo, le interumpí yo, que parece haberse hecho exclusivamente para pintar el estruendo de esta pieza aquel verso latino que dice :

Horrida per campos bam bim bombardá sonabant.

— No entiendo latin, respondió el *cicerone*. Y he aquí un *cicerone* que todo lo tendría ménos lo de *Ciceron*. — Lo que puedo decir es que en el año 1452 cuando habia en el *Mercado del Viérnes* 42,000 paisanos amotinados y armados de garrotes claveteados de hierro para resistir las tropas de Felipe el Bueno, les hizo este cañon un gran servicio.

Yo invité á Tirabeque á que se embutiera el cuerpo dentro del cañon, como suelen hacerlo por capricho los ingleses, pero él me contestó con mucha viveza : — Señor, los ingleses siempre han tenido unos caprichos muy raros : yo no tengo por conveniente encañonarme de ese modo, porque supongo que lo mismo en Flándes que en España el diablo las carga ; y denme lo que quieran con Margaritas de buen genio, pero con *Margaritas rabiosas* no quiero tratos tan íntimos.

Las carniceras Princesas.

La entrada en el *Mercado del Viérnes*, teatro sangriento de los pronunciamientos de Gante, nos dió ocasion para hablar de otros mercados, y entre ellos de los mercados ó abastos de la carne, ó sea de las carnicerías. — ¡ Oh ! aquí los carniceros, nos dijo el conductor, son príncipes que han causado grandes matanzas y horribles carnicerías, que de estós en todas partes los hay y ha habido, sino de los carniceros ó cortantes, de estos que despachan la carne de comer para el público. — Pues esos, me replicó, son aquí *Príncipes de la sangre*. — Segun eso, repuso Tirabeque, las *carniceras* serán *princesas* tambien. — En efecto. — ¡ Tambien Vd. quiere burlarse como el otro, señor comisionista ? Pues Vd. me parecia hombre más formal. — ¡ Oh ! yo no me burlo. Los carniceros, *los hijos del Príncipe*, que así son nombrados, han tenido grandes privilegios : ellos han tenido el derecho de llevar su estandarte de honor á las ceremonias públicas, el de asistir á la

inauguración de los soberanos, y el de hacerles la guardia de honor..... ¡Oh! aquí las dos carnicerías que hay, *la gran carnicería y la pequeña carnicería*, han sido el patrimonio de unas pocas familias ricas, sin que nadie pudiese ejercer la profesión sino sus descendientes en línea recta.

— Hombre, por San Bavon y Santa Coleta, haga Vd. el favor de explicarnos ese misterio.

— Yo lo explicaré.

« El emperador Carlos V era un monarca tan popular, que no tenía reparo en mezclar su sangre con la de las familias mas plebeyas, especialmente cuando la hermosura de alguna jóven..... ¡Oh! señores los emperadores tienen sus pasiones tambien. — Vamos, hombre, explíquese Vd. sin miedo, le dijo Tirabeque: eso sería que tuvo algun trapillo con alguna carnicera de buenos bigotes que le gustó. — Eso es cabalmente lo que cuenta la historia, aunque en ella no se lee que la tal jóven tuviera bigotes, ántes al contrario, refiere que era de rostro hermoso y de tez muy fina y delicada. — Pues tambien eso es cabalmente lo que en España se llama tener buenos bigotes. Y siga Vd., que en cada tierra se explica la gente á su modo.

» Pues bien, de aquella desigual union resultó, dice la historia, un robusto infantito, que en lo rubio no desmentía el origen de la paternidad. El emperador, en la alegría de verse reproducido, preguntó á la madre qué era lo que mas deseaba para concedérselo. Ella dijo que el privilegio exclusivo de vender la carne en toda la ciudad, concentrado en los descendientes del fruto de sus amores. Así se lo otorgó fácilmente el emperador. Aquel pequeño hijo de príncipe tuvo, andando el tiempo, otros dos hijos varones, y de ellos han descendido las dos familias que tienen hoy *la grande y la pequeña carnicería*. Desde entónces se llamó á los carniceros *príncipes de la sangre, ó los hijos de príncipe*, y fueron obteniendo todos esos privilegios de que os he hablado.»

— ¡ Lo que son las flaquezas humanas! exclamó el hermano Anselmo: está visito que los monarcas mas poderosos no están exentos de las debilidades de la naturaleza. — ¡ Lo que aprende un hombre viajando! decia Isidro. — ¡ De lo que pende, bien pensado, dije yo, el origen de las clases y de las alcurnias! — ¡ Lo que hace, concluyó Tirabeque, una carnicera de buenas carnes!

Setecientas monjas y un fraile.

— ¿Dónde nos lleva Vd. ahora, conductor? — Estamos en la calle de *Bruges*, y vamos á entrar en el *Grand Béguinage*: es la hora de ver todas las hermanas reunidas en el templo.

Me alegré, yo Fr. Gerundio, porque habia oido hablar mucho de las *Beguinas* de Bélgica, y sobre todo del *Grand Béguinage* de Gante. Ninguno de los compañeros sabia lo que íbamos á ver. Entrámos por una puerta de arco, y nos encontramos como en una poblacion nueva dentro de la misma ciudad, pero separada de ella por medio de murallas y de fosos llenos de agua que la circundan. Es, digámoslo así, una pequeña ciudad dentro de otra ciudad mayor, porque tiene la misma forma de calles y casas que otro cualquier pueblo, pero á la cual no hay mas que una entrada. Allí es donde vive la comunidad de las *Beguinas*, diseminadas por todas aquellas casas, cada una de las cuales lleva la advocacion de algun santo ó santa, cuyo nombre se lee sobre cada puerta.

— ¿Qué es esto, señor? me preguntaba Tirabeque: no parece sino que hemos sido trasportados en cinco minutos á la tierra santa. — Este es, le dije, el convento de las *Beguinas*. — Señor, en mi vida he visto convento como este; esto es un pueblo. — Sí, pero las monjitas que habitan estas casas, se reunen en el templo á rezar los oficios: ahora las verás.

Entrámos pues en el espacioso templo del *Grand Béguinage*. Admirable y sorprendente golpe de vista; bello y poético espectáculo ofreció á nuestros ojos una congregacion de setecientas hermanas vestidas de hábito religioso, unas con un velo negro y otras con una blanquísima cofia plegada sobre la cabeza, dejando apenas ver los rostros; muchas con un libro en la mano, y todas oyendo el sermón de un sacerdote que vestido de una especie de pelliz estaba predicando en flamenco. Yo leia la sorpresa en los semblantes de mis tres compatriotas, y ellos deberian leer en el mio una sensacion mezclada de admiracion y de placer. Arrimado á un rinconcito, explicaba yo en voz baja á mis compañeros lo que habia leído acerca del origen é institucion de estas *Beguinas*; que habian sido fundadas en Lieja por un tal *Lamberto Begg* ó *Begue*; y no por *Santa Bega*, como afirma Alejandro Dumas, confundiéendolo sin duda con otra institucion de jóvenes señoritas que fundó aquella santa: que hacian una vida retirada, religiosa

y penitente, pero sin votos públicos; y que de consiguiente las *Beguinas* podian salirse de la comunidad, y volver al siglo, y aun casarse, si bien miéntras permanecieran en el *Béguinage* tenian que obedecer á una priora ó superiora, etc.

Á este tiempo divisó Tirabeque un *fraile dominico* que sentado en un confesionario estaba.—¡ Señor, señor, un fraile! y es dominico. — En efecto que sí. — Señor, ese fraile debe ser un *Bigardo*. — ¡ Cómo un *Bigardo*, hombre! ¿ Sabes bien lo que dices? — Pues diga Vd. mi amo; ¿ no me ha hablado Vd. algunas veces de unos herejes que hubo en otros tiempos, que llamaban *los Bigardos*, y que eran compañeros de las *Beguinas*? — *Begardos* dirás, hombre, que no *Bigardos*. En efecto, hubo en el siglo XIV en Alemania unos herejes llamados *los Begardos y los Beguinas*, que enseñaban, entre otras cosas, que el hombre podia llegar en esta vida á tal estado de perfeccion que ya no podia pecar, y de consiguiente eran ya superfluos los ayunos y todas las obras y ejercicios de virtud: estos herejes, llamados tambien *quietistas*, fueron condenados en el concilio general de Viena bajo el papa Clemente V; pero aquellos *Begardos y Beguinas*, nombrados tambien así de otro *Begg*, nada tienen que ver con estas *Beguinas*. — Señor, como se parecen tanto los nombres y yo no he estudiado mucho la historia de los herejes, no extraño que lo haya confundido.

Dedicóse luego á brujulear rostros por debajo de los velos, y no le desagradaron algunas fisonomías de las monjas flamencas.

Hay ademas en Gante otro *Petit-Béguinage*, por el mismo estilo que el grande, fundados ambos por la condesa Juana de Constantinopla; pero aunque llamado *petit*, no es tan pequeño que no conste la comunidad de 200 ó 300 hermanas. La institucion y existencia de las *Beguinas* son exclusivas de los Países-Bajos.

La aparicion del fraile, primero y único que habiamos visto hacia seis años desde su supresion en España, dió ocasion á que fuéramos informados de la reaccion fraileasca que se está obrando en Bélgica hace algun tiempo, especialmente en las dos Flándes y Ambéres, donde han reingresado ya en claustros una porcion de comunidades de franciscanos, dominicos, carmelitas, capuchinos y otros. Pero ni en Brusélas ni en otras grandes poblaciones han podido todavía hallar cabida los cerquillos.

Fábrica de paño continuo.

Pasando puentes y cruzando canales, fuimos llegando á la fábrica de fundición de la *Compañía del Fénix*, á cuyo director íbamos recomendados por un rico comerciante de París. El edificio es vasto, y da de sí para entretenerse todos segun la afición de cada uno. Dejemos al hermano Isidro cebándose en observaciones en los departamentos de las fabricaciones de máquinas : dejemos tambien á Tirabeque embobado en ver el gran receptáculo ó depósito de gas dentro del mismo edificio fabricado, y me voy con el hermano Anselmo y con el director á otra pieza, donde nos espera ser testigos de un nuevo é importante adelanto industrial; tan nuevo, que era el primer día que se habia puesto su ensayo en ejecución.

No podia discurrirse una cosa que mas pudiera interesar á mi compañero; porque era una máquina al vapor nuevamente inventada para la fabricacion del paño fieltro continuo; máquina semejante en su clase en mecanismo y en resultados á las del papel indefinido. Hasta entónces parece que no se habia hallado, ó al ménos ensayado en Europa, el medio de cruzar los hilos en este género de paño : aquel día se habia empezado á poner en ejecución con grandes probabilidades de buen éxito. El inventor y maestro, con quien tuvimos el gusto de hablar, con mas la satisfaccion de oír las explicaciones de su misma boca, era un inglés, á quien el director de la *Compañía del Fénix* habia hecho venir *ad hoc* de los Estados Unidos.

Largo rato nos llevámos observando atentamente el progreso y resultado de las diferentes y admirablemente combinadas operaciones de la máquina, la cual movida por el vapor sin el auxilio de otros brazos que dos solas personas que ponian un trabajo ligerísimo, habia de dar al cabo del día un número prodigioso de varas de paño perfectamente elaborado desde la lana en fieltro hasta ponerse en estado de echarle la tijera para vestir.

El hermano Anselmo lo contemplaba absorto, y yo lo veia no sin sorpresa y admiracion. No sé si el resultado del ensayo habrá correspondido á las esperanzas : si ha sido así, las fábricas de paño fieltro deben producir una revolucion en el ramo de paños, como las del papel continuo la produjeron en el de papel.

Prision modelo.

No léjos de allí, y en la parte del canal de *Bruges* que con el nombre de *la Cortadura* sirve de paseo público, está la *casa central de detencion*, la gran prision de Bélgica, la cárcel que puede servir y ha servido de modelo para las prisiones de los países mas cultos; la cárcel cuya administracion y sistema penitenciario han ido á estudiar comisionados de los gobiernos de las naciones mas civilizadas; la que han imitado la Prusia, la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos y otros diferentes reinos; la que finalmente ha examinado y estudiado con tanto celo y aprovechamiento nuestro ilustrado español *Lasagra*, si bien con el desconuelo de que sus estudios y sus escritos no hayan servido sino para que en España se pueda conocer mejor y desesperar mas del triste y afflictivo contraste que con aquel modelo de prisiones forman (con poquisimas excepciones) nuestros hediondos calabozos, nuestras sucias mazmorras, y su abandonada y vergonzosa administracion.

Esta cárcel pues, este vasto establecimiento fundado por Maria Teresa, y considerablemente agrandado por el rey Guillermo, es un inmenso octógono, dividido en ocho triángulos, cuyos remates desembocan todos en un patio central. ¡Qué orden! ¡qué aseo! ¡qué sistema tan sabio y tan concienzuda y escrupulosamente observado! Nosotros, acompañados de uno de los conserjes (militar retirado, como todos los empleados en aquella cárcel) fuimos visitando cada departamento de por sí. Habia mas de mil presos, de ellos unos 250 condenados á reclusion perpétua; y todos sin distincion estaban ocupados en los trabajos de los talleres de herreros, de carpinteros, de zapateros, de sastres, de tejedores, etc. Todos visten uniformes con vestidos trabajados en el establecimiento. El conserje nos llevó á un gran depósito de camisas, pantalones y calzoncillos de buen lienzo. — He aquí, nos dijo, uno de los almacenes de ropas. — ¿Y estas ropas son para los presos de la casa? — Ah, no; estas prendas son para el ejército, para la clase de tropa. — Y diga Vd., amigo; pues qué, ¿los soldados en esta tierra gastan calzoncillos tambien? — Ah, sí, todos; ¿en España no? — En España..... yo le diré á Vd.; en España hace ménos frio, y con ese motivo, no digo calzoncillos, sino ni aun casi pantalones gastan. — Oh! la España será un país muy ardiente. — Si, señor, para la tropa muchísimo: allí en el mes de Diciembre suelen andar los soldados de pantalon blanco, ya

un poco trasparente á fuerza del uso.—¡ Oh diablo ! ¡ que país tan ardoroso !

Pasámos á la sala de los ancianos é imposibilitados, donde estaban los presos que por su edad ó sus achaques no pueden ya trabajar ; y de allí á la enfermería. Yo no sé cuál de los dos salones me ofreció mas que admirar ; si aseado y decente estaba el uno, limpio y curioso estaba el otro : si buenas camas tenian los ancianos, á las de los enfermos no les faltaban sus buenas sábanas y almohadas de muy decente lienzo : si colgadura blanca tenian las unas, su pabellon blanco tenian tambien las otras ; y cerca de la de enfermos se hallaba una bien surtida botica, regentada por un preso tambien.

— Señor, me decia Tirabeque, ¿sabe Vd. que en esta cárcel se puede ser preso por gusto, y que casi debe ser una cucaña el que le metan á uno en chirona ? — Sábeta, Pelegrin, le dije, que no vas descaminado en tu juicio, pues ya me parece que te he indicado en otra ocasion, que tanto se ha llegado á perfeccionar el sistema carcelario en estos países, que es ya un problema si conviene ó no tanta perfeccion, porque se sospecha y no sin fundamento, que muchos cometen delitos con el objeto de que los encierren en la cárcel. — Y aun mas lo diréis, añadió el conserje, cuando sepáis la inversion que se da á los productos de los trabajos de los presos. Dividense aquellos en tres partes ; una se destina á su mantenimiento diario ; de la otra se va haciendo una caja de ahorros para cada individuo ; y la tercera se les distribuye para sus gastos extraordinarios. Por ejemplo, se permite á los presos beber vino en ciertos dias, aunque en tasada y módica cantidad : he aquí la ventanilla del despacho del vino : el que quiere gasta en esto parte de su PLUS, y el que no, lo invierte en cigarros ó en cualquiera otra atencion lícita que sea mas de su gusto ó de su necesidad. — ¿ Y qué tal alimento se les da ? le pregunté al conserje. — Tienen, me respondió, tres refecciones diarias : por la mañana pan con leche, al mediodía sopa y legumbre, y á la tarde ó noche patatas. Tomáos la molestia de venir conmigo, y veréis la cocina y la despensa. Fuimos en efecto, pero ya no nos sorprendió su aseo y limpieza, puesto que no hacia sino corresponder á la de todo el establecimiento. — Ahora veréis, nos dijo, la pieza donde reciben los detenidos las visitas de sus familias ó de cualesquiera otras personas interesadas. Era una pequeña habitacion con dos verjas separadas por un espacio como de dos varas. El preso y la persona que le visita, se colocan el uno

á la reja interior, y el otro á la exterior, y por el espacio intermedio se pasea un celador que oye lo que entre sí comunican y les avisa cuando es pasado el tiempo que el reglamento carcelario les permite. — ¡ Cuidado con ella ! exclamaba Isidro : se parece esto á la cárcel de mi lugar.

Todo está allí por este orden. El comandante y el director de los trabajos viven dentro del establecimiento. En la conserjería tienen un libro en que los visitantes sientan sus nombres con las notas que gusten poner con arreglo á las observaciones que puedan haber hecho. Yo puse :— « Aquí estuvo Fray Gerundio de España, con su lego Tirabeque y otros dos compatriotas en tal año, mes y día. Mientras visitaron la prision, estuvieron muy complacidos de ver su buen orden y su admirable sistema : al salir se acordaron de las cárceles de España, *et contristati sunt* ; » en latin para que no lo entendieran los flamencos.

La muerte á caballo, una vieja y un hermafrodita.

De allí pasámos á la universidad, que es un edificio clásico puro, que no tiene mas defecto que estar empotrado entre unas malas calles y entre unas malas casas. La fachada se compone de ocho columnas corintias en las proporciones del panteon de Roma y cuyos capiteles han sido amoldados por los de los templos de Antonio y de Faustina. El fronton representa el gobierno distribuyendo á la ciudad de Gante las faces académicas. La entrada es soberbia y en su pavimento hay un meridiano, compuesto de once especies de mármol, sacadas todas de las canterías de la ciudad. Le entra el sol por una ingeniosa y magnífica claraboya.

El secretario de la universidad, que nos recibió, nos condujo á la *SALLE DE PROMOTION*, sala de grados. Jamas he visto una aula mas bella ni mas grandiosa. Ella es circular y está decorada de columnas corintias de estuco blanco pulimentado. Esta columna da forma una magnífica hilera de palcos, los cuales se multiplican en otro rango ó hilera que hay mas abajo, formado por los pedestales de las columnas que se abren y se cierran por medio de bastidores. Las puertas de la galería, que son de una madera preciosísima, están dispuestas con tal mecanismo, que se abren tan bien y se cierran las dos hojas á un tiempo. El centro de la sala está en forma de anfiteatro. Y si la tribuna del candidato y los asientos del público están todos forrados de terciopelo carmesí, se

puede discurrir si serán lujosos los de los doctores y si habrá magnificencia en los palcos del rey y de las autoridades. Repito que no he visto aula mas bella ni mas grandiosa.

Ó el secretario tenia muchas matriculas que despachar, ó debimos parecerle gente de poco valer, porque él nos hizo allí un saludo de despedida, y nos dejó encomendados á UNA VIEJA, á quién encargó que nos enseñara el resto del edificio. Condújonos, pues, la MARIZAPALOS aquella al museo de historia natural, dividido en una porcion de salones, rica y abundantísimamente provistos de raros y preciosos objetos : y de allí pasámos al gabinete de anatomía comparada, donde entre otras rarezas y curiosidades se nos ofreció á la vista un esqueleto ó caballo con una gran guadaña en la mano. — ¡ Señor, exclamó Tirabeque, LA MUERTE A CABALLO ! Déjeme Vd. reir ; ya no faltaba mas que la hubieran puesto sentada en un coche vapor viajando por caminos de hierro. Y luego dirigiéndose á la mujer, — diga Vd., tia Colasa (le preguntó) ¿ es el retrato de Vd. este ? Todos nos echamos á reir, la mujer no comprendió la pregunta, y pasámos á la sala de mineralogía, y de allí al salon de antigüedades y monetario, no ménos rico que los anteriores.

Inútil era hacer preguntas á la mujer. El « JE NE SAIS PAS » con que contestaba á todo nos convenció bien de que no era una Minerva. Con este motivo nos divertimos con ella grandemente. — Dígame Vd., le preguntaba mi lego, ¿ desempeña Vd. alguna cátedra en esta universidad ? — No, monsieur, no ; respondia ella muy séria. — ¿ Vd. está bien, le decia yo, en esta sala de antigüedades ? — Sí, señor, bien. — ¡ Oh ! sí ; es Vd. otra antigüedad mas. Y aun no estaria Vd. mal en el PANTEON DE AGRIPA, que segun veo es ese inmediato. — ¡ Oh ! tambien, monsieur : yo en todas partes estoy bien. — Y diga Vd., le preguntó el hermano Anselmo ; ¿ no hay aquí MOMIAS ? — Oh, sí, no tenéis mas que venir conmigo.

Y nos llevó efectivamente al gabinete de cirugía, donde ademas de una numerosísima coleccion de instrumentos quirúrgicos, habia una porcion de momias, y monstruos humanos, entre ellos un *hermafrodita*. Objeto fué este que nos llamó mucho la atencion á todos. La existencia de los *hermafroditas* será una bella fábula inventada por los mitólogos, ó se disputará por los anatómicos y zoólogos cuanto se quiera : pero no sé lo que podria ser si no eran los dos sexos lo que en aquella momia todos nosotros, al parecer claramente, distinguíamos, y como tal se enseñaba tam-

bien. Y no digo mas de la materia, por ser de un género doblemente delicado.

Las demas aulas no tenian mucho de particular. Al salir nos demostró la *seudo-Cicerona* aquella, que si no era arqueóloga ni entendia palabra de monedas antiguas, al ménos de la moneda usual y corriente era mas que medianamente conocedora, pues habiéndola alargado el hermano Anselmo dos francos, frunció el ceño y nos indicó que era poco por todos. Alargámosla pues otro franco, y Tirabeque se despidió de ella diciendo : — Á Dios, hermosa literata ; si todas las flamencas fueran como tú, ni patena en manos de cura escrupuloso queda mas limpia que saldria mi ánima de este país.

Los Bibliotecarios y la Bibliotecaria.

La biblioteca de la universidad está en otro edificio aparte, y bien distante por cierto. Ella ocupa la iglesia de la antigua abadía de los Benedictinos de Bandeloo, y se compone de unos 60,000 volúmenes y algunos curiosos manuscritos. Entre ellos tenia yo noticia de hallarse una biblia del siglo XIII, obra maestra de caligrafía, y como tal llevaba mucha curiosidad de verla. De consiguiente fué lo primero por que le pregunté á un sacerdote que allí encontrámos, y que por el puesto que ocupaba, calculé sería uno de los bibliotecarios.

El hombre se echó á discurrir en ademan de quien espera que una sensacion antigua vuelva á reproducirse en la tecla respectiva del órgano de la reminiscencia. Al cabo de un rato cargó con una escalera de mano y se dió á recorrer estantes y cajones. La escalera cambió seis ó siete veces de lugar y la biblia no parecía. Al fin el hombre echó mano á un volumen, y diciendo « *le voici* » le puso en mis manos. Yo le tomé, le abrí, y vi que eran unos *Evangelios*, tambien manuscritos y de un mérito no comun. — Aun no es esto, le dije : ha de ser un tomito en 12º que comprende ambos testamentos.

Á este tiempo entró una mujer de mediana edad : el sacerdote se dirigió á ella, le habló *sotto voce*, y en seguida la veo tomar la escalera y ponerse á buscar la biblia. — ¡ Vaya una bibliotecaria ! exclamó el hermano Anselmo. — Amigo, le dije yo, está visto que no solo en Francia, sino en Bélgica tambien á las mujeres se les da una universal intervencion, ó sea un entrometimiento uni-

versal en todas las cosas. Pero no se lució en verdad la hermana bibliotecaria, porque tampoco dió con la biblia : mejor hubiera atinado acaso con un paquete de corbatas en una tienda de comercio.

En esto entró otro bibliotecario en traje profano : consultó con él el primero, y por fin no sin algunas tentativas frustradas, pareció *la Biblia*. El eclesiástico no halló la biblia, el profano sí. Es en efecto cosa admirable ; en un tomito de pergamino en 12° están manuscritos en letra, clara y perceptible, sin abreviaturas, todas los libros del Viejo y Nuevo Testamento : cada página consta de dos columnas de á 46 líneas. Con este ejemplar me acabé de convencer del progreso descendente en que ha ido la calografía ó arte de escribir desde que se inventó la imprenta.

Pregunté por libros españoles y no me dieron razon : me di á recorrer estantes en su busca, no los hallé, y me salí amostazado.

El Casino.

Los casinos, así en Francia como en Bélgica, son un supletorio de las sociedades y tertulias de confianza que tenemos en España, y que en pocos mas países de Europa se conocen. De consiguiente suele haber mucho lujo en los casinos, y el de Gante no le cede en magnificencia acaso á ningun otro, así en lo exterior como en lo interior. El salon de reuniones es mayor que el del Liceo de Madrid, y delante de su fachada se extiende un vasto jardin que sirve de paseo á los socios. Está sostenido por las sociedades de Botánica y de Música. Se dan consiertos cada 15 dias, y hay dos veces al año exposicion general de flores naturales. Es la primera corporacion de Europa que instituyó la exposicion de flores ; y si alguno duda de la extremada aficion de los belgas á las flores naturales que he indicado en otros capítulos, que vaya al Casino de Gante y allí verá si ha estado Fray Gerundio exagerado.

Una cosa singular noté en aquel Casino. Hay en la antesala varios boquetes, de los cuales parten por de dentro las paredes unos tubos de lata que desembocan en la parte exterior del edificio. Al salir de las funciones, las señoras se acercan á aquellos boquetes, llaman desde allí á sus criados ó cocheros, y comunicándose rápidamente la voz por aquellos conductos interiores, cada uno se acerca al carruaje cuando es llamado por su nombre. Los belgas parecen frailes en esto del estudio de la *commodité*.

Desmembramiento de la cuádruple alianza.

Vistas las cosas mas notables de *Gante*, los hermanos Anselmo é Isidro nos comunicaron, llenos de sentimiento, su necesidad y resolucion de regresar desde allí á nuestra comun patria. La noticia (de que ya unos dias ántes nos habian hecho indicaciones) fué una sensible y amarga intimacion para los otros dos miembros de aquella cuádruple alianza española, ya por la natural intimidad y cariño que engendra entre compatriotas el verse solos léjos de su país, y ya tambien por la honradez y demas recomendables prendas de nuestros dos conviajantes, que nos hacian doblemente apreciable su compañía. Pero oidos sus motivos y reflexiones, hubimos de suspender las amistosas instancias que de proseguir todos juntos nuestra peregrinacion habíamos empezado á hacerles.

En su virtud dispusimos al dia siguiente nuestra partida simultánea de *Gante*, ellos en direccion á Francia, y nosotros á la Flándes occidental. La combinacion de horas de salida de los convoyes hizo que ellos emprendieran su marcha unos minutos ántes que nosotros. Todos estábamos tristes : la campana dió su último toque de aviso ; siguiéronse estrechos abrazos acompañados de mutuas y cariñosas protestas de no olvidarse jamas, y corriendo lágrimas por las mejillas de todos, como si fuéramos cuatro niños, nos dimos el último á Dios. ¡ En qué momento desaparecieron los dos compañeros ! El vapor es enemigo de la contemplacion de los objetos que se aman. Al ver á Tirabeque llorando á lágrima viva, — no pensé, Pelegrin, le dije, que eras tú tan sensible ! — ¡ Ah, señor ! me respondió, ¡ no se sabe lo que es despedirse de un buen paisano en tierras extrañas !

Á los pocos minutos ya íbamos los dos *rodando* por las planicies de la Flándes occidental.

BRUJAS.

— ¿ Y adónde bueno vamos ahora por estas llanuras, mi amo ?
— Á *Brujas*, Pelegrin. — Señor, mal nombre tiene el lugar ; y si el hermano Quevedo, ó como le llamaban á aquel hermano, no queria pasar por *Dueñas* (1) porque le sonaba el nombre á cosa

(1) Villa de Castilla la Vieja, provincia y á dos leguas de Palencia.

mala, hágase Vd. cargo si me dará á mí buenos barruntos ir á *Brujas*. — Por lo mismo no será malo que te vayas preparando con algunas oraciones contra maleficios : aunque yo tengo para mí que no te ha de desagradar *Brujas* tanto como de su nombre temes.

Así íbamos marchando por aquellas vastas esplanadas, apénas interrumpidas por alguna ligerísima elevacion, divisándose solamente á la distancia de tres ó cuatro leguas la cordillera de pequeñas costas ó prominencias que las separan del mar del Norte, y á la hora y média de haber salido de Gante nos encontrámos ya en el hotel de la FLEUR DE BLÉ de BRUGES, ó BRUJAS, capital de la Flándes occidental.

Desde luego empezó á no parecerle á Tirabeque tan mal como él se habia temido ; y mas cuando vió el almuerzo decente que nos presentaron, y mucho mas despues que salimos á ver la poblacion, y se encontró con una ciudad de 45,000 almas, de calles anchas y rectas y muy aseadas ; y mucho mas todavía cuando se fué haciendo cargo del *cariterio*, como él decia, de las mujeres, que con razon tienen fama de hermosas, pues por lo general se nota en las brujenses una finura y perfeccion de facciones no comun, junto con un color sonrosado y una tez fresca y delicada, que resalta mas bajo los sombreritos anchos de paja y bajo las blancas y finas cofias con sus dos deditos salientes de rico encaje que generalmente usan. Ello es que ya me decia Tirabeque : — Señor, no me van pareciendo mal estas BRUJAS : si son así todas, desde luego están de mas para mí los conjuros que contra ellas tiene la iglesia, ántes bien, no me pesaria que me tentaran. — ¡ Pelegrin, Pelegrin ! que te me deslizas ; acuérdate de lo que eres y de lo que somos. — Está bien, señor, pero ahora veo que tenia Vd. razon cuando decia en Brusélas : « déjate, Pelegrin, que no están léjos las flamencas, y allá llegaremos si la caldera del vapor no se rompe. »

Efectivamente, si no todas las brujenses son hermosas, se ven en lo general buenas caras, y es muy raro hallar una que pueda llamarse fea.

BRUGES, es el pueblo de Bélgica que conserva mas sabor, mas tintes, mas marcada la fisonomía de la edad média.

Es menester irse deteniendo delante de la mayor parte de las casas á contemplar los lindos adornos, los trabajados y menudos bajos relieves que las adornan. El viajero, en medio de aquellos antiguos palacios, de aquellas piedras y escudos de armas feuda-

les, espera siempre ver salir por aquellas puertas de arcos ogivos alguna dama con su capirote de terciopelo y con su larga cola remangada y llevada por un paje. Mira hácia las ventanas, y se hace la ilusion de que va á vislumbrar detras de la reja ó de la celosía alguna D.^a Blanca ó D.^a Florinda. El aspecto de la ciudad de BRUGES interesa mas á un español que á todo otro extranjero.

Cuentos de Brujas.

Esto parece en verdad la historia antigua de BRUGES. Con dificultad poblacion alguna presentará en sus páginas históricas una serie de hechos mas raros y originales, de anécdotas mas curiosas y entretenidas, ni mas á propósito para ser escuchadas con la boca abierta por una tertulia de españoles de los que alcanzaron el uso del tontillo y de los cabellos empolvados. Referiré algunas de ellas como se las conté á Tirabeque. Nada inventaré; todo es histórico.

Han de saber Vds. que antiguamente Brujas fué una ciudad muy populosa y muy rica. Solo en sus telares se empleaban mas de 50,000 tejedores, y las manufacturas de sus fábricas eran buscadas con avidez de la Inglaterra, de la Italia, de todo el Norte, y de la India. En tiempo de *Felipe el Atrevido* era tanta su prosperidad, que cuando se supo que el duque de Borgoña *Juan Sinmiedo* habia quedado prisionero de los infieles en la batalla de Nicópolis, y que pedian por su rescate 200,000 ducados, un solo negociante de Brujas los aprontó en el acto. Cincuenta años mas tarde necesitando Carlos V dos millones de florines (mas de ocho millones de reales), se los pidió prestados á un comerciante de Brujas llamado *Deans*, que al contado se los facilitó. El emperador, en demostracion de agradecimiento, quiso hacer al comerciante el obsequio de ir á comer á su casa el mismo dia que recibio el préstamo. — Señor, me interrumpió aquí Tirabeque cuando se lo contaba; tenia un buen modo de obsequiar el Sr. emperador! Tras de pedir dinero convidarse á comer: mas en el orden estaba que hubiera convidado S. M. al comerciante á comer en su palacio. — ¿Qué quieres, Pelegrin? Los reyes honran así á los particulares. Y escucha y oirás una cosa buena.

El comerciante le dió un banquete espléndido y opíparo. Á los postres echó mano al bolsillo, sacó la obligacion del empréstito, y la rasgó; y colocando los fragmentos en un plato se le pasó al emperador diciéndole: « Señor, no es caro comprar en dos mi-

llones de florines el honor que V. M. me ha dispensado hoy.»—Campechano y rumboso era el tal comerciante, mi amo : se parece á los prestamistas que hay ahora en España, que si no ven al ojo el ciento por ciento de ganancia, cierran la bolsa, y muérase la patria ; compare Vd. aquel *Dean* con estos *Arcedianos* ; y á ver si entre todos ellos se encuentra un *Brujo* como aquel.

Y han de saber Vds. que el primer conde de Flándes en Brujas fué *Balduino Brazo de Hierro*. Despues vino *Balduino el de la bella Barba* : en seguida *Balduino el del Hacha*, que en lugar de espada iba armado de una hacha de 30 libras de peso. Y ahora verán Vds. el modo que tenia *Balduino el del Hacha* de hacer justicia con los ladrones.

Pues señor, en una ocasion sucedió que llegaron unos comerciantes de joyas á un pueblo, á tiempo que llegó á la misma posada con varios amigos Monseñor Henrique de Calloo, uno de los mas ricos y de los mas nobles señores del país, pero que acababa de perder al juego una enorme suma. Vió los comerciantes y las alhajas, y tentóle satanás y le inspiró el pensamiento de robarles el dinero y las joyas. Pues señor, mi dicho y mi hecho. Cuando los comerciantes trataron de marchar, enviaron delante los criados para que les tuvieran preparado alojamiento. Dos horas despues salieron ellos, y Henrique de Calloo y sus amigos les fueron siguiendo la pista, y al atravesar un monte se echaron sobre ellos, los asesinaron, recogieron todo el oro y las joyas, escondieron los cadáveres entre unos matorrales, y siguieron disimuladamente su camino.

Al llegar á las puertas, de la ciudad encontraron á los criados de los joyeros que estaban esperando á sus amos. — « Señores, ¿ han encontrado Vds. á nuestros amos por casualidad ? — Delante de nosotros salieron un buen rato ; no hemos visto á nadie, y ya deben haber llegado á la ciudad. » Esta respuesta les puso ya en cuidado, y quedándose allí tres de ellos, los otros tres salieron camino de Brujas á ver si encontraban á sus amos. En llegando al monte, vieron la tierra teñida de sangre, siguieron el rastro, y encontraron los cadáveres, y sin pararse á mas se fueron corriendo derechos á contárselo al conde *Balduino el del Hacha*. Lo oye *Balduino el del Hacha* con mucha atencion, se informa bien de todo, y va y dice : « encerrarme esos hombres en un castillo con guardas de vista, ensillarme el caballo. » En seguida echa mano al hacha, monta á caballo, y la emprende solo y á galope tendido en busca de Henrique de Calloo. « Alguna cosa de bueno

nos han de contar mañana del amo, » quedaron diciendo los ser-
vientes.

Pues señor, llega á THOUROUT, en ocasion que estaba casi todo el pueblo en la plaza, donde acababan de ejecutar á dos monederos falsos; y todavía estaban allí las cubas de aceite hirviendo en que los habian metido. « Alto, señores, dijo Balduino; no hay que quitar las cubas; ponerles fuego debajo para que el aceite esté en buen punto, que luego vuelvo yo. » Y se va derecho á la posada en que estaba Henrique de Calloo con sus compañeros: ellos habian salido, Balduino sube á su habitacion con el posadero, hace descerrajar sus cofres, y encuentra las joyas robadas. Busca en seguida á Henrique y sus cómplices, los hace arrestar, les toma declaracion, y no hallando qué contestar á las pruebas que *Balduino el del Hacha* les presenta del robo, confiesan de plano. Entónces Balduino los hace llevar incontinenti á la plaza, y sin darles lugar á tomar ninguna disposicion, vestidos y armados como estaban, los mandó arrojar en las cubas de aceite, y así perecieron *el noble Henrique de Calloo* y sus compañeros.— ¡Caracoles, mi amo (me decia Tirabeque cuando se lo contaba), y qué breves eran los sumarios del Sr. *Balbino el del Hacha*! Aquel no gastaba tantos arrumacos con los ladrones como nuestros tribunales. ¿Sabe Vd., mi amo, que pienso habia de venir grandemente un hachero como el Sr. Balbino para ver si descastaba los ladrones de cierto país que yo me sé?

Pues señores, en otra ocasion venia *Balduino el del Hacha* de celebrar una asamblea de sus Estados en Ypres, en la cual para hacer mas solemne la ceremonia, habia armado de caballeros á seis de los mas nobles del país. Y cuando volvia á su castillo acompañado de los seis nuevos caballeros, al llegar á un monte encontraron una comitiva de boda. *Balduino el del Hacha* se dirigió á la novia, que era una jóven de mucha hermosura, y sacando una sortija de su dedo, le dijo: « pues que la casualidad ha hecho que vengas á tan buen tiempo por este camino, toma esta sortija y si alguna vez necesitas de mí, envíame la sortija y reclama mi auxilio, que no te faltará. » Á su ejemplo cada uno de los caballeros hizo una fineza á la novia; ella quedó muy contenta, y la calbalgata señorial prosiguió el camino del castillo.

Pues señor, á la média noche, cuando *Balduino el del Hacha* dormia el primer sueño, le despierta uno de sus escuderos, y enseñándole la sortija, « señor, le dice, un paisano que acaba de llegar al castillo lleno de polvo y jadeando de cansancio, ha traído

esta sortija de parte de la novia del bosque.» — « Que éntre el paisano, dijo Balduino. » Era el hermano del esposo. Los seis nuevos caballeros habian robado á la novia al tiempo que la llevaban á la casa nupcial, hiriendo á algunos de la comitiva que trataron de hacer resistencia : y la pobre novia no tuvo mas tiempo que para arrojar la sortija diciendo : « llevar esa sortija á *Balduino el del Hacha.* »

Arrójase el conde de la cama : « ¿ hácia dónde se han dirigido los raptores ? le pregunta al paisano. — Hácia *la Casa encarnada,* » le contesta ; que era una taberna inmediata al castillo. Manda Balduino á diez hombres de armas que se armen inmediatamente, y tomen clavos y cuerdas, y salgan á *la Casa encarnada,* que allí le encontrarán ya. Y toma el hacha, y monta á caballo. Las luces, y las risas, y los juramentos y blasfemias que vió y oyó en el primer piso de la *Casa encarnada,* no le dejaron dudar de que allí se hallaban los criminales. Echa pié á tierra, ata el caballo á una de las argollas de la pared, llama á la puerta, y viendo que nadie le responde, la derriba de una patada, y entra. Sube á tientas por la escalera, y abre sin dificultad la puerta de la sala donde estaban los malvados ; arroja una mirada, y ve á la jóven atada fuertemente miéntras sus raptores la estaban jugando á los dados ; á ver á quién le tocaba la prenda.

La aparicion de Balduino fué un rayo para los culpables, que dieron un grito de terror, á que correspondió la jóven con un grito de alegría. Viéndose perdidos, tratan de huir dirigiéndose á la escalera, pero Balduino se coloca á la puerta con el hacha levantada, y les dice : — Al que se acerque le divido el cráneo de medio á medio. En esto se divisa resplandor de antorchas, y se oyen relinchos de caballos. Eran los diez hombres de armas. Llegan, suben, se presentan á Balduino : — ¿ Traéis clavos y cuerdas ? les preguntó. — Sí, señor. — Pues bien, clavadlos en esa viga, y preparad las cuerdas. Los caballeros palidecen, confiesan el delito y le piden perdon. — No hay perdon, responde Balduino : daos prisa á preparar esos cordeles. — Señor, ya están los clavos y tambien los nudos corredizos. — Pues bien, arrimad ese banco, y ponedle debajo de las sogas. — Suban Vds. ahí, caballeros. Qué, ¿ se resisten Vds. ? Ponérmelos sobre ese banco, quieran ó no quieran. — Ya están, señor. — Esas cuerdas al cuello. — Tambien están ya.

Echa Balduino una última mirada, los encuentra competente-mente colocados, da un puntapié al banco, y quedan los seis ca-

balleros ahorcados en toda regla. En esto se oye un gran ruido; era el novio que llegaba con todos los mozos de la villa armados de azadas y horcones. Balduino los hace entrar, y les enseña en un lado á la jóven, que restituye á su marido pura como se la habian robado, y en otro á los criminales ya decentemente castigados. La justicia de *Balduino el del Hacha* habia sido mas breve y ejecutiva que la venganza del marido. Con ejemplares como estos logró *Balduino el del Hacha* desterrar de la Flándes toda clase de crímenes.

— Señor, los pelos se me enrizan y se me ponen como los de un puerco-espín de pensar en el genio que tenia ese señor Balduino. Ese no se andaba con traslados á la parte, ni con «pase al fiscal,» ni con términos de prueba, ni con acuses de rebeldía y esas otras zarandajas. Á bien que no echarian mucho pelo los escribanos con el *Sr. Balduino el del Hacha*. Bien me decia Vd., señor, que la historia de Brujas parecian cuentos de brujas.— Pues si te contara la historia de *Cárlos el Bueno*, de *Luis el Gordo*, de *Santa Godelieva*, y otras, oirias cosas no ménos estupendas y admirables que te parecerian otros tantos cuentos de brujería. Pero sabes que nos está esperando el *commissionnaire* para llevarnos á ver las cosas notables de la ciudad.— Señor, me gustaban á mí esas historias, pero me hago cargo que necesitamos el tiempo para ver las cosas de Brujas.

Mas y mas Brujas.

Fuimos primero, por ser lo mas cerca, á la *Academia y Museo*, donde salió á recibirnos con el bocado en la boca y meneando las mandíbulas, signo demostrativo de estar almorzando, una mujer, que llamaremos á lo Tirabeque una *Bruja*, pues nunca él se pudo acomodar á decir una *brujense*.

Ménos abundante que escogida es la coleccion de cuadros que allí se encuentra, si bien los inteligentes, hallando juntas las dos obras capitales de *Van Dyck* y de *Hemling*, tienen ocasion de poder comparar el mérito respectivo de los dos mejores pintores de la escuela flamenco del siglo XV. La academia de nobles artes celebra en este local sesion pública tres veces al año.

De allí pasámos al HOTEL DE VILLE, edificio gótico bien conservado y de un estilo puro, con biblioteca, y bastantes pinturas y retratos, entre los que se distinguia el de Napoleón, primer cónsul, con manto de escarlata.— ¿Cómo es, le pregunté al guia,

que todos estos nichos de la fachada están vacíos?— Antiguamente, me respondió, esos nichos contenian las estatuas de los condes y condesas de Flándes, en número de 33, todas de piedras pintadas y doradas segun la costumbre de aquel tiempo, pero en Diciembre de 1792, las tropas revolucionarias francesas mandaron bajar todas estas *representaciones de tiranos*, lo mismo que las armas que decoraban los espacios intermedios de las ventanas; y hechas pedazos, y mezclados sus fragmentos con los de la horca, la rueda y el garrote, hicieron de todo una grande hoguera, y obligaron al verdugo Pedro Boskin á ponerle fuego.

Callé, y seguimos al *Palacio de Justicia*, donde hoy están el jurado y el tribunal de policía. Otra jóven *bruja*, por cierto de aquellas de quienes decia Tirabeque que no tendria inconveniente en dejarse embrujar, nos salió al encuentro con un manojo de llaves. Merece bien la pena de ser visitado el interior del palacio de Justicia, por admirar la obra maestra de escultura en madera, la obra con la cual en el comun sentir no hay otra en el mundo que pueda entrar en cotejo, y cuyo autor desgraciadamente se ignora. Está en la sala que llaman de la Chimenea, y la constituyen las estatuas, del grandor casi natural, de Carlos V, que ocupa el medio, de Maximiliano y María de Borgoña que tiene á su izquierda, y de Carlos el Atrevido y Margarita de Inglaterra que están á su derecha. Detras se ven los escudos de armas de España, de Borgoña, de Flándes, de Inglaterra y otros: y en un nicho, á la espalda de Carlos V, unos medallones con los retratos de Felipe el Hermoso, su padre, y de Juana de España, su madre. Allí nos llevámos buen rato, no cansándonos de admirar el minucioso y delicado trabajo de aquellas exquisitas molduras.

Pasámos por la sala del jurado y por la del tribunal de policía, sobre las cuales no le ocurrió á Tirabeque otra observacion sino que bien podia tenerlas mas barridas la muchacha aquella; pues á juzgar por el polvo, nadie pudiera suponer que aquella sala fuese de *policia*; cargo que en verdad no carecia de fundamento.

De allí nos dirigimos á la *Capilla de la Sangre* que está enfrente, y que con el *Hotel de Ville* y el *Palacio de Justicia* forman los tres ángulos de una plaza. Llámase así la capilla de San Basilio, porque en ella se hallan depositadas unas gotas de la sangre de Jesucristo, llevadas de Jerusalem por Thierry de Alsaces. Tambien aquí nos recibió otra *bruja*, la cual nos llevó primero á una capilla baja, y despues á otra que está encima de esta, que es donde se halla la *sangre*, encerrada en una caja de plata dorada y ador-

nada de piedras preciosas, y aun muchas de sus partes son de oro macizo. El peso total de la caja es de 769 onzas. Yo manifesté deseos de ver la *sagrada sangre*, pero la mujer me contestó con un signo negativo tan agrio y tan resuelto, que no parecía sino que quería acreditarnos por su gesto de horror al nombre de *sangre*, que no era verdadera bruja.

Como predicador que soy, aunque indigno, no pude ménos de mirar con particular atencion el púlpito de aquella capilla, que era un gran globo terráqueo de metal, en que estaban perfectamente delineados todos los países de la tierra, con la competente division y nomenclatura de reinos, de mares y demas. Entre los púlpitos raros y caprichosos que se encuentran por aquellos países, es el mas extraño y original de cuantos he visto. El predicador, al tiempo que truena contra las pasiones humanas, se encuentra metido de patitas en el mundo. Por apagada que sea su voz, tiene que oirse en todos los ámbitos del globo, y predicando á cristianos, se hace oír en tierras de infieles. Cuando se baja de la cátedra, puede decir que se marcha del mundo, y lo dirá con verdad aun cuando se vaya á almorzar á su casa ó á recrearse en el paseo público.

El mejor campanario de Europa.

En algunos pueblos de Francia, en casi todos los de Bélgica, y en todos los de Holanda, hay en las torres de los templos y de otros edificios públicos, lo que llaman *carillons*, ó sea campanarios, cuyas campanas de diferentes tamaños y sonidos están ingeniosa y artísticamente colocadas en escalas musicales, y cuyos martillos movidos por las puntas ó martinetes de un gran cilindro, producen con sus golpes sonatas armoniosas, que puestas en combinacion y en dependencia con la máquina del reloj de la torre, hace que en cada hora se oiga una música de campanas ruidosa y alegre, y muchas veces agradable, pues algunos *carillons* tocan piezas de mucho mérito, y no es raro oír trozos de óperas muy buenos y de mucha ejecucion.

Pero el mejor que se conoce en Europa es el de la *Tour des Halles* (torre del Mercado ó de la Alhóndiga) de Brujas, que nos llevó á ver nuestro guia desde la *Capilla de la Sangre*.

Si el mundo ha de perecer por fuego, como se supone, yo creo que el fin del mundo va á principiarse por esta célebre torre, por-

que tal lo hace sospechar su azarosa historia. En su principio fué de madera y contenia los privilegios de la ciudad ; un incendio la redujo á cenizas en 1280. Se hizo nuevamente de ladrillo, y nuevamente la abrasó un rayo en 1493. Se volvió á levantar de nuevo, y en 1741 volvió á ser presa de las llamas. Últimamente se volvió á reedificar en el estado en que hoy se conserva, hasta que Dios, que es el dueño del fuego como del agua, sea servido. Sobre esta torre dicen que estaba el dragon de bronce dorado del *Beffroi* de Gante, y de aquí dicen que le robaron los ganteses. Bien dormidos debian estar los brujenses para dejarse llevar el dijecillo.

El *commissionnaire* nos invitó á subir á la torre. Tirabeque bien lo sentia, porque la medía con los ojos, y si no geoméricamente, calculaba á su manera la altura *L* con la resistencia de las piernas *J* y *H*. Pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver de cerca el célebre *carillon*, y decreté la subida. ¡ Vamos, que 402 escalones son capaces de fatigar los ambulativos mas sanos y robustos! Así no era extraño que mi pobre lego tuviera que pararse tres ó cuatro veces á tomar aliento y descansar. Mas todo lo dió despues por bien empleado por el gusto de ver las 48 campanas, y sobre todo aquel magnífico y estupendo cilindro de cobre de 19,966 libras de peso, con sus 30,500 piezas ó martinets para levantar los martillos, las cuales producen numerosas y muy variadas sonatas. Es la mayor atrocidad filarmónica que he visto.

Ademas de los aires y tocatas de cada hora, lo cual hace que continuamente esté sonando en los oídos música de campanas, se tocan separadamente tres veces por semana ; y este ejercicio da origen á certámenes facultativos entre los campaneros, sobre quien posee mas conocimientos filarmónicos y tiene mas ejecución en la música cimbalaria, y ganan tambien sus premios como pudieran ganarse en cualquiera sociedad musical. Hay otra cosa todavía. Desde 1521 se acordó que en esta torre se hiciese la señal de los incendios, ó se tocase á fuego cada vez que este ocurriese. Con este objeto hay siempre y de continuo en la torre cuatro guardianes ó vigías, que se relevan como los centinelas militares ; y para que el pueblo pueda descansar en su vigilancia y confiar en que no se duermen, tienen la obligacion de tocar la trompeta á cada hora. De forma que entre la trompeta y las campanas y las campanas y la trompeta es una gloria el ruido y la alegría musical de torre que divierte los oídos á todas horas en Brujas.

El obispo y los canónigos.

Pasámos por la plaza mayor; vimos la casa que habitó Carlos II de Inglaterra en su emigracion, de la cual no ha quedado mas que la fachada, que se distingue de los demas edificios en su color oscuro y en sus ventanas góticas; y á los pocos minutos nos hallábamos en la catedral, que nada notable tiene por fuera. Serian las tres y média de la tarde, y estaban en visperas. La prohibicion de pasear durante los oficios nos hizo asistir á estos con mas devocion, y tambien nos proporcionó observar mas despacio sus ceremonias.

He notado que por aquellos paises son los obispos mas asistentes á los templos que en la España católica: no sé en qué consistirá. El de Brujas era un anciano venerable; sus vestiduras ni iguales ni muy diferentes de las de los nuestros. Los canónigos brujenses llevan una muceta de piel, si no de chinchilla, bastante parecida á lo ménos, y una especie de capilla grande semejante á las de nuestros frailes Agustinos. Si el sitio y lo sagrado de las vestiduras pudieran dejar duda de que aquello era una ceremonia religiosa, hubiera creido que tanto el obispo como los capellanes, acólitos y demas sirvientes iban de baile ó de visita, porque ni el mas esmerado elegante parisien pudiera gastar un guante blanco mas ajustado y mas fino que los que en sus manos dejaban ver aquellos ministros del altar. No tuve quien me explicara la razon de ir tan de punta en blanco.

Hay en la catedral de Brujas muchas y muy buenas pinturas, como que estamos en el centro de la escuela flamenca. En el coro se ven suspendidas las armas de los caballeros del *Toison de oro*, que asistieron al primer capítulo que en ella celebró *Felipe el Bueno*. — Dígame Vd., le pregunté á un sacristan despues de concluidos los oficios; ¿me hará Vd. el gusto de decir qué es lo que encierra esa caja colocada sobre el altar de ese capilla? — Sí, señor, contiene los huesos de *Cárlos el Bueno*, conde de Flándes, que fué asesinado en la antigua iglesia de San Donato. — Señor, me dijo oyendo esto Tirabeque, por aquí ha habido muchos condes y príncipes buenos, pero con toda su bondad los han asesinado en las iglesias. — Verdad es, Pelegrin, pero sin que esto sea aplaudir el hecho, ni creer que aquellos príncipes fueran malos, en esto de los dictados y sobrenombres con que se bautiza á reyes y príncipes, suele haber mucho de *santo nombre en vano*.

Pero otro templo nos aguarda que tiene mas que ver que la catedral.

Nuestra Señora y su gallo.

No siempre la idea del gallo ha de venir asociada á la de Cristo por aquello de la pasion : alguna vez ha de estar en relaciones con su santísima madre.

Es el caso que la iglesia de *Nuestra Señora*, de Brujas, tiene una elevadísima torre, tan elevada que sirve de punto de direccion á los navegantes en el mar, á pesar de estar tres ó cuatro leguas apartada de la costa. Por cierto que tiene una ligera inclinacion hácia el Sur, no tanta como *Torre Nueva* de Zaragoza, pero lo bastante para que costara la vida al arquitecto constructor, que desesperado de haber cometido esta falta, dicen que se precipitó de lo alto de la torre, y no habiendo estado Dios de humor de hacer con él un milagro, cayó de modo que no volvió á hacer mas torres ni derechas ni torcidas, y su cuerpo descansa en la misma iglesia bajo una vieja lápida de piedra azul.

Pues bien, sobre la flecha ó aguja de esta torre, se colocó en 1711 una veleta en forma de *gallo*, de 15 piés de longitud, con una cruz de hierro de la misma altura. Cuéntase pues, que un carpintero de Brujas llamado *Stevens*, conocido por su valor é intrepidez, se halló ausente de la ciudad al tiempo que se ejecutó este trabajo. Cuando regresó, sus compañeros empezaron á bromearle achacando la ausencia á miedo de que le hubieran encargado la arriesgada operacion de colocar el *gallo*.

Picado el buen *Stevens* de las chufletas de sus amigos, determinó darles un solemne mentis. Y un dia, despues de encomendar su alma á Dios y de encargar á su mujer que rogase por él, toma un manojo de cuerdas, se encamina á la torre, y sube hasta su última abertura, distante todavía 43 piés de la veleta. Cíñese las cuerdas al rededor del cuerpo, las va atando sucesivamente á las puntas salientes del canastillo que formaban las guarniciones de la aguja, y de este modo se encaramó hasta sentar el pié sobre la base de la veleta. Todavía no basta esto á su audacia ; aspira á dominar el *gallo*, y llega en efecto á ponerse á caballo sobre el ave gigantesca.

Á este tiempo cambia el aire ; la veleta describe rápidamente un inmenso círculo, y el pobre carpintero se cree ya volando por

los espacios. Á pesar de esto no pierde la serenidad. Aguarda con frescura á que cese el viento para prepararse á descender. Pero el viento arrecia. El pueblo se apercibe del suceso; ve al pobre *Stevens* batallando con la ventisca allá en las nubes, y empieza á dirigir votos y oraciones al Dios de las alturas para que le dé un descenso feliz. Efectivamente, fuese su sangre fria, ó fuese que Dios quiso demostrar hasta dónde llegaba su omnipotencia con un carpintero temerario, lo cierto que tuvo la fortuna de ganar otra vez la tronera de donde habia salido; baja indemne de la torre, recíbele al pié de la iglesia una inmensa muchedumbre que le estaba esperando, y es llevado en triunfo y entre aclamaciones á su casa. Murió *Stevens* en 1746.

Esta es la historia del *Gallo de Nuestra Señora* de Brujas, que tambien parece cosa de brujería.

La Virgen de Miguel Ángel y las brujas al anochecer.

Mucho y exquisito mármol, y muchas y excelentes pinturas de los mejores artistas de la escuela flamenca, es lo que en la iglesia de Nuestra Señora como en otros muchos templos de la Flándes encontrará el viajero.

Hay sin embargo en NOTRE DAME DE BRUGES una alhaja digna de especial mención, que es una estatua de la Virgen con el niño Jesus, obra del célebre Miguel Ángel. La cabeza de la Virgen respira toda la belleza italiana, belleza musculosa y atrevida, que se extraña entre las fisonomías del norte y bajo la influencia de la atmósfera flamenca. El niño tiene una expresion delicadísima y encantadora. Las manos de las dos figuras son admirables, y los vestidos de la Virgen están ejecutados con una delicadeza y una maestría que casi hacen dudar si aquello es tela ó es mármol. Horas enteras se lleva uno contemplando aquella virgen.

En otro altar del trascoro hay otra virgen de mármol blanco, que parece haberse puesto para que haga resaltar mas las perfecciones de la del célebre Toscano. Así es que el curioso observador anda por un buen rato en continuo ejercicio de la segunda capilla de la nave transversal al trascoro, y del trascoro á la nave transversal, siempre comparando, y admirando siempre y cada vez mas la obra del italiano escultor.

Allí nos cogió el anochecer, y con eso tuvimos ocasion de presenciar un espectáculo que no dejaba de ofrecer novedad. Al paso

que la luz natural iba faltando, se iba encendiendo tal cual lámpara en la iglesia. Había muchas mujeres orando, esparcidas acá y allá por las naves. Las brujenses usan un manto negro, especie de capuchon de paño con que se cubren hasta la cabeza. Para orar se arrodillan sobre las sillas, reclinándose ó apoyándose sobre su respaldo, y de consiguiente sin tocar al suelo. Á la escasa luz de las lámparas se divisaban por todo lo largo de aquellas vastas naves multitud de bultos negros que semejaban otras tantas apariciones fantásticas y aéreas; á lo cual añadido el misterioso silencio que en todo el templo reinaba, solo interrumpido por nuestros pasos que resonaban en aquellas bóvedas sombrías, daba á la iglesia un aspecto imponente y sublime. — Señor, me decia el buen Pelegrin, ahora si que me parecen todas estas hermanas brujas de verdad. — ¿Y quién te ha dicho á ti, le repliqué, que las brujas visten de negro? Admiremos la devocion de estas gentes, é imitémoslas haciendo tambien oracion. Y en efecto, nos pusimos á orar por algunos minutos.

Cárlos el Temerario.

Ya nos habian informado que en aquel templo se hallaban las tumbas de *Cárlos el Temerario* y de su hija la *Archiduquesa María*, y aun las habíamos visto por fuera de la reja en la capilla contigua á la sacristía, cubiertas con dos cajas de madera. Monumentos eran estos que yo no hubiera dejado de ver á cualquiera costa.

Aun se divisaba luz en la sacristía y nos dirigimos allá. No estaba el capellan que tenia las llaves de la capilla, y aun nos manifestaron los sacristanes la dificultad de que nos fueran enseñadas las tumbas de noche. Pero esta dificultad no desesperaba yo de vencerla con el conocimiento que del valor de los francos me habian hecho adquirir ya los viajes, y pedí las señas de la casa del capellan. Dadas que me fueron, me dediqué á buscarle; pero no estaba en casa. Á la média hora envié á Pelegrin, y tampoco. Pero yo tenia capricho de ver aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y me empeñé en obrar á lo temerario ó á lo aragonés: al cuarto de hora volví yo mismo á su casa, y tuve la fortuna de encontrar al capellan clavijero. Le manifesté mi objeto, me puso las dificultades que yo esperaba, y las vencí tambien por el medio que esperaba.

Salimos juntos en direccion de Nuestra Señora, entrámos en

la sacristía, manda encender luces, y hétenos en la capilla de *Cárlos el Temerario* con un numeroso acompañamiento de antorchas y sacristanes. Álzanse las cubiertas y se presentan á nuestros ojos los dos magníficos mausoleos. No digo cinco francos, sino cincuenta hubiera dado de buena gana por ver aquellos soberbios sepulcros. Ambos son de bronce dorado. — Ved, nos dijo el capellan, esta estatua de cobre dorado á fuego, que representa una hermosa jóven acostada sobre su tumba, las manos juntas y los piés apoyados sobre dos perritos, es la *Archiduquesa María*. Ella murió el 27 de Marzo de 1482, de edad de 25 años. Habia salido á caza de garzas reales á las inmediaciones de Brujas, se le desbocó el caballo, y la estrelló contra un árbol. Se hallaba en cinta : el pudor la retrajo de declarar su mal, y una fiebre ardiente seguida de la gangrena la llevó al sepulcro con universal amargura de todos sus súbditos que la adoraban. Este monumento excede á cuanto se conoce en su género : ¡ desgracia que no haya llegado á nosotros el nombre del autor ! La lápida en que descansa la estatua es de piedra de toque.

« Ved estas figuritas cinceladas que rodean la tumba : reparad su expresion. ¡ Oh ! ellas parece que están animadas. Los ramos que sostienen, y de los cuales veis que uno sube y otro baja, son el árbol genealógico de los ascendientes paternos y maternos de la princesa, cada uno con su escudo de esmalte.

» Esta otra es la de su padre *Cárlos el Temerario*, muerto en la batalla de Nancy contra Renato, duque de Lorena. Su descendiente, el emperador *Cárlos V*, hizo trasladar sus cenizas que reposaban en la iglesia de San Jorge de Nancy, y Felipe II de España mandó construir para ellas una tumba semejante á la de su hija. Ved, pues, su estatua ; separados están su casco y sus manoplas ; tomadlas en la mano si gustáis. »

— Reconozco, le dije, en su semblante, el carácter violento del guerrero ; los rasgos de su fisonomía me revelan al implacable enemigo de Luis XI, al terror de la Francia, al atrevido, al fiero, al temerario borgoñon. Y agolpáronse seguidamente en mi imaginacion las amorosas escenas y extrañas aventuras de *Cárlos el Temerario* entre las negras rocas y espesos bosques de la antigua Helvecia, que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt en su *Solitario del Monte Salvaje*. Ya me representaba al ilustre muerto cuando en el silencio de la noche seguía los pasos á la hermosa y tierna Elodia por los callados claustros de la abadia solitaria de Underlach. Ya me parecia estar oyendo

su voz cuando con fatídico y misterioso acento le decia : «Huye, tierna flor del valle : es contagioso mi aliento y precursora de la muerte mi presencia. Paloma del monasterio, guárdate del *Pico terrible* ; huye del *Monte Salvaje*. » Ya me figuraba estarle viendo en el sotillo mortuorio de Herstall, con el manto trapecado como la vestidura de los Césares, batiendo su desgredado cabello sobre su frente varonil y descubierta, recostado en el árbol de los mausoleos. Ya recordaba los pavorosos avisos de la *Fantasma sangrienta* y las sombrías apariciones del *Osario de Morat* ; y ya, en fin, me representaba á la tímida virgen de la Helvecia arrodillada ante las aras de la capilla de Underlach, al tiempo de ir á enlazar su mano pura como la inocencia con la mano ensengratada del terrible guerrero ; y parecia resonar en mis oidos el zumbido estrepitoso del rayo mezclado con las terrorosas palabras del padre Anselmo : « ¡ Asesino de San Mauro ! ¿ Cómo te atreves á presentar en el altar del Señor tu ensangrentada mano á la hija de tu víctima ? ¡ Sacrilego guerrero ! escucha, ¿ no oyes los gritos de todos los religiosos de este monasterio degollados en el *Pico terrible* ? Elevo aquí mi voz delante del Eterno : ¡ sea anatematizado el hombre criminoso, sanguinario, conquistador, asesino, sacrilego é impío ! Caiga sobre *Cárlos el Temerario* el anatema ! el anatema ! »

Como hubiese advertido una inscripcion que en derredor del sepulcro habia, supliqué al capellan me permitiese copiarla. — Os costará trabajo leerla, me dijo, por estar en caracteres góticos harto complicados ; si gustáis, yo os la iré notando, y vos la podréis escribir. Así lo hice, y he aquí tal como la copié en mi cartera, traducida al español. Se conoce que no la habia puesto el P. Anselmo.

« Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnánimo príncipe Cárlos, duque de Borgoña, de Lotricke, del Brabante, de Limbourg, de Luxembourg y de Gueldres : conde de Flándes, de Artois, de Borgoña : palatino de Henoa, de Holanda, de Zelandia, de Namur, de Zutphen : marqués del Santo Imperio : señor de Frisia, de Salins y de Malinas, el cual estando grandemente dotado de fuerzas, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Mont-le-Hery, en Normandia, en Artois, en Lieja, como en otras partes, hasta que la fortuna volviéndole la espalda le oprimió la noche de Reyes del año 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo depositado en dicho Nancy, fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Cárlos, emperador de los romanos, V de este nombre, su nieto, heredero de su nombre, victorias y señorios, trasportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, de Leon, de

Aragon y de Navarra, hijo del dicho emperador Carlos, le ha hecho colocar en esta tumba al lado de su hija y única heredera Maria, mujer y esposa (*femme et épouse*) del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, y despues rey y emperador de los romanos. — Roguemos á Dios por su alma. — Amen. »

Otro semejante epitafio tiene el sepulcro de la archiduquesa, que no copié por no molestar al capellan.

Cuando el temerario de Francia, Napoleon, yendo en compañía de la emperatriz Maria Luisa, visitó aquellas tumbas, hizo una expresion de 10,000 francos con destino al ornato de la capilla. Yo que no era emperador, sino un pobre exclaustrado, ni iba en compañía de ninguna emperatriz, sino de un miserable lego, no hice mas donativo que de 5 francos y 5,000 gracias al capellan por la molestia, y Tirabeque regaló tambien su par de medios francos á los sacristanes por el trabajo de habernos alumbrado, con lo cual ellos se mostraron muy contentos, y nosotros salimos no poco satisfechos de haber llevado adelante el empeño de visitar aquella noche la tumba de *Carlos el Temerario*, y aun de haberse puesto Tirabeque una de sus manoplas, cosa que él no se habia podido imaginar jamas.

Un tesoro en un hospital.

El *hospital* es el de *San Juan* de Brujas; el *tesoro* es una pequeña galería de pinturas que encierra, y la cual ella por sí sola mereceria bien un viaje desde España, no digo de parte de un profesor, sino aun de parte de un aficionado. Mucho bueno hay en aquello poco. Pero lo mejor, lo mas sobresaliente, lo exquisito son dos obras de *Hemling*, del famoso *Hemling*, natural de Brujas; de aquel calavera que por su mala chola se vió obligado á sentar plaza; y que siendo soldado, por su poca aprehension salió herido, y tuvo que ir á curarse al hospital de San Juan; y que despues de curado, prefiriendo el uso de los pinceles al de las armas, se las supo arreglar de manera que prolongó la convalecencia por seis años, en cuyo tiempo pagó la hospitalidad en moneda de artista, en cuadros.

Pero vive Dios que la pagó mejor que si hubiera sido en oro puro, porque solo dos de ellos, *la caja de Santa Úrsula*, y el *matrimonio místico de Santa Catalina* valen un potosí. El primero se enseña con mucho misterio por el guardian del hospicio y á fe que

lo merece bien. ; Pero el segundo ! Los piés de la Virgen sentada bajo un dosel, los cuales descansan sobre un tapiz, es cosa de echarles la mano para convencerse de que no son de carne y hueso. La verdad de las figuras excede á todo lo que uno pudiera esperar, y el vigor del colorido, despues de los siglos que por él han pasado, deja atras á muchos cuadros modernos; y sin embargo, *Hemling* no conoció el uso del óleo inventado mucho tiempo despues por Van Dyck, es decir, que estos prodigios los hizo él con su mezcla de cola, goma y clara de huevo, que constituia el mordiente de sus tintas.

Nadie que éntre en aquel hospital y pase por aquellos patios, ó por mejor decir, corrales, pensará encontrarse con este tesoro de pinturas.

El Capuchino español.

Nuestro conductor nos habia dado noticia de que en el convento de capuchinos habia un padre español. Noticia era esta que no podia ménos de interesar á dos religiosos españoles, y desde luego resolvimos pasar á hacer una visita al hermano compatriota, fuese él quien quisiera, ya que suponíamos sería algun emigrado carlista. En este concepto nos prevenimos haciéndonos nosotros tambien carlistas de repente, á trueque de inspirarle confianza.

Fuimos pues á capuchinos. Nos abrió la puerta un anciano y respetable lego, con quien nos costó trabajo entendernos, porque hablaba un flamenco cerrado que daba gloria. Al fin percibió que preguntábamos por el padre español, y nos condujo á la huerta, donde en efecto se hallaba nuestro paisano con otros padres. Acercósenos este con su hábito pardo oscuro, su puntiagudo capuchon, su barba larga negra, y sus antiparras. Sería como de unos 36 años.— ¿ Es Vd. el padre español? — Servidor de Vds.; ¿ y Vds. lo son tambien? — Todos somos compatriotas. — ; Cuánto me alegro ! Vamos á la pieza de locutorio.

Pasámos á una habitacion al lado de la portería, nos sentámos en unos bancos de madera, y comenzó este diálogo : — Vd. se servirá dispensarnos esta libertad, le dije, nacida solo del deseo de saludar á un compatriota. — ; Oh ! yo tengo mucho gusto en ello : ¿ hace mucho que han salido Vds. de España? — Algunos meses. — ¿ Cómo está ahora aquello ? ¿ Está tranquilo ? — Lo estaba cuando nosotros hemos salido de allá ; pero ahora, con motivo de

los sucesos de Octubre suponemos que se habrán inquietado un poco los ánimos. ¿Y Vd. hace mucho que falta de España?— Como año y medio. — ¿Pues cómo ha sido (si puedo permitirme esta pregunta) el haber tomado el hábito en esta casa? — Yo era ya capuchino : entré con otros prisioneros en Francia, estuve en varios depósitos, recibíamos mal trato, y últimamente nos faltaron los recursos : tuve noticia de que en este convento me darian entrada, y en efecto, me felicito de la determinacion, porque me hallo bien y bastante considerado.

Al oír esto, empezó Tirabeque á tirarme del gaban, como queriendo decirme que no nos habíamos equivocado en suponerle carlista, y tratando él ya de lucirse, le dijo : — pues nosotros nos acogimos al indulto. — ¡Hola! ¿Vds. tambien estuvieron en el ejército carlista? ¿En qué país? — En Navarra. — Navarro soy yo tambien : ¿puedo saber la gracia de Vds.? — Nuestros nombres (me anticipé yo á decir porque no me lo echara á perder Tirabeque) son Diego López y Fernando Pérez. — No conozco esos nombres. — No es fácil, repuso Pelegrin : entre tantos.... ¿Y qué tal se come en este convento? — Bastante bien. — Y á los legos ¿qué tal les va? Tambien perfectamente. Pero aseguro á Vds. que desearia en el alma volver á España. Si supiera que me habrian de dejar vivir tranquilamente en un rincon en cualquier país, por distante que estuviese del mio, con la mejor voluntad dejaria este convento á trueque de vivir en mi patria, aunque fuese con la mayor estrechez. — ¿Y qué noticias tiene Vd. (le preguntó Tirabeque) de nuestro general Cabrera? — ¡Oh! Cabrera! respondió como disgustado : ni le he conocido nunca, ni quiero saber nada de él. Protesto á Vds. que estoy desengañado, y que mi único anhelo sería volver á España, y vivir retirado sin oír hablar de política.

Entónces yo temiendo que Tirabeque llevara demasiado adelante la ficcion del carlismo, mudé de conversacion, y le pregunté si habia muchos religiosos en el convento. — Somos 22, me dijo. — ¿Y hay muchas comunidades religiosas en el país? — Bastantes ; y se van aumentando cada dia. Solo en Brujas ha de haber ya 26 : 22 de mujeres y 4 de hombres.

Hice por cortar el diálogo y la visita, alegando la premura del tiempo. Nos despedimos pues del hermano capuchino, haciéndonos mutuos y expresivos ofrecimientos, y salimos de allí, no sin reprender á Tirabeque por la imprudencia de sus preguntas, y

llevando una prueba mas de la influencia del amor patrio y de la decadencia de la causa carlista.

Entrámos en el hotel, dispusimos nuestras maletas, pedimos la cuenta del gasto, que por mas señas fué la mas módica de toda la expedicion, y aun pudiera calificarse de excesivamente barata, y á la média hora ya estábamos fuera de *Brujas*.

OSTENDE.

En otra média hora nos pusimos en OSTENDE, bello puerto de mar, distante de aquella ciudad 4 ó 5 leguas y celeberrimo en los fastos de las guerras españolas. Digo celeberrimo, porque bien merece serlo un pueblo que sostuvo uno de los sitios mas famosos de que habla la historia : sitio que comenzó en 5 de Julio de 1664, contra las tropas españolas mandadas por *Ambrosio Espinola*, el mas acreditado general de la época, y duró hasta el 22 de Setiembre de 1664 (tres años y 77 dias). La ciudad se rindió por capitulacion, habiendo perdido los sitiados 50,000 hombres, y acaso mas los sitiadores. Se cuenta que el ruido del cañon se hacia sentir en Londres.

Hoy *Ostende* es una poblacion de 15,000 habitantes, modernamente fortificada, de bellissimo aspecto, con calles anchas, limpias y bien empedradas, y vistosos edificios, entre los cuales sobresale el Casino, que sirve tambien de salon de baile.

Alojámonos en el hotel *de los Baños* (que por cierto son de mucho nombre los baños de mar de *Ostende*), y al instante empezámos á conocer que nos hallábamos en un pueblo que sostiene faciles y frecuentes comunicaciones con la Inglaterra. Nuestro recibimiento ya fué bastante inglés, el almuerzo mas inglés todavía, y el precio inglés enteramente : en las 4 ó 5 leguas que hay de Brujas á Ostende parecia que habíamos andado 40 ó 50 por lo ménos. Pedimos un guia y un coche, y el guia era tambien inglés; el coche se nombraba *el Vigilante núm. 6* : lo tengo bien presente, porque nos fué cobrado el carruaje muy á la inglesa.

La muralla del muelle constituye un hermoso paseo, pero la entrada del puerto es muy mediana : casi siempre que hay temporal se experimentan en *Ostende* sus desastrosos efectos. Á pesar de esto y de la estrecha empalizada que forma la bahía, y de las barras y bancos movibles de arena, y de otros muchos defectos

que tiene contra sí, como que *Ostende* es el único verdadero puerto de mar de la Bélgica, no deja de ser frecuentado de embarcaciones de todos países, formas y tamaños : á lo que contribuye la comunicacion en que el camino de hierro lo pone con el interior del país y con el Rhin. Hay un faro á la entrada del puerto y otro sobre el muelle. En este se hallan siempre de venta infinidad de cajitas, escaparates, templitos, y otros curiosos artefactos hechos de mariscos, de que tuvimos gusto de traer tambien algunas muestras á España.

Visitados sus dos grandes estanques, su jardin público, sus hospicios, sus cuarteles, y sus fábricas de encajes, de cordeleria, de tabaco y de velámen, salieron nuestras dos humanidades españolas á las doce y diez y nueve minutos del siguiente dia, y metidos en el coche-vapor, entre una colonia de ingleses, llegámos á Ambéres á las cinco y diez y nueve minutos de la tarde, despues de haber vuelto á pasar por Brujas, detenidonos un cuarto de hora en Gante, y média hora larga en la consabida Malinas.

AMBÉRES.

Su fundacion, historia y topografia.

Con harta y sobrada razon me punzaba, á mi Fr. Gerundio, el deseo, la curiosidad, y hasta la comezon de visitar la ciudad de AMBÉRES. Y bien justificó el resultado la impaciencia en que yo pasé la primera noche en el hotel *del Gran Labrador*, plaza de *Meir*. Recomendábame Tirabeque desde la cama la belleza de las jóvenes patronas, la obsequiosidad de los *garzones*, y el buen gusto de los panecillos, especie de bollos de leche y huevo, que á la mesa nos habian presentado en lugar de pan : mas aunque las camas no eran tan régias como las de Brusélas y Gante, él se me quedó dormido como un cachorro con la palabra y los panecillos en la boca, y yo proseguí un buen espacio desvelado por la impaciencia y aun por el presentimiento de que habria de felicitar-me de visitar la antigua *Antuerpia* de los latinos y la patria de *Rubens* y de *Van Dyck*.

Así fué que al dia siguiente á primera hora, provisto del competente *commissionnaire*, que era un atento belga como de 50 años, muy decentemente portado, y sobre todo instruido y conocedor

de la historia antigua y moderna de *Ambéres*, salimos á lo que se llama *faire un tour* por la ciudad.

Las manos cortadas. Por signo de mal agüero tuvo Tirabeque el encontrar por armas de la ciudad un castillo con dos manos cortadas encima. — Señor, me dijo, sería de parecer que nos detuviéramos poco en este pueblo, porque tengo para mí que hemos de estar entre gente de malas mañas. Yo tambien extrañé la singularidad de semejante blason, y sobre su significado pedí explicaciones al *commissionnaire* el cual me satisfizo diciendo :

« Señores, es tradicion muy acreditada en el país que allá en tiempos antiguos vivia á las orillas del Escalda un monstruoso gigante que con una cadena de hierro tendida de uno á otro margen del rio aprisionaba á cuantos al pasar se negaban á pagarle un tributo, les cortaba las manos, y en seguida los arrojaba al rio. De aquí se eree se derivó el nombre de *Han-Werpen*, como se llamaba ántes la ciudad, que quiere decir en flamenco *mano arrojada*. De aquí el haber adoptado la ciudad las armas que Vds. están viendo, y de aquí tambien la costumbre, que de tiempo inmemorial se conserva, de pasear por la ciudad en las procesiones solemnes al *gigante Antigono*, arrastrando en pos de sí algunos cautivos con las manos cortadas. » — ¿ Y hay algun valenton en el pueblo que se atreva á sujetar al gigante, y aun á cargar con él teniendo tan mal genio? — Es en estatua como se lleva, Sr. Tirabeque. — Eso es otra cosa ; pero de todos modos paréceme que las fechorías que Vd. nos cuenta del Sr. Gigante no eran méritos para tantos honores (1).

Vicisitudes. Con este motivo pedí á nuestro *Mr. Henry*, que así se llamaba el *commissionnaire*, noticias históricas acerca de la ciudad ; y con un desparpajo, que ya picaba en relacion de carretilla, me la traspasó en dos paletas del dominio de los romanos al de los lombardos, de estos á los francos, de los francos á los loreneses, de los loreneses á los condes de Flándes, de estos á los monarcas españoles, y de aquí á los alemanes, franceses, holandeses y belgas. En cuyas vicisitudes percibí que jugaban los nombres de Godofredo de Boullon, de Cárlos V y Felipe II, del duque de Parma y el de Malborough, y que nombrada sitios y asaltos, guerras de religion, incendios y degüellos, el tratado de la *Barrera*, la paz de *Aquisgran*, la

(1) Otros opinan que la etimología de *Ambéres* viene de *Aend-werp*, que significa *delante del rio*. En materia de etimologías siempre ha habido *libertad de imprenta*.

capitulacion francesa, el tratado de la *Haya*, y sobre todo las sangrientas escenas y horrorosas mortandades que decia haber causado las tropas españolas en sus diferentes asaltos y ocupaciones; lo cual movió á Tirabeque á interrumpirle, diciendo: — Sí, sí, cargue Vd. ahí la mano, señor comisionista, que como les manden á Vds. quitar el pellejo á los españoles..... — ¡ Oh ! perdon ! yo nó hago sino contar lo que he leído en la historia. — Lo creo muy bien, pero las historias de Vds. en llegando al punto de los españoles, ya saben aumentar hasta veinte los excesos que podrian ser como tres ; sí, sí, hacen Vds. bien, aquí que no peco.

Poblacion y figura. La poblacion de *Ambéres* en el dia, será de unas 80,000 almas : su figura es la de un arco extendido cuya cuerda la forma el *Escalda*, que tiene delante de la ciudad 180 varas de ancho por 15 de profundidad, y que internándose hasta el corazon del pueblo, permite la entrada de buques de alto bordo hasta sus mismos plazas, estacionándose en el *grand bassin* puerto, estanque ó bahía mandado construir por Napoleon.

Aunque distante todavía el *Escalda* 17 leguas de la embocadura del mar, su anchura y profundidad le hace navegable hasta de los grandes navíos, y convierte á *Ambéres* en un verdadero puerto de mar, que es á lo que debe su importancia y prosperidad mercantil en medio de las guerras, y de las plagas, y de las vicisitudes y trastornos que casi sin interrupcion la han trabajado. Y en todos tiempos *el rico comerciante de Ambéres* ha hecho su correspondiente peso en las Bolsas de Europa, y en ningun tiempo ha dejado de hacer un papel muy principal en las comedias *la hija del rico comerciante de Ambéres*.

Las calles son generalmente anchas, alineadas y limpias ; y el río, y los canales, y las murallas, y la ciudadela la hacen tan fuerte como veremos despues.

Recuerdos españoles.

No dábamos un paso por *Ambéres* sin que Tirabeque hiciera una exclamacion de sorpresa y alegría : — Señor, señor, mire Vd. una casa como las de España. — ¡ Oh ! sí, reponia en tono decisivo y magistrado *Mr. Henry* ; aquí hay muchas casas y muchos edificios á la española : ved, todas estas son de la época y del gusto de los españoles (y señalaba precisamente á aquellas cuyas fachadas de ladrillo terminan en punta cortada en picos á mane-

ra de escalones, haciendo una especie de feston que se eleva á bastante altura de los tejados, y de cuya forma hay muchas en toda la Bélgica). —Perdone Vd., *Mr. Henry*, le repliqué yo; en esto padece Vd. un error grave, y le padecen Vds. todos los belgas, incluso los historiadores y los autores de Guías. Estoy cansado de oír decirme en todas partes, señalándome las casas de esta figura: «he ahí el gusto arquitectónico que se conserva todavía de los españoles;» porque ha de saber Vd. y todos los belgas, que nunca los españoles hemos edificado por este estilo; que las casas de fisonomía propiamente española son estas de puerta de arco, de rejas bajas y salientes, de escudos de armas y empresas nobiliarias con inscripciones latinas, etc.

— Si, señor, interrumpió Tirabeque; tiene razon el amo; y Vds. cuando hablan de España dan por las paredes; ó por mejor decir, ni aun por las paredes saben Vds. dar, porque las paredes españolas son estas de mampostería con estos nichos para colocar un santico, y con estas celosías, que paréceme estar viendo á un canónigo de Toledo ó de Valladolid salir por esta puerta; y tambien estos balconcillos de madera, que ¡cuántas veces he visto al alma del cura de mi lugar asomada á un balconcito como este! Y aun el amo se acordará acaso mejor que yo que la casa del mayorazgo de Campázas era al símil de la que se ve allí en aquel rincón, con su mirador y todo como aquella.

El guia callaba como un muerto; y así fuimos andando, y coquetejando entre nosotros el sabor á españolismo antiguo de aquellas casas con el gusto y elegancia moderna de las de la inmensa mayoría de la poblacion, hasta llegar al *gran puerto* de Napoleon, precisamente tan á tiempo, que se estaba haciendo el desembarque de una gran porcion de cajas de pasas de Málaga aportadas por un bergantín mercante holandés. Extraordinaria fué la alegría de Tirabeque al encontrarse con aquella mercancía nacional. — Señor, ¿cómo habia yo de pensar en hallar aquí *recuerdos de Málaga*? Y se empeñaba en hacer la recomendacion mas brillante del género á cuantos por allí cogia á la mano. — ¿Á que entre todos los frutos del país (añadía) no tienen Vds. uno que le llegue á este ni de cien leguas?

Pero toda esta satisfaccion se le convirtió súbitamente en caimiento de ánimo, cuando oyó decir á *Mr. Henry*: — ¿veis esta soberbia obra, este magnífico puerto interior? Pues esto lo hizo Napoleon con operarios de los prisioneros españoles. — Ya sé, le repliqué yo, que Vds. acostumbran á emitir esta idea, pero es

tan equivocada y tan falsa como la de las casas en punta. — Así, así, mi amo, salga Vd. á los alcances á esta gente, que si no, en todo cargan el mochuelo á los españoles.

Por lo demas es verdaderamente admirable la obra del puerto interior de *Ambéres*. Napoleon, el verdadero *Gigante Antígono* que allí se ha conocido, concibió el atrevido pensamiento de hacer en medio de las calles de *Ambéres* un gran puerto interior para la marina militar, á mas del exterior para la marina mercante. Comerciantes, ingenieros, generales, todos intentaron disuadirle del proyecto, pintándoselo como impracticable ó temerario. Pero á Napoleon nada le convencia y nada le arredraba. Por último recurso el conde Decrès le hizo la reflexion de que, si por un acaso posible, aunque poco probable, la Bélgica se desmembraba algun dia de la Francia, fuera una lástima consumir tã cuantiosas sumas, como eran indispensables, para la construccion de un puerto enemigo. Entõnces fué cuando Napoleon soltó aquellas célebres palabras: « *La Bélgica no puede pertenecer nunca sino á un enemigo de los ingleses.* » Esto le bastaba.

Napoleon lo habia resuelto, y el puerto se hizo; porque Napoleon era hombre de *dixit et facta sunt*. Al año se botaron ya al agua cuatro corbetas de guerra. En 1803 los amberinos no tenian un buque propio: en 1807 diez navios de línea se estaban construyendo en *Ambéres*: en 1813 se habian botado al agua 30 navios, uno de tres puentes y de 120 cañones, dos de 80, los demas de 74, y tres fragatas de guerra.

Allí tuvimos el gusto de ver y aun de visitar la hermosa fragata-vapor de guerra BRITISH-QUEEN, que el gobierno belga compró á los ingleses el año pasado, y cuya compra tan acalorados debates suscitó despues en las Cámaras.

La ciudadela.

No sé si habrá español, y aun europeo de edad de entrar en quinta, en cuyo tímpano no haya sonado alguna vez el nombre de la *Ciudadela de Ambéres*, desde los sucesos militares holando-franco-belgas de 1832. Por mi parte confieso que no veia llegado el momento de visitar la ciudadela de Ambéres, y en consecuencia fué de lo primero que traté tan luego como me vi en aquella ciudad. Las diligencias del permiso, el regular paseo que la separa de la poblacion, todo se anduvo sin pereza, y poco tardámos en

estar á la vista del centinela, que era un flamenco mas cerrado que la ciudadela misma.

La de Ambéres, como casi todas las ciudades, consiste en un recinto formado por cinco frentes de fortificaciones, ó sea un pentágono regular, cuyos dos lados miran al campo, otro al Escalda, otro á la ciudad, y otro á los fuertes de esta que está destinado á proteger. Sepárala del rio un pequeño dique con una esclusa que facilita la introduccion de sus aguas en los fosos : otras dos esclusas construidas de cada lado de la plaza de armas proporcionan hacer salir á entrar el agua en la direccion que se quiera, y por este medio se puede mantener en el foso una corriente viva, honda é inagotable.

Fundóla el famoso duque de Alba *Don Fernando Álvarez de Toledo* en 1568, para mantener siempre en respeto á los indómitos amberinos. Y es curioso para un español encontrar todavia los baluartes señalados y conocidos con nombres españoles, pues el bastion número 1° se llama el bastion *HERNANDO* (este es el que mira á la esplanada de la ciudadela) : el número 2° el bastion de *TOLEDO* : el 3° el bastion *PACIOTTO* (nombre del ingeniero director) : el 4° el bastion de *ALBA* ; y el 5° el bastion del *DUQUE*.

Yo hubiera deseado tener allí los periódicos del año 32, ó bien la obra titulada *Descripcion histórica y topográfica de Ambéres*, para enterarme sobre el terreno de todas las circunstancias de aquel memorable sitio. Pero afortunadamente tropecé con un oficial de la plaza, tan instruido como atento, que se ofreció á guiarme é informarme de todo : y he aquí el resumen de nuestra conversacion.

« Vos sabréis, me dijo, que los belgas en la revolucion del año 30 nos apoderámos de la ciudad ocupada por los holandeses, que desde el año 15 dominaban el país. — En efecto, y tambien sé que las tropas holandesas al mando del general *Chassé* se refugiaron á la ciudadela. — Pues bien, cada ejército se fortificó cuanto pudo en su respectiva posicion ; la ciudad hubiera podido ser hostilizada y ofendida, pero no tomada, porque nosotros la llegámos á coronar con 400 piezas de cañon. En este estado de mutuo respeto permanecieron las cosas hasta el año 32, en que los gabinetes de Paris y Lóndres acordaron arrojar de la ciudadela á los holandeses á viva fuerza. Á consecuencia de esta resolucion, fué cuando el 28 de Noviembre del mismo año ocupó la ciudad un ejército frances de 65,000 hombres á las órdenes del mariscal *Gérard*,

y hallándose á las cabezas de sus divisiones los duques de *Orleans* y de *Nemours*.

» Los franceses (continuó) emprendieron los trabajos de aproximacion contra la ciudadela en medio de un horroroso temporal de lluvias. Otra lluvia de fuego los estuvo acosando desde el 30 á la média noche, dirigida de la ciudadela. Luchando contra estas dos lluvias, continuaban los franceses en silencio sus trabajos. Hasta que el 4 de Diciembre rompieron estos por su parte el fuego; fuego que duró por espacio de 49 dias con tan horrible vigor, que hombres y edificios se veian acribillados á balazos; el peso de las bombas aplanaba ya el piso de las plataformas; reparad, aun se nota el piso hundido en algunos puntos. — ¿ Pero está seguro, señor oficial? le preguntó Tirabeque. — No tengas cuidado, le respondi, que no te hundes. Y deja á este caballero que prosiga.

» El dia 22 (prosiguió) todas las baterías francesas y belgas, junto con las lanchas cañoneras que enfilaban á los fuertes, todas jugaban á un tiempo haciendo un fuego tan horroroso, que se calcula en 20,000 bombas las que arrojaron á la ciudadela, y en 54,000 ademas los disparos de cañon: ni un edificio les quedaba ya en pié á los sitiados en que albergarse, ni un palmo de terreno en la plaza que no estuviese cubierto de proyectiles; sin víveres, sin medios de defensa, fatigada, exánime, mutilada la guarnicion, asaltada la luneta de San Lorenzo, sin esperanza de socorro.... al tiempo que los franceses iban á dar el asalto general al siguiente dia 23, se enarboló la bandera de capitulacion, y dos oficiales holandeses se presentaron como parlamentarios en el campo frances.

» Así terminó aquella breve pero sangrienta campaña: el 24 entregó las armas la guarnicion en número de 5,000 hombres; posesionáronse de la ciudadela los franceses, y el 31 la entregaron á los belgas, llevando ellos á Paris las banderas holandesas en testimonio de su conquista.—Recuerdo várias de esas circunstancias, le dije, y tambien algunas escenas sublimes que entre los valientes de una y otra parte tuvieron lugar. Por ejemplo, la del oficial que al tiempo de entregar la espada al vencedor, hizo ademan de romperla con desesperacion, y á quien dijo el oficial frances: « tened; ¡ sé que sois un valiente y merecéis conservarla! » ¡ La tierna escena entre los generales *Gérard* y *Chassé*! ¡ Ah! ellos eran dos bravos guerreros! El general *Chassé* habia hecho la guerra en España.— Señor, exclamó súbitamente Tirabeque, eso ya

se me figuraba á mí. Cuando les he oído á Vds. contar esas cosas, estaba yo diciendo : « ese general tan valiente por fuerza estuvo en España : ¡ sobre que yo no sé qué tiene aquella tierra !... » (1)

Temiendo á Tirabeque si le dejaba proseguir, me despedí del atento oficial dándole las gracias por su amabilidad, y salimos de la ciudadela, no sin volver la vista muchas veces, como quien no se ha saciado de ver aquellos al parecer inexpugnables baluartes.

La catedral y sus adherentes.

Una obra de filigrana, alta, atrevida, esbelta y ligera, habia arrebataado nuestras miradas desde léjos. Y al modo que cuando se divisa el lujoso y elegante prendido de una jóven que pasea orgullosa, dominando con su enhiesta cabeza á las de la muchedumbre que la circunda, corren presurosos los jóvenes aguijados del deseo de averiguar si la hermosura del rostro corresponde al soberbia continente, así corrimos nosotros avivados de la curiosidad de contemplar de cerca á la que de tal modo se ostentaba reina de la poblacion.

Pero si de léjos nos habia admirado su esbelteza, de cerca puedo decir que nos encantó su hermosura. Esta elegante y bella dama era la torre de la catedral de Ambéres ; torre que á semejanza de las verdaderas bellezas, pierde siempre que la retrata el pincel. El arquitecto Amelio sobrepujó en una obra de piedras á cuanto un diestro dibujante pudiera hacer con el lápiz. Su cabeza es filarmónica en sumo grado, pues tiene un *carillon* nada ménos que de 99 campanas, una de las cuales necesita la cooperacion de 16 hombres para tañirla, y cuyo padrino de bautismo fué el emperador Carlos V. Diez y seis años hacia que se estaba restaurando la torre, y no se habia concluido la obra : esto dará bastante idea del ornato y altura de aquella incomparable torre. Tirabeque la quiso examinar con tanta atencion, que á fuerza de conservar una posicion supina, se le envaró y entumeció el cuello en tales términos que no podia ya doblar la cabeza, y no la bajó sin experimen-

(1) El general Chassé era vulgarmente conocido por el *general Bayoneta*, en razon á lo aficionado y á lo inteligente y temible que era en las cargas de esta arma. Se halló en las batallas de Talavera, de Ocaña, y en casi todas las mas reñidas, distinguiéndose siempre por su valor y serenidad.

tar fuertes y agudos dolores en el cerebelo y en los cartilagos del gargüero y de la traquiarteria.

— ¿ Quiéren Vds. ver, nos preguntó *Mr. Henry*, los milagros que obra el deseo de casarse? Pues lean Vds. al pié de la torre el epitafio de *Quintin Metsys*, y el verso latino que le sigue :

« *Connubia lis amor de Mulcibre fecit Apellem.* »

— ¿ Y qué quiere decir eso, mi amo? me preguntó Tirabeque, que yo el latin de esta tierra no lo entiendo muy bien. — Quiere decir, que el deseo de casarse hizo á este tal *Quintin Metsys* de simple herrero que era, un Apéles; esto es, un insigne pintor. — En efecto, añadió el guia; *Quintin Metsys* amaba una hermosa jóven; mas cuando la pidió en matrimonio, su padre le puso por condicion que para alcanzar la mano de su hija habia de reemplazar las tenazas con los pinceles. *Quintin* aceptó la condicion, abandonó el yunque, tomó la paleta, y habiéndose hecho un pintor sobresaliente, llegó á obtener la mano de su amada. En la plaza veremos despues un pozo cuyos ornamentos de hierro, trabajados á martillo y sin lima, fueron obra de *Quintin Metsys*; y dentro de la catedral veremos sus obras como pintor. — Hizo grandemente el señor *Quintin*, replicó Tirabeque; conoció que miéntas fuera herrero todo lo que hiciera por casarse con la muchacha habia de ser *machacar en hierro frio*, y tomó otro rumbo.

Entrámos pues en aquel suntuoso y magnífico templo : nueve naves laterales de 230 arcos abovedados sostenidos por 125 columnas sirven como de cortejo á la anchurosa y vastísima nave principal. — En toda esta longitud, nos dijo *Mr. Henry*, habia 32 altares de mármol con ricos adornos y preciosas pinturas : contábanse 100 candelabros y 4 ante-altares de plata maciza; todo desapareció en tiempo de la revolucion por obra y gracia de *Robespierre*. ¿ Veis el altar mayor, que es de mármol? Pues podéis comprarle si gustáis, porque está de venta. — ¡ Cómo de venta! ¿ Pues tan pobre está la catedral que necesita enajenar á precio de dinero sus altares? — Al contrario; se trata de sustituirle otro de mas valor. Reparad que es del gusto moderno, y no hace buen juego con los demas que son del estilo antiguo.

« Pero nada de esto reparéis : venid conmigo, y os enseñaré el *non plus ultra* de los cuadros de pintura de la escuela flamenca, la obra maestra del mas célebres de los artistas del país, el *Descendimiento de RUBENS*. »

Dirigióse *Mr. Henry* hácia la sacristía, y á los dos minutos vol-

vió acompañado de un capellan, que armado de una larguísima vara con punta de horquilla, dió principio á abrir los postigos ó portezuelas del rey de los cuadros. No diré que el primer golpe de vista fuera el que me causara mas admiracion, no : la admiracion iba creciendo gradualmente segun que iba contemplando ; y lo que me admiraba mas era que hubiese pintores en el mundo que hiciesen viajes á Italia, y no los hicieran á Flándes. — ¿ Queréis saber, me dijo el capellan, la historia de este cuadro ? — Con mucho gusto.

Pues bien : « RUBENS estaba para volver segunda vez á Italia, cuando á instancias de los archiduques Alberto é Isabel, determinó fijarse en Ambéres, y comprar aquí una casa. Hecha la adquisicion, quiso hacerse un obrador á su gusto ; pero habiéndose intrusado en terreno que pertenecia á la Sociedad del Juramento de los Arcabuceros, estos se quejaron á Rubens de la usurpacion, Rubens echó nomarala á los arcabuceros, los arcabuceros le pusieron pleito, y viendo que este llevaba trazas de encesparse, el burgomaestre de la ciudad, que era al mismo tiempo jefe del Juramento y amigo de Rubens, discurrió un medio de transaccion, proponiendo que Rubens por via de indemnizacion del terreno usurpado hiciese á los arcabuceros un buen cuadro que representara algun pasaje de la vida de S. *Cristóbal*, patron de los arcabuceros desde la invencion de la pólvora, ne sé por qué. Conviniéronse todos en ello. Pero Rubens no hallando en la historia de S. *Cristóbal* un pasaje acomodado á sus ideas del momento, tomó ocasion de la etimologia del santo, *Chistophoros* en griego, que quiere decir, *el que lleva á Cristo*, y dijo para sí : « Pues hagámos un *descendimiento*, y pongámos média docena de hombrones cargando con el Cristo, que serán otros tantos *portadores de Cristo*, y de consiguiente otros tantos *Cristovalones*, y en lugar de un *San Cristóbal* daré seis á los arcabuceros, y no tendrán por qué quejarse. »

« Hizolo así. Pero los arcabuceros que vieron el cuadro, y que así entendian de etimologias griegas como de hacerse turcos, echaron de ménos su *San Cristóbal*, y pusieron el grito en el cielo y nuevo pleito á Rubens. Las contestaciones volvieron á agriarse, porque el pintor tenia mal genio y los arcabuceros no sufrían chanzas pesadas ; pero el burgomaestre, siempre conciliador, pudo reducir á Rubens á que pintara un verdadero *San Cristóbal*, aunque fuese en una de las portezuelas por la parte exterior, pues por la interior estaban todas pintadas y no cabia ya el

santo por mucho que su estatura rebajar quisiera. Así lo ejecutó, dándose los arcabuceros por contentos, y es ese que veis ahí.» — ¿Pero no notáis la figura de un *bubo* en el cuadro? — Así es la verdad. — Pues ese *bubo* le introdujo el pintor por burleta y con alusión á la ignorancia de los arcabuceros, de lo cual ellos no se apercibieron.

— Aun os contaré (continuó el capellan) otra anécdota no ménos curiosa acerca de este cuadro. « Cuando Rubens estaba haciendo esta obra maestra, sucedió que un dia en que habia salido de caza, sus discípulos consiguieron que el doméstico les permitiera entrar en el obrador de su maestro; y habiéndose puesto á retozar, uno de ellos empujado por los otros fué á caer sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena y la mejilla y la barba de la Virgen, recientes todavía del pincel de Rubens. La consternacion fué grande, y cada uno trató de escapar; pero el doméstico, conociendo que la responsabilidad de la travesura habria de recaer sobre él, — « alto aquí, señores, les dijo: de aquí nadie sale hasta que á la Magdalena se le restituya su brazo, y hasta que el rostro de la Virgen recobre su estado natural. » Los discípulos, viéndose prisioneros de guerra, capitularon como corderos. Se encomendó la obra al que entre ellos pasaba por el mas capaz, y el pobre muchacho, todo trémulo, tomó la paleta y los pinceles de su maestro y alentándole los compañeros, trató de reparar el daño que habia causado, y lo hizo con tal perfeccion, que el mismo Rubens no se apercibió de la novedad; ántes bien al dia siguiente, al continuar su obra, se puso á contemplar y dijo: « ¡he aquí un rostro y un brazo que me salieron ayer muy bien! » El jóven á quien tocaba una parte de la satisfaccion que Rubens se atribuia á sí mismo, era *Van Dyck*.» — ¡Digno discípulo, dije yo, de tan buen maestro! — Pues algo de lo que él hizo, repuso Tirabeque, tambien yo lo hubiera hecho. — Qué, ¿te hubieras atrevido tú á restaurar la cara de la Virgen? — Á restaurarla no señor, pero á horrarla sí.

Nos llevó en seguida el capellan al otro lado de la nave, donde está la *Elevacion de la Cruz*, otro cuadro de RUBENS, que hace juego con el *Descendimiento*. Solo RUBENS, el caprichoso y poderoso RUBENS, pudo atreverse á concebir, cuanto mas á ejecutar una obra de aquella naturaleza, y solo él acaso pudo hacer aquella cabeza de Hombres-Dios, aquel rostro del Cristo en que se lee la expresion del dolor mas majestuoso y de la resignacion mas sublime

que la imaginacion mas embebida en las ideas de la divinidad humana se pudiera crear.

Despues de estos dos cuadros es dificil hablar de tantas otras preciosidades artísticas como la catedral de Ambéres encierra.

Santiago y Rubens.

Muchos grandiosos y lujosos templos hay en Ambéres ; los mármoles se disputan la prodigalidad á las pinturas de mérito : cada iglesia parece una cantería de preciosos mármoles y un museo de cuadros escogidos. Pero entre todas ellas llama principalmente la atencion del viajero la de *Santiago*, tanto por ser todo su primer cuerpo y todos sus altares de mármol blanco y negro, como por hallarse en ella la capilla y sepulcro de Rubens ; de Rubens que ha llegado como á destronar de la capilla á Dios y á la Virgen á quienes está consagrada. Porque todo, hasta el cuadro místico que constituye el altar y descansa sobre su mesa, todo hace allí acordarse del pintor olvidando la Divinidad.

El cuadro representa *la Santa Familia* ; pero *la Santa Familia es la familia del pintor*. Porque Rubens, bajo la imágen de Santa Marta y Santa Magdalena, hizo los retratos de sus dos mujeres ; el San Jerónimo es su padre, el Ángel su hijo, el anciano que representa el Tiempo su abuelo, y él se retrató á sí mismo bajo la figura de San Jorge. Así es que en aquella capilla nadie hace cuenta de los santos ; el curioso se acuerda de ellos solo por concomitancia ; la imaginacion y los ojos se fijan en la familia del pintor. Hasta una hermosa Virgen de mármol que hay sobre un altar, y que en otro sitio arrebataria la atencion, como obra del famoso *Duquesnoy*, allí hace un papel desairado. Hasta un Salvador de *Van Dyck*, que por ser de *Van Dyck* mereceria bien ser apreciado, allí es mirado con desden, ó acaso no se le dirige una mirada. Allí no se ve mas que á Rubens y su familia.

Una larga inscripcion se lee sobre la lápida de su sepulcro.

Rubens y Van Dyck.

Indulgencia y perdon, lector amado, si aun me detengo en los dos célebres pintores. Estoy en la patria de las bellas artes, y el entusiasmo de las bellas artes me arrebatá. ¡ Y qué ! ¿ cumpliria yo

con el deber de viajero si no consagrara algunas páginas á la gloria de los inmortales artistas que ha producido Ambéres? ¿No me acusaríais desde vuestras tumbas, vosotros, matemático Ortelio, escultor Duquesnoy, historiador Grammaye, pintores Jordan y Grayer, David Theniers y Tomas Rombousts, y sobre todo vosotros, príncipes de la pintura de vuestro siglo, inimitables *Rubens* y *Van Dyck*?

Ambéres es en Flándes lo que Sevilla es en España, la cuna de los pintores y el emporio de las pinturas. Y así como en la ciudad del Guadalquivir hasta en la mas miserable casa se encuentra un Murillo ó un Cano, un Velázquez ó un Pacheco, un Moya ó un Castillo, así en la ciudad del Escalda no se da un paso sin toparse con un Rubens ó un Crayer, con un Jordan ó un Van Dyck, con un Theniers ó un Van Oort. Con la diferencia que la Flándes ha sido regida por gobiernos protectores de las artes, que han sabido erigir en Ambéres un museo digno de los genios que ha producido, y la Bética ha vivido bajo un gobierno que ha tenido en abandono las glorias artísticas de Sevilla, hasta ahora que sus mismos naturales por su propio impulso han levantado un museo donde depositar la inmensa riqueza que posee. Con la diferencia que los gobiernos españoles han estado y están viendo paciente-mente el museo del Louvre vestido orgullosamente y engalanado con las obras de Velázquez, de Cano y de Murillo, y el gobierno belga ha hecho restituir mas que de paso á los franceses las obras de Rubens, de Van Dyck y de Theniers con que tambien tenian engalanado el Louvre. Con la diferencia que en Sevilla los nobles y el cabildo no escrupulizan, á trueque de empuñar algunos cuantos miles de pesos fuertes, en enajenar los tesoros de las artes al baron Taylor para que vaya á enriquecer con ellos las galerías de Paris, y el cabildo y los nobles de Ambéres rechazan con indignacion las proposiciones que les hacen los franceses de cambiar sus lienzos por cofres atestados de oro, y los nobles amberinos ofrecen á la admiracion del extranjero multitud de galerías particulares que son otros tantos ricos é inapreciables museos. Sevilla pudiera ser mas que Ambéres, Sevilla debiera ser mas que Ambéres, pero el gobierno de España no es el gobierno de la Bélgica.

Rubens y *Van Dyck* son los dos ídolos de los amberinos. Y bien merecen serlo tan gran maestro y tan gran discípulo. Séame permitida una pequeña pinversion cronológica y vengamos primero al discípulo. *Van Dyck* nace á las artes, *Van Dyck* crece en la pin-

tura, *Van Dyck* llega á inspirar celos á *Rubens*; el maestro ve un rival en el discípulo: ¿de quién se cela mas, del pincel del discípulo, ó de su mujer? No se sabe; pero puede ser bien uno y otro, porque ambos son fogosos amadores de las mujeres y de las artes.

Sin embargo, los rivales se galantean con mutuas finezas; el discípulo regala al maestro un retrato de *Helena Formann* que despues vino á ser su esposa; el maestro regala al discípulo un magnífico caballo blanco árabe que había recibido del rey de España.

El fuego de la juventud y el ardor del entusiasmo artístico hacen insoportable á *Van Dyck* la vida tranquila y sedentaria, y lleno de esperanzas y de porvenir monta en el caballo blanco y sale á correr aventuras. No tarda en encontrarlas: cerca de Brusélas tropieza con una graciosa aldeana y se enamora de ella: ¿qué le dará el pintor en precio de su cariño? Aun no posee oro ni brillantes; pero en cambio le pinta dos cuadros para la iglesia de su lugar.

En el primero representa á *San Martin* á caballo partiendo la capa con el pobre. Pero *San Martin* es el pintor, es el retrato del amante, y el caballo es su mismo caballo blanco. En el segundo pinta una *Santa Familia*, pero la santa familia es el retrato de su querida aldeana y los de su padre y su madre. Cuando la jóven amante vaya á la iglesia, á no dudar se encomendará muy devotamente á *San Martin* y á la *Santa Familia*. ¿Serán lícitas estas libertades á los pintores? Entrará esto en el «*pictoribus..... quidlibet audendi semper fuit æqua potestas?*»

Parte despues *Van Dyck* á la poética Italia; iguala al *Ticiano* en la naturalidad de las carnes y á *Pablo Veronés* en la firmeza del colorido: va á Génova, á Roma y á Sicilia; vuelve á Ambéres y pinta el *Cristo entre los dos ladrones*; pasa á Inglaterra: el rey *Cárlos I* le hace caballero de la orden del Baño, y le da una pension considerable. El pintor llega á adquirir todo lo que parece que pudiera desear, dinero, mesa y tren de príncipe, y una bella amante. ¿Á qué aspira ya el pintor? —¿Á qué aspira? Á lo que aspira todo el que ve satisfechos sus caprichos: á un imposible. *Van Dyck* hace una cueva, compra crisoles, y se mete á alquimista: busca el medio de hacer oro, y no conoce que está desperdiciando en los hornos de su laboratorio arroyos de oro ganados con el pincel. El rey le ve perder su fortuna en experiencias insensatas y su salud en los placeres nocturnos, y le hace casarse con la hija del lord *Ruthwen*. Ya posee una de las jóvenes mas bellas, mas ricas y mas nobles

de la Gran Bretaña. Pero Van Dyck no puede disfrutar mucho tiempo de tan loca fortuna : otras locuras han agotado sus fuerzas, y á los seis meses no hay médicos, no hay cuidado exquisito que pueda salvar al artista : Van Dyck muere á los 42 años de edad.

Rubens es mas universal todavía : el maestro es mas hombre y mas pintor. *Rubens* se perfecciona tambien en Italia, donde se perfeccionan todos los pintores ; pero *Rubens* se conquista luego un estilo propio. Como pintor, es llamado á Paris por María de Médicis, y le encarga una galería entera de cuadros para su palacio de Luxemburgo ; *Rubens* pinta en 24 cuadros la vida toda de la princesa, que son otros tantos cantos de su historia. Desde entonces todos llaman á *Rubens*, y *Rubens* no sabe á quién responder ni á qué país acudir : todas las cofradías, todas las iglesias, todos los museos, todos los palacios y conventos quieren tener cuadros de *Rubens* ; la Inglaterra le llama, la España le pide, la Italia le espera. Todos le ofrecen sumas de oro, pero el oro no seduce á *Rubens* porque *Rubens* gana sin moverse 200 florines por dia. Como hombre de estado, *Rubens* llega á la corte del duque de Mantua, y el duque de Mantua le hace su gentil hombre, y le elige para ser portador de un rico presente á Felipe III de España, y el embajador introduce entre los regalos su paleta y sus pinceles. El duque de Buckingham le manifiesta el pesar con que veía la mala inteligencia que reinaba entre las coronas de España y de Inglaterra, y le da la comision de proponer los medios de paz y de presentarse como mediador entre las dos naciones.

Hay genios y talentos que son para todo, y *Rubens* era uno de ellos.

El hábil pintor tambien sabe ser hábil diplomático. Llega á España ; préndase Felipe IV de su mérito, le hace caballero, y secretario de su Consejo privado, y accede á todas sus proposiciones como negociador. Pasa en seguida á Inglaterra, y Carlos I le hace tambien caballero y en pleno parlamento saca la espada que llevaba ceñida y se la regala al pintor diplomático con el anillo de diamantes de su dedo y con un cordon guarnecido tambien de diamantes. Las buenas relaciones de amistad quedan restablecidas entre las dos coronas, merced á la diestra negociacion del pintor. Vuelve *Rubens* á España, y Felipe IV le hace su gentil hombre de Cámara y secretario de su Consejo en los Países Bajos. Los príncipes se honran á sí mismos honrando al artista. Restitúyese á Ambéres y se casa con la hermosa *Helena Formann*. Cargado de honores y de riquezas, distribuye el tiempo entre la pintura y los

negocios de estado. Los soberanos le visitan, personajes de todos países acuden á conocer el hombre distinguido, y él pinta cuadros para todas partes. Yo he visto mas de *mil* cuadros de Rubens: desde que emprendí mi viaje, empecé á ver obras de Rubens: todos los mejores museos, todas las mejores galerías particulares de Francia, de Bélgica, de Holanda y Alemania, las hallé sembradas de flores de su fecundo pincel; y para no perder nunca de vista á Rubens, cuando volví á España y descansé en Valladolid, fui llevado á ver dos magníficos Rubens que entónces existian en la pobre iglesia de las pobres monjas de Fuensaldaña, y ahora recientemente han sido trasladados al museo naciente de aquella ciudad de la Vieja Castilla. ¡En todas partes Rubens!

Nuestro *Mr. Henry* nos llevó á ver la estatua de bronce que los artistas de Ambéres habian hecho construir en Lieja para honrar al príncipe de los pintores flamencos (1). Estaba junto al Escalda, no colocada todavía sobre el pedestal, por no haber alcanzado las cuotas de suscripcion, segun el conductor nos informó, á cubrir todas las atenciones del colosal monumento. No es extraño, porque la estatua es de 10 piés, y su peso 70,000 libras, que á razon de 2 francos libra de coste, suman 140,000 francos (560,000 reales); cantidad no menguada para un gremio de artistas.

En el último aniversario secular de la muerte de Rubens, como el de la inauguracion de su estatua, las fuentes corrian vino y cerveza; las calles rebosaban de gentes de todos los países y de todos los idiomas; decoraban sus avenidas arcos triunfales, obeliscos y templetos alegóricos; las fachadas de las casas y edificios públicos estaban adornadas de vistosas colgaduras; las guirnaldas de flores volaban por los aires mezcladas con las odas y los himnos de alabanza; al tiempo que el retumbante estampido del cañon, el bullicioso y armónico juego de los *carillones*, el estallido de los fuegos de artificio, las aclamaciones de la multitud que victoreaba al héroe de la fiesta, el concertado estruendo de las músicas militares, el animado movimiento de las danzas públicas, las comparsas y gremios de artistas y comerciantes, y por último el *gigante Antígono* que con su correspondiente comitiva paseaba la ciudad, embargaban los ánimos de júbilo, y no

(1) Aunque Rubens no nació en Ambéres, sino en Colonia (Prusia), Ambéres le ha adoptado por hijo suyo, porque al fin allí vivió, allí existe su casa y allí descansan sus restos.

habia corazon tan tibio que no exclamara lleno de entusiasmo : « ¡ gloria, honor á Rubens ! ; *Hosanna* al triunfo de las artes ! »

Así honra Ambéres á sus genios privilegiados. ¡ Llor á la ciudad de Ambéres que así sabe inmortalizar á sus artistas !

La Bolsa.

Cuando llegámos cerca de la Bolsa, oímos sonar una campana. — ¿ Ois ? nos dijo el guia : esa es la campana que anuncia haberse abierto la Bolsa ; es la una en punto : todo el que éntre despues de este toque está obligado á pagar medio franco. — ¡ Cómo ! exclamo Tirabeque ; ¿ y nosotros tambien si queremos entrar ? — No, respondió *Mr. Henry* ; eso se entiende con los negociantes ó jugadores bolsistas : y se ha adoptado este medio para obligarlos á no faltar á la hora fija, así como si alguno, dadas las dos, se quedase dentro algunos minutos mas de los que se conceden, pagaria 3 francos. — Qué me place, dijo Pelegrin, esa manera de obligar á la gente á ser puntual ; y tengo para mí que sería una de las buenas costumbres que harian bien en llevarse para allá los españoles ; porque ha de saber Vd., señor comisionista, que en España para juntarse média docena de hombres á las cuatro, es menester que se den la cita á la una y média, incluso unos que llamámos allí los representantes del pueblo. — ¡ Pelegrin, le dije al oído, mira que te vas olvidando de mis advertencias !

En esto llegámos á la Bolsa. El edificio de la Bolsa de Ambéres es de una estructura particular. Es un cuadrángulo, sostenido por 38 columnas de piedra azul, de un gusto extraño, cada una de diferente dibujo, como igualmente cada trozo de la techumbre de sus portales. Aquella variedad, decia Tirabeque, le representaba la de las opiniones políticas de España, que cada uno de los hombres tiene la suya, y ninguna es igual á la del otro. Á la inmediccion se hallan los tres telégrafos que corresponden á los tres de la Bolsa de Brusélas de que hablámos en su lugar, todos ellos por los sistemas de Chappe, de Ferrier y de Vanderrecht.

Lope de Vega.

— ¡ Já, já, já ! exclamó Tirabeque con alborozo tan luego como nos acercamos al teatro : no todas las glorias han de ser para los extranjeros, mi amo, que algo nos ha de tocar tambien á nosotros. Y lo que ménos importa es que esté mal escrito, que por Z mas ó ménos no deja un español de ser quien es.

La exclamacion de mi lego me hizo reparar en la rotonda exterior del teatro, y en efecto tuve la satisfaccion de ver inscrito y tallado en piedra el nombre de nuestro *Lope de Vega*, del *Fénix de nuestros ingenios*, entre los de *Terencio*, *Racine*, *Moliere*, *Scheller*, *Mehul*, *Corneille* y *Esquiles*. El de *Lope* estaba el segundo, y le habian escrito *Lopez*, que era la z á que aludia Tirabeque. Indecible es el placer que experimenta un español amante de las glorias de su país cada vez que en extraños climas encuentra honrado de este modo algun ingenio de su patria.

El teatro de Ambéres es una obra maestra de arquitectura y de distribucion, y aventaja á los mejores teatros en la riqueza, elegancia, y buen gusto de su ornato. ¿Se puede saber para qué ha sido tanto ornato, tanta elegancia, tanta riqueza y tanta suntuosidad? Yo no lo sé, porque la mayor parte del año está cerrado, como lo estaba cuando mi paternidad anduvo por allí. Mal concuerda tanto lujo en el edificio con tanto abandono en la escena. Y es que los pueblos mercantiles generalmente son poco afechos á las representaciones teatrales. Con la gente del *tanto por ciento* poco han medrado siempre las compañías dramáticas.

Prepárense para marchar.

Visto lo mas notable de Ambéres, me di á mi mismo y di á Tirabeque la voz de : « preparen la marcha ; » y miéntras él hacia la maleta, yo me llegué á casa de *Mr. Loyaert*, rico negociante amberino, para quien yo llevaba letra abierta y recomendacion cerrada, el cual despues de haberme habilitado de la competente provision de *florines*, signo monetario del país que me proponia visitar, y de letras de todas clases para las ciudades holandesas, se empeñó en no abandonarme hasta el momento de partir.

El nos vió tomar nuestra sopa de apio, yerbas y arroz; él nos acompañó á la diligencia, y nos recomendó al conductor (que por cierto en el uniforme y en el *coram-vobis* parecia un plenipotenciario), y á las tres de la tarde

Salimos de Ambéres,

ó por mejor decir, á los tres rodaba ya el carruaje, pero á las tres y cuarto aun no habiamos acabado de pasar tantas líneas de fortificacion, y tantos fosos, y tantos puentes levadizos, y tantas cortinas, y tantos rebellines, y tantas médias lunas, y tantos fuertes

avanzados, y tantas estacadas, y tantos centinelas como defienden y guarnecen la plaza por todas partes.

Íbamos en compañía de dos estatuas, ó sea de dos taciturnos holandeses, que por no abrir los labios para nada, no se quitaban la pipa de la boca.

Los caminos de hierro habian concluido. Á uno y otro lado del que ahora llevábamos se advertian muchos bosques nacientes. Los pequeños pueblecitos que se encontraban, ya tenian otra fisonomía; las ventanas góticas de las casas las hacian parecer pequeñas ermitas ó templitos. Era ya noche cuando llegámos á la aduana de la línea holando-belga: el registro de los equipajes no fué muy escrupuloso; el de los pasaportes lo fué algo mas (1). El reloj de *Breda* daba las ocho al tiempo que entrábamos en esta primera ciudad de los Países-Bajos.

H O L A N D A

Ojeada histórico-geográfica.

Estamos en la Holanda, en ese país singular que no tiene cosa que se le parezca á los demas países que hasta ahora hemos visitado.

Hemos dejado la Bélgica al Sur; tenemos al Este la Prusia, y al Setentrion el mar del Norte. Tres millones de habitantes ocupan un territorio de 80 leguas de longitud, y ancho de una mitad. Corta es la poblacion de la metrópoli; la tercera parte nada mas de la que tienen sus colonias de África, de América y de Oceanía.

Los rios, lagos y canales que la riegan, sus producciones y costumbres, el carácter y ocupaciones de sus habitantes, todo lo iremos encontrando poco á poco. Echemos ahora una rápida ojeada por su historia desde el punto que mas puede interesar á un español, desde el *Compromiso de los Nobles*, ó sea desde la venida del duque de Alba y de los castigos de los condes de Horn y de Egmond. En capítulo de Brusélas dije que el jefe principal de aquella rebelion habia logrado libertarse, por medio de la fuga,

(1) Sin duda sospechaban si alguno de nosotros sería el general *Vandersmissen*, á quien entónces deseaban echar el guante para darle su merecido por la intentona Orangista que habia hecho, y que, cuando esto escribo, acaba de escaparse de la prision de Brusélas disfrazado con los vestidos de su mujer.

de la ferocidad del sanguinario duque. Este intrépido jefe era *Guillermo de Nassau*, príncipe de *Orange*.

La venida del formidable ejército español, junto con el sistema de sangre y de venganza del de Alba, habia puesto en consternacion todo el país. Nadie pensaba ya mas que en someterse. En medio del general abatimiento, solo un hombre no desespera de la salud de la patria. Guillermo de Nassau vuelve á tomar las armas, y alienta á los bátavos á sacudir el yugo español. No tiene tropas ni recursos pecuniarios con qué resistir al mas poderoso monarca de Europa, Felipe II; pero las mismas persecuciones, la sangre misma de los dos primeros jefes de la sublevacion, le inspiran el valor, el coraje de la desesperacion, y logra echar los cimientos de la República de las Provincias Unidas. Los Estados de Holanda y de Zelandia reunidos en Dordrecht, hacen causa comun con el príncipe de Orange, y le reconocen por *Stathouder*. Decrétase que cada provincia, cada ciudad conserva sus privilegios, fueros y derechos, y se hace una liga ó federacion para socorrerse y auxiliarse entre sí. Desde este momento los bátavos se creen libres y desobligados del juramento de fidelidad que habian prestado al rey de España; y al cabo de una guerra de ochenta años, en que se peleó de una y otra parte con un encarnizamiento de que ofrece pocos ejemplares la historia, los españoles se ven obligados á reconocer por el Tratado de 1648 á las *Provincias Unidas* por un Estado libre, soberano é independiente.

Las *siete Provincias Unidas* comprendian los condados de Holanda y de Zelandia; el ducado de Frisia, de Over-Yssel y de Groninga; les estaba anejo el país de Drenthe, y reconocian su autoridad el Brabante holandés y la Flándes holandesa.

Cerca de un siglo despues, en 1747, el pueblo, para recompensar á una familia que habia dado en todos tiempos tantas pruebas de decision por la causa nacional, pidió que la dignidad de *Estatuder* ó el *Estatuderato* fuese vitalicio. Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, conocido bajo el nombre de Guillermo IV, es elegido por aclamacion *Estatuder* (1), y en seguida se decreta que el *Estatuderato* sea hereditario en la familia de Orange, aun para las hembras.

Guillermo V, hijo del precedente, era el *Estatuder* cuando las

(1) Era aneja al *Estatuderato* la comandancia general de los ejércitos, el derecho de disponer de los empleos militares, la eleccion de los magistrados á propuesta de los pueblos, y la prerogativa de perdonar á los criminales.

armas francesas invadieron y conquistaron la Holanda en 1795, y toma el país el nombre de *República Bátava* hasta en 1806, que erigida en reino le tocó, en las partijas que Napoleon hacia de las coronas entre la familia, á su hermano Luis Bonaparte. Así permaneció hasta el mes de Noviembre de 1813. Las victorias conseguidas por los aliados, ó por mejor decir, el cambio de fortuna que acarreó á Napoleon la derrota de sus ejércitos en España, fué volviendo á Holanda su nacionalidad; y en 1815 es nombrado Guillermo Orange Nassau por el Congreso de Viena, rey de los Países-Bajos, agregada la Bélgica á la Holanda. Viene la revolucion del año 30, erigese la Bélgica en reino independiente, y queda el reino de Holanda solo y aislado, tal como está hoy, y con arreglo á los límites que le señalaron los protocolos de Lóndres.

Reinó hasta el año 40 Guillermo I; pero en este año, y á los 68 de su edad, y cuando acababa de nacerle un *biznieto*, dijo que le hacia mas gracia cierta condesa que la corona, y siguiendo el consejo de San Pablo « *melius est nubere quam uri*, mas vale casarse que abrasarse, » cambió el cetro por la condesa, y abdicó, conservando el titulo de rey, en Guillermo II su hijo, que actualmente reina.

Hoy la Holanda está dividida en nueve provincias, lo mismo que la Bélgica, á saber : la Holanda propiamente dicha, la Zelandia, el Brabante holandeses, Utrecht, Gueldres, el Over-Yssel, Drenthe, Groninga y la Frisia.

BREDA.

Esto muda de especie.

Si los hombres-estatuas de la diligencia no nos hubieran anunciado ya bastante el cambio de clima y de costumbres que íbamos á experimentar, lo hubiéramos conocido tan luego como nos apeámos en el hotel de BREDA, primera ciudad del Brabante holandes, y cuya poblacion será de unos 5,500 habitantes.

Entrámos en una sala baja de comedor, en la cual habia como média docena de holandeses pegados á otras tantas pipas, y sentados al amor del fuego de uno cocinilla francesa. Pocas palabras salian de su boca, pero en cambio salia mucho humo : y si algo hablaban era en el idioma del país, del cual nos quedábamos en ayunas. Tambien pensámos quedarnos ayunos de cena, porque la mesa estaba por cubrir, y nadie nos invitaba ni se curaba nadie

de nosotros. — Señor, me decía Tirabeque, esta gente sin duda se mantiene de fumar; pero bien debían hacerse cargo que los extranjeros, y más los que no usamos pipa, nos mantenemos de comer.

Ya observámos que á cada uno lo iban sirviendo según pedía, y nosotros pedimos también, empezando á valerlos para nuestras comunicaciones del idioma francés, que (de paso sea dicho) es hoy el idioma general y al que tiene que recurrir el extranjero, pues aunque la lengua del país es la holandesa ó neerlandesa, que no tiene absolutamente punto de contacto con las lenguas meridionales, las gentes instruidas regularmente saben el francés, y en cada hotel suele haber uno ó más mozos que también lo hablan, para entenderse con los extranjeros. Esto no obstante, no le faltarán á Tirabeque sus apurillos para haber de traducir, como él decía, las gramáticas de aquella tierra.

Cenado que hubimos, y recibida la orden del conductor de estar listos á las cuatro de la mañana, subimos por una escalera pendiente, y no de resolución, á la habitación de acostarse, y no de dormir. ¿Quién había de dormir en aquellas medias camas, en que si el cuerpo había de tomar la extensión de reglamento, tenían las piernas que decir un « á Dios » á la ropa? ¿Ni cómo consentir las piernas en una emigración á la región del hielo? Porque región de hielo era toda la habitación; no es extraño, puesto que aquella noche cayó una decente nevada, y la ventana era ni más ni menos que nuestro sistema de aduanas y resguardos, pues se colaba tan frescamente hasta nuestros rostros un remusguillo de contrabando, que no había modo ni manera de poder conciliar el sueño.

— Señor, me preguntaba Tirabeque desde su cama, ¿me hace Vd. el favor de decirme si hemos dejado la ventana abierta? — Estoy seguro que no, porque la he cerrado yo mismo. Pero tú que estás más cerca de ella, puedes cerciorarte para mayor seguridad, y poco te costará incorporarte y alargar la cabeza para verlo. — Señor, yo lo haría de buena gana, pero temo que se me hiele en el camino. ¿Está Vd. muy encogido, mi amo? — No es cosa; las rodillas están en contacto inmediato con la barba. ¿Y tú? — Yo, señor, *etcétera*. — ¿Cómo *etcétera*? — Es decir, que mi cuerpo está hecho una &.ª ¡Ay, mi amo, mi amo! Esto muda ya de especie. ¿Qué se han hecho aquellas benditas camas de los hoteles de la Bélgica?

— Diga Vd., señor, y Vd. perdone, ¿no sabe Vd. por ahí algu-

na historia de este pueblo que contarme, y en que poder pasar un rato de tertulia? — Algo sé, Pelegrin, yo no tengo inconveniente en referírtelo; pero mira que no tendrá gracia que te duermas. — Gracia tendria, si señor; pero pierda Vd. cuidado, que no está la noche ni la cama para permitirme esta gracia.

El caballo de Troya.

— ¿Tú habrás oído, Pelegrin, hablar algo del famoso *Caballo de Troya*? — Sí señor, que he oído; ¿era acaso de este pueblo? — No, hombre, no empieces á disbarrar. Habrás oído que los griegos, fatigados de no poder tomar á Troya al cabo de diez años de sitio, discurrieron construir un desmesurado caballo de madera, en cuyo vientre se encerró la flor de sus héroes: que habiendo presentado esta máquina delante de la ciudad fingiendo ser un voto hecho á Minerva, los troyanos creyéndolo de buena fe, no tuvieron inconveniente en dejarle entrar hasta la ciudadela donde estaba el templo de la diosa; y saliendo entónces de repente los guerreros armados, sorprendieron la guarnicion, y tomaron la ciudad. — Así es la verdad mi amo, y aun tengo entendido que un tal *Simon* tuvo la culpa de todo. — *Sinon* habrás oído, hombre, que no *Simon*. Efectivamente ese *Sinon* fué el que mas contribuyó á engañar á Príamo.

— Pero diga Vd., mi amo, y Vd. me ha de disimular. ¿Qué tienen que ver las historias de los griegos con las de los holandeses? Á no ser que sea porque para mí todos hablan en griego..... — Ahora te lo diré.

— Has de saber que en este mismo pueblo en que estamos, jugaron los holandeses á los españoles una partida igual á la de los griegos con los troyanos. En el año de 1590 el principe Mauricio hizo embarcar 80 soldados determinados en una barca de turbas (1). Antes de llegar á los muros de la ciudad un furioso temporal les obligó á detenerse y á estar ocultos por espacio de seis dias. El agua llegaba á las rodillas á los soldados, y uno de ellos tomó tan fuerte romadizo, que no podia ménos de toser con frecuencia. Temeroso de que la tos pudiera descubrirlos, tuvo el valor de

(1) Careciendo los holandeses de leña y de carbon de piedra, les sirve de combustibles la *turba*, conjunto de particulas de plantas, cuyos principios constitutivos inflamables y oleosos han sido alterados por la fermentacion, y que abunda en los parajes ó países cenagosos.

presentarse á sus compañeros con un puñal en la mano, invitán-
doles á que le mataran, pero no hubo necesidad de hacerlo. Al
dia siguiente entró la barca en la eselusa: vienen á buscar la *tur-
bá*, ó llamémosle leña necesaria para la guarnicion: el entablado
que cubria á los soldados casi se queda al descubierto; pero el pa-
tron del falucho, hombre sagaz y tretero, halla el medio de dis-
traer con cuentos y carocas á la guardia hasta ganar la noche:
sale entónces el capitán Haranguer con sus soldados de su triste
escondrijo; cae de repente sobre la guarnicion del castillo, que
espantada de ver aquellos hombres y creyéndolos mas en número,
abandona su puesto: hacen prisionero al gobernador, que no ha-
bia tenido la precaucion de romper ó levantar el puente que co-
municaba con la ciudad y se apoderan de la poblacion. El mar-
qués de Espinola volvió á tomar á Breda en 1623 despues de un
sitio de diez meses, y mandó quemar la famosa barca de las *tur-
bas*. El príncipe Mauricio que defendia la ciudad murió de pesa-
dumbre. Mira si fué un ardid parecido al del caballo de Troya.

— ¿Te has dormido, Pelegrín? — Señor, aunque el frio no
me lo impidiera, veo que no es pais este en que se deban dormir
los españoles: y hágame Vd. el favor de sonar la repeticion, que
pienso ha de venir ya el dia. — Las dos y média no mas, Pelegrín.
— No puede ser, señor; apriete Vd. el piton con fuerza, que ten-
go para mí que se han de haber quedado por sonar tres ó cuatro
campanadas: y si no es eso, será que se habrá helado el muelle.

Así pasámos hasta las 4 que entraron á avisarnos; nos levantá-
mos *sin* pereza, tomámos el té, y á las 5 salimos camino de Rot-
terdam.

LAS ESTACIONES.

Primera estacion. — El paso de Moerdyk.

Desde que salimos de la fortificada y pantanosa Breda, empezá-
mos á conocer que nos hallábamos en los *Países-Bajos*. El camino
estaba cubierto con una capa de nieve, y los campos laterales he-
chos un aguazal. Á las 7 $\frac{1}{2}$, al llegar á la pequeña aldea de *Moer-
dyk*, se nos mandó bajar de la diligencia. — Qué tenemos que ha-
cer aquí, pregunté. — Tenemos, respondió el conductor, que pa-
sar el *Hollands Diep*. — ¿Y cómo le pasámos? — En vapor: ved,
allí nos espera ya el barco. — ¿Y la diligencia se queda aquí? —
Ah, no, la diligencia pasa en el vapor tambien.

Así fué. *Caballos y carruaje y viajeros* entrámos en el vapor. El

Hollands Diep es un respetable brazo de mar, en cuya travesía emplea el vapor de 20 á 30 minutos. Tirabeque iba asustado, y además aterido de frío, guareciéndose de la helada brisa al abrigo de la diligencia. Pero la mayor aprehension le entró después, cuando un joven oficial de artillería que iba á nuestro lado nos dijo : — Vds. sin duda son extranjeros. — Sí señor, le respondí. — ¿Conocen Vds. ya este paso? — No ; es la primera vez que venimos por este país. — Pues esta travesía es un poco peligrosa : aquí se ahogó *el Estatuder Guillermo el Frison*, príncipe de Orange, en el año 1711 : ¡ desgraciado ! ¡ después que había librado de la muerte en tantos combates !

Noticia fué esta que hizo á Tirabeque dar diente con diente, no sé si sería tanto de frío como de pavor. Pero al fin nosotros ganamos la otra orilla sin novedad.

— Señor, me decía mi lego ; ¡ sobre que es imposible que una tierra tan húmeda me pruebe bien á la salud ! Pero entrámos en una casita, tomámos otra taza de té, y se reanimó un poquito. Esta fué la *primera estacion* de aquella mañana.

Segunda estacion. — El paso de Dordrecht.

Con la travesía del *Hollands Diep* y del *Lago Zwaluwe*, dejámos atrás la Flándes holandesa, y entrámos en la Holanda propiamente dicha. El panorama que ofrecía á nuestros ojos este país era singular, extraordinario, sorprendente para el extranjero que le ve por primera vez, y magnífico é imponente á un mismo tiempo.

Las lluvias habían inundado ya los campos : los ríos se confundían con los canales, los canales no se distinguían de las lagunas, y las aguas detenidas formaban una masa común con las corrientes. Solo sobresalían los diques con que aquellos laboriosos habitantes preservan sus campos de la inundación ; y á sus orillas asomaban las puntas de los arbustos y mimbres, y las copas de los árboles con que fortalecen aquellos baluartes artificiales. Todo lo demás estaba sumido en las aguas. El arrecife por donde marchaba nuestro carruaje, y que era de ladrillo como casi todas las calzadas de los Países-Bajos, apenas tenía una pulgada de elevación sobre las mismas aguas, y á nuestra derecha divisábamos el golfo de *Biesbosch*, ó *Bosque de los juncos*, distinguiéndose apenas las infinitas isletas que tiene en su derredor este peligroso golfo, formado por las inundaciones.

— ¿Qué les parece á Vds. de estas tierras? nos preguntaba el jóven y amable artillero.— Mejor fuera, le respondió Tirabeque, que nos preguntara Vd. qué nos parecia de estas aguas, porque aguas, que no tierras, es lo que yo veo aquí, y esto mas parece hecho para habitado por peces que por hombres. — No es maravilla que Vds. vengan admirados; á todos los extranjeros les sorprende el espectáculo que presenta el país en esta estacion. Nos hallámos en la parte mas baja de todo el mundo. El terreno por donde marchamos está bajo el nivel del mar, y solo le preservan de ser tragado por sus aguas los famosos diques con que los holandeses han logrado refrenar su furia; diques que prueban bien hasta dónde mis paisanos han hecho llegar la industria humana. Ellos han conquistado tierras al Océano, y le han hechó retirar sus limites.

— ¿Veis (continuó) estos otros diques menores adornados de árboles y festoneados de tejidos de mimbres, que preservan nuestros campos de la inundacion de los rios? Pues en la estacion del verano veriais dentro de ellos tierras de labor esmeradamente cultivadas, ó bien praderas las mas risueñas del mundo. — Ya se conoce, le dije yo, en algunos trozos que aun dejan descubiertos las aguas. — Señor, exclamó mi legó, ¡qué berzas tan atroces se crian en este país!

Efectivamente, en los parajes no inundados se veian las verduras y hortalizas creciendo con una lozanía admirable y con una vegetacion robustisima.

Así fuimos entreteniendo el camino, unos ratos incomodándonos la niebla, otros templándonos el calor del sol, unas veces enfriándonos la ventisca y otras gozando de un temple atmosférico agradable (porque no hay temperatura mas inconstante que la de los Países-Bajos), hasta llegar á *Dordrecht* á las once de la mañana.

Figúrate en tu imaginacion, lector amado, una poblacion de 20,000 almas, limpisima, nueva, con calles enladrilladas, cuyas casas son tambien de ladrilló de diferentes colores, encarnadas unas, verdes otras, unas azules y otras jaspeadas, algunas de madera bellamente esculpida; fundada toda sobre estacas clavadas en el rio: desde cuyas ventanas se llenan á mano las vasijas del agua del Mosa, y á las cuales se aproximan las embarcaciones, en términos que desde las mismas ventanas se pueden tambien cargar y descargar, y tendrás una idea de lo que es la pintoresca y anfibia DORDRECHT.

Pero figúrate tambien, lector hermano, que te dicen en la pintoresca y anfibia DORDRECHT, ó DORT, como pronuncian por abreviar los naturales; — ¿veis esta bella ciudad taraceada de colores como una alfombra? pues esta ciudad está fundada sobre una pequeña isleta que formó la terrible inundacion del siglo XV, que se tragó toda una hermosa y floreciente comarca, que se absorbió muchos palacios, setenta y dos pueblos y mas de cien mil personas. Discurre, hermano lector, si con estas noticias estaria tranquilo Tirabeque en Dordrecht; Tirabeque, hombre continental por esencia y de tierra firme por todos sus cuatros costados.

No daba un paso que no temiera se abriese bajo sus piés la boca de un abismo; no se atrevia á pisar fuerte, porque le parecia que el suelo se cimbreaba con su peso como un puente de alambre. En el rato que allí permanecimos traté de entretenerle diciéndole: — Este pueblo, Pelegrin, ha sido muchas veces foco de grandes revoluciones y teatro de desórdenes sangrientos. Aquí fué donde se tuvo la primera Asamblea de los Estados generales, y donde el príncipe de Orange echó los cimientos de la poderosa República de las Provincias Unidas. — Echaria, si señor, pero valiera mas que hubiera echado otros cimientos mas sólidos á la ciudad, y con eso no tendria yo, como tengo ahora, el alma en un hilo. — Y aquí fué tambien, Peligrin mio, donde se agitaron en el siglo XVII las famosas cuestiones de la *predestinacion* y de la *gracia*, que siendo una vana disputa de escuela, llegaron á hacerse un violento negocio de partido: y aquí fué donde tuvieron los calvinistas el famoso Concilio en que fueron condenados los Arminianos ó Remonstrantes. — Todo eso está bien, señor; ¿pero cuándo salimos nosotros de este pantano?

En esto nos avisó el conductor que el barco estaba ya dispuesto. Entrámos pues otra vez *caballos y carruaje y viajeros* en otro vapor, y así pasámos del otro lado del Mosa, que fué la segunda *estacion* de aquella mañana. Aquí los caballos nose desengancharon de la diligencia.

Tercera estacion. — El paso de Isselmonde.

« Aquí de don Quijote, mi amo: ¡ poder de Dios, y qué cosecha de aventuras hubiera podido recoger el hermano manchego si hubiese venido por aquí! » De esta manera exclamó Tirabeque al ver desde el vapor los grupos de molinos de viento que á los márgenes de uno y otro lado del Mosa hacian la visualidad mas

original que imaginarse puede. Á fe mia era singular el espectáculo. En primer lugar ya era notable y raro hallar en un país donde tanto sobreabundan las aguas, un género de maquinaria que hasta entónces solo habíamos visto empleado en los países secanos como supletorio á la falta de los rios. Mas luego reconocimos que eran imposibles los molinos de agua donde los rios no tienen la mas pequeña vertiente, donde no hay declive, donde todo es llano, donde todas las aguas parece estar rebalsadas.

En segundo lugar era para nosotros tan nuevo como vistoso el ver los molinos de viento sobre las mismas casas, constituyendo su segundo ó tercer piso. La mayor parte de ellos servian de techumbre á las casas, y crecia mas nuestra admiracion al observar que generalmente estas no tenian otros cimientos que los gruesos estacones clavados sobre el álveo mismo del rio. Y como aquella mañana corriese algun viento, el incesante juego de las aspas hacia una visualidad dificil de describir.

¿Pero creerá el lector que todos aquellos eran verdaderos molinos de viento, aunque tales parecian por su movimiento y su forma? Así lo creia yo tambien, hasta que fui informado por los compañeros de viaje que si bien algunos de ellos eran verdaderas fábricas de harinas, la mayor parte no eran sino máquinas para aserrar madera, lo cual fué para mí otra no ménos sorprendente novedad.

Puestos allende el rio, continuámos nuestra marcha por aquella llanuras, siempre viendo agua, siempre encontrando canales, siempre pasando puentes, siempre divisando isletas, y siempre marchando sobre arrecife de ladrillos, hasta entrar en *Isselmond* y dar vista á *Rotterdam*. Pero aun nos faltaba la tercera *estacion* de aquella mañana, que era volver á embarcarnos en vapor *caballos y carruaje y viajeros* para pasar el brazo mas robusto del Mosa, que tiene por allí una média legua de ancho.

— Señor, me preguntaba mi lego : ¿esto es rio, ó es mar?
— Es rio, hombre, ó por mejor decir, es un brazo de rio.
— ¿ Y donde tiene el cuerpo el riachuelo este? Porque si esto no es mas que un brazo, tengo para mí que para navegar por el cuerpo será menester proveerse de municiones de boca para unos dias. Y ¿ cómo se llama el arroyito? — Se llama el rio Mosa.—
¿ Pues no hemos pasado ya el Mosa esta mañana? ¿ ó cuántos Mosas hay? — No hay mas que uno, pero este se divide en varios ramales luego que entra en los Países-Bajos.

Embarcámonos pues, y á eso de las once y média ya estaba-

mos en el hotel de San LÚCAS de Rotterdam. Si alguno extraña que en medio de tantas *estaciones* pudiéramos andar en una mañana tan largo calvario como el que hay de Breda á Rotterdam, hágase cargo si ayudarán á la celeridad aquellas hermosas calzadas de ladrillo, sin un tropiezo, sin una desigualdad, sin un bache, sin un desnivel (1), y por las cuales marchan los caballos y ruedan los carruajes con toda la apetecible soltura y facilidad.

ROTTERDAM.

La flema holandesa empezó á sentirse en el portal mismo del hotel. Acostumbrados en Francia y Bélgica á la bulliciosa y zalamera obsequiosidad de los *garzones* que se disputan la primacía en servir al huésped y prevenirle los deseos y necesidades, nos daba un si es no es en ojos la pachorra con que los mocitos del hotel de ROTTERDAM veían viajeros y bagajes en expectativa de colocación, sin que á aquellos les dirigiera nadie la palabra, ni á estos les echara mano nadie.

— ¿Diga Vd. mi amo, me preguntaba Tirabeque, y esto dice Vd. que ha sido un mismo reino con la Bélgica alguna vez? — Nada ménos que quince años, Pelegrin. — Señor, parece imposible que los belgas y los holandeses hayan podido estar unidos ni por quince días, porque así se parecen ellos en maldita de Dios la cosa como puede parecerse un ruso á un extremeño de nuestra tierra. — Así es la verdad, Pelegrin, pero de estas cosas vemos bien en nuestra España, porque no he hallado yo todavía cosa en que se parezca un catalán á un guipuzcoano, ni un gallego á un andaluz, y sin embargo todos pertenecen á una misma nación. — Dice Vd. bien, mi amo, pero yo estoy muerto de frío, y tengo una hambre bastante viva, y no veo que esta gente se cuide de acomodarnos ni ménos de preguntarnos si queremos almorzar. — Ese es punto aparte, Pelegrin, pero muy fundado en razón.

Rogamos pues á uno de los sirvientes tuviera la bondad de acomodar nuestras personas y equipajes, pero nos contestó en el

(1) Los ladrillos están colocados de canto, y estrechamente unidos sin que quede entre ellos hueco ni intersticio alguno. Son gruesos y muy cocidos, en lo cual tienen fama de aventajados los hornos de Holanda. Su dureza y union hace que sean eternos, ó al ménos de muchísima duración, si bien tan costosos como se deja discurrir: y en cuanto á comodidad, nada dejan que apetecer, teniendo la ventaja de que no molesta en ellos el ruido del carruaje,

idioma del país, y probablemente tanto entendió él lo que le pedíamos como nosotros lo que él nos respondía. Llamó á otro que hablaba frances, y aquel nos condujo á un tercer piso, poniéndonos en inmediata comunicacion con los tejados de la vecindad. Ni por eso la habitacion ofrecía los mayores atractivos ; sin estufa, sin llave para la puerta, el hotel de *San Lucas* era para nosotros un albergue de verdadero evangelista.

Pedimos de almorzar ; al cabo de un buen espacio fuimos llamados á un comedor del piso bajo, donde ya habia una buena lumbré de *turbas*, y al cabo de otro espacio nos fué presentada la vianda en la mesa. Yo Fray Gerundio, hombre pacífico é incruento, enemigo de la sangre por temperamento y por profesion, nunca he sido mas sanguinario que aquel dia ; el cuchillo con que partí la carne parecia haberse convertido en cuchilla de sacrificador ; el plato se llenó de sangre como si se hubiera inmolido en él una víctima. Pero tanto Tirabeque como yo, nos hicimos cargo de que como cristianos de la nueva ley, no nos comprendia el precepto de la antigua de abstenerse « *a sanguine et suffocatto.* » y apoyando esta reflexion con el poderoso argumento del hambre que nos dominaba, nos embaulámos sin aprehension un par de trozos de la sanguinolenta carne, cuidando, sí, de aplicar á su crudeza el correctivo que aconseja el refran : « *post crudum purum,* » siendo este *purum* un regular vino de Burdeos, que allí vale un par de florines (como unos 17 reales) la botella.

Una vez corroborados, era menester ayudar á la digestion ; á cuyo efecto determinámos salir á reconocer el pueblo, para lo cual nos suministraron en concepto de *cicerone* un viejo, pequeño, calvo, un poco sordo y un mucho tonto, con la gracia ademas de que apénas hablaba y apénas entendia el frances.

Casas, canales y comercio.

Decia Voltaire que solo habia hallado tres cosas en Holanda, que todas empezaban con unas mismas letras, á saber : « *canaux, canards et canalle.* » El Sr. Voltaire me perdonará que le diga, que sacrificó la verdad á una seudogracia alfabética. En cuanto á *canales* conviene desde luego Fr. Gerundio con el filósofo de Fernelly : en cuanto á patos ó ánades (*canards*), si bien es cierto que no escasean en Holanda, tambien lo es que he visto mas en otras partes ; y en cuanto á *canalla*, yo le preguntaria al Sr. Voltaire al oído y así para *inter nos*, dónde habia hallado mas, si en la patria de los Oranges ó en la patria de los Orleans.

Yo tambien, siguiendo en parte la identidad de principio en tres vocablos, voy á hablar de las *casas, canales y comercio* de ROTTERDAM : le añadiremos otro mas, las *calles*.

Las calles por lo general son largas y tiradas á cordel, empedradas unas y enladrilladas otras. Las casas presentan desde luego la fisonomía característica, original del país. Casi todas son tambien de ladrillo, y casi todas construidas al gusto antiguo holandés, esto es, con fachadas en forma de espadañas, con su feston piramidal cortado en escalones, que se elevan á distancia de algunos piés sobre el plomo de los edificios, como queriendo asomarse á ver lo que pasa en el campo ó sobre el tejado del vecino. Una cosa nos llamó en ellas extraordinariamente la atencion, tanto en ROTTERDAM como en otros muchos pueblos de los Países-Bajos, á saber, el desnivel que presentan muchísimas de las casas en su parte superior, que parece estar amenazando desplomarse : desnivel tan sensible á la vista, que al que no tiene conocimientos de arquitectura, le cuesta trabajo acostumbrarse á andar con confianza por las aceras de las calles, y Tirabeque por si iban mal dadas, tenia buen cuidado de marchar siempre por el medio, sin que le hubiera para hacerle arrimar á las aceras : miraba al alto, se estremecía, y se paraba todo lo posible.

Verdad es que en los pueblos de Holanda no se puede caminar de seguido por las aceras, en razon á hallarse estas cortadas ó interrumpidas frecuentemente por las ante-casas, que son una especie de pequeños pórticos anchos como de dos piés y medio á tres, cerrados por medio de verjas de hierro esmeradamente trabajadas y bordadas, con sus correspondientes portezuelas, las cuales dan entrada á una escalinata de piedra, comunmente de mármol, que hay que subir para entrar en las casas. Todo contribuye á dar á las casas holandesas aquella fisonomía singular, que las distingue de las de otro país. Sin embargo, son ménos elegantes que cómodas : del aseo y limpieza no se diga ; es muy merecidamente proverbial el de los Países-Bajos.

Dicen que son siete los canales que cruzan por el recinto de ROTTERDAM, además del rio ROTTE que la atraviesa. Yo no sé cuántos podrán ser ; solo sé decir que en nuestro primer paseo contamos mas de 70 puentes, ó de piedra ó levadizos ; que toda la poblacion estaba cuajada de embarcaciones, y orladas las calles de arboledas que crecen á las orillas de los fuertes malecones que canalizan las aguas.

Pasámos por la Bolsa, en cuya fachada hay un CARILLON, ó cam-

panario de música, cuyas campanas están á la vista; y salimos al magnífico muelle. ¡Asombroso, encantador espectáculo se presentó á nuestros ojos! Por todo lo largo del Mosa se extiende un terraplen de una milla de longitud, plantado de anchas hileras de olmos, orlado de soberbios edificios, que no ceden en magnificencia á los mas bellos de las plazas de Lóndres, á cuya extremidad se divisa el ALMIRANTAZGO, vasto y suntuoso sobre todos los demas, que sirve de almacén para maderas de construcción, de arsenal marítimo, de cuartel y de museo para todos los modelos de embarcaciones que emplean todas las naciones del mundo; y todo esto dando vista al anchuroso Mosa, en cuyas aguas varaban infinidad de buques, que habian arribado de todos los mares del globo. No extraño que digan que el paseo de *Boompjes, ó muelle de los árboles* de ROTTERDAM es considerado como uno de los puntos de vista mas bellos de toda Europa. El muelle de Santander con sus edificios modernos, es aunque muy en miniatura, un ligero bosquejo del de ROTTERDAM.

— ¿Qué os parece de esto? nos preguntaba el guía. — Grandemente, le respondíamos. Y díganos Vd.: ¿es cierto que mucha parte de esta hermosa población que estamos viendo, ha sido conquistada sobre las aguas del Mosa? — *Oui, Monsieur, celle-ci la Meuse, celui-là l'Amirauté.* — Ya sé que este es el Mosa y aquel el Almirantazgo; pero preguntaba si es cierto lo que he leído, que una parte de este terreno lo ha conquistado la industria de estos habitantes á las aguas del Mosa. — *Oui, Monsieur, la Meuse. C'est là l'Amirauté.* — Señor, repuso Tirabeque, no pregunte Vd. mas á este tonto, porque si sigue dando esas respuestas, me temo que no he de poder resistir á la tentación de bautizarle á él en el Mosa, á ver si despeja un poco; y vámonos por ahí á ver algo mas.

Dimos en efecto otra vuelta por el pueblo. La actividad comercial de ROTTERDAM se desplegaba por todas las plazas y por todas las calles. Habitada Rotterdam por 80,000 almas, favorecida de uno de los mejores y mas seguros puertos de Europa, intersecada de rios y canales en todas direcciones que proporcionan á los buques el tránsito de sus mercancías en la puerta misma de los almacenes de los comerciantes y consignatarios, Rotterdam es por su población, comercio y riqueza, la segunda ciudad de Holanda, la que sigue á AMSTERDAM.

Erasmus.

¡Hola! ¿Quién es este eclesiástico que se halla en medio de este puente, con sus negras sopalandas, su sombrero de tres vientos y su libro en la mano derecha en que parece leer con atención? ¿Qué hace aquí este doctor en medio del hormigueo mercantil de Rotterdam, inmóvil entre tantos yentes y vinientes, los unos con fardos y mercancías, los otros con sacos de florines, los otros con letras de cambio, los unos que sacan de los almacenes los géneros de exportación, los otros que llevan á los almacenes los artículos que acaban de llegar de la India, todos con grave y frío continente, calculando en silencio las pérdidas y las ganancias, pensando en el tanto por ciento, y repasando en la memoria los números que acaban de trazar en el mostrador? ¿Qué hace aquí este sacerdote á presencia de los barcos que suben y bajan por el canal? ¿Qué significa ese libro que tiene en la mano y en cuya lectura parece embebido? ¿Es acaso un libro de partida doble?

No, su semblante tiene una expresión dulce y espiritual; su nariz remangada y puntiaguda es el signo ordinario de un genio burlesco y zumbón; su boca está soltando una risa satírica y prudente, y se vislumbra en su mirar la llama de un pensamiento pronto y brillante que le domina. ¿Quién será pues este personaje, excepción singular de esta gran plaza de mercado?

— Oiga Vd., Sr. cura (le apostrofó Tirabeque), ¿se ha tomado Vd. la tarea de leer la doctrina cristiana á la gente que pase por aquí? ¿Ó les está Vd. predicando acaso sobre la vida eterna? Pues tenga Vd. entendido que maldito el caso que le harán, y aunque predique en poblado, le será lo mismo que si predicara en desierto. Si Vd. les hablara de los algodones ingleses, ó de las maderas de la India, ó de los vinos y aguardientes de Francia, ó del cáñamo, y del tabaco, y de la manteca, y del azúcar y otras cosas así, y les dijera Vd. los precios que tienen en cada parte, todavía puede que reuniera Vd. un buen auditorio.

Entonces miré á las inscripciones en versos latinos y holandeses que en derredor de aquella estatua colosal de bronce habia, rodeada de una balaustrada también de bronce, y al tiempo que el viejo conductor empezaba á decir; « señores, esta es la estatua de.... — Sí, le interrumpí yo, de *Erasmus*, del famoso *Erasmus de Rotterdam*, del único hombre de letras que ha salido de esta población tan abundante de librerías como escasa de literatos: aho-

ra ya conozco el libro que tiene en la mano ; alguno de los 40 tomos en folio que escribió la fecunda pluma de este personaje, cuyo nacimiento se disputaban las ciudades, á semejanza del de Home-ro. ¡ *Erasmus!* ; á quien los reyes consultaban sobre las cuestiones de teología, de política y de derecho ! ¡ el sabio mas espiritual y mas universal de su siglo ! ¡ el favorito de Leon X y de Carlos V ! ¡ el que se esforzaron por atraer á su partido Francisco I de Francia, Henrique VIII de Inglaterra, Fernando de Hungría y Segismundo de Polonia ! ¡ el enemigo terrible de los reformadores ! ¡ Oh ! aun me acuerdo de aquella su sentencia satírica. « Dicen que el Luteranismo es una cosa muy trágica : yo creo al contrario, que nada hay mas cómico, porque el desenlace de la pieza es siempre alguna boda. »

— Venid, si gustáis (nos dijo el guia), y os enseñaré su casa. Pasámos en efecto á ver la casa en que nació. Es pequeña ; sobre la puerta hay otra estatua tambien pequeña del hombre querido de la ciudad de Basilea, donde vivió largo tiempo, con esta inscripcion :

Hæc est parva domus, magnus quæ natus Erasmus.

Esta es la pequeña casa en que nació el grande Erasmo.

¿ Y qué os parece, hermanos carísimos, que es en el dia la casa en que nació *el gran Erasmo*? Pues es *una taberna*. Concertadme ahora los honores de las estatuas y de las inscripciones con el destino que han dado á la casa del escritor, y decid conmigo de lo íntimo de vuestros corazones : « Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, viajando se aprende que todo el mundo es patria, y que en todas partes hay *vice-versas*. Amen. »

El lienzo en el aldabon.

Conforme íbamos andando por la *Calle Alta*, advertí la aldaba de una puerta cubierta con una pieza de lienzo *finísimo* (como que estábamos en Holanda), y adornada de encajes y bordados. — ¿Qué significa esto? pregunté al guia. Y de su chapurrada explicacion vine á comprender que aquello era signo demostrativo de que en aquella casa habia una recién parida. No satisfecho de la contestacion, y temeroso de haber entendido mal, pregunté de nuevo en el hotel, y fuí informado de que en efecto es costumbre del país cuando nace al mundo un holandesito forrar del modo indicado el aldabon de la puerta de la casa, para que no haga

ruido al llamar y para anunciar á la simpatía de los transeuntes la casa de la recién parida.

Pero esto se entiende cuando la madre es mujer de legítimo matrimonio bendecido por la Iglesia ; que si la criatura fuese fruto del amor de meros aficionados, no habria lienzo el aldabon de la puerta. Así el alumbramiento de *Erasmus* no fué anunciado con el lienzo, en razon á que parece que nació por obra y gracia de un ciudadano de Turgon (que despues se hizo monje sin saber que tenia un hijo) y de una muchacha soltera, hija de un médico, que segun cuentan era una niña de muy buenas costumbres, y que no saben cómo fué el haber tenido aquel tropiezo, por lo cual diz que podia decir como Dido :

Huic uni forsán potui succumbere culpæ.

Acaso es el solo deslíz en que he caído en toda mi vida.

Pero en estas materias el bribon de Cupido parece que tiene gusto particular en hacer que la mancha caiga en el mejor paño, y como dice el viejo del sainete : « Dios nos libre á todos de una tentacion. » Y al fin y al cabo casi se puede disculpar á la muchacha por haber echado al mundo un hombre de quien mas de cuatro hubieran querido ser padres.

Pot-pourri de religiones.

Preguntábame Tirabeque si pensaba decir misa algun día en ROTTERDAM. — Quiera Dios, hermano Pelegrin, le contesté, que haya algun templo católico donde poder asistir al sacrificio, ya que celebrarle no fuese. — Pues qué, mi amo, ¿no es católica cristiana esta gente? ¿Ó qué religion es la que se profesa en esta tierra? ¿Ó viven sin religion estos hombres? Pero alguna deben tener, porque yo he visto iglesias por ahí. — En Holanda, Pelegrin mio, hay de todas castas de religiones, y no hay ninguna : es decir, no hay religion del Estado ; aquí cada uno profesa libremente la religion que le acomoda, y la libertad de cultos es completa y absoluta. — Eso no puede ser, mi amo, y Vd. perdone, porque estas libertades absolutas téngolas yo por imposibles donde hay un gobierno absoluto, y segun á Vd. mismo le he oído, el gobierno de Holanda es absolutista. — Así es la verdad, Pelegrin, aunque eso admite todavía algunas explicaciones, pero de estos vice-versas se encuentran en los viajes. ¡ Cosa singular ! ¡ No haber libertad en política, y haberla desmedida en punto á religion !

Nos informamos de las especies de templos que habia en Rotterdam, y resultó un verdadero *pot-pourri* de religiones; pues hay tres iglesias católicas, cuatro de calvinistas reformados, una de walones, otra de episcopales ingleses, otra de ingleses presbiterianos, otra de presbiterianos escoceses, otra de luteranos, dos de armenianos, una de anabaptistas, dos de jansenistas, y por último dos sinagogas de judíos.

¡Vivo y excelente argumento en favor de la *Historia de las Variaciones de los Protestantes* del hermano BOSSUET!

Suponiendo que mas adelante tendríamos ocasion de visitar templos de todas estas sectas, nos limitámos en ROTTERDAM á ver la grande iglesia que es de *Calvinistas reformados*, como casi todas las grandes iglesias de Holanda, puesto que de todo el *pot-pourri* de religiones es la mas generalizada y dominante.

Vimos que el conductor y el sacristan entraban con el sombrero puesto á lo judío, y nosotros le conservámos tambien. — Pellegrin (le dije tan luego como entrámos), las bóvedas se me caen encima de pesadumbre. — Cuidado con eso, mi amo, mire Vd. que las bóvedas son de hierro (y así era la verdad). ¿Y por qué se aflige Vd. tanto, señor?— ¡Por qué! ¿No conoces desde luego que este ha sido un templo católico? ¿No ves todavía altares católicos, sepuleros católicos, órgano católico, inscripciones católicas, y toda la forma y todos los accidentes del templo católico? ¡Ah! este templo ha sido usurpado por los protestantes á los católicos.

Era así efectivamente: la iglesia habia estado dedicada á San Lorenzo, y los católicos la habian perdido como tantas otras en las guerras de religion: el órgano era de una dimension gigantesca: las verjas y las arañas de bronce, con labores de muchísimo trabajo; pero mas trabajo nos costaba á nosotros entender al viejo conductor; y en cuanto al sacristan, era excusado hacerle preguntas ni dirigirle la palabra, porque su educacion científica no se habia extendido mas allá de su idioma natal, y fastidiados de no entender ni ser entendidos, nos retiramos al hotel á disponer la continuacion de nuestra ruta.

Agua y mas agua.

Dejámos pues la patria del sabio *Erasmus* y del pintor *Van-der-Werf*, y nos encaminámos á la patria del pintor *Juan Steen* y del sabio *Hugo Grotio*, la ciudad de DELFT, poblada de 45,000 habitantes, y distante tres leguas de ROTTERDAM.

De dos modos se puede viajar en Holanda, por agua y por tierra. No hay ciudad, no hay pueblo que no se comuniquen con otro por medio de algun canal; á todas partes se puede ir por canal. Sirven para este uso los *trekschuytens*, especie de barcas cubiertas, y sirgadas por uno ó dos caballos al trote corto. Este medio de transporte es el mas económico que pudieran desear los profesores de la mas estúpida economía, pues viene á salir su coste á un *sou* por milla, ó sea á 30 céntimos de florin por legua poco mas ó ménos. Pero tambien es la única ventaja que ofrece. En cambio tiene la contra de emplearse doble tiempo que en la diligencia, de ser mas monótono, de tener que aguantar el fumigatorio de una coleccion de pipas en continuo ejercicio, y de no permitirse á las barcas penetrar en lo interior de las poblaciones, y de consiguiente en un viaje un poco largo tener que saltar muchas veces á tierra, atravesar á pié una ciudad, y salir á ganar otra barca que espera del otro lado.

Es preferible pues, como le preferimos nosotros, el viaje por tierra: y mucho mas de la manera que está montado el sistema de diligencias en Holanda, sobre el cual llamo la atencion del lector español, por ser cosa desconocida en los países meridionales, inclusa la misma Francia.

Allí ningun viajero deja de salir á la hora que se propone, se entiende de las determinadas por reglamento. De ROTTERDAM á LA HAYA, por ejemplo, salen diligencias á cinco ó seis horas ó siete al dia; á cualquiera de estas horas que se le antoje al viajero tomar la diligencia, esté seguro que tendrá plaza, con tal que se haga presente un cuarto de hora ántes en la oficina del despacho. Cualquiera que sea el número de viajeros, los empresarios están obligados á poner cuantos carruajes se necesiten: ¿hay un solo viajero de mas? pues para este solo viajero ponen otro carruaje. Tirabeque y yo comparábamos esta comodidad con lo que mas de una vez nos habia sucedido en España, y con lo que mas de cien veces sucede á cada prójimo, tener que tomar el billete con un mes de anticipacion, ó ántes si espera haber peligro de mucha concurrencia; y de esto á poder salir con seguridad de cada pueblo 5 ó 6 veces al dia, sacábamos una diferencia como de 4 á 150 ó 180. ¡Y la Holanda es un país regido por gobierno absoluto! Pero detengámonos poco en diferencias que ponen de mal humor.

— ¡Qué ves por ese lado, Pelegrin, le preguntaba yo á mi lego. — Agua, señor, me respondia. Y por la derecha ¿qué se ve, mi amo? — Agua tambien, le respondia yo; agua y mas agua.

Sin embargo, sobre esta misma agua, y á un lado y otro de los caminos y los canales, íbamos encontrando bonitas casas de recreo, con bellos jardines y hermosas y pintadas azoteas, que en la estacion de verano deben convertir aquel camino en un paseo delicioso. La noche y nosotros entrámos á un mismo tiempo en la ciudad de DELFT.

No nos detuvimos en ella sino á relevar el tiro. Entre los caballos nuevamente enganchados habia uno tan rebelde, que á la salida de DELFT y al pasar un puentecillo nos puso á dos dedos de caer en el canal. Los flemáticos holandeses que iban con nosotros toleraron pacientemente por la primera vez la trasgresion de ley del indócil rocinante. Pero á poco rato se repitió la escena, con la diferencia que si ántes hubimos de precipitarnos en el canal de la derecha, la segunda vez estuvimos expuestos á bautizar nuestras humanidades en las aguas de la izquierda, y regularmente á morir de un bautismo que hiciera inútil la extremauncion.

Entónces el apostolado holandés que allí venia (pues eran doce) dió una prueba de que no era todo humor limphático-phlegmoso lo que por sus venas corria, y que tambien al cachazudo holandés se le sube á veces á las narices la mostaza y la pimienta que en las comidas usa, pues amostazáronse todos en términos que me temí tuviéramos que detenernos á hacer las exequias fúnebres al conductor. Paró este el carruaje, saliéronse los viajeros, y entablóse entre el conductor y conducidos una acalorada discusion, de la cual solo pude percibir por los ademanes (pues las palabras todas eran enigmas para mí) que la cosa habia tomado un carácter serio. Volviéronse los doce hácia DELFT, sin duda á dar queja á la administracion, y á reclamar otro carruaje ú otros caballos, y nos quedámos Tirabeque y yo solos con un jóven francés (todavía me acuerdo de su nombre, *Mr. Poron Sausier*, guantero en Troyes), que no entendiendo como nosotros una palabra de aquel *holandi-matías*, quiso correr nuestra suerte, tratándonos el francés y los españoles nada ménos que de paisanos : ; lo que hace verse en un país cuyo idioma no se conoce !

El conductor nos indicó por señas que volviéramos á entrar sin cuidado en el carruaje, pero Tirabeque miraba al caballo, miraba tambien al agua de ambas orillas, me miraba á mí, y cada mirada de estas significaba bien claramente un « yo no entro. » Pero el francés y yo le hicimos cargo de que, habiéndose marchado ya los demás conviajantes, lo peor de todo seria quedarnos

en el camino solos, de noche, y sin saber siquiera preguntar á nadie. Volvimos pues á entrar no sin recelo, y tuvimos la fortuna de que al caballo le dió gana de no separarse mas de la senda de la ley, y de llegar ilesos á *La Haya*, dando fondo en el hotel del *Mariscal de Turena*.

LA HAYA.

Á la média legua del mar del Norte, á las 92 de Paris, y á los 52 grados de latitud setentrional, en un terreno delicioso y al lado de un bosque que acaso no reconoce igual en frondosidad y belleza en el mundo, habia en otro tiempo un miserable lugarcillo donde los condes y príncipes de Holanda iban á pasar algunos días de montería. Atraídos de la amenidad del sitio, los *Estatuders* hicieron en aquella aldea una casa de campo, y mas adelante construyeron un palacio donde pasaban sus temporadas de recreo.

Los palacios de los príncipes son como los árboles lozanos y corpulentos en el campo, en cuyo derredor retoñan multitud de hijuelos que con el tiempo van formando una floresta. Así en derredor de aquel palacio fué creciendo una poblacion, que no tardó en llamarse *la aldea mas grande de Europa*; poblacion que siendo todavía aldea, era envidiada de las ciudades populosas por la anchura y alineacion de sus calles, por la igualdad y regularidad de sus edificios, y sobre todo por el aseo, frescura y pulcritud que toda ella respiraba.

¿Qué seria despues que empezaron á tenerse en ella los Estados generales de las Provincias Unidas? ¿Qué cuando erigida en ciudad fué centro de las negociaciones de las potencias de Europa? ¿Qué cuando alternaba con Brusélas en la celebracion de las asambleas de los dos Reinos Unidos? ¿Y qué ahora que es la residencia fija de los reyes de Holanda, poblada por 60,000 habitantes?

Esta linda ciudad es LA HAYA, capital de los Países-Bajos; la tercera del reino en poblacion, la primera en elegancia y hermosura. *Amsterdam* es la capital mercantil de la Holanda; es la Holanda comercial concentrada en un punto. LA HAYA es el cen-

tro de la grandeza, del señorío y del buen gusto : *Amsterdam* es la capital sin título : *La Haya* es la corte (1).

Excusado es decir que está tambien cruzada de canales interiormente ; es ciudad de Holanda, y no se da ciudad de Holanda sin canales.

¿Cuál es la religion dominante en *La Haya*? Ninguna ; el misímimo *pot-pourri* que en Rotterdam. Cinco capillitas tienen los católicos ; los grandes templos se los han repartido los protestantes á quien mas ha podido.

Nuestro encargado de negocios.

Como españoles, como viajeros, y como recomendados, era nuestro deber presentarnos inmediatamente al representante de la nacion española cerca del rey de Holanda. El amable D. Ramon Maria Bazo manifestó recibir un verdadero placer de la visita ; y un placer de sorpresa, puesto que segun nos informó, un viajero español por puro recreo en LA HAYA era un peregrino en Jerusalem, como así constaba ademas en su libro de registro de pasaportes. Preguntámosle por el secretario de la legacion, y nos contestó que hacia tiempo no le tenia. — ¿ Con que está Vd. solo? — Solo absolutamente. — ¡ Qué me place, añadió, la importancia y majestad que se da en las cortes extranjeras la nacion española ! (2)

Ya habrá visto el lector lo pregunton que estuve en Brusélas acerca de los honorarios que disfrutaba allí el representante de

(1) Nada hay que describa mejor la hermosa sencillez de *La Haya* y otras ciudades de los Países-Bajos, que los siguientes versos :

L'œil sans cesse s'arrête sur des beautés utiles,
Vous admirez la main qui dessina ces villes,
Cet ensemble imposant de régularité,
Riche d'économie et de simplicité,
Dont la grâce uniforme et la grandeur austère
D'un peuple sage et froid peignent le caractère.

(Esmiard, *la Navigation*.)

« La vista está incesantemente entretenida en bellezas útiles ; se admira la mano que delineó aquellas ciudades, aquel conjunto imponente de regularidad, rica de economía y sencillez, cuya gracia uniforme, cuya austera grandeza pintan bien el carácter de un pueblo sabio y frio. »

(2) Posteriormente ha tenido nuestro gobierno el talento de mandar sucesivamente de secretarios de legacion á la corte de la nacion mas flemática, severa y formalota, dos jóvenes y alegres poetas.

nuestra nacion y gobierno ; de consiguiente no extrañará que estuviera igualmente curioso sobre el mismo punto con el agente diplomático de LA HAYA. Pero si allí la respuesta del hermano Cuadrado me puso el corazon tamaño como una avellana, aquí la contestacion del hermano Bazo me le dejó como una cabeza de alfiler. Ademas del mezquino premio con que el gobierno español remunera aquel cargo importante, llevaba el hermano Bazo un año justo de atraso en la percepcion de sus haberes. ¿ Con qué querrá el gobierno que se sostenga un funcionario de esta categoria á las 400 leguas de su patria y en un país acaso el mas caro del continente europeo ? Afortunadamente el Sr. Bazo durante su larga estancia en aquella corte habia sabido conquistarse con sus buenas prendas personales y con su juicioso y prudente comportamiento, un aprecio y una consideracion que el gobierno que representaba no ha sabido ó no ha querido dar al destino. Sin embargo, ¡ qué de compromisos me refirió ! Pero otra vez doblé la hoja al hablar de esta materia, y ahora conviene al decoro nacional doblarla tambien.

— Diga Vd., Sr. embajador, le preguntó Tirabeque : ¿ cómo se llama el rey de estos Países-Bajos ? — El rey actual, le respondió, es *Guillermo II* : el rey padre, que abdicó el año pasado, era *Guillermo I*. — ¿ Y el *Guillermo* que ahora reina tiene hijos ? — Tiene cuatro, que son *Guillermo Alejandro Pablo*, *Guillermo Alejandro Federico*, *Guillermo Federico Henrique*, y *Guillermina María Sofia*. Y aun tiene tambien un nieto, que es *Guillermo Nicolas Alejandro*. — Y dígame Vd. y Vd. perdone, porque en esto de familias reales siempre fui yo muy curioso : ¿ tiene tambien hermanos el rey ? — Tiene dos ; *Guillermo Federico Carlos*, y *Guillermina Federica Luisa* ; y tiene tambien tres sobrinos hijos del primero, que son *Guillermina Federica Alejandrina*, *Guillermo Federico Nicolas*, y *Guillermina Federica Ana*.

Le acometió á mi lego con esta explicacion un acceso de risa que no podia contener. Despues de un poco repuesto, — ¡ vaya, vaya (exclamó), que está buena la letanía de los *Guillemos* y las *Guillerminas* ! Pues ya sé yo de memoria todo el calendario real de esta tierra. Se parece á la familia de los *Pelerines* que decia el otro. — Suplico á Vd., señor Bazo, le dije, se sirva dispensar á este sandio sus simplezas. — ¡ Ah ! me respondió ; no me diga Vd. eso : ¿ no ve Vd. que sé ya quién es Tirabeque ? ¡ Oh ! le conozco de mucho tiempo, y celebro en gran manera verle por aquí.

Esto me tranquilizó algun tanto, á mí Fr. Gerundio, y aun me

causó cierta satisfacción el ver que el nombre de Tirabeque era conocido en tan remotos climas.

El Museo y las vacas de Paul Potter.

Entre los obsequios que nos dispensó el hermano Bazo, fué uno el de ofrecerse á acompañarnos á ver las cosas notables de la ciudad, obsequio que admitimos con el mayor placer.

Salimos pues. Recorrimos varias plazas, entre ellas la de *Vyberberg*, que tiene á un lado un delicioso paseo de lozanos árboles y al otro un vasto estanque circundado de suntuosos edificios. Visitamos el *Binnenhof* ó sea antiguo patio interior del palacio de los principes de Orange, y al rededor del cual están los vastos edificios modernos ocupados hoy por los estados generales; y por los ministerios; la sala gótica en que se hace la extracción de la lotería nacional, que se juega cuatro veces al año, y en la gradería de cuya sala fué decapitado el famoso *Juan Barneveld el Viejo*, el mas acalorado republicano holandés del siglo XVII, y el que negoció la tregua de 12 años con la España, que por fin reconoció la independencia holandesa.

Pasámos por la calle *Voorhout*, la calle mas anchurosa y de mas magnífico caserío de LA HAYA; calle y paseo al mismo tiempo, pues está plantada de árboles seculares de una altura prodigiosa, que con su frondoso ramaje protegen un césped siempre fresco; y por último recaímos en el *Museo*.

Dice *Mr. Ferrier* autor de la *Guía pintoresca y artística de Holanda*, que el Museo de *La Haya* es uno de los mas ricos de Europa. Si la riqueza se refiere al mérito de los cuadros, bien podrá tener razon el hermano *Ferrier*, al ménos en los de las escuelas holandesa y flamenca, que es en lo que mas abunda. Pero si quiere hacer la riqueza extensiva tambien al número, no sé yo cómo pueda ser uno de los Museos mas ricos de Europa el que encierra poco mas de 400 cuadros.

Seguramente es una coleccion selecta de pinturas la del Museo de *La Haya*; y entre ellas tuvimos el gusto de hallar cinco cuadros españoles; dos de Velázquez, dos de Murillo, y uno de Matías Cerezo.

Al entrar en una de las piezas, Tirabeque dió dos pasos atras como asustado. — ¡Hola, señores! dijo; con esto no contaba yo. Señor embajador, bien podia Vd. habernos avisado que viniéramos prevenidos. — ¿Pero de qué? le preguntámos los dos á un

tiempo. — ¿De qué? De que andaban por aquí estos animales; atrás mi amo, que con gente que no se confiesa no hay que gastar chanzas. Asombrados estábamos de tan extraño lenguaje, sin saber á qué atribuirlo, hasta que el Sr. Bazo, prorumpiendo en una fuerte risotada, — ya sé lo que es, dijo; es el *novillo de Paul Potter* lo que ha temido el buen Tirabeque. Adelante, adelante, no hay que tener miedo.

Era el famoso cuadro del famoso pintor *Paul Potter*, que representa un novillo en su grandor natural, y tan al natural todo, que efectivamente parecia tener vida y animacion; parecia que se le veia respirar, que se le veia mover, que iba á embestir.

Es cuadro al que por mucho que uno se acerque, no pierde nada de la ilusion, porque se está tocando, y cuesta trabajo persuadirse que no pueda empuñar las astas, ó levantar y oprimir entre los dedos los pelos de la piel. Pienso que es imposible imitar mejor la naturaleza. El cuadro del *novillo* es tenido por la obra maestra de *Paul Potter*; sin embargo, yo me veria perplejo para escoger entre el *novillo y un pastor guardando vacas*, que hay en la propia sala del mismo autor. Á las vacas de *Paul Potter* no les falta mas que mugir. El susto de Tirabeque se convirtió en admiracion. Señor, decia, si estas vacas las llevaran al campo, yo apuesto que mas de una aldeana habia de acudir con el cántaro pensando que le iba á llenar de leche.

Curiosidades.

No son pocas las que se encuentran en el Gabinete Real de este título que ocupa el piso bajo del Museo. *Setecientos sesenta y siete* objetos raros y curiosísimos contiene aquel gabinete, especialmente de trajes, muebles, utensilios y artefactos de la China, del Japon, del Indostan, del Senegal, de Guinea, de Ceilan, del país de los Cafres, del de los Hotentotes, de la Tierra Santa, de la Australia, y por decirlo de una vez, de todas las partes del mundo.

¿Qué diremos de los cien mil volúmenes de la Biblioteca Real? ¿del precioso manuscrito original del tratado conocido por *La Union de Utrecht*? ¿de las 35,000 medallas, y de coleccion de monedas egipcias, y otra que abraza todo el período de los reyes de Macedonia desde Filipo y Alejandro hasta el último de sus sucesores?

El bosque de hayas en La Haya.

¿ Quieren Vds. ver, nos dijo despues de todo esto el Señor Bazo, el famoso bosque que hace el encanto y el orgullo de los habitantes de esta capital? — Con mucho gusto, le respondi. — Vamos pues, y no nos descuidemos, porque segun veo el horizonte, tengo para mí que va á nevar muy pronto.

Figúrese el lector un bosque de una legua de circunferencia, plantado de las hayas mas esbeltas y copudas que se conocen en Europa; una floresta silenciosa, un follaje verde y sombrío, unos sitios agrestes y salvajes, cortados por anchas calles de arena cuyo término no se alcanza á ver, y por donde corren y triscan á su libertad los ciervos y los gamos; plagado de blancos cisnes y de sonoros ruisñores; cortado por puentes rústicos que dan paso á las abundantes aguas que le riegan; todo conservado y entretenido con un esmero superior al de los mas bellos parques de Inglaterra, y con un arte que oculta por todas partes la mano del hombre, dejando á la naturaleza desplegar todos sus recursos; terminado el bosque por un jardin reservado que encierra el pabellon levantado por la princesa Amelia para honrar la memoria de su esposo y llorarle en la soledad y en el retiro: y todo esto á dos pasos de la ciudad, á los bordes de un mar helado, y en medio de un país de praderas y de aguas, y tendrá una idea del bosque de las *hayas* en LA HAYA, y no se admirará de que los habitantes de aquella capital tengan su bosque por la octava maravilla del mundo, y que los príncipes escogieran aquellos lugares encantados para fijar en ellos su residencia real.

¿ Qué les parece á Vds.? nos preguntó nuestro diplomático amigo. — Paréceme, le dije, que me hallo en un bosque druida, ó mas bien en aquella selva melancólica y sombría de Virgilio:

« Et caligantem nigra formidine lucum; »

y paréceme tambien que estoy viendo á un calmoso y meditabundo holandés, para quien parecen hechos aquellos versos de Boscan:

« Solo y penoso en prados y desiertos
mis pasos doy cuidados y cansados, »

paseando por esta silenciosa umbría selva, meditando las ganancias que le dejará el buque que está para arribar de la India ó pensando en algun grave negocio de estado. — Así es la verdad,

dijo nuestro compatriota. — Y diga Vd., preguntó Tirabeque, ¿no vendrán hoy por aquí de paseo las damas elegantes de LA HAYA? porque aquellas *Hayas* y no estas, serian las que me divertirian á mí. — No solo no vendrán, respondió el señor Bazo, sino que nosotros debemos apresurarnos á salir del bosque. ¿Ven Vds. que empieza ya á nevar?

Así era en efecto. Salimos del bosque de *Las Hayas*, y por mas que acelerámos el paso, cuando llegámos al hotel llevábamos ya una capa de nieve.

Á las dos horas habia ya medio palmo de ella. El frio era intenso; la nieve caía acompañada de una helada brisa. Al dia siguiente habia ya cerca de una tercia. ¡Y estábamos á principios de Noviembre todavía!

Las botas de mi lego.

Los que conocen ya el carácter de Tirabeque podrán discurrir cuál se hallaria su espíritu cada vez que contemplaba que en el mes de Noviembre se encontraba en la helada capital de los Países-Bajos, con una tercia de nieve en las calles, sin trazas de cumplirse el «*jam satis terris nivis*» de Horacio, ántes por el contrario, arreciando cada vez mas el viento, y todo esto á las 400 leguas de su patria, y en un país bajo y pantanoso, casi todo inundado ya, y cuyos caminos amenazaban ponerse intransitables.

Asomábase con frecuencia al balcon del hotel, y los copos de nieve helada que se estrellaban en los cristales, le cegaban la vista y le helaban el corazon. — Señor, me decia afligido, ¿á qué tierra me ha traído Vd.? Vamos á tener que pasar el invierno en LA HAYA, y cuente Vd. con que una mañana amanezco agarrotado de frio. — No te aflijas, hombre, no te aflijas, que la temperatura de Holanda es muy variable, y cuando ménos lo pienses Dios y el sol mejorarán nuestras horas. — Así sea, mi amo, y así se lo pido con todo el fervor de mi alma, si es que en esta tierra puede haber ni alma ni cuerpo que tenga fervor, á ver si quiere su Divina Majestad que podamos aprovechar un clarito para volvernos desde aquí á España. — Ah, en eso no pienses todavía: hallándonos aquí, fuera una cobardía imperdonable volverse sin ver á *Amsterdam*: ¡volverse sin ver la poblacion mas importante de Holanda, teniéndola á las doce leguas! ¡Oh! sería un sentimiento que me duraria toda la vida. — Señor, hágase lo que Vd. quiera, que si está de Dios que hayamos de morir helados ó tragados por las aguas, de poco servirán los esfuerzos de un pobre lego.

Una vez acordada la continuacion del viaje, aunque con harta repugnancia por parte de Tirabeque y no sin algun recelo por la mia, nuestra primera atencion y necesidad era proveernos de los medios de abrigo. Al efecto encargámos al *commissionnaire* nos trajera chaquetas interiores de estambre, pantalones, babuchas, zapatos de goma, y otros varios utensilios y menesteres. Entre estos nos presentó algunos pares de botas de piel sin trasquilar, exteriormente adobadas, pero conservando toda la lana de la parte interior á propósito para calzar por encima del pantalon y de otras botas, con suelas de dos pulgadas, pero de tan enorme tamaño y magnitud, que parecian hechas para piernas de gigantes. Tuvimos el gusto de pesar algunos pares, y no hubo ninguno que bajara de la média arroba. El mueble no podia ser mas á propósito para el abrigo, porque era menester un frio de 25 grados para que pudiese penetrar unas piernas así forradas. Yo las deseché por su gravedad específica ; pero Tirabeque, que hizo la prueba de un par, sintió tal consuelo y tal fomento en los ambulativos, que desde luego optó por ellas, pero con tanto entusiasmo, que al instante empezó á echar piernas diciendo que con aquellas botas ya no tendria el inconveniente en ir hasta la misma region del hielo, si era menester.

Quise darle gusto, y le tomé un par, solventando por ellas 20 florines (mas de média onza de España). Pero era el caso que las mas pequeñas le llegaban á la cintura, y como al calzárselas no pudiesen pasar de la ingle, le quedaban haciendo en las piernas tantas arrugas que semejaban dos fuelles de órgano. Agregado á esto la desigualdad de sus tibias, la circunstancia de su cojera, y su zapato ordinario de cinco suelas, sobre hacer la figura mas ridícula del mundo, apenas podia dar con ellas un paso ; reíamos todos ; pero él á todo contestaba con el adagio español, « ande yo caliente y ríase la gente. » Y sobre todo, añadía, el camino no le he de andar á pié, y para ir embaulado en una diligencia horas y mas horas sin sentir el frio, cada bota de estas es una pieza de rey.

Si alguno cree que exagero, al pintar la magnitud de las dichas botas, tenga entendido que no hay nada de hipérbole. Aun las conservo por curiosidad, y tendria gusto en que cualquiera se acercara á verlas. Es una clase de botas que fabrican los ingleses con destino á los que viajan en invierno por el norte. En los pueblos de España en que despues de nuestro regreso las han visto, han andado enseñándose de casa en casa como dos objetos notables, y en el resto de nuestra expedicion fueron el blanco de las miradas,

de las risas y de la admiracion, tanto en los pueblos como en los caminos, y si muchas veces nos sirvieron de diversion, no pocas nos produjeron tambien incomodidades y desazones.

En los carruajes, especialmente cuando acaecia ir llenos, siempre venia estrecho el local por causa de las piernas de Tirabeque ; los conviajantes no hallaban dónde colocar las suyas, y esto los hacia prorumpir en ternos y espundias contra las postrimerías del extranjero que tanto les embarazaban; pero nosotros, á fuer de extranjeros que no comprendíamos el idioma del país, nos hacíamos tambien los desentendidos de sus interjecciones, y callábamnos, y nos sonreíamos interiormente.

Sucedió una ocasion que al ir á tomar los billetes de la diligencia, el administrador que vió el volúmen que hacian las piernas de mi lego, se empeñaba en que este habia de pagar dos plazas, y poco nos faltó para dirimir la contienda por vias de justicia. Otras veces se resistian los demas viajeros á entrar en el carruaje mientras Tirabeque no se descargara las piernas de aquel balumbo, y lo hiciera colocar en el sitio destinado á los bagajes y mercancías.

Muchas veces para ir desde el hotel al establecimiento de donde partian los carruajes, ó vice versa, habia que atravesar una parte del pueblo, y en estos tránsitos acaecieron escenas dignas de reir. Por de contado no habia nadie que no se detuviera á contemplar el fenómeno; formábanse corrillos, oíanse risotadas, escuchábanse burletas, y seguíannos los chiquillos. No sabemos lo que dirian; pero por la algazara se dejaba conocer que les divertia en gran manera el extranjero de tan altos coturnos, y yo aseguro que si como eran muchachos de flema holandesa ó de pachorra alemana hubiesen sido muchachos españoles, Pelegrin hubiera sido apedreado como San Estéban; y si cuando hicimos el viaje á Andalucía hubiera llevado aquellas botas, propablemente no hubiera escapado sin ser manteado como Sancho.

Lo cierto es que puedo decir con verdad, que llamó la atencion en todas partes, y que hasta en Paris, donde creía yo que nada habia que pudiera llamarla, consiguió á nuestro regreso ser el objeto de mil satíricos comentarios, que como hechos en un idioma que ya no le era tan desconocido, le hicieron entrar un poco en sí, y desde entónces determinó que los borceguies constituyesen parte del exceso de peso en el equipaje.

LEIDA, Ó LEIDEN.

Inundacion anti-española.

Mis esperanzas sobre el cambio de temporal se cumplieron. Al mediodia dejó de nevar; salió el sol; templó la atmósfera, y la nieve comenzó á deshacerse; con esto y con las botas, Tirabeque se reanimó, y la mañana del siguiente dia salimos en direccion de Amsterdam.

No solo tuvimos la fortuna del tiempo, sino tambien la de tocarnos de compañero de viaje un jóven holandés, de tan arrogante y hermosa figura, como de amable trato y fina conversacion. Jamas podré olvidar los buenos oficios que nos hizo el apreciable é ilustrado *M. Soetens*. Siete años de estancia en Paris le habian hecho perder la frialdad y taciturnidad holandesa, y á la honradez del país natal agregaba las maneras cultas de la sociedad parisienne. Gozaba ya de un nombre literario en Holanda por sus producciones y escritos sobre la industria y agricultura. Con este motivo nuestra conversacion fué tan animada y tan franca, como divertido y ameno el camino.

Á la izquierda veíamos las playas del mar del Norte; á la derecha íbamos dejando multitud de quintas ó casas de campaña circundadas de florestas y jardines; bordaban las orillas del camino dos hileras de robustos árboles; á un lado y á otro quedaban espesos bosques de nueva plantacion, sumidos hasta la mitad de su altura en las aguas, y cruzaban el camino multitud de canales, por los cuales se veian deslizar acá y allá numerosos barcos de transporte. El amigo *Soetens* nos entretenia explicándonos el sistema electoral del país para el nombramiento de diputados de los estados generales, y el modo como la eleccion tenia que resultar siempre monárquica; nos habló no muy satisfecho del carácter del rey, y todavía ménos satisfactoriamente de los compromisos á que los habia llevado el genio duro y excesivamente tenaz del rey padre, especialmente en la cuestion holando-belga: nos preguntaba noticias de España, y así entretenidos, á las tres horas de haber salido de *La Haya* dimos vista á una poblacion grande.

— ¿Qué pueblo es este que se alcanza á ver? pregunté á *M. Soetens*. — Es la ciudad de LEIDA, me respondió: es una bella poblacion, que tendrá cerca de 30,000 habitantes. ¡Oh! ahora que me acuerdo, esta ciudad tiene recuerdos históricos muy curiosos é interesantes para Vds. los españoles. — ¡Para los españoles! — ¡Oh! sí. — Decidlos pues, si gustáis. — Con el mayor placer.

« LEIDA sostuvo en el siglo XVI un sitio contra los españoles. Un bloqueo de cuatro meses tenia la ciudad en un estado de hambre horroroso, la habia reducido al extremo á que puede llegar una ciudad sin víveres. En tan apurado trance todos sus habitantes, hombres, mujeres, viejos y niños se agruparon en la plaza pública pidiendo con desesperados gritos al burgomaestre *Vander-Werf*, los unos la rendicion de la ciudad, los otros un pedazo de pan. Aquel valiente ciudadano se presentó á los grupos, y desenvainando con una mano la espada, y enseñando con otra su pecho, les dijo con un acento firme y calmoso : « pan no tengo que daros, pero si mi muerte os puede aliviar, tomad esta espada, matadme, haced pedazos mi cuerpo, y divididle entre vosotros. »

» Pero el príncipe de Orange, con quien los sitiados se comunicaban por medio de palomas-correos, sabedor de su apurada situacion, propuso á los estados generales socorrer á los desgraciados Leidenses por un medio que seguramente os sorprenderá : á saber, que se rompiesen los diques del Yssel y del Mosa, y se inundaran 20 leguas en circunferencia, á saber, todo el territorio comprendido entre Delft, Gouda, Leida y Rotterdam ; que se fabricasen 200 lanchones chatos y de muchos remos, y que esta flota llevase víveres y refuerzos á los sitiados. El atrevido pensamiento se aprobó y ejecutó. Construyéronse las barcas, rompiéronse los diques, el país se inundó, el almirante de Zelandia, *Boilot*, partió desde Rotterdam al socorro de la ciudad llevando en la improvisada escuadra mas de 400 piezas de artillería, y 800 remeros soldados, en cuyos sombreros se leia la divisa : « *antes Turcos que Papistas* ; » un viento sudoeste les ayudó á llevar las aguas hácia Leida, y los españoles sorprendidos con la repentina inundacion, levantaron el sitio apresuradamente : el socorro llegó á Leida en ocasion que habian perecido ya 6,000 personas de hambre y de enfermedades. La ciudad celebra todos los años con fiestas públicas el aniversario de su libertad. »

Tirabeque habia estado escuchando con mucha atencion el relato histórico de nuestro *Soetens*, y luego que concluyó, ¿lo ha oido Vd. mi amo? me dijo : el diablo me lleve si las traigo yo todas conmigo por estos aguazales ; y quiera Dios que si saben que venimos por aquí dos españoles, no les de gana de romper el dique de cualquier riachuelo, que para ahogar á dos españoles poco es necesario, pues tengo para mí que esta gente no ha de ser muy adicta que digamos á los españoles. — Por lo que hace á la plebe, contestó *Mr. Soetens*, no va Vd. descaminado, porque aun

conserva cierta antipatía tradicional hácia los que en otro tiempo fueron sus conquistadores, y de quienes (con perdón sea dicho de mis dignos compañeros de viaje) no fueron tratados con la mayor consideración. Pero las gentes de educación del país no tienen la más pequeña prevención hácia los españoles: saben bien distinguir de tiempos y de circunstancias, y al contrario los tienen en buena estimación y concepto: algo ménos devotos son de los franceses; así pues, no tengáis cuidado, y podéis viajar con toda confianza.

Al llegar á la ciudad, entramos, dijo el ilustrado holandés, en la cuna de los hombres ilustres, en la Atenas de Occidente; ¡oh! vos no podréis ménos de haber oído hablar y aun de haber leído mucho de la afamada universidad de *Leiden*: ella cuenta entre sus hijos al sabio Descartes, á los célebres Hugo Grotio, Justo Lipsio, Goldsmith, Escaligero, Vossio, Gomar, Juan de Lúcas, al famoso médico Boerhaye, al pintor Rembrandt, al físico de Muschembroek..... ¿conocéis la física de Muschembroek? — ¡Oh! casi demasiado: en los tres años del 20 al 23 que la España fué regida constitucionalmente, la física de Muschembroek fué uno de los libros de asignatura que se señalaron para servir de texto en las aulas de las universidades españolas por el plan de estudios de aquel tiempo: yo estudiaba entónces filosofía, y algunos ratos me devané los sesos con la física de Muschembroek.—En este caso conoceréis la *Botella eléctrica* de LEIDEN. Y aun aprendí á ejecutar con ella algunos experimentos. — Pues bien, aquí tenéis la ciudad donde se inventó, y la patria de su autor.

En esta conversacion pasámos sus muros y sus fosos, y llegámos al hotel. Poca mansion hicimos en Leida; de consiguiente no pude visitar sus ricos museos y gabinetes de objetos artísticos y literarios, pero fué lo bastante para admirar una población que es un conjunto de islas formadas por el caudaloso Rhin, que da cien vueltas y revueltas por su casco interior, saliendo á unirse todos sus brazos fuera de la ciudad, y cuyas isletas están unidas por 145 puentes de piedra de talla.

El mar de Harlem.

Tres nuevos viajeros se nos agregaron en Leida: dos jóvenes señoritas, de buenas facciones, blanco y sonrosado color, y frescas y robustas carnes, como son en lo general las holandesas; y un ciudadano de no muy atractiva catadura, y cuyas maneras no

le hacian tampoco mas atractivo á sus bellas colaterales, puesto que repantigado en su asiento con toda la pachorra de un legítimo holandés, todo el obsequio, todo el galanteo que les dirigia era un continuado zahumerio, una fumigacion casi no interrumpida de tabaco, merced á una especie de estufa que en concepto de pipa de la boca hasta el suelo pendiente llevaba. Esto de lanzarse dos jóvenes solas en un carruaje, en España sería sospechoso, allí es una cosa muy común : no sé si consistirá mas en la influencia de la educacion que en la frialdad del clima.

Mostrábanse las niñas poco complacidas de su *adllátère* ; ni les hacian tampoco el mejor oficio las voluminosas piernas de mi lego ; este por su parte hubiera deseado no solo no llevar las colosales botas, sino ni piernas tampoco, si fuese posible, á trueque de no incomodar á tan agraciadas hermanitas ; pero su sentimiento era no poder mutilarse de repente, ni poder siquiera pedir mil perdones por la molestia á causa de no saber explicarse en la lengua que ellas hablaban ; en cambio les significaba su sentimiento con gestos y señas que á todos nos hacian reir. De esta situacion se aprovechaba muy bien nuestro compañero *Soetens*, que á lo ilustrado reunia lo galante : poseedor de ambos idiomas, hablaba con las jóvenes en holandés, hablaba en frances con nosotros, y era alma de aquella viandante sociedad. La conducta del fumador le dió á *Soetens* ocasion á referirnos tal cual anécdota de su vida, revelándonos que el haber librado en un caso semejante á una *prima donna* de Paris de otro fumador importuno, le habia valido tener asiento grátis en la grande ópera por algunos años ; amen de lo que tuviera por prudente callar.

Así marchábamos agradablemente distraidos : y en verdad que todo hacia falta, porque el horizonte habia vuelto á enmarañarse ; á poco rato se levantó una ventisca furiosa, y poco despues comenzó una lluvia de agua-nieve, que no cesó en todo el dia, excediendo en crudeza al anterior, tanto que segun despues supimos, en el gran canal de Amsterdam naufragó aquel dia un buque á causa del deshecho temporal, ahogándose ocho ó nueve marineros.

En esto á nuestra derecha y á los pocos pasos del camino llegámos á divisar una gran masa de agua, cuyo oleaje semejava al del mar. — ¿Qué es esto ? preguntámos Tirabeque y yo á *Mr. Soetens*, no poco asustados uno y otro. — Este, respondió, es el *mar de Harlem*, ó sea el *gran lago* de 12 leguas de circunferencia. ¡ Oh ! este es uno de los grandes enemigos interiores que tiene el

país, además del grande Océano que exteriormente le está siempre amenazando. Os contaré su historia.

« En el siglo XV una gran parte de Rhymland y del Amstelland fué tragada por esta vasta extension de aguas que ahora se llama *mar de Harlem*. Sin embargo, entónces no pasaba todavía de una gran laguna. Pero en el siglo XVI otra terrible inundacion reunió cuatro diferentes lagos distantes unos de otros, apriñonando una porcion de pueblos, á quienes impuso una existencia anfibia, dejándolos mitad dentro y mitad fuera del agua. — ¡ Señor ! exclamó Tirabeque ; sobre que digo yo bien, que aquí tenemos que quedar para pastos de peces ! Diga Vd., buen amigo, ¿ llegarán aquí las olas de ese lago ? Porque ya poco les falta. — No tengáis recelo alguno ; ¿ no veis que están contenidas por un dique ? Y ahora asombraos de lo que os voy á decir. Ese gran lago, ese pequeño mar, tal como le veis, tenemos los holandeses el proyecto de desecarle, y de hacer tierras de labor el vasto territorio que cubre ahora ese abismo. Temeraria y loca os parecerá la empresa ; temeraria y loca sería en efecto, para otros que no fuesen los laboriosos y perseverantes holandeses. Si volvierais por aquí dentro de cuatro ó cinco años, acaso encontraréis ocho mil héctares de tierra labrada en lo que ahora es un piélago de doce leguas de circuíto. »

Y fué así, que nos pareció el proyecto excesivamente agigantado ; pero, ¿ qué cosa hay imposible para un pueblo que ha llegado á poner puertas al mar y que le hace retirar sus límites ?

El vendabal arreciaba en términos que los caballos apenas podían hacer pié, la nieve caía en gruesos copos que se estrellaban y se quedaban pegados á los cristales del carruaje, las aguas del gran lago parecía venírsenos encima, el frio casi penetraba los gruesos cueros que forraban las piernas de Tirabeque, y en este estado llegámos á la aseadisima ciudad de HARLEM.

Otro célebre sitio español.

En HARLEM nos detuvimos á calentar el cuerpo y refocilar el estómago, que bien lo habian uno y otro menester. Deshaeciase Tirabeque en obsequios pantomimicos con nuestras bellas acompañantes, miéntras el amable SOETENS me contaba á mí uno de los sucesos históricos de aquella ciudad, mas curiosos para un español.

Habia puesto sitio á la ciudad en el año 1572 el famoso don

Fernando de Toledo, duque de Alba. HARLEM estaba entonces poco fortificada, y su guarnicion no pasaba de 4,000 hombres. Pero cada ciudadano se hizo un soldado para defender su patria, y las mujeres mismas siguieron su ejemplo. Una de ellas, cuya familia existe todavía en Amsterdam á la cabeza de 300-heroínas, secundaba las operaciones del sitio, y el batallon imberbe compartia las fatigas con la guarnicion. Diferentes veces intentaron en vano los españoles asaltar la ciudad por las puertas de San Juan y la Cruz : despues de siete meses de infructuosos ataques, tuvieron por prudente convertir el sitio en bloqueo. Temerosos de que los holandeses recurrieran al medio de romper los diques para inundar la comarca, como habian hecho en Leida, acordaron hacer entrar buques de guerra en el GRAN LAGO DE HARLEM, y circunvalaron por todas partes la ciudad.

Los sitiados pidieron capitulacion ; pero no habiéndola obtenido con condiciones honrosas, determinaron hacer una salida desesperada, y colocando las mujeres y los niños en el centro de las filas, marcharon frente al enemigo. Noticioso el duque de Alba de tan desesperada resolucion, consintió en capitular, á condicion de que le fuera entregada la ciudad, con mas, 57 de los principales habitantes en rehenes. Cuando los españoles entraron en HARLEM, hallaron reducida la guarnicion á 1,800 hombres. « El modo como el duque de Alba observó las condiciones de la capitulacion (añadió el prudente SOETENS), yo, se lo contaria á otros que no fuesen españoles ; pero vos sabéis bien lo que era el duque de Alba. Así, no extrañaréis que los recuerdos tradicionales de su ferocidad, hayan dejado en las masas del pueblo, que no se paran á hallar diferencias entre los españoles del siglo XIX y sus jefes militares del XVI, la prevencion poco favorable que ántes he indicado. »

Y yo, Fray Gerundio, español del siglo XIX, me encogí de hombros y callé.

Capítulo para músicos y organistas.

Una curiosidad de HARLEM nos anunció M. SOETENS, que á toda costa me propuse satisfacer. La proporcion de tomar carruaje á cualquiera hora, me hacia no sentir mucho el que la diligencia que hasta allí nos habia conducido y que tenia pagado hasta Amsterdam, se fuera sin nosotros. SOETENS nos hizo tambien la fineza de quedarse á acompañarnos.

Esta curiosidad, esta maravilla de HARLEM, es el órgano de su grande iglesia protestante (católica en otro tiempo tambien), la mayor de toda Holanda. El órgano, obra de CRISTIAN MULLER en el siglo XVI, pasa por el mas grande y mas bello que existe en el mundo; pues aunque los dos nuevamente contruidos en York y en Birmingham, tienen algunos tubos de mas dimension, su conjunto no iguala al de HARLEM. Este consta de 5,000 tubos ó cañones, y de 42 fuelles. Tiene (en términos de organista) 60 voces, algunas de las cuales hacen un efecto extraordinario y desoido, como el *bordon*, la *viola de Gamba*, el *trueno*, la *trompeta*, la *campana*, la *voz humana*, y todos los instrumentos de una orquesta.

Aunque el amable *Soetens* me habia dado todas estas noticias orgánicas revestido de una formalidad todo holandesa, yo habia suspendido el juicio, ya que algo mas allá no fuese mi incredulidad. Mas luego añadí: — ¿queréis oír un concierto cual no le habréis oído ni acaso le volváis á oír en la tierra? Avisaremos al organista. — ¿Y se prestará á darnos este gusto el Sr. organista? le pregunté yo. — ¡Oh! sí, está siempre dispuesto á ello por el precio de 12 florines (como unos 100 reales de España), que es la tarifa de estos conciertos. — Pues bien, repuse, á trueque de oír esa maravilla, los daré de buen grado.

Salimos á buscar al organista, no sin una fuerte resistencia de parte de Tirabeque, el cual me decia: — señor está visto: Vd. pierde la cabeza en los viajes: ¿será posible que vaya Vd. á dar cinco duros por oír un órgano? Por bueno que sea el órgano de *Harlem*, ¿cree Vd. que será mejor que el de la catedral de Palencia? ¿Y piensa Vd. que el organista lo hará mejor que el padre Chano del convento de Sahagun? Mire Vd., señor, que mejor que aquello es imposible: contemple Vd., mi amo, que cuesta cinco duros; y sobre todo, que me temo que estos holandeses con toda su formalidad se están burlando de Vd., señor: volvámonos, mi amo Fr. Gerundio, que esos cinco duros me están abriendo á mí las cinco llagas de nuestro Padre San Francisco.

Inexorable estuve á las reflexiones de mi lego: buscamos al organista, y efectivamente *Mr. Schumann* (que así se llamaba aquel hábil profesor) se prestó desde luego á ir en el acto con nosotros á la iglesia, añadiendo que era la hora mas oportuna puesto que no habria nadie en el templo, que era lo mejor para gozar el efecto del órgano en toda su plenitud.

Entrado que hubimos en la iglesia, *Mr. Schumann* cerró las puertas como tiene de costumbre en tales casos, y subió al órgano.

El programa de estos conciertos á puerta cerrada suele ser : un *adagio*, una larga pieza militar, un trozo de Mozart, ó de Weber, una composicion titulada *vanz des vaches*, otra nombrada en el idioma del país *God save the king*, y una pastorela con tempestad, todo lo cual dura como una hora. Ciertamente no he oido cosa más grandiosa en punto á armonía ; el alma se sentia embriagada de un placer inefable. En la pieza militar se percibia con una naturalidad prodigiosa las voces de las trompetas, los redobles de los tambores, y hasta el estampido del cañon. ¡ Pero sobre todo la pastorela ! ¡ aquella pastorela compuesta expresamente para el órgano de HARLEM ! ¡ aquella pastorela, en que no se sabe qué admirar más, si el poder prodigioso del instrumento, ó el talento y habilidad música del artista !

La calma de los campos, el calor de la atmósfera, la sencilla alegría de los aldeanos, el caramillo de los pastores, la vuelta del ganado sonando sus cencerros, el toque de la campana, la oracion cantada á coro, la aproximacion de la tempestad, el ruido en fin del trueno, el estallido del rayo, todo se pinta, todo se distingue perfectamente, y todo causa en el alma una emocion, un terror al que es imposible resistir, y que aumenta la majestad del sitio. Cuando el trueno retumba, cuando se oye la detonacion que lanza el rayo, entónces el espíritu estremecido se figura ver desplomarse las robustas columnas del desierto templo, y desgajarse las bóvedas á la voz terrible de la venganza divina.

Concluido que hubo, — ¿ qué os parece ? me preguntó *M. Soetens*. — ¿ Qué me ha de parecer ? le respondi : el asombro de que estoy embargado dirá más que las palabras. — Señor, añadió Tiraque, bien empleados sean lo cinco duros : lo primero, porque los ha ganado bien el organista, que no pensé yo que habia teclero en el mundo capaz de hacer tantas atrocidades ; y lo segundo, en accion de gracias por haber salvado con vida de la tormenta que bien pensé que nos íbamos á merendar con Cristo á toque de órgano.

Bajó *Mr. Schumann*, le felicitamos por su maestria artistica, le dimos las gracias por el buen rato, y salimos del templo llenos de admiracion.

Capítulo para impresores y libreros.

Profesores del arte de GUTTEMBERG se han llamado siempre los que ejercen el arte tipográfico, por creerse universalmente que la imprenta fué inventada por Juan Guttemberg, natural de Mayen-

za en Alemania. No lo creen así los habitantes de HARLEM, que reclaman á capa y espada este honor para su compatriota *Lorenzo Coster*; y dicen, y aseguran, y sostienen, que el *Guttemberg* recibió los tipos de un criado del *Coster* que se los había robado, y que él no hizo mas que unirlos y coordinarlos verificándose el *tullit alter honores* de Virgilio. Y en prueba de ello, enseñan en la casa de ayuntamiento una cajita de plata que encierra el primer libro impreso por él (dicen) en 1440, titulado SPECULUM HUMANÆ SALVATIONIS.

Y sí señor; y en fe de ello han levantado en la plaza mayor una estatua á *Lorenzo Coster*, teniendo en una mano un cuño marcado con la letra A, y en la otra *unas pruebas*. Y se atienen á lo dicho, y en testimonio de verdad le enseñan á Vd. enfrente la casa en que vivió, y en su fachada la siguiente inscripcion en letras de oro :

Memorie Sacrum.
Typographia, ars artium omnium conservatrix,
hic primum inventa,
circa annum MCCCCXX.

Templo consagrado á la memoria.
La tipografía, arte conservadora de todas las artes,
nació aquí
hácia el año 1420.

Y lo dicho, dicho; y el año 1820 celebró la ciudad de HARLEM con fiestas públicas el cuarto aniversario secular de la invencion de la imprenta.

No seré yo, Fr. Gerundio, el que me empeñe en quitar la gloria al hermano *Guttemberg* para dársela al hermano *Coster*: allá se las campanéen holandeses y alemanes, aunque veo el pleito perdido por parte de aquellos: como decia mi Pelegrin, cualquiera que haya sido el inventor, no sabe bien la herencia que nos ha dejado, y los años de vida que pierde un pobre lego que tiene que lidiar con cajistas y prensistas, etc., etc.

Capítulo para jardineros y aficionados á flores.

¡Rarezas y singularidades tiene HARLEM, por vida mia! Increíbles, si no se vieran; pero ciertas y positivas, porque se ven.

Una de las celebridades de HARLEM es el exquisito cultivo y el

inestimable aprecio que hacen de las flores, especialmente de los *tulipanes* y *jacintos*. ¿Cuánto les parece á Vds. que vale allí un buen *tulipan*? ¿Creerian Vds. que se pagaba en HARLEM hoy en el dia por un buen *tulipan* 100 florines, como unas tres onzas españolas?

— ¡ Oh ! eso es imposible, dirán muchos. — ¿ Es imposible ? Pues voy á demostrar á Vds. históricamente que el precio actual de 100 florines es una miseria con respecto al valor que tenían ántes. Llevado yo, Fr. Gerundio, de la misma incredulidad, he leído varios autores holandeses, y he visto que todos de conformidad me dicen, que un *tulipan* llamado *el virei*, se vendió á cambio de los objetos siguientes :

	Reales vellou.
Cuatro toneles de trigo, valuados en.....	3,600
Ocho id. de centeno, en	4,560
Cuatro bueyes, en	4,000
Ocho cerdos, en	2,000
Doce carneros, en	1,040
Dos toneles de vino, en.....	600
Cuatro id. de cerveza, en	280
Dos id. de manteca de vaca, en	1,600
Mil libras de queso, en	1,000
Una cama completa, en	860
Un lio de ropa, en	720
Un vaso de plata, en	520
Total.....	20,780 rs.

Y veo que todos á la una me refieren que una cebolla de *tulipan* llamada *el Almirante Liefken* se vendió en 4,400 florines, 36,000 reales. Y veo que todos convienen que otro *tulipan* nombrado *el Semper Augustus* valió en venta 5,300 florines, unos 48,000 reales.

¿ No lo creen Vds. todavía ? Pues oigan Vds. la siguiente curiosa anécdota, que prueba hasta dónde llegaba en HARLEM el embeleso, la locura por los *tulipanes*, hasta qué punto llevaban la *tulipomanía* (1).

(1) ¡ Coincidencia singular ! El dia que esto escribo, que es el 8 de Diciembre de este año de 1842, leo en los periódicos de España, copiado de los

UN florista de HARLEM tenia un *tulipan* que hacia todo su orgullo, las delicias de su vida, porque la flor hermosa, era perfecta. Todos le envidiaban, muchos le aborrecian porque era feliz. Pero una noticia funesta vino á amargar todos sus goces; un viajero á quien enseñó su *tulipan*, le dijo que habia visto otro igual en Paris en el boulevard del Temple. El hombre se quedó místico; el *tulipan* perdió para él toda la ilusion. Un dia ya no se pudo contener y sale en direccion de Paris. Llega, compra el tulipan en 3,000 francos, le pisotea, y se vuelve feliz, porque ya posee el único de aquella clase.

El valor de los *tulipanes* se cotizaba diariamente en las bolsas de *Harlem* y *Amsterdam* como los fondos públicos: se negociaban y vendian á plazo y al descubierto antes de saber dónde se podria tomarlos, y á veces se habian vendido mas de los que pudieran producir todos los jardines reunidos de Holanda. Semejante furor llamó ya la atencion del gobierno, que se ocupó en discurrir cómo poner término al escandaloso tráfico; y ademas reunidos en Amsterdam los principales cultivadores de *tulipanes* á fines de 1737, trataron ya de poner coto á un frenesí, que no solo se habia apoderado de los ricos, sino que cundiendo por todas las clases de la sociedad, empezaba á producir los mas perniciosos efectos. Habia muchos jardineros que ya no querian trabajar, prefiriendo correr el riesgo de esta especie de comercio. Por lo que convinieron de acuerdo con las autoridades, y magistrados del reino, que en lo sucesivo no pudieran venderse *tulipanes* sin conocimiento de la autoridad, y que en caso de negarse á ejecutar los convenios de venta expresados en 24 de Febrero de 1837, pudiese ser indemnizado el vendedor con el 16 por ciento á costa del comprador. Esta medida dió tal golpe al tráfico *tulipanescos*, que pocas semanas despues se compraban por 25 florines *tulipanes* que ántes costaban 3,000.

de Lóndres, que un inglés acaba de comprar un tulipan en 640 libras esterlinas, (64,000 reales vellon) ¿ Si habrá pasado la tulipomania de Holanda á Inglaterra? Con este motivo dice un periódico inglés, y tiene razon, « que de patatas no hubiera podido comprar el botánico gentlemán para saciar con ellas el hambre de un sinnúmero de infelices que diariamente perecen de inanición! »

Para ministros de gobernacion y directores de caminos y canales.

Tomámos otra diligencia, y salimos de *Harlem*. El camino de allí á *Amsterdam* no es mas que la cima del inmenso dique que separa el lago de *Harlem* del famoso golfo de *Zuiderzée*. La seguridad del país en diez leguas en circunferencia pende de la conservacion de este dique. Si se rompiera, sería todo presa de las aguas, incluso sus grandes ciudades.

Yo hubiera deseado llevar conmigo por allí á todos los ministros de la gobernacion de España, habidos y por haber, y á todos los directores de caminos y canales, para que vieran lo mucho que hay por el mundo y lo muy mal repartido que está. Allí una riqueza de medios de comunicacion que ya degenera en lujo; aquí....lo que ellos y yo sabemos y sería una superfluidad decir: allí de *Harlem á Amsterdam*, en un ancho de 200 pasos, y en tres líneas rectas y paralelas, una calzada de ladrillo para diligencias guarnecida de dos hermosas hileras de árboles; á su lado un ancho canal de navegacion, y al lado de este un camino de hierro: de modo que en el referido espacio de 200 pasos, ó ménos, se ve marchar simultánea y paralelamente á un mismo punto las diligencias, los buques y los coches de vapor: aquí.... puntos y mas puntos: allí los ministros del Fomento dan pocas proclamas y pocas circulares y pocos proyectos de ley, y hacen muchas calzadas y muchos canales y caminos de hierro: aquí no hacen canales ni caminos de hierro, pero quitan y ponen muchos jefes políticos. Allí sobra lo que aquí falta: ¡cómo ha de ser! Siempre en el mundo hubo mucho y mal repartido.

Mirémonos en este espejo.

Voy á dar una idea de la poblacion de Holanda, de ese país estéril de suyo, y que no sería sino un gran charquetal, un vasto pantano, una inmensa laguna ó una marisma intransitable, inculca sin la incansable laboriosidad de los holandeses. La siguiente pequeña estadística probará el partido que han llegado á sacar aquellos naturales de su ingrato y pantanoso suelo.

En una línea de 26 leguas que hay desde Breda á Amsterdam, es decir, en seis leguas ménos de distancia que hay de Madrid á Valladolid, se encuentran las ciudades y con la poblacion siguiente:

	Habitantes.
Breda	5,500
Dordrecht	20,000
Rotterdam	80,000
Delf	15,000
La Haya	60,000
Leida	10,000
Harlem	21,000
Amsterdam	220,000

Mirémonos en este espejo : calculemos la poblacion que podria tener la fertilisima España, y notemos la diferencia que va de trabajar á no trabajar.

AMSTERDAM.

Teatro de variedades.

Llegámos á AMSTERDAM de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeámos hasta el hotel del GRAN DOELEN á que nos condujo nuestro buen SOETENS, habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resbaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir, en lodo; levantámosle entre los dos, y le llevámos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni ménos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entrámos en el h6tel, nos acomodámos en la cámara número 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentámos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de MONSIEUR SOETENS nos fuimos á pasar la noche al TEATRO DE VARIEDADES.

Pero ántes, tambien á invitacion suya, entrámos en el CAFÉ FRANCES DE HAMELL, el mas concurrido de la mas florida juventud de AMSTERDAM. Tomámos nuestro té y pasámos al teatro. Hay en AMSTERDAM tres teatros, el frances, el aleman y el holandés que era este. *Quince sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quince sous de florin*, que equivalen á unos seis ó siete reales de España; si bien allí *quince sous* son tan friolera como serian aquí seis ú ocho cuartos; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Así la Holanda

es carísima para un español, puesto que diez pesetas de aquí hacen ménos de cinco florines allá, y con cinco florines allá no se hace tanto como con tres ó cuatro pesetas acá, por manera que ó yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de cuatro á diez. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro. — Guardad esos billetes, nos dijo SOETENS, para el uso que despues os diré. En efecto, no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardámos en seguida. Tomámos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, porque tampoco están numerados allí. El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principiό la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles*, alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandes, y no podiamos comprender una sola palabra. — ¿Entiendes algo, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.

La pieza debia estar sembrada de chistes, porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano á su natural gravedad, y reían con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos tambien holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica : yo reia tambien con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacia tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia :— ¡ qué graciosa es la comedia, mi amo ! ¡ cómo me divierto ! Pero una cosa vino impensadamente á alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos : y fué que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española :

General Santocildes ;
con tus soldados, etc.
Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mi tambien me

alegró el diablo de la cantinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un país y en un sitio donde no podia esperarlo. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros, puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policia le echara mano y le hiciera salir del teatro con mucha complacencia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de afición de los naturales del país á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo anduvieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entónces fué cuando vi la cosa mas nueva y ménos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todo los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo); y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavía). Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmósfera se fué condensando, y las hermanas holandesas sufrían la humareda con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean Vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía. — ¿Qué es lo que queréis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*. — Yo nada, le respondí. — Hariais mal; vos no debéis perder el derecho que os da vuestro billete; no tenéis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de cerveza ó unas copas, ó lo que mas os acomode. — Bien, le dije, saldremos á tomarlo. — Ah, no, aquí mismo.

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entónces, sin mas coste que el de los 15 *sous* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza: todos fumaban y bebían, y nosotros bebimos y fumámos tambien, con arreglo al «*dum Romæ fueris.*» Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas; se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y así continuó poco mas ó ménos el resto de la funcion hasta las once, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procurámos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilisima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia ó *commissionnaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto : él se las podia apostar á desgarrado al mas desgarrado holandés, pero vive Dios que en punto á andar cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope : incansable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiese propuesto decir : ¿queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que desear pudierais. Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el *lago de Harlem*, el lago mucho mas extenso todavia del *Zuiderzée*, y entre los rios *Amstel* é *Y* ó *Wy* : cruzada en su interior por cuatro anchisimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la poblacion en noventa y cinco islas, unidas por docientos noventa puentes de piedra ó de madera, construidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba abajo ni mas ni ménos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Haciaseme inverosímil y difícil de creer, á mí, Fray Gerundio, eso de que treinta mil casas y multitud de otros vastos y sobrios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo : mucho mas cuando al entrar en el palacio real me decian : « este palacio está sostenido por trece mil seiscientos noventa y cinco estacas ; » cuando al visitar el palacio de la Marina me decian tambien : « diez y ocho mil estacas sostienen este edificio. » Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaba echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua ; y tuve el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el

agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos cincuenta á sesenta piés de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducíanlas con el auxilio de una máquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del país, cantada á coro, tan pausada como el carácter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la ve interior y exteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda setentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quién refrena las aguas del amenazante océano? Los *diques*, esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran, si descuidaran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas, ¡ay de ellos y de su país! El mar se lanzaria sobre ellos y se absorberia poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada dia; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de AMSTERDAM en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos líneas de estacadas, á distancia de ochenta piés, dejando abiertas para la entrada de los buques veinte y una embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de veinte y seis bastiones, cada uno de ellos con un molino de viento. Y el pueblo tiene la configuracion de una herradura, ó mas bien del salon de un coliseo por dentro.

Calles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel, halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro excesivamente andante *commissionnaire*.

Cuando él vió las casas de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones) tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavia en su parte superior que las de *Rotterdam*, como

amenazando desplomarse sobre los transeuntes, — señor, me dijo, en el medio consiste la virtud. Y se me plantó en medio de la calle. — Ven aquí, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala. — Así será, mi amo, y yo iria por ella de buena gana, y así podria seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á AMSTERDAM. — Mira, desde aquí se gozâ todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al óleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales. — Sí señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea Vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

Oiga Vd., señor comisionista (añadió), hágame Vd. el favor de no correr tanto. ¿ Me dirá Vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado? — *Oui, Monsieur, elles sont des poulies.* — Que son *pulidas* ya lo veo yo; pero queria saber qué servicio hacian. — No te ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *poleas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario. — Es verdad, repuso el *commissionnaire*; aquí apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

— Dígame Vd., querido (le pregunté yo despues): no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Países-Bajos, hallando ahora empedradas las calles de AMSTERDAM, ¿ se servirá Vd. decirme de dónde se trae esta piedra? — ¡ Oh! sí, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo. — ¡ Oh diablo! esto será muy costoso. — Al contráριο, los buques lo traen de lastre, y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿ Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aquí no hay agua potable. — ¡ Cómo! ¡ Una poblacion de doscientas veinte mil almas no tiene agua que beber! — Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es exquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demas se va á buscar ó bien al pequeño rio *Veckt* distante dos leguas de aquí, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista diez, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos artículos de

que carecemos, los tengamos abundantes y á un precio módico.

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de média legua, cuando de repente da Tirabeque un grito de sorpresa diciendo : — ¡Señor, señor, un coche andando sin ruedas! Así era la verdad. Usáanse en AMSTERDAM una especie de coches sin ruedas (*traineaux*), tirados por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en AMSTERDAM, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como allí. Los coches de ruedas se usan poco, y aun ántes eran prohibidos, á causa de la poca solidez del terreno, excepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No ménos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintadidos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos, vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos piés una especie de timon corvo, con el que da al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquel, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país. — Señor, ¿qué cosa mas natural en un extranjero? — Y bien, ¿qué te parecen? — Señor, parecenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. — No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en lo general. — Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español : «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.» — Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasia humilde. — En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aquí no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá, Vd. entendido bien lo que he querido decir. — Sí, sí, demasiado.

— Señor, ¿y qué casta de mujeres serán esas que llevan una patena da plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un

muelle de acero, como si fuera un muelle de un reloj? — Muchas mujeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas. — ¿Las de la tierra de los caballos *frisones*? — Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias septentrionales de la Holanda. — Señor, así son ellas tan mujeronas y tan rollizas. — En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin: la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.

Seguramente es particular el prendido de las mujeres de los Países-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas láminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza, viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienas, y á cuyas extremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de loa cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles veinte ó treinta doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia, que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guarniciones, que bajan desde la cintura como una cuarta ó média tercia, es el traje comun de las mujeres del país. Y su asco en los vestidos guarda perfecta armonía con el aseo de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland* con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de Paris están tan difundidos entre las familias ricas como lo están ¡para felicidad y ventura de la España! entre las nuestras. Los señores holande-

ses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa, que á la francesa. En Holanda se ve mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio, los holandeses son una média tinta entre los ingleses y los alemanes.

Comercio, industria y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los trajinantes del comercio marítimo de Europa. Así es, y no puede ménos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de média onza española por una libra de uvas, no parece que se podrán dedicar mucho á cavar viñas. Así pues, colocados á la orilla del mar, y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazon de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, pero tan seguros como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra, hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; AMSTERDAM es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será AMSTERDAM. Supónese que el illustre autor de *Telémaco* tenia á la vista el puerto de AMSTERDAM cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: « Yo no podia saciar mis ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde todo estaba en movimiento. Yo no veia allí, como en las ciudades de la Grecia, holgazanes y curiosos que acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entretienen en pasar revista á los extranjeros que arriban al puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los buques, en trasportar las mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los negociantes extranjeros. »

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo frances podia contar con ser tan mal re-

(1) De buena nos librámos con no haberle dado al señor Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que si no, mas cerca habia comparacion.

cibido del conserje como lo fué el ménos reverendo fraile español ; porque si bien creyéndonos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando le dijimos que éramos españoles, no se manifestó mas adicto y devoto ; españoles y franceses le hacíamos poquísima gracia ; pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡ Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina* de AMSTERDAM ! Aquello es una poblacion entera. Como unos tres mil operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos várias fragatas y un navío de tres puentes y de noventa y cinco cañones : la hermosa fragata *Doggersbank* de sesenta cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro extremo del globo, me hacian recordar tristemente á mí, Fr. Gerundio, el inanimado silencio que siete meses ántes habia observado en el *arsenal de la Carraca* de Cádiz.

Salimos de allí, y pasámos á ver el *gran depósito mercantil* de AMSTERDAM. Consiste este en dos larguísimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacén particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscámos las de España, y se nos hizo no poco extraño no encontrar á *Barcelona*, mucho mas habiendo visto á *Cádiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una extension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de exportacion de los holandeses, ademas de los finísimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion *la pesca del arenque*, pues como decia muy bien Voltaire : « la pesca del arenque, que parece una cosa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á una vida dura, sobria y activa, á una disciplina severa y á una grande economía. »

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de AMSTERDAM á la pesca del arenque : el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura en los hombres célebres : sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels* está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Cárlos V no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaleo de la verbena, entónces es cuando en Holanda se da principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan, se gasta el dinero en prescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero : cada país tiene sus usos y costumbres, y cada de país es tan rico, ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte, que el rico que cavila y se afana.

Habíamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de maderas barnizadas de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atinar lo que en tales vasijas llevaban las mujeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique*, apareciósenos nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veíamos trasportar, era leche. — ¡ Poder de Dios ! exclamó mi Pelegrin, ¡ y qué abundancia de leche ! ¿ Y dónde hay vacas para dar tanta leche ? En primer lugar, Sr. Pelegrin, las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros países, tanto que aquí una vaca mantiene una familia ; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino tambien en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del país.

— ¿ Y no me dirá Vds., *Sr. Soetens*, qué hacen Vds. aquí con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche ? — Por de contado aquí nunca se las maltrata ; jamas ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes. — Mire Vd., *Sr. Soetens*, eso va en genios ; me alegrara que viera Vd. las tundas que las sacuden allá en España : allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal, no sirve para el oficio. Aquí miman

Vds. mucho á los animales. — ¡Oh! eso no lo sabéis bien. Aun se mimam mas á las abejas ; porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educacion de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y de la Zelandia : y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de AMSTERDAM. ¿Queréis saber cómo se trasporta las abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.

— Paréceme, *Sr. Soetens*, que los ramos de riqueza de Vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo... En España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pavo... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens* ; allí es el vivir. — Que la España es país mas fértil que el nuestro, no os lo negaré yo, *Sr. Tirabeque*, si bien aquí se suple bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerveza, y con el anisete y el curazao, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demas ; el arte suple tambien en mucho á la naturaleza, á el debemos el coger los frutos en un país tan frio como este, con mas anticipacion que en otro alguno ; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen fácilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de todos los países del globo. De nada se carece en Holanda : aquí hay todo lo que puede halagar la sensualidad del rico : vos habéis visto y estáis viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades ; pues bien, las aldeas no son ménos ricas respectivamente : un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia ; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra ; un aldeano holandés pasaria en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenia qué responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del

razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia.

Adfabulatio.

Ahora bien; apliquemos la moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberian acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de toda Europa, los de la América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, *ni siquiera tenemos ahora un cónsul!* Ó se le habia hecho retirar por *innecesario*, ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasámos por el *Muelle Imperial*, por el del *Príncipe* y el de los *Caballeros* que son los mas anchos y suntuosos. Cruzámos el *Puente de los enamorados* sobre *Amstel*, de treinta y cinco arcos, y como unos setecientos piés de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro, me decia Tirabeque: — Señor, parece me que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al rio; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores. — ¿Y por qué no? — Señor, porque es tierra esta muy humeda y muy fria, y calienta poco el sol. ¡Con que sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas.... — Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.

Seguímos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardin botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el jardin de plantas de Paris, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtiése Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras por si gustábamos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de

ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carnero; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carne de animales inocentes, por efecto de la civilizacion que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el *pelicano*, símbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban várias especies de galápagos, cocodrilos, salamandra, serpientes-piton, etc., todos vivos, y envueltos entre cobertores que juraria ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *lingus vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserje rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caduceo sin temor de que le picaran, que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Museo, academias, templos, sociedades.

Salimos de entre las fieras, no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un « *timeo quidem, timeo,* » que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un jóven abogado, amigo de *Soetens*, y que llegó á hacerse nuestro tambien, visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de cuatrocientos cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Félix Méritis* y otras várias instituciones.

Entrámos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trascoro firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independendencia de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristalería de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judíos portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judíos, pues se acercan á treinta mil. El *templo católico* de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni

una palabra entendimos, sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el jóven abogado, su compañero.

Por la noche nos llevaron nada ménos que á dos tertulias; y á fe que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades haciamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal frances que nosotros hablábamos.

Á pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me vi en el caso, si no de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM al pueblo que luego diré.

BROEK.

Pueblo raro, singular, notabilísimo.

Dos excursiones aconsejaria hacer á todo extranjero que llegase á AMSTERDAM, una á *Saardam* y otra á *Broek*; y aun las dos poblaciones pueden verse en un mismo dia, aprovechando los vapores que para una y otra salen dos ó tres veces al dia, de AMSTERDAM.

Nosotros nos limitámos solo á *Broek*, en razon á lo crudo que el dia se puso, por lo que hubimos de renunciar el placer de ver la casa que habitó en *Saardam* el czar Pedro I de Rusia, y la lápida que hizo colocar en ella el emperador Alejandro, así como sus cuatrocientos ó mas gigantescos molinos de viento, destinados unos á moler trigo, otros á aserrar maderas y mármoles, y otros en fin á la fabricacion de aceite, de tabaco, de albayalde ó de papel: este último es el que desde allí sale á extenderse por toda Europa, por América y por Levante.

Broek está á dos leguas N. E. de AMSTERDAM. Difícil, si no im-

posible, nos hubiera sido ver á *Broek* en toda su originalidad y belleza si no nos hubiera hecho el obsequio inapreciable de acompañarnos el amable *Soetens*; por eso dije en capítulo anterior que jamás podría olvidar los buenos servicios que nos había dispensado: él llevaba relaciones con uno de los ricos capitalistas que viven retirados en *Broek*, y á eso debimos la especialísima gracia de ver por dentro algunas casas del pueblo; y digo *especialísima gracia*, porque esto es tan difícil, que se cuenta que habiéndolo pretendido el emperador José II, no lo pudo conseguir.

Llegámos á *Broek*... « ¡ qué es esto! » exclamé yo asombrado, sorprendido, arrobado de admiración. Tirabeque se quedó inmóvil, sin acertar á preguntar nada; y á la verdad no lo extrañé: la sorpresa que causa el aspecto exterior de *Broek* es inexplicable. Las casas son generalmente de madera, y pintadas con tanto gusto, esmero y regularidad, que toda la villa presenta el aspecto de una decoración teatral. Las calles están enladrilladas con baldosas de diferentes colores, que se barren y friegan todos los días como un salón. ¿Qué extraño es que *Broek* tenga fama y celebridad en toda Europa por el aseo y limpieza de sus casas y de sus calles? Sin embargo, no sé si á España habrá llegado su celebridad; por mi parte confieso que *nec si Broek erat audivimus*, ni siquiera tenía noticia de que hubiera *Broek* en el mundo. Y bien, ¿qué os parece? me preguntaba *Soetens*. — Creo que en el semblante, le respondí, podréis leer sin dificultad mi admiración.

Cada casa está situada entre dos jardines, en que se cultivan las flores más raras que se puede pensar; pero más raros y más singulares son todavía los adornos que los embellezen. Con las plantas y con las flores hacen en ellos las combinaciones y figuras más extrañas, representando aquí un cuervo blanco, allí un conejo amarillo, acá un par de tigres azules, allá unos zorros verdes, y aquí y allá vasos de la China y del Egipto con todas sus caprichosas formas, que le dejan á uno tan absorto como embelesado.

Ya avisa *Soetens* á su amigo *Roeland*. Llega este y nos saluda afectuoso. Dirígenos los dos á una de las casitas del pueblo, y para entrar en ella, se acercan á la puerta trasera. — Vos extrañaréis, nos dijo *Roeland*, que vayamos á entrar por esta puerta y no por la principal. — Verdaderamente, le respondí, que no deja de parecerme algo desusado. — Pues bien, os daré la razón de ello, y no dudo que os habréis de maravillar. Habéis de saber que las puertas principales ó delanteras de las casas de este pue-

bló, no se abren mas que tres veces ó en tres ocasiones para una misma persona, que son el dia del bautizo, el dia de la boda, y el dia del entierro. — ¿Es posible? — ¡Oh! sí; y es costumbre que se observa muy escrupulosamente. — Así es la verdad, repuso *Soetens*; podéis creerlo por mas que os admire: preguntadlo en todo el país. — Perdonad, les repliqué; me satisface el que me lo aseguréis vos. — Señor, añadió Tirabeque, cuando lo contemos en España nos van á tratar de cuenteros embrollones. — ¿Y qué? por eso no habremos de dejar de decir la verdad.

Salió á recibirnos una paisana que se hallaba ocupada en hacer quesos, de esos quesos redondos de Holanda conocidos y honrados por todo el mundo, que es la ocupacion de la mayoría de los ochocientos habitantes de *Broek*, ó por mejor decir, de todos, excepto los ricos propietarios y negociantes que viven allí retirados.

Y aquí viene otra de las rarezas y singularidades de *Broek*. Para entrar en cualquiera casa del pueblo, hay que calzarse una especie de zuecos ó pantuflos semejantes á los que nos pusimos para andar por el palacio del príncipe de Orange en Brusélas. ¿Es tambien algun palacio el que vamos á visitar? — No; es la pequeña casita de un fabricante de queso de *Broek*; sin embargo, no hay remedio sino someterse á esta formalidad: el mismo Napoleon, el mismo emperador Alejandro, cuando visitaron á *Broek* se sujetaron á ella. Y es que el pavimento de estas pequeñas casas es de mármoles de color, cuidadosamente pulimentados y bruñidos. Tirabeque y yo no acabábamos de admirarnos, no podíamos disimular el asombro, y nuestros dos acompañantes se sonreian de nuestro estado de continua sorpresa sin extrañarla.

Llega á tanto la *aseo-manía* de los habitantes de *Broek*, que las salitas de este modo compuestas no las habitan por no ensuciarlas, y duermen y viven en unos estrechos aposentos, no sin alguna incomodidad sacrificando la holgura que podian tener al extremado aseo de que quieren hacer muy justo alarde y ostentacion. Dos casas visitámos, y ambas estaban así. Sin embargo el aspecto de la poblacion, aunque bellissimo, no es alegre, por la costumbre de tener siempre cerradas las ventanas exteriores.

La hora y el temporal, y mas que todo la salida del vapor, nos intimaron el regreso á AMSTERDAM. Las exclamaciones de admiracion proseguian en el camino; Tirabeque empezó á comparar á *Broek* con las villas y lugares de igual poblacion de España, pero yo le dije: — dejemos eso, Pelegrin, que las comparaciones siempre

son odiosas. Con lo que calló como un muerto. Á las cinco de la tarde estábamos de vuelta en AMSTERDAM.

Broek, ó *Bruk* como pronuncian los habitantes, fué el término, el *non plus ultra versus-nortem* de nuestro viaje. Desde allí tocamos retirada hácia el Mediodía, en busca otra vez de nuestra España, porque la estacion iba avanzando demasiado, y no convidaba á alargarse mas hácia el Setentrion.

Imposible es que se nos olvide jamas el singularísimo pueblo de *Broek* : mil veces hacemos memoria y conmemoracion de él ; y desde entónces ha tomado Tirabeque tal aficion á los quesos redondos de Holanda, que no hay medio de verle ahito de queso : él dice que no es por el queso, sino por las reminiscencias que les suscita de *Broek*.

La jornada mas deliciosa.

Aquella noche nos despedimos con sentimiento del amable *Soetens* y del jóven abogado su compañero, de cuyo nombre siento no acordarme. Al dia siguiente nos levantámos con el sol, que amaneció mas claro de lo que nosotros esperábamos y él tenia de costumbre, y á las nueve de la mañana estábamos camino de UTRECHT.

¡ Jornada deliciosa y pintoresca ! La mas amena, entretenida y agradable de toda Holanda. Desde que se sale de AMSTERDAM se empieza á ver una vasta extension de *polders* ó lagos accidentales siendo el principal de ellos el *mar de Diemer*, que está 16 piés mas bajo que el nivel del mar, y hasta 30 en las mareas vivas. El lector podrá discurrir si se necesitarán diques para preservar el país de ser tragado por el mar, y qué sería de él si los diques no fueran.

Al mismo tiempo de un lado y otro del camino se empiezan á encontrar pequeñas y lindas casitas de ladrillo fundadas sobre el agua, y tambien conservadas, que todas parecen acabadas de construir. Entre ellas me llamó particularmente la atencion una sobre cuya puerta se distinguian estas tres iniciales : D. O. M. : las mismas que encabezan las conclusiones públicas de los actos académicos en las universidades y establecimientos literarios de España, para significar DEO OPTIMO MAXIMO. Sin embargo la casita no debia ser ninguna aula ni academia literaria, si hemos de juzgar por los demas emblemas que á la puerta tenia, que eran

unas mesitas con botellas de vino y cerveza, quesos y platos de pescado.

Conforme se va avanzando, el camino se va haciendo gradualmente mas delicioso. Las casas de campo de derecha á izquierda, pertenecientes á los mas ricos negociantes de AMSTERDAM, van siendo cada vez mas magnificas ; rodéanlas vastos jardines, frondosos bosquecillos, y bellísimos prados artificiales,

«Verdes et bien sencidos,
De flores bien semnados, »

como dice el hermano Juan de Mena. Y como estas posesiones no están guardadas por altas cercas ni por espesos setos, sino por fosos circulares llenos de agua con sus puentes levadizos, la vista no encuentra estorbo alguno que le impida gozar de lleno de todo cuanto poseen de agradable estas hermosas quintas, generalmente circundadas de azoteas, miradores y galerías pintadas de verde. En la planicie que antecede á las fachadas se ven mil caprichosas figuras formadas con la arena ; y los pabellones rústicos, los chinescos, los asiáticos, ya en formada de rotondas, ya de sexágonos, ya de octógonos, llegan hasta las mismas orillas del camino, como avanzándose á saludar al viajero, que por la frecuencia con que estos objetos se le presentan, puede decir que va marchando por un continuado verjel.

¿ Y qué diremos de las aldeas que se encuentran en esta jornada ? Lo que decia Tirabeque : « Estas no son aldeas, sino por ser mas pequeñas què las ciudades. » Y era exacta la observacion. Las aldeas de aquella parte de Holanda solo se distinguen de las ciudades en su menor extension, y en ser las casas generalmente de un solo piso. Por lo demas la misma limpieza, y el mismo gusto en los rotulajes de la tiendas y de las posadas ú hoteles : las calles igualmente empedradas ó enladrilladas, y las aceras de un mosaico menudo de piedrecitas de colores, figurando aves, flores, animales ó personas humanas ; todo tan limpiecito y tan lavado, que Tirabeque decia que comería cualquiera cosa sin escrúpulo sobre aquel empedrado.

— Señor, añadía, me vuelve á mi loco esto de no encontrar por estos lugarcillos una sola casita que no tenga sus buenos cristales en las ventanas, y sus pabelloncitos blancos detras de las vidrieras. Al decir esto solia dejarse ver entre cristales y cortinas alguna fresca y robusta labradora, con su correspondiente papa-

lina y sus adornos de encaje, que se asomaba á ver pasar la diligencia. — Repare Vd., mi amo, repare Vd. á esa aldeana : si la viéramos en otra parte, ¿ no diríamos que era una señora ? Párese á nuestras inquilinas de la Mancha ó de tierra de Búrgos, ó á las paramesas y montañesas de tierra de Leon y de Santander. — Lo que esto prueba, Pelegrin, es el bienestar de que gozan estos habitantes, y el estado de prosperidad y riqueza de los pueblos hasta en sus clases mas ínfimas : á lo cual debe contribuir no poco el respeto que se conoce se guarda aquí á la propiedad. ¿ No ves sino esas ventanas tan bajas que casi tocan al suelo, sin una mala reja, sin un solo defensivo, sin otro amparo que los cristales y unas delgadas portezuelas de madera ? — Así es la verdad, señor : ya he observado que en Holanda tampoco hay mas ladrones que aquellos juegos de espejos que empezámos á ver en Bélgica.

Hácia la mitad del camino, en una linda villa llamada *Nieuwersluis*, nos salió al encuentro un posadero ofreciendo, como tiene de costumbre á los viajeros un gran plato de anguilas fritas. Íbansele á Tirabeque los ojos tras ellas, pero el conductor no estaba de humor de pararse, y aquí no dejámos de echar de ménos la condescendencia de nuestros mayores españoles.

Proseguimos nuestro viaje. Desde la salida de *Nieuwersluis* veíamos muchas gentes cruzar los caminos á pié ; los hombres con sus anchos pantalones de pana ó de paño azul, sus levitones no nada elegantes, aunque decentes, ó bien sus chaquetas tambien azules, sus chalecos de tripe ó de calamaco, y sus zapatos de madera segun la clase ó categoría, pero todos con su andar grave y desairado : las mujeres con sus bonetes blancos ajustados á la cabeza, sus sombreros de paja no nada modernos, y sus capotillos de percal de colores que les cubrian medio cuerpo, semejantes á los *camais* que ahora usan nuestras elegantes. Preguntámos al conductor la razon de encontrar tantas gentes, y nos dijo que eran los habitantes de todos aquellos caseríos, que iban ó venian de los templos de las aldeas vecinas, como domingo que era.

Conforme nos acercábamos á *UTRECHT*, el terreno se iba elevando un poco, aunque tan imperceptiblemente, que solo se notaba por las inmensas praderas que se iban descubriendo, y que en el hecho de no estar inundadas de agua, nos indicaba bastante que se aproximaba la salida de los llamados propiamente Países-Bajos. Á la una nos apeámos en el hotel de *Bella-Vista* de *UTRECHT*, saliendo á recibirnos su linda, amable y jóven dueña.

UTRECHT.

La comida.

— Señor, estamos grandemente : he preguntado á la patrona á qué hora se come, y me ha dicho que á la una y média. — Pero hombre, ¡ qué en todas partes no has de pensar en otra cosa que en comer ! En vez de preguntar ¿ qué poblacion tendrá UTRECHT ? en qué consistirá su industria y su comercio ? qué hombres célebres habrá producido ? qué establecimientos públicos tendrá ? á qué se redujo la famosa *paz de Utrecht*, tan nombrada ? y otras preguntas por este estilo muy propias de un viajero..... — Crea Vd., mi amo, que todo eso pensaba yo preguntarlo despues de comer, porque cuando tengo el estómago vacío no se me quedan las cosas en la memoria : y por ahora hágame Vd. el favor de ayudarme á sacar las botas, que yo no me encuentro con fuerzas bastantes para ello. — Pues mira, llama á un *garzon* que te ayude, que yo no estoy para hacer esos oficios.

Llamóse á este, dióse principio á la operacion, no sin excitar grandemente la risa del serio holandés, y cuando se concluyó, la campana de aviso convocaba ya á la mesa redonda : es decir, que se empleó cerca de média hora en descalzar á mi lego. Cuando entrámos en el comedor, nos hallámos ya con una de esas orquestas ambulantes que andan de hotel en hotel filarmonizando las comidas. Componíase aquella de tres violines y una guitarra, y se conocia constituir las cuatro personas una familia : el padre, la madre y una hija tocaban el violin, la otra tañia la guitarra, y cantaba tambien algunas arietas y cancioncitas en frances. Las dos jóvenes pasaban ya de la edad en que empieza á obligar le ayuno á los católicos cristianos, y como decia Tirabeque, á cualquiera de ellas se la podia dar un florin prestado aunque no le volviera. — ¿ Y por qué no dices, le pregunté yo, un pan prestado, como en España se acostumbra ? — Señor, me respondió, ¡ ojalá pudiera decirlo ! pero así diera yo aquí un pan como un ojo de la cara, que me estoy temiendo no tener bastante para mis necesidades con todo lo que veo sobre la mesa.

Antes de llegar á los postres la música calló, destacóse uno de los miembros de la cuádruple alianza de familia, y el platillo de las ánimas comenzó á recorrer las filas de los comensales : ¿ quién

le presentaba? ¿Acaso el padre ó la madre, ó la ménos agraciada de las hijas? Miró Tirabeque á la demandante, y dijo: « ¡ cáspista, y qué bien entiende esta gente la diplomacia de la cuestacion! Señor, estos saben mas que los frailes franciscos: ¡ cómo escogen la lega de mejor palmito para pedir! Toma, hija, toma; y bien haya los padres que tan buen oficio te enseñan; toca, toca el violincio y pide, que buen camino lleváis todos para la gloria.»

Ni Tirabeque ni yo, quedamos descontentos de la mesa de UTRECHT.

El Domkerk y el templo Jansenista.

Siendo domingo aquel dia, debíamos aprovechar las horas para visitar los templos, si habíamos de alcanzar en ellos los oficios. Así lo hicimos tan luego como acabámos de comer.

Hay en UTRECHT (ciudad de 45,000 habitantes) veinte y dos templos; ocho católicos, siete protestantes, un walon, un luterano, cuatro jansenistas y un anabaptista. Nuestro *commissionnaire* nos dirigió al *Domkerk*, ó grande iglesia, antigua catedral, y hoy la principal de las protestantes. Así es que aun se ven en ella muchos sepulcros de mármol de obispos católicos; y aun encontré unas inscripciones latinas, en que constaba el nombre del fundador (el rey Dagoberto I), el año de la fundacion, el número y clase de los ministros y sirvientes, el asignado de cada uno, y el modo de distribuir el sobrante de las rentas de la catedral, que así quisiera yo verlo en todas las catedrales de España, para que al gobierno, al pueblo y al clero mismo, les constase la verdadera inversion de la dotacion de cada iglesia, y con esto no habria tantas quejas y reclamaciones, ni tantos expedientes en los ministerios de Hacienda y Gracia y Justicia.

El órden de asientos, tribunas y galerías presentaba mas aire de teatro que de templo. Nosotros nos colocámos en la galería destinada á los extranjeros, y con el sombrero calado como estaban los demas, asistimos un rato á los oficios, en los cuales no hallámos ceremonia que esencialmente se diferenciara de tantos otros oficios protestantes como habíamos visto.

Salimos de allí, y subimos á la gran torre, separada del cuerpo de la iglesia por obra y gracia del huracan de 1674. La subida no era cosa muy grata para quienes acababan de comer, pero despues á fe que nos alegrámos. Con dificultad habrá en la tierra edificio alguno, por elevado que se halle, desde donde se abarque

con la vista tanta extension de terreno como desde la gran torre de la grande iglesia de UTRECHT. *Veinte grandes ciudades* se alcanzan á ver desde allí. La pequeña elevacion del terreno de la provincia de UTRECHT, le proporciona ya dominar todos los *Países-Bajos*, sin la mas leve prominencia que lo estorbe. La jóven hija del campanero (cuya familia tiene su habitacion en la misma torre) nos habia deparado un hermoso antejo, y ella misma nos indicaba los puntos á que habíamos de dirigir la visual. « Desde aquí, Pelegrin (le decia yo), desde aquí sí que se ve bien la multitud innumerable de rios, de mares, de lagos y canales que inundan la Holanda : ¿ los ves bien ? — No señor, no veo gran cosa. — Pero hombre, ¿ cómo has de ver si no cierras uno de los ojos ? — Es que ambos me hacen falta, mi amo : el uno le dirijo al antejo, y el otro á esta linda muchacha, que juro por mi ánima que por mucho que pueda ver desde la torre, no veré cosa que me guste tanto como la torrera. — Ya se ve ; en ese caso excusado es que te molestes en echar el antejo. »

La torre estaba en reparacion, y por supuesto no podia faltarle su *carillon* ó campanario de música como todas las torres de Holanda. Habiéndonos cogido allí la hora de las tres, tuvimos el gusto de verle sonar una tocata, si bien no con poco atronamiento de nuestros tímpanos.

Desde allí nos fuimos á uno de los templos *jansenistas*. No es extraño que haya cuatro iglesias *jansenistas* en UTRECHT, habiendo pertenecido *Jansenio* á su Universidad. La que nosotros vimos era pequeñita : desde luego se la distinguia de las protestantes en el hecho de tener altares, y muchos cuadros de San Agustin, cosa muy propia de un templo que llevaba el nombre del célebre autor del *Augustinus*. Cuando nosotros entrámos, todos los concurrentes se hallaban sentados con la espalda vuelta hácia el altar mayor. Poco faltó para que Tirabeque armara allí un escándalo con este motivo. — ¡ Habráse visto (decia) irreverencia igual ! Señor, ese *Jirsenio* ó *Jarsenio*, ¿ fué acaso algun hereje que enseñara que se deiba volver la espalda al altar, como lo hacen estos parroquianos ? Porque en esto de herejías, mi amo, ha habido tantas barbaridades..... ! — De herejes (le respondí) califican los jesuitas al famoso obispo de Ypres, y por tales tienen las cinco célebres proposiciones sacadas del *Augustinus* de Jansenio, apoyándose en las bulas de Inocencio X, y de Alejandro VII ; pero otros, Pelegrin, sostienen que Jansenio y los jansenistas son la quinta esencia del mas puro catolicismo. De todos modos esto

de volver la espalda al altar y al sacramento, estoy seguro que no hace parte de la doctrina del compilador de San Agustin.

Pero yo extrañaba como Tirabeque aquella manera inusitada de sentarse en el templo. Pedí á nuestro *commissionnaire* la razon de ello, y no supo dármela. Pregunté á otras várias personas de las que allí habia, y todas me hablaban en holandes. En esto entró el sacerdote : á su entrada se levantaron todos los que estaban sentados y volviendo caras al altar, se arrodillaron sobre las mismas sillas apoyándose en su respaldo. Entónces ya comprendimos Tirabeque y yo el misterio de la anterior postura, y ya le comprenderá el lector tambien. Durante las vísperas todo el mundo estuvo *flexis genibus*, y con la mayor devocion; pero concluidas que fueron, los que quedaban esperando en el templo la salida de los otros, volvieron á sentarse en la misma forma que anteriormente.

Sobre el asiento de la silla cada uno tenia su almohadoncito correspondiente, y no habia nadie, especialmente las señoras que no tuviese tambien su calentador ó rejilla de hoja de lata con fuego para los piés. Pareciéronme á mí, Fr. Gerundio, estas comodidades no muy arregladas á la austeridad evangélica de que lleva tanta fama el jansenismo.

La ceremonia de las vísperas, salva sea la mayor concurrencia, no se diferenciaba mucho de las vísperas católicas rancias de por acá.

Gabinete de agricultura.

El palacio que habitó Luis Bonaparte en UTRECHT cuando fué rey de Holanda, se halla actualmente destinado á *Gabinete de Agricultura*, ó sea á Conservatorio de toda clase de modelos de los ramos de agricultura, ganaderia, horticultura y demas que con estos tienen alguna analogía, parentesco ó relacion.

Allá fuimos aquella tarde. Un jóven conserje, tan amable como instruido, se tomó el trabajo de explicarnos minuciosa y detalladamente la procedencia, uso y aplicacion de cada uno de los utensilios é instrumentos pertenecientes á cada ramo de industria. « He aquí la sala de los arados : este es el arado de Suiza ; este el de Dinamarca ; este el de Polonia ; este el de Suecia ; este otro el de Italia ; aquel otro el de Inglaterra ; el de mas allá el de Francia ; aquel el de los Estados Unidos... he aquí el modelo de otro que acaba de inventarse en Alemania : ved el que temenos adop-

tado en el país. — Segun eso, aquí tenéis modelos de los arados que se usan en cada reino ó estado. — De todos los del mundo. — ¿Y dónde está, preguntó Tirabeque, el arado de España? — ¡ Oh ! perdon le respondió : de España no tenemos aquí : ¿ se ha inventado alguno que ofrezca ventajas? — No, señor, respondió Pelegrin : allí siguen usándose los primeros que hubo en el mundo, pero cogemos mucho pan !

Del salon de los arados nos llevó al de los modelos de sembraderas ; y tomando en la mano puñados de granos, simientes ó legumbres, nos explicaba prácticamente el método adoptado en cada país. — Tampoco tenemos, añadió, el modelo de sembraderas de España ; vos pudierais acaso darme una idea de él. — Sí, señor, respondió Tirabeque. Y tomando una almuerzo de grano, la derramó por todo el salon. El conserje se quedó mirándole, como sorprendido de verle tomarse aquella libertad. « No me miréis, le dijo Tirabeque, que así se siembra en España. — ¡ Diablo ! — No hay diablo que valga ; allí se tira el grano á puñados, ¿ entiende Vd. ? en seguida se echa el labrador á dormir, y *laus deo* : llega el tiempo de la cosecha, y viene tanto pan que no sabemos dónde meterlo. — ¡ Diablo ! Pues si allí se cultivaran las tierras con arreglo á los adelantos que se han hecho en el ramo agrícola, sería país que pudiera abastecer de cereales á toda Europa. — Y mas tambien, sí, señor ; pero á los españoles no hay que sacarlos de arar y sembrar como sembraron y araron sus bisabuelos, y quieren mas cuatro holgando que ocho trabajando, y aquella es gente que se contenta con poco ; y cojan ellos pan para el año, y *consumatum est* ; que si en otras partes no lo cogen, que coman patatas, que ellos no se lo han de ir á llevar, porque esto de hacer viajes es cosa que incomoda, y para cuatro dias que se pueden vivir, es una simpleza darse malos ratos. »

Oia el conserje sorprendido las verdades de Tirabeque sin acertar á comprenderlas. Y sin replicar palabra nos fué llevando de salon en salon, y enseñándonos aquí la coleccion de modelos de toda clase de trillos ; allí cuantas formas de carros se han inventado ; acá un depósito de todo género de hoces ó segaderas ; allá un almacen de bieldos y aventadores ; y en seguida todas las especies conocidas de colmenas, de establos y pesebreras, de todo en fin lo que se ha descubierto de mas útil y ventajoso, de mas económico y sencillo, para las labores de la agricultura, para la cria y conservacion de los ganados, y de cuanto con estos ramos tiene alguna afinidad y analogia. No sé que pueda haber un ga-

binete de agricultura mas rico. No se ha inventado sistema, no se ha adoptado instrumento de labranza en país alguno, de que no haya modelo en el gabinete de UTRECHT.

¿Para qué están allí estos modelos? ¿Acaso los tienen solo por lujo y ostentacion? Nada ménos que eso. El gobierno de Holanda los hace ensayar, y aquel que se encuentra mas ventajoso, aquel que da mejores resultados, aquel manda adoptar en el país, y aquel adoptan dócilmente los naturales. Así la agricultura y la ganadería se encuentran en Holanda en el estado mas floreciente que imaginarse puede. Por eso dije en capítulo de *Gante*, que aun habíamos de topar con tierras mejor labradas que las de Bélgica.

Lo que á Tirabeque y á mí nos desconsolaba, lo que nos abrasaba y consumía, no haber hallado en aquel inmenso gabinete universal, un solo modelo de instrumentos agrícolas de España, uno solo siquiera, nadie lo puede calcular bastante. « Señor, me decía, ¡que no tuviera yo aquí una azuela ó un diablo, y un madero cualquiera, para hacer un arado ó siquiera una ahijada, y dársela á este conserje para que la pusiera ahí en un rincon, y pudiera decir : « este es el modelo de la ahijada con que los labradores españoles arrear los bueyes ! »

Con esta idea y con la noche, que eran dos oscuridades á un tiempo, salimos del Conservatorio de agricultura, y nos retirámos al hotel.

El papa Adriano VI.

Acostámonos temprano, no pesándoles de ello á nuestras corporales humanidades que sin esperar lo se encontraron sobre blandísimos colechones de pluma. Y siguiendo nuestra costumbre de platicar un rato de cama á cama, « estamos, Pelegrin, le dije, en la patria del papa *Adriano VI*, único pontífice que ha salido de los Países-Bajos. — Señor, ¿y qué tenemos nosotros con el papa Adriano VI? — Una friolera, hombre. Se trata precisamente de un sugeto, que de *hijo de un carpintero* de UTRECHT llegó á ser *Regente de España*. — ¡Hola, hola, mi amo! Eso ya es otra cosa. ¿Con que ya hemos tenido en España otro regente hijo de carpintero? ¿Y cuándo fué eso, señor? Cuénteme Vd. — Te diré; en tiempo de Fernando V fué Adriano embajador de España: aquel monarca le hizo obispo de Tortosa; despues fué regente del reino con el cardenal Giménez de Cisneros, y por último Carlos V le hizo virey ó vicegerente suyo poco ántes de ser nombrado

pontífice. En Vitoria fué donde se vistió por primera vez de pontifical. Con que mira tú si tiene por qué interesar á los españoles la historia de este hijo de UTRECHT.

— Y diga Vd., mi amo; ¿qué tal regente hizo el señor Adriano? — Por de contado, Pelegrin, su máxima favorita era, « *que debian buscarse hombres para los empleos, no empleos para los hombres.* » — Señor, con eso solo me va oliendo á mi ya á buen regente; y ojalá se le pareciera en eso el otro regente que tenemos ahora en España. — Fué hombre, Pelegrin, que murió diciendo: « *la mayor desgracia que he experimentado en el mundo es haber tenido que mandar.* » — Para eso yo estoy libre de esas desgracias, señor; toda la vida estoy pidiendo á Dios que me haga desgraciado, y no lo puedo conseguir. Ahora Vd. me dirá si en el tema ese se parecia el regente de España de aquellos tiempos al regente del dia. — Así lo manifiesta tambien el nuestro, Pelegrin. Pero lo que puedo decirte es que á pesar de tan buenas máximas, y de las costumbres puras que atribuyen á Adriano VI, todavía hubo quien á su muerte escribió sobre la puerta de la casa de su médico: « *al libertador de la patria.* » Para que veas si los que mandan pueden contar siempre con enemigos, por buenos regentes que sean. Bien decia él que era una desgracia el mandar.

Un ronquido de Tirabeque me avisó de haberse dormido, y se acabó la conversacion.

La paz de Utrecht.

Dos grandes acaecimientos han hecho célebre la ciudad de UTRECHT; acaecimientos trascendentales para toda Europa, mas trascendentales todavía para España. EN UTRECHT fué donde los estados de los confederados declararon las Provincias Unidas independientes de España y echaron los cimientos de su poderosa República. EN UTRECHT fué donde dos siglos despues (año 1713) se firmó el famoso tratado conocido con el nombre de *Paz de Utrecht* que puso término á las sangrientas guerras de sucesion, y que forman unas de las épocas mas memorables de la historia moderna.

Pues bien, al siguiente dia de mi llegada á UTRECHT me levanto temprano, llamo á Tirabeque, hacemos acudir á nuestro guía, y juntos nos dirigimos á la casa de ayuntamiento ú *hotel de ville*, en uno de cuyos salones se firmó la famosa PAZ (no habiéndolo verificado el dia ántes, como en mi impaciencia hubiera querido, en razon á que en el palacio municipal se estaba de obra, y como

domingo que era no se trabajaba, y se hallaba cerrado). Una nueva y bellissima fachada de piedra acababa de hacerse en la casa consistorial de UTRECHT : los salones interiores se hallaban todavía en reparacion ; se habia dado al edificio una nueva forma. El guia nos llevó á una sala baja, y nos dijo : — « He aquí la sala en que se hizo el célebre tratado de que vos tendréis noticia. »

Hállome pues, yo Fr. Gerundio, dentro del salon en que se firmó la renombrada *paz de Utrecht*. ¿ Creeréis acaso, hermanos míos, que me encuentro rodeado de viejos archivos, de retratos de embajadores y plenipotenciarios, de reyes y principes? Pues no, que me hallo entre pedazos de maderos viejos, entre ladrillos partidos, y entre fragmentos de escombros, lleno de polvo, y expuesto á que me aplane un trozo de su techumbre. El salon del tratado va á ser reformado tambien : el lujoso ornato del gusto moderno va á reemplazar sus antiguas severas formas. Perdonen los holandeses si en este punto un humilde español se atreve á hacerles un cargo de profanacion á la venerable antigüedad. Los lugares históricos son como los poemas épicos ; el tinte y sabor al *vetus et antiquum* es el que les da la ilusion : en entrando el *nova sint omnia*, la ilusion desaparece.

— Diga Vd., mi amo (me preguntaba Tirabeque) : ¿ no podrá Vd. explicarme á qué diablos se redujo esa *paz de Utrecht*, que yo tambien he oido nombrar muchas veces sin entenderla nunca? — Te diré, Pelegrin.

Hácia fines del siglo XVI, el rey de Francia, Luis XIV, al frente de un ejército de cien mil hombres se hizo dueño de la ciudad de UTRECHT y de muchas otras de Holanda, con tal rapidez, que á sus conquistas se compuso el siguiente distico :

*Una dies Lotharos, Burgundos hebdomas una,
Una domat Batavos luna ; quid annus erit?*

Que traducido al español, quiere decir :

Conquistó la Lorena en solo un día,
La Borgoña domó en una semana,
En una mes de la Holanda se hizo dueño,
¿ Qué fueran en un año sus hazañas?

Pero tan rápidas como fueron las conquistas fueron despues las pérdidas, que así pasan las glorias de este mundo, Pelegrin. Lo cierto es que á principios del siglo XVII la Francia y Luis XIV se vieron á dos dedos de su perdicion, que en tal estado llegó á po-

nerlos el duque de *Marlborough*, que mandaba el ejército de los aliados. Las guerras de sucesion traian entónces enredada y revuelta toda la Europa, y andaba un lío y un zipazape entre el Austria y la España, entre la España y la Holanda, entre la Holanda y la Inglaterra, entre la Inglaterra y la Francia, y la Francia y Cataluña, y entre Felipe V y el archiduque Cárlos, y el archiduque Cárlos y Luis XIV, y Luis XIV y la reina Ana, y la reina Ana y la duquesa de Marlborough, y el duque de Marlborough y los torys y wigs y los alemanes y los austriacos y los holandeses y los españoles y los franceses y los ingleses y los catalanes, que era una gloria el ver como se degollaban unos á otros á quien mas podia, y sobre quien se habia de calzar esta ó la otra corona, ó dos á un tiempo si la fortuna se les mostraba tan larga como la ambicion.

El archiduque de Austria Cárlos, aspiraba á la corona de España, y ayudado de los catalanes sacudia el polvo á Felipe V, y Felipe V á su vez ayudado de los franceses, solia cascar las liendres al archiduque Cárlos; pero todos temian á un tiempo : Luis XIV temia que Felipe V reuniera la corona de Francia á la de España, para lo cual ya no habia mas estorbo que el hijo segundo del Delfin, que era enfermizo y enteco por demas, y estaba hecho un enclenque : temíase tambien que si el archiduque salia vencedor, reuniria las dos coronas de Austria y España, y todos eran temores por todos lados, y todo era guerras y batallas y desolacion y mortandad y ruina.

Muere en esto el emperador José de Austria, y recae la corona en su hermano el archiduque; y esta y otras combinaciones que sería largo de referir, inspiraron el pensamiento de arreglar todas las diferencias por medio de un tratado. Celebráronse las conferencias en UTRECHT, y se firmó la famosa *paz* bajo estas principales bases : que se reconocia á Felipe V por rey de España y de las Indias, con la condicion de que cediese Gibraltar y Menorca á los ingleses; la Sicilia al duque de Saboya; Namur y el Luxemburgo al elector de Baviera, y los reinos de Nápoles, Cerdeña y ducado de Milan, á la casa de Austria : y entónces fué cuando Felipe V, para alejar toda sospecha de que aspirase á reunir la corona de Francia con las de España, se empeñó en hacer la famosa *Ley Sálica*, por la que quedaban las hembras sin derecho á suceder á la corona, y que tan mal oficio nos ha hecho hasta en nuestros dias : que al archiduque Cárlos se le reconoceria por emperador de Austria : que los alemanes se obligarian á evacuar la

Cataluña : que á Luis XIV se le restituirian várias plazas de la Flándes francesa, y que los ingleses serian los únicos que pudiesen vender negros en la América española.

Á esto vino á reducirse, Pelegrin, la famosa *paz de Utrecht*, con la cual todos se conformaron mas ó ménos, excepto el *duque de Marlborough*, valiente guerrero y entusiasta de la libertad. En prueba de ello te contaré una anécdota muy curiosa.

Cuando murió el duque, la duquesa su viuda ofreció una suma considerable al que hiciese el mejor epitafio para su esposo. Hicieronse muchísimos, se cotejaron, y se escogió por mejor.... ¿cuál dirás? el que habia hecho su esposa, que era como sigue :

« Aquí yace Juan, duque de Marlborough,
que no dió batalla que no ganara, que no
sitió ciudad que no tomara, que no emprendió
negociacion que no tuviera un éxito feliz.

» Oh tú, cualquiera que seas, si la Eutopa
es libre, si tú lo eres, agradece lo á Juan,
duque de Marlborough. »

Le doy á Vd. las gracias, mi amo, por todas esas noticias ; y supuesto que ya la *paz* queda firmada, sería yo de parecer que nos fuéramos á almorzar *en paz* y en gracia de Dios. — Hombre, ya que estamos aquí, debemos ántes ver la Universidad, si no está léjos. — En efecto, respondió el *commissionnaire*, no está distante. — Ea, pues vamos allá.

La Universidad.

Aun no estaba abierta, pero llamámos en casa del conserje, el cual á la primera insinuacion nuestra, echó mano á las llaves y salió acompañándonos.

Nos llevó primero á una sala baja, adornada con los retratos al óleo de todos los doctores antiguos y modernos. — Aquí (nos dijo), tan pronto como uno se gradúa se saca su retrato y se coloca en esta sala. — Leíanse entre ellos nombres muy respetables y muy conocidos en la república literaria, especialmente en la carrera de la legislacion, en cuya enseñanza ha sobresalido la Universidad de *UTRECHT* tanto como ha sido afamada la de *LEIDA* en el ramo de medicina.

Entrámos en la *sala de promociones*, ó sea aula de grados, decorada con las banderas de las Provincias Unidas, y bordado en ellas el blason de las armas de Holanda, á saber, los dos leones con el

lema : « JE DEFIENDRAI. » En el lienzo ó pared fronteriza del aula se veía pintado un *Sol* alegórico con esta inscripcion : « *Sol Justitiæ illustranos.* » — Señor, exclamó Tirabeque, aunque como he dicho á Vd. ántes entiendo poco el latin de los Países-Bajos, páreceme que el sol de justicia no ha alumbrado gran cosa á los doctores de esta Universidad, á lo ménos con los rayos de la ortografía, porque si la ortografía de aquí es como la de allá, tengo para mí que en el *Justitiæ* debería haber una *coma*. — Así es la verdad, Pelegrin; y veo que estás hoy mas docto de lo que de costumbre tienes. — Señor, es que como no he almorzado, tengo los sentidos muy expertos. — Comprendo la insinuacion, Pelegrin, y espera un poquito, que ahora iremos.

— « Ved aquí, nos dijo el conserje, el traje de ceremonia de los doctores. » Era una especie de balandran con mangas pérdidas y cuello blanco semejante al de los clérigos, y un bonete con borlas.

— « Estos son los sombreros del graduando y del doctor padrino. » Eran unos sombreros de tres picos de una forma rara y particular.

Visitámos otras aulas, gabinete de fisica, biblioteca, etc., y al despedirnos del conserje le pusimos un par de florines en la mano. Los recibió sin repugnancia, y nos dijo : « tomaos la molestia de llegaros aquí conmigo. » Anduvimos unos veinte pasos, y acercándose á un cepillo que en el claustro habia, depositó en él los florines y añadió : « esto es para los pobres, que este destino damos aquí á las propinas que dejan los extranjeros que visitan la Universidad. — Pláceme, le respondí, en gran manera el uso que de ellas hacéis. »

Y hecha la despedida, nos dirigimos al hotel á almorzar, y lo que es mas, á disponer la continuacion de nuestro viaje, aprovechando la diligencia que á las doce salia para NIMEGA.

ZEYST.

Los hermanos Moravos.

Á las dos leguas de UTRECHT, y en medio de un vasto oquedal ó bosque de altísimos árboles sin yerba ni mata alguna, se encuentra el pequeño y lindo pueblecito de *Zeyst*, del cual no haria mencion si en él no se hallase un establecimiento digno en sumo grado de la atencion del viajero, y único de su clase que he visto,

aunque dicen que tambien los hay en Irlanda, Alemania, Dinamarca, Rusia y otros puntos.

Es una asociacion ó cofradía de hermanos *Moravos* ó *moravitas*, que en número de unos trescientos viven dentro de un edificio, llamémosle pueblo-palacio ó digámosle un *Falansterio*, semejante al de los *fourrieristas* de que hablé en el tomo I de estos *Viajes* (1).

Los hermanos *Moravos*, derivacion de los antiguos *hussitas*, ó herejes sectarios de *Juan Huss*, que como los judíos han andado emigrados y errantes de nacion en nacion y de reino en reino, perseguidos por tal gobierno, expulsados por tal príncipe, y tolerados ó protegidos por otros gobiernos y otros reyes, son en el dia, al ménos los de *Zeyst*, una colonia de artesanos que viven en comunidad, dedicados á la fabricacion de varios y muy diferentes artefactos, como alhajas de oro y plata, objetos de vidrioado, guantes, médias, jabon, velas y cien otras mercancías. Los edificios de la comunidad son vastos, de bella y elegante construccion, sumamente aseados, y de tal manera distribuidos, que hay departamentos separados para cada clase : los muchachos, los jóvenes solteros, los casados, los viudos y viudas, cada uno habita el cuartel correspondiente á la clase en que le coloca su estado é su edad.

El celibato es mal mirado entre los hermanos *moravitas* : en llegando á la edad nubil se hace entre ellos punto de honor el no permanecer solteros ; pero ninguno puede casarse sino con una hermana de la UNION, á no renunciar á la Sociedad, lo cual equivaldria á cargar con una especie de infamia. Las clases de mujeres se distinguen por el color de la cinta con que atan debajo de la barba la cofia ó bonete que llevan todas en la cabeza. La de las niñas hasta los doce años, es color de rosa : reemplázale el encarnado oscuro hasta los diez y ocho : desde esta edad hasta que se casan vuelven á tomar el color de rosa : las ya casadas usan la cinta azul celeste, y las viudas se distinguen por la cinta blanca.

Con ávida curiosidad examinábamos los dos exclaustrados españoles una comunidad de un género enteramente nuevo para nosotros. Un anciano, un sacerdote y un robusto holandés que nos habian acompañado en la diligencia, nos guiaban en aquel convento-pueblo. — « Supongo (preguntó Tirabeque) que aquí serán Vds. todos católicos cristianos. — Perdon (le respondió el sacerdote) : nosotros profesamos la confesion de Augsburgo : en los ofi-

(1) Tomo 1º, pág. 197 y siguientes.

cios cantamos los himnos luteranos, se predica y se lee la Biblia. Para dar la comunión nos vestimos un ropaje talar blanco, sujeto con una cinta encarnada, y nos ponemos un bonete color violeta. — ¿Y cómo se rige y gobierna esta comunidad? pregunté yo al anciano. — Tenemos, me respondió, un reglamento, y además se nombra de entre los mayores de edad una junta que llamamos colegio, encargada del régimen y administración de la Sociedad, con arreglo á nuestras constituciones. Yo tengo el honor de ser uno de ellos. La mayor pena que podemos imponer es la excomunion ó exclusión de la Sociedad; pero apenas ha llegado nunca el caso de tener que recurrir á este castigo; aquí los delitos no se conocen; jamás hay que reprender sino ligeras faltas: la mala fe, el engaño, el hurto, la ofensa de hecho, la infidelidad, son cosas desconocidas y extrañas enteramente á la asociación. Nuestras rentas se componen de cuatro contribuciones voluntarias, en que cada miembro pone la parte que su posibilidad ó sus medios le permiten; jamás nadie se ha negado á contribuir á los gastos de la comunidad; verdad es que todos palpan su justa y escrupulosa inversión. La holganza está desterrada de estos lugares: las horas de trabajo están distribuidas de modo que alternando entre diferentes ocupaciones ninguna de ellas se haga enojosa: los más aplicados ó más diestros utilizan más de sus artefactos. Creedme, vivimos felices y no hallaréis un solo descontento entre toda la comunidad. — Si eso fuera cierto (repuso Tirabeque), yo me quedaría aquí, aunque fuera en la clase de lego que he tenido en otras comunidades de España, y más después que he visto las hermanitas de la cinta color de rosa que quedaban en aquel claustro de la izquierda haciendo guantes; pero eso de rezar en luterano, es lo que no va conmigo. Si Vds. quisieran seguir aquí la regla de mi padre San Francisco, añadiéndola el capítulo de las hermanas, ya sería otra cosa. — ¡Oh! eso no es posible, respondieron el anciano y el sacerdote. Mas ya que os han llamado la atención (añadió el primero) las hermanas color de rosa, venid conmigo, y veréis si os gustan los guantes que ellas fabrican.

Volvimos á aquel departamento; tomámos unos pares de guantes, pagándolos al doble precio de su valor por vía de fineza á la Sociedad, y me costó no poco trabajo arrancar á Tirabeque del taller de las hermanas *Moravas* color de rosa. — Señor, me decía, conozco que nos ha dicho la verdad el viejo este; ¿no ve Vd. qué gordas, y qué coloradas, qué contentas se conoce que están todas? Por fuerza debe vivir muy feliz esta gente, señor. — ¡Ah! eso

no lo dudéis, repuso nuestro gordo acompañante : todo el país habla de la felicidad de los hermanos *Moravitas*.

Despedimonos de los dos respetables hermanos ; y yo, Fr. Gerundio, dije para mí : « he aquí una asociación que parece acreditar que no es imposible en la práctica la *Teoría Societaria* del hermano *Fourrier* : ¿ qué es el pueblo-palacio de *Zeyst* sino un *Falansterio*? ¿ qué viene á ser la comunidad de *Moravos* sino una *falange de Falansterianos*? Los *Moravos* viven felices ; ¿ por qué no podrían vivir felices también los *Fourrieristas* ?

Cerros , bosques y tabaquerías.

Tomámos otra diligencia, y proseguimos nuestra ruta en compañía del hombre gordo. Continúan los lindos y aseados pueblos con sus empedrados de menudo y fino mosaico en lugar de aceras. El terreno se va elevando á la izquierda del camino, y empezámos á encontrar bosques y matorrales, cerros y colinas, que luego degeneran en montañas, primeras y únicas que en toda la Holanda hemos hallado, y que anuncian los lindes extremos de los Países-Bajos. Á la derecha prosiguen los canales y los rios, rios y canales en abundancia, que todavía nos obligaron á embarcarnos dos veces en aquella tarde *caballos y carruaje y viajeros*.

Hemos pasado de la provincia de *Utrecht* á la de la *Gueldres*, célebre por las numerosas piaras de ganado vacuno y lanar que pastan en sus praderas, por sus muchas cervecerías, y por el increíble producto que reporta de un ramo de industria insignificante al parecer, el de las abejas. Pero lo mas notable del resto de la jornada nos lo hizo advertir nuestro gordo holandés. « ¿ No habéis reparado, nos dijo, esa multitud de edificios rústicos, que de uno y otro lado del camino y á las entradas y salidas de los pueblos se encuentran, todos con sus bajas y toscas puertecitas cerradas? — Lo he notado en efecto, le respondí, pero temia molestaros con preguntas. — ¡ Oh ! perdon : yo tendré un placer en informaros de todo lo que gustéis. Pues todos esos son almacenes de tabaco en rama ; las tierras que hemos ido dejando atrás, y las que tenemos á la vista por espacio de algunas leguas, todas se plantan de tabacos. Reparad, aun veréis en ellas muchos troncos, y no pocos retoños. — En efecto es así. Segun eso se hace en el país gran cosecha de tabaco. — Por la muchedumbre de almacenes que habéis visto, y por los que veréis todavía lo podréis cono-

cer. No solo dan para el consumo del país, sino para hacer una regular exportacion.

— Lo que yo advierto, añadió Tirabeque, es que las puertas no son muy seguras, y que algunas de ellas tienen agujeros por donde puede muy bien entrar un hombre con tal no sea tan gordo como Vd. Por fuerza habrá un guarda en cada almacén, porque si no, pronto se quedarian sin tabaco. — ¡Cómo! — ¡Cómo, cómo! — Robándolo. — ¡Oh! perdon : aquí no se roba. — Pues mire Vd. : solo por parecerme Vd. un hombre muy formal le creo. Y no extrañe Vd. que me explique así, porque si esos almacenes con esas puertas estuvieran en otra parte, esté Vd. seguro que de la noche á la mañana, y si me apura Vd. un poco, de la mañana á la noche, se quedaban mas limpios que casa deshabitada.

Á las dos leguas ántes de llevar á *Nimega*, se concluye la calzada de ladrillo, y sirve de arrecife el *gran dique*, obra maestra de la arquitectura hidráulica, construida, segun se cree, en tiempo de los romanos para contener el Rhin, é impedir que sus aguas inunden la provincia toda.

Eran las siete y média de la noche cuandollegámos á la segunda ciudad de la *Gueldres*.

NIMEGA.

El jorobado y las damas.

Alojámonos en el hotel de la *Diligencia de Rotterdam* (1), cuya patrona en su expresiva obsequiosidad, parecia mas bien francesa que holandesa; tanto que no sé si por efecto de su amabilidad excesiva, ó acaso (lo que creo mejor) por dar un poco de rienda á su carácter, á lo que se traslucia, chungon y burlesco, se prestó ella misma á ayudar á sacar las enormes botas de Tirabeque. La risa mas bien que la falta de fuerza hacia inútil nuestro trabajo, y en su vista la jóven patrona llamó á uno de sus dependientes en nuestro auxilio.

Presentóse pues un enano, jorobado y contrahecho por demas, un completo Esopo, que en el palacio de un rey de la edad média hu-

(1) Esto es lo que nos dijeron significaba : *Logementho uder in den Rotterdamseceñh Wagen in NIMEGEN.*

biera hecho un bufon sobresaliente, y que visto por don Quijote hubiera llevado una buena reprimenda por no haber tocado la trompeta para anunciar nuestra llegada al castillo. Tiraba el enano de las botas, tiraba Tirabeque de una pernada al enano, y reíamos la patrona y yo á costa del contrahecho holandes y del no muy bien hecho español con el mas sano y franco reir del mundo. Por último se invocó la cooperacion de otro dependiente, y con este refuerzo pudo lograrse descalzar á Tirabeque sus voluminosas botas.

— Cenámos con apetito, y nos fuimos con sueño á la cama. Pero no bien se hubo acostado Tirabeque, cuando ya me dijo :— Señor, lléveme Barrabas si no se han propuesto jugar conmigo en este hotel : ¿ pues no me han dado la cama del enano? — ¿ Por qué dices eso, hombre? — Señor, porque esta cama es tan corta, que si me estiro, la mitad de las piernas se me quedan fuera. — Lo mismo me sucede á mí, Pelegrin : acá tenemos otras camas como las de *Breda* : no parece sino que la primera y última ciudad de Holanda quieren dejarnos recuerdos por el mismo estilo.

— Señor, haga Vd. el favor de dar un repaso á las fojas de su memoria, á ver si encuentra Vd. una historieja de NIMEGA con que quedarme dormido. — Hombre, de NIMEGA no sé sino que aquí se firmaron tambien dos tratados solemnes de *paz*, el uno en 1678 entre España, Francia y Holanda, y el otro en el año siguiente entre España, Francia, Suecia y el Imperio. — ¿ Y qué mas, mi amo? — No me acuerdo de mas, porque tengo mas sueño que tú. — Pues en ese caso, mi amo, escoja Vd. la *paz* que guste de las dos, que yo me quedaré con la otra, y vamos á dormir los dos *en paz* ; y hasta mañana, señor, *requiescant in pace*.

El reloj del Ayuntamiento y el pabellon del duque de Alba.

No era maravilla que cada noche nos acostáramos rendidos de cansancio, puesto que cada día hacíamos una jornada, ó en diligencia por las caminos, ó á pié por los pueblos, á trueque de ver todo lo mas posible en el ménos tiempo posible. Así nos sucedió en NIMEGA al siguiente dia de nuestra llegada. Ver mucho, aunque nos cueste andar mucho ; este era nuestro sistema.

Aunque NIMEGA es una ciudad que no pasa de diez y ocho mil habitantes, su movimiento y animacion comercial la hace parecer mas poblada. Fundada como Madrid sobre siete colinas, colocada entre una porcion de grandes rios, el Rhin, el Wahal, el Mosa

y el Issel, y á la frontera del reino de Prusia, su comercio es activo, el tránsito por ella incesante, y en la estacion del verano es tanta la afluencia de extranjeros que acuden á visitar las orillas del Rhin, que suele no haber albergues para tanta gente, teniendo muchos que dormir á bordo de los vapores. Como plaza fronteriza, hay la mayor escrupulosidad en esto del refrendo de los pasaportes.

Nosotros visitámos aquel dia todas sus fortificaciones exteriores, tan sólidas como bien conservadas; un pequeño y lindo templo luterano; la grande iglesia calvinista, donde se halla el sepulcro de Catalina de Borbon, todo de bronce, y grabado sobre él el retrato de princesa: en seguida de lo cual nos llevó nuestro *commissionnaire* al palacio ó casa de Ayuntamiento, el edificio mas notable que tiene NIMEGA.

Decóranle las estatuas de muchos emperadores: la sala primera está destinada al tribunal de Justicia: debajo de la estatua de esta virtud se lee: « *utramque partem audite: oid á las dos partes.* » Hallábase reunido el tribunal: oímos hablar á uno que se nos dijo ser un abogado: no entendimos una palabra, y subimos á una galería, en cuyas paredes se hallaban incrustadas porcion de antigüedades romanas, sacadas de los alrededores de la ciudad. En la pared ó lienzo de enfrente habia una coleccion de armas antiguas: « Veis (nos dijo nuestro guia) aquella cuchilla que está en medio? Pues es la cuchilla con que fueron decapitados en la plaza de Brusélas los condes de Horn y de Egmond por órden del duque de Alba. — ¿Es posible, mi amo, exclamó Tirabeque, que en todas partes hemos de encontrar rastros y reliquias de las atrocidades del duque de Alba? ¿No te acuerdas, le respondí, que así te lo previne en Brusélas? » Distingüianse aun en la cuchilla las manchas de la sangre, y rogámos al guia nos llevara cuanto ántes á otro sitio.

— Venid, añadió este. Y conduciéndonos á un salon cubierto con preciosos tapices de la célebre fábrica de los Gobelinos de Paris, « aquí tenéis, nos dijo, la sala en que se firmó la *Paz de Nimega*: ved los retratos de los embajadores y plenipotenciarios que la firmaron. — Señor, este es el de España, dijo súbitamente Pelerin; le conozco yo en la vestimenta. » Así era la verdad, que se le distinguia fácilmente entre todos.

Pero de cuanto vimos en el palacio municipal de NIMEGA nada le ha quedado tan presente á mi lego como el *reloj* del piso bajo. La máquina está en el portal, ó sea en una especie de entresuelo

sobre la izquierda. De ella parte un ramal á cada departamento del palacio ú hotel, donde hay su correspondiente campana. Cuando da la hora, comunicase simultáneamente el movimiento de la máquina á todas sus dependencias, y suena al mismo tiempo en todas y en cada una de las habitaciones del palacio. Es un jefe cuyas órdenes son ejecutadas por todos sus subalternos á una voz de mando, si bien en vice versa, porque aquí el reloj-jefe está abajo, y los dependientes y subalternos arriba.

Bajámos al muelle, cuyos malecones azotan las aguas del caudaloso Rhin, cruzado siempre de barcos y faluchos mercantes y de vapores de transporte. Y en seguida subimos á la parte mas alta de la ciudad : al bello y frecuentado paseo de *Hoenderbeg*. — Aquí tenéis, nos dijo el guia, los restos de dos torres romanas. Ved este bosque de tilos ; ellos cuentan mas de siglo y medio de antigüedad. Pero si queréis gozar de uno de los mas deliciosos puntos de vista que puede desear un viajero, acercaos conmigo á esta otra torre ó mirador : es el pabellon nombrado el *Belbédere*.... ¡ Oh ! ahora que me acuerdo, vos sois españoles, y este pabellon os debe ser interesante, porque fué construido por el duque de Alba, y aun se nombra tambien *el pabellon del duque de Alba*. »

Deseos tenia en verdad, yo Fr. Gerundio, de hallar algun recuerdo del famoso duque que no llevara asociadas las ideas de sangre y crueldad, y entrámos con gusto en el pabellon de *Belbédere*. Hay en el dos lindos y bien adornados gabinetes, y está todo circundado de cristalería. ¡ Delicioso y entretenido es á fe mia el panorama que se descubre desde el pabellon ! Á nuestros piés veíamos serpentear las aguas del brazo del Rhin llamado Wahal ; la vista abrazaba al mismo tiempo el curso majestuoso del gran Rhin, las caudalosas corrientes del Mosa, las abundantes aguas del Issel, los canales de la Gueldres, las calles de Nimega, el bosque frondoso de los tilos, las montañas de Cléves y de Elten, las agudas flechas de los templos y palacios, de Zutphen y de Doesbourg, los confines de la Bélgica y de la Prusia.

Tirabeque gozó tambien completamente de aquellas pintorescas vistas, en razon á que allí no habia una torrera como la de Utrecht á quien dirigir la visual.

Era ya tarde, y nos retirámos al hotel, Habiéndonos informado de que no habia en NIMEGA otra cosa alguna singular y notable que mereciera prolongar nuestra estancia, y con noticia de que la diligencia-correo salia aquella noche para Prusia, refrendámos nuestros pasaportes, tomámos nuestros billetes y nos dispusimos

para dejar el reino de *Guillermo II*, y entrar en el de *Federico Guillermo IV*.

PRUSIA.

¡Ay qué noche!

Al llegar en estos mis apuntes de viaje á la memorable noche en que los dos viandantes exclaustros hicimos el tránsito de Holanda á Prusia, yo debería exclamar con el hermano Ovidio :

*Cum subit illius nocti imago,
cum repeto noctem quæ tot mihi cara reliquit,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Quando recuerdo la maldita noche
en que dejando los Países-Bajos
á Alemania pasé, casi á mis ojos
sin poderlo evitar, asoma el llanto.

Y aun pudiera decir con la virgen : « ¡oh, vosotros todos los que andáis por los caminos ! atended y decid si es vuestro dolor como mi dolor. »

Apuro 1º. De dos modos se hace el viaje de *Nimega* á *Prusia*, ó en vapor por el Rhin arriba, ó en la posta ó diligencia-correo por tierra. Pero el rio bajaba casi desbordado por efecto de las anteriores lluvias, y teniendo el vapor que navegar contra la corriente tardaba mas que la diligencia. Preferí pues esta, y nos acomodamos amo y lego en la berlina, que aunque estrecha, era bastante cómoda para los dos á pesar de los voluminosos coturnos de Tirabeque. No bien comenzábamos á felicitarnos de ir los dos solos con tal cual holgura, cuando empezó Cristo á padecer embutiéndosenos dentro el conductor, que no era un alfeñique, y poniéndonos en prensa de tal modo que parecia haberse propuesto litografiar el brazo derecho de Tirabeque en el izquierdo mio. Yo le expuse la incomodidad que nos causaba, y me contestó en aleman lo que él sabia, y yo no he podido saber hasta ahora. No sé mas sino que no nos entendíamos. Para consuelo nuestro entraba y salia cada seis minutos, y cada vez que entraba y salia, entraba tambien un vientecillo nocturno que nos baldaba.

Así siguió hasta la raya de Prusia, en que salió para no volver, pero no sin reemplazarle un dependiente de la aduana armado de

todas armas; nosotros nos armamos tambien, pero fué de paciencia. Á las nueve de la noche llegámos á la primera aduana de Prusia. Apeámonos viajeros y bagajes para el oportuno reconocimiento. Esta fué la única estacion de que salímos felizmente librados aquella noche: nuestros equipajes fueron los únicos que no se bajaron, ni fueron reconocidos. Los dependientes nos dirigieron várias veces la palabra; nosotros contestámos otras tantas con el « *je ne comprends pas,* » porque así era demasiado cierto: y ellos amostazados sin duda de no entendernos á nosotros, nos dejaron por cosa pérdida. Ello es que ni nos registraron ni nos pidieron los pasaportes.

La hermana aduanera. El reconocimiento del de los demas, hasta doce que eran nuestros compañeros de viaje, fué escrupuloso y detenido. Notámos que todos los géneros de adeudo se pagaban al peso, lo mismo las telas, que los quesos, que los barriles de vino, y que otras várias frioleras que nuestros conviajantes llevaban. Tres eran los dependientes; el uno registraba, el otro pesaba, y el otro anotaba: ítem mas *una hermana aduanera*, que todo lo husmeaba, que en todo ciscoleteaba, que en todas las operaciones intervenia, y que se mostraba mas escrupulosa y mas intolerante que todos juntos. En Francia, Bélgica y Holanda, habíamos visto á las mujeres desempeñar oficios varoniles en los comercios, en los cafés, en los templos: en los museos, en las bibliotecas y universidades, pero en las aduanas ni las habíamos visto ni nos lo habíamos nunca imaginado. Pedímos aclaraciones sobre el empleado-hembra á dos de nuestros compañeros, y ambos nos contestaron en aleman; nos convencimos de que en aquella jornada ni nos entendian ni entendíamos, y no volvimos á hacer mas preguntas.

Al cabo de média hora larga proseguíamos nuestro viaje, y á eso de las diez y média llegámos á CLEVES, ciudad de ocho mil habitantes y capital del antiguo ducado de este nombre, en el centro de una floresta, que dicen ser el *sacrum nemus* de Tácito.

Apuro 2º. Allí tuvimos que tomar nuevos billetes, lo cual nos hicieron entender por señas. Dirigímonos al despacho, porque allí se dirigian los demas. Un empleado debió preguntarnos para dónde queríamos los billetes, pues habiendo contestado yo por conjetura, « para *Dusseldorf,* » se puso á extenderlos, y los pasó á mi mano, pronunciando algunas palabras entre las que percibí « *thallers y good-groschen:* » esto y el señalarme á las monedas me dió á entender que aquellas palabras marcaban el precio de

cada billete. Pero ni yo llevaba moneda del país, ni sabía entónces lo que valia un *thaller*, ni un *good-groschen* ó *silvergros* ni ménos los *thaller*, ni *silvergros* que por cada billete me habia pedido. Saqué pues unos cuantos *florines* de Holanda, y púselos sobre el mostrador, para que él los redujera á moneda del país, y cobrara de allí su importe á buena conciencia. — Señor, me decia Tira-beque, Vd. parece tonto; ¿no ve Vd. que si mucho dinero da mucho tomará el administrador este? No, sino que serán bobos los señores alemanes. Pero aun me fueron devueltos un *Frederik* y algunos *bons-gros*.

En *Cleves* se hizo el primer cambio de carruajes. Hasta allí habíamos ido todos en una misma diligencia: de allí partieron tres coches á un tiempo: el uno tiró sobre la izquierda; los otros dos marcharon de frente, y el nuestro se dirigió por la derecha: era una berlina de cinco asientos, abierta por delante: entraba un aire frio que nos helaba: me quejé de ello á los tres nuevos compañeros que llevábamos, me contestaron no sé qué en aleman, y con esto, y con la oscuridad de la noche, y con el nortecillo fresco que entraba, y con el humo de sus tres pipas, y con no saber si íbamos perdidos ó acertados, y con preguntar si íbamos bien para *Dusseldorf*, y con no comprender lo que nos respondian, la marcha ¡voto á mi padre San Francisco! era divertida y amena á no poder mas.

Apuro 3º. El tercer apuro de aquella noche toledana fué en SANTEM, que dicen ser la *Sancta-Troya*, ó *Secunda-Troya* de Tácito ó sea la *Colonia Trajana*, signo verdadero de haber habitado aquellas tierras en otros tiempos los romanos. ¡Ojalá las hubieran habitado todavía! Á lo ménos hubiera podido entenderme con ellos mejor que con los alemanes. Allí nos volvimos á apeaar, y despues de habernos hecho tomar el fresco en la calle por espacio de un cuarto de hora miéntras ellos hacian sus cambios de carruajes, vimos partir dos de estos. Á nosotros nadie nos decia una palabra. «Conductor, ¿cual es nuestro coche?» Nada. El silencio y el misterio era su contestacion.

Por fin se presentó otro coche: nos intimaron por señas que subiéramos á él: subieron ántes otros dos. Yo al tiempo de hacerlo, entregué al conductor mi paraguas, un cestito en que llevaba dos mapas, algunos libros para mi entretenimiento en cuanto fuera de día, y algunas otras baratijas que al viajero conviene llevar á la mano. Luego que me acomodé, reclamé al con-

ductor las prendas que acabala de entregarle; no sé qué me contestó; lo que sé es que las prendas no volvieron á parecer.

Cum repeto noctem quâ tot mihi cara reliqui.....

Apuros 4º y 5º. Rompió á andar el coche. El conductor sabia dónde nos llevaba, que nosotros no. Otros dos relevos nocturnos nos quedaban todavía, ó lo que es lo mismo, otros dos apuros, uno en Eschemberg, y otro en *Urdingen*. En ambos pueblos se repitió el cambio misterioso de carruajes. El frio era intenso: nadie nos entendia; á nadie entendíamos; nadie nos hacia caso; Tirabeque rabiada con desesperacion; yo me reia desesperadamente; él se daba á los diablos; yo repartía los « por-vidas » entre Belcebú y mi padre San Francisco; y nuestro solo y único consuelo era cuando yo le decia al conductor: « *Monsieur le conducteur, à Dusseldorf,* » y él me respondia: « *Oui, Monsieur, Dusseldorf.* » Únicas palabras francesas que sabia, pero al fin las suficientes para tranquilizarnos de que nos llevaba á *Dusseldorf*, y no á los infiernos.

Los carruajes los veíamos cambiar, pero jamas vimos trasladar los equipajes: preguntábamos por ellos, pero era excusado; ó no nos respondian, ó era igual que nos respondieran ó no; déconsiguiente los contábamos ya con los difuntos. Por fin de fiesta antojósele á Tirabeque ponerse malo: acometiéronle fuertes dolores de vientre, que sufrió (porque no tenia otro remedio) hasta el pueblo en que se hizo el último relevo nocturno. Allí entramos en la casa administracion, pedimos á una mujer una taza de café ó té: no sé lo que la mujer respondió, porque no la entendí; lo que entendimos fué la seña del conductor intimándonos volver á subir al carruaje. Este fué el 6º apuro.

Si alguno cree que el viajar por países extraños es todo placer, y todo tortas y pan pintado, acuérdesse de la noche del tránsito de Fr. Gerundio y Tirabeque desde Holanda á Alemania, y diga con Pelegrin: « ¡ Oh vosotros todos los que no sabéis lo que es andar por los caminos, atended á estos apuros, y contemplad si es todo diversion y gloria! »

Al fin quiso Dios que viniera el dia, que ya llegábamos á sospechar si las noches toledanas serian cortas con respecto á las noches prusianas; salió el sol; y poco faltó para que en nuestra alegría le adoráramos como divinidad *more gentilico*. Hallámonos á la orilla izquierda del Rhin; pasámos el rio por un puente de barcas, y llegámos á las nueve de la mañana á la casa de postas

de *Dusseldorf*. Tirabeque se sintió algo aliviado; yo creo que su dolor de vientre era una corajina. Nuestro equipaje fué el primero que se bajó del coche: cómo le habian trasladado tantas veces de uno á otro carruaje sin verlo, es cosa que no he podido apear hasta ahora.

DUSSELDORF.

Su categoría.

No habia yo creído que DUSSELDORF tuviera el rango y la importancia que tiene entre las ciudades prusianas. Pero ella es la capital del Gran Ducado de *Berg*: y aunque no lo es de la provincia de *Cleves-Berg* á que pertenece, es cabeza de regencia y de círculo, y comprende en su jurisdiccion veinte y cinco ciudades, nueve villas y cuatro mil cuatrocientos cincuenta lugares ó aldeas, divididas en doce círculos.

Porque es de saber, que los Estados Prusianos (PREUSSISCHEN STAATEN) están divididos en diez provincias, veinte y siete regencias y trescientos treinta y siete círculos. Y no es extraño que la regencia de *Dusseldorf* abarque veinte y cinco ciudades y solo nueve villas, porque en el reino de Prusia, al revés que en todos los demas sucede, son ménos las villas que la ciudades, como que tiene nada ménos que mil veinte y una ciudades y solamente doscientas noventa y dos villas. Así es que la mayor parte de los prusianos viven en ciudades populosas.

Si importante es DUSSELDORF por su rango y categoría, no lo es ménos por su industria y su comercio. Ella es una de las diez y ocho plazas mercantiles que se cuentan como principales en Prusia: ella es el depósito general de las mercancías de Holanda, Alemania y Suiza; y favorecida por su posición á la margen derecha del Rhin, su puerto está constantemente cuajado de vapores y de buques mercantes. Ella es el centro industrial de la celebradas manufacturas de hierro del país de Berg, de los abundantes tejidos de hilo, lana y algodón de la provincia de Cleves-Berg, y solo en la regencia de DUSSELDORF han llegado á contarse cinco mil quinientos cuatro telares de sedà.

Considerada con relacion á su belleza, *Berlin*, *Postdam* y *Dusseldorf* son las tres ciudades de Prusia que se citan como las mas hermosas de aquellos Estados. Así debe ser en efecto, por-

que solo sus cuarenta y cuatro calles anchas y tiradas á cordel y sus nueve pascos públicos, bastan para contarla entre las poblaciones más bonitas de Europa.

La fonda y el mercado.

De la casa de postas nos trasladamos á la fonda ú hotel *de las Tres Coronas Imperiales* en la plaza *del Mercado*. Púsose Tirabeque á mirar el magnífico rótulo que en el gran tablon de sobre la puerta habia, y se encontró que decia lo siguiente :

GASTHOF zu den

DREI REICHSKRONEN

bei C. Beckinge in DUSSELDORF.

« ¡ Ay mi amo, mi amo ! exclamó : poco entendia yo ya el latin de los Países-Bajos, pero lléveme el diablo si del latin de Prusia entiendo una sola jota. — Eso no está en latin, simple, sino en alemán ; ¿ no ves que estamos en Alemania ? — ¿ Cómo en Alemania, señor ? ¿ pues no estamos en Prusia ? ¿ en que quedamos ? Unas veces dice Vd. que estamos en Prusia, ótras que en Alemania : he mirado los dos mapimundis que traíamos ántes de perderse, y en uno he visto á *Dusildor* en Alemania, y el otro me pone al mismo *Dusildor* en Prusia ; ¿ se puede saber de cierto en qué tierra se encuentra un hombre ? — En Prusia y en Alemania á un tiempo, Pelégrin, y ambos mapas tienen razon, porque la Alemania es hoy una parte del reino de Prusia, y estas provincias del Bajo-Rhin, que se nombra Prusia Rhenana, están en la Alemania. — Acabáramos de entendernos, señor : crea Vd. que me tenia á mí medio loco esa ortografia. — Geografia dirás, hombre, que no ortografia, »

Entrámos en el hotel : un apuesto *garzon* salió á recibirnos, y nos preguntó no sé qué en alemán : dijele que no entendiamos el alemán, y nos habló en inglés ; le dije que tampoco éramos ingleses, y entónces llamó á otro compañero que poseia el frances, y con él nos entendimos, y con él subimos á la habitacion que se sirvió destinarnos. Subió tambien al momento el patron á preguntarnos si queríamos almorzar, si queríamos lavarnos y afeitarnos, si queríamos fuego ó queríamos dormir. — Todo lo quiero, sí, señor, respondió Tirabeque, porque todo me hace falta, pero prin-

palmente almorzar y dormir, que en esta Prusia hace un hambre y un sueño que no se aguanta.»

Oída esta repuesta, un sirviente pasó á preparar el almuerzo, otro se quedó á hacer las camas, y otro se ocupó de poner lumbre en la estufa, que eran nuestras tres primeras necesidades. En las fondas de Alemania hay tantas estufas como habitaciones; pero de tal modo dispuestas que todas tienen comunicacion con los pasillos, y desde fuera, sin necesidad de entrar ni incomodar al huésped, las encienden y atizan.

Nos calentámos, almorzámos y dormimos hasta la hora de comer. Luego que nos levantámos, Tirabeque se asomó á la ventana, y llamándome presuroso: — «Señor, señor, me dijo lleno de alegría, venga Vd. acá, verá Vd. un mercado como los de España. — Eso es, le dije, que estabas soñando con España, y aun no has despertado bien.— Señor, venga Vd. y lo verá.»

Me asomé, y era así en efecto. No he visto cosa mas parecida á los mercados españoles que el mercado de DUSSELDORF. Figurábaseme estar viendo la plaza de una de nuestras ciudades de Castilla en dia de mercado. El mismo estilo, el mismo bullicio, casi los mismos trajes: las mujeres del pueblo con sus pañuelos de cuadros á la cabeza, sus mantones estampados de lana, y sus zagalejos y medias de lana tambien: las señoras con su vestido y su sombrero de média gala, seguidas de la correspondiente doméstica armada del infalible cesto de la compra: las fruteras y verduleras acurruadas en el suelo al lado de su cesta de fruta ó de hortalizas; las aldeanas con un par de gallinas en la mano, y en fin, aquel no sé qué, que marca el parecido de una á otra fisonomía, y que es difícil explicar en sus pormenores. Grandemente nos complacíamos Tirabeque y mi Reverencia en haber hallado aquella similitud ó trasunto de las costumbres populares de nuestra patria, tanto, que apenas nos fijábamos en lo que en aquella plaza llamaria principalmente la atencion de todo otro viajero, á saber: la estatua de bronce, de grandor natural, del elector Juan Guillermo, protector de las artes, y á quien la ciudad debe su esplendor. El héroe está á caballo, armado de coraza, y con el baston de mando en la mano.

La campana del consuelo nos llama á la mesa. Bajámos al salon de comedor, que á beneficio de tres estufas tenia una temperatura deliciosa. El patron ó dueño del hotel esperaba vestido de toda etiqueta, ni mas, ni ménos que pudiera ir á un besamános en dia de córte. Reunido el suficiente número para poder constituir

mayoría, se declaró abierta la sesión manducatoria : el patron se sentó de cabecera de mesa, y el señor presidente principió el ejercicio de su cargo, que era el de hacer platos y trinchar. Cinco ó seis *garzones*, todos tan elegantemente vestidos, que considerados fuera de aquel servicio podrian pasar por muchachos de fina educacion (y en verdad que no habrá muchos jóvenes de carrera en España que como algunos de aquellos sirvientes posean tres ó cuatro idiomas), eran los que asistian á la mesa, dos de ellos hijos del patron, que allí no se desdeñan los *caballeros fondistas* de educar á sus hijos bajo este sistema, para que algun dia colocados en la presidencia de la mesa, sepan dar decoro al establecimiento. Bajo este pié de elegancia están montadas las mesas de los hoteles alemanes.

No nos disgustó la comida ; si bien allí no es tan abundante como en Francia y Bélgica, puesto que en Alemania hay ya la costumbre de cenar. Bebimos cerveza alemana y vino del Rhin : no puedo decir lo que cuesta una comida en DUSSELDORF, porque ni entendí nunca la nota, ni mis conocimientos numismáticos alcanzaban á poder reducir al justo importe de moneda española la algarría de *thallers, frederiks, silvergros, dollars y pfenings*.

San Francisco volando por los aires.

Despues de comer, salimos á ver la galería de pinturas. El guia que nos regalaron era un viejo como de unos de 65 ; á los primeros pasos se paró y se puso á mirar de hito en hito á Tirabeque, y balbuciendo un mal frances le manifestó sus sospechas, y aun su resentimiento de que le hiciera burla : que si la naturaleza le habia dado un defecto, bastante desgraciado era él, sin que un extranjero viniera á abochornarle de una falta que no estaba en su mano evitar. — Oiga Vd. señor mio, le contestó Tirabeque ; Vd. es el que se burla de mí, no yo de Vd.

Íbanse agriando las contestaciones, hasta que aclarándose su origen, resultó que el guia era cojo como Tirabeque, y como cada uno ignoraba la cojera del otro, cada cual creía que el otro se mofaba de él. Una vez convencidos los dos de su comun propiedad claudicatoria, convirtiósse el enojo en risa, y diéronse desde entónces el título de compañeros y amigos.

Junto á la escalera de la galería hallámos un fraile en escultura en actitud de orar, y cerca de él un grupo de hombre y mujer

abrazándose desnudos : los rostros los tenían tiznados de carbon. Al verlo, exclamó súbitamente Pelegrin :

Contemplad, almas piadosas,
En la primera estacion
Dos abrazándose en cueros,
Y un fraile haciendo oración.

« Rece, rece, hermano (añadió), que todo les ha de hacer falta á ese par de mancebos, y tengo para mí que aun no les ha de alcanzar, y que estos tiznones que sin duda algun muchacho les ha hecho en la cara, no son mas que el anuncio de los tizonazos que les esperan en el infierno, y aun quiera Dios no alcancen tambien el director del museo que ha tenido la ocurrencia de poner aquí semeiante retablo. »

Riendo del apóstrofe de Pelegrin subimos á la primera sala de la galería. « Esta *Asuncion* es de RUBENS, le dije al *commis-sionnaire* así que vi el cuadro. — Pronto le habéis conocido. — ¡ Oh ! no se despintan ya las obras del artista de mas fecundo pincel. — Es la sola de RUBENS, añadió el guia, que ha quedado en este museo : antiguamente habia muchas, pero han sido trasladadas á *Munich*. » La galería no es abundante, pero entre sus bellos cuadros no puedo ménos de hacer especial mencion de uno moderno que me llenó de admiracion y entusiasmo : es obra del año 39, y su autor *C. Sohn*, hijo de la misma ciudad. Representa al *Tasso* con su querida y su criada : el poeta está sentado con un libro en la mano y un lapicero, pero ni lee ni escribe ; está pensativo y caviloso : ¿ le inspira su amada Leonor, ó le estorba acaso ? ¿ ó es la criada la que le estorba allí ? ¿ en qué piensa el poeta sarrentino ? ¿ piensa en su *Aminta*, en su *Jerusalen*, en las gracias de su *Leonor*, ó en el destierro y las persecuciones que sus amores con ella le han de acarrear ? Yo no sé cuál de estos pensamientos entraria en el del artista : cualquiera que fuese, el pintor DUSSELDORF es digno del poeta de *Sarrento*.

Después de aquella sala fuimos conducidos á otra, donde se ofreció á nuestros ojos lo mas singular y mas raro que en su género se puede ver ni aun imaginar. Dejo á un lado la coleccion de 23,445 estampas de antigüedades romanas, que suministran un estudio arqueológico interminable. Párome solamente en los 14,241 dibujos, que son 14,241 caprichos y extravagancias que solo ha podido inventar la imaginacion febril de un artista diabólico : ¿ quién es capaz de acordarse de lo que representan mas

de catorce mil diabluras dibujadas? El cuadro de las *tentaciones de San Antonio* que los pintores parece haber escogido para desplegar todo el desorden de que su imaginacion puede ser capaz en los momentos de un risueño delirio artistico, no es mas que una unidad de las catorce mil de aquella coleccion. Yo solo recuerdo el *Juicio final*, la *Pesca de las almas*, muchos pasajes de la *vida de Jesucristo*, y muchos tambien de la *vida de San Francisco*, en que se ve á nuestro seráfico Padre unas veces marchando en una magnífica carroza, otras galopando en un brioso caballo, seguido de una comunidad tambien al galope; otras volando por los aires, sirviéndole de alas las anchas mangas, etc., etc.

Era de oir á Tirabeque reir á carcajada segun que iba recorriendo los cuadros de una vida de nuestro Padre tan nueva y tan desconocida para nosotros. — Señor, me decia despues, bueno es viajar para conocer los hombres y los santos : ¿ qué quiere Vd. apostar á que nuestro Padre se hizo el pobrecito en España, y luego á semejanza de los ministros se vino á Alemania á gastar alegremente los ahorros, y aquí se echó coches y carretela y buenos caballos, y paso una vida como un príncipe dejándonos allá las penitencias y los ayunos, y mandándonos que ni siquiera gastáramos camisa? — No creas tal, Pelegrin ; ¿ no ves que son cuadros de puro capricho y extravagancia como todos los de la coleccion? Lo que extraño es que á los formalotes alemanes les haya dado por exponer al público tan estrambótica galeria.

Subimos en seguida á la Biblioteca, que tiene treinta mil volúmenes, y está abierta todos los dias, cual compete á un pueblo, que aunque mercantil, pertenece á un reino de tan reconocida fama por sus adelantos en las ciencias, y por el sólido y profundo saber de sus hombres de letras.

Miéntras se hacia noche nos dimos á visitar algunos templos, entre ellos el del Colegio de Jesuitas, el de los Caballeros de la Cruz, la Colegiata, donde está la tumba de la inocente y desafortunada Jaquelina de Bade, y alguna otra iglesia protestante. Sigue en Prusia la libertad de cultos, pero aunque la religion del Estado es el protestantismo, acaso mas de la tercera parte de la poblacion es católica.

El jardin de la Corte.

Uno de los mas bellos paseos de DUSSELDORF es el *Jardin de la Corte*, llamado allí el *Jardin inglés*, hecho por Napoleon. Allá fui

con mis dos cojos. Espacioso y vasto es el parque : adórnale frondosas alamedas, risueños prados artificiales, estanques anchurosos, y palacios magníficos. — Compañero, ¿ qué palacio es aquel? le preguntaba Tirabeque al guía. — ¡ Oh! es toda de una pieza, le respondió : el que la hizo estaba sentenciado á pena capital..... — ¡ Cómo! le interumpí yo : ¿ ese palacio es todo de una pieza? — Perdonad; creí que mi compañero me preguntaba por aquella estatua de bronce á caballo, que es toda de una pieza : el artista que la fabricó estaba sentenciado á muerte, y esa obra le valió el indulto, pero no volvió á hacer otra igual. — Eso está bien, y os agradezco la noticia, pero preguntaba Tirabeque de quién es ese palacio. — Ha, ese palacio es del príncipe Federico, hermano del rey : él es coronel de un regimiento de cazadores. — Compañero, ¿ hay mucha tropa aquí en Prusia? — Sí, señor, da en él dos bailes cada semana, los domingos y los juéves. — Compañero, ó Vd. se está burlando de nosotros, ó es Vd. mas tonto de lo que yo habia creído. Le pregunto á Vd. si hay mucha tropa en Prusia. — Perdonad, ya deberéis haber advertido que soy un poco sordo. El ejército prusiano se compone de unos 120 mil hombres, pero en tiempo de guerra se pueden armar hasta 500 mil. Habrá unos 20 mil de caballería : ¡ oh! los caballos prusianos son muy ágiles y muy fuertes para la guerra. — No me han disgustado, respondió Tirabeque, los que he visto por ahí, pero no se los cambiamos á Vds. por los de España.

Una decente lluvia vino á interrumpir nuestro paseo y nuestro diálogo por el parque inglés, y nos hizo retirar á casa apresuradamente. En el camino hallámos un lucido escuadrón de cazadores, que por el mismo motivo se retiraba de hacer sus maniobras en un campo inmediato. Supusimos que serían del regimiento del príncipe Federico.

EL RHIN (1).

Nos hallámos á la orilla del caudaloso RIN, de ese hijo orgulloso de las altas montañas del país de los Grisones, que despues de pasear sus poderosas é impetuosas ondas por una carrera de *mas de trescientas leguas*, viene como todos los rios á hallar su

(1) Ó digámosle *Rin* sin *h* en español.

tumba en el Océano; de ese famoso rio de Alemania, de quien dijo *Despréaux* :

*Au pied du mont Adule entre mille roseaux,
Le RHIN, tranquille et fier du progrès de ses eaux,
Appuyé d'une main sur son urne penchante,
Dormait au bruit flatteur de son onde naissante.....*

EPIST. 4^a.

Al pié del monte Adula,
Entre césped y cañas,
Tranquilo y orgulloso
Con sus ondas de plata,
El *Rin* duerme apoyado
Sobre su urna inclinada
Al ruido lisonjero
De sus nacientes aguas.

Sigamos el curso de este poderoso gigante desde su cuna.

En una de las comarcas salvajes y agreste del país de los Grisones, á la falda del monte Adula, se ve brotar, de los grandes depósitos de la naturaleza, tres abundantes y cristalinos arroyos, cuya reunion forma el que los alemanes llaman *Vorder-Rhein*, ó *Rin anterior*. Desde otro punto de aquella montaña imponente, se desgaja el *Rin del medio* (*Mittel-Rhein* que ellos dicen). Pobre arroyuelo en su principio, bien pronto se robustece con la reunion de muchos otros, precipitándose de la altura de una roca al valle de Meddels; y á las ocho leguas del lago de Toma se incorpora con el *Rin anterior*, tomado el nombre de este y perdiendo el que ántes llevaba. Este doble rio arrastra desde entónces sus impetuosas solas cubiertas de espuma bajo multitud de copudos álamos, y se precipita soberbio sobre mil y mil rocas. Forma despues una isla cubierta de árboles magníficos. Las montañas son gigantes, pero de un aspecto agradable. Doquiera que se dirija la vista, se encuentra con las verdes praderas de los Alpes, plagadas de rebaños de carneros y piaras de ganado vacuno. Todo respira tranquilidad, todo indica fertilidad. Por esta pacífica comarca, lleva el *doble Rin* sus aguas á unir las con el *Rin posterior* (*Hinder-Rhein*).

Nace el *Rin posterior* de la parte mas elevada de la floresta desierta llamada *Rhin-wald* (floresta del RIN). El manantial sale del centro de una enorme montaña de hielo, en cuya cima se ve un monstruoso banco de granito. La comarca regada por estas aguas es una de las mas notables de la Suiza. Por una extension de

ocho leguas no se ve mas que montes y mares de hielo. El invierno allí es larguísimo. Sin embargo, vive en aquel helado pais desde el siglo XII una colonia de suabos, fuertes, robustos, vigorosos y opulentos. Es el camino que en los meses de verano llevan los caballos de carga de Italia, pasando por el Splügen y el gran monte de San Bernardo, cuyo tránsito es de una inmensa utilidad para los habitantes de aquel valle que arriendan sus sustanciosos pastos á los ganaderos italianos de Bérghamo.

Recoge en la rapidez de su curso otros diez y seis grandes torrentes, y penetrando al traves de espantosos abismos, forma lo que se llama *Via mala*, una de las maravillas de Suiza. La *Via mala* es una monstruosa garganta de rocas, en la cual llevan las aguas del *Rin* 600 piés de profundidad. Pasa luego á un delicioso y soberbio valle, donde la calma y la belleza reaparecen, donde todo es vida, todo fertilidad, todo hermosura. Allí se unen sus sombrías aguas con las cristalinas del *Rin anterior*.

Desde este punto el rio, uno y trino, serpea con majestad á traves del soberbio valle de *Rheinthal*, recibe las aguas impetuosas del *Plessur*, en seguida las de otros treinta gruesos arroyos, se arroja en el lago de *Constanza*, le atraviesa en toda su longitud, deslizanse sus flotas apacibles y tranquilas hasta *Schaffhouse*, y cerca de esta ciudad, sobre cuatro hileras de peñascos, forma la catarata mas bella y majestuosa de toda Europa. Durante esta carrera, reasume todas las aguas de la cadena de los Alpes setentrionales, recibe las del monte Jura, entra en Alemania con una rapidez asombrosa, y acreciendo su raudal con los de mil otros rios, apareciendo y desapareciendo montañas, regando unas veces frondosos valles, otras veces encantadoras planicies; pasa por *Basilea*, *Strasburgo*, *Manheim* y *Mayenza*; fertiliza el *Paráiso de Alemania*: continúa creciendo en su marcha, pasa por entre dos cadenas de altas montañas, y llega á *Coblenza*. Crece de nuevo con el Mosela, vuelve á salvar altas montañas, pasa por *Bonn*, y baña los muros de *Colonia* y *DUSSELDORF*.

Yo veo aquí al gigante en toda su robustez (porque luego que entra ya en los Países-Bajos se divide en dos ramales, que son los que hemos visto en Nimega, Leida y Dordrecht, de cuyos últimos puntos sale para morir tranquilamente en el Océano). Aquí veo flotar por sus aguas embarcaciones de ocho y nueve mil quintales. Presentemos una breve tabla del acrecimiento gradual de este soberbio hijo de las montañas.

De las 303½ leguas alemanas (436 españolas le dan algunos autores) que corre el *Rin*, son :

	Leguas.
1º No navegables.	20
2º Navegables para pequeños buques.	24
3º Para grandes buques.	48
4º De navegacion interrumpida, peligrosa ó difícil.	65
5º Segunda parte de gran navegacion.	176½
Total.	<u>303½</u>

El total de leguas navegables, contando las quince de navegacion interrumpida á trechos, es de 280.

Poesía del Rin.

Generalmente los rios son el alimento de las imaginaciones poéticas ; apenas habrá riachuelo tan desgraciado, ni arroyo de tan desdichada suerte, que no haya sido, si no divinizado, por lo ménos humanizado siquiera por la pluma de algún enamorado vate que ha ido á llorar cantando á sus orillas los desdenes de su dama, ó á confiar á sus aguas, como amigas que sabe no han de revelar el secreto, las cuitas ó las satisfacciones, los proyectos frustrados ó los triunfos conseguidos en sus amorosas conquistas. Que el rio sea claro ó turbio, que arrastre arenas de oro, ó que no recoja sino las sustancias que le regale plebeya lavandera, para el poeta siempre serán cristalinas linfas, plateadas olas, y argentadas perlas. Testigo el que con el título de Manzanáres, hace una especie de curso académico por las afueras de Madrid, cursando como los estudiantes desde Octubre hasta San Juan, y tomándose en seguida su correspondiente temporada de vacaciones.

Ello es que no se da rio sin coplas ; y aun cuando el poeta tenga al lado del tintero una botella de champagne ó una trinidad de copas de Jerez para humedecer el paladar al compas que moja la pluma, eso no quita para que sobre el papel una bella Amarilis

Orillas del Manzanares
 Vista armiños por trofeos,
 Pise espumas por ultraje.....
 Néctar beba numeroso
 Entre perlas y corales.

GONG.

Ó para que

Serpée entre la yerba el arroyuelo,
 En cuya linfa pura
 Mezclado resplandezca el claro cielo
 Con la grata verdura.

MELEND.

Riachuelo hay á quien los cantos de los poetas han dado tanta fama, que el que no le ha visto se le representa lo ménos como un brazo de mar. Cuando yo, Fr. Gerundio, ocho ó nueve meses ántes de hallarme á las orillas del *Rin*, visité la poética Granada y me enseñaron por primera vez el Darro y el Genil tan celebrados de los vates granadinos, quedéme estupefacto de encontrar dos arroyuelos en los que yo me habia figurado un Danubio y un Misisipi.

Discurra pues el hermano lector, si siendo el *Rin* tan caudaloso y tan variado en su larga carrera, y siendo las provincias Rhenanas la Andalucía de los alemanes, habrá sido y será el *Rin* manantial inagotable de poesía para las imaginaciones poéticas de aquellos habitantes. El *Rin* es todo para los alemanes, como el Nilo era todo para los egipcios. Es un emblema universal : el *Rin* es el simbolo de la fuerza : el *Rin* es el geroglífico de la independencia : el *Rin* es el lema de la libertad : el *Rin* es el signo de la fecundidad y de la riqueza. El *Rin* es un anciano, es el viejo padre de los rios, que descansa sobre un lecho de flores, coronado de rosas, teniendo por cabecera la urna consabida de donde se derraman las perlas y la plata á borbotones. El *Rin* es un gigante que defiende el país contra ambiciosos y malandrines conquistadores, y que sin duda dormia como un cachorro cuando las águilas de Napoleon echaron la garra al gigante, y le sujetaron como á un muchacho. El *Rin* es un genio superior, á quien hacen la corte otros genios sulbaternos buenos y malos, y en cuyo seno se abrigan tropas de ninfas y de náyades que de dia se ocultan entre los pliegues de sus olas, y de noche vagan errantes por sus orillas.

El *Rin* es finalmente para los alemanes una divinidad, es un Dios; pero un Dios que tiene de todo. Un Dios que acaricia y protege, pero que tambien bufa y rechaza cuando está de mal talante. Así unos ven en el *Rin* un númen protector, un principio de amor y de vida : otros le miran como un abismo poblado de horribles monstruos, como un principio de odio y de muerte. El habitante de las comarcas por donde corre majestuoso como un monarca, silencioso como un cartujo, y lento y perezoso como un

aleman, fertilizando sus campiñas, ve en el *Rin* un Dios bueno, protector, eXcelente con X mayúscula. Pero el pobre pescador que se arroja con su barquilla á pescar salmones en una de sus gargantas, y que se ve extrellado contra una roca á impulsos de una tarascada de su fuerte genio en dias de mal humor, este mira al *Rin* como un dragon infernal, enemigo implacable de su bienestar y de sus intereses, y da al diablo las risueñas imágenes y la florida nomenclatura con que se le pintan y nombran los señores poetas de la Germania ; que no hay poesia que consuele al pobre que va con ánimo de pescar prosaicamente unas carpas ó unos salmoncillos, y se ve de un azotazo del señor padre de las náyades extrellado contra un peñasco y hecha pedazos su barquilla.

La poesia del *Rin* ha aumentado por una parte y disminuido por otra desde el establecimiento de los vapores. Los poetas ven en ellos un nuevo ejército de monstruos anfibios, de dragones que van azotando las aguas con sus aletas de hierro y vomitando humo por la boca ; pero los prosistas vemos tan solamente un nuevo medio de hacer nuestros viajes con mas comodidad y prontitud que en los buques de vela. Y á fe que no he visto servicio mas regularizado que el de los vapores del *Rin* : sobre haberlos en abundancia, con buenas cámaras, buenas fondas, comidas de diferentes precios fijos, horas de salida marcadas y seguras, y buen orden en las jornadas, hay la ventaja de que con un solo billete pagado de una vez se puede recorrer todo el *Alto y Bajo Rin*, deteniéndose lo que á cada viajero acomode ó convenga en cada pueblo, volviendo á presentarle en cualquier otro vapor en que quiera continuar su navegacion, en el cual le admiten á la presentacion del billete sin que por él tenga que pagar nada de nuevo ; pues siendo los vapores de una misma empresa, han querido dejar toda esta libertad al viajero, que de ello se da por muy contento, porque se ahorra una porcion de incomodidades.

Insensiblemente he ido pasando de la poesia del *Rin* á su parte prosaica. Y ya que á este punto he llegado, añadiré, que Tirabeque y yo nos embarcámos muy prosaicamente en el vapor *Elberfeld*, y en él nos trasladámos en pocas horas y con la comodidad de dos patriarcas desde *Dusseldorf* á *Colonia*, donde llegámos á las nueve de la noche.

COLONIA.

Trato en el hotel.

Alojámonos en el hotel de *Mayence*, cerca de la direccion general de mensajerías, á cuyo patron íbamos recomendados por el de *Dusseldorf*. No bien se habia acomodado nuestro equipaje cuando subió uno de aquellos elegantes, finisimos y agasajadores sirvientes que se encuentran en las fondas de Alemania á decirnos que bajáramos á cenar si gustáramos. « ¡ Santa palabra ! exclamó Tirabeque : ¡ y bendita sea la tierra donde llaman á cenar así que uno se apea ! »

Pero esto no fué mas que el preludio del trato que despues fuimos experimentando en el hotel. Las provincias del Bajo Rin son el país en que mas á gusto se ha encontrado Tirabeque por el sistema de yantar que en ellas rige. Allí se menudean las comidas que es una gloria. Por la mañana temprano, apénas se han abierto las pestañas, se sirve el café, por supuesto con sus correspondientes tostadas de manteca : á média mañana se toman las once, ó sea *la ley* que dicen en nuestra Navarra : á la una se hace la pequeña comida : á las tres la comida formal, y entre nueve y diez de la noche despues de venir del teatro se cena ; sin perjuicio de tomar el que guste, entre dos luces, el té ó algun otro pistillo, para no desfallecer de necesidad. La baja Alemania es la Navarra de la Europa central en punto á la bucólica. Cuando en este último verano hemos recorrido Tirabeque y yo la Navarra, y hallámos dividido el dia en cinco períodos, á saber ; el chocolate, *la ley*, la comida, el refresco y la cena, amen de algun bizcocho y alguna copita en los lucidos intervalos, recordáramos á todas horas la Prusia Rhenana, y exclamaba Pelegrin : « Juro por mi ánima, mi amo Fr. Gerundio, que los alemanes y los navarros son los hombres mas completos de la tierra, y con quienes yo congenio mejor. »

Y no son caras por cierto las comidas en COLONIA. Pero lo célebre y lo chistoso fué cuando Tirabeque echó de ménos el pan en la mesa, hallando en su lugar unos bollitos de huevo y manteca. — Señor, esto es muy bueno para postre ; yo voy á pedir pan. *Garzon*, tráigame Vd. pan. — Qué, ¿ no os gusta la *brioche* ? Yo os traeré otra cosa que os agradará mas. Y trayendo un panecillo redondo : « tened (dijo), he aquí un buen *poumpernick*. — ¿ Y qué significa

eso de *pampernil* ó *pan de pernil*? ¡Oh! el *poumpernick* es una cosa buena: él es un relleno de frutas secas; cascadle, y dentro de la corteza hallaréis una sabrosa masa de peras machacadas, higos, pasas de Corinto, y otras exquisitas frutas. — Pues mire Vd., hágame la gracia de llevarse el *purpundrin*, y tráigame Vd. pan, pan, ¿lo oye Vd.? — Bien, yo os traeré pan: ¿lo queréis moreno ó blanco? — Garzon ¡que me quita Vd. la vida, hombre! Tráigame Vd. por Dios pan blanco, lo mas blanco que Vd. tenga, mas que cueste á onza de oro el panecillo; porque ha de saber Vd. que yo soy español castellano viejo: ¿entiende Vd.? — ¡Oh! vos sois españoles; entónces yo os traeré pan blanco. Y al fin nos trajo pan blanco, de que recibimos no poco consuelo.

— ¿De qué vino gustáis? queréis vino blanco del Rin? Os costará de dos á siete francos la botella: tenemos tambien buen champagne á cuatro francos; y hay otros vinos de varios precios hasta diez y siete y mas francos botella (es decir, hasta mas de 70 reales de España).

Bebimos el celebrado vino del Rin, que aunque no nos pareció malo, está léjos de corresponder, á lo ménos para el paladar de un español, á la fama que tiene. Las orillas del Rin son el último territorio de Europa en que se coge vino.

Agripina.

— Señor, ¿hay algo que contar de este pueblo? — Eso me indica, Pelegrin, que ya estás descansando sobre la almohada. — Así es la verdad, mi amo: por mí ya puede Vd. apagar la luz. — No, que voy á leer algo de la historia de *COLONIA*. — Señor, en ese caso haga Vd. el favor de leer de modo que yo oiga, ó á lo ménos de contarme la sustancia, que ya sabe Vd. que me gustan las historias. — Bien, pero ha de ser con la condicion de no dormirte hasta que concluya. — ¿Es larga? — Me reasumiré todo lo posible. — Pues diga Vd., señor, que no me dormiré.

Por lo que aquí veo, Pelegrin, el pueblo en que nos hallamos, fué en su principio un campo romano fundado por Marco Agripa, en donde despues el emperador Claudio fundó una colonia que llamó *Colonia Agripina*, en honor de haber nacido en él su mujer *Agripina*, y de esto le viene á la ciudad el nombre de *Colonia*. — ¿Y qué tal señora fué ese D.^a Gripina ó Crispina, mi amo? — ¡Oh! la famosa *Agripina*, hermana de *Calígula* y madre de *Neron*! ¡Digna hermana de tal hermano, y digna madre de tal hijo! Ella

envenenó á su esposo con un plato de setas con el fin de que su hijo subiese al trono, y despues el hijo asesinó á la madre. — Por mi ánima que fué una familia lucida la de la señora Gripina, mi amo. Y siga Vd., que no lleva mal principio la historia.

En COLONIA fué proclamado emperador Vitelio. De COLONIA salió Trajano cuando fué llamado á Roma por el emperador Nerva para dividir con él el imperio; y desde entónces fué COLONIA la capital de la Gaula Rhenana inferior. Así es que la ciudad está todavía llena de restos de antigüedades romanas. En el año 508 fué proclamado Clóvis rey de los Francos en esta ciudad: y Pepino, ántes de ser rey de los Francos, fué duque de COLONIA.... ¿Te has dormido, Pelegrin? — No, señor. — Me parece que sí: ¿de quién estaba hablando? — Decia Vd. que en esta ciudad habia buenos pepinos. — ¡Badulaque que tú eres! Del rey Pepino hablaba, el hijo de Cárlos Martel y hermano de Carlo-Magno, no que de pepinos: y Carlo-Magno tambien visitaba con frecuencia esta ciudad, que despues Othon el Grande reunió al Imperio Germánico, concediéndole grandes privilegios. — En la edad média era COLONIA el mas poderoso apoyo de las Ciudades Anseáticas. Entónces podia armar ella sola 30,000 guerreros: tenia 41 cabildos, 58 conventos, 19 parroquias, 49 capillas y 16 hospitales. En el siglo pasado hizo parte de la República francesa: en 1814 la ocuparon los rusos, y al año siguiente la cedieron á los prusianos, que desde entónces la conservan, siendo ahora capital de la provincia de Cleves-Berg, y estando poblada de unos 70,000 habitantes, que viven en 7,500 casas.

¿Oyes, Pelegrin? Pelegrin, ¿duermes? — ¿Quién llama? — Nada, nada, prosigue en tu sueño venturoso.

Y apagué la luz diciendo: « Viaje Vd. y dése malos ratos por aprender las historias de los pueblos; y luego cuénteselas Vd. á los legos, que ellos se quedarán dormidos.

La obra del diablo.

Salimos al dia siguiente temprano á recorrer la ciudad, acompañados de nuestro correspondiente *domestique*, el cual llevaba su gran placa colgada de un ojal de su levita. En Alemania este servicio de *domestiques de place* ó *commissionnaires*, *guias* ó *cicerones*, es un ramo regularizado. Ellos son nombrados por la ciudad, y se distinguen por una placa en que consta el número y cuartel respectivo de cada uno: ¡oh! Dios librara á quien no estuviese inves-

tido de su gran diploma de intrusarse á hacer oficios de *cicerone* con cualquier extranjero!

— ¿Qué es lo que gustáis ver ántes? nos preguntó el nuestro. — Visitaremos (le respondí), si os parece la catedral. — ¡Oh! *Le dôme de Cologne!* Ciertamente es cosa que admiran todos los viajeros : está bien, yo os llevaré á la catedral.

Después de revolver una porcion de calles, á la verdad no muy rectas ni limpias, oyendo continuamente los toques de trompeta que anuncian la incesante entrada y salida de diligencias y coches-correos, dimos vista á la famosa catedral de COLONIA, obra maestra de la arquitectura teutónica, ó por mejor decir, obra maestra del diablo, por mas que parezca improcedente que el diablo se haya metido nunca á arquitecto de catedrales. He aquí el motivo de haber sido obra del diablo la catedral de COLONIA, segun lo refieren las leyendas y crónicas del país.

Habia ya concebido el arzobispo Engelberg, llamado el Santo, la idea de hacer una catedral en COLONIA ; pero quien mas seriamente pensó en la ejecucion, fué su sucesor el arzobispo Conrado. Este se propuso levantar un templo-metrópoli, una basilica que excediese en grandeza, belleza y suntuosidad, á todo lo que se conocia de mejor en materia de templos. Para ello puso á su disposicion y le abrió sus arcas el cabildo, uno de los mas ricos del mundo. Publicóse el programa, y empezaron á llover planes y diseños de catedrales enviados por todos los mejores arquitectos de Europa. Ninguno llenaba la santa ambicion del prelado : ninguno le satisfacía : todos los iba desaprobando.

Picó ésto y mortificó de tal modo el amor propio de un jóven arquitecto de la ciudad, que se resolvió á propener al arzobispo que se encargaria de hacer un diseño que habria de satisfacer sus deseos, con tal que le proporcionase fondos para visitar y estudiar los templos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. « Concedido, dijo el prelado ; aquí tenéis esta bolsa de oro : andad, y volved presto. »

Hizo mi buen arquitecto su largo viaje facultativo : regresó á COLONIA, y confiado en sus estudios de viaje, y pensando siempre en su plan de catedral, salió una tarde al campo, y sentado sobre una piedra á la orilla del Rin, comenzó á trazar líneas con su lapicero. Perfilaba fachadas, campanarios, torres góticas, arcos ogivos, bóvedas y flechas ; todo le parecia incompleto y mezquino : borraba, volvía á hacer líneas, rompía un papel, dibujaba en otro, y se quemaba y se consumía, porque nada salía á su gusto. Ya

por fin á fuerza de tentativas logró hacer un diseño en que le pareció hallar grandeza y majestad ; y cuando él comenzaba á felicitarse de su obra, oye detras de sí una voz cascajosa que acompañada de una risa sardónica, le dice : — « ¡ Bravisimo, amigo ! acabas de trazar la catedral de STRASBURGO. »

Vuelve súbitamente la cabeza, y ve un viejo, pequeño, feo, de ojos saltones y puntiaguda barba, vestido de un balandran negro, que casi apoyado sobre su espalda reia malignamente. « Á fe, dijo para sí el arquitecto, que la figura no es para excitar simpatias ; pero él tiene razon. » Borra su catedral, empieza á delinear otra, y le vuelve á decir el viejo con la misma maligna sonrisa : « muy bien va eso, jóven, pero llevas traza de diseñar la catedral de REIMS. » Reflexionó el arquitecto, y se convenció de que el anciano decia verdad. « Pues á otra cosa. » Y empezó otro dibujo. « Jóven, le dijo el ente misterioso, tú no has viajado solo por Francia, sino que tambien has visitado la Inglaterra. — Cierto, ¿ pero de qué lo sabéis vos ? — Lo infiero, porque estás haciendo el plan de la catedral de CANTORBERY. »

Amostazado el jóven de la impertinente pero verdadera crítica del viejo, arroja desesperadamente el papel y el lápiz, dando un gemido de sentimiento y de rabia. — Á fe, le dijo el anciano, que te desesperas por bien poca cosa : nada mas fácil que la obra que estás encargado de hacer. — ¿ El plan de una catedral para COLONIA que sea mejor que todas las catedrales conocidas, es cosa fácil ? — No puede serlo mas. — ¿ Os atreveriais vos á hacerlo ? — ¿ Y por qué no ? — Pues bien, hacedle ; monseñor Conrado escogerá despues entre el vuestro y el mio. — Acepto.

Y sacando el viejo de debajo del balandran una varita, en un minuto trazó en la arena la flecha mas elegante y esbelta que se pudiera concebir. — ¿ Quién sois vos, exclamó el arquitecto, que tan fácilmente ejecutáis lo que los hombres ni siquiera se atreverian á imaginar ? — ¿ Yo ? nada mas que un pobrecito viejo que sabe lo que valen las bravatas de los jóvenes. — ¿ Y no podriais, buen viejo, confiarme el diseño de vuestra catedral ? Vos me hariais feliz. — Firma en este pergamino, y te le daré. — ¿ Qué me pedis con esa firma ? — Poca cosa ; nada mas que tu alma.

Lanza el pobre jóven, lleno de pavor, un *Vade retro*, y trata de huir diciendo : « Este viejo es el mismo Satanas en persona. — Sí, Satanas soy ; pero vuelve, jóven incauto, vuelve ; ven acá : ¿ te parece cara una catedral que valdria bien las almas de todo el cabildo, y yo te la doy por la tuya sola ? Mira el conjunto

de toda la catedral y reflexiónalo bien.» Y en el mismo instante traza Satanas en la arena un templo mágico, lo mas perfecto y acabado que idearse pudiera. Pónese á meditar el arquitecto mas tranquilo, y determina jugar una treta al diablo. — Está bien, le dice ; dadme vuestra catedral, se la llevaré al arzobispo, y si en virtud del diseño me encarga la obra, yo os ofrezco mi alma. — ¡ Pobre mozo ! ¿ piensas engañar al diablo ? Firma, y te daré la catedral. — Eso no. — Pues la catedral ántes de la firma tampoco. Piénsalo bien, consúltalo con la almohada, y hasta mañana á média noche en este mismo sitio. — Bien, hasta mañana á média noche.

Despidiéronse así. El arquitecto corre presuroso á contar al arzobispo la aparicion diabólica ; le entera del maravilloso plan de catedral que Satanas poseia ; el arzobispo se sorprende ; reúne el cabildo, lo pone todo en su conocimiento, se discute entre todos el medio de arrancar la catedral de las garras del diablo, y se resuelve que acuda el arquitecto á la cita convenida armado de un relicario de Santa Úrsula, que presentará al espíritu maligno tan luego como haya logrado atraparle el ansiado diseño.

Acude el artista la siguiente noche á la hora y sitio señalados, confiado en la proteccion de su sagrado talisman. Esta vez no es un viejo extravagante el que se le aparece : es un ángel con alas de fuego bajo la figura de un jóven alto y robusto, de ancha frente y de mirar sombrío, que con el plano en una mano y el convenio en la otra, le dice : — « Jóven artista, firma el pacto y toma la catedral. » El arquitecto tiembla ; pero el relicario le infunde valor, y agarrando el papel de la catedral con una mano, y dando con la otra á Satanas con *Santa Úrsula* en los hocicos : « Retírate ; espíritu de las tinieblas, le dice con hueca y esforzada voz. » Satanas se queda un rato inmóvil ; y en seguida con rabioso acento, le dice : — « Jóven, algun clérigo te ha aconsejado ; esta es una treta eclesiástica : pues bien, me retiro, pero la catedral que me robas no se acabará nunca, y tu nombre quedará ignorando entre los hombres. »

Huyó Satanas envuelto en una negra nube de denso humo que le arrastró hácia el rio. El arquitecto corre desalentado á la capilla de Santa Úrsula, donde le aguardaba el cabildo reunido : — Señores, aquí está la catedral que acabo de arrancar de las uñas del demonio. — ¡ Gloria al arquitecto ! exclamaron todos los canónigos á una voz. Pero, ¡ cuál fué el general desconsuelo cuando al desarrollar el pergamino se encontraron con que el diablo se habia lle-

vado entre las uñas un pedazo de catedral! Faltaba una torre: en vano el pobre artista consumió sus vigiliás en diseñar otra torre que estuviese en armonía con el cuerpo del edificio: gastó sus días en hacer líneas y combinaciones, y viendo que le era imposible armonizar diseño alguno con la obra diabólica, murió de pesadumbre. Su nombre ha quedado ignorado, y la catedral por concluir, con arreglo á la profética amenaza del diablo que la dibujó.

Esta es la historia de la famosa catedral de COLONIA, tal poco mas ó ménos como la cuentan las leyendas y tradiciones del país.

Sin embargo, cuando yo Fr. Gerundio la visité, se estaba continuando la obra con ánimo resuelto de concluirla y de dejar al diablo colgado de las agallas como se merece. ¿Lo conseguirán? El tiempo nos dirá quién tiene mas poder, si el diablo ó el cabildo de COLONIA. Entretanto se trabajaba con ahinco. El mismo rey de Prusia contribuye cada año con una cantidad considerable para la obra: el año pasado de 1841 habia dado 30,000 *thallers*. Y yo, Fr. Gerundio, tengo tambien el honor de haber contribuido con mi bolsillo á la obra de la catedral de COLONIA, pues á ello se destinan las propinas de los extranjeros que visitan el templo, cuyas visitas se han tasado en dos escudos de Prusia cada una, que hacen mas de ocho pesetas españolas.

Los Reyes Magos, y las once mil vírgenes.

Con motivo de la obra estaba todo el cuerpo interior de la catedral obstruido con andamios, garruchas, caballetes y demas mueblaje de la carpintería y albañilería. Celebraba el cabildo sus oficios en otra capilla inmediata, no en la capilla y altar mayor, que se hallaban cubiertos con un gran tablado; pero aun se veía la alta bóveda del coro que sube majestuosamente hácia el cielo, los grupos de esbeltas columnas que se lanzan atrevidamente á una altura prodigiosa, la famosa cristalería, y otras bellezas artísticas que fuera prolijo enumerar.

— Venid, nos dijo el guia, á la capilla que está detras del altar mayor, y veréis el sepulcro de *los tres Reyes Magos*.

— ¡Cómo! ¡los tres Reyes Magos están enterrados aquí! — ¡Oh! sí, ciertamente; aquí reposan los huesos de los tres Reyes que fueron á adorar al niño Dios. — ¿Y cómo han venido á parar aquí los restos de sus majestades? — Os contaré su historia.

«Cuando Federico I de Hohenstaufen conquistó y devastó á Milan, se apoderó de los huesos de los tres Reyes Magos que descansaban allí, no sé con qué motivo, y los regaló al arzobispo de Colonia, Reinaldo, el cual loco de contento con la posesion de tan preciosas reliquias, trató de levantar un templo digno de ellas. El plan fué trazado, se buscaron obreros, y se puso mano á la obra. Los operarios salieron un poco mas haraganes de lo que el celo del arzobispo podia sufrir; y el prelado, que era un caballero antiguo, y habia manejado ántes la lanza que el cayado, acordándose mas de lo que habia sido que de lo que era, tomó por costumbre imprimir la aficion al trabajo á los obreros á fuerza de bastonazos que diariamente les regalaba. Cansados estos de sufrir tan significativas insinuaciones, y apreciando en mas sus costillas que la vida de Monseñor, tramaron una conspiracion y resolvieron deshacerse de él á toda costa. Un dia pues, poco ántes de la hora en que el celoso prelado acostumbraba visitar los trabajos del templo, le esperaron escondidos tras de un andamio, teniendo delante un gran rimero de piedras.

» Llega el arzobispo; y cuando le tuvieron á tiro, y cuando él miraba á todos lados buscando sus operarios, ¡ira de Dios! descargan sobre su apostólica humanidad una horrorosa lluvia de piedras, y acertándole una peladilla en el sitio destinado al solideo, da con su ilustrísima en tierra. Avaláñzase entónces á él el ejército coligado, y á martillazos ponen fin á sus dias. Pero tras del pecado les vino la pena. Orgullosos los obreros con su triunfo, salen como locos por la ciudad dando descompasadas voces, é incomodando al vecindario. Exaspéranse los habitantes con tan irregular comportamiento, reunense, emprenden con la turba de obreros, y los cazan y asesinan como á bestias feroces.

» La vindicta pública quedó satisfecha, pero los tres Reyes quedaron tambien sin asilo. Trasladóseles despues á una iglesia provisional, donde se les construyó una magnífica caja guarnecida de planchas de oro é incrustada de piedras preciosas: sobre sus tres cabezas se pusieron tres coronas de oro, de peso de seis libras cada una, y adornadas de una porcion de diamantes y de perlas, debajo de las cuales se escribió con letras formadas de rubíes, los nombres de GASPAR, MELCHOR Y BALTASAR.

» Tan pronto como la catedral estuvo habitable, fueron trasladados á ella los tres Reyes; y el elector Maximiliano Henrique de Baviera, les hizo construir un bello monumento, que es el que veis. Sus majestades descansaron en paz hasta el año 1794, en

que viendo la guerra que los franceses habian declarado á las testas coronadas, creyeron necesario emigrar, y se retiraron á Westphalia huyendo del exercito frances, y acompañándolos el arzobispo que no quiso apostatar del partido monárquico. En 1804 regresaron los Magos á Colonia, pero tan mal parados, como habian quedado en aquella época la mayor parte de los Reyes vivos. Habian perdido las coronas y casi todas las alhajas. El cabil-do las ha hecho reemplazar posteriormente con coronas de perlas imitadas y de piedras falsas; pero sus majestades, que no deben entender gran cosa del ramo de bisutería, parece que se hallan tan contentos como si conservaran las antiguas.»

La relacion del *cicerone* tenia á Tirabeque con la boca abierta, y á mí me convenció de la certeza de lo que ya habia leído, á saber : que por Alemania no se puede dar un paso sin encontrarse con una leyenda antigua. La Alemania es el pais de las leyendas.

«En esta misma capilla, añadió el guia, están depositadas las entrañas de la célebre *María de Médicis* : ved allí la caja que las encierra. ¿Queréis ver, prosiguió, las *once mil vírgenes*?—; Cómo es eso ! exclamó Tirabeque : ¿ tambien andan por aquí las once mil vírgenes? ¿ Y dónde hay sitio para tantas hermanas? Si es cierto, veámoslas, que si están todas, aun será obra de largo rato el pasarles revista.

» — ; Oh ! ellas están enterradas en la capilla de *Santa Úrsula*, distante algun trecho de aquí : toda la iglesia está llena de los huesos de las santas doncellas. Pero en una capilla del coro de esta misma catedral, veréis un gran cuadro que representa su arribo á *Colonia*; porque habéis de saber que los habitantes de *COLONIA* tenemos el honor de que en nuestro territorio fueron martirizadas *SANTA ÚRSULA* y sus *once mil jóvenes* compañeras. — ; Pues no está malo el honor, por vida mia ! repuso Tirabeque ; el honor fuera si Vds. les hubieran salvado las vidas ; pero decir que es honor el haber dado martirio á once mil doncellas ! — Perdon ; quien las martirizó no fuimos nosotros, sino los godos que se apoderaron de la ciudad : los germanos la defendieron con todo el valor posible.»

Así hablando llegámos á la capilla ; y cuando contemplábamos el grandioso cuadro, ¿ y no podrá Vd. decirme, señor comisionista, (le preguntó Tirabeque), quiénes fueron y qué hacian por aquí tantas muchachas juntas ? Porque yo he oído mucho de las once mil vírgenes, y nunca he podido saber qué cosa fueron las tales niñas ? — ; Oh ! las once mil vírgenes, fueron once mil damas de honor, hijas de las familias mas nobles de la Gran Bretaña, escogi-

das por los reyes de aquella nacion para que acompañasen y sirviesen de cortejo á su hija la princesa Úrsula, á quien un ángel habia comunicado de parte de Dios que aceptara la mano del príncipe Coman, hijo del príncipe Germano Agripinio, que la solicitaba por esposa. La jóven y hermosa princesa partió para Roma acompañada de sus once mil damas nobles con objeto de recibir un segundo bautismo del papa Ciriaco.

Hecho esto, las once mil vírgenes se volvieron á embarcar en el Rin; el papa Ciriaco con una gran parte del clero vino acompañándolas. Al llegar á Mayenza les salió al encuentro el príncipe Coman, pretendiente de Úrsula, el cual, encantado de su belleza, dijo: «Imposible es que el Dios á quien adora una criatura tan hermosa, no sea el verdadero Dios:» y el momento resolvió hacerse cristiano. Bautizale el papa incontinenti; prosigue la santa comitiva su navegacion hasta *Colonia*, con ánimo de celebrar aquí el matrimonio, y entran las *once mil vírgenes* en la ciudad. Á este tiempo cae sobre *Colonia* un ejército de godos; los habitantes, mandados por Coman, hacen una vigorosa defensa, mientras las once mil vírgenes se ocupaban en rogar á Dios por la salvacion de la ciudad; pero el cielo habia decretado que los godos vencieran: entraron estos, pusieron á las once mil vírgenes en la alternativa, ó de casarse con once mil godos, ó de sufrir el martirio. Las santas doncellas prefirieron este último extremo, y fueron todas degolladas en un dia.

¡Bárbaros! exclamó Tirabeque dando un grito de indignacion: no creí yo que los tales godos eran tan feroces: ¡degollar once mil hermosas muchachas!!! ¿Pero cómo podrian reunirse tantas doncellas, mi amo?— Autores hay Pelegrin (le dije yo), que sostienen no haber sido *once mil* sino *once* solamente; y que la equivocacion nace de la circunstancia de llamarse una de ellas *Undecimilia*, cuyo nombre dió ocasion á que creyera el vulgo que eran *once mil*, ó sea en latin *undecim mille*. — ¡Oh! perdon, repuso seria y agriamente el guia: es fuera de toda duda que eran *once mil*. — Once mil serian, mi amo, no lo dude Vd., que así lo reza tambien el calendario de España; y aunque á primera vista parecen muchas, tengo para mí que en aquellos tiempos debian abundar mucho mas las vírgenes que ahora: que si ahora volvieron los bárbaros de los godos, paréceme que no habian de encontrar tanta cosecha de vírgenes en que ebarse. — Señores (añadi yo, Fr. Gerundio), la opinion que he manifestado no es la mia;

he dicho que así lo sostienen graves autores : por lo demas no niego yo que fueran *once mil*.

El pleito del arzobispo.

Mil veces habia yo leído en los periódicos de España, largos y frecuentes artículos relativos á las sérias contestaciones que mediaban entre el papa, el rey de Prusia y el actual arzobispo de *Colonia*. Mas, aunque por su lectura conocia que era una cuestion gravisima la que entre estos tres altos personajes se agitaba, la habia mirado siempre con aquel frio interes con que solemos mirar los españoles los negocios y diferencias que en países lejanos ocurren, y que en nada se rozan con los asuntos propios. Así pues, no me habia yo curado de sondear el origen y esencia de la cuestion del *arzobispo de Colonia*, y quizá lo mismo que á mí, sucede á muchos de mis paisanos. Natural era que hallándome en Colonia procurara ponerme al corriente del origen y causas de tan importante debate. Así fué en efecto, y he aquí las noticias que adquirí.

Los colonienses son generalmente católicos, pero todos los extranjeros que allí residen son luteranos ; y en el código que el rey de Prusia ha dado á las provincias del Rin en reemplazo del código de Napoleon que las rigió por espacio de veinte años, se dispone que los hijos de padre protestante sigan la religion de su padre. Contra este artículo es contra el que se pronunció con todas sus fuerzas CLEMENTE AUGUSTO, actual arzobispo de Colonia, que ha querido hacerse mártir en una época en que parecia no estar en uso el martirio. Apoyado en el poder espiritual que habia recibido del papa, se declaró abiertamente en oposicion al poder temporal del rey, protestando que no autorizaria á sus sacerdotes á bendecir ningun matrimonio mixto sin que los padres, al reyes de lo dispuesto en el ordenamiento real, se comprometiesen formalmente á educar sus hijos en la religion católica ; que si para ellos el matrimonio no era mas que un contrato y no un sacramento divino, sacerdotes luteranos tenian que lo autorizaran, de ningun modo él ni su clero, á no ser con aquella condicion.

He aquí el origen de la famosa cuestion *sobre matrimonios mistos* ; que ha valido al actual arzobispo de Colonia persecuciones y arrestos en fortalezas militares, que ha producido envíos de tropas, rechazamientos de estas por el pueblo, graves conmociones en el país, contestaciones sérias, fuertes y pesadas entre el papa,